

El Enigma

Segundo Libro
de Pellinor

The background of the cover is a dramatic landscape featuring a massive, jagged mountain peak covered in snow and ice. The sky is a deep blue with wispy white clouds. In the foreground, three figures are silhouetted against the bright light of the mountain. They appear to be travelers or warriors, dressed in heavy, layered clothing. The figure on the left is standing and looking towards the mountain. The middle figure is slightly hunched over, and the figure on the right is holding a long staff or pole. The overall mood is one of mystery and adventure.

ALISON
CROGGON

Lectulandia

Maerad es una joven con un trágico y terrible pasado, pero sus poderes aumentan cada día que pasa. Perseguida por la Luz y la Oscuridad, ella y su mentor, Cadvan de Lirigon, buscarán el Enigma del Canto del Árbol la clave para devolver la paz a su amenazado mundo. Viajarán por rebeldes mares hasta por inmensos y extensos desiertos de hielo, perseguidos muy de cerca por sus enemigos, el Rey del Invierno, el mismo Sin Nombre, y su aliado Enkir.

Escrito a partir de la rica y compleja cultura de Edil-Amarandh, El Enigma es la emocionante continuación del tan aclamado libro El Don.

Lectulandia

Alison Croggon

El Enigma

Segundo Libro de Pellinor

ePub r1.0

fenikz 16.09.15

Título original: *The Gift*
Alison Croggon, 2004
Traducción: María Pardo Vuelta
Ilustraciones: Niroot Puttapipat
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Zoë



El Enigma es la continuación de la traducción del *Narauth Lar-Chane* (o *El Enigma del Canto del Árbol*), que comencé con los primeros dos libros de este romance clásico, publicados como *El Don*. La respuesta a *El Don* ha sido de lo más alentadora, y confirma mi impresión de que esta gran obra de la literatura annariense merece llegar a un público más amplio. Esta atrae a la audiencia moderna tanto como lo hizo con aquellos annarienses sin nombre, ahora perdidos en la neblina del tiempo, para los que fue escrita originalmente.

En *El Don* se nos presentaba a Maerad de Pellinor y Cadvan de Lirigon, conocíamos el destino de Maerad como la Predestinada y su insólita herencia Elemental cuando alcanza su Don como Bardo. *El Enigma* retoma los acontecimientos en el final de *El Don* y, con el oscuro telón de fondo de la venidera Guerra del Canto del Árbol, nos lleva a la segunda etapa de la odisea de Maerad: la del Enigma del Canto del Árbol en sí.

En *El Enigma*, la aventura sale de Annar por primera vez, y nos encontramos con una parte de la amplia diversidad cultural de Edil-Amarandh. Para poder realizar esta traducción, he tomado el annariense, la lengua original del texto, como equivalente de la lengua en la que escribo. En la mayor parte del texto traduzco el annariense aunque dejo el resto de lenguas sin traducir. Espero que el contexto deje claro su significado.

El Enigma está compuesto por los Libros III y IV del *Narauth Lar-Chane*. He conservado la estructura narrativa general, pese a que me ha parecido necesario, al trasladar este texto del annariense a nuestra lengua, tomarme algunas libertades: en particular, las divisiones de los libros en la traducción no se corresponden con las divisiones en el texto original, y algunas secciones se han reordenado o ampliado ligeramente. Diré en mi defensa que no he eliminado nada y he añadido poco, realizando tan solo los cambios que he valorado necesarios de acuerdo con mi limitado juicio, para darle a la narrativa la inmediatez que tendría en su tiempo. Espero que el resultado no disguste a nadie. Para quienes sientan curiosidad acerca de las complejas estructuras y tropos de la historia original, tengo entendido que el servicio de publicaciones de la universidad mexicana de Querétaro, una de las pioneras en este apasionante campo de estudio, ha comenzado la enorme tarea de preparar una edición completa en annariense, con anotaciones, del *Narauth Lar-*

Chane. Por desgracia, tendremos que esperar un tiempo hasta que este gran proyecto se vea completado, pero tal inversión de tiempo y erudición indica el profundo interés que este campo atrae en estos tiempos.

A modo de convención, a lo largo de *El Enigma* he utilizado la palabra en Habla *Dhillarearen* en referencia a aquellos Bardos Nombrados en posesión del Don que no han sido educados en las Escuelas de Annar, manteniendo la palabra Bardo para referirme específicamente a los Bardos de las Escuelas. Como ya sabrán aquellos que estén familiarizados con las costumbres annarienses, las personas nacidas con el Habla que no llegaban a su Nombre Bárdico verdadero o secreto eran incapaces de alcanzar su Don por completo y eran consideradas individuos desafortunados y, en algunos casos, peligrosos. De todas formas, había muchos *Dhillarearen* en culturas fuera de Annar que llegaban a sus Nombres Verdaderos por otros medios, y por lo tanto eran capaces de acceder a sus poderes plenos. Sus costumbres y convenciones culturales eran a menudo muy diferentes de los que se enseñaban en las tradiciones Bárdicas annarienses del Equilibrio y las Tres Artes, y por lo tanto parece útil realizar una distinción de este modo entre los diferentes *Dhillarearen*.

Igual que anteriormente, he incluido apéndices con más información acerca de las culturas de Edil-Amarandh, extraídos de la traducción en curso de los Escritos de Annar tras el espectacular descubrimiento de estos en Marruecos en 1991. Los estudios acerca de Annar han aumentado exponencialmente desde entonces, y ahora existen en casi cada disciplina académica. Tan solo mantenerse al día de los últimos descubrimientos en este campo ya supondría un trabajo a tiempo completo, y he intentado lo mejor posible asegurarme de que la información contenida en los apéndices proceda de las más recientes fuentes académicas disponibles. Presento mis disculpas por adelantado en caso de que haya cualquier inexactitud, resultado de haber pasado por alto sin percatarme algún importante progreso reciente. De todas formas, para el lector aficionado, los estudios de mayor autoridad para quien esté interesado en el trasfondo del *Narauth Lar-Chane* continúan siendo *Saber no categórico: las tres Artes de la Gente de las Estrellas*, de Claudia J. Armstrong, y el autorizado *L'Histoire de l'Arbre-chant d'Annar* de Christiane Armongath.

Como siempre sucede, un trabajo como el de esta traducción debe mucho a las contribuciones de otras personas, y aquí me resulta imposible nombrar a muchas de ellas. Sobre todo he de dar las gracias a mi marido, Daniel Keene, que contribuyó de nuevo con sus habilidades como corrector y soportó con paciente buen humor la miríada de inconvenientes que supone vivir con una traductora obsesionada con tal proyecto a largo plazo. Mis hijos, Joshua, Zoë y Ben han demostrado una gracia similar. También debo dar las gracias a Richard, Jan, Nicholas y Veryan Croggon, que leyeron los borradores con atención y entusiasmo y cuyos ánimos han significado mucho. Debo mi agradecimiento a Suzzane Wilson y Chris Kloet por sus excelentes consejos acerca de todos los aspectos del texto. Por último, debo hacer constar mi agradecimiento al Profesor Patrick Insole, del Departamento de Lenguas Antiguas de

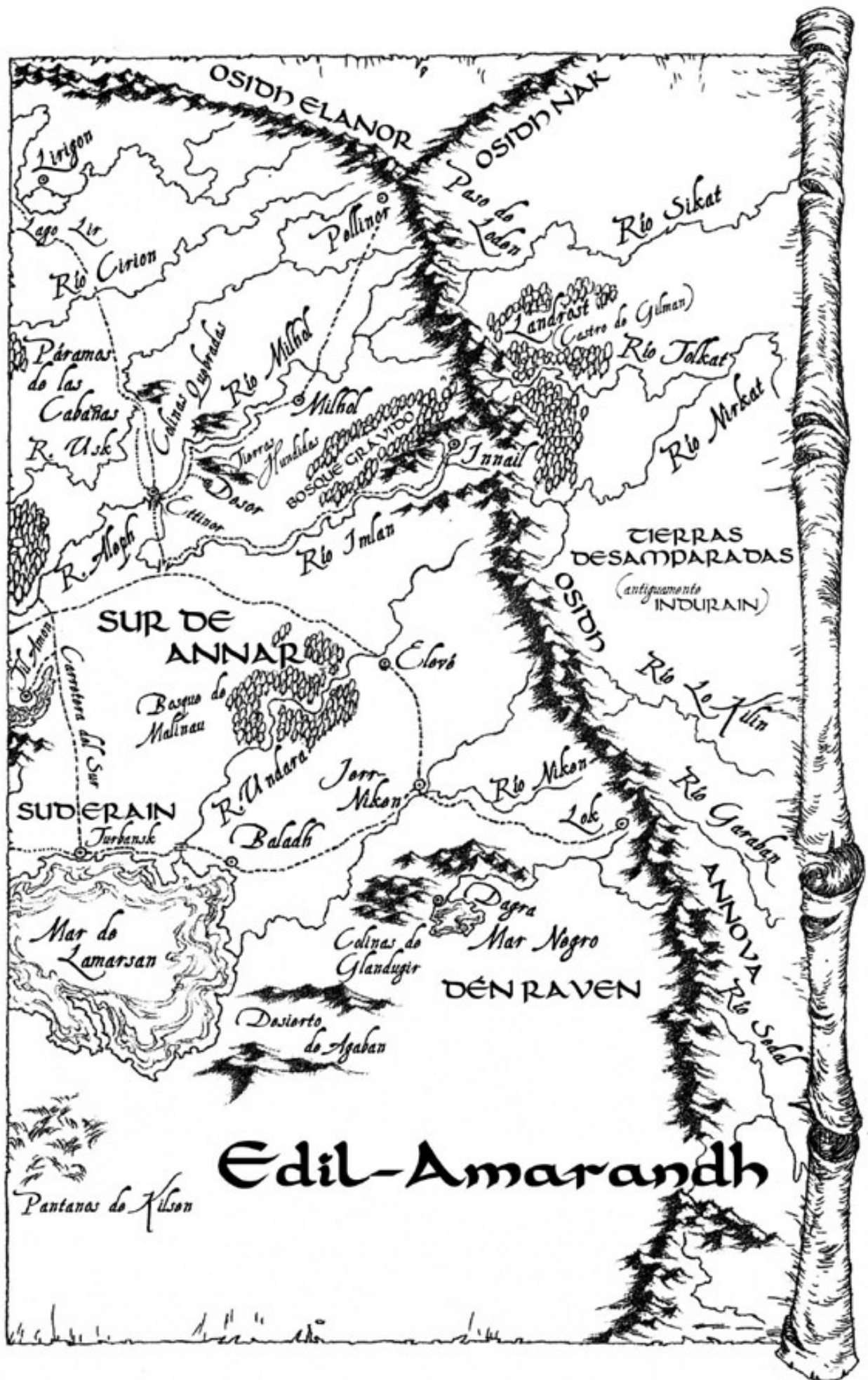
la Universidad de Leeds, que ha sido muy generoso con su erudición en relación al Canto del Árbol y que me permitió amablemente publicar partes de su monografía acerca del tema en los apéndices.

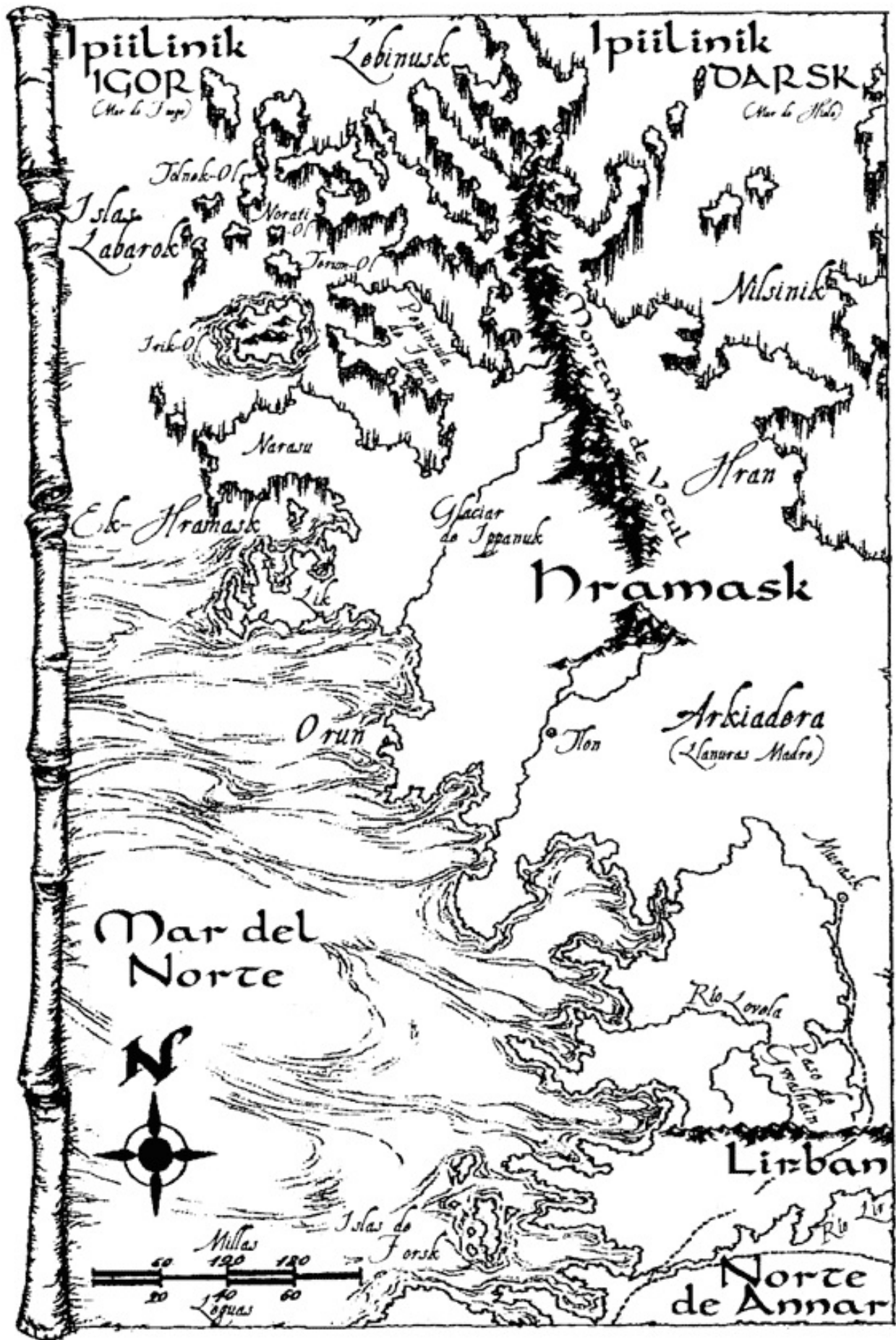
Alison Croggon, Melbourne, Australia.

*Uno es el cantante, que del sol se oculta;
dos es el buscador que huye de las sombras;
tres es el viaje, que transcurre en peligro;
cuatro los enigmas, el Canto del Árbol responde:
¡Tierra, fuego, agua, aire os invocan a salir!*

*Canción de cuna tradicional annariense,
Pergaminos de Annar, Biblioteca de Busk.*









THOROLD



*No trences guirnaldas de mirto en mi frente
ni arranques dulces rosas para adornarme,
hazme una corona de sombrías violetas,
pues estoy muriendo.*

*Los dulces labios de las doncellas de Busk
y los intermitentes pies de los cabreros danzantes
nunca volverán a despertar mi deseo,
pues estoy muriendo.*

*Ven a mí, misericordioso Meripon,
en tu cuadriga de ébano tirada por golondrinas
desde las oscuras estancias más allá de las Puertas,
pues estoy muriendo.*

*Beso los picos de Lamedon con mis ojos
y los blancos brazos del apasionado mar
que ama esta hermosa isla que yo amo,
pues estoy muriendo.*

La Canción de Theokas, Biblioteca de Busk





PERSECUSIÓN

I

Maerad era un ser de las zonas más elevadas del aire, libre e incorpórea, sin conciencia de sí misma, ni recuerdos, ni nombre. Observó el paisaje que tenía bajo ella, fascinada. Durante un buen rato ni tan siquiera lo reconoció, pues parecía una impresionante y extraña pintura. Hasta donde le alcanzaba la vista había una inmensa extensión roja cubierta de ondulaciones, como la arena bajo el agua, pero aquellas, según comenzaba a comprender, debían de ser inmensas. Se hallaba a una gran altura y la vista le alcanzaba hasta muy lejos; no había ninguna nube, solo una diminuta sobre que se movía sobre la tierra, y poco después se percató de que era la suya. Parecía estar volando con algún propósito en alguna dirección en particular, pese a que no era capaz de recordar cuál era este.

Un rato después el terreno cambió: las ondulaciones rojas discurrían hasta una cadena rocosa de color púrpura y se detenían, y ella volaba sobre montañas cuyas sombras se extendían alargadas y agudas bajo estas. Al otro lado de la cordillera fluían unos senderos que eran como ríos, unas venas más claras que se expandían formando delicados abanicos, pero no veía que hubiera agua en ellos. Los colores de la tierra cambiaron a púrpuras suaves y verdes apagados que señalaban la vegetación. En la lejanía veía una blancura que parecía atraer la luz hacia sí: tenía el aspecto de un lago. «Pero es como un lago de sal», pensó con sorpresa, «no de agua...».

Después todo cambió. Ya no estaba en el cielo, sino de pie sobre la dorsal de una cordillera de roca desnuda que caía a gran profundidad ante ella, en picado. Miraba hacia una ancha llanura que se extendía hasta el horizonte. El suelo todavía era de un extraño color rojo anaranjado, pero aquella tierra no se parecía en nada a la que había sobrevolado: parecía maldita, envenenada, pese a que no era capaz de decir de qué manera. Hasta donde le alcanzaba la vista veía hileras e hileras de tiendas de campaña, intercaladas entre enormes espacios abiertos, donde unas extrañas siluetas llevaban a cabo una especie de instrucción. Un sol encarnado arrojaba unos rayos bajos, al nivel de la llanura, que arrancaban sombras negras de las tiendas. Las figuras tenían algo que hacía que no pareciesen del todo humanas; veía cómo marchaban a un ritmo monótono y uniforme, y sintió un escalofrío en el corazón.

Maerad nunca había visto un ejército, y aquella imagen la horrorizó: tantos miles, un número incontable de millares, de hormigas anónimas reunidas con el único

objetivo de herir y matar. Se volvió, repentinamente mareada por un extraño pánico, y tras ella vio, al otro lado de la cordillera, una extensión blanca y desnuda. El sol comenzaba a tocarla, y le hirió los ojos tan salvajemente como si alguien la hubiese apuñalado. Gritó, agarrándose la cara, se tambaleó y cayó. Su cuerpo, ahora pesado y corpóreo, cayó con la siniestra lentitud de los sueños: hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo, hacia las crueles rocas que se encontraban bajo ella.

Maerad se despertó, jadeando, y se sentó muy erguida. Aquello no resultaba algo muy sensato, ya que dormía en una hamaca que colgaba bajo la cubierta de un pequeño pesquero llamado *El Búho Blanco*. La hamaca se balanceó peligrosamente y entonces, mientras ella se movía para recuperar el equilibrio en la negra oscuridad, acabó cayéndose al suelo. Todavía atrapada en el sueño, Maerad gritó mientras extendía los brazos para amortiguar la caída y se golpeó contra los tablones de madera del suelo.

Se quedó allí tumbada y quieta, respirando con dificultad, mientras una trampilla se abría sobre ella y alguien bajaba dando tumbos por los escalones. Maerad vio una silueta recortada sobre un parche de estrellas, y después una luz suave se encendió en la oscuridad, iluminando a un hombre alto y de cabello oscuro que se movía con facilidad a pesar del movimiento del barco.

—¿Maerad? ¿Estás bien?

Maerad se sentó frotándose la cabeza.

—Cadvan —contestó aliviada—. Oh, he tenido un sueño terrible. Lo siento, ¿he gritado?

—Parecía que hubiese entrado aquí un Gluma, como mínimo.

Ella consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Nada de Glumas —dijo—. Todavía no.

Cadvan la ayudó a levantarse y Maerad buscó a tientas el camino hasta un banco colocado contra las paredes del diminuto camarote y se sentó. Aún le temblaban las manos.

—¿Un mal sueño? —preguntó él, mirándola atentamente—. No resulta demasiado sorprendente que tengas pesadillas después de todo lo que has pasado.

Maerad adivinó lo que le estaba preguntado aunque no lo dijera con palabras.

—Creo que era un sueño premonitorio —dijo mientras se apartaba el cabello de los ojos—. Pero no sé de qué trataba. Era horrible. —Los sueños premonitorios, según la experiencia de Maerad, siempre eran horribles.

—Entonces cuéntamelo —Cadvan se sentó junto a ella en el banco.

Maerad le contó el sueño entre balbuceos. Al expresarlo en palabras no sonaba tan terrible: lo peor de él era la sensación de horror y desesperación que había inspirado en su interior. Él la escuchó muy serio, sin interrumpirla, y cuando terminó se produjo una corta pausa.

—Lo que describes me recuerda a los desiertos que están al sur de Dén Raven —dijo—. Es probable que en el sueño estuvieses sobre los picos de Kulkilhirien, las

Montañas Cruelles que se alzan sobre las llanuras de Polvo, donde se dice que el Sin Nombre formó a sus fuerzas en los tiempos previos al Gran Silencio.

—¿Sería, tal vez, una visión del pasado? —Maerad observó muy seria a Cadvan y él la miró a los ojos.

—Es posible que puedas soñar con el pasado —dijo—. Los sueños premonitorios vienen del más allá de las Puertas, en donde el tiempo no es lo que parece sobre la tierra. Pero creo que es más probable que hayas visto a los ejércitos de la Oscuridad, que se concentran en el sur para atacar Turbansk.

Maerad inspiró profundamente y pensó en su hermano Hem, que ahora se dirigía hacia Turbansk con su amigo Saliman.

—Espero haber soñado con otra cosa —dijo—. Lo que he visto era algo malvado. Los soldados eran como... no parecían seres humanos.

—Yo diría que eran soldados-perro —contestó Cadvan—. No son criaturas nacidas como el resto; están forjadas en metal y carne mediante algún tipo de arte maligno en las poderosas fábricas de armas de Dén Raven. Son la burda copia de un ser vivo, de modo que parecen tener voluntad propia e inteligencia.

A Maerad se le encogió el corazón al pensar en su hermano, que tanto había sufrido a pesar de su juventud y al que había recuperado hacía muy poco para luego volverlo a perder. Durante un momento tuvo la vívida imagen de su rostro ante ella, con aquella mezcla de arrogancia, picardía y vulnerabilidad y, tras todo aquello, una amarga desolación que ella no acababa de comprender, pero que le dolía en lo más profundo de su alma.

Había encontrado a Hem por la más extraña de las casualidades —pese a que Cadvan decía que no había sido una casualidad en absoluto— en medio de un terreno salvaje. Ella lo había creído muerto durante mucho tiempo, asesinado siendo un bebé en el saqueo de Pellinor. Ahora era un desgarrado muchacho de doce años, con la piel oscura como su padre, a diferencia de Maerad, cuya piel era muy blanca; pero los dos compartían el mismo cabello negro y los ojos de un azul intenso.

Se había sentido ligada a Hem incluso antes de saber quién era él. Durante la mayor parte de sus dieciséis años de vida Maerad había estado insoportablemente sola, y cuando encontró a Hem —callado, asaltado por el pánico e incluso en una indignancia mayor de la que ella misma sufría— su alma ansiosa se lanzó hacia él: lo amaba intensamente, de una manera protectora, con toda su pasión. La idea de que el ejército que había visto en su sueño marchase hacia Turbansk y hacia su hermano la llenaba de una negra consternación.

Cadvan rompió su nada halagüeña ensoñación ofreciéndole una botella con un tapón marrón y un vaso tomados de una alacena cercana.

—Bebe un poco de esto —rogó.

Era un licor fuerte creado para mantener alejado el frío durante las heladas noches

en el mar. Maerad se lo tragó agradecida y sintió cómo el licor le iba quemando la garganta a su paso. Tosió y se irguió, sintiéndose un poco mejor.

—Si mi sueño es cierto, se trata de un gran ejército —dijo finalmente—. Atacarán Turbansk con dureza.

—Es una terrible noticia, y no solo para Turbansk —añadió Cadvan—. Pero incluso esas inmensas fuerzas no serán más que una pieza de la gran estratagema que está desplegando el Sin Nombre. Y tú, Maerad, tienes tanta importancia para él como ese inmenso ejército. Tal vez incluso más. Todo va contra ti.

Maerad inclinó la cabeza, sintiéndose demasiado oprimida por el peso de las palabras de Cadvan. «¿Contra mí?», pensó. «¿Cómo puede ser así? ¿Qué puedo hacer yo contra tan gran ejército?». Pero aun así sabía que era cierto.

Juntó las manos apretándolas para detener el temblor y miró a Cadvan mientras este volvía a sentarse a su lado con el rostro ensombrecido y abstraído en sus pensamientos.

Recordaba perfectamente su primer encuentro. Había ocurrido apenas tres meses antes, pero a Maerad le parecía que había transcurrido una vida entera. La primera vez que lo había visto ella estaba ordeñando a una vaca en el Castro de Gilman, el lúgubre asentamiento norteño donde, durante la mayor parte de su corta vida, había sido esclava. Él se había colocado ante ella en silencio, asombrado y desconcertado por el hecho de que ella pudiese verle a través de su encantamiento de invisibilidad.

Aquella era una mañana como cualquier otra, que solo destacaba por ser el comienzo de la primavera, cuando el invierno, por lo menos en teoría, comenzaba a retirarse de las montañas. Entonces, igual que ahora, su rostro estaba ensombrecido por el cansancio, la ansiedad y —había pensado Maerad— una indefinible tristeza. Pese a todo —pese a que él era un desconocido, pese a su miedo a los hombres, consecuencia de la violencia de la vida en el castro— había confiado en él desde el principio. Todavía no sabía exactamente por qué.

Había sido Cadvan quien le había revelado quién era ella, y el que la había ayudado a descifrar una parte de la historia de su familia. Junto a su madre, Milana, Maerad había sido capturada y vendida cuando era muy pequeña tras el saqueo de Pellinor, la Escuela en la que había nacido. Había sido Cadvan quien la había ayudado a escapar de las miserias de la esclavitud, quien le había hablado del Don que poseía y le había descubierto el mundo de los Bardos. La había llevado a la norteña Escuela de Innail, y por primera vez desde que tenía conciencia había hallado un lugar en el que se sentía como en casa. Maerad sintió un repentino y agudo dolor en la garganta al pensar en Silvia, que casi se había convertido en una madre para ella en el breve tiempo que habían estado juntas; y después en Dernhil, que la amaba. Pese a aquel amor ella lo había rechazado, y cuando a Dernhil lo mataron los Glumas —los Bardos Negros que eran siervos del Sin Nombre— ella lamentó desde entonces tanto su ausencia como una posibilidad desaparecida de la que siempre se arrepentiría.

Deseaba fervientemente haber podido quedarse en Innail «para ser querida como te mereces», le había dicho Dernhil y poder haber llevado una vida aprendiendo las Artes Bárdicas de la Lectura, el Cuidado y la Creación. Ninguna otra cosa en el mundo le hubiera gustado tanto como conocer los escritos de Annar y descifrar su inmensa riqueza en poesía, historia y pensamiento, o estudiar los saberes ancestrales relacionados con las hierbas y la curación y los asuntos de los animales, observar los ritos de las estaciones y conservar el Saber de la Luz, tal y como habían hecho los Bardos durante siglos antes que ella. Pero en lugar de eso se encontraba en un minúsculo barco en medio de un mar oscuro, a cientos de leguas del dulce refugio de Innail, huyendo de oscuridad en oscuridad y con un futuro más incierto de que lo había sido nunca.

No es justo. La historia de su vida desde que había dejado atrás el Castro de Gilman había consistido en encontrar lo que amaba, y casi al mismo tiempo perderlo. Perseguidos de cerca por la Oscuridad, Cadvan y ella habían huido de Innail en dirección a Norloch, el centro de principal de la Luz en Annar. A lo largo de aquel viaje a través de Annar, Maerad por fin había alcanzado el Habla, la lengua innata de los Bardos, y había hallado sus plenos poderes. Sus capacidades eran mucho mayores y más extrañas que las de un Bardo normal: había derrotado a un espectro, el espíritu maligno de un rey muerto de los días del Gran Silencio, lo cual iba más allá de las capacidades mágicas incluso de los Bardos más poderosos. Había descubierto que una parte de su rareza radicaba en su sangre Elemental y en sus antepasados Elidhu, que se remontaban a Ardina, Reina del reino dorado de Rachida, que yacía oculto en el centro del Gran Bosque. Pero todavía no se hallaba ni tan solo cerca de ser capaz de controlar los poderes de su Don.

Y cuando por fin habían llegado a Norloch...

Maerad se estremeció al pensar en la ciudadela en llamas que habían dejado tras ellos tan solo dos días antes. Había sido en Norloch donde había conocido a Nelac, el antiguo profesor de Cadvan, un hombre sabio y bueno que la había proclamado Bardo completo de la Llama Blanca. La sencilla ceremonia había revelado su Nombre Bárdico, el nombre secreto que era un aspecto de su yo más profundo. Había confirmado que ella era, tal y como Cadvan había sospechado, a Quien el Destino ha elegido, de quien se profetizaba que traería la caída del Sin Nombre en su alzamiento más oscuro. *Elednor Edil-Amarandh na*: el habla de las estrellas resonó en su mente, con su hermosa música, fría e inhumana. Pese a todo su potencial innato, Maerad no era más que una muchacha joven, sin estudios y vulnerable; para ella era un misterio cómo iba a derrotar al Sin Nombre, y no dejaba de pensar en lo que era más probable; que fracasara en su intento. Las profecías, tal y como Cadvan le había dicho una vez, a menudo se torcían: se había predecido su nacimiento, pero no la libertad de sus actos, eran precisamente estos los que condicionarían su destino.

Había sido en Norloch donde había visto a su hermano por última vez. La pérdida de Hem le había parecido la más cruel de todas. En Hem había hallado la parte de sí

misma que le faltaba, y perderlo había resucitado el antiguo dolor, multiplicado por nuevas ansiedades. Al huir de Norloch había resultado más seguro dividir sus caminos: el camino de Cadvan y Maerad se dirigía al norte, y Saliman se había llevado a Hem al sur, a su hogar, Turbansk, donde aprendería las maneras de los Bardos. Pero incluso si Turbansk no caía, incluso si Hem sobrevivía a la guerra que se acercaba, no había ninguna seguridad de que ella viviera para poder volver a verlo. La Oscuridad la perseguía, y ahora tal vez también la Luz: sin duda los Bardos de Norloch habían puesto precio a sus cabezas. Podrían haber matado a Enkir, el Primer Bardo, en la batalla que había estallado cuando huían de Norloch: Maerad deseaba con todo su corazón que estuviese muerto.

Los labios se le curvaron involuntariamente. Hacía una década, Enkir había vendido a Maerad y a su madre, Milana, como esclavas. Él había traicionado a la Escuela de Pellinor, y por su culpa la habían quemado hasta los cimientos, sus gentes habían sido asesinadas sin piedad, se había aplastado el aprendizaje y la música sin que hubiera vuelta atrás, con su belleza extinguida ya para siempre. Por culpa de Enkir, Maerad había visto cómo asesinaban a su padre, y había visto a su madre marchitarse en el Castro de Gilman, con su poder roto. Pero Enkir era astuto, y muy poca gente conocía o sospechaba su traición. Era primer Bardo de Norloch, el más importante en todo Annar. ¿Quién, sin saber lo que sabía Maerad, creería que un hombre así podía ser un traidor? ¿Y quién creería la palabra de una muchacha joven y sin educación contra la palabra de un Primer Bardo?

Habían pasado dos días desde que habían huido de Norloch, rescatados por Owan d'Aroki en su humilde barca pesquera. Se habían escurrido sin ser vistos para salir del puerto, al mismo tiempo que las elevadas torres de la ciudadela se derrumbaban entre llamas y una terrible batalla tenía lugar en el muelle. Ahora corrían en dirección noroeste con un viento encantado, deslizándose suavemente sobre el oleaje. La profunda soledad del mar había hecho mucho para aclarar la mente de Maerad, pese a que le había resultado difícil dormir en el barco y sufría constantes ataques de mareo. Pero ahora el tiempo era bueno, y Owan había dicho que debían llegar a Busk, la ciudad principal de la isla de Thorold, en dos días.

Tal vez, al final de aquel breve e incómodo viaje, podrían descansar. Anhelaba descascar igual que el sediento anhela el agua; cada fibra de su ser lo pedía a gritos. Pero en su interior Maerad sabía que incluso si hallaban refugio, este sería temporal en el mejor de los casos: ningún lugar era seguro.

Y además de todo aquello, estaba la necesidad de encontrar el Canto del Árbol, pese a que nadie sabía en realidad lo que era.

«El Canto del Árbol son antiguas palabras para nombrar el Habla», le había dicho Nelac en Norloch. «Significa lo que está más allá de las palabras. Y también es una canción, supuestamente escrita cuando los Bardos aparecieron en Annar por primera vez, que contiene el misterio del Habla, pero la Tradición sostiene que es un enigma que ningún Bardo ha sido capaz de descifrar. Y se perdió hace mucho tiempo. Incluso

durante los primeros días tras el Silencio, cuando los Bardos comenzaron a encontrar una buena parte de lo que había desaparecido, muchos dijeron que nunca había existido». Maerad se sentía como si tuviese que perseguir rayos de luz de luna.

Todo aquello pasó por la mente de Maerad con más rapidez de la que le llevaría decirlo, y suspiró hondamente, con lo que Cadvan se volvió y la miró. Ahora sus ojos estaban claros y presentes. Por su mejilla y su ojo izquierdo se retorcían las marcas de unos crueles latigazos, heridas de su batalla con el espectro. Las heridas todavía estaban suturadas con diminutos puntos cruzados, y cuando Cadvan sonreía, como estaba haciendo ahora, ponía una ligera mueca de dolor.

—Bueno, Maerad —dijo con dulzura—. Supongo que deberías intentar volver a dormirte. Ya es noche cerrada, y todavía nos queda una dura navegación por delante.

—Como si yo supiera algo de navegación —contestó Maerad—. Sabes que lo único que hago es estorbar. Pero quizá pueda vigilar en tu lugar.

—Necesitamos un vigía —dijo Cadvan asistiendo—. Es agotador navegar así solo Owan y yo. Cuanto antes lleguemos a Busk, antes podremos descansar.

El sol se alzó al día siguiente en un cielo de un azul perfecto. Muy serio, Owan se proclamó satisfecho con el tiempo y dijo que iban por buen camino hacia la isla de Thorold.

Con su piel aceitunada, rostro vivaz y ojos grises, Owan parecía el típico thoroldiano, pero era atípicamente taciturno para lo locuaces que eran los isleños, pese a que aquello podría deberse al agotamiento. Tanto él como Cadvan estaban pálidos de cansancio. El *Búho Blanco* era el orgullo de Owan: se trataba tan solo de un pequeño barco pesquero, pero tenía una belleza propia y cada palo y plancha habían sido amorosamente colocados. Durante su construcción, cada una de sus partes había sido empapada de encantamientos, para evitar que zozobrase o para alejar a las criaturas hostiles de las profundidades; también había sobre él un conjuro de navegación, de modo que podía, de manera limitada, manejar el timón por sí mismo. Por desgracia, con el fuerte viento que Cadvan había traído a las velas aquello resultaba demasiado arriesgado, y Owan y Cadvan se turnaban noche y día al timón. Cuando Cadvan estaba demasiado cansado para aguantar el viento, el *Búho Blanco* navegaba según el tiempo del mar, pero él nunca dormía más de un par de horas seguidas. Maerad ya había sido testigo de la capacidad de aguante de Cadvan, pero su tenacidad la volvía a impresionar: tenía el rostro demacrado y el gesto serio, pero se movía con la presteza de un hombre descansado.

Maerad se sentó en la proa, intentando no estorbar. Todavía se sentía desconcertada ante lo diminuto que era el barco, una mota en la inmensidad del océano. Y se encontraba muy mal por el mareo. Cadvan había conseguido contenerlo un poco, pero estaba tan ocupado que Maerad no quería molestarlo y había decidido aguantar, a no ser que se volviese insoportable. No había podido comer nada durante

el último día y la última noche, y aquel vacío la aturdió.

«No hay», según pensó Maerad, «nada que ver excepto agua: agua, agua y más agua, y en el horizonte norte una forma borrosa y oscura que bien podría ser tierra o un montón de nubes». Aquello la asustaba un poco: había pasado su infancia entre montañas y nunca había imaginado que el espacio pudiese parecer tan ilimitado. El *Búho Blanco* se balanceaba extrañamente con el viento, golpeando la cima de las olas, lo cual era probablemente la causa de sus náuseas, y miró con la mente en blanco hacia las infinitas olas «verdiazules».

A media mañana había entrado en un estado casi similar al trance, pero hacia media tarde algo captó su atención. Al principio lo siguió ociosa con la mirada: una corriente más oscura que ondeaba cruzándose en el diseño más grande de las olas, más allá del cual el recorrido de su estela se expandía y se dispersaba sobre la superficie del mar. Mientras lo miraba pareció acercarse un poco. Se sentó más erguida y se inclinó hacia delante, entornando los ojos y mirando fijamente. Era difícil estar segura, pero era como un rastro definido, y tuvo la incómoda sensación de que estaba siguiendo a su barco. Tenía algo que recordaba, incluso a aquella distancia, a un perro de caza siguiendo a su presa.

Llamó a Cadvan y este, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Owan, se acercó a Maerad. Sin decir una palabra, ella señaló la estela del *Búho Blanco*, y él se inclinó hacia delante, haciéndose sombra sobre los ojos.

—¿Ves algo? —preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Hay una especie de... rastro en el agua —dijo Maerad—. Creo que nos está siguiendo. Justo ahí, al lado de la estela.

Por fin Cadvan vio lo que ella señalaba y lo estudió brevemente.

—¿Llevas mucho tiempo viéndolo? —quiso saber.

—Un rato. Es difícil decirlo a esta distancia, pero me parece que se está acercando.

Cadvan llamó a Owan. Este amarró la barra del timón y se acercó hasta donde estaban ellos, y cuando vio la línea oscura en el agua su rostro se tensó.

—¿Sabes lo que es? —preguntó Cadvan.

—No —dijo Owan—. Pero puedo suponerlo —contestó mirando a Cadvan—. Y si es lo que estoy pensando, sería mejor dejarlo atrás. ¿Crees que podrías hacer soplar el viento más fuerte?

Cadvan puso una mueca de dolor al mirar hacia las velas.

—Tal vez —dijo— ¿Resistirá el *Búho*, Owan? Temo que pueda romperlo si el viento sopla demasiado.

—Aguantará —sentenció rápidamente Owan, y volvió al timón. Cadvan dejó caer los hombros y suspiró, como si estuviese preparándose mentalmente para realizar algo que iba más allá de sus fuerzas. Volvió a su puesto cerca de la proa del barco y levantó los brazos, pronunciando unas palabras que el viento alejaba, de modo que

Maerad no pudo escucharlas. Sabía que estaba utilizando el Habla, y sintió un cosquilleo en la piel, una resonancia de magia. De repente las velas se hincharon con un nuevo y fuerte golpe de viento, y el *Búho Blanco* pegó un salto hacia delante como un caballo al que se hace comenzar un galope que, hasta aquel momento, había reprimido en su interior. El cuello de Maerad se echó hacia atrás bruscamente por la velocidad, extendió la mano para equilibrarse y miró más allá de la estela, hacia el rastro de mal agujero que había en el mar tras ellos.

Durante un breve instante pareció desvanecerse y Maerad se relajó, pero con el nuevo movimiento de la nave le volvió el mareo, peor que antes. Luchó consigo misma, intentado encontrar una quietud en el interior de su cuerpo que pudiese contrarrestar las náuseas, y pareció funcionar durante un momento. Pero las náuseas volvieron por triplicado cuando miró de nuevo por la proa. Lo que fuese había igualado con creces su nueva velocidad y ahora cortaba la estela del *Búho Blanco*, adelantándolos, y dos olas blancas como alas se extendieron tras una forma oscura que rompía la superficie del agua.

Gritó, y Cadvan y Owan miraron hacia allí. Owan se encogió de hombros.

—¿No puedes soplar más? —le preguntó directamente a Cadvan.

Cadvan negó con la cabeza.

—Bueno, en ese caso... —empezó a decir Owan, mirando por la proa y rascándose la frente— creo que estaba en lo cierto. Aun así, nunca había visto uno que fuese tan rápido. Y se comporta de un modo extraño para ser un ondril.

—¿Qué es un ondril? —preguntó Maerad, intentando sonar tan despreocupada como Cadvan y Owan. Podrían haber estado discutiendo un pequeño problema durante la cena.

—Un tipo de serpiente, una culebra marina —contestó Cadvan—. Esta no me gusta.

—Es grande y poderoso, si es que es eso —dijo Owan—. Normalmente dejan en paz a los barcos pesqueros, a no ser que tengas la mala suerte de aventurarte dentro de su territorio. Pero ahora vamos tan rápido que deberíamos haber sobrepasado sus fronteras hace tiempo. Normalmente, a estas alturas un ondril ya habría regresado a su territorio.

—Apesta a Enkir —dijo Cadvan.

—Entonces es que está vivo —añadió Owan—. Podría creerme cualquier cosa después de lo que vi en Norloch. Aun así, no sabía que Enkir fuese un mago del mar.

—Es muchas cosas, por desgracia, y pocas de ellas buenas —señaló Cadvan—. Y atrae poderes que están bastante más allá de sus propias capacidades innatas. Creo que ha invocado a alguna criatura del Abismo a salir de las sombras. No creo que muriese; creo que este monstruo es la prueba de que vuelve a actuar contra nosotros.

—Bueno, ¿qué podemos hacer? —Maerad se puso en pie con una repentina impaciencia.

—Tendremos que luchar contra él —dijo Cadvan—. Es evidente que nos está

siguiendo. Y no vamos a sobrepasarlo.

Maerad miró hacia atrás. La criatura, fuese lo que fuese, ganaba terreno rápidamente. La cabeza, su única parte visible, era una enorme cuña negra que cortaba el agua como un arpón; incluso a aquella distancia parecía inimaginablemente inmensa. Ante la idea de ser atacados en aquel endeble barco en medio de un gran desierto de agua, el estómago de Maerad se revolvió de miedo.

—Yo en tu lugar dejaría amainar el viento, Cadvan —propuso Owan, rompiendo el pesado silencio—. No tiene sentido utilizar esa energía ahora.

—Sí, no es de ninguna utilidad si lo tenemos pisándonos los talones —respondió Cadvan.

Al instante las velas se aflojaron y el *Búho Blanco* redujo la marcha y luego se detuvo casi por completo. Sin el viento encantado, tan solo la más suave de las brisas levantaba olas. Owan hizo girar el barco por completo y miraron a la criatura que se dirigía inexorablemente hacia ellos.

—¿Crees que podrías navegar directo hacia ella? —preguntó de repente Cadvan.

Owan ladeó la cabeza y se quedó pensativo.

—Sí, con bastante facilidad si pones una brisa en las velas —dijo—. ¿Piensas que es buena idea?

—Yo no —protestó Maerad violentamente—. Creo que es una locura.

—Así podríamos arrebatarle la iniciativa —dijo Cadvan. Miró a Maerad y sonrió con una repentina dulzura que iluminó y transformó su rostro sombrío—. Venga, Maerad. Es mucho mejor dejar el miedo a un lado que dejarse conducir por él. Ya lo sabes.

«Sí, lo sé», pensó Maerad sarcásticamente. «Pero estoy cansada de tener que ser valiente cuando en realidad estoy tan aterrorizada que apenas sé qué hacer». Tragó saliva con fuerza, se puso en pie y sacó la espada.

Cadvan asintió, levantó los brazos y habló.

—*Il sammachel Estate de...* Te invoco, Viento del Oeste... —escuchar el Habla utilizada con sus plenos poderes siempre hacía que un escalofrío le recorriese la espalda a Maerad, como si acabase de entrar en un fresco manantial de montaña en la mañana del mundo. Durante un momento olvidó el peligro, sintiendo tan solo el irresistible tirón de la orden de Cadvan, y se volvió para mirarlo. Cadvan brillaba ligeramente con una luz plateada.

Las velas se hincharon y el *Búho Blanco* crujió al inclinarse en la dirección del viento. Owan guio el barco de vuelta sobre sí, hacia la cosa negra que ahora creaba una enorme estela propia a medida que avanzaba hacia ellos. La velocidad a la que se aproximaban el uno al otro era mareante.

Cadvan se volvió hacia Maerad con el cabello azotándole el rostro.

—Creo que esta criatura no se espera que nos echemos sobre ella —dijo. Sacó su espada, Arnost, y esta brilló con un fuego pálido—. Tal vez lo pillemos por sorpresa. Estate atenta a tu Don, Maerad.

Maerad levantó a Irigan, su propia espada, y una línea de luz destelló desde la empuñadura.

—Owan, haré un conjuro de sujeción para que no salgas disparado si el monstruo golpea el *Búho* —dijo Cadvan—. Sigue el rumbo hasta el último momento y después gira al norte, tanto como puedas. Maerad y yo nos encargaremos del resto. —Owan asintió, con el rostro inexpresivo—. Tú también tienes que sujetarte, Maerad —continuó Cadvan—. Mantente alerta. Nunca me había topado con una de estas criaturas. Los ojos son vulnerables, golpéalos primero. Y dicen que bajo el caparazón que les cubre la cabeza hay un punto blando, justo donde el cráneo se junta con el cuello. ¡Búscalos! ¡Y que la Luz nos proteja!

Maerad asintió con fiereza, agarrando su espada. No había tiempo para el miedo: el monstruo estaba tan cerca que podía verle la cabeza cortando las olas como una guadaña, una cosa aterrada con forma de cuña, más grande que su barco, de un color negro verdoso y salpicada de algas y parásitos amarillos y verdes, con dos ojos enormes, pálidos y muy abiertos y una ancha boca sin labios. Apestaba a agua salobre y estancada. A medida que su diminuta nave se acercaba a ella, la boca se le abría revelando una pesadilla de colmillos, hilera tras hilera de dientes desiguales y amarillentos, como una caverna de cuchillos.

Maerad pensó que iban a zambullirse dentro de aquella oscura garganta para acabar hechos trizas y aplastados. Durante un momento crucial se quedó demasiado aterrorizada para moverse. A su lado, Cadvan golpeaba hacia delante con su espada, y un rayo de luz blanca saltó de la hoja y golpeó la terrorífica cabeza. Maerad vio que un ojo sobresalía como una linterna apagada, nublado de repente por sangre negra, y entonces, justo cuando pensaba que era seguro que los engulliría, la vela se dio la vuelta y el *Búho Blanco* salió disparado pasando de largo la horrorosa boca, que se cerró de repente, dejándolos empapados de agua marina.

El barco se balanceaba salvajemente, pero Cadvan se inclinó hacia delante, con la espada en alto, y Maerad analizó el costado del monstruo con furiosa concentración. De repente vio el punto donde había un hueco en el caparazón que cubría el cráneo, que revelaba una piel más oscura y sin escamas. En aquel momento se llenó de un odio pasional: recordó los ojos despiadados de Enkir y su voz helada que la había condenado a la esclavitud. Golpeó con la espada, gritando bien altas unas palabras que parecieron venirle a la mente sin voluntad propia:

—*Takarmenë, nachadam kul del!* ¡Maldito seas, monstruo de la Oscuridad!

Dos rayos de fuego trazaron un arco desde la barca: uno de ellos rebotó en las duras escamas del cuerpo alargado de la criatura y luego se desvaneció, chisporroteando entre las olas, pero el otro se clavó en profundidad en la piel descubierta. El mar hirvió cuando el ondril cargó violentamente y rugió emitiendo un ruido ensordecedor que hizo que a Maerad se le pusiese todo el vello de punta. Durante un instante no vio nada más que un chorro de agua blanco y caótico. Escuchó cómo Cadvan gritaba «¡atrás!», temiendo quedar inundados, y sintió cómo

el barco se movía bajo el seguro manejo de Owan.

Cuando pudo volver a ver, estaban a una distancia segura del ondril. Por primera vez Maerad pudo apreciar lo grande que era: su grueso y escamado cuerpo se extendía en cientos de palmos, enrollándose y desenrollándose en espasmos de furia y agonía que emitían géiseres de vapor de agua. Una negra nube de sangre hirvió en el agua y llegó incluso hasta el barco. Cadvan le gritó a Owan que lo retirase todavía más.

—¿Lo hemos matado? —preguntó Maerad.

—Lo dudo —dijo Cadvan—. Podría desistir e irse a lamerse las heridas, pero creo que no deberíamos osar contar con ello. Pienso que lo más probable es que ahora venga a por nosotros enfurecido, en busca de venganza, y estaremos en peligro si bucea y aparece desde abajo. No habrá más remedio que cegararlo.

Se volvió hacia Owan, y este se limitó a asentir.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo por fin—. Antes de que averigüe lo que somos.

—Temo que el *Búho* pueda hundirse —señaló Cadvan.

—Mi belleza no se hundirá —respondió Owan con seguridad—. No lo hará, a no ser que esté completamente hecha pedazos. —Y comenzó a girar el timón sin parar, de vuelta al ojo de la tormenta, donde el ondril estaba golpeando el océano en un tumulto.

Maerad no compartía la confianza de Owan, pero no dijo nada. Inspiró de forma profunda y pausada y después ocupó su lugar al lado de Cadvan en la proa del barco, con la espada en alto, preparada.

Se vieron lanzados con violencia cuando se acercaron a él, y de no ser por los conjuros de sujeción sin duda los habría arrojado al océano. Ahora resultaba mucha más difícil ver dónde golpear; todo era un caótico hervidero de escamas y agua. Maerad no comprendía cómo podrían evitar ser hechos pedazos, pero de momento el miedo la había abandonado, reemplazado por una resolución férrea. Entornó los ojos con ferocidad, analizando el lateral del barco.

De repente, a no más de diez pasos de la borda, la cabeza quebró la superficie del agua, alzándose ante ellos, abriendo más y más la boca. El tiempo pareció detenerse casi por completo a medida que el ondril se alzaba como una monstruosa torre ante ellos. Maerad chilló y Cadvan y ella alcanzaron en busca del ojo que le quedaba. Los dos rayos golpearon el objetivo, y un negro torrente de sangre brotó de él y salpicó la cubierta. El monstruo rugió y cayó hacia atrás, empapándolos a todos con una gran ola de agua marina que inundó la cubierta y desbordó torrencialmente por los laterales. Owan, que guiaba el diminuto *Búho*, hizo que este saliese disparado, deslizándose con la destreza de un pececillo evadiendo el golpe de un lucio.

Esta vez continuaron la carrera. Cadvan colocó un viento rápido en las velas y estas salieron disparadas sobre las olas en dirección oeste. Owan amarró el timón y desapareció silencioso bajo la cubierta, y tanto Cadvan como Maerad se sentaron

dejándose caer pesadamente, mirando hacia el mar que dejaban atrás, todavía hirviendo por la furia del ondril, cuya velocidad ahora menguaba tras ellos.

Owan reapareció enseguida con la botellita marrón de licor y todos tomaron un trago. Maerad estudió la cubierta: no había ninguna señal de su pelea por ningún lado. El agua había lavado la sangre del ondril y a su alrededor tenían un mar azul y en calma, en el que parecía imposible que pudiesen existir tales monstruos.

Cadvan brindó hacia Owan y Maerad con cansancio.

—Una valiente navegación, Owan —dijo—. Buen golpe, Maerad. Has dado en el blanco, detrás de la cabeza; ese yo lo fallé. No me habría gustado haberme colado por aquella garganta.

—¡Por la Luz, supongo que no! —dijo Owan.

Maerad miró hacia el mar, sintiendo tan solo un inmenso vacío. No tenía ninguna sensación de triunfo, ni tan siquiera de alivio. Solo sentía como le volvían las náuseas. «Lo único bueno de haberme asustado hasta la muerte», pensó, «es que me ha hecho olvidar que me mareaba».



Visto desde el mar, parecía que un gigante ocioso hubiese desperdigado la ciudad de Busk a lo largo y ancho de los acantilados de la isla de Thorold. Las carreteras y callejones se abrían paso por sus pronunciadas pendientes con dificultad, en un desorden loco pero pintoresco, y sus edificios encalados resplandecían como bloques de sal entre el oscuro verde de los cipreses, laureles y olivos. Busk era un ajetreado puerto comercial, con un muelle bien protegido tanto de las tormentas como de los ataques por un laberinto de arrecifes y corrientes y por los brazos de los acantilados que lo rodeaban. Estos se habían prolongado con unos rompeolas altos y almenados que terminaban en dos torres portuarias.

A medida que el *Búho Blanco* se acercaba a las torres, Maerad comenzó a sentir aprensión. La entrada era muy estrecha y los muros de las torres se cernían sobre su pequeña embarcación arrojando una fría sombra sobre el agua. El eco de las olas lamiendo la piedra parecía sobrenaturalmente elevado, incluso amenazador. La antigua piedra, verde por el cieno y llena de percebes y lapas incrustados, estaba demasiado cercana. Se preguntó si alguien percibiría su acercamiento a través de las rendijas que se veían en lo más alto de los muros.

Expulsó el aire con fuerza cuando volvieron a salir a la luz del sol y entraron en el bullicioso refugio de Busk. Los edificios que había a los lados del muelle eran sobrios y encalados, y devolvían los brillantes rayos del sol del verano con un resplandor cegador, pero cualquier sensación de austeridad se veía compensada por la actividad que tenía lugar a su alrededor. El muelle estaba atestado de cestos toscamente confeccionados llenos de peces azules y plateados, conservados en salazón, pilas de quesos redondos cubiertos de cera azul y roja, langosteras, toneles de vino y aceite, enormes bobinas de seda cruda y docenas de personas.

Cuando pisó el muelle de piedra, el atónito sentido de la percepción de Maerad le hizo creer que todo el mundo estaba discutiendo. Muchos comerciantes regateaban, mofándose con incredulidad de los precios que les ofrecían y alabando el valor inimitable de sus mercancías. En otros lugares los pescadores traían su carga, gritándose órdenes los unos a los otros, y los marineros trabajaban en sus barcos y saludaban a amigos, riendo y jurando. El rebosante y ruidoso lado del puerto supuso un *shock* tras el silencio y la soledad de sus días en el mar, y Maerad miró a sus dos

compañeros, sintiéndose momentáneamente incómoda.

Cadvan y Maerad se despidieron con afecto de Owan, prometiendo encontrarse con él pronto, y se dirigieron a las empinadas calles de la Escuela de Busk. Cadvan se fue abriendo paso a través de la maraña de diminutas callejuelas y callejones, y Maerad miraba a su alrededor con entusiasmo, olvidado su cansancio.

La gente de Busk parecía vivir en el exterior de sus balcones, a la sombra de las parras, pues les proporcionaban los placeres de bromear con los amigos que pasaban, meterse en los asuntos de los demás e intercambiar cotilleos. Vio cómo se lavaban, comían, vestían a los niños y cocinaban, todo al aire libre. Cadvan se dio cuenta de que lo miraba todo embelesada.

—La gente de Thorold es diferente —explicó sonriendo—. Piensan que los annarienses son fríos y elitistas. Por su parte, los annarienses piensan que los thoroldianos son impertinentes y que no tiene ningún sentido de la intimidad.

—Creo que me gusta —admitió Maerad—. Me parece muy... vivo. Pero no sé si me gustaría estar aquí todo el año.

—Tal vez no —añadió Cadvan—. Pero, por supuesto, en invierno es diferente: todo el mundo se queda en casa.

La Escuela de Busk estaba instalada sobre la ciudad principal, rodeada por un muro bajo que hacía de demarcación más que de barrera. Allí las omnipresentes casas recubiertas de cal y los callejones que se retorcían daban paso a amplias calles con cipreses y olivos a los lados. La carretera, igual que las calles del pueblo, estaba cubierta de piedra y devolvía la luz del sol de modo cegador. Tras los árboles estaban las casas de los Bardos, construidas en mármol y en granito rosa local, con anchos pórticos en el frente en los que había columnas ornamentadas en colores brillantes y cubiertas de oro; muchas estaban entrelazadas con antiguas viñas, cuyo grueso fruto maduraba al sol. Maerad echó un vistazo a las negras copas de las coníferas que había detrás de unos altos muros y pensó con añoranza en frescos jardines privados.

A diferencia de Innail y Norloch, las únicas Escuelas que conocía Maerad, Busk no estaba diseñada en círculos concéntricos. La geografía de la isla, empinada e irregular, hacía que aquello fuese imposible. Y en cualquier caso, como le dijo Cadvan, a los thoroldianos les gustaba hacer las cosas a su manera. Las calles estaban colocadas como terrazas, con tramos de anchos escalones que conectaban los diferentes niveles, y era muy fácil perderse si no se conocía el camino, porque no parecían seguir ningún orden racional. En Busk no había torres, aparte de las pequeñas que vigilaban el puerto; los edificios más grandiosos eran sencillamente más anchos y construidos con tejados más elevados.

Pese a toda su impresionante arquitectura, la Escuela era igual de vital que la ciudad. Era media tarde, el momento en el que, como Maerad descubriría más tarde, los thoroldianos dejaban a un lado los negocios del día y se dedicaban a objetivos más placenteros. Las mismas calles estaban desiertas, el sol ya calentaba demasiado para salir. A medida que caminaban atravesando la Escuela, Maerad vio que algunos

de los anchos y sombreados pórticos estaban poblados de Bardos. Como todo el mundo en Busk, parecían estar inmersos en animadas conversaciones y disputas. Levantaron la vista con curiosidad cuando pasaron Cadvan y Maerad, y algunos saludaron con la mano. Cadvan les respondió con una sonrisa.

Maerad se detuvo con timidez y se quedó en el exterior de una de las casas, ardiendo de curiosidad. Los Bardos descansaban en cómodas sillas de mimbre colocadas alrededor de mesitas bajas de madera, la mayoría de las cuales estaban cargadas de bandejas de fruta y garrafas de agua y vino. Vio a una mujer que estaba acomodada en una silla y recitaba un poema para un grupito de Bardos. Estos escucharon con atención hasta que terminó y después estallaron en una acalorada discusión. La mujer, que era alta y de huesos fuertes y llevaba un brillante pañuelo de vivos colores que le cubría la cabeza y unos largos pendientes negros, se puso en pie y respondió apasionadamente. Al final, alzó los brazos en el aire con frustración y le dio una colleja a su crítico más elocuente, para alegría de la mitad de la mesa.

Los Bardos le causaron más alarma a Maerad que la gente del pueblo; después de todo ella no era de Thorold y se podría esperar que fuese diferente. Pero en la Escuela era Bardo: uno de ellos. No podía imaginarse sentirse cómoda entre aquellas personas.

Maerad miró a Cadvan de reojo.

—¿Los Bardos de Busk son siempre tan ruidosos? —preguntó.

Cadvan le dirigió una mirada divertida.

—Bastante, Maerad. Pero es más animado que Norloch, ¿no te parece?

—Sí, así es —respondió sentidamente, pensando en los severos Bardos que había conocido allí—. Pero ¿sabes? Me parecen igual de aterradores, solo que de un modo diferente.

—Te acostumbrarás a ello —dijo—. De alguna forma tú también eres thoroldiana.

—¿Yo? —Maerad se volvió hacia él con la boca abierta.

—Claro que sí. Ya te lo he dicho —le recordó con el punto de impaciencia que siempre aparecía cuando se tenía que repetir, incluso si era sobre algo que había dicho de pasado dos meses atrás—. La Casa de Karn huyó a Thorold durante el Gran Silencio. Thorold siempre ha sido uno de los más independientes de los Siete Reinos, y fue un punto clave de la resistencia contra el Sin Nombre. Supongo que han pasado unos ochocientos años desde que tu familia estuvo aquí, así que se te puede disculpar por sentirte un poco extraña. Pero los thoroldianos son verdaderos bastiones de la Luz. El único problema real será mantener el ritmo de su consumo de vino. No sé cómo lo hacen.

Mientras hablaban se detuvieron ante una casa y giraron para entrar en el porche. A Maerad la cegó la súbita sombra, y Cadvan la guió parpadeando a través de dos grandes puertas dobles de bronce hacia un enorme atrio con baldosas de mármol. Había naranjos, limoneros y flores plantados en unos grandes tiestos de vidrio, que despedían un delicioso perfume y los jazmines trepaban por las esbeltas columnas. En

el centro, en medio de un complicado mosaico de pájaros y flores, había una fuente. Maerad se relajó en aquella frescura y miró a su alrededor. El atrio parecía desierto.

Cadvan tocó una campanita manual de latón que estaba sobre un pequeño pedestal y después se sentó en un banco de madera y estiró las piernas.

—En un momento vendrá alguien —dijo—. Siéntate.

—Es encantador —señaló Maerad. Se sentó a su lado, satisfecha de no hacer nada. De nuevo sentía lo cansada y mugrienta que estaba, y lo mucho que anhelaba ponerse ropa limpia y dormir en una cama de verdad. ¿Había sido ayer cuando habían escapado del ondril? Le parecía que había sido el año anterior—. ¿Crees que podremos quedarnos aquí un tiempo? —preguntó.

—Ese es mi plan —dijo Cadvan—. Yo estoy cansado de viajar. Y Busk tiene una biblioteca muy buena, una de las más antiguas de Edil-Amarandh. Espero que haya algunos escritos antiguos que hagan referencia al Canto del Árbol, nos sería de ayuda saber qué es lo que estamos buscando.

Maerad se volvió para mirar la fuente. La luz del sol descomponía las gotitas en pequeños primas y su música rumorosa se introducía en ella hipnóticamente, como si fuese una canción en la que casi comprendiese las palabras. No se percató de que un hombre anciano había salido de las sombras en el otro extremo del atrio hasta que estuvo a solo unos pasos de ellos.

Cadvan se puso en pie, extendiendo la mano a modo de saludo.

—Elenxi —exclamó—. Saludos.

—*Samandalamë*, Cadvan —dijo el viejo Bardo con una amplia sonrisa. Tenía unos dientes fuertes y blancos—. Bienvenidos.

Maerad lo miró maravillada. En su juventud debía de haber sido gigante, y todavía sobrepasaba con creces a Cadvan. Tenía el cabello y la barba completamente blancos, y sus ojos oscuros eran vivos, los ojos de un hombre mucho más joven. Igual que Cadvan, empleaba el Habla, la lengua innata de los Bardos, y no la lengua habitual de los thoroldianos. Era mucho más que una señal de cortesía hacia los extranjeros: utilizarla era una oferta de confianza tanto como una cuestión práctica. Se decía que era imposible mentir empleando el Habla.

—Mi compañera es Maerad de Pellinor —dijo Cadvan. Maerad inclinó la cabeza, y Elenxi, mientras inclinaba también la suya como respuesta, le dirigió una rápida y punzante mirada, pero no hizo ningún comentario—. Estamos aquí en busca de refugio, huyendo de los peligros del mar y la tierra, y traemos nuevas de importancia crucial.

—Siempre eres bienvenido, Cadvan —dijo Elenxi—. Y he escuchado algo de Maerad de Pellinor. —De nuevo le dirigió aquella mirada aguda y desconcertante—. Sin duda Nerili deseará que os unáis a ella para cenar, aunque ahora mismo está ocupada. Mientras tanto arreglaré unas habitaciones, y supongo que estaréis deseando refrescaros y descansar.

Casi tan rápido como lo había deseado, Maerad se encontró en un agradable

cuarto con frescas paredes de piedra decoradas con tapices tejidos en seda y una enorme cama cubierta por una red blanca, que Cadvan le explicó más tarde que servía para mantener alejados a los insectos picadores durante la noche. A un lado había unas anchas puertas-ventana, con contraventanas blancas tanto por dentro como por fuera. Ahora estaban abiertas y daban, al otro lado de la galería, a un sombreado jardín. Había ropa limpia —un largo vestido carmesí al estilo de Thorold, con el cuello bajo, mangas ajustadas y un ancho cinturón de brocado— preparada para ella, y Maerad pidió muy seria que le enseñaran el cuarto de baño. La charlatana Bardo a la que Elenxi le había asignado que le enseñase el lugar por fin la dejó a su aire.

Maerad era adicta a los baños. Durante la mayor parte de su vida, en los años de penosidades en el Castro de Gilman en los que había sido una esclava de baja casta, nunca había oído hablar de bañarse. Pero desde su introducción en las ideas Bárdicas acerca de la limpieza en la Escuela de Innail, a Maerad nunca le parecían suficientes. Aquel cuarto de baño era especialmente agradable: estaba pintado de azul fresco y se abría a un minúsculo patio en el que los pinzones saltaban sobre los árboles en macetas. La bañera estaba cubierta de azulejos que dibujaban un mosaico de delfines y otras criaturas marinas, y el agua estaba caliente y era abundante. Cuando estuvo lo bastante llena para poder hundirse en ella hasta el cuello, Maerad dejó caer en el agua un puñado de lavanda y romero y entró en la fragante bañera con un suspiro. Emergió mucho más tarde, se vistió lentamente, caminó hacia su cuarto y deshizo el hatillo.

Deshacer el equipaje se había convertido en un ritual, una especie de recuento de su vida. Primero sacó su lira de madera, liberándola de la funda de cuero estampada con el lirio, símbolo de la Escuela de Pellinor, regalo de Cadvan. La lira había pertenecido a su madre, y de todo lo que poseía era lo que le resultaba máspreciado. Pero Maerad sabía que, pese a su humilde apariencia, la lira era preciosa por otras razones: era un antiguo instrumento de realización Dhyllica, confeccionada por un maestro artesano, y estaba grabada con unas runas que ni tan solo el más sabio de los Bardos podía descifrar. Pasó los dedos por las cuerdas con delicadeza, sencillamente para escuchar su pura tonalidad, antes de depositarla con cuidado en una esquina. Dejó todas las ropas a un lado para lavarlas, desenganchando el broche de plata de su capa y dejándolo sobre la mesa. Desempaquetó la ligera cota de malla y el yelmo que le habían dado en Innail y los colocó al lado de su espada, Irigan, en el armario. Dejó otros objetos variados en uno de los cajones: un pequeño conjunto de cuero que contenía una cuchilla legra para cascos y cepillos para caballo, una pluma y un pequeño bloc de notas, una bolsa de agua de cuero, una navaja y una botellita azul de la bebida Bárdica medhyl, fabricada para combatir el cansancio, que estaba casi vacía.

Entonces sacó unos cuantos objetos que colocó cuidadosamente por la habitación, ya que eran demasiado preciosos para ella. Desempaquetó una flauta de junco, que le había dado una Elidhu en el Bosque Grávido, de quien tan solo Maerad sabía que era también la Reina Ardina de Rachida, la cual le había dado, en otra encarnación, el

exquisito anillo de oro forjado que llevaba en el tercer dedo, y un gatito de madera negro que podría haber sido tallado como juguete para un niño, recogido en una caravana saqueada el día que habían encontrado a su hermano, Hem. Por último, sacó de una envoltura de hule un pequeño librito de poemas hermosamente ilustrado que le había dado Dernhil de Gent. Lo miró con tristeza. No había tenido mucho tiempo para leerlo, y leer le resultaba, de todas formas, una lenta tarea, pero se sabía la mayor parte de los poemas de memoria. La muerte de Dernhil todavía pesaba mucho sobre ella, en una mezcla de dolor y pena.

Negó con la cabeza, para aclararse los pensamientos, y después tomó una pera dorada del cuenco que había sobre la mesa y salió el exterior. Todos los cuartos de aquel lado de la casa tenían puertas que daban al jardín. En aquel momento las sombras comenzaban a alargarse y se había levantado una fresca brisa que olía a agua salada. Maerad caminó descalza hacia la hierba fría y se sentó en el suelo, a la sombra de una parra cubierta de rosas de un color amarillo pálido. Se comió la pera lentamente, dejando que su dulce jugo le llenase la boca, con la cabeza vacía de pensamientos, completamente satisfecha. En algún lugar un pájaro gorjeaba sin ser visto entre los arbustos, pero por lo demás todo estaba tranquilo.

Cuando cayó la noche y se encendieron las farolas, Cadvan llamó a la puerta de Maerad y recorrieron el camino a través de la casa Bárdica hacia los aposentos privados de Nerili, Primer Bardo de Busk. Las estancias de Nerili estaban al otro lado de la casa Bárdica y tuvieron que volver a atravesar el atrio de camino allí. Maerad se iba entreteniendo al pasar, sintiendo que preferiría sentarse allí toda la tarde que conocer a ningún Bardo de Thorold, por no decir al Bardo más importante de la Escuela. La fuente burbujeaba pacíficamente a la luz del crepúsculo, murmurando su canción sin fin, mientras las blancas estrellas se abrían sobre ella en un cielo azul profundo.

Salieron del atrio y penetraron en un laberinto de pasillos, que daban vueltas y vueltas hasta que Maerad perdió por completo el sentido de la orientación. La casa Bárdica era inmensa, pero Cadvan la guiaba sin equivocarse, y por fin estuvieron ante una alta puerta recubierta de bronce, como la puerta principal de la casa, y llamaron. Se abrió, y una mujer delgada apareció en el pasillo y los saludó sonriendo.

—¡Cadvan de Lirigon! Ha pasado mucho tiempo desde que tu camino pasó por aquí.

—Demasiado —dijo Cadvan—. Pero por desgracia tal ha sido mi sino.

—Lamento que los encantos de Busk no puedan atraerte hasta aquí más a menudo —exclamó Nerili. Había una agudeza en su tono que hizo que Maerad volviese a mirarla, pero ahora la mujer sonreía y extendía la mano hacia Maerad. Cadvan se aclaró la garganta y la presentó.

Nirili de Busk no era exactamente lo que Maerad se esperaba. Parecía demasiado

joven para ser Primer Bardo, pese a que en los Bardos la edad siempre era algo difícil de adivinar. Maerad pensó que aparentaba unos treinta y cinco años, lo cual, dada la triple esperanza de vida de los Bardos, venía a ser unos setenta u ochenta. No era mucho más alta que Maerad, pero su autoridad y su gracia, y la retadora mirada que le había dirigido a Cadvan cuando había entrado, le proporcionaban una estatura ilusoria. Era notablemente hermosa, con sus ojos grises, cabello negro y piel aceitunada de thoroldiana, y su vestido de seda gris caía suavemente sobre su cuerpo, brillando como una cascada. Tenía el cabello recogido con peinetas de plata y una cinta de seda, en un estilo que llevaban muchas mujeres de Busk, y no llevaba otras joyas que unos largos pendientes de plata. Maerad se quedó ligeramente deslumbrada, y tartamudeó cuando Cadvan la presentó. Le pareció que incluso Cadvan estaba extrañamente torpe. Lo miró con curiosidad, ¿sería timidez?

Sus aposentos, como la propia Nerili, eran elegantes: había evitado los habituales tapices de seda, omnipresentes en Busk, y en su lugar las paredes de piedra estaban pintadas de un color azul claro, con un suave troquelado de pájaros sobre un tono más oscuro. El resto de la decoración consistía en una serie de exquisitos azulejos de vidrio azul y blanco que rodeaban puertas, ventanas y chimenea, cada uno de ellos pintado con una escena diferente de la vida en Thorold: pescadores, tejedores de seda, cabreros, niños jugando. Era una habitación tranquila y hermosa. A través de una puerta medio abierta Maerad vio lo que supuso que debía de ser el estudio de Nerili, a juzgar por el caos de manuscritos, pergaminos y libros que divisó amontonados sobre una mesa, y en el lugar más alejado de la habitación principal vio una mesa de comedor preparada con velas en candelabros de cristal y un generoso ágape: tortas de pan sin levadura, pequeños cuencos de verduras en conserva y salsas, carnes frías y quesos. Había un plato de cosas negras, redondas y con pinchos que parecían ser una extraña fruta, y un gran cuenco de conchas con los bordes de color naranja. Comenzó a hacerle la boca agua: tenía mucha hambre.

Nerili los invitó a sentarse y les sirvió un vino tinto ligero.

—Bueno —dijo, mirando a Cadvan con una franqueza poco habitual—. Elenxi me ha dicho que traéis noticias. Noticias serias e importantes. Y me ha dicho que buscabais refugio. ¿Refugio de qué? Aunque veo que habéis sufrido alguna batalla —inquirió mirando las marcas de látigo de la mejilla de Cadvan.

De repente Maerad pensó: «es Buscadora de la Verdad, igual que Cadvan». No podría decir cómo se había dado cuenta de aquello; sencillamente lo sabía. Aquel era un don que algunos Bardos poseían: según lo que le había contado Silvia, los Buscadores de la Verdad le podían sonsacar la verdad a una persona incluso aunque esta no supiese que estaba allí. Era imposible mentirles. Examinó a Nerili con renovado interés.

Cadvan alzó su vaso.

—Bueno vino, Neri. Ha pasado un tiempo desde la última vez que probé las uvas de Thorold, había olvidado lo excelentes que eran. —Nerili sonrió y Cadvan se

reclinó sobre su silla y espiró intensamente—. Primero te daré las malas noticias — anunció en tono grave—. Maerad y yo buscamos refugiarnos de Enkir de Norloch, que ha traicionado a la Luz. Huimos de la ciudadela hace tan solo cuatro días, entonces estaba en llamas. Temo que ocurra una guerra civil en Annar y sé que el Sin Nombre retorna, que la Oscuridad viene hacia Annar y que mientras se alza, la Llama Blanca se derrumba desde el interior. El Primer Círculo de Annar se ha roto.

Nerili tragó saliva y se quedó en silencio durante un instante, mientras estudiaba el rostro de Cadvan.

—Veo que no dices nada que no sea cierto —dijo lentamente—. Pero apenas soy capaz de darle crédito. ¿Norloch ardiendo? ¿El Primer Bardo traiciona a la Luz?

—Es cierto —confirmó Maerad. En su mente apareció de repente una imagen del rostro de Enkir, frío y despiadado por la furia, y sintió cómo una amarga ira crecía en su interior—. Hace mucho que es un traidor. El Primer Bardo Enkir envió a mi madre a la esclavitud y traicionó a Pellinor a la Oscuridad. Yo no era más que una niña pequeña cuando aquello ocurrió, pero he reconocido su cara. Se sabía descubierto, e intentó encarcelar a la mitad del Primer Círculo por traición. Envió a los soldados en nuestra búsqueda y conseguimos escapar por los pelos con la ayuda de Owan d’Aroki

—Envió a un ondril para perseguirnos —añadió Cadvan— Y no era un ondril común.

Nerili meneó la cabeza con desconcierto y alzó la mano.

—Volvamos al principio —dijo—. ¿Estás diciendo que Enkir fue la causa del saqueo de Pellinor? Esa es una acusación muy grave.

—Lo hizo. Me buscaba a mí. —Maerad levantó la vista hacia Nerili, con la mandíbula desencajada. Estaba cansada de tener que explicar su historia—. Sabía que a Quien el Destino ha elegido nacería de mis padres. No sabemos cómo lo supo. Pero se llevó a mi hermano, Hem, en vez de a mí, pues creía que solo un chico podía ser el Elegido. —Nerili ahogó un grito apenas audible—. A mi padre lo mataron junto a todos los demás. Mi madre murió más tarde, siendo esclava. —Maerad se detuvo de repente, retorciendo los dedos sobre el vaso. Aquella descarnada narración hacía que viejas tristezas se despertasen en su interior y le bloqueasen la garganta.

—¿A Quien el Destino ha elegido? ¿Estáis seguros? —preguntó Nerili en voz baja, mirando a Cadvan.

Cadvan asintió. Nerili se inclinó hacia delante y tomó el mentón de Maerad en su mano, mirándola intensamente. Maerad la devolvió la mirada sin miedo ni sorpresa: unos cuantos Bardos la habían inspeccionado ya de aquella manera, no tanto para adivinar algo en ella, sino para sentirla. Notó un delicado toque en su mente, una luz como la música. Entonces Nerili volvió a reclinarse y se pasó una mano sobre la cara.

—Necesitaré un tiempo para asimilar esto. —Tomó su vaso y lo vació—. Maerad, no sé lo que eres.

—Yo tampoco —respondió Maerad, un poco afligida.

—Tienes un gran poder. Pero es un poder extraño, un poder salvaje que no se asemeja a nada de lo que haya sentido antes.

—Hay muchos enigmas en esta historia —dijo Cadvan—. Pero no tengo ninguna duda de que Maerad es el más grande de todos ellos. Ninguno de nosotros sabe de lo que puede ser capaz.

Los dos Bardos se quedaron mirando seriamente a Maerad hasta que esta se removió bajo sus miradas, frunciendo el ceño. Al ver su incomodidad, Nerili volvió a llenarle el vaso y se volvió con urgencia hacia Cadvan.

—¿Y qué ha ocurrido con Nelac? —preguntó—. ¿Está todavía en Norloch? ¿O también ha huido?

—Nelac —ante la mención de su antiguo maestro, Nelac de Lirigon, la voz de Cadvan se llenó de tristeza—. Nelac no quiso venir. Se lo pedí, pero me dijo que era demasiado viejo, y que se le necesitaba en Norloch. Yo... yo no tengo ninguna duda de que corre un gran peligro, y no sé qué habrá ocurrido en Norloch desde que nos marchamos. Temo enormemente por él.

—Es un Bardo poderoso —aseguró Nerili—. No se le pone en peligro fácilmente.

—Sí. Pero tú no sabes en qué se ha convertido Enkir. Atrae poderes diferentes a los suyos propios. ¿De qué otra manera podría haber invocado a una criatura como aquel ondril? Y Nelac es anciano, incluso para ser Bardo. No teme a la muerte. Tal vez... —Cadvan suspiró y miró hacia el jardín—. Tal vez no vuelva a verlo más.

—Todas vuestras noticias son malas —dijo Nerili. Se produjo un breve silencio—. Bueno, aquí hay mucho que discutir. Estoy segura de que los dos estáis hambrientos, podemos hablar mientras comemos —añadió mientras le dirigía a Cadvan una extraña mirada de complicidad, y este apartó la vista con el rostro preocupado. Maerad se dio cuenta de repente de que Cadvan y Nerili se conocían y de que la torpeza de Cadvan no tenía nada que ver con la falta de familiaridad. Cadvan la había llamado Neri, no Nerili. Inesperadamente, sintió una punzada de celos y cuando se levantó bruscamente para seguir a los Bardos mayores a la mesa casi tiró su vaso al suelo.

Durante la cena, Cadvan y Maerad contaron cómo él la había ayudado a escapar de la esclavitud en el Castro de Gilman al comienzo de aquella primavera, cómo habían llegado a sospechar que ella era la Elegida, de la que se profetizaba que traería la caída del Sin Nombre, y cómo su proclamación como Bardo completo en Norloch había confirmado las sospechas de Cadvan.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nerili, mirándolo de nuevo con una extraña franqueza—. Ya que no me imagino que Cadvan de Lirigon se vaya a quedar mucho tiempo en Busk.

—Las señales, si las interpreto correctamente, dicen que debemos ir al norte —afirmó Cadvan—. Parece ser que Maerad y yo hemos de encontrar el Canto del Árbol.

Nerili alzó las cejas.

—¿Y qué es el Canto del Árbol?

—Nadie lo sabe con exactitud —contestó Maerad—. Ni tan siquiera Nelac. Pero de todas formas tenemos que encontrarlo. Sabemos que tenemos que ir al norte por mi sueño premonitorio y la profecía.

—¿La profecía? —dijo Nerili.

—Maerad habla de una profecía del Clarividente Lanorgil, hallada esta primavera en Innail —dijo Cadvan—. Predice nuestra necesidad de buscar el Canto del Árbol. El Canto yace en las raíces del Habla y de alguna forma contiene el secreto de nuestros poderes. Tus poderes, Neri, y los míos, y los de cada Bardo de Annar. Y hay algo que va mal en el corazón del mundo Bárdico. Muy mal. Incluso aquí, en el refugio de Thorold, debes saberlo.

Cadvan hablaba con tal convicción que el escepticismo se desvaneció del rostro de Nerili y durante un momento pareció sencillamente asustada, pese a que lo ocultó con gran rapidez.

Entonces Maerad y Cadvan comenzaron a contarle la historia de su viaje por completo. Era un relato enmarañado: Nerili los interrumpía muy a menudo con preguntas y especulaciones, y llevaba la conversación en diferentes direcciones. La atmósfera se relajó y Maerad decidió que Nerili le gustaba mucho: hablaba con el tono de alguien que está seguro de su autoridad y había un rápido calor bajo su aparente austeridad. El rostro de Cadvan era inescrutable y Maerad no era capaz de adivinar qué sentía.

Para distraerte, experimentó con la comida. Descubrió que le gustaban las olivas, pese a que al principio encontró su sabor, amargo y aceitoso, ligeramente desagradable. El pan, crujiente y duro, era delicioso, y le encantaron las verduras aliñadas, la mayor parte de las cuales no reconocía, y las carnes, que estaban sazonadas con limón, ajo y hierbas.

No le fue tan bien con el marisco, que nunca había comido ya que no había vivido cerca del mar. Cadvan le dijo que las conchas de labios naranjas eran mejillones, así que ella tomó uno, tal y como Cadvan le enseñó, abrió la concha del bivalvo y sacó la carne. Pese a que aquello la estaba mareando un poco, perseveró y se metió un trocito en la boca. Solo la educación evitó que lo escupiese en la misma mesa y dejó el resto a un lado, sin comer. Las cosas negras y con pinchos eran erizos de mar, hervidos y partidos en dos de forma que sus entrañas rosadas quedaban expuestas como flores exóticas y venenosas. Nerili se los comía con entusiasmo, sacando con una cuchara la carne de la concha, pero a Maerad le pareció que olían a bota podrida. Se dio cuenta de que Cadvan, que estaba monopolizando los mejillones, no tocaba los erizos de mar.

Nerili y Cadvan comenzaron una complicada conversación acerca de la política de Norloch, que aburrió ligeramente a Maerad, y el vino conspiró con su cansancio hasta adormilarla. Su mente comenzó a divagar. No se imaginaba a Cadvan teniendo una amante, excepto Ceredin, que había muerto cuando él era joven, pero ahora que

lo pensaba, no había ninguna razón para suponer que no hubiera tenido ninguna. Supuso que ahora Nerili y él no eran amantes, y no era que ella y Cadvan estuvieran, bueno, estuvieran... no tenía ninguna razón para sentir celos. Pero aun así los sentía. Tenía tan pocos amigos...

Volvió a pensar en Dernhil, que la había amado, y a quien había rechazado por pánico y confusión, le parecía que hacía tanto tiempo, en Innail. Dernhil le había hablado de las Maneras del Corazón, y Silvia también lo había hecho... incluso la Reina Ardina le había hablado de amor. «Tienes un gran corazón», le había dicho la Reina, «pero solo entenderás que lo es a través de un gran dolor. Esa es la sabiduría del amor, y es un dudoso don».

Pero Maerad no la había comprendido. Todavía no la comprendía. ¿Había sido el amor lo que le había dado a la sonrisa de Nerili su punto de ironía? Aunque tal vez se lo estuviese imaginado todo. Cadvan y Nerili no eran más que dos Bardos debatiendo sobre temas de alta política, y aquellos sentimientos subterráneos, que perturbaban tanto a Maerad, no eran más que divagaciones de su mente cansada.

Se quedó mirando abstraída por la ventana, donde ahora el jardín estaba envuelto en sombras de color púrpura, mientras las flores brillaban pálidas en la oscuridad. Siempre que los Bardos le habían mencionado las Maneras de Corazón, la habían llenado de un miedo irracional. Se había pasado toda su infancia teniendo que protegerse de los violentos hombres del Castro de Gilman, y aquel hecho formaba sin duda parte de sus miedos, pero a un nivel más profundo había una cierta sensación premonitoria, una sensación que envolvía la parte de su ser capaz de amar, como si el hecho de amar pudiera apagarla. Pensó que tal vez estaba demasiado cargado de riesgo y que ella ya había arriesgado demasiado sencillamente siendo quien era.

—¿Estás fatigada, Maerad? —Nerili irrumpió en sus pensamientos y le sobresaltó—. Pareces un poco cansada.

—Lo estoy —respondió—. No he dormido mucho estas últimas noches. No me importaría irme a la cama.

—Maerad no es marinera —dijo Cadvan—. Tuvo un curioso color verde durante la mayor parte de nuestro viaje hasta aquí.

—¿Y no le hiciste un conjuro? Creía que eras un extraordinario curandero. —Nerili le dirigió una mirada burlona y Maerad se encontró sintiéndose molesta por Cadvan, pese a que no dijo nada.

—¿Podrás encontrar tu habitación, Maerad? —preguntó Cadvan—. Todavía es bastante pronto y no tengo ganas de dormir, Nerili y yo tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Me las arreglaré —dijo Maerad secamente, pese a que deseaba que Cadvan no quisiera quedarse a hablar con Nerili, y en lugar de ello viniese con ella—. Os veré mañana. —Inclinó la cabeza para despedirse y salió de la sala.

Caminó hasta su cuarto, equivocándose de camino solo una vez, percibiendo con placer los familiares sonidos de una casa Bárdica —el murmullo de las

conversaciones en cuartos distantes, gente riendo en el exterior, músicos tocando un dueto en algún lugar, unos jóvenes Bardos discutiendo. Una necesidad de la que apenas había sido consciente se despertó dolorosamente en su interior. ¡Música! ¿Cuándo había sido la última vez que había tocado? No era capaz de recordarlo.

De vuelta en su cuarto, Maerad tomó su lira y comenzó a tocarla de manera aleatoria al principio y después con más seriedad. Le faltaba práctica. Repasó unas cuantas escalas, y después entonó una melodía que una vez había escuchado tocar a unos juglares en Ettinor. Aquella noche no le apetecía tocar música Bárdica. Era una canción lastimera acerca de un hombre que se había enamorado de un duendecillo del agua. Apenas recordaba las palabras, así que se inventó unas cuantas una vez hubo conseguido que la melodía fuese satisfactoria. La cantó entera dos veces, sintiendo cómo sus ansiedades se calmaban, absorta en tocar. Después, bostezando de forma exagerada, dejó la lira a un lado con delicadeza y se preparó para meterse en la cama.

La luz dorada de una mañana de finales de verano jugueteaba por el jardín en el exterior del cuarto de Maerad. Esta se sentó sola en la sombra, disfrutando de la brisa en el rostro. Los pájaros discutían en los árboles y Maerad se dedicó a escucharlos a hurtadillas, empleando su Don. «Los pájaros», pensó, «son unos descerebrados. Lo único que dicen es: ¡Mío! ¡Mío! ¡Mío! ¡Lárgate! ¡Lárgate!».

Dejó que el habla de los pájaros volviese a ser tan solo hermosos gorjeos, lo que resultaba bastante más agradable de escuchar, y respiró el bálsamo del jardín. Sentía dolor: oh, cuánto dolor sentía. Su alma era como un gran cardenal.

Resultaba tan agradable estar sentada sola en un hermosos jardín y no sentirse mugrienta, ni agotada, ni con frío, ni asustada, no sentirse perseguida por la Oscuridad. Pero ahora tampoco sentía demasiada paz, con todos aquellos pensamientos desasosegadores bullendo en su interior. ¿Estaba más cerca de saber quién era ella? Tenía muchos nombres nuevos —había habido un tiempo en el que tan solo era Maerad, después había sido Maerad de Pellinor y ahora era Elednor de Edil-Amarandh, el Lirio de Fuego venido para resistir a la Oscuridad—, pero ¿qué significaban en realidad? Y ahora estaba viviendo una odisea, con el encargo de hallar el Canto del Árbol. A partir de la voz que aparecía en sus sueños premonitorios, Cadvan y ella habían decidido que debían dirigirse al norte, pero allí, en aquel hermoso jardín, le parecía la más pobre de las razones. Y ¿qué era lo que buscaban? Ni tan siquiera Nelac lo sabía.

«¿Qué eres?» se preguntó a sí misma, repitiendo la pregunta que había hecho Nerili la noche anterior. «¿Un bicho raro?».

Llevaba un rato cavilando cuando una puerta que estaba un poco más alejada en el pórtico se abrió y apareció Cadvan.

—¡Maerad! ¡Buenos días! —exclamó acercándose a su mesa—. Veo que has empleado bien el tiempo —dijo, mirando hacia los platos vacíos—. ¿El café está todavía caliente?

—¿Café?

—La bebida. Café.

—No.

—Es una pena. Siento debilidad por él. Es una bebida del Suderain: es difícil de

encontrar en algún lugar de Annar, excepto aquí. Comercian con el sur.

—Me gusta —confesó Maerad—. Pero es fuerte.

—Un poco como los thoroldianos, ¿verdad? —reconoció Cadvan sonriendo. Acercó una de las sillas a la mesa y se sentó.

Cadvan y Maerad se quedaron sumidos en el silencio durante un rato, mirando hacia el jardín. Maerad jugueteaba con la idea de preguntarle por Nerili, pero después decidió no hacerlo. Dudaba que él fuese a contarle nada, y una parte de ella tampoco quería saberlo.

—Esto es encantador —dijo por fin—. Ojalá pudiese quedarme aquí para siempre.

—No debemos —replicó Cadvan—. Ya lo sabes. Pero está claro que podemos quedarnos unas semanas. Los dos necesitamos descansar. Y antes de dirigirnos al norte en busca del Canto del Árbol, será preciso tener alguna idea acerca de qué estamos buscando. Voy a hacerle una buena revisión a la Biblioteca de Busk, la más antigua de Edil-Amarandh a excepción tal vez de la que hay en Turbansk, e intentaré hallar alguna pista. Si sabemos qué es lo que podríamos estar buscando, entonces no será tan absurdo como andar persiguiendo gansos.

—De todas formas, podría ser tan difícil como perseguir gansos —sentenció Maerad, pensando en los peleones gansos con los que había lidiado como niña esclava, y después en el sabio y dulce Bardo Nelac, tal y como lo había visto por última vez en Norloch, encargándoles solemnemente que encontrasen el Canto del Árbol. Eran dos imágenes tan incongruentes que casi se echa a reír.

—Bueno, mientras tú revuelves en la biblioteca, yo me quedaré sentada en el jardín —dijo—. Me gusta estar aquí.

—No, no lo harás —contestó Cadvan—. Puedes emplear tu tiempo en el estudio. Hay muchas cosas que deberías saber, y hay cosas que es peligroso no saber. En realidad necesitarías años para ponerte al día, pero tendremos que apañárnoslas. He hablado de ello con Nerili y ha permitido que reciba clases particulares, así no tendrás que sentarte en una clase con niños a los que les doblas la edad. De todas formas, tus necesidades son especiales.

—Pero quiero descansar —protestó con tozudez—. Estoy cansada.

—Y tendrás descanso. Durante dos días. Es el tiempo que me llevará arreglar tus lecciones. Necesitarás enseñanzas de principiante en Magia Elevada, que es algo un poco peculiar, porque tienes todas las capacidades, y más, de un Bardo completo, pero nunca has tomado lecciones básicas. Tendré que pensar en quién será el mejor para enseñarte. Yo, seguramente, estaré ocupado. Y, por supuesto, están las artes de la espada, y leer y escribir. Eres rápida, podrás aprovechar bien tu tiempo.

Maerad hizo un puchero, pero no protestó más. La perspectiva de retomar sus estudios la emocionaba, pero no se lo iba a decir a Cadvan. Con todos los poderes que poseía, era muy a su pesar consciente de que tenía muy poca destreza.

En Busk, Maerad comenzó a vivir por primera vez la vida de un Bardo normal. Se coló en ella con tanta facilidad como un pez en un arroyo. Los días se asentaron siguiendo un patrón constante: levantarse al alba para desayunar y tomar lecciones hasta media tarde, con una breve pausa para un almuerzo ligero. Después de eso, si no tenía deberes que hacer, tenía tiempo para ella; era libre para ir a su cuarto y descansar, o sentarse en el jardín, o pasearse por la ciudad y los mercados de Busk, o, tal y como comenzó a hacer cada vez con más frecuencia tras la primera semana, unirse a los ruidosos Bardos en sus coloquios. Por lo general cenaba con Cadvan, bien en el Salón Común o bien en una u otra de sus habitaciones, donde podían intercambiar las noticias del día: lo que había aprendido Maerad (una voraz cantidad de cosas) o lo que había encontrado Cadvan (nada). O bajaban paseando hacia la parte baja de la ciudad para ver a Owan. Entonces cenaban en alguna de las muchas tabernas o en su casa, que era sorprendentemente grande para pertenecer a un humilde pescador, consolidando lo que se había convertido en una sólida amistad.

Tal y como Cadvan había predicho, Maerad empleó bien su tiempo y en una semana todos sus mentores decían que estaban asombrados con su progreso. Los años de brusca tutela del Bardo Mirlad en el Castro de Gilman, aprendiendo música de oído, habían hecho que su memoria fuese excelente; solo hacía falta decirle las cosas una vez para que las recordase. Pero lo que era más, parecía tener una sabiduría Bárdica innata que los profesores tenían que reavivar. Todos le comentaban aquello a Cadvan en privado, pues hallaban sus aptitudes ligeramente desconcertantes.

Todos sus profesores eran Bardos mayores de la Escuela de Busk. Elenxi de Busk le enseñaba las artes de la espada, Intatha de Gent le enseñaba a leer y escribir y, para vergüenza inicial de Maerad, la propia Nerili había asumido la tarea de introducirla en la Magia Elevada. En parte, le explicó Cadvan, los Bardos mayores le daban clase porque Maerad era un caso extremadamente poco habitual y porque necesitaba enseñanzas rápidas, pero otra razón era el secreto. En la Escuela a Maerad se la conocía como Maerad de Innail, que viajaba con Cadvan, quien era demasiado conocido para ocultar su identidad.

—No dudo que haya quien adivine que eres Maerad de Pellinor —dijo Cadvan la primera noche después de que comenzasen sus lecciones—. Los Bardos son los peores cotillas y tu llegada y aceptación como Bardo Menor en Innail originó muchos comentarios: una superviviente del saqueo de Pellinor era una gran nueva. Igual que lo fue el escándalo que se produjo cuando solicité ser tu único mentor. Pero aun así, será mejor para nosotros mentir un poco y ser discretos, incluso aquí. Tan solo somos Bardos viajeros que visitan la Escuela por invitación de Nerili. No hay nada extraño en ello.

—¿Piensas que aquí pueda haber espías? —preguntó Maerad encogiéndose de hombros.

—¿De la Oscuridad, es eso a lo que te refieres? —respondió Cadvan—. No creo que en la Escuela haya espías, pero para nosotros no hay lugar seguro y me

sorprendería que no hubiera ninguno en la ciudad. Busk es un puerto comercial, recuérdalo, y los extranjeros pasan desapercibidos. Aquí todavía no han llegado las noticias de Norloch, pero no dudo que lo harán pronto. Y entonces las cosas se pondrán más peligrosas.

Maerad valoró qué significaría «peligroso», y entonces sus pensamientos se volvieron, como ocurría a menudo, hacia Hem. El día anterior Cadvan había enviado un mensaje a Turbansk mediante un pájaro, para contarle a Saliman que había llegado a Thorold a salvo. Hem y Saliman estarían cabalgando hacia allí en aquellos momentos; Maerad se preguntaba por dónde andarían y si se encontraría bien.

Las clases eran interesantes. Las sesiones con Intatha de Gent al principio le produjeron a una punzada de dolor; no podía evitar que le recordasen a Dernhil, que había sido el primero en abrirle el mundo de la lectura y la escritura. Para Maerad, el mismo acto de leer estaba imbuido de recuerdo de él. E Intatha era de la misma escuela que Dernhil, pese a que Maerad nunca se atrevió a preguntarle si lo había conocido.

Intatha era una Bardo de aspecto imponente: alta, con los pómulos elevados, una formidable nariz aguileña y el cabello que se estaba transformando de negro a plateado. Era una profesora severa, pero dulce. Maerad trabajaba duro con ella, no porque temiese su desaprobación, sino porque Intatha esperaba mucho de ella y Maerad no deseaba decepcionarla. Se encontró dominando la escritura del alfabeto de Nelsor muy rápido, trabajando sobre las nociones que le había enseñado Dernhil, e incluso descubrió que su caligrafía comenzaba a parecer agradable, en lugar de deformada y llena de garabatos. Intatha también comenzó a enseñarle las runas de Ladhen, símbolos codificados que los Bardos empleaban cuando viajaban para dejarse señales unos a otros, y algunos de los pictogramas Dhyllicos. Era un trabajo intenso, y Maerad terminaba sus largas sesiones sintiéndose al mismo tiempo estimulada y consumida, con los brazos cargados de trabajo para realizar por su cuenta.

Las clases con Elenxi de Busk eran sorprendentemente divertidas. Para su edad y gigantesca constitución, era rápido y ágil, y Maerad no se sorprendió al saber que en su juventud había sido un famoso guerrero: se imaginaba que debía de haber sido imponente. A diferencia de Indik, el maestro de esgrima que le había dado clase a Maerad en Innail, Elenxi era un profesor paciente y alentador. Maerad tampoco era ya una principiante rasa: sostener una espada ya no le resultaba extraño. Tenía reacciones rápidas y un buen equilibrio natural, y era fuerte para alguien de su tamaño. Elenxi la entrenó en esgrima avanzada y combate sin armas, y Maerad comenzó a sentir por primera vez que tal vez fuese capaz de mantener el tipo ante un ataque.

—No te confíes en exceso —le advirtió Elenxi tras alabar sus esfuerzos en la

primera lección—. Continúas siendo una principiante. Es el golpe que no ves el que te mata. —La miró mientras se secaba el sudor de los ojos—. Creo que nos merecemos un vino, ¿verdad, joven Bardo? Hoy hemos trabajado duro.

—¿Un vino? —dijo Maerad con timidez, pensando en los Bardos vociferantes. Elenxi la miró y se echó a reír.

—¡No me irás a decir que estás asustada! Bueno, eso tendremos que curarlo.

—¡Pero si voy muy sucia! —objetó Maerad ruborizándose.

—¿Y? ¿Es que se tiene que estar limpio para beber? —inquirió Elenxi alzando una ceja—. Me gustaría saber cuándo se puso esa norma. No, joven Bardo, no atenderé ninguna excusa. Iremos a la casa de Oreston, tiene los mejores vinos.

Guardaron su equipo de lucha y, tras permitirle tan solo un lavado rápido, Elenxi llevó a una reacia Maerad calle abajo hasta una de las casas que estaba cerca del pueblo. Se metió a zancadas entre las mesas, con confianza, esperando que Maerad lo siguiese de cerca, y cuando vio que ella todavía estaba en la calle, dudosa, volvió y la agarró casi arrastrándola hasta una mesa en la que había unos seis Bardos, hombres y mujeres, enzarzados en una animada conversación. En un extremo de la mesa había un hombre joven que tocaba arpegios, que discurrían como un rápido río de música bajo la charla, en un hermoso instrumento de cuerda en una gran barriga.

Maerad se sintió paralizada de timidez y se sentó sin hacer ruido, esperando que nadie se diese cuenta de su presencia. Elenxi intercambió alegres saludos con todos los Bardos y después presentó a Maerad como una invitada procedente de Innail. Inmediatamente se vio inundada de preguntas tanto en el Habla como en thorldiano: «¿Innail? Ha pasado mucho tiempo desde que vino alguien del este, ¿cómo van las cosas por allí?». «¿Qué tal está Oron?». Habían sabido de la muerte de Dernhil de Gent, «¿cómo podía haber ocurrido aquello?». «¿Glumas asesinando a Bardos en una Escuela?».

—Venga, sed justos —dijo en el Habla—. Maerad es inteligente, pero no habla thorldiano. ¿Cómo os va a responder a todos? De todas formas, ¿qué va a saber ella de los asuntos de alta política de Innail? Tan solo es una joven Bardo, y lleva meses sin estar allí. Esta tarde hemos estado trabajando duro para mejorar sus habilidades con la espada; y está cansada y necesita un poco de vino. Ha venido hasta aquí para que yo le enseñe, lo cual muestra un notable buen gusto.

Le guiñó un ojo con disimulo, y Maerad, agradecida por su intervención, le dirigió una pequeña sonrisa. No había entendido mucho, pero sabía que le habían preguntado por Dernhil y aquella mención la había trastocado. De repente tuvo delante un vaso lleno de oscuro vino tinto y se la acosaba con delicadezas en lugar de preguntas. Se aferró a su vaso y se bebió el vino de un trago. La conversación continuó en el Habla para que ella pudiese entenderla y Maerad se quedó escuchando en silencio. Un rato después, animada por el segundo vaso de vino, le preguntó al joven que tenía el instrumento, un Bardo llamado Honas, qué era.

—Es un *makilon* —contestó—. Mi padre construyó este especialmente para mí:

es un maestro artesano de instrumentos, famoso en Thorold. ¿A que es hermoso? — Se lo tendió, y ella acarició la madera suave y madura, admirando las incrustaciones de nácar que había alrededor del agujero acústico y los delicados grabados del mástil.

—Oh, sí, es precioso —exclamó Maerad. Permitted que sus dedos se escurriesen sobre las cuerdas, escuchando la resonancia—. Qué maravilla. Nunca había visto uno. ¿Cómo lo tocas?

Honas, con el rostro iluminado por su evidente pasión, retomó el instrumento y comenzó a enseñarle las complicadas posiciones de los dedos y estilos de punteo del *makilon*. A Maerad le escocían los dedos por probarlo, y poco después Honas se lo tendió, colocándole las manos de forma correcta en el mástil y sobre las cuerdas. Maerad probó un arpegio, maravillándose ante el sonido. Honas comenzaba a estar más interesado en Maerad que en la música, pero tan solo Elenxi, que mantenía una vigilancia discreta desde el otro lado de la mesa, se dio cuenta de aquello. Sonrió para sí. Maerad estaba completamente absorta y ya había olvidado su timidez por completo.

Tal vez aquellos Bardos no diesen tanto miedo, después de todo.

Los estudios más exigentes eran los de Magia Elevada. Aquello era algo que Maerad nunca había estudiado de manera formal, pese a que Cadvan le había enseñado mucho durante sus viajes juntos. Acudió a los aposentos de Nerili para recibir su primera lección con una extraña desgana; no había hablado con la Primer Bardo desde la noche que había llegado a Busk, y sentía aprensión, como si no fuese a saber qué decir. Nerili se preocupó de hacer que se sintiese a gusto.

—Bueno, Maerad —dijo sonriendo cuando esta entró—. Cadvan me ha hablado de tus hazañas, matando a un Kulag y a un espectro. Parece bastante extraño tener que darte clase, pues ya has hecho más que la mayoría de los Bardos.

Aquel día Nerili iba sobriamente vestida, pero aun así Maerad encontró su belleza deslumbrante y se sintió algo insegura e incómoda y torpe.

—Todavía hay muchas cosas que no sé —murmuró, avergonzada—. No estaba pensando en nada cuando tuve que pasar por todo eso. Tan solo... surgió de mí.

—Lo entiendo. Bueno, supongo que es normal que nos resulte extraño, ¿no? Estoy segura de que esa sensación desaparecerá tan pronto comencemos a trabajar.

Y así fue, según descubrió Maerad.

Trabajaban en una habitación que estaba claramente reservada para dar clase: los muebles eran escasos, tan solo una mesa grande y un banco colocado contra la pared donde se podía sentar las dos si era necesario. Había una ancha ventana abierta en la pared sur y por ella soplaba un viento que traía el distante murmullo del mar.

Una gran parte de lo que aprendió Maerad durante las siguientes semanas fue el estudio teórico de lo que los Bardos llamaban el Saber, que estaba más o menos dividido en Tres Artes: Lectura, Creación y Cuidado, cada una de las cuales estaba

intrínsecamente relacionada con las otras. También le enseñaron diferentes tradiciones en relación al Habla, algunas de las cuales se contradecían entre ellas.

—No hay una verdad única —le explicó Nerili—. Pero todas estas verdades, entretejidas entre ellas, pueden proporcionarnos una imagen de lo que es cierto. Por eso es tan importante conocer todas las historias. No se puede ver el cielo entero de una vez.

Maerad también se vio introducida en el complejo sistema de ética Bárdica. Esta había evolucionado a lo largo de muchos siglos y se centraba en la idea del Equilibrio. Cuanto más aprendía acerca de aquellos asuntos, más se preguntaba Maerad si en realidad los Bardos practicaban la magia: parecía que el hecho de atraer poderes sobre ella implicaba cargar con ciertas responsabilidades y consecuencias, y que en la mayoría de los casos los Bardos practicaban sus poderes con la finalidad de no llegar a utilizarlos. A menudo, durante aquellos días, pensaba con incomodidad en las veces en las que sus poderes habían estallado desde sí misma, incontrolables y aterrorizadores, y en la salvaje alegría que había sentido cuando por fin había alcanzado el Habla. La magia seria, aprendió, era algo que rara vez se practicaba, y solo en caso de extrema necesidad. El Equilibrio era algo delicado, y la más pequeña acción podría tener consecuencias inesperadas y no intencionadas. Los Bardos que se habían vuelto hacia la Oscuridad, los Glumas, eran aquellos que deseaban poder sobre todas las demás cosas y no atendían a las necesidades del Equilibrio.

—La dificultad está, por supuesto —le había dicho Nerili pensativamente durante su primera sesión— en que como ellos no tienen las mismas inhibiciones sobre sus poderes, pueden acceder a fuerzas y llevar a cabo acciones que los Bardos no harían. Y esto puede hacer que sea complicado combatirlos: se ríen de nosotros, porque ven que nuestras manos están atadas y que somos débiles. Pese a su burla, somos perfectamente capaces de defendernos, pero hemos de recordar que si no intentamos adherirnos al Equilibrio, incluso en situaciones extremas, nos volveremos como ellos. Y esa sería la mayor de las derrotas.

Maerad se planteó aquello, pero de momento no lo discutió. Pensó en la brutalidad de su infancia en el Castro de Gilman y en la maldad de la Oscuridad. Recordó las veces en las que había tenido que matar para defender su propia vida. Siempre había sentido, con un profundo desasosiego, que matar la hería a ella de alguna manera, por mucho que hubiera sido necesario, incluso si sentía que había estado completamente justificado. «Aun así», pensó, «podría llegar un momento en el que la Luz no pueda permitirse tales sutilezas».

Nerili la miró fijamente y entonces añadió, como si hubiera captado el ritmo de sus pensamientos:

—En la renuncia al poder reside una gran fuerza que aquellos que están cegados por el deseo de dominación no pueden comprender, ya que quienes aman con el alma no desean poder. Entre los Bardos eso a menudo se conoce como las Maneras del Corazón. La Oscuridad no comprende nada de esto: he aquí su mayor debilidad.

Maerad se sobresaltó. Aquello le sonaba, de manera un poco incómoda, a los pensamientos de la noche anterior, pero, Nerili estaba mirando por la ventana, como si Maerad no estuviese allí.

—El amor nunca es fácil —dijo Nerili—. Comenzamos por amar las cosas que podemos, en relación a nuestra estatura. Pero no pasa mucho tiempo hasta que descubrimos que el amor es diferente a nosotros mismos, y que nuestro amor no supone ninguna protección para no ser herido. Buscamos entonces dominar lo que amamos, hacer que se doblegue según nuestra voluntad, para evitar que nos haga daño, pese a que hacer algo así sería traicionar al amor. Y eso no es más que el punto en el que comienzan las dificultades.

Se volvió hacia Maerad, sonriendo con una ligera tristeza, pero Maerad no respondió: se sentía demasiado sorprendida. Durante un momento estuvo segura de que Nerili hablaba de sus propios sentimientos hacia Cadvan, y de que ella era consciente, también, de la maraña de emociones que sentía Maerad y buscaba, en el fondo, reconfortarla. Para su alivio, Nerili cambió de tema y pasó a aspectos más prácticos de Magia Elevada.

Durante aquellas lecciones Maerad comenzó a aprender cómo utilizar adecuadamente sus poderes Bárdicos: cómo controlar y dar forma al Habla, y cómo realizar encantamientos y conjuros. Nerili comenzó con los conjuros destellantes, la parte más pequeña, explicó, de la magia Bárdica: una magia de ilusión, no de sustancia.

—Tú ya puedes hacer conjuros destellantes, solo deseándolos —afirmó Nerili—. ¿Eres consciente de ello?

—Sí —contestó Maerad. Era fácil hacerse invisible o cambiar de apariencia.

—De todas formas, en ellos hay algo más que esos poderes instintivos. Los conjuros destellantes pueden ser muy útiles. No contra Bardos, por supuesto: los ojos Bárdicos siempre pueden ver a través de ellos. Pero si hacemos esto —Nerili realizó un extraño pase con las manos—, podemos persuadir a los ojos Bárdicos para que colaboren con nosotros, pese a que no funciona contra la voluntad de un Bardo. En ese caso podemos compartir nuestras imaginaciones.

De repente apareció en el medio de la sala un arbolillo plateado. Mientras Maerad miraba, hipnotizada, este creció hasta la altura del techo, sacando ramas y anchas hojas de plata. Cuando estuvo completamente crecido, le brotaron por todas partes pequeñas yemas doradas, que se abrieron mucho para dar lugar a luminosas flores que parecían estar hechas de luz pura. Los pétalos se marchitaron y se desvanecieron, liberando una delicada fragancia, y de allí donde habían estado las flores crecieron unos maravillosos frutos, manzanas doradas tan brillantes que arrojaban sombras sobre las paredes. En la sala había una música, las mismas claras voces inhumanas que Maerad se oía escuchado durante su proclamación y que a ella le parecían el sonido de las estrellas cantar. Contuvo un grito de puro deleite.

—El Árbol de la Luz, tal y como lo veo cada año en el Solsticio de Verano —dijo

Nerili mirándola con la cabeza ladeada—. Es hermoso, ¿verdad? Cada Primer Bardo lo ve a su manera. Esta es la apariencia que tiene para mí. Si alguna vez realizas el Rito de la Renovación, verás uno diferente. Pero será exactamente igual de hermoso. —Dio una palmada y el árbol se desvaneció—. Ahora inténtalo tú.

Maerad se quedó con la mente en blanco.

—¿Qué?

Encogiéndose de hombros, Nerili dijo:

—Enseñame algo. Algo que recuerdes. ¿Has captado los pasos? —Le volvió a enseñar a Maerad los gestos de las manos y Maerad los imitó despacio, fijándolos en su memoria. En su mente apareció la imagen del espectro al que había destruido en los Dientes Quebrados, justo antes de llegar a Norloch. Empeñó su imaginación en visualizarlo y Nerili sofocó un grito.

—¡Eso no! —exclamó con rapidez—. Nada de criaturas de la Oscuridad. No, muéstrame algo diferente.

«Mis recuerdos están llenos de horrores», pensó Maerad. «No puedo evitarlo». Obediente, apartó al espectro de su mente y buscó otra imagen. Poco a poco, brillando ligeramente, la figura de una mujer se apareció en la habitación, sin mirar hacia ellas. Iba vestida de blanco y su cuello largo y rubio le caía suelto por la espalda. De forma pausada se volvió hacia las dos Bardos. Su rostro estaba cargado de tristeza.

—Tu madre, Milana de Pellinor —dijo Nerili en voz baja—. Nunca la había conocido. Se parece mucho a ti. Gracias, Maerad.

La figura difuminó y se desvaneció, y se produjo un breve silencio. Maerad apartó la vista. No sabía por qué le había enseñado a su madre a Nerili, y ahora deseaba no haberlo hecho. Nerili le tomó la mano y Maerad dio un respingo. Si le hubiera dicho algo, Maerad habría roto a llorar, pero se limitaron a quedarse allí sentadas sin decir nada durante un rato, hasta que Maerad se recompuso.

—La magia, incluso la más leve, apela a las partes más profundas de nuestro ser —sentenció finalmente Nerili, soltándole la mano—. Y eso resulta a menudo doloroso. Es el dolor de estar en el mundo, donde una gran parte de lo que es hermoso cae en la muerte y el olvido. Pero si hemos de conocer la alegría, debemos abrazar ese dolor. No puedes tener uno sin el otro.

Maerad asintió, con el rostro abatido. A veces, le parecía, el dolor superaba con creces a la alegría.

Muy pronto llegaron unos emisarios de Norloch, cinco días después que Maerad y Cadvan. Hicieron un consejo con el Primer Círculo de Busk y se marcharon a principios de la semana siguiente en dirección de Gent. Cuando se hubieron marchado, Nerili convocó otro consejo con el Primer y el Segundo Círculos —todos los Bardos mayores de la Escuela de Busk— y esta vez se llamó a Maerad y Cadvan.

Cuando llegaron a la Sala del Consejo, Maerad se sorprendió de ver allí a media docena de personas que claramente no eran Bardos. Eran el Administrador de Busk, un hombre alto y fornido llamado Arnamil, y los miembros de su Cámara —tres mujeres y dos hombres— uno de los cuales, según vio Maerad, era Owan d'Aroki. En tándem con los seis Bardos del Primer Círculo de la Escuela, la Cámara gobernaba la Isla de Thorold. Con los dieciséis Bardos, había una considerable concurrencia alrededor de la gran mesa redonda que dominaba la sala. Cuando todo el mundo estuvo sentado, Nerili se puso en pie y comenzó sin preámbulos.

—Bienvenidos, Cámara y Bardos. Gracias por haber respondido a mi llamada. Soy consciente de que esta reunión no tiene lugar en el momento habitual —hizo una pausa y echó un lento vistazo por toda la mesa, encontrándose con la mirada de cada uno de los allí presentes—. Bardos del Primer Círculo, vosotros ya sabéis por qué os he convocado aquí. Estabais conmigo ayer cuando Igan de Norloch emitió el edicto de Norloch a la Escuela de Busk. Lo que me contó concierne profundamente a todo Thorold, y por eso os he pedido, Señor Administrador y su Cámara que estéis presentes.

Inspiró de forma pausada, como si estuviese nerviosa, pero Maerad se dio cuenta enseguida de que Nerili estaba luchando por contener su ira.

—Igan de Norloch me informó ayer que ha habido ciertos cambios dentro de la Escuela de Norloch, y también dentro de Annar. —En aquel punto Maerad se sentó más erguida—. Se ha descubierto una conspiración dentro del mismo Primer Círculo, una fracción de rebeldes que se han aliado con la Oscuridad. La rebelión se ha sofocado y sus líderes han sido detenidos. Los traidores encarcelados son Nelac de Lirigon, Tared de Desor y Caragal de Norloch.

Se produjo un grito de consternación por toda la mesa y Maerad buscó la mirada de Cadvan. Parecía entristecido, no sorprendido; sospechó que él ya sabía aquello.

—Norloch se encuentra bajo el control de la Guardia Blanca, dirigida por el Primer Bardo, Enkir de Norloch, para combatir la situación de emergencia causada por los rebeldes —continuó Nerili—. Ha invocado al triple cetro, emblema de los Reyes perdidos de Annar, y reclama la autoridad de Alto Rey sobre los Siete Reinos.

De nuevo se oyó una exclamación de asombro contenida. Arnamil saltó de su silla, con la boca abierta, preparado para decir algo, pero Nerili levantó la mano para indicar que todavía no había terminado, y volvió a sentarse lentamente.

—Además, nos informó de que había noticias de que el reino de Dén Raven está moviéndose en el sur. Dijo que Norloch espera que Turbansk sea atacado dentro de los próximos tres meses por el Hechicero Imank.

Maerad pensó en el implacable ejército que había visto en su sueño premonitorio. Se mordió el labio y se miró las manos intentando contener una ola de desesperación; incluso si Turbansk era atacada, eso no significaría que fuesen a matar a Hem.

Nerili continuó hablando.

—En este clima de peligro, Igan me dijo que el Primer Bardo de Norloch y Rey

de Annar, Enkir de Norloch, busca la lealtad de todas las Escuelas y todos los Reinos. Podemos dar nuestro vasallaje sin división ni duda alguna al triple cetro, o seremos vistos como rebeldes. Y me dio a entender, sin demasiadas palabras, que elegir la rebelión, y por lo tanto ganarnos la enemistad de Norloch, sería arriesgarnos a sufrir la cólera absoluta del poder y fuerza de Norloch.

Aquella declaración final casi provoca un motín. Prácticamente todos los que estaban en la sala se pusieron en pie y comenzaron a gritar. Nerili volvió a alzar la mano para pedir silencio, y su voz resonó por toda la sala.

—Amigos —exclamó—. Mis queridos compañeros thoroldianos. Sé tan bien como vosotros que nunca, ni tan siquiera en los tiempos de los Reyes de Annar, hemos estado ni nosotros ni ninguno de los Siete Reinos bajo la autoridad de Annar. Y podéis estar seguros de que esto fue lo que le dije a Igan, emisario de Enkir de Norloch. Y él me respondió: «Nerili de Busk, las cosas cambian. Hemos entrado en una época peligrosa, y si pretendemos sobrevivir a ella, debemos cambiar nuestras libertades. Los thoroldianos han de obedecer a las nuevas leyes o ser víctimas de ellas». Tal ha sido el edicto de Enkir de Norloch. —Nerili inclinó la cabeza—. Siento vergüenza de ser portadora de tales nuevas; arrojan una sombra sobre todos los Bardos.

Se produjo un iracundo murmullo por toda la mesa, y Arnamil se puso de pie de nuevo, con los ojos centelleantes.

—¿Y qué dijiste ante tal insulto, Señora de Busk? —preguntó—. ¿Lo expulsaste de la Escuela, con la cola entre sus cobardes piernas, tal y como merecía?

—No lo hice. —Nerili lo miró a los ojos—. Arnamil, hacer tal cosa equivaldría a cortar todas las relaciones con Norloch, y nos hubiéramos arriesgado a una guerra abierta. No ha ocurrido algo así desde que los Reyes gobernaban Annar, y no estoy preparada para arriesgarme a la guerra basándome tan solo en mi autoridad. —Volvió a repasar la mesa con la mirada, todo el mundo estaba ahora sentado en un tenso silencio—. Lo recibí y lo escuché educadamente. Le dije que era consciente de que vivíamos una época peligrosa, y de que debíamos andarnos con cuidado con lo que nos pudiese amenazar. Le comenté que lo consultaría con los Bardos y la Cámara, y de que después haría saber a Norloch nuestras repuesta. —Se detuvo—. Nos dio una semana. Y volvió a advertirme que si negábamos nuestro vasallaje, sufriríamos graves consecuencias.

—En ese caso digo —exclamó Arnamil, golpeando la mesa con su enorme puño— que en una semana devolvamos su condenado edicto rasgado en pedazos. —La mayor parte de la mesa lo celebró—. No necesitamos a Norloch. —Volvió a sentarse malhumorado.

—Propongo, por el momento, hacer otra cosa —rebató Elenxi, poniéndose en pie—. Si podemos evitar una guerra con Norloch, pienso que deberíamos hacerlo. Dejemos que sean ellos los que fuercen ese tema. Si Norloch pretende traicionar el pacto entre Annar y los Siete Reinos de esta manera, entonces dejemos que sea

Norloch quien lo rompa. No nosotros.

—¿Y qué sugieres, entonces? —Owan, que hasta aquel momento había estado sentado en silencio durante todo el ruidoso encuentro, se volvió para mirar al viejo guerrero.

—Sugiero que ofrezcamos a Norloch nuestro vasallaje. —Se produjo un murmullo furioso—. Les ofrecemos nuestro vasallaje, propongo, bajo nuestra inquebrantable lealtad a la Luz. El pacto garantiza nuestra libertad e independencia. Si a Norloch no le gusta, tendrá que decir en qué términos es insatisfactorio nuestro vasallaje. Esto les llevará algo de tiempo, ya que no hemos roto ninguna promesa. Mientras tanto, enviaremos emisarios a otras Escuelas en los Siete Reinos e intentaremos averiguar sus respuestas a este ultraje. Creo que sus opiniones serán similares a las nuestras. ¿Realmente declarará Annar la guerra a los Siete Reinos? Y, mientras tanto, vigilarémos nuestras fortificaciones. —Elenxi dirigió una mirada a toda la mesa desde debajo de sus pobladas cejas y se sentó.

Tras un breve silencio, Arnamil comenzó a reír entre dientes.

—Siempre hemos dicho que eras un zorro, Elenxi. Me gusta.

—Esta es la vía que el Primer Círculo al completo y yo aconsejamos —dijo Nerili volviendo a ponerse de pie—. ¿Estamos todos de acuerdo?

Todos los que estaban en la sala, incluidos Cadvan y Maerad, que en realidad no podían votar, levantaron las manos. Nerili asintió.

—Está bien. En ese caso, continuaremos con esta política hasta averiguar si las palabras de Norloch tienen fuerza real o no son más que amenazas vacías. Norloch sería un terrible enemigo, no lo dudo; pero invadir Thorold no resultaría poca cosa. Todos nos mantendremos en comunicación. Elenxi y Arnamil pueden organizar nuestras defensas, y mejorarlas si fuese necesario.

—Tendrán que matar a cada hombre, mujer y niño para vencer a Thorold —gruñó uno de la Cámara.

—Y ahora, una cosa más. He de presentaros a Cadvan de Lirigon y Maerad de Pellinor. —Cadvan se puso de pie, y Maerad, tomada por sorpresa, se tambaleó tras él—. La mayoría de vosotros conocéis bien a Cadvan. Ha pasado mucho tiempo aquí. A Maerad tan solo la conocéis unos pocos; fue alumna de Cadvan y es ahora Bardo completo. Son, según me dijo Igan, peligrosos partidarios de la revuelta de Norloch, y por eso los persiguen. Se les busca por todo Annar. —El consejo se volvió para mirarlos con curiosidad—. Deseo que todos sepáis que no soy capaz de creer y no creo que ninguno de estos Bardos tenga ningún trato con la Oscuridad. Igan me ha dicho que cualquiera que entregue a estos criminales a Norloch se ganará el gran favor de la ciudadela, pero que quienes los oculten de la justicia sentirán toda la fuerza de su descontento. Todavía no sabe, por supuesto, que están aquí, en Thorold. Advertí a mi gente que guardase silencio cuando vino el emisario, y también sé que preguntaron por ellos, tanto en la ciudad como en la Escuela. Que yo sepa, no pueden probar nada, pero no estamos seguros de ello. Quizá ya sepan que estos Bardos han

buscado refugio aquí.

»Ahora os pregunto si nosotros, como thoroldianos, vamos a entregarlos a Norloch, tal y como se ha ordenado, o si estamos dispuestos a correr este riesgo: proporcionar un refugio a Cadvan de Lirigon y Maerad de Pellinor y atenernos a las consecuencias.

La mesa volvió a estallar. El ambiente contrario a Norloch era tal que Nerili no necesitó utilizar ningún argumento persuasivo: ser declarados rebeldes por Enkir ya era en sí mismo razón suficiente para asegurar su protección.

—En ese caso no necesito deciros —añadió Nerili— que su presencia debe mantenerse en secreto dentro de la Escuela y que no debe hacerse conocer en la ciudad de Busk, aparte de aquellos que ya lo sepan. No podemos saber qué espías habrá ahí fuera, y el brazo de Norloch es largo. Una palabra de más podría poner en peligro sus vidas y causaría que Norloch nos declarase rebeldes. —Eché un vistazo por toda la mesa, para remarcar la gravedad de la situación—. Bueno, aquí se acaban nuestros asuntos. —Alzó los brazos, como para bendecir, y dijo, con una alegría repentina y salvaje que hizo que Maerad sintiera un escalofrío por la espalda—: Amigos: me habéis hecho muy feliz. No esperaba menos de vosotros. ¡Ningún tirano aplastará el corazón de Thorold!

El consejo terminó entre ovaciones.



EL SOLSTICIO
DE VERANO

IV

Nerili actuó con premura de acuerdo con la decisión: los emisarios de Thorold partieron al día siguiente. Ya que uno iba a ir a Turbansk, Maerad se arriesgó a escribir a Saliman y Hem. Se encerró en su cuarto y preparó con mucho cuidado papel, tinta y una pluma sobre la mesa. Se quedó un buen rato sentada mirándolos sin hacer nada. Nunca había escrito una carta de verdad.

Por fin, con rostro decidido, tomó la pluma y comenzó a escribir. Emborrono la primera hoja, la hizo pedazos y la tiró al suelo. Su segundo intento tuvo más éxito. Escribió trabajosamente, con muchas dudas.

¡Para Hem y Saliman, saludos!

Cadvan y yo hemos llegado bien a Thorold, como ya debéis de saber si el pájaro ha llegado a su destino. Los dos estamos mucho mejor que la última vez que os vimos.

Durante el camino hasta aquí me mareé mucho, y Cadvan y yo tuvimos que luchar contra un ondril, que era muy grande, pero llegamos sanos y salvos. Nerili nos ha dado refugio; ya conoceréis el resto de las noticias por el emisario.

Deseo que hayáis llegado a Turbansk sin daños, y que Hem descubra que las frutas son tan grandes como decían los pájaros. Pienso en vosotros todo el tiempo y os echo muchísimo de menos.

Con todo el amor de mi corazón.

MAERAD

Escribir la nota llevó mucho tiempo. La miró con ojo crítico: su caligrafía todavía era demasiado temblorosa, no tenía nada de la impecable seguridad de la mano de un Bardo, y no decía nada de lo que ella realmente quería decir. Le hubiera gustado contarle a Hem cómo era Busk, describir sus bajos edificios de piedra y frescos jardines, y a sus gentes alegres y generosas. Hem se hubiera divertido con los erizos de mar que olían a bota vieja. Se lo imaginó riendo, y después se lo imaginó

probándolos con gula. Pero no habría buenos modales que evitasen que Hem los escupiese en medio de la mesa, sin importar quién estuviera presente.

Un terrible dolor se despertó en su interior. Añoraba poder contarle a Hem todas aquellas cosas en persona. Una carta no era un sustituto, sino que hacía que él pareciese estar aún más lejos.

Se preguntó si debería intentar volver a escribir su carta, pero no era capaz de enfrentarse a ello. Con un profundo suspiro, la dobló y selló, y se la llevó a Elenxi para que se la diese al emisario.

Tras la reunión del consejo, Maerad se sentía completamente segura en la Escuela de Busk. Toda la Escuela conocía ahora la amenaza de Norloch, pero si aquello ensombrecía su disfrute de la vida, Maerad no era capaz de percibirlo. Descubrió lo cierto que era el comentario de Cadvan de que el único problema real que se podía tener con los thoroldianos era mantener el ritmo de su consumo de vino: si no hubiera sido por lo duro que estaba trabajando, habría pensado que la vida en Busk era como estar en un festival continuo. Tras una mañana especialmente mala, aprendió unas cuantas técnicas de supervivencia: después de aquello se tomaba el vino muy despacio y bebía litros de agua cuando salía con los Bardos.

Los días festivos, cuando no tenía que tomar ninguna lección, a veces Elenxi y sus amigos la llevaban con ellos a la ciudad, donde bebían y bailaban toda la noche en los jardines de las tabernas del muelle bajo las brillantes estrellas de verano. Los Bardos siempre eran bienvenidos en las tabernas porque estos significan buena música, y los thoroldianos amaban la música con pasión.

Las personas a las que conocía en la ciudad eran iguales que los Bardos: fogosas, apasionadas, discutidoras, generosas. La intensidad de los thoroldianos no siempre resultaba benigna: para alarma de Maerad, fue testigo de un par de reyertas, una entre dos Bardos borrachos a los que Elenxi levantó literalmente por el cuello de la camisa y arrojó a la calle, y otra en una taberna entre un grupo de pescadores.

Todo era muy diferente de cualquier cosa con la que se hubiera encontrado antes, pero descubrió que le gustaba mucho. No tardó demasiado en volverse tan ruidosa como el mejor de ellos.

—Muchacha salvaje —le pinchó Cadvan una noche cuando se sentaba, colorada y sin aliento, después de bailar—. Te dije que tenías una parte thoroldiana.

—Bueno, si yo lo soy, tal vez tú también lo seas —contestó Maerad, riendo.

—Que yo sepa no —respondió—. Pero todo es posible. —Era cierto que Cadvan, que por lo general era tan solitario y a menudo se encontraba tan a disgusto cuando se quedaba durante un tiempo prolongado en una Escuela, estaba extrañamente relajado en Busk.

Además del ultimátum de Norloch, el tema principal de discusión tanto entre los Bardos como entre la gente del pueblo era el Festival del Solsticio de Verano, una de

las mayores celebraciones del año Bárdico: era entonces cuando se recibía al año nuevo y se despedía al viejo. Maerad y Cadvan habían llegado justo tres semanas antes del solsticio de verano, cuando tenía lugar el festival, y aquel año sería especialmente prometedor porque coincidía con la luna llena.

—Habrà una procesi3n —dijo Kabeka, la Bardo alta a la que Maerad habìa visto recitando un poema el primer dìa—. Todo el mundo viene a la procesi3n: cada hombre, mujer, ni3o, perro y pollo de Thorold, y medio Thorold participa en ella.

—Debe de ser un caos absoluto —contest3 Maerad, intentando imaginarse c3mo tal multitud podrìa meterse en las estrechas calles de Busk.

—¡Lo es! —exclam3 Kabeka sonriendo—. Pero es divertidísimo. Nos pasamos todo el a3o esperàndolo. Los ni3os se ponen m̀scaras y tienen permitido robar dulces de los tenderetes, darles cachetes a sus mayores y hacer todo tipo de travesuras, ya que ese dìa no se les puede castigar.

»Pero el verdadero acontecimiento es el Rito de la Renovaci3n, que siempre lleva a cabo el Primer Bardo. Es uno de los Ritos B̀dicos m̀s hermosos, lo he visto muchísimas veces y nunca me canso de 3l. La Primer Bardo toma el Espejo de Maras, que contiene al a3o viejo, y lo hace pedazos. Despu3s lo rehace, y del Espejo brota el ̀rbol de la Luz.

Maerad record3 el conjuro destellante que Nerili habìa hecho en su primera clase y se le aceler3 el coraz3n.

—Y despu3s hay bailes, y comida, y bebida. Y besos —a3adi3 Kabeka perversamente, haciendo que Maerad se ruborizase—. Tendr̀s que encontrar a alguien a quien besar.

—Yo no quiero besar a nadie —dijo Maerad acaloradamente, pensando en Dernhil.

—Hay mucha gente que quiere besarte —respondi3 Kabeka, y el rubor de Maerad se acentu3—. Entonces tendr̀s que arregl̀rtelas para detenerlos.

Un dìa Maerad termin3 pronto sus lecciones y decidi3 ir a la biblioteca a buscar a Cadvan, que sabìa que estarìa investigando entre los archivos en busca de alguna menci3n al Canto del ̀rbol. La Biblioteca de Busk, que estaba en la plaza central, era un edificio laberíntico que se extendìa hacia las profundidades de la colina rocosa que tenìa detr̀s. Se le habian hecho a3adiduras en un estilo ca3tico a lo largo de los siglos desde que habìa sido construida, y ahora era un desconcertante panal de salas. Algunas eran grandes salones iluminados por altas ventanas, otras eran diminutas y oscuras c̀maras. Pero todas estaban cubiertas del suelo al techo de estanterías, en cada una de las cuales habìa montones de rollos de pergamino, enormes volúmenes encuadernados en cuero o extra3os objetos cuya finalidad era incapaz de adivinar.

Maerad estaba feliz de pasearse por las salas, saludando con la cabeza a los Bardos que estaban sentados leyendo en sus mesas o de pie sobre escaleras de mano,

rebuscando entre las estanterías. Se preguntó cómo podría nadie encontrar nada allí, y un rato después comenzó a sentirse intimidada por el puro peso del saber que estaba atravesando tan a la ligera. Incluso aunque se pasase toda su vida sin hacer nada más que leer, nunca podría acabarlo todo. Mientras se abría paso hacia la parte trasera de la biblioteca —supuso que Cadvan estaría en las salas más antiguas, que estaban metidas en la roca— halló más y más cámaras que tenían todo el aspecto de que nadie entrase nunca en ellas: las estanterías estaban cubiertas por una gruesa capa de polvo y tenían un aire desamparado. Cogió una lámpara, ya que muchas de aquellas salas estaban a oscuras, y continuó el paseo.

Finalmente entró en un largo y estrecho pasillo donde colgaban unas lámparas plateadas de complicados diseños que arrojaban charcos de luz sobre una mesa que cubría toda la longitud de la sala. Bajo la luz, en el lugar más alejado de donde estaba Maerad, estaba sentado Cadvan, con la cabeza inclinada sobre un pergamino desenrollado y extendido sobre la mesa. Frente a él, Nerili hojeaba sin cesar un pesado libro.

Maerad se detuvo indecisa en el umbral, preguntándose si entrar y saludarlos. Ninguno de los dos Bardos se había percatado de su presencia; estaban profundamente absortos en su trabajo. Había una cierta autosuficiencia en su mutua y silenciosa compañía y no se atrevió a molestarles. Al final, retomó sus pasos, intentando sofocar una pequeña amargura que se le había instalado en la garganta. Durante todas sus tardes de debate, Cadvan jamás había mencionado que Nerili le estaba ayudando en su búsqueda en la biblioteca.

El Día del Solsticio de Verano el sol salió en un cielo azul perfecto. Los serpenteantes callejones y callejuelas de Busk estaban abarrotadas de gente, y el resto del pueblo parecía estar asomado al balcón, bebiendo, comiendo, saludando y cotilleando.

Todo el mundo se había puesto sus mejores galas y las calles eran un carnaval de color, resplandecientes con las sedas de vivos colores tejidas y teñidas en Busk: verde esmeralda, carmesí, dorado, azul celeste y turquesa.

Las multitudes dejaban a Maerad sin aliento; nunca había visto a tanta gente apretujada en un espacio tan diminuto. A medida que presionaban para avanzar por las estrechas calles, se iba acercando más a Cadvan, que se abría paso a golpes de hombro en dirección al muelle, donde tendría lugar la procesión aquel mismo día. Cuanto más se adentraban en la ciudad, más abarrotado, ruidoso y caluroso era el ambiente. Los niños que querían pasar se limitaban a retorcerse para abrirse paso entre las piernas de la gente. Algunos llevaban asombrosas máscaras de plumas teñidas y seda. Otros tan solo tenían el rostro pintado, y eran pequeños zorros, gatos, búhos y flores. La mayoría se aferraba a tesoros adornados con lazos: bolsas de seda con dulces o manzanas de caramelo, especialmente hechas para ser «robadas» de los tenderetes del mercado.

Nadie tenía prisa, y la gente detenía a menudo a Maerad y Cadvan para charlar, o les hacían señas desde los balcones para invitarlos a una bebida. Ellos rechazaban las invitaciones con una sonrisa y retomaban el paso. Finalmente alcanzaron su destino, la Sirena de Cobre, la taberna favorita de los Bardos, donde se encontrarían con unos amigos que habían jurado que les guardarían sitio. Se escuchaba a los Bardos incluso por encima el ruido de la multitud: alguien con un makilon y un percusionista tocaban en el jardín, y los juerguistas se desparramaban hablando y riendo por todo el jardín y la calle hasta el muelle.

Maerad miró con alivio al mar, ya que este era el único lugar que no estaba abarrotado de gente. Una brisa jugueteaba con las olas y le refrescaba el sudor de la frente.

—No me había dado cuenta de que en el mundo había tanta gente —dijo mientras se apartaba el cabello de los ojos una vez se hubieron sentado.

—Normalmente no están tan juntos —contestó Cadvan. Se sirvió un poco de limonada con menta—. Bueno, ahora que ya estamos aquí no hace falta que nos movamos hasta que llegue la hora del Rito de la Renovación. Podemos limitarnos a comer y mirar el desfile.

Y era todo un espectáculo. Tenían sitios de primera, bien altos en el balcón de la Sirena de Cobre. Maerad y Cadvan estuvieron de acuerdo en que aquello era mucho mejor que pegarse empujones en la parte delantera, recibiendo pisotones y golpes de ancianas con parasoles. Los jardines se extendían ante ellos en una serie de terrazas abarrotadas de mesas y sillas, que descendían hasta el Elakmirathon, la calle del puerto que a un lado daba al largo muelle y al otro tenía toda una hilera de tabernas y talleres y, más lejos, mercados al aire libre.

A medida que transcurría la tarde, más y más gente incrementó la multitud a lo largo del Elakmirathon. Lamos, el propietario de la Sirena de Cobre, cerró las puertas para que nadie más pudiese entrar, y aun así la gente trepaba por las paredes. Todos los balcones y terrazas a lo largo del muelle, cada muro y ventana disponibles estaban engalanados de gente que hablaba y reía. Pese a que desde que el mar soplaba una brisa fresca, la presión de la gente hacía que el calor fuese sofocante. Al mirar hacia la multitud, Maerad se preguntó en voz alta cómo podía ser que no se aplastase a nadie.

—Pese a las apariencias, somos bastante ordenados a esta hora del día —respondió Honas con una sonrisa—. Comenzamos a beber de verdad más tarde. Durante el día solo es comer. Y entonces todas las multitudes se habrán marchado para realizar sus propias celebraciones. Pocas veces hemos tenido algún problema en el Solsticio de Verano. Unas cuantas peleas tal vez, más tarde. Pero chiss, ya empieza.

Maerad estiró el cuello para ver. Oía cómo un enorme tambor era golpeado con un ritmo solemne y autoritario. De repente vio a un inmenso hombre gordo con un tambor dorado y carmesí colgado del cuello. Por donde él pasaba la multitud se dividía milagrosamente, pese a que parecía imposible que quedase algún espacio

disponible entre aquellos cientos de personas, y tras él venía la procesión.

Primero iban los acróbatas y malabaristas, todos vestidos con colores vivos. Algunos de los malabaristas lanzaban bolas encantadas que parecían peces o pájaros con alas de joyas y oro que relucían bajo el sol, o estrellas reales, o llamas azules, verdes y rojas. Maerad miraba a los acróbatas con la boca abierta: saltaban formando arcos y volteretas imposibles sobre los hombros del otro, o caminaban sobre las manos o en zancos, o se organizaban formando torres humanas compuestas por una docena de personas. Maerad aplaudía con deleite.

Tras ellos venía una cabalgata con docenas de niños, algunos montaban fornidos ponis de montaña cuyas sillas y bridas estaban decoradas con plumas y flores. Maerad pensó que los ponis, que a menudo y caminaban hacia atrás o de lado en vez de en la dirección en la que se suponía que debían de hacerlo, parecían muy poco entusiasmados ante todo aquel jaleo. Uno tiró al suelo a una niña diminuta. En lugar de echarse a llorar, esta se puso en pie como pudo, con su alto tocado de plumas teñidas de rosa tristemente roto, golpeó al poni en las ancas y se volvió a subir de un salto con una ovación. Todos los niños iban vestidos de la manera más fantástica que los thoroldianos podían conseguir: vestidos con varias capas de volantes y encajes, camisas y pantalones con brillantes brocados y máscaras hechas de plumas, vidrio, seda y espejos. Llevaban magníficos tocados llenos de plumas, muchos de los cuales parecían bastante inestables. Algunos habían sufrido el mismo triste destino que el de la niña.

Tras los niños venían una serie de carrozas que representaban a los diferentes gremios de Busk, tiradas por caballos con magníficos arneses. Estaba claro que había una gran competición entre los gremios para ver quién era capaz de hacer la carroza más espectacular, y cada una de ellas parecía más extravagante que la anterior. Y por último venía la carroza de la Escuela de Busk, con una docena de Bardos que hacían conjuros destellantes de modo que parecía estar flotando sola en el aire. Habían creado un jardín de verano encantado con vistosas flores de un tamaño seis veces superior al habitual, y un coro de pájaros exóticos que cantaban *El Canto de la Creación* en thoroldiano con voces sobrenaturales. Maerad conocía aquella canción desde que era una niña, cuando la había aprendido de Mirlad, pese a que este no le había enseñado cada de lo que significaba. Reconoció la melodía y el corazón le dio un vuelco.

En medio del jardín crecía el Árbol de la Luz, tal y como Nerili se lo había mostrado a Maerad durante su primera lección, pero mucho más grande. Estaba en plena floración. Sobre el Árbol parecía flotar un enorme cristal sin tallar, del que Cadvan le explicó que era una imagen del Espejo de Maras, la piedra utilizada en el Rito de Renovación. Cuando pasó la carroza, un dulce perfume ascendió hasta los Bardos que aplaudían.

—Nerili se ha superado este año —exclamó Kabeka aplaudiendo con entusiasmo—. Estaba muy bien hecho.

Detrás de la carroza de los Bardos venían más músicos y acróbatas, y después se acababa el desfile. La gente silbó y gritó durante un rato, reacios a marcharse, y después todo el mundo comenzó a irse por su cuenta. En un período de tiempo sorprendentemente corto la enorme multitud se había dispersado, y Lamos volvió a abrir las puertas. El que tocaba el makilon y el percusionista retomaron su música y unas cuantas personas comenzaron a bailar.

Maerad suspiró de pura felicidad.

—Ha sido lo más hermoso que he visto nunca —dijo, con los ojos brillantes—. ¡Oh, era maravilloso!

—Solo quieres ser ilusionista —dijo Cadvan riéndose de ella.

—Puedo pensar en cosas peores —respondió ella—. Mira cuánta gente lo ha disfrutado. Debe de ser emocionante ser capaz de hacer cosas como esa, y dejar que la gente las vea.

—Sí, la verdad es que lo es —replicó Cadvan—. Pese a que no hay muchos lugares donde aprecien las artes de la ilusión tanto como lo hacen aquí, y las hayan desarrollado hasta alcanzar tal perfección. En la mayoría de las demás Escuelas son tratadas con desdén, como una parte menos de las artes Bárdicas. Tal vez un día tú llegues a ser la mejor ilusionista de todos. Pero ahora, por desgracia, caminas sobre un sendero más oscuro.

Maerad se sintió como si le acabasen de echar un jarro de agua fría por la espalda. Quería darle una patada a Cadvan por haberle recordado las sombras que la perseguían, incluso allí, y por haber pinchado su burbuja de alegría. Lo miró con el ceño fruncido y se volvió para hablar con Honas, y Cadvan miró reflexivo hacia su vaso y no dijo nada. Había algo que lo perturbaba.

Cuando el sol comenzó a descender en el cielo, los Bardos salieron de la taberna y comenzaron el camino de vuelta a la Escuela. El Rito de la Renovación tenía lugar cuando salía la luna en el centro de la Escuela, donde la casa de música, la biblioteca, el salón de reuniones y la casa Bárdica de Nerili rodeaban una gran plaza. Estaba adoquinada con granito rosa y blanco con el diseño de un tablero de ajedrez, pero aparte de eso carecía de más decoración. En su centro exacto había un estrado blanco redondo.

La plaza estaba llena de gente, tanto del pueblo como Bardos, pero había una solemnidad en aquel encuentro que estaba completamente ausente en la procesión. Maerad percibió la presencia del poder colectivo de los Bardos a medida que ella y Cadvan se abrían paso entre la multitud en dirección al estrado. Era como una música o una luz en su cabeza, pero nunca podía encontrar las palabras exactas para describirla; otro sentido que se despertaba en su interior y se alteraba al reconocerlo. «Esta es mi gente», pensó, «y estoy contenta de estar con ellos».

Cadvan llevó a Maerad hasta encima del estrado, de modo que se quedaron allí de

pie junto a los Bardos del Primer y Segundo Círculo y los miembros de la Cámara de Busk, que hicieron un solemne gesto con la cabeza para saludarlos. Maerad no veía a Nerili por ninguna parte.

Alzó la vista hacia el cielo, donde la luna llena se balanceaba clara en el horizonte, arrojando una luz serena y blanca sobre la reunión.

Poco después comenzó a escucharse el sonido de la música —flautas y liras— y se hizo el silencio. Aquella no era la salvaje música de baile thoroldiana, sino la pura música de los Bardos. Su compleja claridad recorrió la multitud y un silencio expectante se extendió desde los músicos a medida que se acercaban. Entonces Maerad vio a Nerili, vestida con una túnica blanca y con una diadema blanca propia de su estatus colgando de un hilo de plata sobre la frente, que avanzaba despacio hacia el centro de la plaza. Tras ella venían tres músicos, todos ellos Bardos del Primer Círculo, y ante ella caminaba Elenxi, con el Espejo de Maras flotando ante él, guiado por sus manos. Maerad percibió con un profundo escalofrío que aquello no era un simple conjuro destellante, un engaño de la vista, sino magia real: una magia de transformación que liberaba al Espejo de las leyes del mundo natural.

La pequeña procesión subió solemnemente al estrado y los tres músicos se colocaron de manera que miraban hacia el norte, sur y este. Elenxi colocó el Espejo en el centro del estrado, donde se quedó como si lo hubiera colocado sobre un pedestal invisible. Él se situó mirando al oeste. Entonces la música se detuvo.

En aquel repentino silencio, Nerili rodeó el estrado con los brazos en alto y el rostro vuelto hacia la multitud.

—Bienvenidos y tres veces bienvenidos —exclamó, y su voz llegaba sin esfuerzo hasta los que estaban en la parte posterior de la multitud—. Hemos llegado al Rito de la Renovación.

Todos los que estaban en la plaza alzaron los brazos como respuesta y hablaron con una única voz.

—¡Que la Luz nos bendiga!

—Que la Luz nos bendiga a todos, y haga que nuestras lenguas digan la verdad, que nuestros corazones sean más verdaderos y que nuestros actos sean los más auténticos de todos.

—¡Que la Luz nos bendiga!

Ahora Nerili estaba al lado del Espejo, con los brazos todavía en alto. Comenzó a brillar con una luz plateada, que fue creciendo hasta que brillaba tanto como la propia luna. Entonces, con una brusquedad asombrosa, cogió el Espejo y lo arrojó contra el suelo. Aunque a Maerad le habían contado lo que ocurriría durante el rito, se quedó sin aliento: la piedra estalló en un arco iris de fragmentos, con un destello como el de un relámpago. Parecía un acto de terrible violencia contra un objeto tan hermoso.

—El viejo año ha terminado, y ahora es tan solo algo para recordar y soñar: con pesares, pérdidas y alegrías, con el nacimiento y la muerte, con las esperanzas cumplidas y las esperanzas que se hayan visto decepcionadas —dijo.

—El año viejo se ha ido —fue la respuesta.

—Y ahora vendrá el nuevo año, que nos devolverá todo lo que es nuestro: nuestros sueños y recuerdos, nuestros pesares, pérdidas y alegrías, nuestros nacimientos y muertes y nuestra esperanza.

—Y vendrá el año nuevo.

Nerili comenzó a cantar *El Canto de la Creación*. Maerad siempre había pensado que esta, la más Bárdica de las canciones, era hermosa, pero aquella era la primera vez que la escuchaba en el Habla, envuelta en todo su poder, y por primera vez se dio cuenta de lo que era en realidad la canción. El vello se le puso de punta en el cuello. Ningún instrumento apoyaba la voz de Nerili; resonaba, un contralto pleno y rico, en el absoluto silencio de la plaza.

Se volvió hacia Cadvan, deseando compartir su maravilla, y se quedó helada. El rostro de Cadvan estaba tenso de ansiedad. Volvió a mirar a Nerili. No podía ver que nada fuese mal, pero ahora miró con más atención. Tal vez, pese a que Maerad nunca había visto el rito, pudiese percibir alguna cosa que no debería estar allí: un peso, una sombra punzante que no fuese perceptible de buenas a primeras.

Nerili continuó cantando *El Canto de la Creación*, y con cada estrofa se iba volviendo más luminosa hasta que el poder que emitía comenzó a hacer que a Maerad le zumbase la cabeza. Muy gradualmente los añicos del Espejo roto comenzaron a elevarse del suelo y a flotar en el aire. Maerad contuvo el aliento. Poco a poco, muy poco a poco, cada fragmento del Espejo comenzó a acercarse al centro del estrado, y cuando Nerili llegó a la estrofa final de la canción, todas las piezas rotas se unieron, encajándose cada una de ellas en su lugar de origen. Pero todavía no era un todo, aún era tan solo una piedra agrietada.

Nerili colocó sus manos sobre el Espejo y su poder volvió a incrementarse. La luz centelleó desde sus manos y su rostro, haciéndola parecer insustancial, no humana. De repente, tan rápido que Maerad no pudo ver cuándo ocurrió, el Espejo volvía a ser un todo: sin arreglos, reconstruido como si nunca se hubiera hecho añicos. No se escuchaba nada: era como si cientos de personas estuviesen conteniendo el aliento.

A Nerili le fallaron las fuerzas, como si de repente estuviese agotada, y la mayor parte de la luz salió de ella. Pero ahora el cristal resplandecía radiante, era la cosa más brillante que había en la plaza, y arrojaba extrañas sombras negras hacia la multitud. Ella se irguió con visible esfuerzo, y tras colocar las manos sobre el cristal miró dentro de él. Maerad no le podía ver la cara, pero tras un tiempo muy breve vio que se le tensaban los hombros, y que apretaba las manos hasta que se le quedaron blancos los nudillos. Después fue como si le hubiesen cortado todas las cuerdas que sostenían su cuerpo, y se deslizó al suelo desmayada.

Antes de que Maerad supiese qué había ocurrido, Cadvan había saltado al estrado, al lugar en el que estaba el Espejo de Maras, y lo miraba. Nadie se había movido; cada uno de los presentes estaba congelado, como si estuviesen poseídos por un repentino pánico. Maerad echó un rápido vistazo tras ella y vio cientos de rostros,

todos ellos estampados con el mismo asombro. Volvió a mirar a Cadvan: ahora estaba brillante de magia, sus manos incandescentes sostenían el Espejo resplandeciente. Maerad sintió la fuerza de su poder con asombro; nunca había visto así a Cadvan: desatado, sin estar apagado a causa de sus heridas. Y gradualmente en el aire comenzó a formarse una imagen, sobre él, una luminosa imagen semejante al Árbol de la Luz. Era el mismo Árbol y al mismo tiempo parecía diferente del que Nerili le había mostrado a Maerad: la luz que derramaba era un rico dorado en vez de plateado, sus flores ligeramente más rubicundas, el fruto de un dorado más profundo.

Desde la plaza llegó un jadeo, como si cientos de personas hubieran expulsado el aliento.

—¡Contemplad el año nuevo, renovado y devuelto a vosotros! —gritó Cadvan.

—¡Contemplad el año nuevo!

La respuesta llegó y la ceremonia se terminó, pero de la multitud solo surgieron unas cuantas ovaciones irregulares. Cadvan tomó el Espejo de Maras y se lo tendió a Elenxi, y a los músicos comenzaron a tocar. Con solemnidad, en el orden inverso a como habían venido, bajaron del estrado y atravesaron la multitud. En cuanto hubieron dejado el estrado y la música comenzó a desvanecerse en la distancia, Cadvan se agachó sobre Nerili, que comenzaba a moverse, y Maerad vio que unos cuantos Bardos más se apresuraban para ayudarlo.

Nerili abrió los ojos y miró a Cadvan. Tenía el rostro blanco como el papel, y una única lágrima le resbalaba por la mejilla.

—No he podido hacer el Árbol —susurró—. Os he fallado a todos. El Rito no se ha llevado a cabo.

—No, se ha hecho el Árbol —dijo Cadvan, mientras le apartaba el cabello de la cara con una caricia—. Se ha renovado el año. El Rito se ha cumplido.

—No, no, no lo entiendes. —Nerili parecía estar a punto de echarse a llorar, lo que resultaba algo doloroso de ver en una persona con tanto autocontrol—. He visto... el Árbol...

—No lo digas ahora —dijo Cadvan con un susurro apurado—. Más tarde. Se ha hecho el Árbol. Todo está como debe de estar.

Nerili agarró con fuerza la mano de Cadvan, examinando su rostro con desesperada intensidad.

—¿Se ha hecho? ¿Cómo?

—Lo he hecho yo —dijo él.

Ella le soltó la mano, inclino la cabeza y no dijo nada más. Cadvan la ayudó a levantarse y la acompañó por la plaza, la multitud se iba separando en silencio para abrirles paso. Los Bardos del Primer Círculo y Maerad los siguieron hasta la Casa Bárdica, sin hablar, y según iban saliendo Maerad escuchó que la gente comenzaba a salir de su asombrado silencio, primero con murmullos y después hablando.

Elenxi y los otros tres Bardos del Primer Círculo que habían participado en el Rito de la Renovación ya estaban en la sala de estar de Nerili cuando el resto entró.

Parecían estar tan lívidos como la propia Nerili. Cadvan le sirvió a la Primer Bardo un vaso del licor dorado laradhel, que ella se bebió de un trago, sujetando el vaso con las manos temblorosas. Tenía la cabeza todavía inclinada hacia delante, como si fuese incapaz de mirar a nadie a los ojos. Toda la habitación la miraba con una preocupación silenciosa. Por fin, se estremeció ligeramente y se incorporó, mirando de forma directa a Elenxi, con la mirada ensombrecida por el dolor y la vergüenza. Parecía absolutamente exhausta.

—Estoy deshecha —exclamó—. He fallado en mi puesto como Primer Bardo. Debéis elegir a otro.

—¡No! —dijeron Elenxi y algunos otros—. No —continuó este—. Yo estaba allí. Lo he sentido. No has sido tú quien ha fallado.

—Si Cadvan de Lirigon no hubiera estado allí, no se habría renovado el Árbol de la Luz —alegó con una monótona inexpresividad en la voz—. No he tenido la fuerza.

—No para reconstruir el Espejo y también el Árbol —señaló Cadvan—. Había otras fuerzas implicadas. —Negó con la cabeza—. Yo también lo he sentido, Neri. He necesitado todo lo que tenía para hacer el Árbol, dudo que hubiera podido hacer también el Espejo.

Se produjo un largo silencio.

—He visto... he visto algo terrible —comenzó Nerili—. En el Espejo.

—Por favor, dilo —la alentó Kabeka con dulzura—. Por favor, explícanos qué has visto.

Nerili inspiró larga y profundamente.

—Estaba tan cansada. Nunca había tenido que luchar tanto para renovar el Espejo; era como si todos los fragmentos estuviesen haciendo fuerza para separarse, resistiéndose, como si deseara permanecer roto. Así que cuando ya estaba reconstruido, he mirado hacia él y he sentido que había consumido todo mi poder. Estaba débil —añadió en tono de desdén—. Así que... he mirado. Y al principio parecía estar como debería. El arbolillo tenía brotes y crecía como siempre lo había hecho, brillante y con alegría, y me he sentido aliviada. Luego ha crecido hasta alcanzar toda su altura y han empezado a salir brotes. Pero entonces... —Cerró los ojos y comenzó a hablar en un susurro—. Entonces he sentido la terrible sensación de que algo iba mal; era como si una daga se me hubiera colado entre las costillas. No puedo explicarlo. Mientras miraba, una enfermedad ha empezado a extenderse desde las raíces del Árbol. Un veneno terrible, parecía, que ascendía por el tronco. En todo el Árbol había un hedor a corrupción. He visto cómo las hojas y flores se marchitaban y caían, y dejaban el tronco desnudo blanqueado y sin luz, y entonces incluso este se pudría ante mis ojos, y no quedaba nada, nada, excepto un humo vil, un vapor de oscuridad...

Comenzó a estremecerse por completo, y Cadvan le sirvió otro vaso de laradhel sin decir nada. Maerad miró a su alrededor, a la media docena de Bardos que había en la sala. Todos estaban pálidos, y algunos incluso buscaban el laradhel. Se dio cuenta

de que, a diferencia de ellos, ella no estaba sorprendida; de que lo que había descrito Nerili a ella ya le resultaba de alguna manera familiar, y de repente se sintió horrorizada ante sí misma. Se encontró con la mirada de Cadvan, y se dio cuenta de que él tampoco estaba sorprendido. Los dos estaban más familiarizados con la Oscuridad que cualquiera de los Bardos allí presentes.

—¿Cómo lo sabías, Cadvan? —preguntó Maerad, rompiendo el silencio—. Tú lo sabías antes de que ocurriese. ¿Cómo?

—No sabía qué era lo que iba a ocurrir —admitió—. Pero sabía que algo iba mal. Podía sentirlo. Llevo todo el día sintiéndolo, como si hubiera una peste en el viento, como si la luna se hubiera salido de su curso. Cuando Nerili ha empezado *El Canto de la Creación*, ha ido haciéndose cada vez más fuerte... una sensación de que había algo malo actuando contra la canción.

—Yo también lo he sentido —dijo Elenxi muy serio. Los tres músicos asintieron—. Cuando añadí mi fuerza a la de Nerili, fue como si un veneno se estuviese filtrando en mi interior.

—Lo peor es... —empezó Nerili en un tono aún más bajo, como si su voz estuviese a punto de desvanecerse por completo—. Lo peor es que veneno parecía venir de dentro de mí. Toda la oscuridad venía de mi propia alma. —Y ahora sí comenzó a sollozar.

Los Bardos parecían impotentes de consternación, pero Maerad sintió una repentina oleada de empatía. Sabía demasiado bien lo que se sentía al sospechar la existencia de una oscuridad en el interior de una misma. Nerili inspiró profundamente, armándose de valor, y después se sentó, apartándose las lágrimas de los ojos con impaciencia.

—Oh, soy como una cría —confesó—. Es un golpe tan fuerte, una cosa tan terrible. Pero al final el Árbol se ha creado, y por lo tanto no ha ocurrido un desastre. Todavía no. Pero temo al próximo Rito. Temo no ser capaz de llevarlo a cabo por mí misma. —Recorrió la sala con la mirada con su autoridad normal restablecida—. Creo que tal vez deberíais plantearos nombrar a un nuevo Primer Bardo. No podemos arriesgarnos a que esto ocurra de nuevo.

—Nerili —dijo Kabeka con dulzura—. Ninguno de nosotros es tan poderoso como tú. ¿Cómo podría otro Bardo hacerlo mejor? Y tal vez el resultado sería bastante peor. Tal vez seríamos incapaces de crear el Espejo, por no decir el Árbol.

Nerili asintió.

—Tienes razón —reconoció.

—Confiamos en ti como nuestra Primer Bardo —exclamó Elenxi con firmeza—. Y no tendremos a ningún otro. Pero el año que viene quizás otro Bardo debería ayudarte con la Renovación, por si acaso ocurriese lo mismo. Yo también puedo hacer el Árbol.

Nerili volvió a asentir.

—Es lo más sensato —concedió Kabeka—. No nos falta confianza en ti, Nerili.

—Los demás Bardos asintieron—. Ahora te necesitamos más que nunca.

—La Oscuridad se alza —sentenció Cadvan, con el rostro angustiado—. Y este alzamiento es más insidioso que el último. Me pregunto cómo habrán resuelto este Solsticio de Verano las demás Escuelas. ¿Habrán entrado en un año roto, sin renovar, sin ser bendecido por el Árbol de la Luz?

Todos los Bardos presentes se estremecieron al pensar en ello.

—Ahora dejadme sola —pidió Nerili—. Mañana hablaremos más sobre el tema, cuando todos nos hayamos recuperado un poco. No, Maerad y Cadvan, quedaos. Quiero hablar con vosotros.

Los Bardos de Busk fueron saliendo uno a uno de la sala de Nerili. Cada uno, a medida que salían, le fue besando en la frente y le tomaban la mano, y Maerad, al verlos, se dio cuenta de lo profundamente amada que era Nerili entre los Bardos a los que dirigía. De repente se sintió un poco desamparada, y se sentó en una silla en el lado más alejado de la sala. Dudaba que fuese a sentirse alguna vez así de amada.

Nerili se sirvió un poco de vino y les ofreció el decantador a Maerad y Cadvan. Maerad ya se sentía mareada, pues no había comido desde el mediodía, pero se tomó un vaso de todas formas.

—Bueno, Cadvan, tal vez por fin comience a comprender. —Nerili lo miró, sonriendo con un rictus—. Tal vez por fin, después de todo este tiempo... Lo confieso, no sabía a qué te referías, hace tantos años.

Cadvan levantó la vista con una profunda tristeza en los ojos, pero no dijo nada, y los dos Bardos intercambiaron una larga y profunda mirada. Maerad, todavía sentada en su silla en el otro extremo de la sala, se sintió como si fuese una intrusa en una conversación privada. Recordó lo que le había revelado Cadvan en Norloch acerca de que de joven se había sentido atraído por las Artes Oscuras y que había sufrido sus consecuencias; y pensó en lo decidido, en lo solitario que era. No, ya veía que no podía haberse quedado con Nerili, si era aquello lo que ella deseaba. En Nerili había agudeza, una voluntad no tanto de acero como de diamante, pensó Maerad; tenía la sensación de que, si había sido contrariada, Nerili no perdonaba con facilidad, no olvidaba. Maerad se removió incómoda en la silla, deseando no pensar aquellas cosas.

—Un golpe de estado en Norloch: es algo malo, sí, incluso muy malo, pero no pincha el mismo centro —dijo Nerili—. Pero esto... esto va al centro de las cosas, de una manera que yo no comprendo, ni tampoco espero. Sentir que yo estaba envenenando el Árbol de la Luz, ah, es un tormento más terrible que cualquier otro que haya experimentado.

—La oscuridad vive en cada uno de nosotros —afirmó Cadvan—. Pero todos somos criaturas con libre albedrío. Podemos volvernos y abrazarla, tal y como ha hecho Enkir, tal y como el mismo Sin Nombre hizo hace tantos siglos, o podemos resistirnos, incluso si la resistencia parece en vano. Neri, tú has resistido con toda su fuerza; nadie puede hacer más.

El rostro de Nerili se relajó, como si hubiera sido absuelta, y después se endureció.

—Tendré que ser más precavida de ahora en adelante —reconoció—. Es cierto que aquí en Thorold somos un pueblo libre y salvaje, y que tal vez dejemos que la oscuridad juegue más con nosotros que con otros Bardos. Pero...

—Yo no creo que eso sea una debilidad —dijo Cadvan interrumpiéndola—. Más bien una ventaja.

—Lo es —replicó Nerili—. De todas maneras, hoy me ha enseñado que no necesita más que una pequeña puerta para permitir que entre la corrupción.

—Aun así no la cierres —dijo Cadvan rápidamente—. Es el mayor de los errores. Es el error que cometió Enkir, creo: amurallarse, hasta que vio en sí mismo todo lo correcto y pensó que los demás estaban equivocados. No tuvo que dar más que un pequeño paso de ahí a creer que el poder es por sí mismo la verdad y la rigidez, y otro pequeño paso desde aquello a lo que es ahora. Y, después de todo, la dicha burbujea en una fuente de dudas.

Nerili suspiró, y después se echó a reír.

—Oh, esto son cosas de Bardos menores —exclamó. Miró a Maerad y se sentó un poco más erguida, como si hubiera recordado de repente que Cadvan y ella no estaban solos—. Son las maneras del Equilibrio. Después de todo.

—Sí —respondió Cadvan—. Todo está en el Equilibrio. Tal vez todos deberíamos tomar clases de principiante con Maerad.

Maerad estaba jugueteando con su vaso, deseando con todas sus fuerzas estar en cualquier otro lugar. La asaltaban los mismos molestos celos que antes, solo que ahora eran peores, llenos de emociones enfrentadas. Levantó la vista cuando Cadvan mencionó su nombre.

—Tal vez —dijo Nerili—. No hace ningún daño volver al principio una y otra vez. Pero sí, comprendo mejor después de esta noche. Y ahora pienso que no es tan buena idea que tú y Maerad os quedéis en Busk.

—¿A dónde iremos? —preguntó de repente Maerad, sintiéndose muy cansada. ¿Volverían a viajar? Había deseado que pudieran quedarse más tiempo allí.

—No podemos quedarnos —dijo Cadvan—. Pero sigo sin encontrar nada acerca del Canto del Árbol en la Biblioteca de Busk. He buscado tan a conciencia como he podido, y no he encontrado nada. ¿Y cómo vamos Maerad y yo a encontrar el Canto del Árbol, tal y como debemos hacer, si no tenemos ni idea de lo que es?

—Y yo no he terminado mis lecciones —añadió rápidamente Maerad.

Nerili los miró a los dos.

—Esos no son asuntos de poca importancia —afirmó—. Pero aun así, se me está despertando una sensación de peligro por el hecho de que estéis aquí. ¿Pensáis que los cientos de personas que estaban esta noche en la plaza no se plantearán quién ha hecho el Árbol, y no harán preguntas, y no se les responderán? No veo cómo se puede continuar ocultando vuestra presencia aquí: la noticia se extenderá. Creo que

tal vez podríais quedaros un tiempo en Thorold, pero no en la Escuela.

Cadvan inclinó la cabeza hacia delante, aceptando sus argumentos.

—Creo que Maerad desea tan poco marcharse de aquí como yo, pero por supuesto que no podemos quedarnos si eso nos pone en peligro tanto a vosotros como a nosotros. ¿Tengo razón al pensar que conoces un lugar adónde podríamos ir?

—Sí, conozco un lugar, en las montañas. —Nerili colocó su vaso vacío sobre la mesa—. Mañana enviaré un mensajero. Será imposible que nadie os encuentre allí. —Le dirigió una sonrisa a Maerad—. No es tan cómodo como Busk, tal vez, pero es igual de hermoso, a su manera. Yo continuaré buscando en la biblioteca, Cadvan. Haré que sea mi máxima prioridad. No me puedo creer que no haya nada en ella que hable del Canto del Árbol. Y Cadvan es perfectamente capaz de continuar con tus lecciones, Maerad. —Se puso en pie—. Os avisaré en cuanto sepa si es posible; tardará unos días. Mientras tanto, creo que es hora de comer algo. Y, después de todo, se supone que el Solsticio de Verano es un momento de celebración.

Sonrió, despidiéndolos, de pie, recta y diga: «una Primer Bardo hasta el último centímetro», pensó Maerad mientras le hacían una reverencia y emprendían la marcha. No había ninguna señal de la mujer rota y angustiada que Nerili era momentos antes. Mientras se marchaban, Maerad le dirigió una mirada furtiva al rostro de Cadvan: parecía tan aliviado como desolado, como si hubiera hallado algo importante y lo hubiera perdido de golpe. No quiso pensar en lo que significaría aquello; le producía dolor en algún punto en el centro de su ser.



Detrás de la escuela de Busk se erguía el montañoso interior de Thorold, pico tras pico de color púrpura, hasta alcanzar los pináculos rocosos del Lamedon, la montaña más alta de Thorold. Incluso en verano la corona del Lamedon estaba blanca de nieve.

Desde las montañas descendía un terreno salvaje, con ásperos cerros y picos que ocultaban valles verdes y protegidos. Ahora estos dormitaban con el calor del verano. En las pendientes de las cimas se acumulaban mirtos, acacias y olivos, y había manojos de mimosas aromáticas y rosas salvajes; las abejas zumbaban por los fragantes prados a donde los cabreros y pastores llevaban a pastar a sus rebaños. A través de la bruma en la distancia, Maerad veía oscuros bosques de pinos y abetos que crecían en las tierras más elevadas, y las cumbres cubiertas de nieve, privadas de todo tipo de árboles, que se alzaban tras ellos.

«El paisaje es hermoso para mirarlo», pensó Maerad, «pero cabalgar por él es algo muy diferente». Detuvo a su caballo y se secó la frente, y después tomó un trago de su botella de agua. Llevaba unos pantalones de seda y una ligera túnica, y Cadvan le había plantado en la cabeza un sombrero de paja de anchas alas para evitar, según dijo, que se volviese aún más tonta a causa del calor, pero aun así el sudor le caía a raudales por el rostro, y estaba segura de que tenía la cara colorada.

Pese a todo, la vista era espectacular. Ella, Cadvan y Elenxi habían subido a duras penas por una de las numerosas y estrechas calles, la mayoría de ellas poco más que caminos de cabras, que serpenteaban por el interior de Thorold. Desde allí podía ver más allá de las lomas de Thorold, hasta el mar, pese a que la ciudad de Busk estaba escondida detrás de un cerro. Muy a lo lejos en la distancia se escuchaba, procedente de un rebaño de cabras, el repicar de unos cencerros, que descendía flotando desde una ladera distante, como una lánguida nube. De no ser por aquello, el único sonido que se escuchaba era el zumbido de las abejas y la música chillona de las cigarras. Todavía era por la mañana y aún no habían llegado las horas más cálidas del día, pero el sol pegaba con fuerza.

—El pueblo de Iralion no está lejos —dijo Elenxi, volviéndose hacia ellos con su caballo y los ojos entornados contra la luz—. Nos detendremos aquí hasta que refresque. Tiene una taberna muy famosa. —Le resplandecieron los dientes en una

sonrisa, y Maerad le sonrió en respuesta.

No le gustaba el calor o, por lo menos, le gustaba mucho más desde un balcón sombreado, sin nada que hacer y mucha limonada a la menta a mano. Pero a Elenxi, que aparentaba ser tan duro y resistente como un viejo olivo, no parecía molestarle en absoluto. Suspiró, volviendo a dejar la botella del agua en el hatillo, y apuró al caballo para continuar. Cualquier taberna recomendada por Elenxi estaba obligada a ser excelente, y ¿de qué se quejaba, en realidad? Había soportado cosas mucho peores. Pero todavía estaba resentida por la necesidad de dejar Busk.

Habían salido trotando de la Escuela de Busk con el frescor de aquella mañana. Maerad había hecho las maletas con cansancio antes de darse un último baño en el glorioso lavabo la noche anterior, preguntándose, como siempre, cuándo volvería a disfrutar de tales lujos. Estaba bastante cansada de su vida fugitiva.

La semana que había pasado desde el Festival del Solsticio de Verano había transcurrido en una nebulosa. Nerili estaba en lo cierto: a la mañana siguiente se comentaba por todo Busk que Cadvan de Lirigon había salvado el Rito de la Renovación del desastre. Pese a que los Bardos habían hecho circular que había sido otra persona, confundiendo los rumores, solo era cuestión de tiempo que las noticias llegasen a oídos enemigos. Maerad y Cadvan habían permanecido escondidos dentro de la Escuela, continuando con su rutina como antes, y cuando se aventuraban a salir al pueblo se disfrazaban. Maerad había comenzado a sentirse perseguida de nuevo, una sensación que había desaparecido por completo durante aquellas últimas semanas en Busk, y con ella volvieron los sueños con Glumas que extendían sus manos huesudas hacia ella desde la oscuridad.

La delegación de Norloch había vuelto de Gent y se le había dado la respuesta decidida en el consejo. Igan no se había sentido, a decir de todos, muy complicado, y había partido fríamente hacia Norloch; Nerili esperaba una respuesta más o menos en el plazo de un mes. Se había enviado en secreto a Bardos de Thorold por rutas rápidas a todas las Escuelas de los Siete Reinos en busca de consejo, y Elenxi había estado ocupado viajando por toda la isla, consultando con los alcaldes de los pueblos la posible resistencia a una invasión de Norloch. Al guiar a Maerad y Cadvan tenía un doble propósito, ya que también planeaba visitar varios pueblos aislados en el mismo centro de Thorold.

Nerili les había aconsejado a Maerad y Cadvan que se quedasen hasta que los Bardos que habían partido de viaje volviesen de los Siete Reinos, para tener información fresca acerca de lo que ocurría en todas partes. Había calculado que tardarían un mes como máximo.

—Entonces —había dicho— pienso que deberíais marcharos, y rápido. Lo más lógico sería ir primero a Ileadh, y después hacia el norte por la costa hasta Zmarkan. A mi parecer, cruzar Annar es demasiado peligroso; ahora la Luz os busca, y también la Oscuridad. Creo que solo tendréis seguridad estando en movimiento. Pero de momento creo que estaréis bastante protegidos en las montañas.

Cadvan se había pasado largas horas en la biblioteca antes de partir, pero todavía no había hallado nada. Y Maerad había continuado con sus lecciones, preguntándose con pesimismo de qué le servirían aquellos fragmentos de conocimiento una vez estuvieran en camino y en peligro de nuevo.

Y entonces había llegado la necesidad de despedirse. «Toda mi vida no es más que una larga despedida», pensaba Maerad. «Comienzo a hacer amigos y después he de marcharme, y probablemente nunca vuelva a verlos».

En una cena que había tenido lugar en la Escuela para beber la copa de la separación, Honas, que de hecho había intentado besarla en la Noche del Solsticio de Verano, estaba abatido. Pese a que Maerad lo había apartado aquella noche, riendo, era doloroso decir adiós; se había encariñado con él, y en el poco tiempo que hacía que se conocían, él le había enseñado a tocar el *makilon*, un instrumento que le gustaba mucho. Ocurría lo mismo con todos sus nuevos amigos en Thorold: Owan, Kabeka, Nerili, Intatha, Oreston y mucho más. Mientras trepaba por las pendientes rocosas sobre su montura thoroldiana con paso seguro, sentía que todo lo que había encontrado en Busk —la alegría, la feliz rebeldía— se estaba derrumbando, y que ahora volvía a su habitual y adusto yo, que la salvaje muchacha bailarina que había sido no era más que un sueño, y ahora volvía a despertarse en una habitación oscura llena de sombras premonitorias.

Un rato después el camino que seguían se hundió de repente, llevándolos por uno de los inesperados valles que se escondían en los profundos pliegues de Thorold. Los productores de seda vivían en aquellos valles, cerca de los fríos arroyos de montaña, y cuidaban de los ordenadores huertos de moreras que alimentaban a los gusanos de seda. Era en las aguas de Thorold, según decían los productores de seda, donde yacía el especial secreto de su arte, ya que proporcionaba a las telas su famoso brillo y pureza.

La sombra cayó sobre los jinetes, y la vegetación se fue volviendo más exuberante a medida que bajaban por la colina, hasta que parecía que se movían a través de un moteado y húmedo dosel verde, cálido y silencioso, pero con la promesa de agua fresca burbujeando en la distancia. Trotaron entre los huertos de moreras, con sus frutos rojos y violeta oscuro entre las hojas verdes, o caídos en el suelo, manchándolo como si fuese vino. El aire se fue volviendo de forma paulatina más fresco y el sudor se secó suavemente de la piel de Maerad. Por fin llegaron a un pequeño pueblo de casas de piedra, bastante parecidas a las construcciones de la Escuela de Busk, solo que más pequeñas, cada una de ellas entrelazada con viñas y plantas en flor. Solo había una carretera que pasaba por el centro, y un río de agua clara fluía cantando a su lado.

—Esto es Iralion —anunció Elenxi—. Y ahí está la taberna. Os dejaré allí mientras voy a ver a Mirka, el alcalde, y hablo con él.

Amarraron a los caballos en el exterior de la taberna, junto a un abrevadero, y Maerad siguió a Cadvan con alivio al fresco interior. Estaba abarrotado de gente que

se relajaba tras el trabajo de la jornada, y todos ellos se volvieron para mirarlos. Saludaron con alegría a los Bardos, algunos con el obvio deseo de que fuese a haber música, pero cuando los Bardos se limitaron a pedir bebidas y algo para comer, volvieron a sus conversaciones.

Elenxi apareció más tarde, evidentemente satisfecho.

—Es la misma historia por toda la isla —dijo, frotándose las manos—. Indignación ante Norloch y promesas de resistencia. Hay cuevas por todas estas montañas, y les he avisado que las llenen bien de provisiones y suministros contra una invasión. En una semana todo Thorold estará listo. —Tomó un buen sorbo de vino, y después bajó la vista a la mesa—. Por la Luz, espero que no se llegue a eso —exclamó con gravedad—. Escuela contra Escuela, y Norloch, el centro de la Luz, el agresor. Tal cosa no ha ocurrido nunca. Los reyes siempre han luchado, por desgracia, para hacer mayores sus reinos, pero los Bardos nunca se han hecho la guerra los unos a los otros. Pero si se llega a ese punto, Thorold no caerá.

Mirando al furioso anciano, que ahora se servía otra copa, Maerad pensó que comprendía por qué Thorold había resistido contra el Sin Nombre durante el Gran Silencio. Los thoroldianos debían de ser enemigos feroces y despiadados, no tenía ninguna duda, y sospechó que nunca admitirían una derrota en defensa de lo que era suyo.

Los tres Bardos continuaron su camino, cabalgando de pueblo en pueblo a través del montañoso terreno de Thorold, durante tres días.

El tiempo refrescó el tercer día, y Elenxi aspiró el aire con recelo, preguntándose si estaría a punto de haber una tormenta. Aquella noche se detuvieron en un diminuto pueblo llamado Velissos, acurrucado en el sotavento de un alto cerro. Era obvio que Elenxi era muy conocido allí, y los recibieron calurosamente. Estabularon a los caballos en la minúscula taberna, que en realidad era poco más que la habitación delantera de una casa. Tenían planeado dejar a los caballos en el pueblo, y a partir de ahí continuarían a pie.

La tormenta estalló con un repentino y violento aguacero casi inmediatamente después de que se hubiesen puesto a cobijo, y Maerad miraba maravillada la pared de lluvia, una sólida cortina gris que martilleaba sobre las tejas de la taberna.

—Ahora estamos en lo más profundo de Thorold —señaló Cadvan—. Este es un país montañoso. Se pueden sentir los huesos de la tierra.

—Bueno, mientras no me rompa a mí los huesos —dijo Maerad.

—No lo hará, si tienes cuidado —respondió Elenxi—. Y deberías tenerlo. Ahora estamos cerca del Lamedon, y es una tierra dura. Esta es mi gente.

Maerad miró a su alrededor, a los paisanos de Velissos. Parecían duros; aquellos eran los pastores y cabreros que elaboraban los deliciosos quesos blancos que Maerad había comido en Busk, y la mayoría de ellos parecían tan abruptos como las

montañas por las que corrían sus rebaños. Algunos de los hombres eran casi tan fornidos como Elenxi, y las mujeres parecían fuertes y hábiles.

—Aquí se crían cabras especiales, porque las montañas son muy empinadas —explicó Cadvan—. Tienen las patas más cortas de un lado que del otro, para poder pastar con más comodidad.

—Qué extraño —exclamó Maerad—. ¡Pobrecillas! ¿Y qué pasa cuando tienen que dar la vuelta? ¿No les resulta un poco complicado?

—Bueno, crían diferentes cabras según las diferentes montañas. Cabras con las patas derechas más cortas para ir hacia un lado, y con las patas izquierdas...

A Elenxi se le escapó la risa con un resoplido, y Maerad se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo.

—¡Oh, no es justo! Podría ser cierto —dijo—. Y yo te estaba creyendo.

Aquella noche sacaron los instrumentos y hubo baile. Maerad se quedó asombrada por cómo los taciturnos paisanos se volvieron tan briosos y ruidosos como los Bardos de Busk; hombres grandes con enormes mostachos negros y músculos tan nudosos y morenos como árboles viejos la cogieron y le dieron vueltas. Después del baile vino el canto, y toda la taberna se unió, con las manos firmes sobre el pecho y las voces temblorosas de emoción. Se retiraron tarde, tras acabar con la vieja favorita de los thoroldianos, *La Canción de Theokas*, un lamento que vibraba con un triste anhelo cargado de pena:

*Beso los picos de Lamedon con mis ojos
y los blancos brazos del apasionado mar
que ama esta hermosa isla que yo amo
pues estoy muriendo...*

Cuando se fue a la cama, Maerad se acurrucó bajo las pieles de oveja para protegerse del frío sorprendentemente intenso; el lamento todavía le resonaba en la cabeza, y su fusión de amor y tristeza resonó durante toda la noche en sus sueños.

A la mañana siguiente recogieron sus hatillos y dejaron Velissos entre cálidas despedidas. Elenxi los guio por un sendero aún más vertiginosos que aquellos por los que ya habían pasado, que serpenteaba entre túmulos de granito y escarpados cerros. Estaban a tal altura que hacía fresco, pese a que el cielo estaba azul y despejado, y el aire tenía una frescura especial, como si fueran los primeros en respirarlo. Muy frecuentemente por las pendientes descendían pequeños arroyuelos de montaña, algunos de ellos no más anchos que un paso, formando cascadas en miniatura que caían en charcos llenos de minúsculos cantos rodados. Maerad probó el agua: estaba tan fría que le dejó los labios entumecidos.

—Baja fresca desde las nieves perpetuas del Lamedon —explicó Cadvan

haciendo un gesto con la cabeza en dirección a los pináculos de piedra desnuda que se extendían sobre ellos.

Maerad vio un par de águilas que volaban en círculo y tan altas que apenas podía verlas. No miraba hacia abajo durante mucho tiempo ni muy a menudo, porque la altura la mareaba un poco.

—El invierno aquí debe de ser duro —dijo.

—Lo es —contestó Elenxi—. En invierno los pastores se quedan en casa, las cabras y las ovejas están encerradas en sus refugios, comemos manzanas almacenadas y grano, y contamos largas historias al lado del fuego. ¡Y entonces las tormentas rugen sobre nuestras cabezas! El tiempo aquí es como la gente: intenso e impredecible. —Sonrió.

Resultaba muy cansado subir aquellas pendientes. «No hay ninguna duda de por qué la gente de Velissos era tan fuerte», pensó Maerad. «Se necesitan músculos de acero tan solo para andar por aquí». Tres horas más tarde hicieron una pausa para comer, y después continuaron el paso. A Maerad comenzaban a dolerle terriblemente los muslos, y se alegraba de tener el palo de caminar que Elenxi le había cortado de la rama de espino. Por fin llegaron a una de las praderas que estaban esparcidas por las montañas, como si fuese un licor esmeralda servido en copas de piedra. Aquella era mucho más grande que la mayoría de ellas, y en el fondo había una casa de piedra rodeada por tres cabañas de madera y un jardincillo. Las cabras pastaban en la hierba mientras sus cencerros tintineaban lentamente cuando se inclinaban, pero por lo demás no se veía a nadie.

Maerad se dejó caer y se quedó tumbada de espaldas, entornando los ojos para mirar el cielo azul entre las hierbas y flores silvestres que se movían.

—Dejadme aquí —exclamó—. ¡Ay, mis pobres piernas!

—¿Te estás quejando tras una sencilla caminata de placer? —preguntó Elenxi levantando las cejas—. Si pretendes ser thoroldiana honoraria, tendrás que hacerlo mejor.

—¡Piedad! —protestó Maerad—. No estoy segura de tener la fuerza suficiente para ser thoroldiana. Estáis hechos de metal.

Elenxi tiró de ella para levantarla y cruzaron la pradera hasta la casa de piedra. Las cabras se les acercaron y los miraron con curiosidad mientras movían la cola cómicamente. Maerad las miró a los extraños ojos amarillos, pero no intentó hablar con ellas. Estaba segura de que tendría tiempo suficiente más tarde.

Cuando se acercaron a la casa, un hombre tan grande como Elenxi salió con los brazos extendidos.

—¡Bienvenido, hermano! —dijo mientras envolvía a Elenxi en un abrazo y lo besaba en las dos mejillas. Después se volvió hacia los otros dos—. Yo soy Ankil. ¿Vosotros sois Cadvan y Maerad? Me alegro de conocerte por fin, Cadvan; bienvenida, Maerad. Nerili me ha hablado mucho de vosotros. Entrad, entrad. Tengo vino, tengo agua, tengo comida. Entrad y descansad.

Maerad estudió a Ankil con una curiosidad intensificada. Se parecía mucho a Elenxi, pero lo que más atónita la dejaba era la convicción de que era Bardo. Tenía algo del sutil brillo por el que los Bardos se podían reconocer entre ellos, pese a que en aquel caso tenía una evanescencia que la hacía sentirse insegura; era algo extrañamente diferente en él. Y, en cualquier caso, ¿qué estaba haciendo un Bardo en las montañas? ¿Pastoreando cabras?

La casa estaba rodeada por una pequeña versión de los anchos pórticos típicos de Thorold, y en él había una mesa y una única silla. Ankil entró en la casa y volvió con tres taburetes.

—No es frecuente tener invitados por aquí —explicó muy contento—. Así que debéis perdonar las telas de araña que tienen. —Los limpió un poco por encima y desapareció en el interior.

Maerad dejó caer su hatillo en el porche y se sentó agradecida, frotándose las piernas. Poco después Ankil estaba de vuelta con una bandeja en la que había una garrafa de un rico vino thoroldiano, otra de agua fresca, cuatro copas y pan fresco y queso. Se sentaron y comieron; el aire de la montaña y la larga caminata les habían abierto el apetito.

Según los estándares de los pastores, la casa de Ankil era lujosa; era más pequeña que la mayor parte de las casas por las que había pasado Maerad de camino, pero mucho más sólida que las sencillas cabañas de madera que habían visto esparcidas por los pastos de las montañas. Más tarde descubriría que, a diferencia de otros pastores, que se desplazaban a los pastos de las montañas solo en verano, Ankil vivía allí todo el año. Estaba claro que la casa era muy antigua, y que estaba construida con gruesas paredes de granito en las que había incrustadas pequeñas ventanitas con contraventanas. El tejado, hecho de tejas de arcilla, tenía una pendiente muy pronunciada para evitar que se acumulase la nieve, y toda ella estaba construida sobre unos cimientos elevados, de manera que el porche quedaba a la altura de unos escalones.

De modo poco habitual para una casa thoroldiana, estaba construida en tres niveles: tenía un sótano, que se empleaba para almacenaje y trabajo; sobre él una cocina y una sala de estar; y encima de todo, sobre la estufa, dos dormitorios con el tejado inclinado y unas ventanas abuhardilladas cerradas que sobresalían entre las tejas. En las habitaciones había unos fragantes colchones rellenos de hierbas de las montañas secas y cubiertos por suaves pieles de oveja. Durante su estancia, Ankil se mudó a una de las cabañas complementarias, donde dormía sobre un colchón en los establos vacíos, ya que las cabras dormían en los prados durante el verano. Maerad se sintió culpable al ver aquello, pero Ankil se limitó a echarse a reír y dijo que para él no suponía ningún castigo dormir como un cabrero de verdad.

Enseguida descubrió por qué Ankil tenía aquel misterioso brillo bárdico. Él y Elenxi eran hermanos.

—Fui a la Escuela, como Elenxi, cuando era niño —les explicó durante el

almuerzo—. Pero bueno, yo no quería ser Bardo. No como Elenxi, aquí presente. —Y le dio un codazo con cariño—. Él es el listo de los dos. Pero yo me aburría con todo aquello.

—Estaba enamorado —explicó Elenxi sonriendo.

—Bueno, eso también —dijo Ankil—. Mi Kiranta era la mujer más hermosa que he visto nunca. Sus ojos eran grises y tempestuosos como el mar, su cabello negro como las aceitunas y su piel era como la pálida seda dorada que fabrican en los valles. Sí, estaba enamorado. Pero era más que eso: nunca fui capaz de aprender a leer y escribir. No importaba lo mucho que lo intentasen mis mentores, no era capaz de sacarles ningún sentido a esos garabatos a los que se llaman letras.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Maerad, fascinada.

—Bueno, entonces mis profesores tuvieron que alzar los brazos con impotencia y declararon que ellos no podían hacer nada; yo volví a Velissos y me casé con mi Kiranta. Yo no quería ser Bardo; solo quería cuidar de mis cabras, mis árboles y mi jardín y criar a mis hijos. Fui muy feliz durante mucho tiempo. Pero entonces. —Se encogió de hombros—, como había de ser, mis hijos crecieron y mi Kiranta se hizo mayor. Y ahí fue cuando continué siendo Bardo, porque yo no me hice mayor. Yo no era muy diferente de como era cuando volví de la Escuela, pero a Kiranta el cabello se le volvió gris, y después blanco. Pero a mí mi Kiranta no me resultaba diferente, porque la amaba; para mí siempre sería la hermosa muchacha que me salía a buscar al paso con los ojos brillantes.

Ankil suspiró hondamente y Maerad notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Cadvan miraba a Ankil con empatía.

—Es duro —alegó.

—Sí, fue muy duro cuando murió —explicó Ankil—. Siempre es difícil tener Bardos en una familia, y en la nuestra hay muchos... Bueno, enterré a mi Kiranta, la lloré, y todavía la echo de menos; cada día la echo de menos. Así que me aseguré de que mis hijos tenían todo lo que necesitasen, y me vine aquí. Y he estado aquí desde entonces.

En el silencio que siguió a la historia, Maerad se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde que Ankil vivía allí, en aquella hermosa y aislada pradera. ¿Cien años? ¿Doscientos?

—¿Y no quisiste volver a la Escuela? —preguntó.

—Ah, no, joven Bardo —dijo—. Ya era demasiado tarde para mí, y todavía estaba el asuntillo de leer y escribir. Aquí soy más útil; crío cabras gordas y hago un famoso queso.

—Es demasiado modesto —apuntó Elenxi—. Ankil es un famoso curandero, y se envía a muchos a realizar todo este camino en busca de su ayuda.

—Puf, eso no es nada —contradijo—. Estoy satisfecho.

—¿Fue alguno de tus hijos Bardo? —preguntó Maerad con curiosidad.

—Sí, dos —contestó Ankil—. Uno está en Gent y el otro en Turbansk. Y mi nieta

es Primer Bardo en Busk.

—¿Nerili? —exclamó Maerad sorprendida.

—Sí, mi pequeña Neri. Es la viva imagen de mi Kiranta, y cuando la veo me siento al mismo tiempo orgulloso y triste; me trae muchos buenos recuerdos, y demasiadas reflexiones cargadas de tristeza. Así que ya ves, pese a que yo no valía para Bardo, he realizado mi contribución.

Elenxi se quedó a pasar allí la noche antes de volver a bajar la montaña para consultar a otros pueblos. Se lo pasaron bien, lo bastante como para que a la mañana siguiente Maerad se encontrase muy mal. Se sentía fascinada por los dos hermanos, tan parecidos y a la vez tan diferentes, y se pasó toda la noche mirándolos alternativamente, maravillada: uno Bardo del Primer Círculo; el otro, cabrero. El respeto que había entre ellos era palpable. No daba ninguna sensación de que Elenxi se sintiese de ninguna manera superior a Ankil; de hecho, percibía que este sentía una deferencia por su hermano que no le había visto con nadie más, ni tan siquiera con Nerili. Elenxi, descubrió, era el hermano mayor, por cuatro años, así que la explicación no era cuestión de edad.

Durante los siguientes días comenzó a comprender el respeto de Elenxi. Ankil era, pese a todo su desconocimiento de las letras, tan sabio como Nelac, el maestro de Cadvan en Norloch, y bajo su dulzura y aparente simplicidad había una extraña fortaleza de espíritu. Tenía una memoria prodigiosa, y su vida le había permitido tener tiempo de sobre para reflexionar. Era un inmenso almacén de canciones e historias, y sus saberes sobre hierbas eran famosos por no tener, según le dijo Cadvan, rival en Thorold.

Llevaba una vida de cómoda austeridad. El interior de su casa estaba limpio y ordenado, y todo lo que había en ella tenía la belleza de las cosas prácticas bien hechas. Había poca decoración, y ningún libro. La cocina estaba dominada por una estufa para madera de hierro negro con una enorme chimenea ennegrecida por el humo. Estaba amueblada con tan solo una gran mesa y taburetes, y rodeada de estantes, todos ellos bien provistos de botellas de hierbas secas, legumbres, grano y sal. Del techo colgaban aún más hierbas en ramilletes, intercaladas con ristras de ajos y cebollas, que infundían en la estancia una fragancia acre. Las bodegas estaban cuidadosamente selladas contra la humedad y abarrotadas de botes de pepinillos en vinagre, mermeladas, conservas y miel, bolsas de nueces, grano, harinas y legumbres, y estanterías llenas de frutas y verduras recogidas el año anterior: arrugadas manzanas doradas y peras, nabos, patatas y zanahorias. Y toneles y toneles de vino. No había carne, porque Ankil no comía animales. Una parte de la comida y todo el vino venía del pueblo, pero el grueso de lo que comía estaba cultivado y conservado por el propio Ankil.

Maerad averiguó que los visitantes no eran tan poco frecuentes como Ankil había

dado a entender, pues por lo menos una vez a la semana un paisano de Velissos realizaba el duro camino hasta la pradera, llevando un poni con la grupa cargada de provisiones —madera, grano o vino— y lo volvía a bajar cargado de quesos, paneles de abeja o alguna poción curativa especialmente solicitada.

Todo estaba organizado para que fuese una vida de duro trabajo físico, y de hecho Ankil estaba ocupado desde el alba hasta el anochecer. Por la noche se sentaba con ellos en la fragante cocina o, si no hacía demasiado frío, fuera en el porche, y se contaban muchas historias y cantaban canciones, y su música resonaba por las montañas de Thorold.

Maerad y Cadvan tenían sus propias rutinas, pese a que ayudaban a Ankil en sus tareas siempre que podían. Cadvan se dedicaba ahora a instruir intensivamente a Maerad en Magia elevada, práctica y teórica, y esta continuaba aprendiendo las runas de Ladhen y la caligrafía de Nelsor, aunque no tenían muchos libros con ellos. Por las tardes, cansados del trabajo mental, era un alivio practicar esgrima y combate sin armas. También les proporcionaba un gran entretenimiento a las cabras, que después de un par de días se reunían a su alrededor formando un círculo, mientras sus mandíbulas mascaban sin parar, siguiendo los golpes con cara de interés, dando evidentes muestras de una mezcla de alarma e hilaridad cuando el adversario se volvía demasiado violento. Una de ellas, un enorme macho cabrío, hacía bastos comentarios demasiado a menudo. En alguna ocasión se ponía tan insoportable que Maerad lanzaba a propósito un golpe perdido hacia él, y entonces, con su dignidad afrontada por tener que dar un paso atrás, topetaba a las demás cabras para que se desperdigasen alarmadas.

Maerad halló la tranquilidad en aquella vida sencilla, muy diferente a la ajetreada intensidad de Busk, y sus pesadillas cesaron de nuevo. Cuanto más tiempo pasaba con Ankil, más comenzaba a penetrar en ella la paz de las montañas. A veces, cuando terminaban el trabajo del día y Cadvan estaba fuera ayudando a Ankil con el jardín o las cabras, subía hasta otro minúsculo prado cercano y se quedaba allí sentada, dejando que aquella profunda tranquilidad la llenase despacio, de una nada apresurada dosis extra de luz. Desde aquella pradera podía ver todo el sur de la isla de Thorold, justo hasta donde el mar se desvanecía en las azules neblinas de la distancia. En aquellos momentos, las cosas que la perturbaban parecían muy lejanas y menos graves: lo único que importaba era el zumbido de las abejas y los gorjeos de los pájaros, la manera en la que el sol brillaba en el borde de una flor silvestre azul, los distantes balidos y tintineos de las cabras pastando.

En momentos como aquellos en general no pensaba en nada.

Pero cuando lo hacía, la mayoría de las veces sus pensamientos se volvían hacia Hem. Aparecía vivido en su mente, con sus desgarbados miembros que tenían, pese a todo, una gracia sorprendente; su rostro oscuro y asustado con su sonrisa pícara; los ojos azul intenso que eran la única pista de que era su hermano. Recordaba el terrible día en el que Cadvan y ella lo habían encontrado, apestando a orina y terror,

escondido en una caravana Pilanel. A veces Maerad todavía soñaba con los cuerpos descuartizados de la familia que lo había ocultado. Había sido la primera vez que Maerad había comprendido realmente el horror de los Glumas, los «Bardos Negros», y tal y como los llamaba Hem. Le habían abierto una aterradora visión del vacío que la había horrorizado. «Los Glumas disfrutaban con el sufrimiento de los demás», le había dicho Cadvan en aquel momento; «responde a alguna carencia que hay en su interior...».

A veces Maerad sentía que ella era toda carencias. Aquello la asustaba. Hem había llenado un vacío en su interior del que ella no era consciente antes. Sonrió al pensar en cómo él se negaba a llamarse Cai, el nombre que le habían dado al nacer, él era, insistía, Hem. Pero ahora también se preguntaba qué habría detrás de aquel rechazo, qué había dentro de él que buscase negar su propio nombre. Había pensado que era porque Hem no se sentía cómodo como Bardo. Pero tal vez fuese otra cosa. Hem, después de todo, no era un nombre annariense; venía de los nómadas de Zmarkan. Tal vez, sin darse cuenta de ello, Hem estaba siendo fiel al distante recuerdo de su padre Pilanel.

En su hermano había algo irreprimible, una chispa que ni tan siquiera su infancia llena de abusos había extinguido; y ahora ella temía por él, temía que la negrura que había imprimida sobre él fuese un daño del que nunca se curaría. «Pero», pensó Maerad con firmeza, «debe curarse; yo podría curarlo, si tuviésemos tan solo algo de tiempo».

Por lo menos sabía que su hermano estaba vivo, y aquel sencillo hecho la hacía sentirse un poco menos sola en el mundo. No importaba cuántos amigos hiciese, Maerad continuaba sintiéndose profundamente sola. Una parte de ello era a causa de su destino como la Elegida, pero había algo más. Había estado sola hasta donde le alcanzaba la memoria.

Era inevitable que sus conversaciones nocturnas volviesen en algún punto a la odisea de Cadvan y Maerad, y al Enigma del Canto del Árbol. Ankil no había expresado ninguna curiosidad acerca de sus razones para ocultarse en las montañas, pese a que estaba claro que estaba bien informado de los recientes acontecimientos en Busk.

Una noche estaban hablando de los antepasados Elementales de Maerad, y Ankil se mostró tan interesado que Maerad le enseñó el anillo de oro que le había dado la Elidhu Ardina, y después subió corriendo escaleras arriba para buscar la flauta de tubos que le había dado cuando se habían encontrado el Bosque Grávido en Annar. Ankil las inspeccionó de cerca; como todos los Bardos, era músico. Se abstuvo de soplar en ellas y las sostenía con cautela, como si pudiesen ser peligrosas.

—Yo solía hacer flautas así cuando era pequeño —comentó Cadvan.

—Yo también —dijo Ankil—. Con los juncos del río. Son del tipo de las que hacen los niños. Como esas cancioncillas que cantan los críos. Nunca se las enseñan

los adultos, pero cantan las mismas tonterías desde Zmarkan hasta Turbansk.

El rostro de Ardina se apareció vivido en la mente de Maerad: su cara salvaje, de duende, con los ojos amarillos rasgados por un iris como el de un gato. Maerad la había visto tanto como la seria Reina de Rachida y la salvaje Elidhu. Había, según reflexionaba ahora, algo infantil en sus diferentes apariencias; tal vez era por eso por lo que los Bardos confiaban tan poco en los Elementales.

—Los Elementales no leen libros, igual que yo —dijo Ankil—. Tienen sus propios Saberes, y sus recuerdos son profundos. Yo he hablado en persona con el Elidhu Lamedon.

—¿En serio? —preguntó Cadvan, y su interés se acrecentó—. No sabía que todavía hablase con humanos.

Ankil se echó a reír.

—No lo hace. Pero parece ser que yo soy medio cabra y medio águila, y por lo tanto se digna a hablar conmigo. ¡Es como hablar con una tormenta! Pero me ha contado muchas cosas interesantes, y a veces, cuando estoy preocupado, lo visito.

—¿Cómo se te aparece? —preguntó Maerad ansiosa.

—A veces no aparece. Hago todo el camino hasta allí arriba, y vuelvo. Pero cuando quiere, se me aparece en forma de neblina, o a veces habla como águila, pero mucho más grande, y con diferencia, incluso más que las águilas de las montañas de Thorold.

—Estoy bastante seguro de que los Bardos no han tenido suficientemente en cuenta a los Elementales a lo largo de los siglos —reconoció Cadvan—. Para peligro nuestro.

—Yo también lo pienso —dijo Ankil—. Pero no hay muchos Bardos que estén de acuerdo con ello. Aquí en Thorold tal vez sea un poco diferente: creo que por las venas de muchos thoroldianos corre sangre Elidhu. Aquí se cuentan muchas historias de amor entre espíritus del agua y hombres, o de mujeres que fueron a las montañas y aparecieron diez años más tarde con un niño de ojos extraños.

—Me pregunto si Lamedon sabrá algo acerca del Canto del Árbol —dijo Maerad.

—Bueno, en la biblioteca de Busk no hay nada. —Cadvan hizo un gesto de disgusto—. Llevo semanas inhalando polvo antiguo, sin ningún provecho.

—¿El Canto del Árbol? —preguntó Ankil.

—Tenemos que encontrarlo —afirmó Maerad.

No tenía ninguna duda acerca de si podía confiar en Ankil y se zambulló sin dudar en la historia de su viaje. Ankil la escuchaba con mucha atención, con sus peludas cejas muy juntas. Cadvan permaneció en silencio, con el rostro ensombrecido de concentración.

—Hmmm —dijo Ankil cuando ella terminó de hablar—. Bueno, no sé si Lamedon podrá ayudarnos. No es muy amigo de los Bardos, como me ha contado en muchas ocasiones, no tiene ningún interés en las luchas entre la Luz y la Oscuridad, y nunca lo ha tenido. No es como los Elidhu de Annar, que recuerdan a los Dhyllin en

los días de Afinil, cuando Bardos y Elidhu cantaban juntos.

—¿Crees que a mí me hablará? —preguntó Maerad, dudosa—. Sé hablar su lengua.

Ankil le dirigió una mirada con tal candor que ella casi se ruborizó.

—No lo sé —contestó—. Pero creo que lo más probable es que no lo haga. ¿Y podrías subir hasta los picos de Lamedon?

Maerad pensó en cómo las alturas, incluso estando allí, la mareaban, y se estremeció.

—No —dijo.

—Yo tampoco lo creo —afirmó Ankil con franqueza—. Es un gran reto incluso para un escalador hábil, también en verano. Y tú eres muy ligera, el viento podría cogerte y arrojarte dentro de una brecha o enviarte a Busk flotando.

—Una lástima —lamentó Cadvan, inquieto—. Pese a que podría ser igual de infructuoso que mi búsqueda en los documentos del Viejo Thorold. ¿Cómo puedes hallar algo si no sabes lo que es?

—No lo sé —dijo Ankil. Fruncía el ceño, pensativo—. Pero estaba pensando que eso me recuerda a algo. ¿Se habla en Annar de la Canción Partida?

—No —respondió Cadvan—. ¿La Canción Partida?

—Es una historia muy antigua, y no muy conocida. —Ankil cogió una bota que estaba arreglando y escupió sobre el cuero—. Os la contaré si queréis. A mí me la contó un anciano cuando era niño y pensé que era una historia tan extraña que se me ha quedado clavada durante todos estos largos años.

Comenzó a lustrar la bota cuidadosamente, deteniéndose de vez en cuando para admirar su brillo; cuando Ankil explicaba una historia, siempre comenzaba haciendo algo con las manos. Maerad se puso cómoda. Le gustaban las historias de Ankil.

—Una vez, hace mucho, cuando el tiempo era un huevo, antes de que hubiese un encima y un debajo, o un delante y un detrás, o profundo o a través o ancho, había una Canción. No había ninguna voz que pudiese cantarla, y no había ningún oído para escucharla, y la Canción estaba sola en el ningún lugar y nada en el que estaba todo. ¿Qué es una Canción sin una voz y un oído?

»Entonces ocurrió, como ya sabréis, que se creó el mundo, y el cielo se expandió sobre la nada como un rayo de seda azul, y entonces las estrellas cayeron sobre él como si alguien hubiese tirado infinitas gemas, y la tierra se hizo sólida bajo él, roca, hierro, y fuego. Y la tierra amaba al cielo, y el cielo amaba a la tierra, pero no podían tocarse, no importaba cuánto lo intentasen. ¡Y cómo lo intentaban! Y los dos comenzaron a sollozar de pena, y del cielo llegó la primera lluvia, la tierra se llenó de ríos y mares, y donde la lluvia tocó su fuego, surgieron grandes vapores y crearon las nubes y las nieblas, y de las nubes y las nieblas nacieron los Elidhu, los hijos más antiguos del tiempo, y después los árboles y las silenciosas e inmóviles plantas sobre la tierra, con sus flores como trompetas y sus hojas como liras. Pero los Elidhu no tenían ni voz ni oído.

»Ahora, dijo la Canción para sí, por lo menos podrá haber una voz para hablar y un oído para escuchar. Así que esta surgió de la nada al presente y se deslizó dentro de las venas de los Elidhu, como si fuese un banco de pececillos que se colasen en un riachuelo. Cada Elidhu sintió la Canción en su interior como una sacudida de vida, y todos los sonidos del mundo brotaron en su interior: el caer de la lluvia, el murmullo del mar, el suspiro sin fin del viento entre los verdes árboles. Y abrieron la boca maravillados, y así fue como la Canción saltó de sus bocas y por fin se convirtió en ella misma. Y la Canción fue feliz durante mucho, mucho tiempo. —Ankil dejó la bota en el suelo y cogió otra—. Bueno... ocurrió después de una larga era que una sombra cayó sobre el mundo, y hubo grandes guerras y así entró la muerte en el mundo. Y hubo mucho sufrimiento para todas las criaturas: plantas, bestias, humanos y Elidhu. Pero se repelió a la sombra y hubo una larga paz. Durante todo aquel tiempo la Canción había vivido en los Elidhu y era feliz, pese a que encontraba que el mundo era más complejo y más triste de lo que pensaba. Y así la Canción cambió, y se volvió más hermosa a medida que cambiaba, ya que la sombra y la muerte habían entrado en la Canción y la habían hecho brillante, oscura, elevada y profunda. Y las voces de los Elidhu se elevaron de alegría, ya que amaban la belleza de la Canción.

»Pero aconteció que un rey apareció y escuchó la Canción, y se sintió sobrecogido de añoranza por su gracia. No podía dormir ni podía comer pues pensaba en la Canción, cada día que pasaba y no poder tener la Canción para sí le resultaba una eternidad de polvo. Y un día robó la Canción de los Elidhu.

»Pero los Elidhu no la dejaron marchar y la Canción se partió en dos, con un ruido terrible, como el sonido del mundo entero al partirse, y una mitad fue hacia el sur y la otra mitad hacia el norte. Y cuando se partió, el brillo fue una dirección y la oscuridad fue en la otra. Y desde entonces el mundo es dual y la Canción no es feliz.

Se produjo un largo silencio, tan solo roto por el cepillado de Ankil.

—¿Ya está? —preguntó Maerad.

—Sí —dijo Ankil, asistiendo—. Ya está.

—Ankil, yo nunca había escuchado esa historia —afirmó Cadvan, que estaba sentado erguido y alerta, con el rostro lleno de ansiedad. Pero la Canción, la Canción de los Elementales, ¿será el Canto del Árbol?

—Bueno, pero sigue sin decirnos lo que es —dijo Maerad.

—No, tal vez no... pero es evidente que la historia hace referencia a las Guerras de los Elementales, y después a un rey... tiene que ser el Sin Nombre. Sharma, el rey del sur. —Se le unieron las cejas—. Y creo que habla del Conjunto de Vinculación que hizo para esquivar a la muerte y renegar de su nombre. Tal vez partiese el Canto del Árbol.

—Bueno, ya llevabas tiempo diciendo que pensabas que el conjunto tenía que ver con el Saber de los Elidhu —recordó Maerad—. Puede que tengas razón. Pero ¿cómo se encuentra una canción? ¿Estaba escrita?

—No lo sé. Podría ser eso lo que quiere decir la historia con que la Canción fue

robada, que estaba escrita en lugar de vivir dentro de los Elidhu. Todo es tan vago...

—Cadvan golpeó la mesa, frustrado.

Los tres se sumieron en un reflexivo silencio, mientras miraban cómo la luna vieja se balanceaba sobre los pastos de montaña, y Maerad percibió el sonido que hacían los grillos que cantaban entre la hierba y las toses nocturnas de las cabras dormidas.

—¿Sabéis cómo se le llama al Sin Nombre en algunos lugares en Thorold? —preguntó Ankil pensativo, rompiendo el silencio.

—¿Cómo? —Cadvan se volvió hacia él.

—El Medio Hecho.

—El Medio Hecho. La Canción Partida. —Cadvan bajó la vista hacia sus manos—. Tiene que tener relación, seguro.

—Tal vez. —Ankil había terminado de lustrar sus botas y las dejó impecables la una al lado de la otra junto a su silla—. Bueno, y si os sirve de algo lo que diga un viejo cabrero, creo que están probable es que sea así como que no.



Durante las siguientes semanas, la vida continuó con su lenta rutina. Maerad se despertaba temprano cada mañana, sintiéndose descansada, y se acercaba a la ventana para mirar hacia los altos de Thorold. Adoraba su sencillo dormitorio, desprovisto de los lujos de Innail o Busk, pero con otras bellezas que aquellas estancias no podían igualar. Cada mañana, el aire entraba fresco y sin haber sido respirado por su ventana, con un ligero olor a hierba y trayendo consigo los suaves repiques de los cencerros de las cabras que pastaban, y ningún mural podía igualar la vista que tenía. Sentía cómo el profundo agotamiento que persistía desde que habían abandonado Norloch se disipaba y finalmente desaparecía. Las sombras se desvanecían de debajo de sus ojos, y su piel brillaba de salud.

Cada mañana la vista era diferente: de vez en cuando los valles estaban rodeados de niebla, de modo que parecía que estuviesen mirando hacia un inmenso mar blanco con verdes islas de terreno elevado que se alzaban abruptamente atravesándolo, bañadas en la dorada luz del sol; unas veces todo el campo, hasta el mar, poseía una claridad sobrenatural, de modo que los colores parecían saturados y cada orilla se veía destacada e inconfundible; otras aparecía envuelto en una bruma de color malva, de modo que no se podía ver el mar de ninguna manera, y el paisaje era suave y difuminado, mudo y casi fantasmal. Tras un ligero desayuno, Maerad se sumergía en su trabajo con Cadvan. Comenzaban sus estudios en la cocina de Ankil y trabajaban duro hasta media mañana, cuando Cadvan hacía una pausa. En aquellos momentos, Maerad, por lo general, salía a dar un solitario paseo hasta las montañas que se alzaban sobre la pradera de Ankil, unos picos rocosos y adustos cubiertos de nieve. El más alto de todos era el Lamedon, con sus escarpados precipicios, que incluso en el solsticio de verano estaban a menudo envueltos en niebla; después, descendiendo en rango, estaban los triples picos de Okinlos; las ásperas paredes desnudas del Indserek, tan empinadas que ni tan solo la nieve podía engancharse a ellas; y la aguda cumbre del Kyrnos, que parecía tan estrecha como una cuchilla. Las redondeces de otros montes se encorvaban tras aquellos altos picos, conformando la sierra central de las montañas de Thorold. Algunas mañanas eran brumosas y, para asombro de Maerad, las montañas desaparecían por completo, como si allí no hubiera nada en absoluto, o colgaban como fantasmas en el cielo. Tan solo eran visibles unos débiles contornos, y

estos solo se podían ver si uno miraba detenidamente, conocedor de que estaban allí.

Fue una temporada pacífica, pese a las preocupaciones que acuciaban tanto a Maerad como a Cadvan. Maerad se sentía como si estuviesen reuniendo fuerzas para una lucha que estaba por venir, pese a que no sabía en qué consistiría. Se concentraba en aprender: para entonces ya dominaba la caligrafía del alfabeto de Nelsor, era capaz de escribir y leer con bastante fluidez y hacía incursiones en el aprendizaje de las runas de Ladhen. Eran estas numerosas, un complejo sistema de miles de símbolos que cambiaban de significado con sutiles adiciones y supresiones de un vocabulario de unos cuantos cientos de imágenes. Se escribían con trazos que podían ser igual de fáciles de grabar que de escribir con tinta. Era un poco como aprender un código, y contenía toda la fascinación que esto conlleva. Los Bardos lo empleaban para transmitirse conocimientos secretos entre ellos, grabando las runas en árboles o piedras cuando no era posible otro tipo de comunicación.

Cadvan se sentía muy complacido con sus progresos en magia; Maerad comenzaba a tener capacidad para controlar sus poderes Bárdicos, pese a que le advirtió que no podría enseñarle a utilizar poderes de los que él no sabía nada. Los llamaba sus poderes Elementales, para distinguirlos del Don Bárdico innato, pese a que Maerad argumentaba que los dos estaban entrelazados.

—¿Y por qué —le había preguntado ella una mañana— no es algo más común comprenderlos? El mismo Ankil ha dicho que hay muchas historias sobre sangre Elemental aquí en Thorold. ¿Por qué nadie sabe de esas cosas?

Cadvan la miró pensativo.

—Maerad, para ser franco, no lo sé. Nunca había oído hablar de unos poderes como los que tú tienes. Y lo más probable es que tengas razón y estén profundamente ligados a los potenciales Bárdicos. Pero debes recordar que tú eres la Elegida, y tal vez en ti esos dones diferentes se hayan fusionado de una nueva manera.

Maerad se quedó un rato pensando en ello.

—Bueno, yo siento que cuanto más puedo utilizar los poderes Bárdicos, mejor puedo acceder a los otros.

—No sé cómo conseguiste destruir a Kulag ni al espectro en Annar —dijo Cadvan—. Es algo que va más allá de las capacidades de los Bardos. Y no sé cómo enseñarte. Eso es algo que tú tendrás que aprender mediante ensayo y error. Pero por lo menos deberíamos intentar ver si son controlables. Sería peligroso probarte solo cuando tu vida esté en peligro.

Comenzaron con algunos cautelosos ejercicios al aire libre en la pradera vecina, para que Maerad no pudiese dañar por accidente la casa de Ankil. Al principio Maerad no era capaz de concentrar sus poderes en absoluto, pese a que ya tenía suficiente sensibilidad para decir si los estaba utilizando o no. Era un trabajo complejo y delicado, y a veces demasiado frustrante. Pensaba que se parecía un poco a intentar mover las orejas: primero tenía que identificar los músculos que estaban sin usar con su mente consciente, y después aprender a darles órdenes.

Los poderes Bárdicos eran racionales, ayudados por la visualización y la voluntad y guiados por el Habla, pero los poderes Elementales eran completamente diferentes; eran bastante más rápidos que el pensamiento y primariamente intuitivos. Fluían del estado emocional de Maerad, pese a que también los podía guiar la fuerza de voluntad. Pronto descubrieron que sus poderes no tenían ninguna utilidad en las artes de la ilusión; tras unos cuantos experimentos sin éxito, Cadvan especuló que tal vez cuando los Elidhu creaban ilusiones, utilizaban la sustancia en vez de los trucos visuales.

—¿Quieres decir que Ardina se estaba transformando por completo? —preguntó Maerad con curiosidad—. Quiero decir, cuando se desvaneció en la sala de reuniones, vaya.

—Sí, es lo que pienso —contestó Cadvan cavilando sobre sus propias palabras—. Mira, vamos a probar. —Hizo los pasos de un conjuro destellante, después miró a su alrededor y se detuvo en un promontorio que sobresalía del suelo allí cerca—. Yo puedo hacer que esto parezca un león. —De repente la roca se movió y en su lugar apareció un león de las montañas, que parpadeaba adormilado con el sol de cara. Bostezó, mostrando sus largos y amarillentos colmillos, y después volvió a su estado inicial—. Pero no cambia nada en la roca, solo la forma en la que tú la ves. Vamos a ver si tú puedes modificarla por ti misma, sin utilizar un conjuro destellante.

Maerad cerró los ojos para poder concentrarse mejor, buscó el lugar de su mente donde dormían los poderes Elementales y deseó que la roca se convirtiese en un león.

Un momento después abrió los ojos, pero no había pasado nada.

—Vuelve a intentarlo —le animó Cadvan.

—No creo que vaya a funcionar —dijo—. Tal vez no se puedan hacer este tipo de cosas.

—Seguramente no —reconoció Cadvan encogiéndose de hombros—. Pero inténtalo de todas formas.

Maerad suspiró y volvió a cerrar los ojos. Irritada por su fallo, esta vez hizo que su sensación de orden fuese más insistente. Pensó en el león de las montañas que había visto una vez en Annar, en su calor, su abrigo lanudo, su peste felina, su inmensidad. Se concentró hasta que comenzó a zumbarle la mente.

De repente se escuchó el ruido ensordecedor de una roca que se partía. Abrió los ojos alarmada. Un enorme león se alzaba donde antes estaba la roca, con la boca abierta a punto de rugir y golpeando con la cola. Tenía los ojos rojos de ira, como si hubiera absorbido y magnificado la irritación que Maerad sentía cuando había accedido a sus poderes.

—¡Por la Luz! —Cadvan pegó un salto y se echó con cautela hacia atrás, con las manos extendidas ante él—. *Ilader, andhasea* —pronunció suavemente, y la luz roja se apagó en los ojos del león, que bostezó—. *Ilader. Ilader.* —La bestia fue dejándose caer despacio, como si estuviese tomada por un gran cansancio, y después se enroscó como un gato doméstico, con la nariz pegada a la cola, y se echó a dormir.

Maerad estaba sentada con la boca abierta.

—Bueno, supongo que esto ha probado algo —declaró Cadvan mirando a Maerad y pasándose las manos por el cabello—. Aunque no tengo ni idea de por qué he sugerido un león. La próxima vez haz un conejo. Creo que será mejor que vuelvas a convertirlo en roca.

—No sé cómo —exclamó Maerad.

—¿Qué quieres decir? ¡Acabas de convertir una roca en un león, debes ser capaz de hacerlo al revés!

Maerad intentó articular lo que quería decir.

—Creo que volver a hacer que algo sea lo que era es una cosa muy diferente. Tengo que hacer algo distinto —dijo—. No es hacer lo mismo pero al revés.

—Bueno, algo tendremos que hacer —le instó Cadvan—. No creo que a Ankil le haga mucha gracia tener a un león de las montañas cazando sus rebaños.

Maerad inspiró profundamente, se aclaró los pensamientos y buscó en su interior lo que sería correcto hacer. La primera transformación la había dejado exhausta. Se concentró en el león y pensó en la roca tal y como era antes. Intentó llegar a la imagen, pero esta vez le dolió, como si estuviese presionando con demasiada fuerza, y cuando se detuvo estaba temblando por el esfuerzo. El león continuaba allí, completamente dormido.

Cadvan emitió un juramento, y tras acercarse al león, se inclinó sobre él y lo acarició detrás de las orejas.

—Bueno, está claro que es un león real —añadió, volviéndose hacia Maerad—. No es ningún engaño. Lo he sumido en un conjuro de sueño, de modo que se despertará en unas horas. Podemos volver a intentarlo más tarde. —Negó con la cabeza—. La verdad era que no esperaba en serio que pudieses hacer una cosa así. Soy un estúpido: a estas alturas ya debería saber que no te he de subestimar. Me pregunto si realmente has transformado la roca en león, o si has invocado a un león que estaba en algún otro lugar y ahora hay una piedra donde estaba el león. Y tal vez un ciervo muy sorprendido. Pero será mejor que averigües cómo volver a transformar a este.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —protestó Maerad, alzando la vista con ironía hacia él desde debajo del cabello—. De verdad que no sé cómo hacerlo. Casi lo he sentido, hace un momento, pero estoy demasiado cansada. Tal vez pueda volver a intentarlo más tarde.

Maerad se echó una siesta, y tras unos cuantos intentos aquella tarde, por fin tuvo éxito y restauró la condición pétreo de la roca. Pero después de aquello no volvieron a probar la transformación, pues resultaba bastante desconcertante. Y cada vez que pasaba al lado de la roca, Maerad daba un amplio rodeo, como si de repente esta pudiese volver a transformarse en león.

Ya llevaban casi un mes en casa de Ankil cuando una tarde, después de tomar sus lecciones, mientras pasaba el rato ante su paisaje favorito, Maerad vio que dos figuritas subían por el empinado sendero en dirección a la pradera. Estaba casi segura de que una de ellas era Elenxi: se alzaba como una torre al lado de su acompañante. Entornó los ojos en un intento de ver con más claridad y se dirigió a la caseta del queso para advertir a Ankil de la inminente visita.

Ankil alzó la vista de la tabla sobre la que estaba envolviendo cuajada en muselina.

—¿Elenxi? En ese caso llega un poco antes de lo que esperaba —dijo—. Bueno, casi he terminado con esto. Pídele a Cadvan que saque al porche una mesa y unas sillas. Yo no tardaré mucho.

Cuando los visitantes alcanzaron la pradera, quedó claro que la figura alta era realmente Elenxi y que la otra era Nerili. Maerad salió corriendo a saludarlos y todos caminaron hacia la deseada sombra del porche de Ankil secándose el sudor de la frente.

—Mis saludos, nieta —exclamó Ankil mientras besaba a Nerili en la mejilla—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi por aquí.

—Demasiado, abuelo —contestó Nerili sonriendo—. Te he echado de menos. —A Maerad se le vino a la cabeza una incongruente imagen de Nerili como una niña de cinco años, sentada sobre las rodillas de Ankil.

Se sentaron alrededor de la mesa, que ya estaba puesta con pepinillos, pan, queso y garrafas de vino y agua.

—¡Primero agua! —pidió Elenxi con los ojos chispeantes—. Produce mucha sed visitarte, hermano. Y después, cuando mi sed se haya saciado, probaremos tu buen vino tinto.

—No tienes vergüenza —dijo Ankil solemnemente—. ¿Estás seguro de que no me visitas solo por el vino?

—No puedo imaginar ninguna otra razón por la que molestarme en subir todo este camino —respondió Elenxi—. Es una dolorosa prueba para un viejo.

La charla fluyó cordialmente hasta que los visitantes se hubieron recuperado de la subida. Entonces Nerili repasó tranquilamente la mesa con la mirada y el silencio cayó sobre toda la compañía. A Maerad, Nerili le pareció más severa que cuando se habían encontrado por última vez, como si hubiera pasado por una lucha interior.

—Sabréis, amigos, que pese a las excelencias del vino, hemos venido aquí para hablar de otros temas —anunció Nerili—. He decidido venir en persona porque deseaba hablar con Cadvan y Maerad antes de su partida.

—¿Partida? —preguntó Maerad sin pensar. El rostro de Cadvan estaba en la sombra, así que no pudo ver su expresión.

—Sí, es hora de que vosotros dos os marchéis de esta isla. —Nerili hizo una

pausa y se aclaró la garganta—. Primero, os he arreglado un pasaje para ir de Thorold a Gent con Owan d'Aroki. —A Maerad se le iluminó el rostro ante la mención de Owan, y después se ensombreció al recordar su mareo—. Está dispuesto a llevaros hasta allí, y sabéis que es valiente y merecedor de confianza. Os recogerá en el puerto de Nisa en cuatro días.

—Eso es excelente, Neri —admitió Cadvan—. Te agradezco la ayuda. Pero supongo que traes otras noticias. ¿Han vuelto los emisarios de los Siete Reinos?

—Así ha sido. Y es lo que suponía: se ha enviado el mismo edicto desde Norloch a todas las Escuelas. Y ninguna de ellas está contenta. Igual que nosotros, han decidido eludir el reto y esperar a que Norloch rompa el pacto, si en verdad es lo que planea hacer Enkir. Pero ahora estoy segura de serán aliados en caso de que ocurra lo peor. No he osado enviar emisarios similares a Annar.

—Innail será del mismo parecer —afirmó Cadvan—. Y creo que una buena parte de las otras: Til Amon, Eleve, Il Arunedh, Arnocen...

—Sí —afirmó Elenxi—. Pero no podemos estar tan seguros al respecto de Annar. Los lazos entre las Escuelas Annarienses y Norloch son mucho más cercanos que los de los Siete Reinos; Enkir continúa siendo, después de todo, Primer Bardo de Annar. Y a medida que se oscurecen los tiempos, con malas noticias procedentes tanto del norte como del sur, no tengo la sensación de que podamos depender de que se den cuenta de que Norloch ha traicionado el pacto Bárdico. La cautela es el camino más sabio, a mi juicio.

—Si saliese de aquí alguna palabra sobre estas conversaciones, seríamos considerados abiertamente rebeldes —añadió Nerili—. Lo cual, a no ser que resulte obligatorio, es algo que yo preferiría evitar. Ahora ya estamos seguros de que en Thorold hay espías; sabemos por lo menos de uno dentro de la Escuela. Desde Norloch se nos ha advertido de que tienen información acerca de que os hemos ayudado y de que esto será considerado como una provocación a la guerra. A no ser que os entreguemos, por supuesto. Naturalmente hemos negado cualquier conocimiento acerca de vosotros. Pero la sogá va ajustándose.

Cadvan apretó mucho los labios.

—Ya veo. Supongo que no resulta sorprendente que la noticia haya trascendido.

—Se os ha visto con seguridad a los dos en Amdridh —comentó Elenxi con frialdad—. Y creo que hay rumores de que habéis estado también en el Suderain. No tienen ninguna prueba de vuestro paradero. Y no tendrán ninguna. —Puso una sonrisa de lobo, descubriendo los dientes, y Maerad sintió una corriente fría.

—¿Por qué no? —preguntó con repentina ansiedad.

Elenxi se volvió hacia ella, y por primera vez Maerad percibió en él la implacabilidad de un guerrero. Se estremeció sin querer.

—Me he encargado del espía —sentenció.

—¿Cómo sabías que era un espía? —quiso saber.

—Venga, Maerad, no eres tan tonta —respondió él—. Hay formas de mirar dentro

de la mente de un hombre. No volverá a traicionarnos.

—¿Lo mataste? —Maerad se sintió angustiada; no quería que se matase a nadie por culpa suya. Elenxi la miró a los ojos, y su rostro severo se suavizó de repente.

—Maerad, pensaba que serías menos aprensiva, sobre todo sabiendo a qué es a lo que nos enfrentamos. Pero no, no lo maté. Aun así, ha sido castigado. Y pasará un tiempo antes de que se le perdone. Tú, más que ninguna otra persona, no deberías malgastar tu compasión con él.

Maerad no tenía ganas de continuar con aquel tema y no preguntó quién era el espía. No quería saberlo. Era algo que la perturbaba; comprendía la dura lógica de Elenxi, pero al mismo tiempo una parte de ella se resistía al juicio absoluto que veía en el rostro de este. Después de todo, cometer errores era demasiado fácil, incluso por la mejor de las razones. ¿Quién podía saber lo que era correcto?

—La compasión nunca se malgasta —dijo con dulzura Cadvan—. Incluso el peor merece compasión. Incluso el propio Sin Nombre es un ser digno de compasión. —Elenxi le dirigió una mirada punzante.

—Tal vez —concedió bruscamente—. No discutiré con la sabiduría del Equilibrio. Como sea, este hombre os estaba traicionando, y también a nosotros, por oro. Ahí no hay mucho que compadecer.

—Sea cual sea la discusión, es cierto que hay espías y que Norloch tiene fuertes sospechas de que estás aquí —intervino Nerili—. De modo que debéis marcharos en cuanto podáis. Elenxi os llevará hasta Nisa y desde allí debéis dirigiros a Gent. Gahal os espera y os aconsejará cómo continuar hacia el norte. Yo os recomiendo que vayáis al mar, siguiendo la costa, pese a los peligros. Creo que cruzar Annar es todavía más peligroso.

Se produjo un reflexivo silencio.

—¿Has estado buzoando en la Biblioteca? —preguntó Cadvan cambiando de tema.

—Así ha sido —contestó Nerili—. La he registrado de arriba a abajo y he consultado a todo los bibliotecarios más eruditos. No hay nada de lo que yo haya podido averiguar que os pueda servir de ayuda.

—No habrá nada escrito —sentenció Ankil, que hasta el momento había permanecido en silencio, siguiendo la conversación atentamente.

—Lo más probable es que no —replicó Nerili dirigiéndole una mirada de curiosidad—. Me sorprendería, Cadvan, si hallases algo en cualquiera de las demás Bibliotecas.

—Nelac había leído algo acerca del Canto del Árbol —añadió Maerad—. Así que debe de haber algo escrito en algún lado.

—La referencia que había encontrado era muy vaga —respondió Cadvan—. Pero creo que Ankil tiene razón. —Les habló a Nerili y Elenxi de la Canción Partida, y estos escucharon con profundo interés—. Eso es lo máximo que nos hemos acercado a tener una pista —terminó.

—No busquéis nueces en una morera —sentenció Ankil—. Creo que deberías

cambiar completamente del reino de lo escrito al reino de lo recordado.

Maerad sintió que el corazón se le aceleraba por dentro. Estaba segura, en lo más hondo de su ser, que había una profunda verdad en lo que decía Ankil. Ella también había accedido tarde a la escritura; hasta aquella primavera no sabía nada de la lengua escrita, e igual que Ankil se sentía más próxima a la tradición oral que la mayoría de los Bardos.

—Tal vez el Saber se guarde en el norte —dijo—. Y esa es la razón por la que tenemos que ir allí. Para hablar con alguien.

—Sí —concedió Cadvan—. Pero ¿con quién?

Nadie tenía la respuesta a aquello, de modo que Nerili cambió de tema.

—Los emisarios no solo trajeron malas noticias —anunció—. Uno trajo una cosa para vosotros dos. —Se metió la mano en el busto y sacó una carta sellada—. Esto procede de Saliman de Turbansk.

Maerad chilló de alegría y estiró el brazo para coger la carta, adelantándose a Cadvan, que también había extendido la mano. Este se contuvo y se volvió a sentar, pese a que claramente se sentía igual de impaciente que Maerad por ver qué decía la carta. Maerad observó con curiosidad el sello, que llevaba el emblema de la Escuela de Turbansk —un sol rodeado de llamas— y después lo rompió con la uña, desdoblado el pergamino. La carta estaba escrita por el puño claro y seguro de Saliman.

—Léenosla en alto, Maerad —rogó Cadvan.

Maerad dudó, y después comenzó a leer despacio, con el rostro cambiante y risueño de Saliman vívido en su mente mientras hablaba.

—Dice: «Maerad, Cadvan: ¡saludos, amigos! Escribo con prisa, ya que el emisario procedente de Thorold pretende marcharse en esta hora. Pero nunca me había sentido tan contento como al saber que estáis seguros en Thorold. Mis pensamientos han seguido vuestro camino cada día desde que nos vimos por última vez, y no tener ninguna noticia resulta duro: genera fantasmas». Oh, Cadvan —exclamó, volviéndose impulsivamente hacia él—. ¡Nunca les llegaron nuestras noticias!

—Las noticias por medio de pájaros a menudo se extravían —dijo Cadvan—. A veces son propensos a olvidar sus mensajes. ¿Qué más dice?

—«Espero que hayáis recibido nuestra nota y que no estéis tan ansiosos como estábamos nosotros» —continuó Maerad—. Bueno, no ha sido así. ¿Es que no hay un modo mejor de enviar noticias que con pájaros? Como sea. «Hem y yo llegamos bien al cabo de las tres semanas siguientes de huir de Norloch, y Hem ha sido aceptado en la Escuela de aquí. Me temo que está teniendo problemas para asentarse; es el único estudiante annariense de su nivel y temo que no esté haciendo amigos. Pese a esto, está bien, y todavía come pro...». Un momento, casi no puedo leer esto. Oh, dice «prodigiosamente, y creo que ha crecido dos palmos desde nuestra llegada. Tiene buenos profesores y, a pesar de las dificultades iniciales, que son las esperadas, soy

optimista ante sus progresos.

»Cadvan, he sabido del encarcelamiento de Nelac, lo que me aflige el alma, y del ultimátum de Norloch. Lo cierto es que aquí hemos tenido una exigencia similar. No tomó a nuestro Círculo por sorpresa, ya que yo ya les había hablado de Enkir y ya habíamos formulado nuestra respuesta. También he sabido que Maerad y tú habéis sido declarados proscritos. No puedo expresar lo mucho que esto me entristece. Desearía poder decir que me sorprendió, pero yo era menos optimista con respecto a Norloch de lo que tal vez fueseis vosotros. Llevaba mucho tiempo atribulado por el oscurecimiento de la Luz allí. Pero ya hemos hablado de esto.

»Aquí estoy muy ocupado, ya que se habla (y más que eso) de una inminente invasión por el este. Nuestros exploradores nos transmiten noticias de ejércitos de soldados-perro que se concentran a lo largo de las fronteras de Dén Raven, y rumores peores con los que no os cargaré. Los tiempos se oscurecen, amigos míos. Pero nadie, ni Norloch ni la Torre de Hierro, tomará Turbansk con facilidad. Amdridh también se mantiene firme. Pero temo que nos hallemos solos aquí ante la tormenta que se avecina, y sabemos que lo que podemos esperar del norte son más bien espadas y no ayuda, y tal vez nos veamos estrujados entre las mordazas de un torno de banco. Estamos en el medio de algún plan inmenso y pronto todas las piezas se estarán moviendo por el tablero de juego al completo. Lucharemos, como siempre hemos hecho, para proteger lo nuestro, y para salvaguardar la Luz, pero temo que será una lucha amarga, y no sé si triunfaremos. —A Maerad le falló la voz y se detuvo durante un instante. Su audiencia esperó pacientemente hasta que volvió a empezar, con la voz áspera de emoción.

»Pero estas son sombrías palabras, y mientras corazones tan grandes como los que laten a mi alrededor no se acobarden, rechazaré desesperarme. Nuestra apremiante situación es desesperada, creo, y todavía se volverá más, aunque aún hay mucha belleza en este mundo, y mucho amor. Y así mis pensamientos se vuelven hacia vosotros dos, sin hogar en este desgarrado mundo, y deseo para vosotros todas las bendiciones y toda la ayuda a lo largo de vuestro oscuro camino, y prometo que nos encontraremos y beberemos la copa de la amistad juntos en este mundo. Hasta que llegue ese día, y de todo corazón, Saliman. Antes de terminar, Hem me suplica que diga, Maerad, que las frutas aquí en Turbansk son tan maravillosas como le habían dicho los pájaros, y que se está poniendo gordo. Y él también os envía su amor, y desearía que estuvieseis aquí. S.»

Maerad dobló la carta y se quedó sentada en silencio, con el rostro abatido. Echaba tanto de menos a Hem que sentía una especie de dolor físico. Nadie pronunció palabra durante un rato, y después Ankil se puso en pie.

—Tengo que ocuparme de las cabras —anunció—. Os suplico que os sintáis como en casa, Bardos. ¿Deseáis quedaros a pasar la noche? ¿Os iréis hoy mismo?

—Debemos partir hoy, antes de que la luz comience a decaer —dijo Elenxi—. Podemos estar en Velissos al anochecer e iniciar mañana camino hacia Nisa.

—Sí, no podemos demorarnos más. —Cadvan se puso en pie, de repente su alta figura estaba impaciente, como si pretendiese partir en aquel mismo momento—. El corazón me dice que el tiempo se acorta.

Maerad se sacudió, reprimiendo las lágrimas, y se puso también en pie. Había cosas que hacer.

Enseguida tenían el equipaje hecho y estaban preparados para dejar atrás la casa de Ankil. Este los abrazó a ambos con cariño, de pie en el porche, mirando por última vez la magnífica vista que había desde su casa.

—Os echaré de menos a los dos —exclamó—. Ha estado bien disfrutar de vuestra compañía. Que vayáis en paz.

—Y tú también —respondió Cadvan sonriendo—. Tu hospitalidad ha sido de las mejores.

—Sois bienvenidos en cualquier momento —añadió Ankil—. Me gustó tu mano con las ovejas. Y la tuya también, Maerad. ¡Pero la próxima vez no invoques ningún león!

Maerad se echó a reír y besó a Ankil en las mejillas, aspirando su fresco, y casi astringente aroma, limpio y neutral como la hierba de la montaña. Miró a su alrededor, hacia la pradera de relucientes flores, despidiéndose mentalmente de cada cabra por su nombre, y después suspiró, recogió su hatillo y bajó las escaleras para unirse a Elenxi y Nerili, que los esperaban al pie de estas.

Las semanas anteriores habían sido unas vacaciones, una bendita restauración, una oportunidad para rectificar alguna de las peores áreas de ignorancia de Maerad. Ya no era la niña inocente que había salido del Castro Gilman aquella misma primavera: ahora ya sabía bastante como para ser mucho más que una pasajera pasiva del destino. Cadvan y ella eran parias, que huían tanto de la Luz como de la Oscuridad, en busca de una misteriosa meta de la que no sabían apenas nada. Pero ahora, en lugar de acobardarse ante su futuro, una parte de Maerad caminaba a pasos agigantados para encontrarse con él con regocijo y una alegría agridulce por haber por fin comenzado.



*He visto a estrellas sin fin debilitar a la oscuridad
entre las hayas entrelazadas del Calicider,
mientras los pájaros diurnos descansan y el ciervo rojo duerme entre helechos,
y he olido los cedros de Maliman en la puesta de la luna.*

*He escuchado al coro de ranas de la marisma de Caln
encendiendo velas azules entre las caobas del pantano
y los musgos de pálidas flores brillantes en la noche verde.
He escuchado a los chorlitos gorjear entre los manglares del Aleph
y me han hecho feliz.*

*He caminado por los campos de Carmallachen mientras los rebaños dormían
y también por las anchas praderas de Lauchomon y Lukernil,
y he reído al sorprender a la luna bañándose en el lago de Til Amon,
como si nadie pudiese ver sus cabellos de plata sueltos sobre las aguas.*

*Oh, el Annar que yo amo, una vez la oscuridad fue tu atractivo otro rostro.
Oh, el Annar que yo amo, ahora el refugio de la noche se ha quebrado
y todas las criaturas se ocultan de tu terror.*

De *Canciones de Annar*, Dormisian de Til Amon



Pasaron la noche en Velissos, con la intención de ponerse en camino hacia la costa a primera hora del día siguiente. Elenxi iba a guiarlos hasta Nisa, un diminuto puerto al norte de Thorold, donde se encontrarían con Owan y desde allí navegarían hacia la península de Gent. Su camino los llevó a través de las montañas de Thorold, pero para alivio de Maerad, Elenxi dijo que no hacía falta que cruzasen por la parte superior: había un profundo y sinuoso valle, conocido como el Vientre de la Serpiente o el Idioravis, desde donde se accedía al altiplano del norte sin tener que trepar por las rocas. A partir de allí les quedaba un trayecto relativamente sencillo hasta Nisa, que les llevaría como mucho tres o cuatro días. Acurrucada en su lecho, Maerad se puso a pensar en la diferencia que veía en Nerili. Los íntimos cambios de sentimientos entre los Bardos mayores que a Maerad le resultaban tan perturbadores parecían haberse desvanecido por completo. Ahora hablaban como si fuesen viejos amigos, con naturalidad y cariño.

Tal vez a causa de aquello Cadvan parecía estar menos inquieto con Nerili. «Quizá Nerili comprendía ahora algo que antes no entendía», pensó Maerad. «Quizás acerca de lo que es la Oscuridad, tanto en el interior como en el exterior. Quizá le haya perdonado algo a Cadvan...». Pero le parecía impertinente especular más y aquel fue su último pensamiento consciente antes de sumirse en un descanso sin sueños.

Se levantaron antes que el sol, cuando la niebla se arremolinaba entre los pinos y alerces que crecían desordenados colina arriba, y ensillaron y cargaron los caballos que habían dejado en Velissos casi un mes antes. Después de hacer el equipaje tomaron un rápido desayuno. Nerili se despidió de Maerad y Cadvan en la habitación delantera de la taberna, con las botas y la capa puestas, preparada para viajar a Busk, y su largo cabello oscuro le caía en una cascada sobre los hombros.

—No os retendré —dijo con un deje sombrío mientras besaba a Cadvan y a Maerad con formalidad en la frente—. Os envío con todas nuestras bendiciones y esperanzas. Solo vosotros, así lo siento en mi corazón, tenéis alguna esperanza de desentrañar esta extraña odisea. Encontraréis ayuda en vuestro camino, tal vez cuando menos la esperéis, y también hallaréis peligro. ¡Que la Luz os proteja!

—Y a ti también —respondió Cadvan. Sonrió con su extraña y brillante sonrisa y

besó las manos de Nerili—. No todo es oscuro, Neri, todavía no. Y aunque atravesemos innumerables peligros, llevaremos con nosotros las bendiciones de aquellos que nos han dado su amistad y amor. Y ese es un escudo contra la peor desesperación, en todas partes, incluso en las mazmorras del mismo Sin Nombre.

Maerad creyó haber visto un ligero rubor en las mejillas de Nerili, pese a que ella se mantenía orgullosa como antes.

—Eso parece ser un poco grandioso para mis humildes bendiciones —concedió—. Pero si tú lo dices, así será, ya que tú has estado en tales mazmorras y yo no. —Entonces Nerili se volvió hacia Maerad—. No te doy ningún regalo más que las bendiciones de Thorold. No deseo cargarte. ¡Ve en paz!

—Los regalos que ya me has ofrecido son más que suficiente —respondió Maerad—. Que la Luz brille en tu camino. —Un nudo en la garganta la tomó por sorpresa, se volvió apresuradamente y caminó rápido hacia la puerta, donde Elenxi esperaba impaciente, dando golpecitos con el pie en el suelo. Subieron a los caballos y pronto el pueblo de Velissos estuvo escondido tras ellos entre los pliegues de las colinas.

Cabalgaron sin cesar durante todo el día, siguiendo el camino que salía del pueblo hacia el oeste. Las sombras se fueron acortando más y más ante ellos hasta hundirse en negras charcas bajo el vientre de los caballos, y después se fueron estirando poco a poco por detrás como si parpadeasen ante los largos y planos rayos del sol que se hundía. El camino les fue llevando montaña arriba hacia un terreno que estaba casi deshabitado. Solo pasaron al lado de unas pocas cabañas solitarias. Avanzaban por un vertiginoso sendero que atravesaba un paisaje lleno de matorrales y cubierto por enormes rocas con líquenes. Resultaba extrañamente desolado para aquella isla tan fértil.

—A este lugar lo llamamos los Huesos, *I Lanik* en la lengua de la isla —anunció Elenxi mientras encendía un fuego para acampar aquella noche—. ¿Habéis visto algún arroyo a lo largo del día de hoy? —Maerad pensó y se dio cuenta de que no—. Por algún truco de las montañas, todos los arroyos caen por el otro lado de los cerros. Y no hay manantiales. La única agua que llega aquí es la que cae del cielo. Se dice que hace mucho tiempo el espíritu del lugar ofendió al Lamedon y se le castigó prohibiéndole las aguas.

«A pesar de ello», pensó Maerad al día siguiente, «esta tierra hambrienta tiene una curiosa belleza». Las rocas desnudas eran ricas en colores —malvas, rosas, púrpuras oscuros y blancos— que atrapan la luz de maneras curiosas e interesantes. Hacia el principio de la tarde entraron en un ancho valle, donde los picos cubiertos de nieve de la cordillera central de Thorold se alzaban escarpados a cada lado. En aquel momento, por primera vez en más de un día, podía escuchar agua corriente; arroyuelos que descendían con poco caudal por los laterales del valle, reuniéndose

algo más lejos para convertirse en un ancho y poco profundo río que discurría sobre un lecho de suaves cantos rodados hacia la costa norte de Thorold. El camino se unía al río y discurría junto a él.

—Enseguida entraremos en el vientre de la serpiente —dijo Elenxi mirando por encima del hombro— El Idioravis.

—¿Aquí hay bandidos? —preguntó Maerad al sentir que un oscuro estremecimiento la recorría ante aquellas palabras. Le recordaba un poco a las Tierras Quebradas cercanas a Milhol, una notable guarida para tales ladrones.

—En Thorold no hay bandidos, amiga mía —contestó Elenxi sonriendo por encima del hombro. Aun así, instintivamente se agruparon mientras pasaban bajo las siniestras sombras que arrojaban los acantilados que dominaban a cada lado.

Igual que los Huesos, aquella era una tierra que no perdonaba; a medida que se introducían en el valle, las pendientes a cada lado se hacían más escarpadas e incluso más altas, hasta que acabaron cabalgando por una garganta que quebraba el mismo corazón de las montañas, como si estas se hubiesen partido en dos a consecuencia de algún tumulto primitivo. Hacía mucho frío: incluso en pleno verano el fondo del Idioravis permanecía en la sombra durante la mayor parte del día, y solo unos pocos rayos de luz solar se abrían camino más allá de las escarpadas paredes. A veces veían grises montones de nieve del invierno anterior escondidos en grietas de las paredes rocosas. Maerad se detuvo para ponerse la capa de lana, que no se había puesto desde que habían llegado a Thorold, y continuaron cabalgando a través de aquella fría penumbra. A lo largo del estrecho fondo de la garganta había tejos bajos enmarañados y mirtos de turbera que crecían sobre gruesas alfombras de musgo, y un tipo de helecho que no había visto nunca, de frondas oscuras. No le gustaba demasiado aquel lugar. Parecía que los caballos estaban de acuerdo; apuraron el paso hasta un rápido trote, mientras el golpeteo de sus cascos se multiplicaba de manera desconcertante resonando contra las paredes de piedra, como si una caballería atravesase la garganta chacoloteando tras ellos.

Tal vez el clamor del eco fuese la razón por la que se vieron tomados por sorpresa. Cadvan detuvo su caballo y gritó una advertencia. Inmediatamente alzó una defensa, justo antes de que Elenxi, que todavía iba delante, alzase los brazos y resbalase de la montura. El caballo se encabritó asustado, dio media vuelta y salió desbocado. Maerad se detuvo, asustada, intentando averiguar qué estaba ocurriendo, mientras desenvainaba la espada —lo que ahora era ya una reacción automática— y escudaba su mente contra un ataque. Su yegua pegó un respingo bajo ella, y Maerad intentó mantener el control mientras sentía otra ofensiva, al percibir una cercana presencia oscura. Tanto ella como Cadvan brillaban con luz mágica.

—Es un Gluma —susurró Cadvan—. Por lo menos espero que solo sea uno.

—No veo nada —dijo Maerad buscando entre los helechos cercanos. Eran lo bastante altos para ocultar a un hombre. Maerad proyectó su mente hasta tocar la de Cadvan, uniendo sus fuerzas, y juntos registraron el valle, trazando el camino hasta la

fuente de maldad que los dos percibían. Estaba oculta en unos matorrales, en los árboles más bajos. Y en el momento en el que lo encontraron llegó otra embestida, dirigida a Cadvan.

Esta vez Maerad pudo verlo: un rayo de energía rápido como una flecha. Como siempre ocurría cuando su vida estaba en peligro, el tiempo parecía haberse ralentizado. Cadvan y ella eludieron el golpe instintivamente, utilizando tanto las espadas como los poderes Bárdicos, y el rayo rebotó contra la pared de la garganta, golpeándola con un enorme estallido y haciendo saltar esquirlas de la roca. Una de ellas golpeó a Maerad en la cara, y le hizo un corte en la mejilla, pero no percibió el dolor.

«No ha sido», pensó, «un golpe demasiado potente». Era peligroso para un Bardo desprevenido, pero resultaba poco probable que pudiese herir a nadie que tuviese las defensas alerta. Tanto Cadvan como ella desmontaron, ordenando en silencio a sus temblorosos caballos que se quedasen donde estaban y se acercaron con cautela hacia los matorrales. Elenxi yacía muy quieto en el suelo, con los brazos extendidos, y durante un instante Maerad se preguntó acerca de la gravedad de sus heridas. Todavía no había tiempo para pensar aquello.

—No te coloques demasiado cerca —murmuró Cadvan—. Podría estar intentando que nos acerquemos, y hacer saltar una trampa.

Se prepararon y lanzaron una ráfaga de luz en dirección a los árboles. Era Fuego Blanco, la más poderosa de las armas Bárdicas contra la Oscuridad, pero no pareció tener ningún efecto; era como si hubieran lanzado una piedrecita en un pantano. La energía se desvaneció sin más. Continuaban sin ver a nadie.

La respuesta llegó rápido: un asalto que asombró a Maerad por su fuerza y casi los tira a los dos al suelo. La espada de ella resonó cuando la dejó caer sobre el rayo de luz negra del Gluma, desviándolo hacia el suelo ante ella, y el hombro se le desencajó por el esfuerzo. Después de aquello una manchita negra permaneció en la hoja, como si hubiese golpeado un hierro con fuerza. El golpe le chamuscó el cabello y le llenó la boca de un gusto parecido al hierro quemado, amargo y nauseabundo. En un acto reflejo arremetió con otro ataque, esta vez más poderoso que el anterior realizado por los dos juntos, y obtuvo respuesta en seguida con un rayo de energía oscura que casi rompió sus defensas, e hizo temblar su mente como si fuese una delgada hoja de acero. Se tambaleó de dolor; nunca la habían golpeado de aquella manera con magia. Era como si un negro y horrendo vacío hubiese estallado en medio de su ser.

—¡Para! —exclamó Cadvan con brusquedad mientras ella preparaba otro rayo—. Nos está utilizando. No sé cómo, pero esto contenía Fuego Blanco.

—¿Qué?

—No podemos atacarle. No con la Llama Blanca. No tiene ningún efecto sobre él. Y esta era tu Llama.

—¿Y entonces qué hacemos? —preguntó Maerad, que se había girado hacía

Cadvan, incrédula.

—¿Estás segura de que tu escudo está bien?

Maerad comprobó mentalmente sus defensas. Pese a que el *shock* las había sacudido, parecían enteras.

—Todo lo que podría estarlo.

—Bien. Mantenlas completas. Tendremos que pelear cuerpo a cuerpo.

—Pero ¿y si fuese una trampa, como has dicho?

—Siento que solo hay uno. Y no sé qué otra cosa podríamos hacer.

Maerad inspiró profundamente. Después Cadvan y ella continuaron su lento paso hacia los árboles, zarandeados por los ataques del Gluma que no eran tan serios como para atravesar sus escudos. A medida que se acercaban a los árboles, vieron por fin una única figura entre ellos; era difícil de ver, ya que algún tipo de brujería la entrelazaba con las sombras de modo que engañaba a la vista, y parecía formar parte de la maraña de ramas. No se acercó para encontrarse con ellos.

Cuando estuvieron a tan solo diez pasos, Cadvan gritó en el Habla:

—¿Quién ataca a los viajeros en esta pacífica tierra? ¡Di tu nombre!

Se produjo un largo silencio, y estaban a punto de dar otro paso hacia delante cuando un hombre fornido se acercó hacia la zona de la garganta menos sumida en la sombra.

—No es asunto tuyo quién sea yo, Cadvan de Lirigon —exclamó el Gluma. Este también empleaba el Habla, pero su voz tenía un deje extrañamente gutural, y eso hizo que a Maerad se le pusiese de punta el vello de la nuca—. No soy más que un siervo de leyes mayores.

No había ninguna capa con capucha que ocultase el horror de aquel rostro huesudo y sin vida que volvió sus ojos sin profundidad hacia ellos. Contra su voluntad, Maerad se estremeció.

—En cuanto a vosotros, proscritos, pretendo llevaros ante una justicia más grande. Es bien sabido por todas estas tierras que estáis buscados por traición a la Luz.

—Resulta poco apropiado para un Gluma hablar de traición a la Luz —dijo Cadvan tras escupir al suelo.

—Yo no soy ningún traidor —repuso el Gluma—. Soy un leal Bardo de Norloch. Y sería bueno que vinieseis conmigo. No podéis luchar contra mí. —El Gluma jugueteaba con un objeto que tenía en las manos—. Tengo una piedra negra, vuestra magia resulta inútil. Incluso con poderes como los tuyos, Maerad de Pellinor. Y soy mucho mejor con la espada de lo que podáis pensar.

—Eres un mentiroso —exclamó Maerad acaloradamente—. Como todos los Glumas.

Con un aire despectivo e indiferente, el Gluma alzó la piedra negra y habló, y Maerad jadeó: sentía como si tuviera sierpes mordándole las entrañas. Se agarró el cuerpo en medio de una repentina agonía, casi cayendo.

Cadvan le agarró la mano y la agonía se desvaneció.

—Tiene tu patrón —explicó, inescrutable—. Y tiene razón: no podemos atacarle. No mediante la magia. Tan solo la volveríamos contra nosotros.

—Aun así, no me creo que puedas luchar contra nosotros y ganar —Maerad levantó su espada y el Gluma se echó a reír.

—Oh, ya he oído hablar de tu valentía —replicó con parsimonia—. Una principiante prometedora, me han dicho. Pero no más que una principiante. ¿Y crees que el gran Cadvan te podrá defender? No si su magia es inútil, está claro. No es tan grande.

—No intercambiaré palabras con traidores —dijo Cadvan con gravedad. «*Venga, Maerad*», dijo mentalmente y, moviéndose juntos como si fueran uno, atacaron al Gluma.

El Gluma se movió con una rapidez cegadora, enviando una ráfaga de luz negra y atacando a Cadvan con su espada. Maerad volvió a doblarse en medio de una agonía y una oscuridad se echó sobre su vista, como si de repente fuese noche cerrada. Se derrumbó en el suelo, retorciéndose y luchando por respirar.

Durante unos instantes no fue consciente de nada más que del dolor. Después recordó la emergencia en la que se encontraban y batalló consigo misma. Continuaba sin poder ver nada, pero oía el sonido metálico de las armas al chocar, como si estuviese muy lejos. Con toda su fuerza de voluntad, se obligó a ignorar el dolor. Abrió los ojos, mirando sin ver ante ella; tras un breve instante casi pudo percibir algo, pero era como si una neblina negra inundase su visión. Inspiró profundamente y volvió a intentarlo.

Cadvan y el Gluma estaban enzarzados en un feroz combate, pero ninguno de los dos había conseguido ganar el control. El Gluma no mentía acerca de sus habilidades con la espada; Maerad veía, incluso a través de la neblina que le aquejaba la vista, que eran formidables. ¿Qué pasaría si Cadvan no podía derrotarlo?

Maerad se mordió el labio con tanta fuerza que se hizo sangre. Aquello la ayudó a despejar la mente. Se arrodilló a duras penas e intentó ver más. Vio a Cadvan caer al suelo a causa de la fuerza de un golpe de espada, pero volvió a ponerse en pie de un salto como un acróbata. Le sangraba el brazo derecho, y el Gluma estaba todavía ileso. Ahora el Gluma luchaba empujándolo, paso a paso, hacia el muro de la garganta.

Maerad desterró la agonía al fondo de su mente. «Tan solo es dolor», se dijo. «Tan solo es dolor». Temblando por el esfuerzo, buscó en lo más profundo de su mente, y mientras lo hacía el sufrimiento se alivió un poco. Inspiro profundamente y comenzó a visualizar la primera cosa que se le vino a la cabeza. El Gluma no le estaba prestando atención, creyéndola herida, y Cadvan se defendía con fiereza, lo que le exigía al Gluma plena concentración. Casi consigue desarmar al Gluma, que se recuperó con un salto hacia atrás, pero Cadvan respiraba con dificultad, y Maerad pensó que tal vez la herida del brazo fuese grave. Se concentró con todas sus fuerzas

en la figura del Gluma y cerró los ojos. «*Ahora*».

Escuchó un estrépito de piedras cuando Cadvan cayó, mientras daba amplias estocadas contra el aire vacío, y volvió a abrir los ojos. Su primer pensamiento fue un alivio aplastante: el dolor del vientre había desaparecido. Levantó la vista.

Cadvan había caído rodando, retorciéndose como una serpiente para evitar cualquier estocada que se dirigiese a él, y había vuelto a ponerse en pie de golpe con la espada en alto. Ahí se había detenido en seco, con el rostro lleno de asombro, mirando a uno y otro lado. Su oponente no estaba en ningún lugar visible.

Entonces una cosa pequeña le golpeó las botas, haciéndole retroceder un paso, y bajó la vista. En el suelo había un furibundo conejo sarnoso, marrón con las orejas negras. Pegó un salto hacia delante y clavó los dientes en el tobillo de la bota de Cadvan, intentando rajar la puntera con sus garras negras.

Parecía que el Gluma no había acabado de darse cuenta de que se había convertido en un conejo, y continuaba atacando con su resuelta ferocidad. Cadvan envainó la espada, se inclinó y agarró al conejo peleón por las orejas. Lo levantó y le dirigió una mirada burlona a Maerad, que se acercaba a él dando tumbos, y después volvió a mirar el conejo. Maerad comenzó a reírse.

—Fue la primera cosa en la que pensé —dijo ella. Se dejó caer con pesadez sobre el suelo, repentinamente exhausta por el susto de la pelea y el alivio de que se hubiese acabado, y sintiendo que la risa burbujeaba histérica desde su interior. Se produjo un breve silencio.

—Bueno, esto resuelve nuestro interrogante acerca de tu magia salvaje —reconoció al fin Cadvan. El conejo pataleaba como un poseso, emitiendo gruñidos desde la garganta—. Creo que este conejo es sin duda un Gluma. Bueno, ¿y qué hacemos con él? Yo no me comería ningún guiso del que formase parte este conejo.

—Soltarlo, tal vez —dijo Maerad.

—Creo que no. —Cadvan se quedó mirando a la criatura, que echaba espuma por la boca con rabia—. Es un ser maligno, pero aun así sigue resultando duro matarlo a sangre fría, por mucho que merezca la muerte. ¿Crees que la transformación pasará, Maerad?

—No lo sé —confesó—. Pero devolverlo a su estado anterior sería difícil. —Hipó, pese a todo lo que se estaba esforzando, las risitas continuaban surgiendo de su interior.

Cadvan pegó un fuerte golpe con el lateral de la mano sobre el cuello del conejo, con lo que le rompió la columna, e inmediatamente este le colgaba inerte de la mano, con los ojos vidriosos.

—No osaremos correr el riesgo —sentenció. Lanzó el patético cadáver al suelo con cara de asco. Maerad se quedó mirando al conejo muerto, de pronto seria, y Cadvan la ayudó a ponerse en pie—. No ha estado nada mal —añadió, escudriñando su rostro—. ¿Estás bien? Te sangra la mejilla. —Maerad asintió y se limpió la sangre. Solo era un pequeño corte.

—¿Y tu brazo? —preguntó.

Cadvan se miró con pesar el brazo derecho, y se levantó la manga rasgada y ensangrentada.

—No demasiado bien, sospecho —concedió—. Pero no es nada grave. —Colocó la mano sobre el desagradable corte para contener la sangre—. Me ocuparé de él más tarde. Pero ahora debemos ver a Elenxi.

¡Elenxi! En el fragor de la batalla, Maerad se había olvidado completamente de él. Volvieron rápido al lugar en el que yacía el viejo Bardo con los brazos extendidos ante él.

Se había quedado inconsciente, pero no parecía tener nada peor que un buen moratón. Cadvan puso las manos un instante sobre la frente del Bardo y este se movió, gimiendo, y después se incorporó bien erguido y miró a su alrededor, olfateando.

—¿Qué ha ocurrido? —gruño—. Huelo a brujería.

—Nos ha atacado un Gluma —dijo Maerad, y le contó lo que había pasado.

Elenxi estaba indignado por haberse perdido la batalla, y cuando Cadvan le explicó lo que le había ocurrido al Gluma, miró a Maerad asombrado.

—¿Es eso cierto? ¿Puedes hacer eso? —preguntó, y por poco oculta las cejas bajo el cabello. Maerad asintió, pero Elenxi se negó a creerlo hasta que le enseñaron el cadáver.

Se le quedó el rostro congelado de incredulidad, y entonces comenzó a sacudirse de risa.

—Así que un conejo —soltó nada más recuperarse de su ataque de alegría—. Comienzo a ver lo que quiere decir Cadvan acerca de tus poderes. Tal vez puedas hacerles eso a todos glumas y darle al Sin Nombre un ejército de conejos.

—Conejos sarnosos —añadió Cadvan secamente. Comenzó a ocuparse de la herida que tenía en el brazo. Elenxi gruñó y se inclinó hacia delante para ayudarle, lavó la herida con agua, la untó con un bálsamo de olor dulce y la ató con un paño limpio—. Me preocupa que el Gluma nos haya tendido una emboscada aquí —dijo mientras Elenxi trabajaba—. Sabía que veníamos por este camino.

—Os dije que había un espía. —A Elenxi se le endureció la mirada—. Y, por desgracia, no lo hemos encontrado hasta que ha sido demasiado tarde. Pero ese no portará noticias de vuelta. El Idioravis es un lugar obvio para una emboscada; es la única ruta por tierra del norte al sur. Debería haber tenido más cuidado. Estoy enfadado conmigo mismo por no haberlo visto venir.

—El Gluma estaba bien escondido —alegó Cadvan—. Estaba oculto por algún tipo de embrujamiento.

Elenxi, que estaba atando la venda en la herida de Cadvan, resopló.

—Aun así —dijo—, era una emboscada muy sencilla. Lo que más me preocupa es que tuviese una piedra negra.

—¿Qué es una piedra negra? —preguntó Maerad con curiosidad.

—Son algo muy poco frecuente —explicó Cadvan—. Pero, tal y como has visto, es muy difícil combatirlos. Absorben toda la energía de un ataque y la devuelven al agresor. Una piedra negra está hecha de un mineral que se extrae en el sur, llamado albarac; vale mucho más que el oro, porque es muy difícil de encontrar, e incluso más difícil de trabajar. Lo más frecuente es que se utilice en escudos, como un recubrimiento muy fino, porque desvía y absorbe los ataques. Necesitas mucho albarac para hacer una piedra negra.

—¿Y utilizaba la piedra negra para atacarme? —Maerad pensó en los terribles dolores que la habían aquejado—. Dijiste algo acerca de que tenía mi patrón... ¿a qué te referías?

—Eso es más difícil de explicar. —Cadvan sacó su espada y comenzó a examinar la hoja mientras hablaba; tenía algunas muescas nuevas, y frunció el ceño—. Bueno, como ya sabes, la magia de cada Bardo tiene un sabor individual, una firma. A veces a esto se le llama patrón. Si otro Bardo puede copiar tu patrón, es casi como si supiese tu Nombre Verdadero; por suerte para todos nosotros, es algo muy difícil de hacer, por no decir imposible. Pero si tienes una piedra negra y sabes controlarla, lo cual tampoco es fácil, se puede llegar a ver el patrón de un Bardo a partir de un ataque.

—No acabo de entenderlo —protestó Maerad frunciendo el ceño.

—Me preocupa que el Gluma tuviese una piedra negra —insistió Elenxi—, y porque afirmase ser de Norloch. Tal vez exista allí un almacén secreto y se las dan a los Glumas. Esperemos que la Oscuridad no las esté fabricando. ¿Habéis encontrado la piedra?

—No la hemos buscado —reconoció Maerad—. Tal vez se haya transformado junto al Gluma.

—Tal vez, pero de todas formas debemos mirar —dijo Elenxi.

—La piedra negra explica por qué un solo Gluma atacaría a tres Bardos como nosotros —añadió Cadvan envainando la espada.

—Si la encontramos será un gran premio —sentenció Elenxi.

Los Bardos volvieron a los matorrales y registraron el suelo a conciencia. No había pasado mucho tiempo cuando Maerad emitió un grito y levantó un extraño objeto entre las manos, mientras les hacía gestos a los otros. Se acercaron a ella y lo examinaron con curiosidad.

La piedra negra era lo bastante grande para cubrirle la palma de la mano. Estaba anillada con una banda de plata, forjada con un complicado diseño de llamas que se enroscaban en espiral las unas en las otras, y unida a una cadena de plata. La piedra en sí carecía de cualquier talla y era muy extraña; no era como estar mirando un objeto, sino más bien como mirar un agujero, una ausencia de luz. Tenía un tacto curioso; Maerad tuvo la sensación de que sus dedos se deslizaban sobre ella, casi incapaces de percibir, si estaba fría o caliente, si era áspera o suave. Cadvan la cogió, la observó de cerca y expulsó el aliento aliviado.

—Bueno, está claro que es una piedra negra de Norloch, y no ha sido creada por la Oscuridad —dijo—. Ninguna piedra de la Oscuridad emplearía la Llama Blanca. ¿Pero por qué iba a tener un Gluma una cosa así?

—Yo supongo —apuntó Elenxi gravemente— que Enkir tiene serias sospechas de que estáis en Thorold. Y, si así es, cualquier idiota sabría que hay muchas posibilidades de que viajaseis por este camino, si quisieseis marcharos; no podríais salir de Busk sin ser vistos.

Maerad se estremeció; aquello significaba que los tenían en los talones.

—Creo que deberías quedarte con esto, Maerad —afirmó Cadvan de improviso, tendiéndole de nuevo la piedra negra—. Podría ser de utilidad. Y la has ganado en una lucha limpia. Te enseñaré cómo utilizarla.

Maerad sonrió y metió la piedra negra en su hatillo. Cadvan entornó los ojos mirando hacia el cielo; el sol ya había pasado su cenit.

—Es hora de que continuemos, si deseamos estar fuera de aquí antes de que caiga la noche. Pero primero hemos de encontrar al caballo de Elenxi; no creo que el mío nos pueda llevar a los dos.

El animal no había ido muy lejos después de su pánico inicial, y pronto lo encontraron, mascando tranquilo unas hierbas agrias. Después apuraron el paso para continuar el camino, todos alerta por si hubiera más ataques. Mientras atravesaban la garganta a medio galope, el silencio entre ellos solo se veía interrumpido de vez en cuando por las risillas de Elenxi.

—¡Un conejo! ¡Magnífico, Maerad! ¡Magnífico!

Llegaron a Nisa sin ningún otro incidente tres días más tarde. Cuando hubieron salido del Idioravis, el terreno que tenían ante ellos fue llano durante muchas leguas, prolongándose hacia el elevado altiplano norteño de Thorold antes de descender bruscamente hacia la costa. Era aquella una rica tierra de labranza, con muchos densos bosques de alerces, hayas y pinos intercalados con parches de campos sembrados de trigo o centeno, con espigas que comenzaban a dorarse al sol, o praderas donde pastaban rebaños de ovejas o cabras, o el verde oscuro de las viñas y los olivares.

Impulsados por una creciente sensación de prisa, obligaron a acelerar el paso a los caballos y llegaron al extremo del altiplano al final del segundo día. Allí la tierra descendía de forma vertiginosa hacia el mar. A partir de aquel punto el camino sería más lento; tenían que irse abriendo paso con cuidado por senderos estrechos y empinados que serpenteaban entre marañas de mirtos y acacias que crecían de manera exuberante alrededor de túmulos de roca de granito rosa y laberintos de pequeños y ruidosos arroyos.

Nisa era un pueblo pescador que abrazaba un diminuto puerto excavado en los acantilados de color rosa. Para alcanzarlo tuvieron que dejar los caballos en un

pueblo cercano y descender a pie por un camino excavado en la roca. Desde allí veían los tejados de tejas rojas de unas tres docenas de casas agrupadas en una única hilera contra las paredes del acantilado. Maerad, al contemplar la azul extensión de mar, reflexionó que cada vez se le daba mejor lidiar con las alturas; se mareaba muchísimo menos.

—No querréis subir aquí después de unos cuantos vasos de vino —dijo mientras se las veían con una curva más pronunciada que el resto.

—Creo que muchas personas hacen exactamente eso —respondió Elenxi—. Y algunos incluso han vivido para contarlo.

—¡Caerías directa sobre la casa de alguien! —Maerad se arriesgó a echar otro vistazo hacia abajo. No, no estaba tan mal, aunque sería mejor no mirar en absoluto.

Comparado con la colmena de actividad de Busk, Nisa parecía desierta. Llegaron cuando todos los barcos habían salido al mar y el resto de la gente estaba tomándose el descanso de media tarde. Aparte de hileras de gaviotas posadas en los tejados, el único ser vivo visible era un gatito atigrado gris acurrucado sobre un rollo de cuerda. Maerad repasó con la mirada el muelle de piedra y divisó las familiares velas rojas del *Búho Blanco* balanceándose sobre el agua. Pero no había rastro de Owan en cubierta.

—Supongo que Owan debe de estar en la taberna —comentó Maerad mientras se inclinaba para acariciarle la cabeza al gato mientras volvían a la carretera principal.

—Eso estaría bien —respondió Elenxi—. Justo estaba pensando en que es hora de tomar un poco de vino.

Hallaron a Owan estirando sus largas piernas bajo una mesa de madera en el jardín trasero de la taberna; tenía un palpable aire de bienestar. Cuando los viajeros entraron, emitió un grito de bienvenida y se acercó para abrazarlos. Pidieron vino y comida y se unieron a él en la mesa.

Owan había estado navegando alrededor de la isla con el mismo mandato que Elenxi, llevando las noticias del ultimátum de Norloch a los pueblos costeros y advirtiéndoles de que tuvieran sus defensas preparadas en caso de guerra.

—Esperan la señal y están alerta —dijo—. Y todos tienen pájaros mensajeros para enviar a Busk si son atacados. Todo va bien.

—Pero no tenéis ejército —Maerad se dio cuenta de repente de aquel hecho y lo dijo involuntariamente en voz alta.

—No, no como tal —concedió Elenxi—. Pero no lo necesitamos. Todas nuestras gentes saben luchar y es difícil vencer a una población al completo. En esta tierra no hay lugar para una batalla abierta y los thoroldianos pelean con otros medios. Cuando el Sin Nombre atacó Thorold antes del Silencio, una gran niebla descendió de las montañas. Todo el ejército se perdió.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó Maerad, fascinada.

—Nadie lo sabe. Los nuestros se escondieron en lugares que conocían y cuando la niebla se elevó, no había ninguna señal del ejército. Algunos dijeron que habían

estado deambulando, perdidos y engañados por fantasmas, hasta que cayeron al mar desde un acantilado; otros dicen que se les llevó a un gran barranco en las montañas, que se cerró sobre ellos. Pero lo que es seguro es que desaparecieron sin dejar rastro.

Maerad se estremeció mientras por su imaginación pasaba una imagen de aterrorizados soldados atravesando corriendo, dando tumbos, una blancura impenetrable y sin compasión.

—¿Fue el Lamedon? —preguntó—. ¿O fueron los Bardos?

—No fueron los Bardos —dijo Elenxi—. Pero se dice que Limod, el líder de Thorold en aquellos tiempos, fue a visitar al Lamedon en persona y le suplicó ayuda cuando escuchó que un gran ejército venía de camino. Puede que el Lamedon no se interesara por las guerras humanas, pero tal vez la idea de una invasión le ofendiese. En algunas historias, aunque no en todas, se dice que el Lamedon era el padre de Limod.

Maerad se quedó en silencio cuando la conversación derivó hacia otros temas. La historia de Elenxi la perturbaba, pese a que era incapaz de decir por qué. La cuestión de sus antepasados Elidhu siempre la llenaba de incomodidad. Ankil se había negado a la sugerencia de que ella hablase con el Lamedon, pese a su incuestionable aceptación de que ella tenía sangre Elemental, y volvió a pensar en la extraña mirada que le había dirigido cuando había sugerido aquel plan, y se preguntó qué sería lo que habría visto que le había hecho dudar de ella. ¿Sería debilidad? ¿O alguna otra cosa que fuera más allá de lo que ella sabía? Una vaga aprensión pesaba sobre su espíritu; había demasiadas cosas de sí misma que no comprendía. Estuvo contenta de la distracción cuando Owan anunció que debían partir con la marea de aquella tarde.



EL PERRO
DE TORMENTA

VIII

Era una hermosa tarde de verano, la última luz persistía en débiles reflejos rosas y púrpuras sobre la superficie ondulada del oscuro mar a medida que salían del puerto de Nisa. Elenxi se quedó de pie en el muelle, con la mano en alto a modo de despedida y bendición, y Maerad, que no tenía mucho que hacer en lo que se refería a la navegación del barco, se quedó sobre la popa mirando hacia él mientras la nave de Owan se alejaba aprovechando la marea. Elenxi brillaba débilmente en la sombra, una borrosa luz que se iba haciendo cada vez más y más pequeña. Sobre él se alzaban los oscuros acantilados que rodeaban Nisa y sobre estas brillaban las blancas estrellas abiertas en el cielo claro.

No pasó mucho tiempo hasta que llegaron a la salida del puerto. Maerad miró hacia los acantilados inquieta, pues se cernían sobre ellos de forma amenazadora mientras Cadvan y Owan rodeaban el arrecife que se escondía bajo las aguas, preparado para abrir un agujero en cualquier barco imprudente. Pronto, como si el *Búho Blanco* saltase de alegría por salir del puerto, estuvieron en mar abierto.

Casi de inmediato un fuerte viento hinchó la vela y comenzaron a navegar con rapidez entre las olas mientras la luna llena trepaba sobre la negra línea de tierra. Maerad inspiró el frío aire salado con deleite y buscó a Ilion, la estrella del alba y el anochecer, que ardía baja y muy brillante sobre el horizonte occidental. «Hola, amiga mía», dijo mentalmente, y después rio para sí: ¿quién creía que era, hablándole a una estrella?

Las olas eran considerables: no eran las olas del océano profundo, ya que todavía estaban protegidos por la isla, pero eran lo bastante grandes para hacer que el barco subiese y bajase a medida que avanzaba. Al poco tiempo Maerad sintió los primeros revoltijos del mareo, y se le apagaron los ánimos al momento. Aunque Elenxi le había dado un remedio y le había dicho que su funcionamiento estaba garantizado incluso durante la peor tormenta, sentía que las náuseas le enturbiaban las tripas. Pero parecía que el remedio funcionaba; una vez se acostumbró a los nuevos movimientos del barco, el mareo se desvaneció. Su alivio no podía expresarse con palabras.

Cadvan caminó por la proa y se sentó a su lado.

—Esta noche los vientos mágicos no serán necesarios —anunció—. La isla de Thorold nos envía su última bendición.

—Me alegro de ello —reconoció Maerad volviéndose hacia él y viendo su rostro perfilado por la luna; durante un breve instante, percibió una expresión que nunca había visto en él, como si tuviera miedo de algo. Maerad le dirigió una mirada de interrogación; ya se conocían lo bastante bien para no necesitar hablar. Cadvan desvió la vista hacia el mar durante un momento y después volvió a ella.

—Parecías igual que la Reina Ardina —dijo—. Me ha tomado por sorpresa.

Lo inesperado de su comentario hizo que Maerad se echase a reír.

—Pero ella tiene el pelo plateado —contestó.

—Tu cabello parece plateado a la luz de la luna —afirmó Cadvan devolviéndole la sonrisa—. Así que no es algo tan ridículo como pueda parecer.

—Y ella es hermosa —añadió Maerad, con dulzura.

—Sí —dijo Cadvan—. Lo es.

Se produjo una breve pausa y Maerad se sintió extrañamente avergonzada.

—Bueno, en ese caso supongo que debo darte las gracias.

Entre los dos se instaló un silencio que no resultaba demasiado cómodo. Maerad no sabía cómo responder al humor de Cadvan. Parecía sombrío y abrumado por alguna preocupación, y aquello afectaba a un estado de ánimo subyacente en ella, que ensombrecía el presente. Pero era más que aquello, pues Cadvan la había lisonjeado muchas veces, aunque siempre en broma. Esta vez su voz contenía una emoción más compleja y grave que despertó una profunda desazón. Seguramente no había querido decir que ella le recordaba a Ardina y quizá se refería a otra persona. Aquel pensamiento le produjo una ligera sensación de frío en la boca del estómago.

Cadvan rompió el silencio preguntándole por el remedio para el mareo de Elenxi. Maerad le respondió con tranquilidad, y el extraño momento terminó. Maerad se sentía agradecida en la fácil y sencilla confianza que había entre ellos, una confianza que ya había sido templada por varios conflictos, pero la sensación de frío persistió un poco más. Maerad desconfiaba profundamente de los hombres, una desconfianza que brotaba de su brutal infancia y, en aquel momento de descuido, Cadvan había despertado sin quererlo sus viejos miedos.

Al día siguiente continuó la navegación tranquila. El mar estaba azul y en calma, y un viento del suroeste los llevaba veloces hacia Gent, situado en la costa sur de la península de Ileadh. Ahora que Maerad no estaba disminuida por el mareo, se dio cuenta de que navegar era estimulante: el viento fresco y cortante le arrancaba toda la oscuridad del corazón.

Cadvan y Owan comenzaron a enseñarle los rudimentos del manejo de una nave. Era, según descubrió para su disgusto, algo para lo que no tenía un talento natural; no percibía instintivamente cómo podría responder un barco a las corrientes del viento y las olas, ni predecir cómo se movería. En un momento, cuando Owan le estaba enseñando el arte de dar bordadas, hizo que el *Búho Blanco* pegase un gran giro por

accidente, y casi tira a Owan al mar. Aunque los otros dos pensaron que había sido divertido (después de haber enderezado el velero), Maerad lo sintió como una humillación y trabajó duro para adquirir algunas habilidades básicas.

—Algún día serás una buena marinera —le dijo Owan para reconfortarla aquella noche. Había atado el timón, dejando que el *Búho Blanco* siguiese su propio rumbo mientras cenaban—. Si te esfuerzas.

—Si no me hundo primero —respondió Maerad pesarosa—. Pero gracias.

—De todas maneras, este tiempo es perfecto para enseñarte. No hay ningún peligro real. —Owan se acomodó sobre el banco que discurría a cada lado de la cubierta y comenzó a comer con fruición. Aquel día había colocado cañas de pescar y la cena consistía en dorada asada, sazonada con sus hierbas secas cuidadosamente atesoradas. Comer al aire libre, mientras el sol derramaba un camino de llamas sobre el mar que se oscurecía le daba a la comida un regusto adicional. Al final suspiraron y apartaron los platos, mientras miraban cómo el sol enviaba al cielo sus últimos pálidos destellos. Todavía no había salido la luna, y las estrellas, que estaban especialmente brillantes, dejaban caer una luz lo bastante fuerte para crear sombras. Nadie se movió para encender una lámpara.

—Ya no veo Thorold —exclamó Maerad dirigiendo la vista al sur, sobre las olas que subían y bajaban.

—Debe estar oculta por la neblina —respondió Owan—. A veces se ve el Lamedon a dos días de distancia.

—Es un hermoso lugar —añadió Maerad soñadora—. Me siento triste por abandonarlo.

—Sí, lo es —respondió Owan—. ¿Te he hablado del Lamedon y el Mar?

—No —reconoció Maerad sentándose más erguida—. ¿Es una historia?

—Ah, sí, es una vieja historia —explicó Cadvan, sonriendo—. A mí me gustaría volver a escucharla, Owan, si te apetece.

Owan encendió una pipa y miró hacia el agua en silencio durante un instante.

—Bueno, pues —empezó a decir—. Allá va —su voz se moduló entrando en un nuevo registro, como si estuviese casi cantando, y Maerad vio una imagen de sí misma como una niña pequeña sentada a los pies de Owan, envuelta en el hechizo de la historia. Estaba claro que Owan la había contado muchas veces—. El mar que rodea Thorold tiene muchos estados de ánimo —comenzó—. A veces es azul, a veces verde, a veces amarillo, a veces gris, a veces de un deslumbrante y cegador color de plata, pero siempre es hermoso, y siempre es peligroso. Un día les hace cosquilla en los pies a los niños que juegan en las playas, y al día siguiente estalla en una tormenta de agua y espuma, arrancando árboles, casas y cabras de las tierras más bajas.

»Pues resulta —continuó Ovan— que una vez el mar amó a las montañas. Y le confesó su amor al rey de las montañas, enseñándole sus corales y sus perlas y su hermoso cabello de espuma. El rey se echó a reír y le dijo: “¿por qué iba a bajar yo a tu lecho oscuro, húmedo y lleno de algas, si amo al cielo, y al viento, y los fríos nidos

de las águilas?”. Y el mar se sintió humillado y furioso, y volvió a su palacio entre las olas.

»Y desde entonces ha odiado Thorold. Se come los acantilados hasta que se derrumban, y hace que sus mareas inunden de peces y algas los pies del rey, e invoca tormentas salvajes para atraer a los marineros ahogados a su oscuro lecho. Pero aun así, bajo su odio, todavía persiste su amor, y cuando lo recuerda, perdona al rey por su insulto y se calma. Y entonces tienen lugar los días tranquilos, cuando los pescadores lanzan lejos sus redes y extraen de ella su botín de peces, y las gentes del pueblo observan su belleza y se maravillan. —Owan golpeó la pipa contra la borda, y todo se quedó en silencio durante un instante, aparte de los chasquidos y crujidos de las velas contra el viento.

—Hoy —terminó— ha recordado su amor.

—Supongo que la moraleja es que nunca se debe rechazar el amor de una mujer poderosa —apuntó Cadvan—. ¿Eh, Maerad? —Se estiró con pereza y le sonrió a la joven entre las sombras. Ella pensó involuntariamente en Nerili, y se estremeció ante la ocurrencia de Cadvan. No quería pensar en aquellas emociones inescrutables.

—Tal vez la moraleja sea que es mejor no amar en absoluto —respondió con frialdad, sin mirarlo— No causa más que problemas.

Cadvan alzó las cejas mirando a Owan, pero no dijo nada. Poco después, Maerad se retiró a su hamaca y Owan desató el timón silbando. El viento comenzaba a virar hacia el este. Cadvan, que dormía en el diminuto camarote que había sobre la cubierta, no se retiró mucho más tarde; los dos hombres compartían la labor de navegar y Owan hacia el primer turno. El barquito continuó avanzando durante la noche, un frágil caparazón que transportaba su carga humana entre las oscuridades gemelas del mar y el cielo.

Al día siguiente, el viento continuó cambiando y se fue reforzando, y en el horizonte norte comenzó a construirse un banco de oscuras nubes. El mar era ahora de un color gris apagado y amarillento, con olas cortantes, y el viento tenía un punto amargo. Las lecciones de navegación de Maerad se vieron pospuestas; ella se sentó, congelada y aburrida, en la proa, tan apartada del camino de los otros como era posible sin meterse bajo cubierta, bien envuelta en la capa. Owan dijo que todavía llevaban buen ritmo hacia el norte en dirección a Gent, pero temía que se desviasen de su curso y le pidió ayuda a Cadvan. Maerad observó cómo este hacía subir el viento a las velas rojas, y así empujaba al *Búho Blanco* de cara a la borrasca que se levantaba.

En aquel momento Maerad se sintió muy contenta de tener el remedio de Elenxi para el mareo, porque el barco se movía inestable, elevándose hasta la parte más alta de cada ola y cayendo con un ruido sordo en la parte interior. No sentía nada peor que un ligero malestar, mientras que sabía que sin aquello se hubiera sumido en un abismo de sufrimiento. Pero aun así, aquel día navegar no parecía ni de lejos tan

divertido como lo había sido el anterior.

El tiempo fue empeorando progresivamente a lo largo del día hasta que se vieron atravesando una lluvia torrencial y el viento se hizo casi huracanado. Hacia la tarde, Maerad se retiró a la diminuta cocina y preparó una comida que estuviese dentro de sus limitadas habilidades culinarias: una densa sopa hecha con guisantes secos. Aquello la hizo sentirse menos inútil, ya que no era de ninguna ayuda en la navegación. No consiguió averiguar cómo fijar los utensilios para que no se deslizaran sobre los muebles o la mesa, así que hizo un poco de trampa y utilizó un encantamiento, y después de aquello la mayoría de las cosas se comportaron bien. La cocina, aun así, no estaba por la labor, y ella no sabía muy bien qué hierbas utilizar. Al final lo intentó con un pellizco de cada una de ellas y el resultado fue bastante extraño, pero, según reflexionó, aunque la sopa no fuese una obra de arte, por lo menos estaba caliente y era consistente.

Aquella noche no hubo ninguna placentera cena sobre la cubierta; Cadvan y Maerad comieron en el camarote en la mesita que allí había, bajo la que las rodillas de los dos se tocaban, mientras Owan controlaba el barco. La lámpara que coleaba del techo se balanceaba de un lado a otro mientras comían, arrojando extrañas sombras sobre sus rostros. Cadvan salió para relevar a Owan en el timón, y este entró junto a una explosión de agua pulverizada y con el cabello chorreando. Maerad le sirvió la comida con un cucharón. La probó y se detuvo, la miró con rostro inexpresivo y después terminó el plato sin detenerse y sin hacer ningún comentario.

—¿Tan malo estaba? —preguntó Maerad afligida cuando él le tendió el cuenco.

—Estaba caliente —explicó Owan amablemente—. Y eso es más que bienvenido. Y no, no era tan malo... he probado cosas mucho peores. Pero la próxima vez yo no le pondría el «curalotodo», porque en realidad es para hacer cataplasmas y el sabor es un poco amargo.

Maerad retorció la boca...

—Lo siento —dijo—. Soy igual de buena cocinando que navegando.

—Ah, joven Bardo, no se puede ser buena en todo —la consoló—. Y es un disparate pensar que deberías serlo. Pero la práctica sirve de ayuda —añadió con un bostezo—. Y me ha hecho sentirme cansado; ahí fuera tenemos un duro trabajo.

—¿Será así toda la noche?

—Mi nariz me dice que se pondrá peor, creo que nos dirigimos hacia una tormenta. —Maerad a punto estuvo de decir: «¡No me digas que esto no es una tormenta!», pero se detuvo a tiempo.

—No es la estación —alegó Owan—. Pero estos son tiempos extraños. No temas, Maerad; el *Búho* ha pasado por situaciones complicadas. Es un hermoso barco y, lo que es más importante, está soldado con el encantamiento más fuerte que pueda hacer un Bardo. Deberíamos entrar en Gent pasado mañana al alba, incluso con este tiempo tan difícil.

Maerad se sintió algo más tranquila. El *Búho Blanco* crujía y gemía entre el

oleaje, y el ruido comenzaba a ponerla nerviosa.

—Tú también deberías dormir —sugirió Owan, recordándole amablemente que el camarote era su dormitorio—. Yo limpiaré, tú baja.

Maerad abrió la puerta del camarote. Esta volvió a cerrarse de un portazo sobre sus bisagras, y una ráfaga de viento cargada de agua hizo que la lámpara se lanzase a dar vueltas en círculo antes de que ella pudiese batallar con la puerta cerrada. Se quedó de pie, respirando pesadamente, en la cubierta; el viento aullaba y las velas vibraban ruidosas contra las ráfagas. Cadvan estaba a solo tres pasos de allí, en una piscina de luz mágica, pero estaba claramente ocupado y no lo llamó mientras daba tumbos con paso vacilante en dirección a la pasarela. Estaba cerrada y tuvo que batallar de nuevo para abrir la trampilla, bajar la escalera y cerrarla sobre ella. Cuando hubo tirado de la ventanilla, el rugido del viento y las olas se atenuó de repente, y se volvió consciente del agua que se le deslizaba fría por la nuca, pero el crujido del barco bajo la cubierta era mucho más ruidoso que en el camarote.

Recordó las palabras de Owan acerca del *Búho Blanco* y acarició los paneles de madera casi con superstición, sintiendo cómo el barco vibraba como algo vivo. Después tomó otra dosis de su medicina contra el mareo y colgó la hamaca. Hacía un frío helado y las manos le temblaban. «Esto no es bueno», pensó. «Solamente tengo miedo. Si el barco se hunde, ¿qué haremos? ¿Quién se enterará? No parece posible que pueda volver nadando a Thorold. ¿Y si viniese un ondril? Estamos aquí fuera, solos, y nadie puede ayudarnos».

Hizo a un lado sus sombríos pensamientos, sacó dos mantas y se envolvió en ellas. Hacía demasiado frío para desvestirse, de modo que se hundió en la hamaca, encogiéndose hasta hacerse tan pequeña como pudo y frotándose las manos para generar algo de calor. La hamaca se balanceaba a uno y otro lado, y se le tensó el estómago. «Tal vez el “curalotodo” también me ayudará contra el mareo», pensó, mientras por fin comenzaba a sentir algo de calor. Sonrió al recordar la estoica buena educación de Owan ante el sabor de su sopa. Pese a los tirones de la hamaca y el ruido, que estaba segura de que la mantendrían despierta toda la noche, Maread se quedó dormida al poco rato.

Se despertó de repente. No tenía ni idea de cuánto tiempo había dormido. Estaba negro como la boca del lobo, y se incorporó repentinamente alarmada, con lo que se golpeó la cabeza contra los paneles de madera. Algo la había despertado, pero no fue capaz, en sus primeros momentos de consciencia, de averiguar qué había sido. Después se dio cuenta: todo se había quedado en calma. «La tormenta debe de haber amainado» pensó, pero el corazón le martilleaba de ansiedad y no volvió a acostarse.

Se colocó una luz mágica flotante cerca de la oreja y recorrió con la mirada el pequeño y ordenado camarote. Todo parecía estar donde le correspondía, pero una tensión que iba en aumento le disparó la sangre latiendo acelerada por todo el cuerpo.

Sintió que todos los pelos de la nuca se le ponían de punta. El aliento le flotaba ante la cara; incluso allí abajo, hacía un frío tremendo. Se bajó de la hamaca, arrastró las botas para ponérselas y cogió uno de los chubasqueros de Owan, que colgaba cerca de la mesa. Tenía que salir al exterior para ver qué estaba ocurriendo.

Justo cuando se colocaba el chubasquero sobre la capa se produjo un inmenso crujido, como el estallido de un rayo. Todo el barco se sacudió violentamente como si estuviesen dando la vuelta, y después se enderezó con la misma violencia. Maerad salió disparada sobre la mesa y esquivó por poco darse un golpe en la cabeza contra el borde. El extraño silencio que la había despertado se había roto: el barco volvía a crujir y gemir, pero de tal manera que sonaba como si las cuadernas fuesen a saltar volando en pedazos en cualquier momento, y de repente el viento aumentó hasta convertirse en un aullido que agujereaba los oídos. «No ha sido un aullido», pensó Maerad, «es un chillido». Sonaba como si mil perros estuviesen siendo asados vivos. Se cubrió las orejas, estremeciéndose, hasta que el grito murió volviendo a la tormenta.

¿Habrían chocado contra un arrecife? A Maerad la asaltó el pánico ante la idea de hallarse atrapada en un espacio diminuto como el *Búho Blanco* que descendiese en remolino hacia las heladas profundidades del mar. Caminó tambaleándose hacia la pasarela y acababa de alcanzarla cuando se escuchó otro choque, igual de sonoro, y el barco volvió a dar un bandazo. Esta vez estaba agarrada a la escalera y no salió despedida. Esperó hasta que la nave se enderezó y después trepó por la escalerilla lo más rápido que pudo y abrió la trampilla en el momento en el que una enorme ola rompía contra la cubierta, que la empapó al instante y llenó de agua la pasarela tras ella. Jadeó, aturdida por el frío, y tragó agua marina.

Por lo menos la ola tuvo el efecto de sacudirle el pánico de encima. Cuando se recuperó del sofoco, gateó por la pasarela y, colgándose de la borda, le dio una patada a la trampilla para cerrarla tras ella. Entornó los ojos para ver en aquella caótica oscuridad, intentando averiguar qué ocurría.

Era una noche negra y sin estrellas, y el *Búho Blanco* cabeceaba sobre un mar inmenso. Cuando sus ojos se adaptaron, Maerad casi pierde el coraje: tal vez se hubiera sentido más segura en el camarote, donde no podía ver nada. Pero ante la idea de acurrucarse sola en aquella sofocante oscuridad, sus nervios se fortalecieron. El barco se estaba precipitando hacia lo que parecía un abismo sin fondo y el estómago le dio un vuelco. Cuando por fin alcanzaron el interior de la ola, el barco se puso a dar vueltas de lado hasta que Owan lo corrigió frenético; después se vieron elevados con una brusquedad que casi le detiene el corazón hacia lo alto de la siguiente ola, donde se detuvieron durante un breve y mareante momento antes de volver a bajar en picado, con la cubierta tan empinada como la ladera de una montaña, hacia la hirviente oscuridad.

El ruido era prácticamente ensordecedor y el cielo tenía un color extraño, con las nubes infundidas de un brillo azul verdoso. Las velas estaban enrolladas en la

mesana, las cuerdas que las amarraban destacaban en horizontal en la tormenta, y Owan manejaba el timón. Maerad miró a su alrededor desesperada en busca de Cadvan, temiendo que hubiese caído por la borda, y lo vio en la proa del barco. A su alrededor había una extraña quietud; parecía como si el viento no le afectase. Maerad se agarró a la borda, con el corazón en la boca, y después recordó el conjuro de sujeción que evitaría que fuese barrida de la cubierta. Lo murmuró tan rápido como pudo y se sintió un poco más segura.

Bajó la cabeza y se abrió paso a duras penas, paso a paso, hacia Cadvan. Tenía la boca llena de sal y el cabello le golpeaba los ojos, haciendo que le escociesen. Aunque estaba empapada, se alegraba de haberse puesto el chubasquero; por lo menos la aislaba de lo peor de la tormenta. Otra ola rompió sobre el barco, y Maerad se detuvo, agarrada a la cubierta y volviendo a jadear a causa del frío, hasta que la ola se escurrió del todo. Levantó la vista; Cadvan estaba a solo cinco pasos de ella, pero podrían haber sido cinco leguas, al ritmo que iba. Dio un paso más y entonces se detuvo; un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío le encogió el corazón.

Era difícil decir cuál era la diferencia entre el mar y el cielo; los dos eran un caos en ebullición. Pero lo que apareció ante Cadvan no era ni una cosa ni la otra; era algún tipo de ser monstruoso, casi demasiado grande para mirarlo, que parecía estar hecho de luz de tormenta y nubes. Maerad cerró los ojos, conjurando al terror, y después se obligó a volver a mirar.

Lo que vio parecía un perro gigante, un pesado perro de caza, como un mastín, que gruñía y babeaba, en posición de ataque. El monstruo parecía haber surgido de las mismas nubes y era tan difícil de fijar en la vista como el vapor o el aire; tenía las mandíbulas grabadas con la misma extraña luz «verde-azulada» que Maerad había percibido antes en el cielo y sus ojos eran puntos de fuego esmeralda. Su forma titilaba de manera inquietante, con pequeñas lucecillas que parpadeaban y se desvanecían continuamente, de modo que no era demasiado sustancial, pese a la impresión que daba de masa inmensa. Era, se dio cuenta Maerad al volver a las historias de miedo que había escuchado de niña, un perro de tormenta. Ella ya les tenía miedo a los perros normales, por un recuerdo de infancia de ver a un hombre al que habían hecho pedazos, pero aquel era mucho peor que los perros del Castro de Gilman. Abrió su inmensa boca, descubriendo unos largos colmillos y aulló. Maerad se encogió de miedo. Era el sonido que había escuchado en el camarote; sobre la cubierta abierta del barco resultaba aún más terrorífico.

Cadvan estaba inmóvil sobre la proa del barco, con la espada desenvainada, su perfil llameante de poder. Era poco más grande que los colmillos del perro de tormenta, que tenían un tamaño asombroso. Parecía inconcebible que no fuese a echarse hacia delante y se tragase el *Búho Blanco* igual que un león haría con un ratón. Cadvan golpeó con la espada, trayendo tras ella un cegador arco de luz blanca. Incluso a través del aullido del perro y el caos de la tormenta, Maerad sintió cómo sus palabras de poder le resonaban hasta los huesos.

El *Búho Blanco* se puso a dar vueltas de modo mareante ante una ola y Maerad temió que fuesen a hundirse: unas cataratas de agua estallaron con violencia sobre la cubierta, de modo que pareció que ya estaban en el fondo del mar. Milagrosamente el *Búho* se enderezó, balanceándose para recuperar el equilibrio a medida que el agua manaba de la cubierta. Maerad, que estaba aferrada a la borda, se quitó el agua de los ojos y miró desesperada hacia la proa: Cadvan continuaba allí, balanceándose muchísimo, como si formase parte del barco, un mascarón de proa que sencillamente estuviese de pie sobre la cubierta. Ahora era tan brillante que resultaba difícil mirarlo y un escalofrío de respuesta en lo más profundo de su mente hizo sentir a Maerad el poder que él estaba invocando. Bajó la vista hacia sus manos y con un estremecimiento maravillado vio que una luz de color plata y oro brotaba de sus dedos: Cadvan estaba envolviendo toda la nave en su poder. Poco después cada cuaderna, cada cabo y cada palo del barco brillaban, como si estuviesen hechos de luz, y el brillo continuó aumentando hasta que se volvió tan intenso que a Maerad le saltaron las lágrimas deslumbrada, y le bajaron por las mejillas, mezclándose con la fría agua pulverizada que le mojaba el rostro. Cuando el *Búho Blanco* comenzó a brillar en aquella apoteósica oscuridad, repentinamente transformado de humilde barco pesquero en un objeto aéreo de luz, hermoso y extraño, el perro de tormenta aulló de furia.

Incluso en medio del peligro, Maerad sintió un profundo, sobrecogimiento: aquel era un poder diferente del que Cadvan había revelado durante el Rito de la Renovación. Estaba liberando capacidades que Maerad no sabía que los Bardos poseyesen. En la fuerza completa de su poder, era casi tan terrorífico como el mismo perro de tormenta.

Se irguió más, concentrando su mente en algo parecido al pensamiento. Tenía que haber alguna manera en la que pudiese utilizar sus poderes para ayudar a Cadvan.

El perro de tormenta atacó de nuevo, pero aquella vez el barco apenas se tambaleó. Maerad se sintió aliviada; se preguntaba cuántos golpes podría aguantar el *Búho Blanco*, pese a toda su fuerza y encantamientos Bárdicos, procedentes de un monstruo así. Se apartó el cabello y el agua de los ojos, y envió su mente a unirse a la de Cadvan suavemente, por si acaso le pegaba una sacudida a la voluntad de él y perturbaba su magia. Se produjo una ligera sorpresa en respuesta, y después alivio, cuando él le permitió unir sus poderes a los suyos.

Unirse a la mente de Cadvan era compartir con él la fuerza al completo de la furia del perro de tormenta, y Maerad se tambaleó bajo su repentino ataque. Al mismo tiempo, su miedo al monstruo se desvaneció por completo y fue reemplazado por una extraña alegría. Era casi como si pudiese comprender al perro de tormenta, pese a que no hablaba ninguna lengua que ella conociese. Lo miró a los ojos y por primera vez este percibió su presencia. La intentó morder, emitiendo una descarga de aullidos, y en la mente de Maerad saltó el recuerdo más incongruente posible: su madre acariciándole el cabello cuando ella era muy pequeña.

Maerad inspiró profundamente. Después, manteniendo los ojos fijos en el perro, comenzó a cantar. Cantó tanto mental como físicamente, pese a que cualquier sonido que emitiese era enseguida absorbido por la tormenta. Era el más mínimo de los susurros en aquel tumulto, pero pensó que el perro de tormenta la escuchaba. Sintió cómo Cadvan vacilaba sorprendido, y el barco se atenuó por un instante por su momentánea pérdida de concentración.

*Duerme, mi preciosa, que el día ha terminado.
Duerme, mi cariño, la noche está cayendo.
El sol ante su estrellada amante se ha inclinado.
Duerme ya la liebre entre fragantes tréboles,
y resuena la llamada del búho manchado.*

La vieja melodía —¿cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la había escuchado?— brotó de su garganta, y su voz se hizo más fuerte. ¿Estaba loca? ¿Cantarle una nana a un perro de tormenta? Pero le pareció ver un cambio en los ojos de la bestia. Inspiró de nuevo y cantó la siguiente estrofa, llenando su mente de ternura: recordó la manera en la que su madre le acariciaba la frente cuando estaba casi dormida, el suave zumbido de su voz, su beso cuando Maerad caía dormida.

*Duerme, mi preciosa, la noche está viniendo.
Duerme, mi cariño, la noche ya está aquí.
Pronto navegarás en un barco que avanza refulgiendo,
envuelto en luz de plata, con tu suave cabello
ondeando en el aire que ya está oscureciendo.*

Ahora Maerad estaba segura de que su absurda idea funcionaba; el viento estaba amainando, y el perro de tormenta había dejado de aullar y parecía mirarla inquisitivamente, con las orejas caídas. Sus rayos parpadeaban con menos violencia y sus terribles chillidos enmudecieron hasta convertirse en un extraño trueno de bajo intensidad. Ella continuó cantando, comenzando de nuevo cuando llegó al final de la nana, con los ojos fijos en la terrible criatura, y mientras cantaba, la fuerza del mar se fue atenuando gradualmente, hasta que las olas eran tan solo un poco más grandes que la altura del barco. Cantó y cantó, ahora en voz lo bastante alta para que se la escuchase sobre el suave viento, y el animal se fue apagando, y después comenzó a desvanecerse de manera casi imperceptible, igual que una nube se desvanece en el cielo claro si se mira fijamente. Por fin, desapareció.

Mientras la imagen del perro de tormenta se disolvía, el barco volvió poco a poco a sus colores habituales de madera barnizada en oscuro, pintura blanca y velas rojas enroscadas. Tan solo cuando parpadeó ante los colores, Maerad se dio cuenta de que

era por la mañana.



Owan amarró el timón y se acercó tambaleándose a Cadvan y Maerad. No era su pulcra persona habitual: tenía el rostro gris de agotamiento, los ojos inyectados en rojo, el cabello y las ropas rígidos a causa de la sal y los nudillos en carne viva a consecuencia de su batalla por mantener a *Búho blanco* derecho. Abrazó a los dos Bardos intensamente.

—Por la luz —exclamó con voz ronca—. Creía que estábamos a punto de pasar las Puertas y que mi *Búho* iba a unirse a los peces.

Maerad lo miró a los ojos y en ellos vio reflejadas sus propias emociones: sencillez alivio por estar viva, un aturdimiento fruto del cansancio y la cálida camaradería de aquellos que han sobrevivido al peligro juntos. Sentía cómo unos temblores recorrían el cuerpo de Owan en largas olas. Le devolvió una sonrisa temblorosa y los ojos se le llenaron de lágrimas inesperadas.

Owan los soltó, y Maerad dio un paso atrás y miró a su alrededor con sensación de incredulidad. El terror de la noche era como un sueño que se hubiera desvanecido sin dejar rastro, ahora el sol brillaba en un cielo azul claro y lo único que escuchaba eran los débiles chillidos de las gaviotas y el pacífico golpeteo de las olas contra el barco. Tan solo el *Búho Blanco* dejaba ver alguna prueba de los trabajos de la noche; sobre la cubierta, que normalmente estaba impoluta, había una maraña de cuerdas y deshechos ribeteados de sal; las velas continuaban enrolladas en el mástil y la baranda de la borda a estribor estaba partida y astillada en la parte en la que el perro de tormenta había dejado caer de golpe.

Cadvan supervisó los daños.

—Hemos salido bien parados —contestó—. No hay muchos que sobrevivan a tal encuentro con el mar abierto. —Maerad sonrió con cansancio; Cadvan le tomó de las manos y la besó en la mejilla—. Bien hecho, Maerad —dijo en voz baja— Muy bien hecho. No sé si hubiéramos sobrevivido de otra manera.

—Sin duda ha sido el público más extraño que he tenido nunca —admitió Maerad, y Cadvan sonrió con dulzura y le soltó las manos.

—Confieso que muero de curiosidad —señaló Cadvan—. ¿Por qué le has cantado al monstruo? ¿Qué demonios, o ángeles, te ha hecho pensar eso?

—Cuando he averiguado lo que estabas haciendo no me lo podía creer —añadió

Owan sonriendo—. Ahí estaba yo, entre los dientes del tornado, batallando para mantener derecho al *Búho*, y tú cantando canciones de cuna. Sabía que los Bardos erais peculiares, pero... —Negó con la cabeza.

Maerad se estudiaba las manos, en busca de palabras.

—No sé en qué momento he estado más asustado —explicó por fin—. Creo que ni tan siquiera cuando vimos al espectro estaba más aterrorizada que cuando he visto al perro de tormenta. Y cuando he unido mi mente a la tuya he podido sentir toda su furia. Lo gracioso es que, en cuanto la he sentido, he dejado de estar asustada. —Levantó la vista para mirar a Cadvan, que la escuchaba muy serio—. Cuando lo he mirado a los ojos y él me ha mirado a mí, he sentido algo diferente. Sabía que era un monstruo, y que quería hacernos pedacitos y hundirnos. Pero era inocente, algo salvaje. No era como el espectro, o los Glumas, o incluso el Kulag o el ondril. Cuando estás cerca de ellos lo único que sientes es... —Se detuvo, estremeciéndose al recordar aquellos encuentros—. Lo único que sientes es su maldad. Están llenos de intenciones malevolentes para destruir la vida, vaya, todo lo que es hermoso y adorable en la vida. Pero el perro de tormenta no era así.

—Hombre, pero quería destruirnos —dijo Owan.

—Sí, lo sé pero no era algo deliberado. Simplemente nos metimos en su camino, y podría haber continuado para destruir alguna otra cosa, o no destruir nada. Igual que lo haría una tormenta. —Cadvan asintió pensativo—. Y en cuanto me he dado cuenta de que era inocente, he recordado a mi madre cantándome para que me durmiese cuando era pequeña, oh, hace tanto tiempo. Y la canción fue lo primero que me ha venido a la cabeza, así que me he puesto a cantarla.

—Es una canción preciosa —añadió Owan, reflexivo—. Nunca la había escuchado.

—La verdad es que ha funcionado, —Cadvan le dirigió a Maerad una mirada inescrutable—. He de decir que yo nunca me había planteado que los perros de tormenta fuesen inocentes. Ahora deberé contemplar este nuevo saber.

—Bueno. —Maerad se volvió, ligeramente molesta—. Tampoco pensabas que Enkir pudiese formar parte de la Oscuridad.

—No, eso es cierto —dijo y después se echó a reír y el aire sombrío se desvaneció por completo de su rostro—. Parece que todas mis certezas están condenadas a desmoronarse hasta convertirse en polvo. —Se produjo una leve pausa—. Bueno, yo necesito desayunar algo —dijo Cadvan. Abrió la trampilla y desapareció por la pasarela.

Maerad se sentó en la cubierta; de repente se sentía demasiado agotada para moverse. Owan, con la disciplina de un prolongado hábito, comenzó a enrollar los cabos sucios.

Cadvan volvió enseguida con un frasco, unos platos, un trapo, una hogaza de pan y un poco de queso.

—Ahí abajo todo está un poco mojado, pero esto se ha escapado al calado general

—dijo extendiendo el trapo sobre la cubierta y colocando la comida—. Deja eso, Owan. Te ayudaré más tarde. Toma algo de esto.

Le pasó el frasco. Owan le pegó un largo trago, secó el cuello de la botella y se lo pasó a Maerad antes de sentarse con ellos. Esta tomó un buen sorbo, parpadeando: era laradhel, un licor que los Bardos empleaban como reconstituyente. Le bajó por la barriga como fuego y su calor se extendió al instante por todo su cuerpo, expulsando al frío que se le había instalado profundamente en los huesos.

Comieron durante un rato sin hablar; todos se dieron cuenta de repente de lo hambrientos que estaban. El queso era un buen queso de cabra thoroldiano, pero aquella mañana tenía un toque diferente, le pareció a Maerad, o tal vez simplemente fuese que le estaba prestando más atención al sabor. Pese a su cansancio, parecía tener todos los sentidos agudizados.

Maerad analizó el mar mientras masticaba y vio una larga mancha baja en el horizonte.

—¿Eso es Ileadh? —preguntó, señalando con el pan.

Owan entornó los ojos.

—Sí, así es. Y allí está la costa oeste de Annar, hacia el este. No nos hemos desviado tanto de nuestro rumbo como podría haber ocurrido. Estaremos allí para la marea de la tarde, creo. —Se produjo un breve silencio, tan solo interrumpido por el sonido del masticar—. Esto bien contento de que estuvierais aquí anoche, Bardos —añadió.

—Bueno, si no hubieras llevado Bardos a bordo, tal vez no te habrías encontrado con semejante peligro —gruñó Cadvan—. Así que hemos resultado una bendición mixta. ¿Habías oído hablar de perros de tormenta tan al sur?

Owan se detuvo para pensar antes de responder.

—Se hablaba de ellos durante el Gran Silencio —contestó—. Pero nunca más desde entonces. Y he escuchado que más al norte, alrededor de la costa de Zmarkan aparecen, por lo menos recientemente. Pero tan al sur, no.

—A mí me parece una mala señal —apuntó Maerad—. Es como si nos estuviera persiguiendo.

—Así es como lo he interpretado yo —respondió Cadvan—. Podrían haber adivinado que nos dirigimos a Ileadh. Creo, Owan, que no deberíamos hacer escala en el refugio de Gent.

—No tenía pensado hacerlo, de todas maneras —dijo Owan—. Por ese motivo. Hay una aldea no lejos de Gent, por el río Argent, llamado Ossin. Se nos espera allí.

Cadvan asintió, complacido por el arreglo, y se volvió hacia Maerad.

—Los perros de tormenta son espíritus Elementales. Supongo que fue por eso por lo que tuviste la idea de cantarle, Maerad. —Le sonrió con cansancio—. Tan solo una Elidhu estaría lo bastante loca como para pensar en algo así. Solo Arkan, el Rey del Invierno, puede haber enviado al perro de tormenta. Son criaturas suyas, los utilizó en las Guerras Elementales, y también durante el Gran Silencio. Hace mucho que

sospecho que existe una alianza entre el Sin Nombre y el Rey del Invierno, y que Arkan se despierta de su largo sueño, pero esto ya está muy cerca.

—Significa que saben dónde estamos —dijo Maerad con un escalofrío—. Y no andan muy lejos.

Llegaron a Ossin al caer la noche, después de que Cadvan accediese a las súplicas de Owan para que cambiase el viento. Habían entrado por la larga bahía del Nathe de Gent y Maerad les echó un vistazo a las colinas «verde-púrpura» que ascendían suavemente a cada lado en la distancia. En una depresión en el extremo más alejado del Nathe, consiguió ver Gent: unas paredes blancas tocadas por unas torres con cúpulas con forma de cebolla que brillaban en dorado, plateado y cobrizo bajo el sol que se ponía. Lamentó con un suspiro no poder visitar la Escuela; incluso desde la distancia parecía hermosa.

En cambio, navegaron más o menos una milla hacia el oeste y giraron para meterse por la amplia boca del río Argent. Un profundo canal discurría por el medio de este, cuyas escasas aguas emitían mareantes destellos plateados y se expandían sobre ásperos bancos. Se levantó un viento borrascoso y frío, que soplaba hacia el interior, y empujaron bajo las velas contra corriente pasando por orillas empinadas y profundamente boscosas, en las que los últimos rayos del sol doraban las copas de los árboles mientras sus sombras caían sobre la superficie del agua. Los dulces aromas a hojas, hierba y flores flotaban sobre ellos, y se podía escuchar el alboroto de los pájaros que se posaban para pasar la noche, y de ven en cuando el de las ardillas y los patos. Cuando se hubo puesto el sol y la luna menguante se balanceó en lo alto del cielo, se detuvieron en un embarcadero de piedra que se adentraba en el río, rodeando un diminuto puerto construido alrededor de una especie de laguna natural. Era lo bastante grande para albergar a media docena de barcos como mucho.

Los tres salieron del *Búho Blanco*, y Maerad le dio a la baranda de la borda un golpecito de despedida mientras salían por la pasarela. Nunca sería, lo sabía, mujer de mar, pero de todas maneras sentía una cálida obligación hacia el barco; se había mantenido en pie pese a lo peor que podían hacer el mar, el viento y los monstruos, y los había transportado a salvo de nuevo a tierra.

Caminaron en silencio por un sendero cubierto de hojas, que subía por las orillas y después irrumpía, dejando atrás los árboles, en un campo abierto. Maerad vio un grupito de luces que brillaban en la oscuridad. Poco después llegaron a una aldea en la que había una docena de construcciones; Owan se detuvo en la calle, mirando arriba y abajo, y finalmente los llevó a la más grande. Era una casa de dos pisos hecha de madera y masilla y completamente pintada con complicados murales que mostraban a bardos y gente del pueblo trabajando.

—Esta es la casa de campo del Primer Bardo —anunció Owan con una sonrisa cuando llegaron a la puerta principal y golpearon la aldaba de plata—. Solo he estado

aquí un par de veces, pero os advierto que es famoso por su hospitalidad.

La puerta se abrió, descubriendo a un hombre grande y de cabello oscuro. Este extendió los brazos en señal de bienvenida y les invitó a entrar.

—¡Cadvan! ¡Owan! Entrad, amigos. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. ¿Y tú? ¿Eres Maerad de Pellinor? Yo me llamo Gahal, Gahal de Gent. Entrad, entrad. Dejad ahí los hatillos. Venga, dadme las capas. Antes de nada, algo de comida y bebida, ¿sí? Nada te deja más hambriento que navegar ¿verdad? No, no os preocupéis por eso, enseguida os enseñaré vuestras habitaciones. Bueno, aquí estamos.

«No ha dejado de hablar en todo el camino por el pasillo», pensó Maerad maravillada.

Cuando entró en la sala de estar se quedó sin aliento: se había acostumbrado a las salas elegantes, pero aquella era especialmente hermosa. Las largas ventanas estaban cubiertas hasta el suelo por cortinas de seda bordadas, procedentes de Thorold; la misma tela que brillaba con matices dorados recubría también unos divanes. Pero eran las paredes y el techo lo que más la asombraron. Las paredes estaban revestidas con paneles de madera de cedro blanco, cada uno de los cuales estaba tallado con mucha delicadeza y enmarcaba una pintura de un pájaro diferente. En el techo había pintada una bandada de pájaros en vuelo, todos ellos volando en espiral hacia el centro de la sala.

Maerad se quedó sin palabras durante un momento y sin saber muy bien qué hacía automáticamente aceptó el vaso de vino que le metieron en la mano. Se sentía demasiado mugrienta para sentarse en una habitación así, pero Gahal casi la empujó sobre un sofá y después, todavía hablando amistosamente, les ofreció dulces y bebidas. Maerad se conformaba con examinar el cuarto, retorciendo el cuello para ver la pintura del techo. Las aves eran de docenas de tipos diferentes, todos ellos plasmado de forma muy meticulosa hasta el último detalle, sobre un cielo azul celeste con nubes que se alzaban, movidas por el viento. Se oscurecía adquiriendo los colores del atardecer hacia las ventanas, y allí parpadeaba entre las nubes una única estrella. Maerad estaba segura de que era Ilion.

—¿Te gustan mis pájaros? —preguntó Gahal, despertándola de su ensueño.

—Oh, sí —respondió Maerad—. Creo que nunca había visto una sala tan hermosa.

—Me llevó seis años —explicó complacido—. Gent me tiene muy ocupado; pero cada vez que tenía la oportunidad, me venía aquí hasta que todos los paneles estuvieron completos. Y ahora puedo sentarme entre las criaturas que amo, incluso cuando ellas vuelan hacia el sur.

Maerad miró al Bardo con renovado respeto. Su locuacidad, que no era la que esperaba del Primer Bardo de Gent, al principio la había hecho preguntarse si no sería un poco estúpido, pero el encanto de sus pinturas y una cierta agudeza en la mirada de Gahal disiparon sus sospechas. Estaba claro que no era un hombre al que se

pudiese subestimar.

—Es evidente que sabes mucho de pájaros —alegó Maerad.

—Los pájaros son mi pasión —dijo Gahal—. Son los animales más hermosos que hay sobre la tierra; el cielo es su elemento, y viven en él con enorme gracia. Los he observado a lo largo de toda mi existencia, y los he amado y he aprendido de ellos.

—Si necesitas saber algo acerca de pájaros —intervino Cadvan—, Gahal es la máxima autoridad. —Alzó su vaso—. Y esta sala es una de las obras maestras de Edil-Amarandh; somos afortunados de poder verlo.

—Pero también es cómoda —añadió Maerad—. En Norloch había muchísimas salas hermosas, pero de alguna manera daban la sensación de ser demasiado grandiosas, como si no pudieses limitarte a sentarte y disfrutar de ellas.

—Muchas gracias, Maerad —dijo Gahal—. Bueno, estoy contento de que estéis aquí.

—Nosotros también —reconoció Owan—. Hemos estado a punto de no llegar; nos atacó un perro de tormenta en el viaje.

Gahal lo miró atónito.

—¿Un perro de tormenta? No he visto ninguno por aquí desde el Gran Silencio. —Negó con la cabeza—. Ni tan siquiera es invierno. ¿Cómo sobrevivisteis a él?

—Maerad le cantó una nana —se limitó a explicar Cadvan—. Y se marchó.

Gahal estaba dándole un sorbo a su vino, y al escuchar aquello lo escupió.

—Estarás bromeando, por supuesto —exclamó cuando se recuperó—. Quiero decir, ¿cómo fue, en serio?

—No, no estoy bromeando. Maerad tiene... digamos que soluciones originales para cosas como esa. Tendré que contarte cómo convirtió un Gluma en conejo. Pero eso es, al fin y al cabo, lo que ocurrió, y por eso estamos aquí y no estrellados en el fondo de los Estrechos de Ileadh.

Gahal gruñó y le dirigió a Maerad una rápida mirada.

—Entonces es que os están persiguiendo, y el Rey del Invierno en persona, según parece.

—Eso me temo —dijo Cadvan—. Creo que no osaremos ir más al norte por mar, tal y como estaba planeado.

—Annar también es peligroso para vosotros —afirmó Gahal—. Se ha puesto precio a vuestras cabezas, según órdenes de Norloch, y muchos ojos os buscarán. Me pregunto qué opción sería peor.

Nadie respondió, y él suspiró y les sirvió otro vaso de vino.

—Bueno, hablaremos seriamente del tema mientras cenamos, cuando os hayáis refrescado. Mientras tanto, he tenido noticias de Thorold, por supuesto, y supongo que sabréis cómo está la situación allí.

—Sabemos del ultimátum de Norloch, y cuál ha sido vuestra respuesta, si es a eso a lo que te refieres —contestó Cadvan.

—Son las peores noticias recibidas en mucho tiempo. Llevo preocupado los

últimos cincuenta años, como ya sabes, Cadvan. Hay algo que va terriblemente mal. Pero no me sirve de satisfacción que se haya demostrado que estaba en lo cierto.

—No, en absoluto.

—Nerili me ha dicho que os dirigís al norte, en una búsqueda que no llego a comprender por completo. Y se me ha dado a entender que Maerad es la Elegida, ¿cierto?

—Eso es lo que creemos.

Gahal la repasó con la mirada con una fresca curiosidad que ocultaba por completo su actitud anterior. Maerad aguantó su examen con paciencia, deseando estar más que limpia.

—Ya veo —Gahal dejó su vaso sobre la mesa, se colocó las manos unidas tras el cuello y se recostó en el sofá, contemplando el techo—. Esa es una noticia de mayor significancia que los acontecimientos de Norloch. La Luz se despierta ante la necesidad, según dicen. —De repente se echó hacia delante y para sorpresa de Maerad, tomó su mano entre las suyas—. Eres muy joven. Demasiado joven, he de decir. Cargas un gran peso sobre tus hombros, joven Bardo. Había oído hablar de tus extraordinarios poderes antes de esta noche, pero no dudo que necesitarás cualquier tipo de ayuda que se te pueda dar.

—Hay muchas cosas que no comprendo —dijo Maerad—. Pero estoy aprendiendo.

—Puedes contar con Gent. Pero Annar está dividido. —Gahal le soltó la mano y miró a Cadvan—. Están aquellos que permanecen leales a Enkir, aliados de la Oscuridad o que creen que como el Primer Bardo debe de estar actuando contra la Oscuridad, y están aquellos que están profundamente preocupados o en claro desacuerdo, pero tienen miedo de que Norloch los declare rebeldes. Incluso en Gent no puedo estar seguro de que no haya espías. Y tenéis a la Oscuridad pisándoos los talones. No os será fácil atravesar Annar.

—Aun así, creo que será menos peligroso que los perros de tormenta —intervino Owan—. Solo había uno, y casi nos hunde.

—Como siempre, tenemos que elegir entre lo malo y lo que es aún peor —pensó Cadvan en voz alta—. No hay caminos seguros.

—No —exclamó Gahal—. Bueno, os he advertido de los peligros de Annar, así que he de considerar que he cumplido con mi tarea. Debéis tomar vuestras propias elecciones.

—Todo me dice que se nos está acabando el tiempo —alegó Cadvan—. ¿Has oído lo del Rito de la Renovación de Busk?

Gahal suspiró profundamente.

—Sí —reconoció—. No os sorprenderá saber que el Gent estuvo a punto de fallar. A punto. Pero no dudo que a lo largo de Annar habrá Escuelas en las que el Rito haya fallado por completo. Algo está sacando la Oscuridad del interior de todos nosotros. Esta no es solo una guerra de armas y estrategias marciales, Cadvan.

—No —dijo Cadvan—. Eso ya hace tiempo que está claro.

Maerad se estremeció.

—En Norloch tuve una pesadilla premonitoria —explicó ella—. Y también en Innail. Y había una voz que decía: «Soy yo de nuevo, pero nadie encontrará mi morada, ya que vivo en cada corazón humano».

Gahal la miró sorprendido.

—¿También eres clarividente?

Maerad no respondió, y Cadvan se removió y contestó:

—Sí, así es. Bueno, siempre ha sido un don propio de la Casa de Karn. Hay muchas cosas que hemos de contarte, Gahal, y no solo acerca de Maerad. Pero estoy contento de saber que podemos contar con Gent; no es que hubiera esperado otra cosa.

Se produjo un breve silencio, y entonces Gahal vació su vaso y se levantó.

—Por desgracia mi curiosidad me ha hecho descortés. Querréis refrescaros —anunció—. Vuestras habitaciones os están esperando, os las enseñaré. Y después nos tomaremos una cena digna de vuestras hazañas.

Maerad se despertó a la mañana siguiente con una sensación de lujo absoluto. Sentía la piel limpia y suave, en lugar de picajosa y áspera de salitre, y todos los dolores del cansancio se habían desvanecido. Tras las incomodidades de la hamaca, una cama real le sentó maravillosamente. Se estiró con pereza y escuchó los sonidos que le llegaban desde el exterior: el cloqueo de las gallinas que rascaban la carretera, un par de hombres charlando en el rico dialecto de Ileadh, el murmullo del ganado que llegaba volando desde la distancia, el graznido de los cuervos. Una cálida luz de última hora de la mañana se colaba por la ventana y la tentaba a salir de la cama. Movié los dedos de los pies sobre la suave alfombra y miró hacia fuera.

Desde la casa de Gahal se veían tejados de la aldea que bajaban hasta el río, que resplandecían plateados mientras se retorcían entre las colinas. Cerca de la aldea había un mosaico de campos atravesados por una carretera serpenteante, que después se sumergía en los bosques de abedules que ascendían por colinas teñidas de púrpura en la distancia.

Maerad había dormido larga y profundamente, tras una cordial cena tal y como había pronosticado Gahal, en la que se les habían unido todos aquellos que vivían con Gahal, entre los que se contaban veinte personas. Estaba su familia directa: su esposa, Rena, sus dos hijos adultos, Nik y Beljan, y su hija, Lyla, que tenía más o menos la edad de Maerad; y también había otros Bardos y personas del pueblo llano que no compartían ninguna relación familiar con Gahal, pero sí otra profunda relación por trabajo o inclinación. Lyla, por ejemplo, parecía tratar a los demás adultos con una intimidad parecida a la que se muestra a segundos padres o madres. Maerad, cuya familia había sido fragmentada por el desastre y que había, hasta el momento, estado

sobre todo en Escuelas, no recordaba los amplios modelos de responsabilidades y parentesco que funcionaban en los hogares Bárdicos, y le chocó verlos por primera vez.

Lyla se había sentado al lado de Maerad, y las dos se habían gustado a primera vista. Era la primera vez que Maerad conocía a alguien de su misma edad que no se sentía intimidado por su reputación o su relación con Cadvan.

La conversación giró en torno a generalidades, y Maerad se fue comiendo varios platos de comida maravillosamente preparada: gruesos espárragos amarillos cocinados hasta estar absolutamente tiernos, una ensalada de hierbas y capuchinas, trucha fresca horneada con almendras y miel, setas de la madera cocidas en leche y mantequilla. Después Gahal le había insistido en que probase su limonel, un licor de manzana que había hecho él mismo y que era más bueno (y más fuerte) que el laradhel. No era ninguna sorpresa que hubiera dormido tan bien.

Miró con vagancia a un jinete que subía trotando por la carretera en dirección a la casa, desmontaba y llamaba a la puerta.

Rena le había dejado algunas prendas de Lyla, ya que estaban lavando las suyas, y acababa de decidir cuál preferiría ponerse y ver cómo transcurría el día cuando se escuchó un golpecito en la puerta de la alcoba.

—¿Sí? —preguntó.

Lyla asomó la cabeza por la puerta.

—¡Buenos días, Maerad! Papá desea saber si quieres desayunar.

—Esta mañana estoy un poco perezosa —dijo Maerad señalando su camisón—. Ni tan siquiera me he vestido.

—Oh, me ha dicho que te diga que no hay prisa. —Lyla entró en la habitación con timidez. Igual que Gahal, tenía el cabello y los ojos oscuros, y llevaba el cabello atado en una larga trenza que le caía por la espalda—. Él solo quería saber si podía recoger ya las cosas. Cadvan y Owan tampoco se han levantado.

—Bueno, me alegra saber que no soy la única —reconoció Maerad riendo.

—Además, acaba de llegar Anhil y quiere conocerte.

—¿Quién es Anhil? —preguntó Maerad, mientras se sacaba el camisón con naturalidad y se ponía la ropa interior.

—Es un Bardo de Gent. A mí me gusta, siempre es encantador. Y es muy guapo. —Lyla se sentó en la cama—. ¿Esta es tu lira? No es gran cosa, ¿verdad? La de papá tiene incrustaciones de oro y anillos dorados, pero supongo que cuando se es joven como nosotras solo nos dan cosas viejas. Anhil es el hermano de Dernhil, ya sabes, el Bardo a quien mataron en Innail. Yo no lo conocía mucho, solo le había visto alguna vez, cuando tenía tres años, pero fue horrible. Me sentí muy triste por Anhil.

Maerad agradeció tener el vestido sobre la cabeza en aquel momento, de modo que Lyla no pudo verle la cara. ¡El hermano de Dernhil! Sabía que Dernhil era de Gent, y aquella era, de hecho, una de las razones por las que había deseado ir allí, pero la idea de conocer a su hermano le recordó con fuerza la pena que le había

supuesto su muerte. Pero aquella sensación pasó, y encogió los hombros para hacer pasar el vestido.

Lyla la miró críticamente, con la cabeza ladeada.

—Me gusta ese vestido —concluyó—. Pero creo que me queda mejor a mí que a ti.

—Primero me gustaría lavarme —respondió Maerad—. Después bajaré.

—Te veré entonces —dijo Lyla—. Se lo diré a papá.

Cuando apareció en el piso de abajo, lavada y peinada, y se había recompuesto lo suficiente para saludar a Anhil. Este estaba sentado en el comedor hablando con Gahal, recostado en una silla, con un pie sobre la rodilla de la otra pierna. Al entrar Maerad se puso en pie y Gahal los presentó. Ella sintió una punzada de doloroso reconocimiento: Anhil se parecía y al mismo tiempo no se parecía a Dernhil; tenía el cabello castaño claro y no era tan alto; pero sus ojos tenían la misma expresividad móvil que los de Dernhil, y le resultó difícil mirarlo a la cara.

—Me alegro de conocerte —aseguró Anhil cortésmente, tomándole la mano—. Mi hermano me escribió hablándome de ti poco antes de morir. Le habías impresionado mucho.

A Maerad se le hizo un nudo en la garganta y asintió, incapaz de responder durante un instante.

—Su muerte supuso una gran pena —alegó—. Lo siento mucho. Debe de haber sido duro para ti.

—Sí —respondió Anhil—. Fue una enorme pérdida para todos nosotros, pero sobre todo para quienes lo amábamos.

Maerad no tenía ni idea de cómo responder a aquello y se limitó a volver a asentir con la cabeza, mordiéndose el labio; en aquel momento, para su alivio, Cadvan entró en la sala. Anhil se volvió para saludarlo y Cadvan lo abrazó sin decir nada. Maerad se quedó sentada a la mesa, con el corazón latiéndole con fuerza, sintiéndose torpe y violenta.

Lyla se inclinó hacia ella y susurró:

—Ves, ya te había dicho que era guapo. —Maerad se puso de color escarlata—. No sabía que conocías a Dernhil.

—Sí —dijo Maerad—. Pero estuve con él muy poco tiempo, demasiado poco.

—Qué triste lo que le ocurrió —añadió Lyla—. Sus cenizas están en Gent, ¿sabías? —Maerad murmuró algo inaudible como respuesta, y Lyla por fin descubrió que Maerad se sentía incómoda al hablar de Dernhil y cambió de tema—. Bueno, venga, toma un poco de esta miel, es muy buena. Mamá tiene colmenas y les da a las abejas un montón de tréboles dulces para que trabajen.

Maerad se sumergió agradecida en el asunto de la comida y poco a poco sus emociones se asentaron lo suficiente para que comenzase a escuchar la conversación entre Cadvan, Anhil y Gahal. Anhil formaba parte del Primer Círculo de Gent, y su visita no había sido provocada tan solo por la presencia de Cadvan y Maerad. Había

llegado otro emisario de Norloch, exigiendo hombres de Ileadh en armas para la campaña de Norloch contra la Oscuridad.

—Naturalmente —le explicó Anhil a Gahal— le hemos dicho que no podemos tomar ninguna decisión en tu ausencia de la Escuela y que tendrán que esperar a tu vuelta de Damaroch.

—¿Damaroch? —preguntó Cadvan.

—Sabemos lo peligroso que es para vosotros —alegó Anhil, volviéndose para quedar cara a cara con él—. Y para nosotros, si se sabe que os estamos ayudando. Solo el Primer Círculo sabe dónde está Gahal, y por qué. Gahal envió una imagen suya a Damaroch, que en realidad era Rhyd. Gahal llegó hasta aquí dando rodeos y disfrazado, tal y como he hecho yo. Dudo que nos hayan seguido a ninguno de los dos, pese a que temo que Ossin esté vigilado. Es bueno que hayáis llegado cubiertos por la noche.

Cadvan asintió y Maerad sintió que su miedo, que se había retirado durante unas preciosas horas, volvía.

—He hecho un conjuro sobre Ossin —les hizo saber Gahal—; todos estamos lo bastante seguros, de momento; nadie puede observarnos aquí. Pero esta es una mala noticia, Anhil. No contemplaré enviar hombres armados a Norloch; y esto significa que tal vez el miedo a una invasión en Busk no carezca de fundamento, si es que Enkir está reuniendo fuerzas. —Fruunció las cejas—. Mis miedos acerca de que tú y Maerad viajéis por Annar también se cuadriplican.

—Estoy de acuerdo —reconoció Cadvan—. Aun así, temo que tres perros de tormenta en el mar sean una certera sentencia de muerte. Uno estuvo cerca de matarnos. Incluso si hay ejércitos persiguiéndonos, Annar supone el menor riesgo.

—He de deciros que dos caballos, Darsor e Imi, llegaron a Gent hace una semana —explicó Anhil—. Darsor afirmó que tú les habías dicho que os reuniríais allí.

Maerad emitió una exclamación de alegría. Sus caballos habían llevado a Saliman y a Hem a Turbansk, y ella echaba de menos a su yegua Imi como echaba de menos a Hem.

Se quedaron en Ossin dos días más. Maerad pasó la mayor parte del tiempo con Lyla, con quien había entablado una fácil amistad.

En compañía de Lyla podía olvidarse de que era el Lirio de Fuego de Edil-Amarandh, la Predestinada perseguida tanto por la Luz como por la Oscuridad o de que era un Bardo en general. Podía actuar como si tan solo fuese una jovencita de dieciséis años, sin mucho más de lo que preocuparse que de las lecciones o tareas del día y cotillear.

Aunque Lyla no era Bardo, su padre le había enseñado muchas habilidades Bárdicas: era formidablemente buena leyendo —en especial en comparación con Maerad, que apenas había leído algún libro— y se sabía de memoria la mayor parte de las grandes leyendas. Podía tocar varios instrumentos e incluso tenía algunas nociones del Habla, pese a que en ella la lengua no tenía poder. Iba a ser, le confesó a

Maerad, curandera.

—No puedo hacer curaciones Bárdicas —reconoció pesarosa—. Ojalá fuese Bardo. Pero puedo ayudar a las mujeres a dar a luz y curar muchas cosas, incluso así, siempre que tenga el Saber, y papá dice que cuantos más curanderos haya, mejor. Y a mí me gusta. —Le echó un vistazo a Maerad, como retándola a contradecirla, pero Maerad estaba íntimamente demasiado impresionada para decir nada: lo cierto era que Lyla tenía una educación mucho mejor que la suya.

—Yo nunca he pensado en lo que haré —respondió, reflexiva—. No es que haya tenido muchas opciones nunca. Primero fui esclava y después Cadvan me sacó de allí, ahora soy Bardo y tengo que... bueno, tengo cosas que hacer. Y eso tampoco es una opción.

Lyla la miró con simpatía.

—A mí eso no me gustaría demasiado —reconoció—. Mamá siempre dice que soy demasiado terca y dice que ojalá fuese un chico porque son mucho más dóciles y hacen lo que se les dice. En cambio, las chicas, dice ella, somos testaduras como mulas y tan difíciles de educar como urracas.

Maerad se echó a reír, un poco envidiosa: el tipo de control del que hablaba Lyla era algo completamente ajeno a ella; y sus comentarios la hicieron ser intensamente consciente de su falta de familia. Apenas recordaba a su padre, y a su madre poco más, y aquellos recuerdos estaban desgarrados por el horror y la pena. Le hizo preguntarse qué haría con su vida, si sobrevivía a la odisea que Cadvan y ella acababan de comenzar y se dio cuenta de que no tenía ni idea.

Maerad no veía mucho a Gahal, excepto a la hora de las comidas, pero aunque siempre era cordial, detectó cierta cautela en su actitud. Una vez, el Bardo la llevó a ver a sus carrizos azules domesticados, que vivían sin estar enjaulados en un nudoso manzano del jardín. Maerad se quedó encantada por los diminutos pájaros que resplandecían entre las verdes hojas como joyas vivas, y Gahal llamó a uno para que se acercase y se sentase sobre el dedo de Maerad, donde gorjeó y comió algunas semillas de la mano de Gahal.

—Son cabecitas de pluma —explicó Gahal cariñosamente cuando el pájaro fijó en él sus ojos brillantes, le pidió más semillas y después voló de vuelta al árbol—. No hay mucho espacio para el cerebro en esos minúsculos cráneos. Pero los amo.

—Puedo ver por qué —dijo Maerad—. Son muy hermosos.

—Hermosos y frágiles. Como una buena parte de lo que se ve amenazado por la Oscuridad —añadió Gahal, de pronto serio. Maerad lo miró inquisitivamente y para su sorpresa vio que él parecía avergonzado. Observaron los diminutos pájaros en silencio durante un breve espacio de tiempo, y entonces Gahal se aclaró la garganta—. Maerad —empezó, pero se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Gahal se rascó la cabeza y se quedó contemplando fijamente el manzano.

—Quería decirte cuántas cosas dependen de esta aventura vuestra —concluyó por

fin—. Y también deseo advertirte; pero hallo que las palabras me fallan.

—¿Advertirme de qué?

Gahal la miró a los ojos con una extraña seriedad.

—Es para eso para lo que no tengo palabras, joven Bardo. Hay algo en ti que no comprendo, y lo temo. —Maerad le devolvió la mirada, incapaz de pensar en ninguna respuesta a causa de un extraño pánico que surgió en su interior. Gahal suspiró y después se echó a reír mientras le daba una palmadita en el brazo—. Es difícil decir esto, pero ¡Ten cuidado contigo misma! Y así te lo digo. Ten cuidado, mi jovencita. Pienso en Lyla, y pienso en ti, que no eres mayor que ella, y no toleraría que mi hija se enfrentase a los peligros a los que tú has de sobrevivir.

Volvieron a la casa, y Gahal pareció volver a ser igual de locuaz que siempre, pero la conversación había perturbado a Maerad. Sentía que al mismo tiempo había y no había comprendido lo que él le había querido decir. ¿Estaba hablando de su parte Elemental? Sabía que los Bardos no confiaban en los Elidhu.

Se sentía inquieta, así que caminó hasta el río para pasar un rato en la cómoda compañía de Owan. Apenas había visto a Owan desde la primera noche; había estado ocupado en el puerto del río. Había sacado al *Búho Blanco* del agua y tras haberlo examinado meticulosamente, había arreglado la baranda rota, que era el mayor daño que había soportado en la batalla contra el perro de tormenta, e inspeccionado cada tablón en busca de grietas o debilidades.

Owan partió hacia Thorold poco después, y su despedida fue cálida y llena de tristeza. En el tiempo que habían pasado juntos, Maerad había aprendido a percibir el profundo sentimiento que yacía bajo su naturaleza taciturna y a respetar su solidez, que se había mantenido verdadera y fuerte incluso en las circunstancias más peligrosas, y lo reconocía como uno de sus amigos más cercanos. Se preguntaba si volvería a verle alguna vez.

Darsor e Imi llegaron aquella tarde. Una joven Bardo de Gent había cabalgado a Darsor, guiando a Imi; era más o menos de la edad de Hem y estaba encantada de que le hubieran hecho tal encargo. En realidad era Darsor quien la guiaba a ella, más que al revés. Darsor era un magnífico animal negro de unos diecisiete palmos, que arqueaba el cuello con orgullo y de una talla hecha tanto para la resistencia como para la rapidez. Procedía del linaje de Lanorgrim, la heroica montura de Maninae, de cuyos antepasados se decía que tenían patas aladas, y su temple era tal que nadie podía montarlo si él no lo permitía. La yegua azul acero de Maerad, Imi, era más pequeña que Darsor, pero valiente y resistente.

Maerad, que estaba en el exterior con Lyla cuando llegaron los caballos, salió corriendo a recibirlos. La joven Bardo se bajó Darsor, tendiéndole tímidamente las riendas a Maerad con una inclinación de cabeza, y entró corriendo en busca de Gahal. Maerad se tomó la libertad de besar a Darsor en la nariz y colgó los brazos alrededor

del cuello de Imi.

¿Cómo estás, amiga mía?, preguntó Imi, removiéndole el cabello con el hocico.

Mejor ahora que te veo, respondió Maerad en el Habla. *¡Habéis hecho un largo camino!*

Oh, sí, reconoció Imi. *Pero ha sido divertido. Me gustó Turbansk. Tienen pesebres de oro.*

Darsor resopló. *Pesebres dorados*, dijo. *Pero buena avena. ¿Dónde está mi amigo?*

Dentro, contestó Maerad.

En aquel momento, Cadvan abrió la puerta y salió, saludó afectuosamente a Imi y abrazó a Darsor.

Siempre estás aquí cuando se te necesita, admitió. *Ahora para nuestro próximo viaje.*

Darsor levantó la cabeza y relinchó. Las gallinas que picoteaban alrededor de sus cascos chillaron y salieron volando alarmadas, y Maerad se cubrió los oídos. Sonaba como un grito de guerra.

Aquella noche, la última en Ossin, Maerad tuvo otro sueño premonitorio. Igual que los anteriores, poseía una claridad irreal, casi amarga. Parecía que la elevaban a una gran altura sobre las neblinas y humos de un paisaje marcado por la batalla; vio ciudades destruidas, venidas abajo entre ruinas humeantes, fuego desatado en el bosque y el pueblo, campos cubiertos de cuerpos amontonados en extrañas posturas y siniestramente inmóviles. La hierba de las suaves praderas bajo ella estaba empapada de un rocío rojo.

Estaba suspendida en el aire sobre todo aquello, como si fuese un águila, mirando hacia la destrucción que había en todas direcciones hasta donde le alcanzaba la vista. Todo en ella era un silencio absoluto. Un gran lago destacaba en la lejanía, brillando en rojo, con ríos corriendo hacia él como hilos carmesí, y tras ella había una cordillera de montañas. Pese a que no podía decir cómo, se dio cuenta, con un gran pesar en el corazón, que estaba viendo el Suderain, la rica y fértil región entre el Osidh Am y el Mar de Lamarsan.

Sin advertencia, avanzaron a gran velocidad hacia el este, hacia el gran lago de Lamarsan. Bajo ella vio la blanca línea de una carretera Bárdica, y más pueblos y campos devastados. A medida que se acercaba a la orilla, vio una alta torre roja culminada por una cúpula dorada que atrapaba los rayos del sol que morían. Era más alta que cualquier otra torre que hubiera visto nunca, excepto el Machelinor en Norloch, y se alzaba en medio de una gran ciudad rodeada de altos muros. Sabía que tenía que ser la ciudad de Turbansk, y el corazón se le subió a la boca. Un humo negro, de horrible olor, ascendía de ella, e incluso desde la distancia podía ver que en algunos lugares las paredes estaban quebradas y marcadas por el fuego.

Entonces, de repente, sin ninguna transición, Maerad estaba dentro de la ciudad, mirando hacia abajo desde una altura un poco más elevada que la de las murallas. Allí había actuado algún tipo de fuerza terrible: algunos de los edificios se habían derrumbado hasta quedar totalmente en ruinas, no quedaba ni una sola pared en pie. «Está claro que ni siquiera la guerra», pensó, «puede causar una devastación tan absoluta».

Tan solo la torre roja y los edificios que la rodeaban, que supuso que pertenecían a la Escuela de Turbansk, continuaban enteros, y estaban abarrotados de los soldados-perros que Maerad había visto desde la distancia en su anterior sueño premonitorio. Vistos de cerca, le produjeron un nudo de miedo en la garganta: vio largos y brutales colmillos de acero, ojos iluminados por llamas rojas sin brillo, miembros que terminaban en armas de metal o que expulsaban chorros de fuego, todo ello animado por una inteligencia maligna.

Maerad se dio cuenta de que los soldados-perro trabajaban en equipos, olfateando entre las ruinas de Turbansk en busca de supervivientes: vio a varios cientos de prisioneros, atados y amordazados, alineados contra una pared con la cabeza inclinada. Se estiró desesperada para ver, pero no pudo decir si Hem o Saliman estaban entre ellos.

Un grito se le vino a la garganta, pero no podía emitir ningún sonido.

Se despertó empapada en sudor, con el chillido aún en los labios, el pánico y el dolor de su sueño llenaban su mente hasta el punto de excluir todo lo demás. Poco a poco empezó a ser consciente de los contornos de su alcoba, delineados por una pálida luz previa al amanecer, y sus posesiones, cuidadosamente colocadas por toda la habitación. Las contó lentamente para volver al presente, como hacía siempre que sus sueños la afligían. ¿Estaría Turbansk condenado a ser un osario? ¿Yacería ahora Hem frío entre las ruinas, mientras que los cuervos aleteaban a su alrededor para sacarle los ojos? Maerad se cubrió el rostro con las manos, luchando para expulsar de ella aquellas espantosas visiones. «Si Hem muere, no podré soportarlo», pensó. «Me volveré loca».

Desesperadamente, mientras comenzaba a calmarse, Maerad intentó recordar lo que Cadvan le había contado de los sueños premonitorios. «Los sueños premonitorios son peligrosos enigmas que desentrañar», le había dicho. «Circulan muchas historias sobre algunos que intentaron evitar sus profecías y atrajeron sobre ellos lo que más temían». «Tal vez solo haya visto lo que podría ocurrir», pensó. «Si todo sale mal. Si nuestra búsqueda fracasa. Si no hallamos el Canto del Árbol...». Pero ella ya sabía que las fuerzas se alineaban contra Turbansk y sus argumentos le parecieron triviales, palabras vacías empleadas para calmar el terror de un niño, mientras el que habla sabe que no hay ninguna esperanza contra la oscuridad que acecha a su alrededor.



LA ENFERMEDAD BLANCA

X

Era una mañana de dura helada, que presagiaba un otoño temprano, cuando salieron de Ossin. Los caballos resoplaban haciendo salir vaharadas nebulosas de los agujeros de la nariz y caminaban nerviosos sobre el suelo duro, quebrando los charcos helados con sus cascos recién herrados y removiéndolos hasta convertirlos en barro. Aquella mañana Maerad se había puesto algunas capas de ropa extra y, por primera vez en semanas, llevaba la cota de malla que le habían dado en Innail. Era un objeto maravilloso, cada eslabón de acero templado estaba forjado con tanta delicadeza que resultaba ligero y flexible como una pesada capa, pero era como ponerse una gruesa piel de hielo, y sentía su peso con un estremecimiento temeroso. Por encima de todo llevaba su capa de lana azul, con la capucha cubriéndole prácticamente los ojos. Cadvan iba de negro, en su capa tan solo llevaba una diminuta insignia de plata. Maerad reflexionó, no por primera vez, que desde la distancia era fácil confundir a Cadvan con un Gluma.

Igual que Cadvan, Maerad llevaba su hatillo, que contenía todas sus pertenencias personales y comida para el viaje, a la espalda. Los caballos iban cargados con otras provisiones: principalmente avena, para darle a los animales en el paso, donde no habría pasto, y unos abrigo y chalecos de piel de oveja enrollados para soportar el clima frío con el que Cadvan y Maerad se toparán en las montañas y en Zmarkan. Viajaban con tan poco equipaje como podían, pero aun así constituía una pesada carga. Darsor, que era fuerte como un caballo de guerra, parecía no inmutarse por su carga, pero Maerad estaba preocupada por Imi. Pertenece a una resistente raza de montaña famosa por su aguante, pero no era tan fuerte como Darsor. Y si iban a ir tan rápido como Cadvan planeaba, sería un viaje castigador para ella.

Gahal y la gente de su casa se quedaron en la puerta, acurrucados para protegerse del frío, para despedirlos. Toda la bonachonería de Gahal desapareció en el momento en el que les decía adiós sobriamente.

—No puedo ver mucho de vuestro camino —les explicó—, pero todos sabemos que voláis de sombra en sombra y, que sin importar por donde piséis, habrá peligros que os persigan. Que todas nuestras bendiciones vayan con vosotros.

—Aun así, estaremos más seguros en movimiento que si nos mantenemos quietos —respondió Maerad.

—Tienes razón, por supuesto. —Gahal le dirigió una mirada inquietante y ella recordó la conversación que habían tenido en el jardín—. Ya deberías conocer tu corazón, joven Bardo. ¡Estate alerta! Hay peligros que no tienen nada que ver con escudos y armas.

Maerad se ruborizó ligeramente y se dio la vuelta.

—Que la paz bendiga tu hogar, y a todos los que lo habitan —exclamó Cadvan, y los dos abrazaron a cada miembro de la familia de Gahal.

—Y que la Luz haga que vuestro viaje llegue a buen puerto —añadió Rena. La tradicional despedida tenía un peso añadido. Maerad abrazó con fuerza a Lyla sin decir nada, besándola en las dos mejillas. Lyla rompió a llorar y entró corriendo en la casa.

Montaron a los caballos muy serios y salieron de Ossin al trote, en dirección al río, por el camino de grava blanca. Maerad no volvió la vista atrás, pese a que sabía con un sexto sentido que Gahal estaba allí, mirándolos, hasta que doblaron la esquina y desaparecieron de la vista.

A su alrededor los campos y los árboles estaban blancos de escarcha, y en aquel momento comenzaba a derretirse lentamente bajo el débil calor de los primeros rayos del sol. Todos los valles y terrenos más bajos estaban cubiertos por una densa niebla, que se levantaba en forma de floreadas volutas hacia el cielo y desaparecía. Siguieron el camino cuando este se introdujo en los bosques de abedules, cuyas sombras caían frías sobre ellos. Los caballos aceleraron el paso hasta galopar y el aire golpeó las mejillas de Maerad como un río helado, despertándolas con un cosquilleo a medida que la sangre comenzó a circularle por el cuerpo y el frío se le retiró de los huesos.

Cadvan y Maerad habían repasado sus planes con Gahal la noche anterior. Los dos sentían que el tiempo apremiaba, una sensación que se volvía más alarmante con cada día que pasaba.

—Ahora estáis proscritos —dijo Gahal—. Me he puesto en contacto con Carfedis y allí se os ayudará; pero tendréis que entrar en la Escuela bajo otra apariencia, por si se os avistase. No esperéis ayuda de nadie, ni de ninguna granja ni posada ni Escuela; una vez salgáis de Ileadh cualquiera podría delataros, por la Luz o por la Oscuridad. Y no tengo ninguna duda de que la Oscuridad os estará buscando, serán Glumas enviados por Enkir o tal vez por el mismo Sin Nombre, ya que la Oscuridad, según parece, se mueve ahora libremente por Annar.

—No hay carretera libre de peligro —añadió Cadvan en tono sombrío—. Y ya he estado pensando en esos de los que hablas. Podemos tener esperanza en el hecho de que Enkir no sabe adónde nos dirigimos, o por qué, y no esperará que volvamos a entrar en Annar, incluso si ha seguido nuestra pista hasta Gent. Aguardará que huyamos de él, y confío en que crea que buscamos refugio en los Siete Reinos, tal vez que el próximo lugar al que vayamos sea Culain, o incluso que vayamos hacia el sur, a Lanorial o Amdridh.

Gahal asintió pensativo.

—Tal vez podamos tomar algunas precauciones para apartar a los que persiguen vuestro rastro. Pensaré en crear unas imágenes vuestras. Tal vez puedan dirigirse al sur, hacia Lanorial.

Cadvan alzó la vista rápidamente, negando con la cabeza.

—No quiero ni pensar en la posibilidad de que unos Bardos de Gent arriesguen sus vidas por nosotros. ¿Hay alguien entre los vuestros que pueda enfrentarse a un perro de tormenta?

—No, no estaba pensando en enviar a ningún Bardo —respondió Gahal—. Poseo suficiente magia para engañar la vista de cualquiera que esté vigilando y para enviar un barco fantasma hacia el sur. Funcionaría desde la distancia, tal vez el tiempo suficiente para enturbiar vuestro rastro.

—Bueno, si no hay ningún riesgo... —dijo Maerad. A ella tampoco le gustaba la idea de que más Bardos muriesen para protegerla. La muerte de Dernhil todavía le pesaba mucho.

—Continúo pensando que esta es nuestra mejor baza —comenzó Cadvan—. No tenemos otra opción que desafiar a la Oscuridad; aunque nos escondiésemos en una madriguera, nos encontraría. Pero al mismo tiempo necesitamos rapidez, ya casi es otoño, y el norte se volverá cada día más hostil con los viajeros. Tendremos que utilizar las carreteras Bárdicas, por lo menos hasta que crucemos el río Lir. Habrá poca gente por esa zona en esta época del año.

Gahal negó con la cabeza, pero no continuó discutiendo. Extendió mapas sobre la mesa, sosteniendo en la mano el pergamino que se enrollaba, y los tres Bardos los estudiaron minuciosamente. Cadvan quería llegar lo más rápido posible al paso de Gwalhain, que agujerea el Osidh Elednor, la gran cordillera que limita el norte de Annar, y que los llevaría hasta Zmarkan. Después de aquello, tenía pensado ir hasta el asentamiento Pilanel de Murask, un poco más al norte del paso, para recopilar noticias y buscar consejo y ayuda.

—Hay más de trescientas leguas hasta llegar tan siquiera al paso —dijo Maerad mientras se apartaba el cabello de los ojos y repasaba la ruta—. Será un viaje muy duro.

—Sí, y tendremos que correr como el mismo viento —respondió Cadvan—. Esto nos pondrá a prueba. Pero no creo que tengamos elección.

Y ahora estaban en la primera etapa de su carrera. «No está tan mal», pensó Maerad; se sentiría entumecida durante unos días hasta que sus músculos se adaptasen a la cabalgata, pero ahora el sol había salido por completo y había hecho desaparecer las neblinas, mostrando un bello y claro día de otoño. Los caballos estaban frescos e impacientes y los bosques de abedules eran hermosos, con sus blancos troncos moteados alzándose sobre suaves pendientes cubiertas de hierba salpicada por montones de florecillas blancas, cuyas ramas llenaban el suelo de motas de luz y sombra. Algunas hojas comenzaban a perder su verde. Pronto amarillearían y caerían dibujando espirales al suelo del bosque; entonces las ramas se quedarían

desnudas y las florecillas morirían, y los colores marchitos del invierno se arrastrarían adentrándose en el bosque: marrones y grises, y el pacífico blanco de la nieve.

Era la primera vez que Cadvan y ella viajaban juntos solos desde que habían llegado a Norloch, casi seis semanas atrás. Se sumergió en su manera de estar juntos; era sencillo, un compañerismo nacido tanto de sus peligros compartidos como de las largas horas de viaje sin incidentes. Pero mientras cabalgaban por el bosque, se halló meditando acerca de cómo su amistad había cambiado desde que había sido proclamada Bardo completo en Norloch. Mientras estaban en Thorold, en su relación habían mediado muchas otras personas. Pero ahora que volvían a estar ellos dos solos, se sentía como si de repente su amistad se hubiese puesto de relieve, y le resultaba menos comprensible que en ningún otro momento que se lo hubiese planteado.

Pese a toda su relajada intimidad, había profundidades y pasiones dentro de Cadvan que ella no entendía. Pocas veces lo había visto enfadado, pero cuando había sido así daba miedo, y hacía muy poco que ella había sido testigo del poder que suponía la fuente de su fama por todo Annar. Una vez, durante un breve instante, le había permitido entrar en su mente, sentir sus perplejidades y vergüenzas privadas como si estuviera dentro de su piel. A ella le había resultado muy difícil de soportar, e incluso aquella concesión, tan dura para él, había revelado tan solo una pequeña parte de sí mismo.

Él era una de las personas más reservadas que había conocido, algo en su interior le apartaba del contacto humano. En Thorold había estado más relajado de lo que ella lo había visto nunca, pero incluso allí había sentido su permanente soledad. Y aun así era, aunque parezca paradójico, capaz de profesar la más intensa relación, y era profunda y lealmente amado por aquellos a los que ofrecía su amistad. No era un hombre fácil de conocer. Recordaba lo que Nelac le había dicho de él: «Si desea mantener algo oculto, es casi imposible averiguarlo». Se acordó de aquel momento, en el barco, en el que la había mirado de una manera tan inquietante. Abandonó estremeciéndose el recuerdo, al pensar en la advertencia de Gahal: «ten cuidado contigo misma». Había algo en ella en lo que Gahal no confiaba. Aquello la hacía sentirse incómoda porque sabía que su conocimiento de sí misma era dudoso. Involuntariamente le dirigió un vistazo al oscuro perfil de Cadvan, que parecía abstraído en sus propios pensamientos mientras cabalgaba a su lado.

Todo era demasiado complejo de desentrañar, y demasiado perturbador. Para distraer su mente decidió repasar los alfabetos y runas que había aprendido durante las últimas semanas. Así pasaba el rato, y el suave ritmo de los caballos cabalgando sobre hojas muertas se unía al ritmo de las letras: *onna, inla, tref chan, edlan, cuif va, a, rich, pa, dha...*

Siguieron días de dura cabalgata por los bosques y tierras de cultivo de Ileadh. A su

izquierda se alzaban sobre los bosques las colinas purpúreas de los altos páramos de Ileadh y a su derecha discurría una amplia llanura, donde se encontraban las fértiles tierras altas del Osirian, bien abastecidas de ganado y ovejas que pastaban, y atravesadas por una multitud de pequeños riachuelos. El tiempo continuaba siendo claro, pero cada noche había un frescor en el aire que les advertía que se había acabado el verano: un halo azul rodeaba la luna, que había menguado hasta convertirse en un recorte de uña, y las estrellas brillaban con frialdad en un cielo helado.

Cuando se aproximaron a Gent, se cubrieron ellos y los caballos con un encantamiento que podía confundir incluso a los ojos Bárdicos. Habían decidido disfrazarse de mensajeros, lo que explicaría tanto su prisa como el hecho de que fuesen extranjeros. Darsor e Imi se convirtieron en hermosos zainos montados por jóvenes vestidos de color verde musgo, con una pluma roja de mensajero enganchada en las capas.

El encantamiento era la especialidad de Cadvan y, para su disgusto, a Maerad le resultó casi imposible. Necesitó cuatro intentos antes de conseguir llevar a cabo su propia transformación, y al final Cadvan tuvo que ayudarla con Imi, lo que le dolió considerablemente en su orgullo. También resultaba agotador; después de aquello se sintió mareada durante un tiempo.

Tomaron la carretera Bárdica en Gent y en aquel recorrido bien trazado se aceleró su paso. Había sesenta leguas hasta Carfedis, la Escuela hermana de Gent, que estaba en la frontera entre Ileadh y Annar, y después ochenta más por la carretera Bárdica que iba hacia Edinur, en donde se desviarían hacia el norte y cruzarían el río Aldern. La carretera del Norte discurría con las tierras yermas de Valverras al este y la Marisma de Caln, un laberinto de humedales y marismas, al otro lado. Según los cálculos de Cadvan, llegarían a Edinur en diez días.

Llegaron a Carfedis al cuarto día, tarde, pasaron por la Escuela y le enseñaron al Primer Bardo, Melchis, una carta de Gahal. Maerad estaba demasiado cansada para percibir mucho más que una confusa impresión de paredes pintadas con brillantes murales y un estanque de bordes de piedra en el exterior de la Casa Bárdica, donde muchos cisnes blancos nadaban como fantasmas en el crepúsculo. Durante una maravillosa noche pudieron comer bien, darse un baño y dormir en camas cómodas. Y después volvieron a la carretera, antes de que el sol asomase por el horizonte en busca de otra castigadora jornada en dirección al norte.

Maerad tenía malos recuerdos tanto de Edinur como de las tierras yermas de Valverras y se le encogió el corazón a medida que se acercaban. Había sido en Valverras donde Cadvan y ella habían encontrado a Hem, temblando aterrorizado, dentro de una caravana saqueada; y a la familia Pilanel que lo había acogido, brutalmente asesinada por los Glumas. La imagen de sus penosos cuerpos la perseguía y comenzaban a aparecersele de nuevo en sueños. Después de salir de Carfedis y entrar en Annar, comenzó a sentir con mayor intensidad que Cadvan y ella

estaban solos; aquello la hacía sentirse nerviosa e irascible, y se encontraron una o dos veces al límite de tener una discusión.

El cambio radical de paisaje no ayudó a su estado de ánimo. En cuanto salieron de Ileadh, las fértiles tierras de Osirian dieron lugar a llanuras deshabitadas que se extendían planas hasta donde alcanzaba la vista, habitadas por peludos ponis salvajes y cabras cuyos huesos blancos manchaban las ásperas matas de hierba. El suelo era fino y ácido, tan solo alimentaba a la vegetación más sufrida, y por todas partes había someros charcos y pantanos en los que crecían altos juncos negros que hacían ruido constantemente a causa del viento. El espíritu de Maerad decaía a medida que pasaban los días atravesando aquel paisaje invariable.

Al quinto día, tal y como había predicho Cadvan, entraron en Edinur, que hacía mucho tiempo había sido una rica comunidad granjera como Osirian. Pero Edinur no le resultaba más esperanzador que las tierras yermas que habían dejado atrás. La última vez habían atravesado Edinur de noche y ahora pasaban por allí a plena luz del día, y la luz pura y despiadada dejaba expuesta toda la desesperación de la ciudad.

La imagen golpeó a Maerad cuando entraron en la primera aldea; era una colección de tal vez una docena de casas, que una vez había sido una próspera comunidad pero que ahora, más bien, parecía un campo de batalla. Por lo menos había tres hogares completamente quemados, y nadie se había molestado en esconder sus melancólicos restos. Los rodeaban carcasas de madera ennegrecida y escombros, llenos de enredaderas y hiedra salvaje que crecían sobre ellos. Otras casas parecían haber sido abandonadas, las contraventanas se balanceaban con la brisa y las puertas, que una vez habían estado pintadas en vivos rojos, azules y naranjas, colgaban tambaleándose de sus bisagras, mientras sus jardines y huertos se llenaban de hierbas salvajes, dadas al paso del tiempo.

Un grupo de niños descalzos y mugrientos jugaba en la carretera. Cuando escucharon el ruido de los cascos alzaron la vista, asustados, y se metieron corriendo en una de las casas. «Están lastimosamente delgados y vestidos con harapos y desechos, que apenas serían suficiente para mantenerlos cubiertos en verano», pensó Maerad, «y no digamos ya en el invierno que se avecina». Un niño, de poco más de dos años, se quedó atrás en la carretera, berreando por sus compañeros de juegos, con el labio superior cubierto por una costra mocos. Maerad tiró de Imi y se detuvo, inclinándose para hablar con él.

—¿Dónde está tu madre? —le dijo. El niño saltó hacia atrás, aterrorizado, cayó sobre un charco y comenzó a chillar aún más alto. A la vista de aquello, Maerad desmontó y lo cogió. Estaba hecho un mar de lágrimas y todas sus harapientas ropas estaban empapadas. Intentó calmarlo, pero el tono de su llanto se elevó y peleó entre sus brazos hasta que ella se vio obligada a volver a dejarlo en el suelo.

De repente se abrió una puerta de golpe y salió corriendo una mujer de gran tamaño que llevaba una sartén en la mano y gritaba:

—¡Quítale las manos de encima, escoria! ¡Quítale tus asquerosas manos de

encima!

Maerad, completamente perpleja, se apartó del niño, con las manos en alto. El chiquillo le dio una patada en la espinilla, salió corriendo hacia la mujer y se colgó de sus sucias faldas. La mujer tenía el rostro gris de cansancio y su cabello era una maraña de nudos y porquería.

—Lo siento —dijo Maerad—. Es que... se cayó. Quería buscar a su madre. No pretendía...

—No tiene madre, lo sabes muy bien. Sois todos iguales, todos vosotros. —La mujer se colocó erguida, con la sartén en alto sobre la cabeza.

—Señora —intervino Cadvan—, le aseguro que no pretendíamos hacerle ningún daño. No somos más que mensajeros de paso, y pensamos que podríamos ayudar al niño.

La mujer se lo quedó mirando fijamente, con la sombra de una duda en el rostro, y después bajó poco a poco la sartén. Le dirigió una mirada furtiva a Maerad y algo parecido a la vergüenza se aproximó a su expresión. Maerad tuvo una repentina visión de la mujer que debía de haber sido, si la desesperación no hubiera estado a punto de destruirla.

—En ese caso, está bien. Ha hablado con bondad. —Se detuvo, como si estuviese buscando palabras que no le resultaban familiares—. Lo siento. Su madre murió por culpa de la enfermedad y yo me preocupé de cuidar a todos estos cachorros, que tienen a sus padres bajo tierra y ninguna ayuda. Pero no dejaré que se los lleven —volvió a levantar la sartén, y Maerad refuló cautelosa.

—¿Que se los lleven? —repitió.

—Los que vienen son siempre hombres. Hombres con capas que se llevan a los niños que todavía viven. Dicen que para llevarlos a orfanatos. Sin tan siquiera preguntarles a quienes los cuidan y los quieren. —Se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Se han llevado a ocho de aquí, pero no se llevarán a ninguno más, no mientras yo esté aquí. —Volvió a levantar la sartén y la sacudió, escupiendo—. ¡Orfanatos! No es a orfanatos a donde los llevan, eso se lo garantizo.

Maerad pensó en Hem y en las historias que contaba acerca de los orfanatos de Edinur, donde lo habían dejado de pequeño, y se estremeció.

—¿Y a dónde los iban a llevar si no? —preguntó Cadvan amablemente.

La mujer volvió a escupir.

—Los secuestran para sus ejércitos, permítame que le diga —contestó—. Los he visto marchando por aquí, con toda su muchedumbre, y algunos de esos soldados no le llegarían ni a la altura del pecho.

—¿Ejércitos? —comenzó a decir Maerad ansiosa, pero Cadvan la silenció con una mirada.

—Discúlpenos, buena mujer —intervino—. No pretendíamos alarmarla. —Desmontó y caminó hacia la mujer. Ella refuló nerviosa, pero no se resistió cuando él le tomó la mano—. No tema. ¿Cómo se llama?

—¿Mi nombre? —Hablabas como si su nombre fuese algo olvidado hacía ya mucho tiempo—. Me llamo... Ikabil.

Cadvan se inclinó hacia delante y la besó en las dos mejillas, mientras murmuraba algo que Maerad no pudo escuchar.

—Ve en paz, Ikabil. Ve en paz, con la Luz en tu corazón. —Volvió a donde estaba Darsor y montó.

En los ojos de Ikabil apareció una mirada de asombro y se quedó muy quieta. Después sonrió y Maerad vio, en lugar de a una vieja exhausta y brutalizada por un prolongado sufrimiento, a la dulce y fuerte mujer que había sido. Una nueva paz inundaba ahora su rostro. Se inclinó sin decir nada, acariciando la cabecita del chiquillo. Este continuaba colgado de sus faldas, escondiendo la cara, pero había dejado de lloriquear.

—Ahora deberíamos irnos —animó Cadvan a Maerad, y esta saltó sobre Imi. La mujer levantó la mano.

—Que la Luz ilumine vuestro camino —se despidió tímidamente.

Los Bardos alzaron las manos como respuesta y salieron al trote hacia la aldea. Continuaron cabalgando en silencio durante un tiempo.

—¿Qué le dijiste a la mujer? —preguntó por fin Maerad.

—¿Decirle? Oh, tan solo pronuncié unas cuantas palabras curativas —explicó Cadvan, saliendo de un profundo ensueño—. Era una buena mujer con un gran sufrimiento. No es cierto que el sufrimiento sea bueno para el alma. Demasiado, e incluso el más fuerte se quebrará.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Ha sido la Enfermedad Blanca?

—Sí. Es algo terrible, Maerad, y es así por todo Edinur. Hay Pocos curanderos que puedan enfrentarse a ella.

Maerad había oído a la gente hablar de la Enfermedad Blanca en Busk. Cadvan no le había hablado de ella cuando habían atravesado Edinur a caballo dos meses antes, pese a que incluso entonces, entre las sombras de la noche, ella había visto sus cicatrices.

—Apareció en Annar hace tan solo dos décadas —continuó Cadvan—. Yo creo que el Sin Nombre la cultivó en Dén Raven, para matar a los fuertes y quebrantar el espíritu de los que sobreviviesen. Ya has visto los resultados. Aquellos que tienen más posibilidades de morir a causa de ella son los jóvenes y fuertes. Si la coges, primero te quedas ciego y después te vuelves loco. Seguramente aquellas casas las quemasen los que morían de ella. O ellos, o sus vecinos, por pánico a contraer la enfermedad.

—¿Por qué se la llama la Enfermedad Blanca? —preguntó Maerad que escuchaba con el corazón encogido.

—Es a causa de la nube blanca que cubre los ojos de quienes la sufren. —Cadvan negó con la cabeza—. Es terrible, Maerad, ver a alguien que padece esta enfermedad. Los globos oculares se les vuelven blancos y sin vista, y sus cuerpos se consumen por

una fiebre que les devora hasta la carne. A no ser que sean lo bastante afortunados como para que les atienda un gran curandero, alguien como Nelac, se quedarán ciegos para toda la vida. Si es que viven.

Se produjo un grave silencio.

—Me pregunto qué querría decir con lo de que robaban a los niños para los ejércitos —indagó Maerad—. Los orfanatos tan solo son lugares donde la gente deja a los niños que no tienen adonde ir, ¿verdad?

—No lo sé —reconoció Cadvan adustamente—. Yo tampoco había oído hablar de ladrones de niños. Pero los niños son trabajadores baratos, tal vez los roben para convertirlos en esclavos. Apenas puedo dar crédito a que sean secuestrados para ser soldados, pero estos tiempos son tan malvados que tal vez incluso eso sea posible. Los orfanatos ya son lo bastante terribles, unas sórdidas y malolientes prisiones de la desesperación. Bueno, ya has oído a Hem hablar de ellos. Este es el legado de la retirada de los Bardos. Hubo un tiempo en el que se valoraba y se cuidaba a esos niños. No resultaría sorprendente que en esta tierra enferma hubiera comercio de niños. —Hablaban como si las palabras tuviesen un sabor desagradable—. Pero ya basta de hablar de esto: es una razón más para darnos prisa. ¡*Esterine ne, Darsor!*

Darsor echó la cabeza atrás y después se impulsó hacia delante a todo galope. Imi lo siguió al lado de sus flancos, como si también los caballos deseasen quitarse de encima el horror que habían presenciado en la desolada aldea que dejaban tras ellos.

Durante el resto del día cabalgaron atravesando Edinur, pasando por pueblos y aldeas y algunas granjas aisladas. Algunos lugares estaban tan devastados como el primero que habían visto, mientras que otros parecían estar intactos. Pero todo estaba cubierto por una nube de negrura: a menudo veían cosechas que yacían arruinadas en los campos, ya de color gris a causa de unos hongos crecidos que significaban que el maíz o el trigo nunca se cosecharía y se comería, y pasaron al lado de huertos en los que las hojas estaban marchitas y los árboles no tenían ninguna de las frutas que deberían estar madurando en ellos, preparadas para la recogida. Por todos lados había señales de una hambruna que se avecinaba y en todos los pueblos había muchos mendigos, que volvían hacia ellos sus ojos sin vista en una súplica de limosna.

A medida que se introducían más en Edinur, comenzaron a cruzarse con familias enteras que se dirigían a los pueblos, tal vez a Aldern, con todas sus posesiones apiladas en carromatos tirados por caballos o bueyes. Había niños sentados en la parte trasera, con los pies colgando, mirando al vacío en dirección a sus antiguos hogares o riñendo de manera estridente. Hombres y mujeres contemplaban el horizonte hambrientos, como si ya se sintiesen desesperados ante la esperanza que los había hecho salir a la calle, la esperanza de que en algún lugar habría un hogar para ellos que sería menos cruel que el que dejaban atrás. Con la misma frecuencia veían a viajeros solitarios, a caballo o a pie, cargados con pesados paquetes; a veces iban

descalzos, y les sangraban los pies.

Aquellas visiones eran difíciles de soportar y Maerad y Cadvan hablaban cada vez menos a medida que avanzaba el día, tras acordar tácitamente salir por completo de Edinur antes de acampar aquella noche. Cuando caía la noche alcanzaron el cruce en el que la carretera Bárdica de Ileadh se cruzaba con la carretera del Norte y giraba hacia Valverras.

Maerad recordó aquel tramo del camino que atravesaba bosquecillos de hayas y alerces antes de subir a un alto cerro. Ahora, mientras el día se retiraba, no vieron a nadie más en la carretera, lo que supuso un alivio, ya que aquellos con los que se habían cruzado estaban sumamente desesperados. Al otro lado del cerro había un ancho valle de hierba desnuda, y el río Aldern se ensartaba en el centro. La carretera del Norte descendía por la empinada pendiente, atravesaba el río por un puente de piedra con forma de arco, y después daba un brusco giro hacia el oeste, discurriendo al lado del río que bordeaba las Tierras Yermas de Valverras, una amplia expansión de colinas derrumbadas y ciénagas tocadas por tómulos de granito.

Por adusto que fuese el paisaje que tenían ante ellos, Maerad sintió un inmenso alivio por dejar Edinur atrás. Bajaron el valle al galope y cruzaron el puente de Edinur, girando hacia el oeste por la carretera del Norte. Continuaron trotando mientras salía la luna llena, hinchada y amarilla, hasta que hallaron un bosquecillo de viejos sauces en el que se esconderían. Tras desmontar con aire cansado y desensillar a Imi, dejándola pastar mientras Cadvan preparaba la comida, Maerad se sentía tan deprimida que apenas podía hablar. El recuerdo de su sueño premonitorio acerca de Turbansk surgió de su interior, y no era capaz de hacer a un lado su horror, ni el temblor de su corazón al pensar en Hem. No le había hablado a Cadvan de ello, porque no era capaz de darle voz. «Este es nuestro futuro», se dijo a sí misma con amargura, «este mundo arruinado, en el que todo lo que amamos es envenenado o salvajemente asesinado».

Cadvan la miró desde el otro lado del fuego.

—Resulta duro ver a gente pasar por tales apuros y ser incapaz de ayudar — empezó mientras removía unas gachas calientes hechas con avena y carne seca.

Maerad se detuvo.

—Esas caras me recuerdan al Castro de Gilman —explicó—. Pensaba que lo había dejado atrás, pero parece estar por todas partes.

Cenaron en silencio. Cuando terminaron de recoger, Maerad se quedó mirando al cielo de mal humor. La luna tenía un siniestro brillo naranja entre oscuros bancos de nubes. Aquella noche no había estrellas. Tenía el cuerpo frío y no se le calentaría, sin importar lo cerca que se sentase del fuego. Aquel día le había comenzado el período, pero ni tan siquiera aquello podía explicar el vacío que sentía.

—Tenemos mala suerte —dijo Cadvan—. Creo que el tiempo se pondrá mal.

—En cuanto entremos en terrenos salvajes. Hay escasez de suerte por estos lares —añadió Maerad, y después, para su sorpresa, se halló rompiendo a llorar. Se dio la

vuelta, pero Cadvan ya se había colocado cerca de ella y le tomó la mano.

—Maerad, nuestro mundo está lleno de maldad y dolor —explicó—. Pero también hay belleza, y luz, y amor. Tienes que recordarlo. —La miró a la cara con gran seriedad, pero Maerad no era capaz de mirarlo a los ojos. Se echó a un lado, apartándole la mano con brusquedad.

—Tú no sabes de qué estás hablando —contestó amargamente—. Hay cosas que tú no conoces, Cadvan. No sabes lo que se siente siendo yo.

—No, eso no puedo saberlo —dijo con dulzura—. Pero tú tampoco puedes saber lo que se siente siendo yo.

—No me importa cómo sea ser tú —replicó Maerad, de pronto poseída por un deseo de herir a Cadvan, que siempre era tan razonable, tan justo—. Eso no tiene nada que ver con lo que yo estoy diciendo.

Cadvan se quedó en silencio, con el rostro ensombrecido. Maerad levantó los ojos, que todavía le ardían entre lágrimas, para mirarlo a la cara, pero él no buscó su mirada. Ella apartó la vista, dirigiéndola hacia los sauces y la oscuridad que había tras ellos. Tenía el corazón lleno de una ira y un dolor que no era capaz de expresar, ni tan siquiera para sí misma, pero no quería la compasión de Cadvan. Hacía que las cosas se pusiesen peor: creaba un miedo en su interior sobre el que no tenía control. No era capaz de decir si lo había herido o si simplemente estaba pensativo.

—Lo siento —dijo él por fin.

Maerad asintió, aceptando sus disculpas, pero no le ofreció las suyas. Le tocaba hacer el primer turno de vigilancia, así que poco después Cadvan se envolvió en su manta y se quedó dormido.

Después de aquella noche, la tensión entre Cadvan y Maerad se volvió constante. Viajar se había convertido en costumbre y las cosas superficiales parecían ser tal y como siempre había sido. Por las noches hablaban y bromeaban, pero ya no sacaban las liras. Cadvan le enseñó a Maerad a utilizar la piedra negra, que se había quedado olvidada en el hatillo desde Thorold, y Maerad desarrolló algunas habilidades con ella pese a que era complicada de utilizar, tan difícil de doblegar a la voluntad como resultaba verla o tocarla. Pero incluso la breve reanudación del rol de Cadvan como profesor no podía acabar de apartar la sombra que yacía ahora entre ellos, cada vez más poderosa porque continuaban sin hablar de ella.

Maerad no sabía exactamente cómo había ocurrido aquello. Continuaba confiando en Cadvan como lo había hecho siempre, pero no podía resistirse a lo que fuese que había en su interior que lo rechazaba. Y cuanto más incapaz era de hablar con Cadvan, más duro le resultaba hallar la manera de volver a su amistad previa. Cadvan, que ya era reservado en sus mejores momentos, ahora permanecía en silencio la mayor parte del tiempo. A ella también le afectaba aquello, sentía que era culpable de lo que había pasado y al mismo tiempo tenía la intuición de que él utilizaba su silencio como una herramienta contra ella.

Apuraban a los caballos tanto como podían, pese a que después de varios días de cabalgata a paso rápido, una fatiga constante se les iba calando en los huesos. El tiempo había cambiado y a menudo tenían que avanzar entre vendavales azotadores, con las capuchas cubriéndoles incluso el rostro y la lluvia que les caía a cántaros directamente a los ojos, y sus campamentos eran fríos, y sin alegría. Los caballos habían perdido el lustroso aspecto que habían ganado en Gent y comenzaban a parecer flacos pero una oscura sensación de urgencia los apremiaba hasta más allá de sus límites. Comenzaban al alba y si la luna, que ahora ya había pasado la fase plena, emitía suficiente luz para iluminar su camino, a menudo continuaban hasta bastante más tarde del anochecer. Tan solo les llevó dos días cubrir más de veinte leguas hasta la marisma de Caln, donde la carretera volvía a llevar al norte, y otros días alcanzar el río Usk, treinta leguas más allá.

Maerad recordaba que les había llevado más de diez días cubrir la misma distancia, desde Usk hasta Aldern, cuando habían pasado por Valverras dos meses

atrás. Se alegró de llegar a la carretera del Norte, pese a toda su tristeza. Se extendía ante ellos, un curso blanco e invariable que discurría recto hacia el horizonte. La carretera allí no estaba tan bien cuidada y en algunos lugares se había desmoronado por completo, pero pese a aquello estaba, en su mayoría, en un sorprendente buen estado. A la derecha tenían los altos rocosos de Valverras y a la izquierda la marisma de Caln, con los mismos vibrantes juncos negros que habían visto antes de entrar en Edinur. Allí vivían muchos pájaros, que se arremolinaban sobre sus cabezas en grandes bandadas durante el día o piaban lastimeramente por las noches desde los tranquilos estanques y ciénagas. Maerad veía a menudo extrañas luces tanto en Valverras como las marismas por la noche, pero sabía muy bien que no debía seguirlas; Cadvan le había contado historias sobre los que se dejaban llevar por las luces del pantano. Cuando el viento soplaba desde las marismas, un nauseabundo olor a vegetación podrida flotaba en el aire.

En todos aquellos días no vieron absolutamente a nadie, aquella no era una carretera muy transitada. La mayor parte del tiempo ni Cadvan ni Maerad hablaban, excepto con los caballos, y el gran silencio que los rodeaba parecía amplificado por el golpeteo de los cascos de los caballos sobre el suelo. Maerad se tragaba su soledad, como si fuese una cáustica semilla, casi con un placer perverso. Sentía que se estaba endureciendo, se sentía templada por aquella castigadora cabalgata. «Soy más fuerte», pensaba. «Y todavía lo seré más».

Cruzaron el Usk, que discurría ruidosamente sobre las someras piedras del vado y continuaba hacia el norte atravesando un terreno menos inhóspito, si bien no menos solitario. Ahora estaban en la zona más al norte de Annar, en la región conocida como Predan. La mayor parte de las zonas del norte de Annar estaban, en el mejor de los casos, muy poco pobladas y la carretera del Norte pasaba por algunas de las partes más solitarias de Edil-Amarandh.

Después de la pesada monotonía de la semana anterior, ver colinas púrpuras pobladas de pinos negros resultaba un bálsamo para la vista, o ver pendientes llenas de zarzas enredadas cuyos escaramujos acababan de hincharse, o endrinos y saúcos que soltaban sus suaves fragancias en el aire, o cabalgar entre bosques de hayas, alerces y hojarasca que estaban perdiendo sus verdes en favor de los colores cobrizos y dorados del otoño. Los vendavales cesaron, dando paso a días de nubes sombrías aunque sin lluvia, y el tiempo se fue haciendo progresivamente más frío. Por la noche, pese a su fatiga física, Maerad dormía sin descansar, incapaz de huir de la congelación que le mordisqueaba pies y manos.

Al medio día de la tercera jornada, después de cruzar el Usk, llegaron a un desvío en el camino que llevaba hacia el oeste a Culain y hacia el este a Lirhan. No tenían planeado ir a Lirigon, la Escuela de Cadvan, sino continuar hasta que se topasen con el río Lir. En aquel punto había un vado, que podrían cruzar para meterse en Lirhan. No retomaron sus disfraces de mensajeros, pese al riesgo creciente de encontrarse con alguien en la carretera: sencillamente era demasiado agotador y los dos se sentían

desgastados tras las últimas tres semanas. Y llevaban días sin ver a ningún viajero.

Al día siguiente, justo después de haberse detenido para la comida del mediodía, la carretera se introdujo en uno de los múltiples bosques de hayas que salpicaban aquella parte de Annar. Aquellas hayas eran antiguas y majestuosas, sus ramas se encontraban sobre el punto medio de la carretera, cubierta por las primeras hojas cobrizas del otoño, que amortiguaban el ruido de los cascos. El sol no penetraba con libertad y tan solo unos rayos dorados agujereaban las ramas entrelazadas sobre sus cabezas, arrojándoles un calor vagabundo sobre los hombros. Pese a la melancolía, el espíritu de Maerad se animó, y aspiró el olor a la tierra húmeda y bosques con placer, momentáneamente distraída, relajándose en su profundo agotamiento. Cadvan también parecía encontrarse en un estado similar. Tanto, que no vieron a los Bardos hasta que fue demasiado tarde.

Eran dos, un hombre y una mujer, que cabalgaban a paso tranquilo hacia Culain. Cadvan los vio primero y se volvió hacia Maerad.

—¡Bardos! —susurró. Maerad alzó la vista, despertándose con brusquedad de su ensoñación, y se quedó mirando hacia la carretera con el corazón encogido—. Tendremos que saludarlos educadamente, o sospecharán —dijo Cadvan—. Por la Luz, espero que ninguno de los dos me conozca. Cúbrete la cara y escúdate.

Maerad hizo lo que Cadvan le ordenó: ocultó con la mente el brillo mediante el que los Bardos se identificaban entre ellos y se cubrió el rostro con la capucha. Aminoraron a un paso rápido a medida que se aproximaban a los otros jinetes. Maerad liberó la espada de la vaina.

Cadvan alzó la mano derecha, con la palma hacia fuera, realizando un gesto tradicional de saludo, deseando que aquello fuese suficiente y que pudiesen pasar sin ningún comentario. Maerad hizo lo propio, echando un vistazo por el rabillo del ojo a los desconocidos; descubrió con el corazón en un puño que el hombre llevaba un broche que le identificaba como Bardo de Lirigon, mientras que ella pertenecía a alguna Escuela que no conocía.

—Saludos, viajeros —dijo el hombre, entonces detuvo a su caballo, sorprendido—. ¡Cadvan! —exclamó.

—No —respondió Cadvan moviéndose con rapidez para intentar esquivar sus miradas y haciendo un extraño gesto con la mano—. Os equivocáis.

—Es Cadvan de Lirigon —reafirmó la mujer, apartando el encantamiento de Cadvan—. No intentes engañarme con tus artimañas, Cadvan, en los últimos tiempos de Lirigon; te conozco desde que eras un mozalbete. —Se volvió a su compañero—. Con seguridad son los proscritos, Namaridh. Se dijo que Cadvan viajaba con una joven.

El otro Bardo sacó su espada y al mismo tiempo les lanzó un conjuro congelador. Tanto Maerad como Cadvan lo esquivaron, pero Darsor e Imi se detuvieron en seco en el sitio, como si estuvieran hechos de madera. Maerad luchó para deshacer el encantamiento, pero se aguantaba con fuerza. Se produjo un breve y casi

avergonzado silencio.

—Esto no me agrada, Cadvan —añadió Namaridh, mirándolos a los dos con aire de disculpa—. No es que sienta ningún tipo de enemistad hacia ti. Me rompe el corazón que un hombre como tú haya considerado aceptable traicionar a la Luz; tendrás que venir con nosotros. Has sido declarado proscrito en esta tierra y no tienes derecho a entrar en ella. Así es la ley.

—Amigo mío, estas equivocado —empezó Cadvan—. No he traicionado a la Luz.

—Hay quien tiene mayor memoria, Bardo —le reprochó la mujer con frialdad—. Recuerdo tu pequeña escaramuza con la Oscuridad. No volveré a confiar en un hombre así. Nunca he comprendido por qué no se te expulsó para siempre de todas las Escuelas. Bueno, aquella insensatez se ha revelado ahora.

—No es así, Ilar de Desor —dijo Cadvan con tranquilidad—. No traicionaría a Luz más de lo que lo harías tú. No conoces la historia completa acerca de todo lo que está ocurriendo en esta tierra. Y te digo que no podréis hacer que vayamos con vosotros y que no sería aconsejable que intentaseis. Dejadnos pasar.

—Aquí nadie ha traicionado a la Luz, excepto aquellos que por cobardía obedecen los malvados edictos de Norloch —añadió Maerad desafiante—. Si nos atacáis, no estaréis siendo sino esclavos del Sin Nombre.

—Así hablan todos los traidores, con la lengua desatada por la mentira —contestó la mujer despectivamente—. Cógelos, Namaridh. Podemos atarlos y llevarlos a Lirigon, para que se enfrenten a lo que merecen.

Cadvan hizo una seña a Maerad para que se quedase en silencio, pero Namaridh había desmontado y ahora se acercaba para tomar las riendas de Darsor. En aquel mismo momento, Maerad y Cadvan retiraron el conjuro congelador de sus caballos y Darsor e Imi se encabritaron. Pero antes de poder darse cuenta, a Maerad la golpeó una contundente ráfaga de luz procedente de Ilar que casi la tira de Imi.

Reaccionó con una furia ciega, sin pensárselo. Reunió todo el poder que sentía en su interior y lo dirigió a la Bardo en forma de disparo de Fuego Blanco. Ilar sencillamente se derrumbó y resbaló de su caballo, que se hizo a un lado, alarmado. Se quedó en el suelo, sin moverse y completamente blanca. La única señal de herida era una pequeña quemadura negra en medio de la frente. En aquel momento, Maerad supo que estaba muerta.

Namaridh se quedó mirando a Maerad horrorizado, reuló y alzó un escudo protector que lo rodease antes de correr para comprobar qué le ocurría a la Bardo caída. Intentó escuchar su corazón y después la levantó sosteniéndola al lado de su pecho.

Cadvan hizo girar a Darsor violentamente para quedarse cara a cara con Maerad.

—Eso no ha estado bien —chilló, con furia fría—. No ha estado bien en lo absoluto.

Maerad lo contempló, su rostro era la imagen del asombro.

—Iba a matarnos —replicó.

—No nos hubiera matado. Y no merecía la muerte. —Maerad nunca lo había escuchado hablar en un tono tan implacable y se estremeció al verse en aquella situación. Pero cuando quiso intentar argumentarse Cadvan estaba hablándole al otro Bardo, con la voz firme y llena de compasión.

—Namaridh —decía—, esto ha sido innecesario y gratuito. No tengo ningún deseo de hacerte más daño. Déjanos pasar, mi mandado tiene ahora urgencia que si no lo llevo a cabo con éxito, todo Annar caerá.

Namaridh alzó la vista para mirarlo, sacudiendo la cabeza con desprecio, dolor e ira, con el rostro húmedo por las lágrimas.

—Sé que no tengo el poder para detener tus actos caídos —empezó—. No soy un Bardo tan poderoso, pero, por la Luz, si alguna vez hay justicia en este mundo o en el próximo, Cadvan de Lirigon, vengaré la muerte de Ilar de Desor. Ella era mejor que seis como tú, y ahora, deje que tu monstruo acabe con todo esto; yo también debo morir.

Se puso de pie, mirando fijamente a Cadvan con un coraje desafiante. Cadvan extendió las manos en un gesto de paz y arrepentimiento.

—No, Namaridh. Desearía con todo mi corazón que esto no hubiera ocurrido. No hay nada que pueda compensarlo. Suplico tu perdón. —Namaridh escupió al suelo.

Cadvan inclinó la cabeza.

—Así es como funciona la Oscuridad, enfrentando a amigos contra amigos —sentenció—. Un día, espero, se conocerá el texto completo de esta historia. Tal vez entonces me perdones, pese a que nada puede perdonar la muerte gratuita de un Bardo. —El otro Bardo no dijo nada. Simplemente se quedó allí delante, respirando con dificultad, mirándolos a los dos. Cadvan suspiró—. Lo siento, Namaridh. Ahora he de hacerte un encantamiento. Algún día, tal vez, sabrás que es por el bien de todos.

Extendió la mano, pronunciando unas palabras en el Habla, y los ojos de Namaridh se cerraron por un instante, y después los abrió, con la mirada perdida. Se sentó tranquilo a un lado de la carretera, como si no hubiera ningún problema, y Cadvan se volvió hacia Maerad mientras apuraba a Darsor.

—¡Vamos! —indicó.

Abandonaron el escenario a todo galope, reduciendo un poco el ritmo unas cuantas leguas más adelante, cuando ya habían dejado bien atrás el bosque de hayas. Cadvan no le volvió a hablar a Maerad durante un tiempo. Ella le dirigía miradas furtivas, pero el rostro de él estaba endurecido y cerrado.

Maerad todavía se sentía en estado de *shock*. Los insultos de la Bardo y después el disparo —que no pretendía, como Cadvan había dicho, matarla, solamente aturdira— habían liberado una ira profunda e incontrolable. Estaba aterrorizada ante lo que había hecho, pero la ira de Cadvan era casi igual de aterradora. Sentía que sus palabras le resonaban en el interior de la cabeza, heladas por el desprecio: «nada puede perdonar la muerte gratuita de un Bardo».

Entonces, ella era una asesina, pese a que solo pretendía protegerlos. Cadvan también había matado Bardos y, aun así, se había perdonado a sí mismo con más facilidad de la que parecía ir a perdonarla a ella.

Aunque en su interior se despertaban otros razonamientos. Las fuerzas contrarias a ellos eran despiadadas, y ellos debían ser igual de despiadados si pretendían conseguir algo.

Después pensó en lo que había dicho Nerili, le parecía que años atrás, acerca de la ética del Equilibrio, y sus propias dudas acerca de ello. «Hemos de recordar que si no intentamos adherirnos al Equilibrio, incluso en situaciones extremas, nos volveremos como ellos. Y esa sería la mayor de las derrotas». Bueno, tal vez los Bardos no pudiesen permitirse tales delicadezas si pretendían sobrevivir contra la Oscuridad.

Lamentaba profundamente haber matado a Ilar, pero sentía que no se merecía la ira de Cadvan; y la vergüenza se mezclaba con el resentimiento ante su falta de comprensión. No merecía la censura absoluta de Cadvan: no pretendía matarla, tan solo había salido de ella, del mismo modo que cuando había destruido al espectro. Entonces no la había juzgado tanto. Dejó a un lado el hecho de que sabía que en el momento en el que disparaba deseaba destruir por completo a la Bardo. Se mordió el labio, endureciéndose, y se concentró en mantener el paso de Darsor, lo cual no resultaba fácil. Cadvan casi estaba forzando al gran caballo a ir todo lo rápido que podía.

No fue hasta que montaron el campamento aquella noche que Cadvan habló acerca de lo que había ocurrido aquel día. Habían comido en silencio y Maerad estaba a punto de enrollarse en la capa y acurrucarse para dormir. Ya no sentía nada: ni pena, ni arrepentimiento, ni ira; simplemente estaba agotada.

—Maerad, tenemos que hablar —dijo Cadvan. La miró desde el otro lado del fuego, las llamas envolvían sus ojos en una profunda sombra—. Lo que ha ocurrido hoy ha sido algo terrible y espero que sientas el peso del crimen que has cometido. Has matado a una Bardo sin necesidad alguna. Nuestras vidas no estaban amenazadas y no requeríamos tal violencia.

Maerad se estremeció y apartó la mirada. Aquellas palabras le dolían, como si le hubiesen hurgado en alguna herida. Intentó cambiar de tema.

—¿Qué le hiciste al otro Bardo? —preguntó.

—Vacié su mente. Se mantendrá completamente calmado hasta mañana, y después llevará el cuerpo de Ilar de vuelta a Lirigon, para que la atiendan aquellos que la amaban.

—Me sorprende que alguien lo hiciese, tal y como hablaba. —Aquellas palabras se le escaparon a Maerad, feas y vengativas, antes de que pudiesen detenerlas, y entonces ya era demasiado tarde para echarlas atrás. Durante un instante, Maerad tembló mientras contemplaba como una ira helada estallaba en el rostro de Cadvan.

—No se debe hablar mal de los muertos —murmuró—. Y resulta especialmente de mal gusto cuando su muerte pesa sobre tu conciencia. Ilar era una Bardo de gran

honestidad y valía. Por mucho que estuviese equivocada, no merece tus ironías. No dudo que estés asombrada, y sé que eres muy joven, pero eso no te excusa. —A Maerad le dolió su reprimenda, la estaba tratando como a una niña. Apretó los labios con fuerza y se volvió, sin decir nada. Cadvan esperó a que respondiese, y después suspiró y continuó—. Tu fracaso es también mi fracaso, ya que soy tu profesor. No te he enseñado tal y como debería, y no he tenido fuerza para cumplir con tus necesidades durante los últimos días. Lo siento con todo mi corazón, pues ha llevado a un desastre. Espero que no dé lugar a mayores tragedias.

—¿Cumplir con mis necesidades? —Maerad lo miró—. ¿Qué quieres decir? ¿Cómo sabes lo que necesito?

—Sé que estás preocupada, Maerad. Y parece que en este momento yo soy incapaz de ayudarte, y he fallado al enseñarte cómo utilizar tus poderes tal y como debería un Bardo. Es a eso a lo que me refiero. La muerte de Ilar pesa sobre mí, como debería pesar sobre ti.

—Siento mucho lo que ha pasado —dijo Maerad punzante—. ¿Por qué piensas que no es así? Pero fui yo quien lo hizo, ¿no? No necesitas hacerte el noble y cargar también con esa responsabilidad. Lo hice yo. He matado una Bardo. Ella iba a entregarnos a la Oscuridad, pero aun así, no debería haberla matado y tampoco debería haber matado al espectro.

—No estaba diciendo eso. —Cadvan miró al cielo, como si estuviese intentando reunir toda la paciencia que le quedaba—. Nunca debería haber pasado por tu mente el acabar con Ilar. Los Bardos de la Luz no se matan entre ellos. No eran Glumas, ni tan siquiera Bardos corruptos. No nos hubieran dañado de forma gratuita, incluso si los hubiéramos atacado: tan solo como último recurso, en cualquier caso, mataría un Bardo a otro ser humano. Si te hubiera enseñado adecuadamente, lo hubieras sabido. Tu poder es aterrador, Maerad, mal utilizado, es un poder monstruoso.

Maerad vio el rostro de Namaridh, retorcido por el miedo y el dolor llamándola «monstruo». ¿Era eso lo que era ella? ¿Era eso lo que había visto Gahal cuando había intentado advertirla en el Ossin: que era un monstruo? De repente sintió ganas de echarse a llorar. En lo más profundo de su ser comprendía la enormidad de lo que había hecho, pero no era capaz de enfrentarse a ello y no se podía deshacer.

Casi superó su reticencia y se descargó ante Cadvan, pero algo la detuvo: orgullo, tal vez, o una sombra del miedo que sentía hacia Cadvan desde que empezaron el viaje desde Thorold. Oh, estaba equivocada, sabía que estaba equivocada, pero no por completo. Cadvan todavía estaba siendo injusto. Contuvo las lágrimas con una voluntad de hierro.

—No soy un monstruo. He cometido un error. Tú también cometiste uno, ¿verdad? Pero nadie te llama monstruo.

—De hecho hay quien lo hace —respondió Cadvan con sequedad—. Pero no se trata de eso. Maerad, sé lo que es emplear mal el poder. Es algo terrible. De todas las cosas terribles que me han ocurrido a mí, mis propios actos han sido los peores;

marcaron mi vida como no lo ha hecho ninguna otra cosa.

Maerad se conmovió ante el apuro que había en su voz, pero no dijo nada. Se derrumbaba ahora, se haría pedazos. No quería derrumbarse. Se sentía dura y severa, y algo en su interior se regocijaba ante su resistencia.

—Maerad —continuó Cadvan—, escúchame. Debes aprender a controlar tus poderes. Estoy preocupado por ti. Estoy preocupado por todos nosotros.

«En ese caso, témeme», chilló una vocecilla interior. Se quedó mirando fijamente a Cadvan a los ojos, al otro lado del fuego.

—No hay nada a lo que tenerle miedo —dijo—. Siento haber matado a la Bardo. No volveré a hacerlo.

Cadvan le sostuvo la mirada, ella sintió que fallaba y bajó la vista. Sabía que no era tan sencillo, pero hizo a un lado aquel pensamiento. Ya no era una niña a la que se podía escalear con facilidad. No era una niña traviesa, regañada por estar jugando con fuego. Era Maerad, Elednor, el Lirio de Fuego de Edil-Amarandh. Sin decir nada, se cubrió completamente con la capa y se tumbó, dándole la espalda a Cadvan, preparándose para dormir. Pero tardó mucho en quedarse dormida.

Algo después, escucho a Cadvan cantar en voz baja, un canto que ella sabía que era un lamento por la Bardo muerta. Era casi un murmullo, de modo que no podía oír las palabras. Pero la melodía le quemó el corazón como si cayese sobre él una lluvia de fuego. Se volvió cubriéndose las orejas, y sintió el calor en los ojos por las lágrimas que no dejaban de salir.

Cadvan suspiró y pinchó el fuego con un palito. Las llamas ascendieron durante unos breves instantes, una débil luz en la oscuridad vacía que llenaba el mundo.

Al día siguiente abandonaron la carretera del Norte y vadearon el río Lir hacia las llanuras de Rilnik al oeste de Lirhan, el más norteño de los Siete Reinos. Maerad se alegraba de estar fuera de Annar, se había sentido maldita en cuanto había entrado en aquella tierra. Llevaba rumbo nordeste, siguiendo un sendero que era poco más que un camino muy desgastado, lo bastante ancho para un único carro, que serpenteaba atravesando las llanuras y cruzándose de vez en cuando con otros.

La luz poseía la claridad de un diamante: cada detalle parecía tener una solidez y luminosidad intensificada, como si el paisaje fuese algún tipo de maravillosa talla en piedras preciosas, atravesado por ríos de plata. Pasaron a amplias y vacías llanuras de hierba y juncias, que ahora amarilleaban y se marchitaban entre marañas de endrinos y tojos. Las llanuras estaban puntuadas por fresnos y alerces, y había álamos y sauces que abarrotaban los muchos riachuelos que discurrían hacia el Lir. Ante ellos, en el horizonte, débil y distante pero con cada detalle visible como si lo hubiese repasado con tinta un maestro calígrafo, se alzaba en el Osidh Elednor, las montañas del alba.

Era un hermoso entorno, pero su soledad intensificaba la brecha que se había abierto entre Cadvan y Maerad. El silencio entre ellos era ahora casi total; tan solo

hablaban cuando era absolutamente necesario, e incluso así lo hacían con la mayor brevedad posible. Parecía que la brecha también se había extendido a los caballos, que discutían a menudo; una vez Imi mordió a Darsor en el flanco y recibió una patada en la barriga para liberarse. Tan solo la dejó sin aliento, para alivio de Maerad, pero los Bardos cuidaron de los caballos por separado, reprendiéndolos y calmándolos sin hablar entre ellos. Maerad también estaba muy preocupada por Imi, cuyo pelo comenzaba a parecer áspero y sin brillo; era tan dura y tozuda como una mula, pero aquel viaje comenzaba a tener consecuencias sobre ella.

Maerad sabía que el oeste de Lirhan estaba prácticamente desprovisto de pueblos y ciudades, que tenía que agruparse más cerca de Lirigon. En los meses de verano estaba habitado por los clanes sureños del pueblo Pilanel, comerciantes y criadores de caballos nómadas que llevaban a pastar a sus manadas a las hierbas dulces de las llanuras y se iban trasladando con las estaciones según sus necesidades. Vio a un clan en la distancia, un conjunto de caravanas pintadas de colores brillantes reunidas en círculo alrededor del humo que se alzaba desde un gran fuego, y vio mandas de caballos que pastaban sobre las colinas cercanas, pero no se acercaron adonde estaban los Pilanel y no se cruzaron con ninguno en la carretera. La desolación parecía una cruel bendición, ya que dejaba a Cadvan y Maerad a merced el uno del otro, y aquello suponía una fría tranquilidad para ambos, mas tras su último encuentro, temía toparse con otros caminantes.

Viajaban tan rápido como antes, los dos estaban seguros de aquellos que los perseguían no debían andar lejos, pero pese a aquello, el agotamiento de Maerad se aplacaba poco a poco. Lirhan no minaba el alma como lo había hecho Annar y tal vez aquello hubiera tenido mucho que ver con su fatiga. Estaba muy en forma, tras tres semanas de dura cabalgata, y su dureza natural la reafirmaba.

Ahora comenzaba a sentir la pérdida de la compañía de Cadvan; pese a que él siempre había tenido tendencia a ser taciturno, ahora su silencio era un muro impenetrable. Su única compañía era Imi, que sentía su infelicidad y se tumbaba cerca de ella por las noches para reconfortarla. Maerad se sentía agradecida por la sencilla comprensión de la bestia, pero aquello solo aliviaba ligeramente el dolor que la atormentaba en su interior. Se sentía, de alguna manera, exiliada de la humanidad.

Se arrepentía de haber matado a Ilar de Desor y también tenía remordimientos por lo que le había dicho a Cadvan aquella noche. Pero las dos cosas eran imposibles de deshacer. Su contrición se veía de alguna manera atenuada por un cierto resentimiento ante la retirada de Cadvan, que sentía como un castigo. Era demasiado orgullosa para pedir perdón, pese a que hubiera agradecido cualquier tipo de reblandecimiento por parte de él. Y bajo todo aquello, Maerad sencillamente tenía miedo: miedo de su búsqueda, miedo de quien fuese que lo perseguía, miedo, tal vez sobre todas las cosas, de sí misma.

El viaje discurría sin incidente, excepto por las montañas que se iban acercando cada vez más y más a las llanuras elevadas en altiplanos de montaña, y se volvían

cada vez más accidentadas y frías. El tiempo se mantenía, cada día amanecía con un cielo claro por el que circulaban enormes nubes, púrpuras por debajo y blancas y doradas por encima, pero ahora el sol emitía poco calor y el frío del año que se desvanecía era palpable.

Cadvan había calculado que les llevaría más o menos una semana hasta el Osidh Elednor. El Elednor era una de las dos mayores cordilleras de Edil-Amarandh, se suponía que se había formado durante las devastadoras Guerras de los Elementales, hacía muchas eras, y era la más elevada con diferencia. Solo había dos maneras de atravesarla: el paso de Gwalhain, que los sureños de Pilanel empleaban en sus migraciones desde los refugios invernales de Zmarkan a los suelos de pasto veraniegos del oeste de Lirhan, y el paso de Loden, más al este, justo al norte de Pellinor. El paso de Gwalhain había sido la mayor objeción de Gahal a sus planes de viajar por tierra: había argumentado que si alguien sabía que Maerad y Cadvan se dirigían al norte, sencillamente tendrían que esperarlos allí y tenderles una emboscada.

—Tendremos que contar con que no lo saben —había dicho Cadvan en una ocasión. Pero cuanto más se acercaban a las montañas, mayor parecía el riesgo. El asesinato de la Bardo por parte de Maerad había incrementado siete veces su peligro: ahora se habría extendido la noticia de que habían estado al norte de Annar, pese a que Cadvan consideraba que lo más probable sería que los Bardos pensasen que se dirigía a la Escuela de la que procedía, Lirigon. La luz podría estar ya persiguiéndolos por el oeste de Lirhan y no resultaba poco probable que otros pudiesen adivinar que pretendían ir a Zmarkan; la Oscuridad había estado todo el tiempo a un paso por delante de ellos.

Las montañas parecieron emerger de su envoltorio de distancia de repente, como si las leguas de aire neblinoso que las habían mantenido en la lejanía, haciendo que no pareciesen objetos reales sino imágenes, se hubiesen retirado repentinamente, como si de velos se tratasen, y se hubieran desvanecido. Desde el pie de las montañas, cabalgando hacía el oeste por el Osidh Elednor, era como si en el ojo de cupiese tal inmensidad. Desde allí Maerad tan solo veía los picos más bajos, que aun así parecían lúgubres y prohibidos. Hacían que el Lamedon pareciese mucho más pequeño, e incluso las montañas del Osidh Annova, donde había pasado su infancia en la esclavitud, y era capaz de ver las alturas que se elevaban tras ellos.

Todos los senderos que recorrían las llanuras de Rilnik ahora convergían en una única carretera más ancha, agrietada por muchos profundos surcos y marcada regularmente a cada lado con mojones de piedra, que proyectaban largas sombras hacia delante a medida que el día se sumía en la tarde. La carretera iba hacia el este a lo largo del pie de Elednor, e iba subiendo despacio por sus laderas más bajas. No pasó mucho tiempo hasta que su camino quedó bajo la sombra que proyectaban los escarpados cerros que se alzaban sobre ellos, y un frío profundo se les instaló en el cuerpo pese a su paso rápido. Maerad se estremeció y se ajustó más la capa sobre los hombros; ya era hora de sacar las lanas que llevaban con ellos desde Thorold. Cadvan cabalgaba ante ella, con los hombros encogidos por el frío, sin hablar, tan decidido como lo había estado durante las últimas dos semanas. Oscureció pronto, pero continuaron: Cadvan quería haber llegado a la puerta del paso de Gwalhain cuando terminase la cabalgata de aquel día.

Era una noche una noche clara y bastaba con la luz de la luna creciente y las estrellas para ver, si iban despacio. No había viento, pero el aire crujía a causa de la helada.

Finalmente se detuvieron para acampar. Incluso en la oscuridad, Maerad podía ver que se habían detenido en la misma raíz de las montañas: la escarpada pared sur del monte Gwalhain se alzaba justo delante de ellos, brillando bajo la luz de las estrellas, antes de inclinarse en un ángulo tan agudo como si la roca se hubiese doblado, igual que si fuese papel, hacia la pared oriental. La puerta del paso era un estrecho cañón que tenía el Gwalhain a su izquierda y los precipicios de la Montaña

de Morchil a la derecha, con su estrecha entrada guardada por otras dos piedras erguidas.

Acamparon a poca distancia de la entrada, que parecía demasiado negra y siniestra para darle la espalda, al lado de un pequeño matorral de abedules enanos. No hicieron fuego, por temor a que fuese visto en un terreno tan solitario y, los caballos pifiaban el suelo desconsolados, resoplando y relinchando mientras pastaban en la hierba que había a ambos lados del camino. Tras una pobre cena compuesta de pan duro, fruta seca y nueces, consumida en silencio, Maerad se puso a hacer el primer turno de vigilancia, tras sacar la manta de su hatillo para protegerse del fuerte rocío que ya estaba cayendo. Se apoyó en la roca de granito y se quedó mirando hacia la carretera que se apartaba de las montañas, en dirección a Annar. Las tierras caían bajo ellos, sombrías y extensas bajo el velo de la oscuridad, con ocasionales brillos plateados en los lugares en los que había un río o un estanque. Todo parecía inmenso y vacío.

Se sentía como si estuviese inspirando profundamente antes de sumergirse para bucear. En el silencio de Cadvan, Maerad percibía su ansiedad acerca del viaje por el paso, y aquello la hacía sentirse aún más nerviosa. Y no había nada que aliviase su miedo, ni tan siquiera las bromas informales de la compañía; desde el asesinato de Ilar, se sentía como si Cadvan la hubiese abandonado. Una ola de soledad la inundó, un feroz anhelo. ¿Habría alguien en aquel inmenso mundo vacío que se preocupase por ella, tal y como era, por sí misma? ¿Alguien que pensase en ella tan solo como otro ser humano, y no como algún tipo de símbolo cargado con un destino que apenas comprendía? Hem, la única persona que la amaba solo por ser Maerad, probablemente estuviese ya muerto, salvajemente asesinado en las ruinas de Turbansk.

Alargó la mano imaginariamente en un intento de tocar, como era capaz a menudo, aquel oscuro sentido que le decía que Hem estaba vivo. No sentía nada, nada en absoluto, y una parte de ella se quedó paralizada de desesperación.

Bueno ahora ya sabía lo que era la oscuridad. Se quedó mirando hacia la noche con amargura.

Rompiendo el ayuno al día siguiente durante la luz grisácea anterior al alba. Apenas eran capaces de verse a través de la espesa niebla que había bajado durante las horas oscuras, y entraron en el paso poco después. Allí, en aquel profundo desfiladero, no entraba la luz del sol: el frío era permanente. La carretera se estrechaba drásticamente, de modo que dejaba el espacio suficiente para que pasase una caravana, y ascendía de forma brusca. Más o menos a cada legua, había un espacio excavado en la roca de la montaña, Maerad supuso que era para permitir que las caravanas pudiesen pasar si se encontraban cara a cara, ya que no había espacio para más de una. La superficie de la roca se alzaba escarpada a cada lado y de vez en

cuando un diminuto arroyuelo descendía a modo de cascada en miniatura y se escapaba por un pequeño canal excavado en el lateral del camino. Con aquella tenue y fría luz solamente crecían musgos y líquenes barbudos, que bajaban dibujando líneas de color verde y amarillo apagado por la superficie costrosa de la roca. La luz del sol tan solo se veía mucho después del amanecer, en forma de una fina franja de luz que quedaba vertiginosamente por encima de ellos. Ni tan siquiera la nieve podía caer allí en los inviernos más duros. Continuaron avanzando, reduciendo a paso normal a causa de lo empinado de la subida y porque la carretera estaba resbaladiza por el hielo, manteniendo el oído alerta en busca de cualquier señal de una emboscada o de otros viajeros.

Se detuvieron para cocinar un deprimente almuerzo, Maerad ya se sentía mareada a causa de la penumbra del desfiladero. Era media tarde cuando de repente emergieron de la ladera de la montaña de nuevo a la luz del sol. La luz les inundo los ojos y se detuvieron, pero no fue la única razón por la que Maerad paró en seco. Una vez atravesada la puerta vio que habían subido hasta el corazón del Osidh Elednor, y ahora contemplaban los campos cubiertos de nieve y los picos de montaña que se extendían durante leguas ante ellos. A menos de diez pasos, la carretera giraba con brusquedad hacia la izquierda, y tan solo una pared baja se interponía entre ella y un inmenso y frío vacío de aire.

El paso de Gwalhain no era una carretera Bárdica, pese a que los Bardos lo habían mejorado siglos antes, cortando un poco más el interior de la montaña para hacerlo más ancho y añadiendo pequeños muros laterales. Su origen se perdía en la leyenda; había quien decía que lo habían construido los antepasados de los Pilanel, justo después de las Guerras de los Elementales. Quien fuese que lo hubiera hecho, también había colocado mojones a lo largo de este, que ahora eran tan antiguos y estaban tan manchados de líquenes y musgos que era imposible decir que alguna vez habían sido tallados en forma de figuras. Muchos se habían caído hacía tiempo y yacían rotos y otros estaban inclinados de lado como borrachos.

El paso estaba cortado en la roca viva, en forma de zigzag hacia delante y hacia atrás por las montañas y algunas veces incluso por túneles que atravesaban la ladera. Desde donde estaba, parpadeando ante la brillante luz del sol, Maerad podía ver el Osidh Elednor que se alzaba ante ella a lo lejos, en la distancia, pico blanco tras pico blanco, deslumbrantes en la claridad irreal de la luz del sol, con la cicatriz gris de la carretera brillando sobre sus flancos. Al otro lado del valle, en frente de ella, vio bosques de diferentes tipos de abetos, cuyos verdes resaltaban con fuerza contra la nieve; bajo ellos había una escarpada pared de roca a la que ni la nieve ni la tierra podían agarrarse, y que descendía hasta una profundidad que no era capaz de medir. Podía ver como un par de águilas de las montañas daban vueltas lentamente en círculos, ascendiendo desde debajo de sus pies. Contuvo el aliento.

Su primera sensación fue de sobrecogimiento. Ninguno de los paisajes que había visto la había preparado para aquel panorama sin fin. La siguiente fue una sensación

de desazón similar a las nauseas: los precipicios que había encima y debajo de la carretera eran enormes y cualquier paso en falso podía ser fatal. La carretera serpenteaba durante leguas y más leguas; pasarían días en aquel laberinto montañoso.

—Solo hay diez leguas desde aquí a Zmarkan en línea recta —dijo Cadvan, con lo que le hizo pegar un respingo: no había hablado en todo el día—. Pero el camino es tres veces más largo por el paso. Y por aquí no podemos ir rápido. ¡Ojalá el tiempo aguante!

—¿Crees que lo hará? —preguntó Maerad. Entornó los ojos mirando al cielo. El tiempo era claro y templado, no había ninguna nube a la vista.

—El tiempo en Elednor es traidor —dijo Cadvan—. Cambia sin avisar; la última vez que hice este camino, una niebla me cubrió, rápida como un caballo de carreras. Era tan densa que no veía más allá de mi nariz y tenía que abrirme camino a tientas como un ciego. Una tormenta en estas montañas es algo indescriptible.

—Tal vez tengamos suerte —replicó Maerad.

—Tal vez. —Cadvan recogió las riendas—. Si solo fuese por el tiempo, no me preocuparía tanto. Si el Rey del Invierno puede enviar un perro de tormenta tan al sur como Thorold, hacer que otro estuviese por aquí apenas será un reto. Y no creo, Maerad, que ni siquiera tú puedas cantar para dormir a más de una criatura así. No en su terreno.

Le dirigió una sonrisa torcida a Maerad y ella lo miró insegura. Aquello era más de lo que le había hablado Cadvan en una semana. ¿Significaba aquello que la había perdonado? Ella no tenía ganas de perdonarle con tanta facilidad, como si fuese un cachorrito seducido por una caricia.

—Con un poco de suerte no tendremos que averiguarlo —respondió Maerad, con más frialdad de la que pretendía. El rostro de Cadvan volvió a ponerse inexpresivo de repente, y ella se rebeló. Sería más fácil si él le gritase, o si pudiesen reírse juntos, pero no había nada, según parecía, de lo que reír. Cadvan estaba a menudo lejos de ella, retraído en algún lugar inaccesible en su interior, pero ahora parecía como si nadie pudiese salvar la brecha. Tal vez en parte fuese que en algún secreto lugar en su interior ella no quisiese, como si temiese su cercanía. Desechó aquel pensamiento considerándolo ridículo; el retraimiento de Cadvan la hacía sentirse mísera, ¿cómo podía desearlo? Deseaba que él no la hubiese mirado como lo había hecho durante el viaje desde Thorold, desde aquel momento todo había ido mal.

Cadvan instó a Darsor a retomar el camino, y empezaron su lento e interminable viaje.

Maerad se debatía entre el deleite ante las asombrosas vistas que se abrían ante ella y una constante ansiedad por culpa de las mareantes profundidades y alturas que parecían esperar a tan solo unos pasos de sus pies. La carretera era solitaria; no vieron nada vivo excepto las águilas y, de vez en cuando, en la distancia, los excrementos de las liebres de montaña que jugueteaban por las pendientes y, una vez, un lince de las nieves, que los examinó con una mezcla de curiosidad y desdén desde debajo de la

carretera. No pasó mucho tiempo hasta que sus días comenzaron a seguir un patrón. Las jornadas eran largas y cabalgaban desde el alba hasta el anochecer, acampando cada tarde en una de las muchas cavidades excavadas en las paredes de la montaña para los viajeros —amplias cuevas lo bastante grandes para cobijar a dos caravanas, que proporcionaban refugio ante el peor tiempo. Se protegían lo mejor que podían contra el castigador frío de la noche, despertándose con frecuencia con helada en el cabello y las ropas. Maerad estaba más que agradecida por las ropas de invierno que habían traído de Gent, que mantenían su cuerpo milagrosamente caliente, pero incluso con ellas puestas, el profundo frío de las montañas hacía que dormir resultase difícil. Con bastante frecuencia hallaban madera almacenada en las cavidades, dejada allí por viajeros Pilanel, y entonces encendían un fuego; la leña era escasa y preciada en aquellas alturas.

La primera vez, durante su tercera noche en el paso, Maerad se sorprendió al ver la pila allí colocada.

—¿Podemos cogerlo? —preguntó.

—Es para que la utilicen viajeros como nosotros —dijo Cadvan—. Mira la pared.

Había dos símbolos grabados en la roca, al lado del montón, que se parecían mucho a las runas de Ladhen. Maerad las examinó con curiosidad: «uno», pensó, «es el símbolo de la luz, el otro no lo conozco». Miró a Cadvan con las cejas alzadas, inquisitoria.

—Son un poco diferentes de las que utilizan los Bardos —explicó Cadvan—. Los Bardos tomaron las runas de Ladhen de los Pilanel, que las utilizaban muy a menudo para comunicarse entre ellos de cueva a cueva. Significa, más o menos, que esta madera es un regalo para los viajeros en nombre de la Luz: esta es la runa de la Luz, escrita sobre la runa del viaje, y este símbolo quiere decir que nos ofrecen un regalo.

Cadvan comenzó a preparar el fuego y cuando la llama se elevó en la oscura caverna, Maerad se sintió mejor de lo que se había sentido en varios días. Se sacó los guantes de cabalgar, tejidos en lana cruda y forrados de gruesa seda para mantener alejado al frío, y extendió las manos desnudas hacia el calor.

Aquella noche Cadvan preparó una cena caliente, un guiso de cebada y carne seca, y la tensión entre ellos remitió ligeramente mientras comían. Maerad percibió el aumento del frío en el exterior de la caverna cuando desapareció el sol.

—Esta noche habrá una dura helada —dijo Cadvan mientras recogían después de comer—. Pero creo que nos toparemos con buen tiempo durante los próximos días.

—Estaría bien conseguir atravesar el paso sin que nos pasase nada malo —comentó Maerad con aire sombrío.

—Sí, estaría bien —añadió Cadvan. Se quedó en silencio durante un instante, y después miró a Maerad directamente, con los ojos oscurecidos—. Maerad, tenemos que hablar de lo que ocurrió en Predan. —Maerad se movió, incómoda, pero no protestó—. Me perturbó profundamente. Pero hay algo en tu interior que me perturba todavía más.

Maerad lo miró.

—¿Qué? —preguntó.

Cadvan avivó el fuego, como si necesitase poner en orden sus pensamientos.

—No solo se trata de que sobre tu conciencia pese una muerte malintencionada, un asesinato —explicó—. Es que en tu interior hay algo que me hace temer por ti. No solo por ti, sino por la Luz, por todo lo que los dos estimamos. —Cadvan la miró con deje lúgubre—. Me ha perturbado desde que salimos de Thorold. Maerad, hay una oscuridad que crece en tu interior. Puedo verlo en tu luz.

—¿En mi luz? —Maerad se encontró con su mirada y se apartó estremecida—. Bueno, me he sentido un poco... triste. Así que eso tal vez me haga parecer menos iluminada o algo así. Percibí lo mismo en Silvia, siempre que pensaba en su hija y la echaba de menos.

—No, no me refería a eso, sino a algún tipo de oscuridad que pueda estar reuniéndose en tu interior. No solamente una tristeza, sino una maldad activa, contra la que has de aprender a resistirte. Temo lo que pueda significar si nos volvemos a encontrar en peligro. No sé lo que podrías hacer.

Maerad se quedó sin aliento, como si la hubiese golpeado. Las palabras de Cadvan la mordían con fuerza, despertando sus peores temores.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó cuando se hubo recuperado de su *shock*—. No es cierto. Oh, Cadvan, sé que hice algo mal, pero hablas como si yo misma fuese algo maligno...

—Yo no he dicho eso —contestó Cadvan con dureza—. He dicho que tu luz ha cambiado, y que en su interior se mueve una sombra. No comprendo lo que es, o por qué ha ocurrido, pero pienso que el asesinato de Ilar de Desor fue una señal de algo...

—¡No fue más que un error! —Maerad se puso en pie en plena agitación, sin ser consciente de que se le acumulaban las lágrimas en los ojos—. No quería hacerlo, Cadvan. No quería. Ella se portó de una manera tan horrible, y después me golpeó con aquel rayo...

—Sé lo que ocurrió —la cortó Cadvan—. Maerad, no quiero hablar de aquel incidente, ahora no. Lo que estoy intentando contigo es mucho más complicado. Creo que necesitas comprender lo que está moviéndose en tu interior.

—Si no hubieras estado castigándome durante los últimos días, tratándome como si no supieses que estoy ahí, tal vez no me sentiría tan oscura. —Todo el resentimiento de Maerad brotó de su interior; quería pegarle—. Me has hecho sentir como un despojo, o algo similar. Bueno, siento lo que hice. Pero eso no significa que tú puedas tratarme como si...

—Maerad, Maerad... —Cadvan se puso de pie y le tomó ambas manos entre las suyas. Ella se apartó de forma brusca y se volvió—. Maerad, no estaba castigándote. No sabía qué decir. Necesitaba pensar.

—En lo malvada que soy —acabó Maerad con amargura.

—No —Cadvan inspiró profundamente—. Maerad, tienes más poder innato que

cualquier Bardo que haya conocido nunca. Tales poderes son peligrosos, y tienes que saber cómo utilizarlos, para no herirte, para no herir a la Luz. Necesitas...

—Sé cómo utilizarlos —Maerad miró a Cadvan a los ojos—. Lo que no necesito es que te quedes ahí diciéndome que soy algo así como, no sé, algo así como un Gluma.

—Todos tenemos oscuridades en nuestro interior —dijo Cadvan—. Y todos hemos de aprender a tratar con ellas. Tú más que nadie. Pero primero tenemos que reconocer lo que son.

—¡Ya sé lo que son! —Maerad se volvió con agresividad, temblando de ira—. Necesito saber que tengo amigos que confían en mí. Necesito saber que tengo una familia que me ama. Y no tengo ninguna de esas dos cosas. —Algunas lágrimas de autocompasión se acumularon en su garganta, haciendo que se atragantase, pero se las tragó en un inmenso esfuerzo de voluntad—. Tan solo soy una herramienta de la Luz. A los Bardos no les importo. A ti no te importo. No le importo a nadie. Solo queréis utilizarme para destruir al Sin Nombre. Bueno, pues no puedo subir por su gran torre negra y tirarlo de allí yo sola, ¿o sí? Entonces no sé qué se supone que he de hacer. Todas esas sandeces de encontrar el Canto del Árbol, cuando ni tan siquiera sabemos lo que es, y ser simpática con la gente que nos quiere matar, y se supone que lo único que debería hacer es asentir con la cabeza y hacer lo que se me dice y ser lo que se supone que debo ser. Bueno pues yo soy yo, y ya está.

Cadvan la había escuchado sin interrumpirla, con el rostro bajo y una expresión indescifrable.

—Siento haberte hecho sentir más sola —intervino.

—No necesito tu comprensión —respondió ella con dureza—. Ya he aprendido a llevar eso.

Se produjo un largo silencio mientras Maerad, de espaldas a Cadvan, intentaba controlarse. Quería tirarse al suelo y llorar hasta que estuviese completamente vacía de lágrimas. Pero no lloraría delante de Cadvan.

—Maerad, esto es más importante para ti que para nadie —explicó Cadvan por fin—. Y lo estoy diciendo porque me importas. Si no comprendes esto, mi corazón predice un desastre.

—Comprendo todo lo que tengo que comprender —dijo Maerad con voz apagada—. Comprendo que estoy sola. Bueno, no hay ninguna diferencia con como he estado siempre.

—No estás sola —contestó Cadvan, pero esta vez ella no pronunció palabra.

Después de aquella noche, Cadvan era más dulce con Maerad, pero una vez había dejado salir su resentimiento, ella ya no era capaz de volverlo a guardar. Rechazaba sus intentos de conversación y cabalgaron por las montañas en silencio durante los siguientes dos días. Los caballos también estaban apesadumbrados y callados,

contagiados del humor de sus jinetes. No les gustaba el frío y echaban de menos su pasto nocturno en la hierba. «*La avena está muy bien*», decía Darsor con impaciencia, «*pero un día de estos dame un dulce bocado de hierba de las llanuras de Rilnik*».

El tiempo luminoso se mantuvo; a Maerad comenzaba a dolerle los ojos del resplandor constante, y se cansaba de mirar a las montañas. Continuaban todo el tiempo hacia adelante, pasando brechas y muros y picos, piedra gris y estéril, blanca nieve cegadora —allí era adusta, implacable, despiadada. Pese a llevar guantes y unas cálidas botas, tenía sabañones, y estaba segura de que su nariz era de un color rojo brillante de tanto aguantar los pellizcos de la helada. Sin embargo, agradecía la luz del sol; habían conseguido mantener un paso constante, y ya estaban a más de medio camino por la cordillera. En un par de días, según Cadvan, llegarían a Zmarkan. «Aunque qué haremos una vez lleguemos allí», pensó Maerad abrumada por una amarga desesperación. «¿Hablar con los Pilanel? Solo la Luz lo sabe». Esta odisea es una estúpida pérdida de tiempo, es buscar una aguja en un pajar basándose en un par de vagas suposiciones y unas remotas historias. Y seguramente moriré por ello.

Mientras preparaban el campamento aquella noche, Maerad sintió que el aire cambiaba. Al mismo tiempo, Cadvan volvió la cabeza en alerta, como si fuese un ciervo olfateando peligro, y olió el aire. Se levantó un repentino viento fuerte, que hacía volar arena dentro de la cueva, y se iba apagando convirtiéndose en una corriente de aire constante, pero ahora venía del norte, y traía un frío nuevo. Ninguno de los dos hizo hincapié en el cambio, pero aquella noche hizo más frío que antes, y cuando Maerad se despertó por la mañana, su manta estaba rígida, llena de escarcha.

Se pusieron en camino en cuanto hubieran desayunado, tan solo para hacer que la sangre comenzase a circular por sus miembros helados. El sol estaba escondido en un envoltorio de nubes negras que amortiguaban todos los picos más altos y descendía en forma de densa niebla por las laderas de las montañas, donde el viento que iba en aumento la deshacía en jirones. Cerca del mediodía el viento ganó velocidad y comenzó a caer aguanieve. Maerad y Cadvan se cubrieron el rostro con las bufandas y continuaron obstinadamente. Los caballos caminaban con dificultad por el paso, los cascos les resbalaban sobre la helada, tenían las colas apretadas entre las patas y las orejas completamente planas sobre el cráneo. A medida que avanzaba la tarde, cada vez se veía menos, y Maerad cada vez tenía más frío.

Aquel era el día más terrible que habían pasado, y casi llora de alivio cuando por fin hallaron una cueva apartada del viento y el aguanieve y vio que había leña. Les llevó un rato que prendiese y Maerad estaba casi incandescente de impaciencia cuando Cadvan consiguió sacarle una llama a la yesca. Los caballos se apoyaban contra la pared más alejada, liberados de su carga, mascando avena con tristeza y en silencio, mientras los Bardos se frotaban las manos congeladas ante el fuego, intentando que la sangre circulase por ellas, y de sus ropas empapadas salía vapor. Cada uno tomó una dosis de medhyl y después Cadvan preparó un guiso para cenar.

La cavidad no era tan acogedora como lo hubiera sido una cueva, ya que era poco

más que un hundimiento cavado en el lateral de la montaña. Ráfagas de viento perdidas arrojaban aguanieve sobre el suelo, donde se fundía y se deslizaba chisporroteante hacia el fuego. Pero los albergaba de las peores inclemencias del tiempo, que con el aumento del aullido del viento se iba volviendo cada vez peor. Más allá del agradable parpadeo de la luz del fuego, la oscuridad era impenetrable. Maerad se sentó tan cerca del fuego como pudo sin llegar a quemarse, y se sumió en un estupor de miserable agotamiento.

—Espero que mañana ya haya pasado —dijo Cadvan—. Una mala tormenta nos podría mantener encerrados en este agujero durante días.

—¿Días? —repitió Maerad, despertándose de golpe—. No podemos quedarnos aquí días.

—Bueno, sería mejor que salir volando de la montaña —respondió—. A no ser que tú prefieras eso.

—Yo solo quiero salir de este lugar. —Maerad levantó la vista hacia Cadvan con desesperación, con los ojos rodeados por profundas sombras y, por un momento, vio en los de él una expresión que nunca había visto antes, una ternura sin cautela. Pero se desvaneció de repente y pensó que se lo debía haber imaginado.

—Yo también. Pero no si el precio es mi vida.

—Bueno, ¿no podrías hacer que el viento se calmase, si mañana todavía sopla? —preguntó Maerad sin demasiada esperanza. Ni tan siquiera aquella noche había utilizado Cadvan la magia para encender el fuego; su tacañería a la hora de utilizar sus poderes a veces la ponía furiosa.

—No osaría intentar hacer nada con los vientos de aquí —dijo Cadvan—. Alertaría a cualquier criatura malvada en leguas a la redonda de nuestra presencia. Lo mejor para nosotros es continuar como hasta ahora, sin ser vistos.

—Es más fácil esconderse en una tormenta —contestó Maerad, terca—. No está tan mal. —Como para fastidiarla, el viento subió de repente provocando un agudo alarido.

—Sí, y tal vez nunca encontraría tu cuerpo. No seas tonta.

Malhumorada, Maerad se preparó para echarse a dormir. La idea de verse atrapada en aquel agujero durante días sin fin la horrorizaba sobremanera; ni siquiera caminar bajo el aguanieve, como habían hecho hoy, era mucho peor.

Al día siguiente el viento había amainado, y el mundo estaba blanco de niebla. Tan solo era posible ver unos cuantos pasos de distancia, pero Maerad, presa del pánico ante la idea de verse atrapada en las montañas, insistió en que aun así debían continuar igualmente. Cadvan tenía sus dudas, decía que la niebla podía tanto hacerse más densa como disiparse, y que en una niebla densa era bastante posible desorientarse por completo y dar la vuelta sin percatarse o caer por un precipicio no visto. Pero Maerad era firme y, tras examinar el viento con ansiedad, Cadvan aceptó probar, siempre que esperasen para ver si la niebla se ponía peor.

Un rato después pareció haber perdido un poco de densidad, de modo que

montaron y comenzaron el camino con cautela. Resultaba extraño cabalgar entre aquella blancura; parecía como si estuviesen suspendidos en el aire, en medio de la nada. Lo único que veían era la carretera, todavía oscura y húmeda tras el aguanieve del día anterior, que se retorció durante unos pasos ante ellos antes de desvanecerse en una blanca bruma. Los mojones que había al lado de la carretera surgían ante ellos de repente, como si apareciesen de la nada.

No paso mucho tiempo hasta que estuvieron empapados de rocío. Maerad se sentía como si tuvieran las orejas llenas de trapos; los golpes de los cascos morían en el aire casi al instante, y no se percibía ningún otro sonido aparte de los gruñidos y resoplidos de los caballos.

A media tarde se alzó viento de repente, una ráfaga fría que los zarandeaba. La niebla comenzó a abrirse, volando a su alrededor en forma de volutas y retazos. De vez en cuando, Maerad veía una imagen de la ladera de una montaña, o una brecha o unos árboles, pero inmediatamente el velo de bruma volvía a caer otra vez sobre ellos.

—Busca una cavidad —le gritó Cadvan por encima del hombro—. Va a haber una tormenta. —El viento se llevó sus palabras mientras las pronunciaba.

Maerad tenía demasiado frío y estaba demasiado cansada para decir nada. Tan solo deseaba que en la próxima cavidad hubiese leña para poder hacer fuego. Comenzó a mirar por la pared izquierda. «Deberían haber una no muy lejos», pensó. Parecía haber una cada legua, más o menos, y en aquel momento ya deberían haber recorrido aquella distancia. Examinó ansiosa la superficie de roca. Esta continuaba siendo obstinadamente lisa, y el viento se volvía más fuerte por momentos. Después comenzó un feroz granizo, que caía casi de lado. Imi y Darsor dieron un respingo, resoplando. Las piedras de granizo eran grandes, como guijarros lanzados hacia ellos desde el cielo; hacían daño, y hacían que la carretera de piedra se volviese aún más resbaladiza. Cadvan le hizo un gesto a Maerad para que desmontase y, con las riendas de los caballos en la mano, lucharon para abrirse paso contra el viento.

—Si conseguimos llegar a la próxima curva, allí habrá refugio —gritó Cadvan. Maerad apenas podía oírlo, pero asintió. En el flanco de la montaña estaban directamente expuestos a la tormenta, e incluso un pequeño alivio del viento y el granizo sería mejor que nada. La visibilidad no era mucho mejor de lo que era en la niebla, pero por lo menos no era de noche, pese a que se dio cuenta, con una súbita punzada de miedo, de que no sabían la distancia hacia la próxima cavidad, y la noche se acercaba rápidamente. En medio de la niebla podían haber pasado una sin verla. No soportaba imaginarse una noche al aire libre con aquel tiempo. Apretó los dientes y se obligó a continuar, sentía las piernas tan pesadas y frías como el hierro.

De pronto Cadvan se detuvo, e Imi casi choca con la grupa de Darsor. Cadvan se volvió hacia Maerad le gritó algo, pero ella no lo oyó por encima de los aullidos del viento. Con un arrebató de esperanza, pensó que tal vez él hubiera encontrado por fin una cavidad, pero sus últimas palabras las absorbió un enorme crujido, como si

cientos de toneladas de roca se hubieran estampado contra la montaña. Vio que Cadvan había sacado la espada y brillaba de poder, una repentina y terrible luz que deslumbró a Maerad, pero tenía tanto frío y estaba tan cansada, tan apaleada por el granizo, que apenas podía reaccionar, y continuó mirando, aturdida.

Imi relincho de terror y se encabritó arrancando las riendas de las manos congeladas de Maerad, y después salió disparada por donde habían venido, con las riendas saltando salvajemente y los paquetes cayéndole de la silla. Maerad vio como se desvanecía la tormenta con una sensación de irrealidad, como si estuviese en un sueño y aquello no tuviera que ver con ella, y después se volvió de nuevo hacia Cadvan. Estaba de pie con los brazos en alto, gritando algo en el Habla, pero ella no oía nada a causa de la tormenta. Se produjo otro enorme choque y una roca del tamaño de un caballo golpeó la carretera justo delante de ella, esquivando por poco a Cadvan y Darsor, y después reboto y se zambulló en la oscuridad tras ellos.

Aquello arrancó a Maerad de su estupor, dominada por el miedo. Cadvan estaba luchando contra algún asaltante, pero no podía ver qué era. El granizo empeoró, la golpeaba como con martillos de metal. Levantó el antebrazo para protegerse la cara y luchó para acercarse a Cadvan, sin saber qué otra cosa hacer. No podía ir tras Imi, no sabía dónde estaría. Tal vez la yegua, presa del terror, ya hubiese resbalado por el bode de la estrecha carretera.

A medida que se aproximaba a Cadvan la cabeza comenzó a zumbarle por la fuerza de su poder. Era una figura que brillaba con un color plateado llameante, envuelta en un escudo de Fuego Blanco, y apenas era capaz de mirarlo. Se quedó observando a la oscuridad más allá de él, y por fin vio que estaba luchando.

Inmediatamente se dio cuenta de que aquello era poder Elemental, igual que el perro de tormenta, pero no tenía ni idea de lo que era. Como con el perro de tormenta, era difícil fijar la vista, pues parecía estar hecho de algo no demasiado sustancial; aquello era como un gigante labrado en piedra y hielo, pero parpadeaba con extraños fuegos que le salían de la boca y ojos, y algunas partes de él se desvanecían cuando lo mirabas, como si fuese una nube. Llevaba un enorme y rudimentario garrote hecho de piedra, y mientras Maerad lo contemplaba, golpeó la carretera muy cerca del lugar en el que estaba Cadvan. A Maerad le pareció que Cadvan y Darsor podrían ser aplastados por completo por aquel inmenso golpe, pero el arma rebotó de una manera extraña, rozando la pared de la montaña. En el lugar donde golpeó se produjo una lluvia de chispas azules y Cadvan se quedó quieto, tambaleándose un poco. Darsor chilló desafiante.

Maerad estuvo a un pelo de darse la vuelta y salir disparada detrás de Imi. En vez de aquello, reunió lo poco que le quedaba de coraje y corrió hacia el círculo de luz, tocando brevemente a Cadvan en el hombro para hacerle saber que estaba allí. Él asintió sin volverse, tenía todo el cuerpo en tensión de la concentración. Era más fácil pensar dentro del escudo de Cadvan: mantenía fuera el granizo que hacía daño y el ruido de la tormenta se había casi apagado. Maerad se concentró en unir su mente a la

de Cadvan. Para su consternación, no ocurrió nada, y antes de que pudiera reunir fuerzas para volver a intentarlo, la criatura balanceó el garrote por encima de ellos. Falló golpeando la pared que tenían encima, y sobre ellos cayó una lluvia de partículas de roca.

Maerad buscó de nuevo la mente de Cadvan, preguntándose incomoda por que no podía unirse a él, y pregunto en silencio: *¿Qué es?*

«Una criatura helada, un iridugul» respondió Cadvan adustamente. «Tenemos mala suerte. O es una emboscada. Yo opto por lo último».

Entonces, ¿qué podemos hacer?

No podemos destruirlo. Así que tenemos que escapar de él de alguna manera. No creo que a este le puedas cantar una nana.

La conversación tuvo lugar a la velocidad del pensamiento. Todo había ocurrido muy deprisa; no podían haber pasado mucho más que unas cuantas respiraciones desde que Cadvan había detenido e Imi había salido corriendo. Maerad se cuadró de hombro y volvió a intentar unir su mente a la de Cadvan. Esta vez él se estremeció, y el Fuego Blanco se atenuó.

No funciona, dijo desesperadamente.

¡Parad, Maerad! Me está haciendo daño, suplicó. Otra roca se estrelló y se hizo pedazos en la carretera a su lado, y él reforzó su escudo. Al acercarse, Maerad pudo ver su rostro, pálido y adusto por el agotamiento, de repente las cicatrices del látigo alrededor del ojo se volvieron lívidas, y un terrible dolor floreció en el corazón de ella. *Tendremos que luchar por separado.*

Así serían menos fuertes. Maerad lo sabía.

Inténtalo otra vez, le instó Maerad desesperada, mientras Cadvan enviaba un disparo de fuego directamente a los ojos helados de la criatura, y esta cayó de nuevo al vacío más allá de la carretera, bullendo como una nube de tormenta y rugiendo con furia.

De acuerdo. Ahora.

Esta vez, Maerad estaba tan ansiosa por su unión que tiró a Cadvan. Este se tambaleó sobre los pies, jadeando, y Maerad se lo quedó mirando confundida: *¿por qué no podían unirse?*

Maerad, es como si me estuvieses atacando, explicó Cadvan. *Si vuelves a hacerlo me destruirás. Tendremos que luchar por separado. Tenemos que crear imágenes nuestras para confundirlo. Estas criaturas no soy muy listas.*

Maerad meneó la cabeza, confundida, pero no tenía tiempo para pensar, ya que el iridugul se había recuperado y ahora llovían golpes sobre ellos con su furia. Cadvan se estaba concentrando en mantener su escudo intacto, y simultáneamente hacia un hechizo destellante, una imagen de sí mismo y de Darsor que podía dejar tras él para que los atacase el iridugul.

Maerad se aclaró la mente, intentado ignorar los furiosos martilleos del iridugul. Primero creó otro escudo que cercaba el de Cadvan, reforzándolo y después comenzó

a diseñar un conjuro destellante. Incluso un encantamiento tan sencillo era difícil de hacer bajo tal ataque, pero se concentró, inflexible. «Soy Maerad de Pellinor. Elednor Edil-Amarandh na», se dijo con fiereza; «¿por qué estoy siendo tan estúpida?».

A Maerad crear su imagen le llevó un poco más de tiempo que a Cadvan, pero después de lo que pareció una eternidad, habían creado unas brillantes réplicas de sí mismos. Cadvan extinguió su luz mágica y tomó las riendas de Darsor. Esperaron, eligiendo el momento, y después salieron del escudo de Fuego Blanco y fueron dando tumbos hasta la base del precipicio, dejando atrás al iridugul atacando a sus imágenes vacías. El granizo cayó a cántaros sobre ellos en cuanto abandonaron la protección de la luz, pero Maerad bajó la cabeza y salió corriendo con Cadvan tan rápido como pudo, abrazándose a la pared, rezando para que el iridugul estuviese demasiado enrabiado para percibir las diminutas figuras que se abrían paso con dificultad por el lateral de la montaña como ratones furtivos. Ya casi estaba oscuro.

Casi habían alcanzado una curva muy cerrada en la carretera. En cuando estalló el desastre. En la curva había un escarpado precipicio resguardado tan solo por una pared de piedra y mojón, que se alzaba como un negro y siniestro dedo en el hirviente gris que los envolvía. Cuando se acercaron a él, Maerad vio incrédula como el mojón se alzaba en el aire, y de repente ante ellos se materializaron no uno sino dos iriduguls. Uno de ellos sostenía el mojón sobre la cabeza como un arma.

Cadvan se detuvo en seco, alzando en seguida un escudo alrededor de ellos, y montó a Darsor, que estaba cubierto de sudor. Maerad miró atrás con desesperación; veía que el primer iridugul todavía estaba atacando a sus imágenes, y su furia se incrementaba al ver que su garrote parecía atravesarlos sin hacerles daño. ¡Tres!

Maerad, tendremos que atacarlos y salir corriendo, le dijo Cadvan mentalmente. Y entonces vio, por primera vez, que Imi no estaba. *¿Dónde está Imi?*

Ha salido corriendo...

Cadvan no contestó nada, estiró el brazo y la subió a la silla detrás de él. Después, sin tan siquiera detenerse para pensar, los dos enviaron disparos de Fuego Blanco, buscando los ojos del iridugul, y Cadvan apuró a Darsor, que saltó hacia delante con toda la potencia de sus músculos, alcanzando la curva de la carretera. Maerad oía los gritos de los iridugul, un ruido insoportable igual que el torturado desgarró de la piedra, y se limitó a aguantar mientras Darsor saltaba hacia delante. El gran caballo giró sobre sí mismo para dar la pronunciada curva, el cuello de Maerad crujió a causa de la violencia del giro, y salió disparado por la carretera, hacia el temporal, desbocado para salvar su vida.

Maerad escuchó cómo el mojón se quebraba después de ser lanzado a la carretera tras sus talones, y Darsor consiguió acelerar, mientras los cascos le patinaban sobre las piedras heladas. Entonces un iridugul apareció ante ellos de repente, dejando caer un puño del tamaño de una roca inmensa sobre el precipicio que tenían ante ellos, y se produjo un ruido sordo, como si toda la ladera de la montaña se estuviese derrumbando. Maerad alzó la vista y vio horrorizada como una avalancha de nieve y

rocas se acercaba a ellos a una espantosa lentitud. Se cubrió los ojos instintivamente, olvidando por un momento todo excepto su pánico a la muerte. Darsor se encabritó, y ella cayó a la carretera y salió rodando. Se detuvo en el mismo borde del precipicio. Se puso en pie justo a tiempo para ver a Cadvan, con el rostro brillante de palidez, volverse en estado de *shock* y llamarla, intentando detenerse, pero el paso temerario de Darsor era imposible de detener. Vio cómo el grandioso caballo se zambullía en las sombras, todavía envuelto en el escudo de Fuego Blanco de Cadvan, que intentaba en un último y desesperado esfuerzo parar la inexorable avalancha de rocas. Instintivamente ella salió corriendo hacia el otro lado, apartándose de los guijarros que comenzaban a descender por la pendiente, y se volvió para mirar, apartándose el cabello empapado de los ojos, mientras el pecho se le sacudía en grandes sollozos para poder respirar.

Darsor y Cadvan corrían por el lateral de la pendiente. Había demasiada distancia hasta la próxima curva, nunca lo conseguirían.

Cuando acababan de desvanecerse en la penumbra, todo el lateral de la montaña se deslizó sobre la carretera, emitiendo un terrible sonido similar a un trueno que continuaba y continuaba, y el suelo bajo los pies de Maerad se sacudió y tembló de modo que casi sale disparada del camino. Trocitos de hielo y guijarros le golpearon la cara. El límite de la avalancha de rocas estaba a la distancia de un cuerpo, y se arrastró hasta la cara del precipicio, sollozando de terror. Cuando el sonido cesó, alzó la vista. Donde antes estaba la carretera ahora tan solo había un vacío infranqueable de rocas y hielo, y los iridugul se habían desvanecido.

No había ninguna posibilidad de que Cadvan y Darsor hubieran podido escapar. Enterrados bajo aquellas montañas de escombros, comprendió con una agonía tan clara y aguda como una herida fresca, estaban aquellos a los que amaba tanto como a su propia vida. Maerad se cubrió el rostro con las manos, atónita e incrédula. Cadvan y Darsor habían muerto. No podía ser cierto; tenía que ser una horrible pesadilla. Se deslizó por la pared de la montaña, escondiendo la cara. No podía ser cierto, y lo era. En un paroxismo de dolor se golpeó la frente contra el lateral de la montaña hasta que le sangró y se cayó insensible sobre la piedra congelada.

ZMARKAN



*Oh, cuervo, ¿hacia dónde va tu vuelo,
sobre la nieve y la helada?
Oh, cuervo, bien cierto que muero
y mi madre no sabe nada.*

*Vuela y atraviesa el amargo clima,
cruzando la noche de estrellas carente,
sus cantos a la luz del fuego prodiga
allí donde se reúne mi gente.*

*Halla a mi madre y dale un beso
pues yo no volveré a besarla.
Cuán tristemente la pienso
mientras mi dolor final se apaga.*

*Halla a mi amante querida,
más dulce que el vino es su beso,
dile que mi vida termina
y su corazón nunca tendrá preso.*

*Oh, cuervo, ¿hacia dónde va tu vuelo,
sobre la nieve y la helada?
Oh, cuervo, ahora ya muero
y mi madre no sabe nada.*

Canción popular tradicional Pilanel, Biblioteca de Lirigon.





LA FLAUTA
DE LA ELIDHU

XIII

Cuando Maerad abrió los ojos, estaba tan oscuro que creyó que se había quedado ciega. Intentó sentarse, pero el cuerpo no le obedecía. «Tal vez está paralizada», pensó, o «quizás esté muerta». La idea le resultaba extrañamente reconfortante, y se quedó tirada en la oscuridad durante mucho tiempo, sin recuerdos ni pensamientos. Un tiempo después, una puntiaguda roca que le presionaba la mejilla se volvió molesta e incómoda e intentó moverse. Esta vez fue capaz de mover la cabeza y, cuando lo hizo, su cuerpo se vio inundado de sensaciones. Le dolía por todas partes, como si la hubiesen apaleado desde la coronilla hasta la punta de los pies, y estaba completamente empapada y congelada. Gimiendo, consiguió acurrucarse, y se sentó con la espalda apoyada en la pared del precipicio, aguantándose la cabeza. Todo su cuerpo se estremecía con temblores violentos e incontrolables.

Una vez sentada sus recuerdos volvieron arrastrándose, primero una imagen y después otra. No los buscaba, algo en su interior se retiraba de la terrible comprensión de lo que le había ocurrido. Pero las imágenes flotaban en su mente, vagas, inexorables. Finalmente, con una entumecedora sensación de *shock*, recordó la terrible visión de Cadvan y Darsor siendo engullidos por la avalancha. Se quedó mirando ciega hacia la oscuridad, con los ojos secos.

Aquella vez estaba sola de verdad. Todas sus quejas y resentimientos de los últimos días le parecían ahora triviales. Aquel era el desastre del que Cadvan había intentado advertirla, y ella había desestimado sus advertencias, arrogante, segura de su poder. Y su poder le había fallado. No había sido capaz de unirse a Cadvan, tal y como haría un Bardo, y tampoco había sido capaz de hacer funcionar sus poderes Elementales. Se había encogido abyectamente en sí misma, y había fallado. Mientras recordaba lo que había ocurrido, estaba casi contenta del dolor físico; comparado con su angustia mental, suponía alivio.

Las muertes de Cadvan y Darsor eran culpa suya. «E Imi», pensó, «habrá muerto en su huida presa del pánico o, lo que es peor, yace con las patas rotas en alguna pendiente inaccesible, muriendo en forma lenta y terriblemente de hambre y sed».

Mientras saboreaba la completa amargura de sus «autoacusaciones», Maerad valoró la posibilidad de tirarse por la montaña abajo. «Sería un justo castigo», pensó con frialdad. Una criatura como ella no tenía ninguna razón para vivir. Una criatura

como ella no merecía amigos, si fracasaba en protegerlos.

Poco a poco la oscuridad se volvió menos absoluta, y pudo ver el contorno de la carretera brillando en contraste con la oscuridad más clara del cielo, y la inmensa masa negra de rocas cercana a ella que había sepultado a Cadvan y Darsor. Alzó la vista y vio un borroso destello plateado sobre las negras cuchillas de la cordillera en el lugar en el que la luna, que ahora estaba llena, se escondía tras un banco de nubes.

A Maerad le picaba la cara por la sangre, e intentó secarse los ojos con los guantes, que estaban ribeteados de helada. «Necesito beber algo», pensó, y una parte del dolor generalizado de su cuerpo se identificó como una poderosa sed. Tenía los labios secos y agrietados. «Oh, tengo tanta hambre y tanta sed», pensó. «Pero no hay nada para beber y no tengo comida...».

Se sentó inmóvil, hundida en la desesperación, y solo cuando cambió de postura para aliviar los dolores de su cuerpo recordó que todavía llevaba el hatillo. De pronto, acosada por el pánico y la urgencia, se lo quitó con torpeza de hombros e intentó abrirlo, pero tenía los dedos tan entumecidos que no paraban de resbalarle de las correas. Finalmente consiguió abrir el hatillo y encontró la botella de agua, de la que tomó un largo trago, y el medhyl, que le aportó un poco de fuego a sus venas heladas, y después desenvolvió el pan seco. Tan solo comió un poco de él, porque le dolía al masticar. Notaba los labios como si estuviesen ardiendo.

Se sintió lo bastante recuperada para hacer un poco de luz mágica, y con su ayuda rebuscó en la bolsa hasta que encontró un bálsamo, que se puso en los labios y después se extendió por toda la cara, con el que alivió ligeramente el punzante dolor. Durante un instante palpó la flauta de tubos de junco que le había dado la Elidhu. Por un momento, los luminosos verdes de los bosques a principios de la primavera llenaron su mente, y recordó a Ardina tal y como se le había aparecido por primera vez, en el Bosque Grávido, le parecía que hacía muchísimo tiempo, en otra vida. En la mente de Maerad surgió un trozo de la canción.

Maerad cogió la flauta con torpeza entre sus manos enguantadas, estudiándola como si nunca la hubiera visto. Nunca la había tocado. No eran más que unos sencillos tubos cortados tal y como lo hubiera hecho un niño, hechos de juncos oscuros purpurescentes y atados a hierbas entretejidas. Se preguntó cómo sonaría.

Tenía que hacer un lamento por Cadvan, Darsor e Imi. Aquello era lo que hacían los Bardos. Y ella continuaba siendo Bardo, incluso si había traicionado a su profesión. Pensó durante un instante en su lira, pero sabía que tenía las manos demasiado entumecidas para tocarla. Y alguna otra parte de ella pensó que era inmerecedora de tocar la lira, como si hubiera renunciado a su derecho a la más preciosa de sus posesiones.

Se sentó durante un buen rato, mientras la noche se volvía más fría, sosteniendo la flauta suelta en la mano. Por fin tomó una decisión, bebió un poco más de medhyl y después se quitó con dolor los guantes y se frotó los dedos con un poco de medhyl y de bálsamo. Los dedos le ardieron sin comparación, pero consiguió flexionarlos y

moverlos lo suficiente para sostener adecuadamente los tubos. Se colocó el instrumento en los labios y sopló a modo experimental. Tenía los labios tan agrietados que al principio no consiguió emitir ningún sonido en absoluto, pero insistió, y con una ligera sensación de triunfo consiguió emitir un mínimo sonido, débil, agudo y aflautado, como el viento sobre las rocas.

Tocó varias escalas, subiendo y bajando, y se quedó, pese a lo extremo de su situación, absorta en su fascinación por la música. Maerad había tocado instrumentos similares de niña, y era virtuosa. Aquel tenía una riqueza de tonos nada habitual, y descubrió que podía doblar las notas con expresividad. Cuando hubo probado la flauta de tubos hasta estar satisfecha, se puso en pie. Aquello le llevó un tiempo, ya que al primer intento las piernas se le doblaron, pero continuó con una resuelta terquedad hasta que fue capaz de tenerse en pie sin haber de apoyarse contra la pared de roca, estampando los pies con cabezonería en el suelo.

Inspiró profundamente, cerró los ojos y tocó.

Tocó por Darsor e Imi, sus amigos, que habían pasado tantas cosas con ella. Tocó por su belleza cuando corrían libres por las llanuras de Rilnik, dándose patadas y mordisqueándose el uno al otro, mientras el viento hacía volar sus crines formando ondas de color de marta y plata bruñida, mientras Cadvan y ella cenaban. Tocó por su sencilla, poco exigente compañía, por el morro de Imi cuando se apoyaba sobre su hombro, relinchando suavemente para reconfortarla, por la comodidad sin palabras de su simpatía. Tocó por el adusto humor de Darsor, su resistencia y su lealtad simple e inquebrantable. Y, por último, de modo que no pudiese pasar de ninguna manera inadvertido incluso si moría donde estaba, Maerad tocó por el heroico intento de Darsor de rescatarlos de la avalancha, por su espíritu brillante y entero y por su gran corazón, que nunca se había acobardado ni admitido la derrota, incluso al enfrentarse al desastre total.

Terminó, con los ojos todavía cerrados, e inclinó la cabeza durante unos instantes de silencio. Después volvió a elevar la flauta y tocó por Cadvan.

Había amado a Cadvan y él la había amado a ella, y ahora sabía, con una amargura imposible de aliviar, que había malinterpretado aquel amor. Él había sido su primer amigo, el primero que la había mirado por ser quien era; la había rescatado de la esclavitud y una mezquina tiranía y le había mostrado el mundo Bárdico, un mundo de amor y humanidad que no pensaba que fuese posible. Recordó las primeras veces que había visto su rostro ensombrecido, exhausto y triste, en el establo de las vacas del Castro de Gilman, y cómo no había confiado en él, y había continuado confiando en él pese a todos los conflictos ocurridos entre ellos. Recordó las horas de enseñanza, la libertad con la que él le había entregado los dones que poseía, la paciencia con la que le había revelado los secretos y las maravillas del mundo ante sus ojos atónitos. Recordaba el brillo de su extraña sonrisa, cuando la fuente de su alegría se derramaba e iluminaba todo a su alrededor.

Ahora que se había ido para siempre era como si, por primera vez, pudiese verlo

con claridad: imperfecto, decidido, angustiado, severo, dividido interiormente; pero también verdadero, honesto, generoso, fuerte y dulce. Había sido al mismo tiempo, su padre, su profesor y su amigo. Su afligido amor brotaba en las puras y evocadoras notas, llenando la desolada montaña con un inconsolable anhelo por lo que había perdido. Se le derramaron las lágrimas por la cara y se congelaron sobre la flauta y sus dedos. Maerad, perdida en la música, no se dio cuenta de que estaba llorando.

Por fin terminó. Dejó que las notas fuesen muriendo, dando paso al silencio, y permaneció quieta durante un buen rato, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Después se apartó con dolor los tubos de los labios; en el largo tiempo que había pasado tocando se habían quedado allí congelados, y le arrancaron un trozo de piel. Sintió que un poco de sangre caliente le resbalaba por la barbilla y se congelaba. Se irguió y abrió los ojos.

Por un instante, Maerad pensó que la misma luna estaba de pie sobre la montaña. Parpadeó deslumbrada. La roca desnuda de la carretera y la pared que tenía tras ella brillaban como playa bruñida, y tras cada roca y piedrecita llameante había una sombra a negra. Ante ella estaba Ardina, pero no se le había aparecido ni como la Elidhu salvaje de los bosques, brillando desnuda en un emparrado de ramas, ni como la hermosa y sin edad Reina de Rachida. Maerad la vio tal y como la describían las canciones, tal y como Cadvan le había cantado una vez, hacía mucho tiempo: la hipnotizadora hija de la luna, un ser tejido con puros rayos de luna, hermoso y evanescente.

Maerad no daba crédito. Pensó que debía de estar soñando o teniendo una visión fantástica, como se decía que le ocurría a veces a la gente en la situación extrema previa a la muerte, y miró a Ardina como si fuese lo más natural que estuviese allí.

La Elidhu estaba suspendida ligeramente sobre el suelo, inmóvil a excepción de su cabello, que ondeaba con un viento que Maerad no sentía. Parecía estar esperando a que hablase Maerad. Por fin, ya que la visión no desaparecía, Maerad hizo una reverencia, pero el movimiento fue demasiado para ella, se deslizó por la pared de la montaña hasta sentarse en el suelo, todavía mirando fijamente a Ardina, con el cuerpo sacudido de nuevo por temblores incontrolables. Ante aquello, la Elidhu dio un paso hacia ella y le puso la mano sobre la frente. Era una sensación helada, pero estremecedoramente viva, como si la energía de un río de montaña corriese por sus venas. Los temblores de Maerad cesaron.

—¿Estás muriendo, hija mía? —preguntó Ardina—. Creo que has puesto toda tu vida en tu música. Ojalá te hubiese pedido antes que tocases, no había escuchado música así desde los días de Afinil. Pero incluso entonces, tan solo los Elidhu podían tocar tan salvajemente, con tanta habilidad y tristeza. —Maerad intentó hablar, pero tenía la garganta tan reseca que no pudo emitir más que un graznido. Tan solo asintió, tragando saliva. Sí, estaba muriendo—. Creo que no pretendías llamarme —Ardina se echó a reír, con la cabeza ladeada—. Olvidaste lo que te dije: que si me necesitabas, debías tocar la flauta que te di. Pero pienso que tenías otro deseo. —Maerad no

respondió, pero una lágrima fresca le resbaló por la mejilla, Ardina suspiró—. Una vez te hice una advertencia sobre el amor. Los mortales mueren como los juncos, y después solo hay ausencia dentro del círculo del mundo. Ay, mi querida hija, no hay ningún remedio contra el amor o la pena. Persisten más allá de todo límite.

Las palabras de Ardina le llegaron a Maerad a lo más profundo. Inclino la cabeza para ocultar su rostro y vio que todavía tenía los tubos agarrados en la mano. Con obstinada deliberación los volvió a guardar en el hatillo, y después se subió el hatillo al regazo y lo abrazó, casi como si se estuviese ahogando. Apenas podía sentirlo con las manos agarrotadas, pero era sólido y real, y extrañamente reconfortante. Ardina la miró con detenimiento. Pero sin impaciencia.

—¿Eliges morir? —preguntó, casi sin interés—. Ya que no interferiré en ninguna de tus elecciones. Sé lo que es desear la muerte, y que te sea negada. Pero si eliges la muerte, te ayudaré. Me duele ver tal sufrimiento en ti, hija —al dirigirse a ella tan íntimamente, una parte de la desesperación que había congelado el corazón de Maerad se disolvió, y miró a Ardina a los ojos. La mirada amarilla, de duende, de la Elidhu estaba suavizada por la compasión.

Por un ligero instante, Maerad dudó. Morir sería fácil, renunciar a todos sus apuros y sufrimientos, huir del terrible dolor que atormentaba su espíritu. Pero algo en su interior se negaba a elegir la muerte; al final sería decisión suya si elegirla o no, pero una vocecilla interior gritaba con insistencia: «ahora no». Lentamente dijo, con la voz quebrada, tan bajito que apenas se la oía:

—No, no quiero morir.

Ardina se inclinó sobre ella y la besó en la frente. De sus fríos labios brotó un delicioso brillo que recorrió todo el cuerpo de Maerad, como si estuviese cayendo en una cama divinamente cómoda y todas sus heridas se hubieran curado. Levantó la vista para mirar el rostro salvaje de Ardina, y le pareció que el mundo entero se desvanecía en una neblina dorada: tan solo los brillantes e inquietantes ojos, tan amarillos como el topacio o el citrino, ardían en su mente como dos luces de un puerto, mientras marchaba a la deriva en las benditas sombras del sueño.



Maerad no quería abrir los ojos. No sabía dónde estaba; sabía que le dolía todo el cuerpo y que tenía un terrible dolor de cabeza. Estaba tumbada sobre algo suave y el aire a su alrededor era cálido. En los orificios nasales sentía un fuerte olor a humo de leña entremezclado con pescado.

Se quedó muy quieta, escuchando. Oyó el ruido de alguien que se movía por allí, y después un débil «clanc» metálico, y el suave chisporroteo de un fuego que ardía. Tocó con cautela lo que la cubría: era suave y cálido, algún tipo de piel.

Oyó que alguien se acercaba a ella y se puso tensa cuando una mano le acarició la frente. Abrió los ojos involuntariamente. Se encontró con un rostro anciano y agrietado, y un par de ojos acuosos de un azul muy pálido.

—*¿Om toki nel?* —dijo el rostro. Maerad le devolvió la mirada sin hablar, y la boca, una cueva de arrugas, se abrió en una sonrisa, dejando al descubierto unos cuantos dientes ennegrecidos—. *Na, na, ek lada.* —Asintió el rostro—. *Na, na.*

—¿Qué? —dijo Maerad. Su voz surgió como un graznido—. ¿Quién eres?

Pero la figura se había vuelto para avivar el fuego, que proporcionaba la única luz de aquella minúscula habitación, y estaba entretenida con una olla que colgaba suspendida sobre él. Era, se dio cuenta Maerad, una mujer muy anciana, más pequeña incluso que ella. Parecía un fardo de harapos informe: llevaba un número inidentificable de piezas de ropa, retales de pieles y tela, y parecía que no se había quitado ninguno de ellos desde que se los había puesto encima. Unos pocos mechones de cabello «amarillo-blanquecino» hacían acto de presencia en la pulida bóveda de su cráneo.

Se volvió lentamente, sosteniendo un cuenco con las dos manos, y se acercó arrastrando los pies, llevando el cuenco con infinito cuidado para no derramar su contenido. Se sentó al lado de Maerad sobre un tronco cortado, que hacía las veces de taburete, y le ofreció una cucharada de algo. Era de allí de donde venía el olor a pescado, e hizo que a Maerad le entrasen unas ligeras náuseas.

—Come —la instó la anciana—. Come. Bueno.

Maerad luchó para incorporarse, pero sus músculos no la obedecían. La anciana hizo un gesto con la cabeza señalándose a sí misma y empujó la cuchara contra los labios de Maerad hasta que esta abrió la boca para protestar. Antes de que pudiese

decir nada, la anciana había deslizado la cucharada entres sus dientes. Maerad se atragantó pero lo tragó contra su voluntad. Era una fina sopa de pescado y, pese a su olor, era muy buena. Las náuseas que sentía resultaron ser un hambre canina. La mujer esperó pacientemente a que Maerad tragase el primer bocado y después le dio otra cucharada, dándole de comer como a una niña muy pequeña, hasta que acabó el cuenco.

—Bueno, bueno —dijo. Su rostro volvió a arrugarse dando lugar a una sonrisa—. Duerme ahora.

Los ojos de Maerad ya estaban cerrados.

No sabía cuánto tiempo permaneció en aquella minúscula cabaña, a la deriva entre el sueño y breves vigilias. La anciana le daba sopa, la limpiaba y le cambiaba las pieles cuando tenía incontinencia, y le acariciaba la frente sin decir nada cuando, como ocurría a veces, se despertaba de terribles pesadillas en las que la ladera de la montaña se derribaba, y unas lentas y débiles lágrimas resbalaban por su rostro. A veces la luz del sol se dejaba ver a través de diminutas grietas en las paredes, como estrellas de un brillo imposible, y a veces era de noche; Maerad no tenía ningún sentido de la continuidad y no sabía si había pasado un día o una noche o muchos. A veces el viento gemía y después se acallaba, a veces la lluvia golpeaba y se iba, y a través de todo aquello escuchaba la voz de la anciana, que hablaba consigo misma en su lengua, o cantaba o tarareaba, un dulce monólogo incesante igual que el fluir de un río. El tiempo sencillamente se había desvanecido. Maerad aceptaba sus cuidados con pasividad, se sentía como un bebé, incapaz de hacer las cosas más sencillas, como comer, caminar o incluso hablar.

Pero un día —¿Un día después? ¿Una semana? ¿Un mes?— fue capaz de sentarse, tomar el cuenco entre sus manos y comer. Y aquella vez, cuando devolvió el cuenco, mientras se limpiaba la boca dijo:

—Gracias.

—¿Bueno? —preguntó la anciana—. *Na, na*, bueno —volvió a llevar el cuenco al fuego y lo secó con cuidado con un trapo viejo antes de volver a colocarlo sobre un estante de piedra al lado del hogar. Maerad no volvió a dormirse otra vez, como hacía antes, sino que miró a su alrededor con curiosidad. Nunca había visto una casucha así, una cabaña destartalada construida con trocitos de piedra y madera con trapos metidos en los agujeros para mantener fuera al viento, apenas lo bastante alta para estar de pie en su interior. Por primera vez vio que había un perro amarillo que dormía acurrucado en una esquina, sobre una pila de manteas harapientas, donde se suponía que debía de estar durmiendo la mujer, ya que Maerad tenía la única cama: un sencillo palé sobre el que había mantas y pieles apiladas.

—¿Dónde esto? —quiso saber Maerad.

—¿Tú annariense? —Pronunció la anciana alzando la cabeza y mirándola con sus

ojos azules y reumáticos. Maerad asintió y la anciana señaló el suelo—. Aquí, Zmarkan. —Señaló hacia detrás de ella, empleando el nombre Pilanel para el Odish Elednor—. Idrom Uakin. —Después se golpeó el pecho con las dos manos—. Yo, Mirka. —Sonrió, volviendo a mostrar sus dientes ennegrecidos—. ¿Tú?

—Soy Maerad.

—¿Tú bien? —dijo la anciana levantándose y mirándola a la cara con los ojos entornados.

—Un poco mejor.

Mirka asintió, satisfecha, y volvió a la tarea de atender el fuego y remover la sopa. Maerad se quedó sentada en silencio y la contempló.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó por fin.

—Tu venir a mi puerta. ¿Olvidaste? Tú muy enferma. Ay, muy, muy enferma. —Mirka negó con la cabeza mientras chasqueaba la lengua—. Mala tormenta, a lo mejor tú olvidaste. Yo encuentro y traigo a tú aquí. Mirka, *Mikinim*, gran famosa antes, ahora no, solo vieja, solo vieja. —Se rio socarronamente, y una repentina luz más joven apareció en sus ojos—. Tú chica con suerte. Tú morías, ¿sí?

—¿*Minikim*? —repitió Maerad. El escaso annariense de Mirka le resultaba difícil de entender, y la palabra Pilanel había podido con ella, la había vencido.

—Olvidé palabra. ¿Bruja? ¿*Dhilla*? Arreglo gente, antes.

—¿Curandera? —preguntó Maerad, y después probó con el Habla—. ¿*Dhillarearen*?

Mirka dejó de fregar.

—Sí, antes —dijo en el Habla—. ¿Tú eres *Dhillarearen*?

—Sí —respondió Maerad, resultaba un alivio no tener que pelearse con las barreras del lenguaje—. No lo sé. No tuve la escolarización adecuada para convertirme en Bardo.

La mujer volvió a reír para sí.

—¿Escarlarización? Yo soy de los Pilani. Nosotros no enviamos a todos los que tienen la Voz a Annar, aunque algunos van. Pero eso fue hace mucho tiempo. Yo ahora vivo aquí, y espero a que la muerte venga a visitarme. Pero en lugar de eso, te he encontrado a ti. ¿Y eso qué querrá decir?

—No lo sé —admitió Maerad. Se sentía confundida, e incluso aquella breve conversación la cansaba. La anciana se acercó más y examinó su rostro.

—Eres hermosa bajo esas costras, lo veo. No temas, no te quedarán cicatrices; los jóvenes os curáis rápidamente, y Mirka recuerda cómo curar, aunque haya olvidado muchas otras cosas. Debes dormir si te quieres curar. —Mirka colocó la mano sobre la frente de Maerad, y el sueño la recorrió como una ola. Pero después se despertó de repente, al recordar algo con un súbito pánico.

—¿Qué ha pasado con mi hatillo? ¿Llevaba el hatillo conmigo?

—Sí, mi polluela. No era capaz de quitártelo de las manos cuando entraste, de lo fuerte que lo que lo agarrabas. ¿Qué es tan precioso para ti que no puedas soltar? No

hay nada que sea tan importante. Ahora duerme...

El tiempo comenzó a discurrir consecutivamente, y el día comenzó a diferenciarse de la noche. Maerad consiguió salir de la cama un día después de hablar por primera vez con Mirka, pese a que le temblaban tanto las piernas que apenas fue capaz de atravesar la cabaña caminando. Mirka le proporcionaba apoyo, chasqueando la lengua, con la perra siguiéndolas tras sus talones, como si también la estuviese ayudando. Tan solo atravesar el cuarto caminando hizo que Maerad se marease, y tuvo que sentarse; Mirka esperó hasta que los temblores cesaron y después hizo que volviese a intentarlo con paciencia.

El día después de aquello salió al exterior, los ojos le lloraban ante la brillante luz del sol, y se sentó a observar cómo Mirka, que era mucho más fuerte de lo que parecía, cortaba leña y atendía a sus pollos, que daban vueltas rascando el suelo dentro de un corralillo poco más pequeño que la misma cabaña. El exterior resultaba tan excéntrico como lo era el interior, con su única chimenea de arcilla que desafiaba torcida a la gravedad, sus muros que eran una amalgama de barro embadurnado, piedras y madera, pero resultaba extrañamente parecido a un hogar.

En la despiadada luz del día, Mirka parecía aún más extraña, sus ropas eran informes, estaba claro que alguna vez habían pertenecido a muchas personas — hombres, mujeres, niños— y habían sido recogidas de la basura para aportar calor. Ahora todas estaban tan gastadas que se habían vuelto de un mismo color marrón grisáceo y parecían haberse adherido a su piel. Era evidente que nunca se había dado un baño. Pese a aquello, no resultaba desagradable tener cerca a Mirka; olía a humo de leña, tierra y algún tipo de hierba amarga. La perra, a la que Mirka llamaba Inka, que Maerad descubrió más tarde que era la palabra Pilanel para decir perro, la seguía por todas partes, siempre pegada a sus talones. Cuando ella pescaba, Inka se acurrucaba a su lado y se quedaba dormida, y Mirka dormía por las noches con la perra al lado del fuego. Maerad en ningún momento oyó a Inka ladrar ni gruñir y esta tampoco se preocupó nunca por la presencia de Maerad, una vez la hubo olfateado y decidido que era inofensiva. Era, igual que la propia Mirka, una criatura escuálida y dura, una continua presencia silenciosa que parecía, después de un tiempo, como una parte de la propia Mirka.

La cabaña estaba escondida en un claro de un bosque de abetos que rellenaba un pequeño barranco en el lado norte del Osidh Elednor. A un lado tenía un anciano peral silvestre, cuyas retorcidas ramas estaban cargadas de frutos verdes y ácidos. Unas zarzas se entrelazaban de forma salvaje subiendo por las paredes del corral de los pollos. Un riachuelo, frío como el hielo y parpadeante a causa de la presencia de gobios y otros peces, discurría muy cerca de la cabaña, y en los días soleados Mirka se sentaba allí durante horas con su hilo de pescar, para atrapar las truchas de montaña que constituían la mayor parte de su dieta. Tras ella se alzaba el asombroso

panorama del Osidh Elednor, con sus campos llenos de nieve y bosques de abetos y desnudos picos grises, pero Maerad no era capaz de ver más allá de las tierras altas que había al pie de la montaña.

Mirka le contó a Maerad que había estado acostada en su palé, apenas viva, durante siete días. Había aparecido sin más en la puerta de su casa, y Mirka la había hecho entrar sin cuestionárselo, la había cuidado y la había devuelto a la vida. Merad no tenía ningún recuerdo de nada más después de haber visto a Ardina, y supuso que Ardina la había llevado por el paso hasta la anciana para que la curase. Contó con los dedos; siete días significaban que ya casi había llegado el otoño, unas siete semanas desde que había salido de Ossin.

—Tendré que marcharme pronto —dijo—. He perdido mucho tiempo.

—¿Cómo se puede perder el tiempo? —preguntó Mirka—. El tiempo no le pertenece a nadie. —Sonrió—. No puedes ir a ningún lado mientras tengas las piernas como de trapo. Y necesitas engordar. —Pellizcó el antebrazo de Maerad tan fuerte que la hizo gritar—. Estás tan escuálida como un pollo enfermo.

—No, supongo que no —respondió Maerad con tristeza. No era capaz de caminar por el claro de Mirka sin que le temblasen las piernas; un duro viaje era algo inimaginable. Se percató de que ya había decidido continuar con su odisea en busca del Canto del Árbol; era la única manera de la que podría redimirse ante sus propios ojos. Descubrió aquel pensamiento sin acobardarse. Tras aquella terrible noche en la montaña, la idea de morir ya no le asustaba.

—De todas formas, ¿adónde deseas ir? —Mirka la miró, con la cabeza ladeada como un pájaro.

—He de ir a Murask.

—¿A Murask? —Una sombra oscureció el rostro de Mirka y esta se apartó murmurando algo para sí, como si Maerad no estuviese allí, y no respondía a ninguna de las preguntas de esta.

Finalmente, Maerad dijo:

—Pensaba que tú eras Pilanel. Murask es una ciudad Pilanel, ¿no es así?

—Los jóvenes siempre sois impacientes —escupió Mirka enfadada, moviendo las manos ante Maerad como para ahuyentarla. Cambió a su propia lengua—. *Na, na, im Pilani*. —Para sorpresa de Maerad, los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas, y entonces se sentó sobre un tronco y comenzó a berrear, con tanta naturalidad como si fuese una niña de tres años.

Maerad se sentía incómoda, no sabía cómo responder ni por qué lloraba Mirka. Al final, se limitó a aguantar entre las suyas las manos de la mujer hasta que esta se detuvo y se secó la nariz en la manga.

—Sí, soy Pilani —explicó—. Mi familia y yo. Pero ya no tengo familia. Ya no deseo ir a Murask para el encuentro invernal, las historias y los bailes. Mi familia está muerta.

—¿Muerta? ¿Cómo? —quiso saber Maerad y en seguida se arrepintió de haber

preguntado, porque Mirka volvió a empezar a sollozar. Pero por fin se detuvo, hipando, y miró a Maerad.

—Es bueno llorar por los muertos —dijo—. Necesitan su diezmo de lágrimas. Y yo creía que ya estaba seca y que no podía llorar más. Bueno, tal vez hayas abierto un nuevo manantial en mí, mi joven pollita. Una vez tuve hijas. —Acarició a Maerad bajo la barbilla y volvió a cortar madera, como si no hubiera ocurrido nada. Pero hablaba entre golpe y golpe de hacha—. Tuve hijas e hijos y un marido, y pensaba que estaba bien. Sabía, porque yo tenía la Voz, que viviría más que ellos, pero creía que los vería crecer y tener sus propios hijos. Un día llegaron los Jusacos y los mataron a todos. Y ahí se acabó todo. —Maerad esperó en silencio a que continuase. Mirka se detuvo para secarse la frente y después comenzó a balancear el hacha de nuevo—. Yo fui la única que quedó. Dijeron que después de aquello me había vuelto loca. Tal vez fuese así. El sol se oscureció y la noche se llenó de horror. Si hubiera podido salvar a mis queridos levantando las montañas con mis propias manos desnudas, lo hubiera hecho. Pero no podía.

—¿Quiénes son los Jusacos? —tanteó Maerad insegura, temerosa de reactivar la pena de Mirka. Al principio esta no respondió, si no que continuó haciendo pedazos la madera con una nueva fiereza, como si estuviese partiendo las cabezas de sus enemigos. Cuando terminó, se sentó al lado de Maerad.

—Los Jusacos son hombres malos, salvajes —afirmó—. Adoran a la muerte. Mantienen a sus mujeres en agujeros en el suelo y se beben la sangre de aquellos que matan. No saben lo que significa tener compasión.

—¿Viven en Zmarkan? —preguntó Maerad que nunca había oído hablar de los Jusacos y se quedó mirando a Mirka desorientada.

—Sí, a veces, a veces. Son como los Pilani; no se quedan en un lugar, pero no utilizan caravanas. Cabalgan con unas casitas de cuero enrolladas en la parte trasera de las sillas de montar, y cuando quieren parar, las montan. Cabalgan muy rápido y nunca sabes que una banda de Jusacos se acerca hasta que es demasiado tarde.

—¿Pero por qué matan a la gente? —indagó Maerad.

—Ya te lo he dicho —comenzó a parecer que Mirka iba a ponerse a berrear de nuevo—. Adoran a la muerte, la Gran Escatimadora. Se dice que se comen los corazones de sus enemigos. Creen que cualquiera que no sea Jusaco no tiene derecho a vivir sobre esta tierra. Nos matan y roban nuestros caballos.

Maerad se quedó en silencio después de aquello. Mirka continuó sentada a su lado, murmurando algo para sí en Pilanel, perdida en otra realidad; sonreía y asentía, como si estuviese hablando con alguien que no estuviera allí. «Está», pensó Maerad para sí, «más que medio loca». Pero había algo en ella que prohibía la lástima. Ella no se compadecía.

Maerad recuperó pronto su fuerza. No le había dicho a Mirka quién era, aparte de su

nombre, ni le había contado nada de su historia, y ella tampoco le había preguntado; había aceptado a Maerad como si fuese un pájaro herido, enviado por los cielos para que ella lo cuidase, que algún día se recuperaría y saldría volando. Ya no necesitaba dormir tanto, y como el tiempo continuaba siendo bueno, lavó sus ropas en el arroyo, frotándolas con un extraño jabón duro que Mirka le había dejado, y se dio un breve baño en las aguas heladas. Estaba absolutamente llena de porquería, como envuelta en una costra de sudor y sangre, y resultaba un alivio volver a estar limpia. Tras el frío contraste inicial, que hizo que le castañearan los dientes, se colocó bajo una pequeña cascada y se lavó el cabello, y cuando salió del agua sentía la piel ardiente de vida.

Pero a medida que el cuerpo de Maerad revivía, ella comenzaba a percibir más cercana su pena. Echaba de menos a su hermano mucho más que en ningún otro momento anterior; deseaba la cercanía de los suyos, la comprensión sin palabras de la que habían disfrutado Hem y ella durante un tiempo demasiado breve. Ahora pensaba que Hem no estaba muerto, pero se preguntaba si lo habrían capturado. O tal vez Turbansk todavía resistiese. No había ninguna manera de comprobarlo y no saber era casi peor que cualquier otra cosa.

A veces pensaba que, mientras dormía, abrazaba el cuerpecillo huesudo e incansable de su hermano, tal y como había hecho tantas veces mientras viajaban juntos y él tenía pesadillas que lo alteraban; y se sorprendía cuando se despertaba y hallaba que sus brazos estaban vacíos. En aquellos momentos, su ausencia era un dolor físico, la sentía hasta en la médula de los huesos.

Pero, sobre todo, Maerad estaba atormentada por pesares acerca de su ruptura con Cadvan. Una y otra vez repasaba sus conversaciones, preguntándose si las cosas podrían haber sido diferentes si hubiera estado menos enfadada, si Cadvan hubiera sido un poco menos severo; tal vez si sus mentes hubieran podido unirse (¿y por qué no habían podido hacerlo? ¿Por qué Cadvan lo había sentido como un ataque?), hubieran destruido a las criaturas heladas. Veía el conflicto final como un fallo propio, y tan solo fallo de ella.

También se sentía atribulada por la muerte de Ilar. Ya no podía ocultarse a sí misma que había matado a la Bardo intencionadamente y se preguntaba qué habría querido decir Cadvan con la nueva oscuridad que había percibido en ella. Sabía que había algo en ella que estaba cambiando, pero no era algo que pudiera percibir con facilidad: tan solo lo sufría. Era como si, en algún nivel que no era capaz de expresar con palabras, hubiera dos Maerads, y ella no era capaz de reconocer a ninguna de las dos y, lo que era peor, estaban en guerra. La única forma de resolver aquel conflicto interior era pensar en continuar su viaje.

Rebuscó entre los escasos retazos de conocimiento que tenía acerca del Canto del Árbol: el sueño premonitorio le había dicho que mirase al norte; la idea de que la Canción Partida y el Canto del Árbol estuviesen relacionados de alguna forma, que el Canto del Árbol fuese el Saber de los Elidhu, que un veneno en las raíces del Habla

tenía que ver con el secreto del Canto del Árbol. La certeza de Nelac de que ella y Cadvan debían resolver su enigma la tranquilizaba; estaba claro que tan sabio Bardo no los habría enviado a un viaje sin sentido. Su odisea dependía de un saber más profundo, similar al conocimiento instintivo que había sentido cuando había encontrado a Hem, que le decía que tenían relación el uno con el otro. Tenía que confiar en su saber profundo, tal y como lo había hecho Cadvan, y conformarse con no comprenderlo todo. En la fría luz de la racionalidad tenía poco con lo que continuar: sueños y suposiciones, enigmas en sí mismos. Tal vez Cadvan tuviese una idea más clara de lo que podrían hacer una vez hubiesen cruzado el Osidh Elednor, pero ahora ella había perdido aquel conocimiento. Estaba sola.

No le dijo nada de aquellos pensamientos a Mirka, pese a que ahora hablaban por las tardes, y Maerad ya estaba lo bastante recuperada para ayudarla con las tareas sencillas. Mirka le enseñó a pescar, sacando un precioso hilo de pescar que guardaba en el tejado, y se sentaban en las orillas del arroyo, mirando la superficie centelleante del agua. Maerad consiguió coger unas cuantas truchas, pero no era ni de lejos tan hábil como Mirka: pescar era la pasión de esta.

Pasaron unos cuantos días hasta que Maerad se sintió capaz de volver a sacar el tema de Murask. Eligió una tarde, después de haber compartido un guiso de hierbas y nabos, en la que estaban sentadas juntas mirando el fuego. Aquella vez, Mirka le dirigió una tensa mirada.

—¿Por qué quieres ir a Murask? —preguntó.

—Tengo algo que hacer —respondió Maerad—. Y he de ir allí.

—Está bien. —La anciana se inclinó hacia delante y avivó el fuego—. Está bien. No eres Pilani, y deseas ir a Murask.

—Mi padre era Pilanel —explicó Maerad—. Se llamaba Dorn.

—¿Dorn? Es un nombre muy común entre los Pilani. ¿Dorn de qué?

—No lo sé. —Maerad se sentía desconsolada—. Era Bardo. Dhillarearen. Nunca lo conocí, lo mataron cuando era pequeña.

—Dorn. —El rostro de Mirka se arrugó de concentración—. Conocía a un Dorn. Dorn a Triberi, uno de los Pilanel del sur que pasaban el invierno en Murask. Tenía la Voz y se fue hacia el sur. Tal vez fuese él.

—Tal vez —dijo Maerad—. Se casó con una Bardo, mi madre.

—Dorn a Triberi era un niño especial. —De repente Mirka se hallaba lejos, como si estuviese hablando dentro de un sueño y se hubiese olvidado que estaba sentada al lado de Maerad—. Un niño de las estrellas, uno de los benditos. No solo porque tenía la Voz, también nació con manto. Yo le traje al mundo, y llegó ciego y cubierto, y cuando se le quitó el manto que lo cubría, me miró con sus ojos oscuros y vio el mundo entero. Ay, hay bebés que son así, pero no hay muchos en este mundo, no muchos... —Se detuvo en seco y se quedó en silencio.

—¿Crees que era mi padre? —preguntó Maerad, reflexionando de nuevo acerca de lo poco que sabía de su propia familia. Pedazos y retales: unos cuantos recuerdos

fragmentados, los pocos hechos que le habían contado. Cadvan podría saber más, pero si era así, no se lo había explicado.

—¿Cómo voy a saberlo? —contestó Mirka irritada—. Podría serlo. Podría no serlo. Hay muchos Dorn entre los Pilani. Podría pertenecer a un clan del norte; no van a Murask, y entre ellos hay muchos Dhillarearen.

—Bueno, viniese de Murask o no —repuso Maerad, mordiéndose el labio para aplacar su impaciencia—, he de ir allí. Y será mejor que vaya pronto, porque no pasará mucho tiempo hasta que se acabe el otoño, y llegará el invierno, y viajar será duro.

—*Na, na*. Bueno, tú estás decidida a hacer tu camino, mi polluela. Y no pienso que sea un buen camino. —Mirka le dirigió a Maerad una mirada desconcertantemente penetrante—. Hay una sombra sobre ti. Pero no quiero saber nada de esas cosas; no, yo ya tengo suficiente oscuridad por mí misma. Bueno, Murask está ahí. No es difícil de encontrar: has de seguir la carretera, y te llevará hasta allí.

—Pero ¿qué carretera? ¿Y está lejos? —preguntó Maerad.

—Una semana de camino, tal vez diez días. No está lejos, no. Te enseñaré la carretera cuando llegue el momento. Pero aún no tienes fuerza suficiente, mi pollita. Todavía no. Tu cuerpo es fuerte y te pondrás mejor, pero no hoy, ni mañana.

Mirka no iba a decir nada más de Murask, por mucho que Maerad insistiese, y al final, sintiéndose frustrada, se acercó a su hatillo y tomó su lira. Había estado allí desatendida desde mucho antes de intentar cruzar el paso de Gwahlain, y Maerad sintió un estremecimiento al reconocerla cuando la sacó de su funda de cuero; la lira era su amiga más antigua, y una vez había sido su único consuelo. Y ahora tal vez volviese a hacer ese papel. La inspeccionó de cerca en busca de algún daño, pero la madera lisa y las cuerdas plateadas no presentaban ninguno; repasó sus extraños grabados con los dedos, las diez decoraciones con forma de runa que nadie era capaz de leer, y que le eran tan familiares como su propia piel. Finalmente pasó la mano por las cuerdas y un acorde resonó en la cabaña. Maerad levantó la vista, sonriendo, y vio sorprendida que Mirka la estaba mirando horrorizada.

—¿Qué es eso? —dijo—. ¿Qué es esa cosa?

—¿Esto? —Maerad la levantó de modo que Mirka la pudiese ver bien, pero la anciana se echó atrás con un respingo—. No es más que mi lira. Mi objeto favorito. Me la dio mi madre, que a su vez a ella se la había dado su madre, y así si nos remontamos a toda la Casa de Karn. ¿Nunca habías visto una?

—Es una cosa demasiado grande para esta casa. —El rostro de Mirka estaba gris de pánico—. Ha visto demasiado dolor. Ay, ha visto el desgarramiento del mundo; la luna está negra en su interior. ¡Déjala! —Se cubrió los ojos con las manos y comenzó a cantar algo en Pilanel, mientras le temblaba la mandíbula.

Asombrada, Maerad miró su humilde lira, y después la volvió a guardar lentamente en su estuche. Sabía que su lira era antigua, hecha por el pueblo Dhyllin

en el florecimiento de su civilización, y que por humilde que pareciese, era un antiguo y precioso instrumento hecho por un maestro artesano. Pero pese a que los pocos Bardos conocedores de su patrimonio habían reaccionado con asombro y respeto al verla, nadie había reaccionado nunca como lo había hecho Mirka. Maerad se sentía trastornada y decepcionada; estaba hambrienta de música. Ojalá Mirka no estuviese tan loca.

La anciana miró por entre los dedos y vio que Maerad había dejado la lira. Bajó las manos y rio por lo bajo ante el rostro abatido de Maerad, como si todo hubiera sido una gran broma.

—¿Te he asustado, mi niña, mi polluela? —Maerad no dijo nada. Sentía miedo, aunque pensaba que Mirka tan solo estaba loca—. Te he asustado, ¿verdad? Creo que no estás lo bastante asustada. —Mirka volvió a reír.

—¿Asustada de qué? —preguntó Maerad. «De todo», pensó, cansada, para sí. O tal vez de nada. Ya no lo sabía.

—Hay muchas cosas a las que temer —exclamó Mirka, a modo de evasiva—. Siempre es así. Siempre ha sido así.

—Tal vez —dijo Maerad suspirando— podríamos cantar algo. Sé algunas canciones. —Su anhelo de música florecía en su interior, convirtiéndose en un dolor imposible de aliviar.

—Tal vez tan solo sepas trozos de canciones —indagó Mirka, mirando a Maerad con una extraña malicia.

—¿Trozos de canciones? ¿Qué quieres decir?

Mirka no respondió hasta pasado un rato. Cerró los ojos con fuerza y comenzó a balancearse, como si estuviese intentando recordar algo que le quedaba muy lejano. Cuando volvió a abrirlos, su malicia se había desvanecido y ya tan solo parecía una anciana desconcertada.

—No sé lo que quiero decir —admitió—. Eres como un sueño que ya hubiera tenido antes, tú y la cosa que portas. Sí, un sueño, pero si es bueno o malo, no lo sé.

—Yo tampoco lo sé —afirmó Maerad sintiéndose muy triste—. Probablemente sea una pesadilla.

—Tal vez. O tal vez no. ¿Quién puede saberlo? Se cuenta que todos los enigmas los responde la Estirpe Sabia.

—¿La Estirpe Sabia? —Maerad se preguntó si aquello sería producto de la imaginación de Mirka. Levantó la vista y vio que la anciana estaba de nuevo muy lejos, con los ojos en blanco y sin enfocar.

—La Estirpe Sabia vive en el hielo, en el lejano norte, donde siempre es de noche o siempre es de día —hablaba con una monotonía que le desataba escalofríos por la espalda a Maerad, y durante un momento pensó en el rostro de Mirka se había difuminado y estaba viendo otro rostro, mucho más joven, en su lugar—. Son los más ancianos y recuerdan mucho de lo que se perdió durante los Días Negros, sí, cuando el señor del mal tenía influencia. Saben lo que es la mitad y lo que es un todo, lo que

está hecho y lo que está a medio hacer.

A Maerad casi se le sale el corazón por la boca, pensó en la historia de Ankil acerca de la Canción Partida. ¿Sería aquello a lo que se refería su sueño, cuando la voz decía «mira al norte»?

—¿Podrán hablarme del Canto del Árbol? —preguntó.

—Ellos guardan la Canción —contestó la anciana.

Maerad esperó, conteniendo el aliento, pero Mirka no dijo nada más; continuaba mirando al espacio, como si Maerad no estuviese allí. Maerad se inclinó hacia delante y le tocó el hombro, y entonces la anciana parpadeó y alzó la vista, como si se acabase de despertarse de un sueño. Su rostro se desmoronó en una mueca de dolor y se agarró la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Maerad.

—*Na, na*, niña, únicamente me duele la cabeza. Ocurre cuando eres vieja. Algún día te pasará a ti... —Mirka comenzó a murmurar algo que Maerad no pudo entender, y Maerad se puso a pensar con frustración sobre lo que le acababa de decir.

—¿Puedes recordar algo más acerca de la Estirpe Sabia? —indagó.

—¿La Estirpe Sabia? —repitió con brusquedad Mirka—. ¿De qué estás hablando, niña? Eso no son más que un puñado de cuentos para niños. ¿Por qué lo preguntas?

—Pero tú acabas de decir... —comenzó Maerad, y poco después desistió. Tal vez Mirka realmente no pudiese recordar lo que acababa de explicar, pero pudiese o no, estaba claro que no le iba a contar nada más a Maerad.



Dos noches más tarde, Maerad soñó con Hem. Aquel sueño no tenía nada de la aterradora claridad de los sueños premonitorios; pero deseaba que aun así fuese algún tipo de sueño real. Estaba sentada en algún lugar bajo la clara luz del sol, junto a su hermano. Hem tenía un pájaro enorme y blanco en el hombro y se reclinaba hacia atrás contra un árbol de hojas oscuras. Parecía mayor de lo que ella lo recordaba, más alto y corpulento, y tenía la piel más oscura, pero la miraba con los mismos ojos azules. Tenía en la mano una fruta naranja y suave, que cortaba con un pequeño cuchillo con el mango de madera. Reían, pese a que Maerad no podía recordar por qué.

El sueño se transformó en otros sueños que Maerad no recordaba, pero cuando se despertó notó ligeramente aliviada la fría desesperación que había sentido desde que se encontraba en casa de Mirka. Hem todavía estaba vivo y pensaba en ella; estaba segura de aquello. No estaba sola en el mundo. Y ya era hora de continuar.

No necesitó decirle nada a Mirka. La anciana se limitó a mirarla y asentir.

—Ahora estás bien —admitió—. Debes de desear marcharte.

—Sí —reconoció Maerad.

No dijeron nada más acerca del tema hasta después de desayunar y de que Maerad hubiese ayudado a Mirka con sus tareas matutinas. Entonces esta sacó su hatillo y rebuscó en él. Todavía tenía un poco de pan duro del viaje, suficiente para que le durase dos semanas, y un poco de fruta seca y nueces; los útiles de cocina habían desaparecido con Cadvan y Darsor, de manera que no tendría comidas calientes. Pero estaban en otoño y habría frutas del bosque y nueces y otras cosas que podría recoger, tal vez, de camino. Su botella de medhyl estaba casi completa. Llenó la botella de agua del arroyo y lo empaquetó todo.

Se colocó el hatillo a la espalda a modo experimental. No resultaba tan pesado como temía que le resultaría después de su enfermedad. Lo bajó y volvió a mirar en su interior. Sacó el gatito negro de madera que llevaba con ella desde aquel día, hacía mucho tiempo, en el que Cadvan y ella habían encontrado a Hem y, mientras se volvía a colocar el hatillo, salió para buscar a Mirka.

Mirka o estaba lejos, sentada en su montículo favorito para pescar; tenía a Inka a los pies, roncando. En la cesta que había a su lado ya había dos truchas, sus escamas

iridiscentes rompían la luz del sol; estaba pescando tantas como podía, para ahumarlas y conservarlas durante los helados meses de invierno que tenía por delante. Maerad se sentó a su lado y Mirka gruñó algo en reconocimiento, con os ojos fijos en el hilo brillante que temblaba sobre el agua.

—No tengo mucho que darte, por todo lo que has hecho por mí —dijo Maerad—. Me has salvado la vida.

—No necesito nada —contestó Mirka volviéndose para mirarla, con sus ojos azules brillantes y presentes—. Fuiste un regalo de las montañas.

—Aun así, me gustaría darte algo. —Sacó el gatito y Mirka lo cogió—. Esto lo encontré hace un tiempo. Al mismo tiempo que encontré a mi hermano. Creo que es Pilanel.

—Sí, es una talla Pilani —repuso Mirka cogiendo la figura e inspeccionándola—. Hay niños a los que les encantan. Y no pondrá celosa a Inka, ¿verdad? —Despertó a la perra con el pie y esta abrió un ojo adormilado—. No es como un gato de verdad. Gracias, mi polluela.

—Creo que debería comenzar ahora que aún es temprano —explicó Maerad—. ¿Cómo encontraré mi camino?

Mirka fijó el hilo al suelo y se puso en pie lentamente. Señaló un sendero serpenteante que llevaba al bosque partiendo de su claro.

—Síguelo —le recomendó—. Pronto encontrarás la carretera. Después apártate de las montañas y ve hacia el norte. Encontrarás Murask.

Maerad asintió y añadió con torpeza:

—Bueno, adiós entonces.

—Espera un momento. Tengo algo para ti.

Mirka fue hacia la casa renqueando. Desapareció durante mucho tiempo, y volvió al cabo de un rato sosteniendo un objeto pequeño en las manos.

—Toma esto —pidió—. Es una señal de confianza. Si la enseñas, se te aceptará en Murask, pese a ser una extranjera.

Le dio a Maerad un pequeño disco tallado en hueso amarillento. En el centro había una hermosa talla en relieve de un caballo en movimiento, perfecto en cada detalle, excepto en que lo atravesaba una pequeña grieta.

Maerad estaba tan desconcertada que durante un momento se quedó sin habla.

—No puedo aceptarlo —dijo.

—Sí puedes, mi polluela —insistió Mirka dándole una palmadita en la mejilla—. Y lo harás. Diles que Mirka a Hadaruk les envía saludos y bendiciones.

—¡Que la Luz brille sobre ti! —exclamó Maerad y después besó a la anciana en las dos mejillas.

—Así será, mi pollita, o no será, lo desees tú o no —añadió Mirka. Sonrió y acarició el cabello de Maerad—. Pero ahora tengo trabajo que hacer. Vete. Y vete en paz.

Volvió a su pesca. Maerad la miró durante un breve espacio de tiempo y después

suspiró y se colocó el hatillo. Se dirigió hacia el camino y lo siguió entre los árboles. No pasó mucho tiempo hasta que todo rastro del claro de Mirka hubo desaparecido de la vista.

Tal y como le había prometido Mirka, el caminito se unía a una carretera ancha de tierra batida que llevaba directamente colina abajo entre los abedules y los abetos. Maerad continuó caminando, dejando las montañas atrás. Lilos, groselleros, fresas salvajes y avellanos bajos crecían en enmarañados macizos bajo los árboles, con las hojas ya amarillentas y marrones. El cielo tenía un color azul muy pálido, poco cálido, hacía buen tiempo para caminar, y avanzó a zancadas, haciendo que el aire frío se le introdujese en los pulmones, escuchando cómo los pájaros reñían sin ser vistos en las ramas que la rodeaban y el suave crujido de sus pisadas en el suelo. Había pocos sonidos más: por primera vez en su vida Maerad estaba completamente sola, con ningún otro ser humano a quien acudir. Era una sensación extraña, pero liberadora; por alguna curiosa razón la hacía sentirse menos sola.

La caminata vació la mente de Maerad de todo lo que la había perturbado. Se introdujo en los ritmos de su cuerpo, dejando que se le balanceasen los brazos y que las piernas la llevasen hacia delante, disfrutando de la sensación de salud que corría en su interior tras los largos y oscuros días en la cabaña de Mirka. No pensaba en Cadvan, ni en Darsor ni en Imi, pese a que flotaban en las sombras en el fondo de su mente, arrepentimientos y penas que nunca la dejarían.

Cuando el sol estuvo en su punto más alto, se detuvo para realizar una rápida comida y después continuó. Más o menos a media tarde salió del bosque y vio ante ella las grandes llanuras de Zmarkan, que los Pilanel llamaban Arkiadera, o las Llanuras Madre. Se extendían hasta más allá del horizonte, un mar liso de juncias, hierba amarillenta y brezo. La carretera continuaba recta por las llanuras, sin girar a la derecha ni a la izquierda, bajo un cielo inmenso y vacío. Los únicos árboles que veía Maerad eran unos cuantos sauces y avellanos oscuros y bajos. Seguían un enrevesado recorrido que hacía eses a lo largo de la carretera como un borracho; Maerad supuso con alivio que marcaban el curso de un río.

Veía en la distancia animales que se movían por las llanuras, pero no era capaz de decir lo que eran. No sabía si eran salvajes o si indicaban la presencia de gente. Se sintió desprotegida en cuanto abandonó el refugio de los árboles, y pese a que no había nadie a la vista, y ninguna posibilidad de que nadie pudiese aparecer arrastrándose sin ser visto en aquel terreno tan nivelado, se hizo un conjuro destellante para hacerse invisible. Le hizo sentirse un poco más segura. No temía encontrarse con Glumas ni Bardos tan al norte, pero sabía que ahora estaba dentro del alcance de los dominios del Rey del Invierno y le pareció sentir una presencia, una sensación de voluntad malvada que le llegaba desde el nordeste. Tan solo era una sensación muy vaga, pero era lo bastante insistente para despertar su alerta.

Instintivamente escudó su mente contra ella, cuadró los hombros y siguió avanzando.

Caminó hasta la noche, cuando pensó que debía preparar un campamento. No había árboles para protegerla, de modo que dio un rodeo hasta la orilla del río y acampó allí, entre los sauces. Eran un tipo de sauces que Maerad no había visto nunca antes, con unas ramas de un color rojizo violáceo punteadas de azul, y sus hojas amarillentas temblaban con el viento de la noche. Una bandada de patos se peleaban en el agua fuera de la vista, y en la distancia escuchaba los lastimeros chillidos de los chorlitos. Encontró un sitio entre dos árboles viejos que ofrecían un poco de cobijo y se agachó entre las raíces, mientras la sensación de bienestar que había tenido durante el día comenzaba a hundirse y desvanecerse.

En cuanto desapareció el sol, comenzó a hacer mucho frío, y Maerad temblaba mientras se acurrucaba, envuelta en su manta, intentando ponerse cómoda entre las raíces del árbol. Se sentía insegura; no había nadie que vigilase, y tendría que dormir desprotegida en terreno salvaje. Todavía llevaba su conjuro destellante, pero sabía que los conjuros no engañaban a los animales. Y no podía hacer un fuego que la animase, porque no tenía nada con lo que encenderlo. Se planteó por un momento encenderlo con magia, pero abandonó la idea: de todas maneras, un fuego llamaría la atención.

Estuvo despierta durante mucho tiempo, escuchando los sonidos de la noche, cambiando de postura sin descanso sobre el suelo duro. Las estrellas brillaban en la oscuridad. Maerad se quedó mirando el camino brillante de Lukemoi, los jinetes de las estrellas, que formaba un arco justo en medio del cielo. Nunca lo había visto brillar con tanta intensidad. Se decía que los muertos hacían aquel camino para llegar a las Puertas. Se preguntó si Cadvan estaría allí flotando, observándola incluso mientras hacía su camino hacia las Arboledas de la Sombra. Aquel pensamiento no la reconfortó. «No», pensó, «Cadvan hace mucho que se ha ido. Estoy sola».

Cuando se despertó, Maerad vivió un breve momento de pánico; no recordaba donde estaba la carretera, y no la podía ver desde el río. Se dio cuenta de que fácilmente podría ponerse a dar vueltas en círculos por aquellas llanuras planas y monótonas: lo único que le proporcionaba alguna orientación era la carretera. Desayunó rápida, comenzó a caminar desde el río por donde pensó que era la dirección correcta, y antes de ponerse demasiado ansiosa se topó con la carretera. A la noche siguiente, cuando salió de la carretera para buscar un lugar donde acampar, marcó la dirección con mucho más cuidado.

Caminaba rápido, haciendo un descanso a mediodía, y estaba todo el día en movimiento, ansiosa por llegar a Murask antes de que cambiase el tiempo. Había tenido suerte: los días eran fríos y claros, y no había llovido. Tenía desagradables recuerdos de dormir al aire libre con mal tiempo, y allí hacía más frío de lo que ella estaba acostumbrada. Por la mañana, cuando se despertaba, el mundo estaba blanco

de helada, el rocío se había congelado en las hojas, y el escaso calor que había conseguido generar durante la noche se disipaba rápidamente en cuanto se movía. Estaba contenta de tener sus pieles de oveja, ya que si no se habría congelado hasta la muerte.

Los animales que había visto en las praderas resultaron ser manadas salvajes de un tipo de ciervos grandes y lanudos. Nunca se acercó demasiado a ellos, ya que evitaban la carretera, pese a que en una ocasión se topó con un pequeño grupo de unos veinte, pero antes de que la olfateasen ya habían salido en estampida. También había grupos de ponis salvajes, del tipo de los que criaban los Pilanel: duros, de largas crines y cautelosos. Por lo demás no vio nada más que pequeñas criaturas como comadreas de piel marrón y brillante, y de vez en cuando zorros y liebres, y pájaros: charranes blancos y negros, que se cernían sobre ella, y enormes bandadas de gansos y perdices nivales que migraban para pasar el invierno en el sur, y una vez un par de águilas que cazaban, dejándose caer hacia la hierba como piedras y volviendo a alzarse con algún pequeño y desafortunado animal atrapado entre sus garras.

No vio a ningún otro ser humano. No se sentía sola, estarlo suponía un alivio. No pensaba en el incidente en el paso de Gwalhain. Los terribles sueños que había tenido en casa de Mirka, en los que revivía sin fin el momento de la muerte de Cadvan, habían cesado; estaba demasiado cansada, después de caminar durante todo el día, para soñar con nada. Se sentía vacía y seca, como si nunca fuese a sentir nada de nuevo. Se preocupaba por los detalles triviales de cada día: asegurarse cada noche de que se había masajado bien los pies con bálsamo para evitar las ampollas, comer lo suficiente para continuar la marcha y mantenerse alerta ante cualquier señal de peligro. Vigilaba cuidadosamente en busca de extraños cambios en el viento o en el tiempo en general, que podrían señalar la llegada de una criatura helada o un perro de tormenta. Pero el cielo continuaba claro y azul.

Realizar aquellas tareas banales le recordaba, sin que ella pudiese controlarlo, a Cadvan. Se daba cuenta, con una intensidad que agujereaba incluso sus entumecidas emociones, de que si él no le hubiera enseñado aquellas rudimentarias habilidades, no habría tenido ninguna esperanza de sobrevivir sola en un terreno salvaje. Y aquello provocaba otras ansiedades: pese a estar viajando lo más rápido que podía hacia Murask, temía su llegada allí. ¿Qué haría cuando lo hiciese? Siempre que se había encontrado con extraños, Cadvan estaba allí, para presentarla, o para tratar con cualquier tipo de dificultades que pudiesen surgir.

Maerad reflexionó con amargura que sabía muy poco de la gente; durante la mayor parte de su vida su mundo había sido muy pequeño, el espacio del Castro de Gilman, y desde entonces solo había sabido de los Bardos. No hablaba la lengua Pilanel, aunque Mirka le había dicho que había muchos Pilanel que tenían el Don, y al ser nómadas, tal vez muchos de ellos hablasen algo de annariense. ¿Debería simplemente entrar y pedir ayuda? ¿Debería explicar quién era o qué estaba haciendo, o debería disimular? No sabía nada de los Pilanel; incluso Hem habría estado mejor

preparado de lo que estaba ella. No se le daban bien los encantamientos para disfrazarse, que, en cualquier caso, tampoco le aportarían la lengua Pilanel. Estaba segura de que Cadvan habría conseguido hacerse pasar por Pilanel si lo hubiera querido, igual de segura que estaba que ella no podría; lo más probable era que él hablase su idioma. Y Cadvan conocía bien el norte, casi seguro que mejor que ninguna otra persona en Annar —lo había recorrido entero justo antes de encontrarse con ella. Maerad tan solo tenía un diluido recuerdo de los mapas que había examinado en cada de Gahal, y de todas maneras los mapas de Zmarkan estaban más bien vacíos. No había habido ninguna mención que pudiese recordar a la Estirpe Sabia, o acerca de si tales personas podrían estar vivas.

Continuaba, en realidad, porque no podía pensar en ninguna otra cosa que hacer. Convertirse en Bardo había envuelto su vida de un significado que nunca había poseído; ahora aquel significado se había marchitado y había desaparecido, envenenado por su estúpida vanidad. Tal vez la única forma de restaurar aquel significado fuese mantenerse fiel a sus promesas a Cadvan, a Nelac, a Nerili, a todos aquellos que habían demostrado tener fe en ella, y a quienes sentía que había fallado absolutamente.

Cuando había surgido el rompecabezas de su naturaleza Elemental, ella se había limitado a dejarlo a un lado como algo que no podía resolver. No comprendía su cercanía a Ardina: ¿por qué la reina Elemental la llamaba «hija» como si tuviesen un parentesco mucho más cercano que el de una descendiente lejana? No sabía por qué ella tenía poderes que otros Bardos no poseían. No comprendía por qué la consideraba tan importante —el Lirio de Fuego, la Predestinada, Quien el Destino ha elegido— y cómo aquello cuadraba con su sensación que en realidad era totalmente insignificante, un diminuto ser humano que se abría paso por sí mismo en un mundo inmenso, sola y sin poderes, sin mayor importancia que cualquier otro, y mucho menos merecedora que la mayoría. «Mirka», reflexionó, «en toda su locura y pena, había llegado a una especie de paz consigo misma». En su malestar y duda, Maerad envidiaba a Mirka; lo único que ella conocía de la paz era la muerte en vida de su corazón.

Mirka le había dicho que Murask estaba a una semana o diez días de camino desde las montañas. Maerad llevaba la cuenta de los días cuidadosamente, mirando cómo la delgada luna iba creciendo cada noche, y después de siete días comenzó a mirar a su alrededor en busca de señales del asentamiento. La Arkiadera se extendía ante ella, y por detrás tenía la inmensa cordillera del Osidh Elednor, que no era ya más que una difuminada mancha púrpura en el horizonte, la única señal de que había cubierto alguna distancia. Comenzó a preocuparse acerca de sus provisiones de comida, que tan solo durarían un par de semanas. Si Mirka se había equivocado en sus cálculos, o si estaba yendo en la dirección errónea, pronto se hallaría en serias dificultades.

En el décimo día de su caminata, Maerad por fin comenzó a ver señales de otros seres humanos; veía de vez en cuando en la distancia una caravana Pilanel o vaqueros con caballos. Comenzó a pensar con esperanza que realmente estaba en el camino correcto y que no había estado, tal y como temía, vagando sin más por el corazón de las llanuras.

Continuaba evitando ser vista —por precaución, se dijo para sí, pero también por timidez. Si la hubieran visto dirigiéndose a una Escuela no habría estado tan nerviosa. Deseaba, no por primera vez, no ser tan ignorante. Tocaba a menudo la señal que Mirka le había dado, preguntándose qué significaría y si la ayudaría, tal y como había prometido la anciana.

Al decimotercer día vio cómo un humo se elevaba difuminado ante ella, y supuso que por fin estaba cerca de Murask. Animada, aceleró el paso, y cuando cayó la noche ya la tenía ante la vista: todavía faltaban unas cuantas leguas, pero sin duda era un asentimiento de mucha gente, ya que en el cielo se alzaba el humo de muchos fuegos.

Estaba desconcertada porque no veía ninguna construcción, tan solo lo que parecía ser una colina baja.

Podría haber continuado y haber llegado a Murask poco después de que se hiciese noche cerrada, pero decidió no hacerlo, ya que no se sentía preparada. En lugar de eso acampó de nuevo al lado del río, con el plan de llegar por la mañana temprano al día siguiente. Pese a su gran cansancio, durmió mal; la luna estaba ahora llena y ardía brillante en el cielo helado, arrojando agudas sombras negras sobre las juncias. Al mirarla entre las enmarañadas ramas de los sauces, Maerad se estremeció: era una luna poderosa, que le despertaba sentimientos que creía muertos, pero estaban distorsionados e irreconocibles, y volvían extraños rostros hacia ella. «Ya no sé quién soy», pensó; «lo cierto es que nunca lo he sabido». Una terrible desolación le encogió el corazón y se quedó tumbada de espaldas, temblando de frío, incapaz de encontrar comodidad ni para el cuerpo ni para la mente.

Se despertó de unos acongojados sueños que no recordaba cuando todavía estaba oscuro. No había helado, pero estaba empapada por un rocío frío y pesado, y el mundo gris que la rodeaba parecía inhóspito y vacío. Olfateó el aire; el viento estaba cambiando, trayendo una ráfaga más fría del norte, y el cielo se veía pesado, cargado de nubes amarillentas. Tomó su humilde desayuno a toda prisa, mirando las masas nubosas, y después se lavó rápidamente en el agua congelada del río: como siempre ocurría cuando había luna llena, le había venido el período, y anhelaba darse un baño. Maldijo el calendario; se sentía más frágil de lo habitual, como si estuviese hecha de cristal, y ahora más que nunca necesitaba ser fuerte. Intentó peinarse el cabello, pero lo tenía tan enredado tras días de dormir al aire libre que casi rompe el peine, y desistió. Por fin, al no hallar ninguna otra razón para postergarlo, más que una profunda desgana, comenzó a caminar hacia Murask.

Cuanto más se acercaba al asentimiento, más la desconcertaba. No parecía para

nada un pueblo. Ahora se cruzaba con frecuencia con manadas de ponis que pastaban, cuidados por vaqueros que llevaban brillantes chaquetas de Zmarkan, pero no veía ninguna caravana. La colina verde se hacía cada vez más grande a medida que se aproximaba a ella; era el único terreno elevado en aquellas inmensas y planas llanuras. Comenzó a darse cuenta de que Murask debía de estar dentro de la colina. Se fue volviendo más y más aprensiva, y una parte de ella jugueteó con la idea de darse la vuelta y caminar en otra dirección. «¿Hacia dónde?», pensó con desesperación. «No tienes elección, si no te dejan entrar aquí, morirás congelada». Como si fuese la respuesta a sus pensamientos, unos cuantos copos de nieve perdidos comenzaron a dar vueltas en el cielo. Bajó la cabeza, posponiendo cualquier otra especulación, y se concentró en caminar.

Llegó a la puerta de Murask a media mañana. El paisaje a su alrededor ya estaba blanco, cubierto por una fina capa de nieve, y se puso a dar golpes en el suelo con los pies para conservar el calor mientras esperaba ante la puerta, preguntándose qué hacer ahora. Sobre ella se cernía la colina, que se alzaba a una altura mayor que dos pinos de extremo a extremo, y casi tan empinada como una pared. Al verla de cerca, resultaba evidente que aquel no era un montículo natural, pese a que estaba recubierto por un césped corto y verde que hacía que pareciese parte de las llanuras, y unos avellanos, sauces pequeños y espinos lo abrazaban en la base.

La puerta era inmensa, tan alta como cuatro hombres, y hecha con gruesas barras de hierro a través de las que Maerad podía ver en un túnel oscuro iluminado con antorchas. Detrás de las barras había una sólida puerta de madera de dos hojas. No tenía ningún adorno, y daba la impresión de ser muy antigua. Parecía más antigua que cualquier otra cosa que Maerad hubiera visto en las Escuelas Bárdicas; tal vez tuviese tantos años como las piedras erguidas que había visto en las Tierras Hundidas en Annar. Maerad tragó saliva, momentáneamente intimidada. La puerta estaba cerrada, y no veía a nadie por allí cerca que estuviese dispuesto a abrirla. A modo de experimento, colocó la mano sobre una de las barras y empujó. Tal y como esperaba, estaba cerrada.

Miró a su alrededor y esta vez vio una campana de bronce que colgaba a un lado, con una fina cadena de metal que le colgaba del badajo. Tiró de él y la campana sonó, haciéndole pegar un salto; sonaba muy alto en medio de aquel silencioso paisaje, acrecentaba la fuerza del campaneó. Al principio no ocurrió nada, pero poco después se abrió una puertecita a la izquierda del túnel que no había visto antes, y se asomó un hombre que le dijo algo en Pilanel. Maerad nunca había visto a un hombre adulto tan bajito. Tenía la cabeza hundida entre los hombros, y la columna encorvada formando una joroba, pero sus hombros y manos eran inmensas, de modo que sugerían una fuerza tremenda. No entendía su idioma, y se limitó a quedarse allí, sosteniendo la señal que le había dado Mirka, esperando por lo que pudiese ocurrir después. El hombre echó un vistazo entre las barras de la puerta, mirando directamente a Maerad. Después se encogió de hombros, murmurando algo para sí

que sonaba parecido a una maldición, y volvió a meterse en su cuarto, cerrando la puerta de golpe.

De repente Maerad se dio cuenta de que todavía estaba bajo los efectos del conjuro destellante, y casi se echa a reír. No servía de nada llamar a una puerta si nadie podía verla. El corazón le latía muy deprisa, y esperó un instante hasta sentirse más calmada. Después, tras mirar a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca que pudiese ser testigo de su súbita aparición de la nada, deshizo el conjuro destellante y volvió a intentarlo.

Aquella vez el hombre salió más deprisa. Parecía fastidiado y Maerad se preparó para lo que viniese a continuación, pero cuando miró entre las barras, simplemente se detuvo con cara de sorpresa. Maerad le acercó la señal, la mano le temblaba un poco.

—¿*Om ali nel?* —dijo.

—Me llamo Mara. Soy annariense. Traigo saludos de Mirka a Hadaruk.

El hombre la estudió en silencio durante un instante y después sacó los dedos por el estrecho hueco que había entre las barras de hierro para coger la señal. La examinó de cerca, dándole vueltas y más vueltas, con un rostro inexpresivo, mientras Maerad lo miraba ansiosa. Finalmente pareció tomar una decisión, y sacó una larga llave de hierro del manajo que le colgaba de la cintura y la giró dentro de la cerradura que había en medio de la puerta, utilizando las dos manos. Después sacó otra llave más ancha y volvió a desaparecer dentro de su cuarto. Maerad estaba comenzando a preguntarse si volvería cuando reapareció y con otra llave abrió una cerradura que estaba cerca de la base de las puertas. Después tiró de ellas para abrirlas, haciéndole señas para que entrase.

—Ven —dijo, en un annariense con un fuerte acento extranjero.

Maerad se quedó en el umbral dubitativa y después obedeció. Una vez estuvo dentro, mientras parpadeaba para que sus ojos se adaptasen a la oscuridad, el hombre repitió el laborioso proceso de cerrar las puertas, y sin decir nada más, le indicó que lo siguiese.

El túnel que atravesaba la colina era muy grande, lo bastante grande para que pudiesen parar caravanas Pilanel. No daba la sensación de humedad que Maerad había esperado; el aire parecía cálido, si es que parecía algo. Estaba cubierto y adoquinado con toscas piedras y olía a la brea que ardía en las antorchas que había a lo largo del túnel. Fijó la vista en la espalda jorobada del guardián de la puerta, apresurándose para mantener su paso. Pese a su cojera, caminaba muy rápido. Maerad se dio cuenta de que cojeaba porque tenía una pierna mucho más corta que la otra y comenzó a preguntarse quién sería y cómo sería ser como él. Nunca había visto a nadie tan deforme.

El pasadizo daba muchas vueltas y no pasó mucho tiempo hasta que Maerad hubo perdido por completo el sentido de la dirección. Tras las tres primeras vueltas, llegaron a otra puerta de hierro, también cerrada con tres candados, y después, no mucho más lejos, otra más. Maerad percibió que había rendijas en las paredes a cada

lado de las puertas y pensó que lo más probable era que fuesen para que los arqueros pudiesen atacar a los invasores. Murask estaba evidentemente bien defendida ante cualquier ataque y Maerad volvió a preguntarse intranquila cómo la recibirían.

Cuando Maerad vio luz del sol parecía que llevaba siglos caminando, se veía un color plateado de un brillo imposible al final del túnel. «Tal vez, después de todo, Murask no esté dentro de la colina», pensó con alivio; «tal vez la colina sea en realidad una pared enorme». Por fin salieron, y Maerad parpadeó, deslumbrada, y miro a su alrededor asombrada. Sin duda estaba en algún tipo de pueblo, pero nunca había visto nada que se le pareciese.

Murask, el lugar de reunión invernal de los clanes Pilanel del sur, era, tal y como había supuesto Maerad, un asentamiento fortificado. Era una colina artificial, construida en un tiempo que se había olvidado hacía mucho, y se alzaba elevada sobre las planas llanuras, extendiéndose a lo largo de más de una legua de extremo a extremo. La «pared» era cuatro veces más ancha que alta, y estaba sobre todo hueca: la mayoría de las moradas Pilanel estaban en su interior. El centro, el lugar en el que había aparecido Maerad con el extraño guía, era un espacio amplio y llano cubierto por una hierba corta, que ahora estaba blanca por la nieve. A diferencia de los muros exteriores, los interiores estaban hechos de piedra desnuda, curtida por el tiempo, agujereada por cientos de puertas y ventanas. Había varias caravanas Pilanel contra la pared, con las varas descansando en el suelo, y Maerad vio a una docena de niños que jugaban divertidos al «corre que te pillo», que se detuvieron al verla y se la quedaron mirando con la boca abierta. Había unos cuantos ponis tristemente acurrucados para protegerse de la nieve, algún que otro de los pesados ciervos que Maerad había visto de camino a Murask que apartaban la nieve con el hocico para pastar en la hierba y unos cuantos chuchos flacos parecidos a galgos, del tipo que los Pilanel tenían como perros guardianes.

No tuvo tiempo para mirar a su alrededor, ya que su guía la apuraba para llevarla a un gran edificio en el mismo centro de aquella plaza. Estaba construido en granito gris y tenía una altura de tres pisos, el más alto de los cuales estaba completamente cubierto por un grueso y empinado tejado hecho de juncos de río, que colgaba sobre las paredes por lo menos doce pasos. La pared principal estaba cubierta por algún tipo de escayola o estucado, y pintada de brillantes colores, como las caravanas Pilanel, con dibujos geométricos.

Su guía se acercó a una puerta de doble hoja e hizo sonar un timbre que se parecía mucho al que había en la puerta principal. En seguida apareció un hombre alto, y los dos mantuvieron una larga conversación. El guía le tendió la señal de Mirka y el hombre la examinó detenidamente, mirando a Maerad desde debajo de las cejas mientras lo hacía. Al final asintió y el guardián de la puerta, sin mirar a Maerad, se dio la vuelta y volvió a su puesto, con las llaves tintineándole en la cintura.

El segundo hombre se quedó observando a Maerad sin decir nada durante lo que pareció un tiempo muy largo. Maerad aguantó el examen intentando parecer inofensiva y educada, devolviéndoselo clandestinamente. Tenía la piel oscura como la de Hem, del color de la miel de castaño. Sus ojos, bajo las cejas negras, eran igual de imposibles de leer que el agua profunda, y su rostro era flaco y severo. Maerad también vio que era un *Dhillarearen*.

—¿Eres annariense? —dijo por fin. Tan solo tenía un débil acento.

—Sí —contestó Maerad, aliviada porque él hablaba su lengua materna—. Me llamo Mara. Busco vuestra ayuda y he de hablar con el jefe de vuestro clan.

—Eso lo harás, tal como hacen todos los extranjeros que entran en este Otero. Pero en estos días de desconfianza, no permitimos que muchos entren en nuestro refugio. Esta vez tan solo lo hemos permitido por esta señal. Me gustaría saber cómo has llegado a tener tal cosa.

—Me lo dio Mirka a Hadaruk —explicó Maerad, inspirando profundamente—. Envía saludos.

—Mirka a Hadaruk lleva muchos años muerta —pronunció el hombre mirándola a la cara. El corazón de Maerad se detuvo por un instante, y bajó la vista, inquieta.

—Tal vez la mujer que me lo dio utilizaba el nombre de Mirka sin razón, aunque no sé por qué iba a hacer algo así —reflexionó por fin—. Es muy anciana. Pero no está muerta, a no ser que haya muerto desde que yo la vi por última vez, hace dos semanas.

Se produjo un silencio y el hombre asintió.

—Tal vez haya otra historia que contar —dijo—. Juzgo que no buscas engañarme. Puedes entrar.

Abrió la puerta y le hizo un gesto para que entrase. Antes de dar paso hacia dentro, ella dudó.

—Sería de buena educación preguntar tu nombre, para así poder dar las gracias a quien me invita —indagó.

—Me llamo Dorn a Hadaruk —respondió.

—¿Dorn a Hadaruk? —preguntó Maerad, desconcertada. ¿Dorn? ¿El nombre de su padre? «Es un nombre bastante común entre los Pilani», le había dicho Mirka... Y tenía el mismo apellido que ella.

—Mirka es la madre de mi madre —reconoció, sin ninguna emoción en sus ojos oscuros—. Así que ya ves, el tema de su vida y muerte tiene un cierto interés para mí.

—Ya veo —Maerad se quedó en silencio durante un instante, pensando en la anciana loca que había sido tan amable con ella. Le había hablado de su hija, y de la muerte de su hija; nunca había hablado de que tuviese nietos vivos. Se preguntó si Mirka sabría que tenía un nieto, o si pensaría que simplemente estaba muerto, tal y como él pensaba que ella estaba. Después se dio cuenta de que Dorn esperaba paciente, manteniendo la puerta abierta. Intentó sonreír—. Te doy las gracias, Dorn a Hadaruk —concluyó, y lo siguió al interior de la casa.

Dorn la llevó por un ancho y oscuro pasadizo, que llevaba, sorprendentemente, a una inmensa habitación de la que Maerad pensó que debía ocupar la mayor parte de la casa. Su altura alcanzaba los tres pisos de tejado, y en cada nivel había una galería, a partir de las que Maerad podía ver que salían otras habitaciones. En el otro extremo había una chimenea lo bastante grande para que en ella cupiese un árbol entero, cubierta por una repisa tallada con dibujos geométricos Pilanel; dentro de ella ardía algún tipo de fuel que Maerad no reconoció, una especie de turba, que daba mucho calor y agradable olor a tierra. Por lo demás, el salón estaba recubierto de madera de cedro pulida, tapada en algunos lugares por tapices cuyo brillo se había apagado con el paso del tiempo.

Al lado del fuego, sobre una silla de madera tallada, había una mujer alta. Aunque el pelo le colgaba en dos sencillas trenzas, una a cada lado de la cara, y su túnica, de un exquisito color «rojo-púrpura», era sencilla y sin adornos, Maerad percibió en su aura una autoridad incuestionable. Y con un estremecimiento comprendió que la mujer era una Bardo muy poderosa. Esta fijó sus ojos oscuros en Maerad mientras avanzaba lentamente por la sala detrás de Dorn. Sus pies resonaban sobre los tablones de madera del suelo.

Según el exagerado sentido de la percepción de Maerad, atravesar la sala pareció llevarle un larguísimo tiempo. En todo momento era consciente de tener los ojos de la mujer sobre ella mientras se acercaba, hacían que la espalda le cosquillease. Por fin llegó a donde estaba la silla, y la mujer se levantó y posó sus ojos en Dorn, que habló en annariense, como cortesía hacia Maerad.

—Sirkana a Triberi, Jefa Tribal de los Clanes Sureños —dijo—. Te presento a una viajera que ha llegado aquí portando una señal de emergencia y confianza Pilani, y saludos de Mirka a Hadaruk, de quien afirma que está viva. La viajera es annariense, y dice que su nombre es Mara.

Maerad hizo una reverencia, sintiéndose muy bajita. Al ponerse de pie, Sirkana se cernía como una torre sobre ella; era más alta que la mayor parte de los hombres.

—Gracias por recibirme, Sirkana a Triberi —saludó Maerad, tan formalmente como fue capaz de hacerlo—. He viajado desde muy lejos para veros.

En lugar de responder, Sirkana se inclinó para poder mirar a Maerad a los ojos. El primer instinto de Maerad fue esconderse, pero tan solo parpadeó y aguantó el análisis. Tras una larga pausa, la mujer se irguió.

—Es ella —sentenció en el Habla—. La Escogida por fin ha llegado.

Dorn se quedó mirando a Maerad con un repentino asombro y ella se volvió agónicamente consciente de su mugriento aspecto.

—¿Estás segura? —dijo, respondiendo en la misma lengua, y Maerad le dirigió una rápida mirada. Los dos Pilanel la miraban con solemnidad, y sintió que debía decir algo.

—Siento presentarme ante vosotros tan desaliñada —dijo por fin, empleando el Habla—. No pretendo ser irrespetuosa.

—Yo tampoco lo pretendía —contestó la mujer—. Llevo mucho tiempo esperándote.

—¿A mí? —preguntó Maerad olvidándose de las formalidades—. ¿Cómo sabías que vendría aquí?

—Lo dice la tradición —afirmó Sirkana, como si aquello lo explicase todo—. Se sabe desde hace mucho que el Enigma comenzaría a responderse aquí. Nuestras canciones no mienten y los últimos años han portado todas las señales. Era el momento. Además, llevas tu destino escrito en la cara. —Maerad se había quedado sin habla, y sintió que se ruborizaba. Sirkana se echó a reír ante su incomodidad—. Tu destino no es visible para cualquiera —explicó—. Solo para aquellos que tienen los dones tanto de la Vista como de la Voz. Y no hay muchos así. Tal vez tan solo yo. Bueno, has viajado desde muy lejos y debes de tener hambre y los pies doloridos. Te quedarás en mi casa, hay espacio en abundancia. Ven, continuaremos hablando más tarde.

Chasqueó los dedos y una mujer cuya presencia Maerad no había percibido antes salió de las sombras bajo las galerías. Sirkana le ordenó algo en Pilanel y la mujer asintió y después le hizo una seña a Maerad para que la siguiese fuera de la sala. Maerad fue tras ella, asombrada tanto por su entrevista como por su rápida despedida. Se sentía como si hubiera irrumpido en medio de una conversación que se suponía que debía comprender, y la hubieran dejado abierta como un pescado, intentando entender algo.

Por fin estaba en un lugar cálido, por primera vez en días. Y tal vez pudiese darse un buen baño.

Llevaron a Maerad a una pequeña alcoba que daba a la galería más elevada. La mujer no hablaba nada de annariense, pero consiguieron comunicarse un poco mediante gestos: Maerad descubrió que su nombre era Zara, y esta, que era claramente una mujer práctica, decidió que sí, que a Maerad le gustaría lavarse y que también le gustaría comer algo. Desapareció y Maerad pudo por fin dejar el hatillo con el que cargaba desde hacía dos semanas, desde el Osidh Elednor. Se frotó los hombros y suspiró.

Se sentía demasiado cansada para deshacer el hatillo; ahora que ya había llegado era como si una pesada carga de cansancio se le hubiera instalado en los hombros. Bostezó y echó un vistazo alrededor de la alcoba. Era cómoda y acogedora, estaba justo al lado de la chimenea del fuego del piso de abajo y, igual que el salón principal, las paredes estaban completamente cubiertas por paneles de madera, que aquí estaban pintados con murales de lobos, zorros y búhos en un bosque de abetos cubierto de nieve. Los animales pintados eran abstractos, de una manera que llamó la atención de Maerad: no había duda acerca de lo que eran, pero el artista no había hecho ningún intento de hacerlos parecer reales, y sus formas debían mucho a los dibujos geométricos con los que los Pilanel decoraban sus ropas y caravanas. Había una cama estrecha, cubierta de pieles, un taburete y un alto arcón de madera de cedro lisa, pero no había más muebles.

Zara volvió silenciosamente, trayendo con ella unos aguamaniles plateados llenos de agua con olor a rosas, uno hirviendo y el otro frío, una gran palangana plateada y unos trapos y, antes de irse, dejó sobre la cama unas cuantas piezas de ropa de cálida lana parecidas a las que llevaba Sirkana. Estaban teñidas de un color «rojizo-púrpura»; ni tan siquiera en Thorold había visto un tinte de aquel color. La manera respetuosa en la que Zara le había tendido los ropajes advirtió a Maerad de que aquellas ropas eran preciosas y cuando las acarició se dio cuenta de que estaban hechas con un delicado y suave tipo de lana que no reconoció. Estaba claro que habían sido tejidas con gran cuidado: incluso cuando Maerad las miró de cerca, no pudo ver ninguna señal de costuras y pensó que o bien habían sido cosidas con una habilidad maravillosa o bien habían sido tejidas en una pieza. Tocó el suave material, sintiéndose sensible ante un honor del que no conocía significado completo, y después echó agua en la palangana y, con un intenso alivio, se lavó adecuadamente por primera vez en varias semanas. Dentro de la palangana había un jabón suave, y se lavó el cabello con él. No sabía qué hacer con sus ropas sucias y las dejó dobladas sobre el suelo para que no ensuciasen la cama.

Después se pasó las ropas por la cabeza. Además de ser más suaves que cualquier tejido que hubiese tocado nunca, también eran más cálidas. Se sentó en la cama y se examinó los pies. Habían aguantado bastante bien la caminata por las montañas, pero sus botas tenían un aspecto penoso; pensó que no aguantarían otro largo viaje como aquel. Se preguntó si podría conseguir un calzado nuevo en Murask, y después se dio cuenta de que tan solo tenía unas cuantas monedas annarienses para comprar cosas,

ya que era Cadvan quien llevaba el monedero. En las Escuelas nunca había necesitado comprar nada; como Bardos, se les había dado lo que necesitaban. Pero ahora ya no estaba en una Escuela. Dejó aquel problema en concreto para otro día y comenzó el largo y lento trabajo de desenredarse el cabello. «Tal vez debería llevar trenzas, como Sirkana», pensó, «sería más práctico». Algunos cabellos ya estaban apelmazados como el fieltro. Por fin consiguió, con paciente dedicación, deshacerse de la mayor parte de los nudos.

Zara volvió con un par de alpargatas hechas de piel de oveja para los pies de Maerad y una bandeja en la que había un cuenco con un guiso caliente y un trozo de pan sin levadura cubierto con algún tipo de semillas negras, que todavía estaba caliente del horno. A Maerad se le hizo la boca agua. Se sintió aliviada por ir a comer sola, le dio las gracias a Zara y dejó la bandeja sobre el arcón, que era lo bastante alto para hacer de mesa. Zara desapareció y Maerad devoró su tardío desayuno, o temprano almuerzo, con una rapidez indecente: de repente se sentía como si llevase días sin comer. El guiso tenía un sabor fuerte, como a cabra, estaba aliñado con crema agria e hinojo y tenía un huevo de pato dentro, una combinación que Maerad encontró poco habitual pero sorprendentemente agradable. Pasó el pan por todo el cuenco para absorber hasta la última gota.

La comida y el cálido cuarto la hicieron sentirse muy cansada. Se tumbó en la cama, con la intención de descansar un poco mientras esperaba la llamada. Se preguntó cómo podría haber sabido Sirkana que ella era la Elegida, y qué significaría aquello en la tradición Pilanel, y aún más inquieta, se preguntó qué más se sabría. Había pensado que su identidad sería fácil de ocultar una vez estuviese al norte de las montañas, pero estaba claro que no era así, y si era tan reconocible como parecía ser, entonces estaba en peligro. Preocupándose vagamente por aquellos pensamientos, se sumió en un profundo sueño.

Se despertó de repente y se incorporó en seguida, poniéndose alerta al instante. El cuarto estaba mucho más oscuro, debía de llevar horas dormida. Aguzó el oído, preguntándose qué estaría pasando. La gente se movía por la casa hablando Pilanel; en algún lugar en la distancia, tal vez fuera, alguien cantaba y se oía a animales y niños. Suspiró y se frotó los ojos. Bueno, no tenía nada que hacer excepto esperar. No quería arrastrarse por la casa como un ladrón. Y, de momento, estaba bastante satisfecha con quedarse donde estaba.

Poco después Zara asomó la cabeza por la puerta. Maerad sonrió y asintió, y Zara se acercó y la inspeccionó, tomándola de la barbilla y volviéndole la cabeza de lado a lado como si estuviese asegurándose de que estaba bien limpia. Ajustó escrupulosamente la túnica de Maerad, como haría una madre con un niño pequeño, y chasqueó la lengua hasta que Maerad se puso las alpargatas. Después la cogió del brazo y la llevó escaleras abajo, de vuelta al salón.

Aquella vez Sirkana no estaba sola. Había otras tres personas: dos hombres, uno de los cuales era Dorn, y una mujer. Los dos Pilanel a los que Maerad no conocía se

la quedaron mirando mientras caminaba hacia ellos, sin molestarse en ocultar su curiosidad.

—Bienvenida —la saludó Sirkana en annariense—. Nos has dado el nombre de Mara para que te llamemos por él. —Maerad se ruborizó, avergonzada de su decepción, y abrió la boca para decir algo, pero Sirkana levantó una mano para silenciarla—. Creo que no es tu nombre común, pero de momento servirá —añadió—. Hoy en día hay buenas razones para la discreción. Permíteme que te presente a mis amigos, a quienes confiaría mi propia vida. Son Tilla a Minatar. —En aquel momento la mujer, que era casi tan alta como Sirkana, asintió— y Vul a Taqar. A Dorn a Hadaruk ya lo has conocido.

Maerad hizo una reverencia ante cada uno de los Pilanel, y entonces Zara, que parecía haberse tomado a Maerad como una responsabilidad personal, empujó una silla en dirección a ella, indicándole que debía sentarse. Maerad hizo lo que se le decía e inquisitivamente le dirigió a Sirkana una mirada, preguntándose si debería hablar después y qué debería decir. Se produjo un breve y ligeramente incómodo silencio.

—Eres muy joven —sentenció Sirkana.

—Lo sé —dijo Maerad con desesperación. Todo el mundo decía aquello, tal vez aparentase ser incluso más joven de lo que era—. Pero aun así he viajado desde muy lejos para venir aquí. Sobre mí recae un sino, un sino que nos concierne a todos, y busco vuestra ayuda.

—Tendrás nuestra ayuda, una vez sepamos quién eres —intervino Vul. Era más joven que Dorn, un hombre de huesos fuertes con un rostro dulce, y hablaba con mucho acento.

—Yo... yo no estoy muy segura de cómo responder a esa pregunta. —Se produjo otro breve silencio y Maerad volvió a sentir la falta de Cadvan, su facilidad para tratar con extraños. Se sentía tímida y estúpida y enfadada consigo misma por sentir aquellas cosas—. Soy Bardo de Edil-Amarandh, Maerad de Pellinor. Hasta hace poco viajaba con Cadvan de Lirigon, en busca de este lugar. Él murió en el paso de Gwalhain y desde entonces he caminado sola hasta aquí.

Los cuatro Pilanel se estremecieron ante aquella noticia e intercambiaron miradas de asombro.

—Conocíamos a Cadvan —dijo Sirkana—. Traes noticias dolorosas. ¿Qué puede haber matado a un *Dhillarearen* tan poderoso?

—Nos atacaron unas criaturas heladas, iriduguls. Eran tres, e hicieron que el lateral de la montaña cayese sobre él. Ni tan siquiera el más grande de los magos podría haber sobrevivido a aquello.

—¿Iriduguls? —Dorn se quedó mirando a Maerad con incredulidad—. ¿Qué hacían unos iriduguls en el paso de Gwalhain? ¿Y en otoño? Apenas puedo dar crédito a eso.

—Nos estaban persiguiendo. —Hablar de la muerte de Cadvan con otras personas

por primera vez era como admitir finalmente que se había ido, y Maerad luchó contra el dolor que surgía en su interior—. También nos atacó un perro de tormenta cerca de Thorold. Cadvan pensaba que era cosa del Rey del Invierno. Llevábamos mucho tiempo siendo perseguidos —se detuvo, mordiéndose el labio con bastante fuerza como para hacerse daño. No quería desmoronarse delante de aquellos serios y circunspectos desconocidos.

—Si el paso está bloqueado, eso explica por qué los clanes se retrasan tanto en volver de las llanuras del sur —afirmó Vul. Enseguida miró atentamente a Maerad—. ¿Está bloqueado?

—Eso creo —respondió Maerad—. Se produjo una avalancha que cubrió toda la carretera. Se necesitaría un ejército para limpiarla.

—Parece que nuestros clanes no volverán de Rilnik este año, entonces —sentenció Dorn—. Eso son malas noticias.

—Si eres tan joven, has visto mucho más de lo que correspondería a tus años —dijo Sirkana—. No pretendíamos afligirte. —Esperó hasta que Maerad se hubo recompuesto, y después añadió—. Supongo, entonces, que Cadvan de Lirigon sabía que tú eras la Escogida.

—Yo soy la Elegida. La Predestinada entre los Bardos. —Era la primera vez que Maerad proclamaba su título ante otros y se sentó más erguida. «Soy la Elegida», pensó, «y tengo que dejar de comportarme como si no lo fuese»—. Si es eso a lo que vosotros os referís al decir la Escogida, entonces estáis en lo cierto. Se dice que seré yo quien derrote al Sin Nombre en su próximo alzamiento. —Se miró las manos, de repente volvía a ser una jovencita avergonzada—. El único problema es que no sé cómo. Ni por qué soy yo —terminó con un susurro, sin atreverse a levantar la vista. Escuchó cómo Vul se aclaraba la garganta.

—¿Y cómo sabremos eso? —preguntó Tilla, con lo que habló por primera vez—. No pretendo ser descortés, Maerad de Pellinor, pero tal vez tú u otros estéis equivocados.

—No lo sé —reconoció Maerad humildemente—. Mi Nombre Verdadero es tal y como estaba predicho. Y tengo, o tenía, un Don fuera de lo común. Puedo hacer cosas que otros Bardos no pueden.

—Es la Escogida —afirmó Sirkana—. Lo supe en cuanto la vi.

—Pero, ¿cómo lo sabías? —Maerad miró a Sirkana, olvidando de repente todo lo demás, en su ansia por comprender por qué todos los otros parecían saber más de ella de lo que sabía ella misma—. Ni tan siquiera yo misma estoy segura. ¿Cómo puedes saberlo?

Sirkana la miró fijamente.

—Ya sabes, Maerad de Pellinor, que yo igual que tú soy Dhillarearen. En Annar, se envía a las Escuelas a cualquiera que posea la Voz; incluso aquí hay muchos que viajan al sur para reunir tales conocimientos. Pero no todos lo hacen. Existen otras maneras y yo las he seguido, al estilo de mi pueblo. También poseo la Vista, algo que

no se da entre muchos de los Dhillarearen. Veo lo que para los demás está oculto.

Maerad alzó la vista hacia la orgullosa figura de Sirkana, ligeramente asombrada. Mirka había dicho lo mismo, pero Mirka encajaba mucho mejor en la idea de una Bardo sin Escolarizar: una trágica figura, cuyo Don, abandonado a su suerte, se había vuelto contra ella, o nunca se había desarrollado de la manera que debería. Pero allí había una mujer que nunca había sido proclamada en una Escuela y que al mismo tiempo reunía en ella todos los poderes, y más, de un Bardo formalmente Escolarizado. Tal vez la falta de Escolarización de Maerad, que tanto lamentaba, no fuese después de todo tan gran inconveniente.

Pero ahora era Dorn quien hablaba.

—Si Maerad dice la verdad, tal y como tú dices, entonces no es annariense. —La repasó con la mirada desde los pies hasta la coronilla, con una clara duda en su rostro—. Debería ser Pilani, pese a que no parece que por sus venas corra ni una sola gota de sangre Pilani, ya que es eso lo que dicen las canciones, que la Escogida es alguien de nuestra sangre.

—Mi padre era Pilanel. —Maerad cerró los ojos, repentinamente abrumada; ¿cómo iba a explicarle toda su vida a aquella gente?—. Se casó con Milana de Pellinor, Primer Bardo de aquella Escuela, y tuvieron dos hijos: mi hermano, Hem, quiero decir Cai, y yo. Durante el saqueo de Pellinor asesinaron a mi padre, cuando nosotros éramos pequeños.

—¿Cómo se llamaba tu padre? —preguntó Dorn.

—No conozco su nombre completo. —¿«Por qué», pensó Maerad, «no he pensado nunca en preguntarlo?». Desde que le habían dado un nombre completo, siempre había llevado el de su madre—. Sé que su nombre común era Dorn, pero Mirka me dijo que era un nombre habitual entre los Pilanel. No sé de dónde venía, ni nada acerca de él. Mi hermano, Hem, se parece a él; tiene la piel oscura, como vosotros. Pero de mí dicen que me parezco a mi madre. —Se encontró con la mirada de Dorn—. Sé muy poco de mi familia; tras la caída de Pellinor fui tomada como esclava y hasta esta primavera ni tan siquiera sabía que fuese Bardo.

Se produjo un prolongado silencio. Los cuatro Pilanel parecían estar sumidos en sus contemplaciones cada uno por separado y Maerad se quedó quieta, intentando ser paciente. Finalmente, Sirkana se movió y les dirigió una mirada a sus compañeros. Maerad vio que Dorn asentía muy despacio, como si Sirkana le hubiera preguntado algo. Entonces Sirkana se volvió hacia Maerad y se la quedó mirando durante un instante, analizando su rostro. Se le desenfocó la vista, como si estuviese mirando algo muy lejano.

—Conocía a tu padre —dijo—. Y los dos sabíamos que la Escogida nacería de él. Era una maldición, pues también sabía que aquello lo mataría.

—¿Y se llamaba Dorn? —preguntó Maerad con un hilillo de voz. Apenas conocía a su padre y le parecía de alguna manera injusto que Sirkana sí lo hubiera conocido. De repente, comenzó a preguntarse por qué Cadvan no le había hablado más de la

familia de su padre, ¿lo sabría? «Sería muy propio de él no contármelo», pensó.

—Sí. Dorn a Triberi. —Sirkana inspiró con fuerza, como para evitar el dolor—. Era mi hermano gemelo. Me dejó hace mucho tiempo, en busca de la Escolarización de los Bardos annarienses. Echarle de menos era un dolor peor del que creía que podía soportar; pensaba que el corazón se me partiría en dos. Su muerte supuso un gran dolor para mí. Bueno, en ese caso, eres la hija de mi hermano. ¿No ves por qué sabía que eras la Escogida?

Maerad meneó la cabeza intentando aclarársela. Aquello resultaba totalmente inesperado; había pensado que tal vez tendría que haber explicado su historia, para encontrar ayuda, y se había preparado para ser lo más persuasiva posible, pero no había pensado que la reconocerían en cuanto entrase en Murask y estaba claro que no esperaba hallar familiares tan cercanos. Sirkana era su tía, la hermana de su padre.

Estudió a Sirkana con curiosidad, invocando los escasos y fugitivos recuerdos que tenía de su padre. Lo recordaba dándole vueltas en el aire mientras ella reía y reía, y un perfume suave y especiado, pero no era capaz de hacer que aquellos recuerdos cuadrasen con la severa mujer que tenía ante ella. Pero al mirarla, se dio cuenta de que Sirkana le recordaba a Hem; era algo en la forma de sus ojos, su nariz, la línea de la mandíbula. En aquel momento Maerad deseó que Hem estuviese con ella; tal vez para él no resultaría tan extraño.

—¿Cómo sabíais tú y mi padre que la Elegida nacería de él?

Sirkana fijó sus ojos oscuros en el rostro de Maerad. De repente la sala pareció oscurecerse a su alrededor y sintió que se mareaba, como si estuviese mirando dentro de un profundo pozo.

—Lo soñé —dijo Sirkana en el Habla—. Cuando tenía diez años, soñé con una gran oscuridad. Y que mi hermano Dorn alzaba a un bebé contra la oscuridad y el bebé estaba hecho de luz. Y sabía que era su bebé. —Mientras Sirkana hablaba, Maerad vio el sueño vívido en su mente, como si fuese suyo—. Cuando tenía doce años, volví a tener el mismo sueño, pero para aquel entonces ya poseía la Voz, y aquella vez Dorn habló y me explicó quién era el bebé. Y otra vez cuando tenía catorce años, y dieciséis, siempre el mismo sueño.

»Le hablé a mi madre de los sueños. Ella sabía que yo tenía la Voz y me aconsejó que se lo contase al jefe del clan, y lo hice. Pero no se lo conté a Dorn hasta los dieciséis años, fue la única cosa que le oculté nunca. Temía lo que pudiese hacer si lo supiera. Y tenía razones para temerle. Pero al fin se lo conté, y aquella noche él tuvo un sueño, el único sueño premonitorio que tuvo nunca. En su sueño una gran oscuridad se alzaba sobre la tierra, y se lo tragaba. Estaba asustado, pero me dijo que debía conocer qué significaba. Después de aquello partió hacia las Escuelas de Annar, y supe que nunca volvería a verlo.

—¿Y me reconociste al verme? —preguntó Maerad en voz bajita.

—Sí —respondió Sirkana—. Pero no con mis ojos. Con otra visión. He buscado las señales y escuchado las canciones desde que era una niña. Sabía que la Escogida

vendría en vida mía, y he estado esperando.

Maerad miró sin ver hacia las paredes de madera, que parpadeaban con la tenue luz del fuego. Desde que había entrado en Murask había sentido como si se hubiese caído dentro de un sueño; el suelo parecía apartarse de debajo de ella, hundiéndola en un nuevo mundo. Pero de alguna manera las palabras de Sirkana la reconfortaban, de una oscura manera que no comprendía; parecían ser algún tipo de reconocimiento. Cuando levantó la vista la sala volvía a estar llena de luz, y los otros Pilanel parecían perplejos.

—¿Qué estabais diciendo? —preguntó Tilla. La voz le temblaba ligeramente, y al mirar hacia ella Maerad vio que se había puesto pálida.

—Maerad es la Elegida, y ha llegado hasta aquí, como predecían las canciones —dijo Sirkana—. Es la señal final. —Hizo un extraño gesto, tocándose con el puño cerrado primero el corazón y después la frente, y los otros la siguieron—. ¿Estamos de acuerdo? —todos asintieron.

«¿De acuerdo en qué?», pensó Maerad. Continuaba sin saber qué tenía que hacer. Todo parecía haberse asentado, pero no había preguntado nada. Inspiró profundamente y se sentó muy erguida, mirando a cada Pilanel, uno a uno.

—Debo hallar el Canto del Árbol, la raíz del Habla —explicó—. Esa es mi odisea. Y necesito vuestra ayuda. No tengo nada... —Extendió las manos en un gesto de humildad—. Ni tan siquiera sé adónde ir.

—¿A dónde necesitas ir, polluela? —preguntó Vul. Maerad se sobresaltó porque empleó el mismo término cariñoso que Mirka, y se molestó un poco. Después de todo, ella no era una niña. Pero el rostro de Vul era dulce, y no creía que hubiese pretendido insultarla.

—Tengo que encontrar a la Estirpe Sabia. Mirka tenía la Voz, entró en una especie de trance y dijo... que todos los enigmas se responderían allí. Necesito saber más de la Canción Partida. Todo está conectado. —Mientras Maerad decía aquello, una voz burlona resonó en su cabeza: «no sabes de qué estás hablando. Son palabras, solo palabras...».

—Habrà tiempo para debatir todo eso —afirmó Sirkana—. Si necesitas hallar a la Estirpe Sabia, te ayudaremos. No puedes ir allí sola: ir a las Islas Labarok es un largo viaje, y duro, incluso a principios de invierno. —Se volvió hacia los demás Pilanel—. Os pido que todos juréis secreto —añadió—. No confío lo bastante en nuestra gente como para que se expanda la noticia del retorno de la Elegida. Ya hay suficientes peligros.

De uno en uno, fueron asintiendo con solemnidad, y Maerad sintió que flaqueaba de alivio. Realmente ya había bastantes peligros.



Maerad estaba agotada tras su reunión con los Pilanel. Cuando volvió a su cuartito, se sentó en la cama, mirando a la nada. Se sentía extrañamente perdida. Incluso cuando estaba sola en los espacios salvajes de las Llanuras de Arkiadera, en el mapa de su mundo había certeza, por peligroso que fuese; pero ahora era como si todas las marcas conocidas se hubieran borrado, descubriendo un extraño país nuevo.

Pese a su parentesco cercano con los Pilanel, en Murask no se sentía como en casa: le resultaba ajena y confusa, la gente era dura y severa, si no desabrida. No sentía ningún eco de la extraña familiaridad que la había dejado atónita cuando había pisado Innail por primera vez, por mucho que la Escuela fuese más diferente de su vida en el Castro de Gilman de lo que le era posible imaginar. Estaba segura de que Hem se hubiera sentido de una manera diferente en Murask. Él no se encontraba inmediatamente cómodo entre Bardos; y ella había achacado aquello a su infancia de pesadilla, tras haber sido secuestrado por Glumas después de la matanza de Pellinor y arrojado a un sombrío orfanato en Edinur. Pero tal vez fuese algo más profundo que aquello y su incomodidad fuese el mismo tipo de rechazo que había expresado Sirkana, la creencia de que había otras maneras de abrir el Don. Y, a diferencia de Maerad, que tenía la piel clara de una annariense, Hem habría sido aceptado entre los Pilanel sin cuestionamientos.

Estaba contenta de que Sirkana pretendiese mantener su identidad en secreto. Pensaba que ahora comprendía cómo había sabido de ella la Oscuridad, por qué siempre estaba, tal y como Cadvan había dicho, dos pasos por delante de la Luz. Los Glumas debían de conocer las profecías Pilanel: debían de haberse enterado de alguna manera del sueño de Sirkana y de la decisión del padre de Maerad de marcharse a Annar. Sirkana había dicho que no confiaba en toda su gente. En Murask podría haber un espía en aquel momento, y parecía que ya había habido alguno antes de que Maerad naciese. «Aunque tal vez», pensó, «Dorn podría haber confiado en un Bardo de Annar que lo hubiese traicionado». Pensó en Helgar, y en los demás Bardos de Ettinor de los que había desconfiado en Innail; habían resultado ser espías, si no del propio Sin Nombre, por lo menos sí de Enkir. ¿Habría Dorn hablando con el mismo Enkir? No sería improbable, ¿por qué iba Dorn a desconfiar de un Bardo de Norloch de tal prestigio?

Incapaz de descansar, Maerad se puso en pie y comenzó a dar vueltas por el cuarto. Se sentía sofocada, necesitaba aire fresco. Abrió los postigos de la ventana, pensando en asomarse y ver qué aspecto tenía el mundo, pues ya había de estar entrada la tarde. Había dos postigos, y los dos estaban hechos de madera gruesa y sólida, bien asegurados. Cuando abrió los exteriores, estos se le escaparon de las manos y golpearon la pared con fuerza, mientras una ráfaga de viento helado se colaba en la habitación y dejaba caer un montoncito de copos de nieve en el suelo. Maerad pudo echar un vistazo a un remolino blanco antes de volver a agarrar los postigos y cerrarlos de nuevo. No se había dado cuenta de que había una tormenta así; las paredes de la casa eran muy gruesas. Si hubiera estado a la intemperie, se hubiera colgado hasta la muerte. Había esquivado la nieve por un día.

La idea la hizo vibrar, se volvió a sentar en la cama y decidió abrir el hatillo. Mientras sacaba sus familiares objetos —su liria, el libro de Dernhil, la botella medhyl, que ahora estaba bastante menguada— comenzó a sentirse menos desplazada. Echaba de menos el gatito de madera que le había dado a Mirka, pero incluso su ausencia formaba parte de la historia de su vida. Cuando hubo arreglado satisfactoriamente el cuarto, se sentó en la cama y abrió el libro de Derhil. Había pasado un tiempo desde la última vez que había podido leer sus poemas y, de una manera tal vez algo perversa, se sintió más Bárdica de lo que se había sentido nunca. No estaba segura por completo de lo que pensaba cuando se afirmaba que era Pilanel.

Aquella noche invitada a cenar con Sirkana. Zara se había puesto a dar vueltas a su alrededor, insistiendo incluso en trenzarle el cabello, y asegurándose de que sus ropas estaban correctas. Después la había acompañado con gran solemnidad de vuelta a la sala, donde se había dispuesto una larga mesa, con un banco a cada lado, llena de gente. El ruido de la conversación se hizo más fuerte cuando salió de su habitación a la galería, y sintió que el corazón se le encogía; llevaba mucho tiempo sin hallarse entre gente, desde que se había marchado de Ossin. Necesitó reunir todo su coraje para bajar y encontrarse con ellos. Intentó con todas sus fuerzas ocultar su nerviosismo, pero resultó difícil cuando entró en la sala y todas las cabezas se volvieron para mirarla. Sirkana, que estaba sentada en medio de la mesa, le hizo un gesto para que ocupase un sitio vacío a su izquierda, y Maerad obedeció, mirando con curiosidad a los hombres y mujeres que estaban sentados a su alrededor.

Sirkana iba tan austeramente vestida como antes, a excepción de un collar que colgaba del cuello hecho de cuentas de oro que, que brillaban igual que los pendientes de oro llevaba en las orejas.

—Esta noche cenaremos con los jefes de los clanes del sur —anunció en el Habla—. Conocerás a algunos de tus parientes.

Maerad miró los rostros oscuros y rudos de los Pilanel y tembló por dentro.

—¿Qué debo decir de mí? —preguntó.

—Lo menos que puedas —respondió Sirkana—. Son buena gente, pero una palabra perdida podría colarse en oídos malvados. Confió con toda mi alma en Tilla, Dorn y Vul; tu historia está segura con ellos. Diré que has venido en peregrinación desde Annar, y has traído noticias de Mirka a Hadaruk: eso bastará para explicar los honores que te rendimos —le hizo un ligero guiño a Maerad, mientras una sonrisa irónica suavizaba su severo rostro, y Maerad sintió que se relajaba.

Sirkana presentó formalmente a Maerad como Mara, y se hizo un brindis de bienvenida. Después todas las formalidades parecieron terminar y comenzó el festín. Al otro lado de Maerad había un hombre alto y fornido con un dulce rostro. Se presentó, en un excelente annariense, como Dharin, y comenzaron a charlar; había viajado mucho por Annar y deseaba saber de dónde era ella. Nunca había estado en Thorold y cuando ella mencionó que había estado allí, la apabulló a preguntas.

Era un gran banquete al estilo de Zmarkan, y no paraba de aparecer más y más comida: primero unas tortitas rellenas de un tipo de queso especiado, después huevos de chorlito conserva, luego una sopa de un sorprendente color rosa con crema agria y eneldo, después un ganso asado relleno de avellanas y cebollas salvajes, luego un tipo de bola de masa cocida rellena de menudillos especiados, después un inmenso costado de venado asado. Y todavía había más: unas gruesas salchichas picantes que parecían estar rellenas sobre todo de grasa, col en vinagre, una serie de platos que Maerad no fue capaz de identificar en absoluto y que, al recordar su experiencia con los mejillones, no tocó. Cuando dejó de comer a nadie pareció importarle, pero se quedó asombrada de lo mucho que los Pilanel podían comer y beber y continuar sentados.

La comida estaba acompañada por un licor fuerte, que se bebía en pequeñas tacitas de barro, y a medida que avanzaba la noche, la conversación fue subiendo más y más de tono. Inesperadamente, Maerad descubrió que se estaba divirtiendo, y no solo por la conversación con Dharin. Los Pilanel, pese a su severo comportamiento, se entregaban a los placeres de manera tan incondicional como los thoroldianos. Cuando por fin dejó de llegar comida, se pidió que hubiese música, y tres Pilanel sacaron violines, tambores y gaitas y comenzaron una salvaje melodía de danza que se metía en la sangre como la fiebre.

—Ven —dijo Dharin—, vamos a bailar.

Maerad no quiso, pues se sentía tímida, pero Dharin la tomó de la mano y la arrastró al medio de la sala, donde ya había muchos danzarines. Maerad estaba contenta de no haber comido demasiado, porque sin duda se habría mareado; Dharin la hacía girar como una peonza. Las danzas Pilanel eran muy similares a las que había aprendido en Thorold y poco después había perdido toda la timidez y se había introducido en el puro placer del presente. Sentía que habían pasado miles de años desde la última vez que había sido capaz de olvidarse de todas las preocupaciones de su vida. Todos los miedos y dudas que rodeaban su viaje, todas las penalidades y pesares, se vinieron barridos por la tempestad de la música, que la arrastró al centro

de aquel momento, claramente una veta de diversión.

—Bailas como una autentica Pilani —afirmó Dharin cuando volvieron a sus asientos—. La vida es dura, ¿no? Y está llena de tristeza. Los Pilani bailamos para desafiar a la muerte, las penalidades y las penurias. Preferimos arder antes de la oscuridad a quedarnos parpadeando como una tenue llama.

Maerad levantó la vista sorprendida; precisamente estaba pensando algo similar.

—Sí, bailar es bueno —reconoció—. Y me hace sentir más fuerte, como si así pudiese encarar el peligro un poco mejor.

—Eres demasiado joven para encarar peligros —respondió Dharin. Maerad le dirigió una mirada irónica; él no le parecía mucho mayor que ella. Él interceptó su mirada y sonrió—. Bueno, tienes razón, la vida no respeta la juventud o la ancianidad. Deja caer sus problemas sobre todos por igual.

«Sobre algunos más que sobre otros», pensó Maerad, dejándose llevar por un momento por la autocompasión. Pero aquello hacía que sus escasos momentos de placer fuesen aún más preciosos.

Al día siguiente la tormenta había amainado, dejando tras ella un desconocido mundo blanco lleno de extrañas luces y destellos. Los niños Pilanel daban volteretas por la nieve, envueltos en chalecos de alegres bordados, bufandas y gorros se lanzaban bolas de nieve los unos a los otros. Al otro lado del extenso y vacío terreno cubierto de hierba que había en medio del Otero, la nieve llegaba hasta la rodilla, con una fina y engañosa corteza que se rompía dando lugar a fango helado. El cielo estaba cubierto de nubes pesadas y amarillentas, que presagiaban más nieve.

Cuando los clanes llegaban a Murask a pasar el invierno, volvían a sus barrios tradicionales. Estos estaban —aparte de la casa de Sirkana, que era el salón central de reunión— excavados en las gruesas paredes del Otero, pero para sorpresa de Maerad, no tenían nada que ver con las cuevas sombrías y sin aire que esperaba. Eran agradables moradas, con brillantes murales y cómodos y cálidos muebles. Lo habitual era que se mantuviese a los animales —perros, ciervos, caballos— en unas salas grandes con aspecto de granero que había abajo, mientras que arriba estaban las habitaciones en las que hacían vida. Los clanes Pilanel variaban exageradamente de tamaño; podían oscilar entre las cinco y las cien personas, y no tenían por qué comprender gente de la misma familia. A menudo eran grupos prácticos que se organizaban de acuerdo con las necesidades y las costumbres —adónde viajaba un clan, por ejemplo, en verano, o cómo se ganaban la vida. Algunos trabajaban de juglares o vendían artesanía, otros criaban caballos y comerciaban con ellos, algunos eran zapateros o manitas ambulantes, otros criaban ciervos. Cuando llegaban a Murask, tendían a organizar las estancias en las que vivían de la misma manera. La mayor parte de aquello estaba establecido por la tradición, y un mismo llevaba incontables generaciones ocupando ciertas moradas.

Cuanto más veía Maerad de Murask, más fascinada se sentía. El asentamiento tenía una estructura compleja y eficiente, como una colmena, y quienes lo habían construido habían sido muy ingeniosos. Tenía un sistema de cañerías, igual que las Escuelas, y un alcantarillado muy eficaz. Nunca se quedaba sin agua, que procedía de un manantial que tenía una salida en el interior del Otero y en la casa de Sirkana. Unos hornos lentos que quemaban turba evitaban que el Otero se congelase incluso en el tiempo más crudo, y todo estaba caliente. Maerad le preguntó a Sirkana cuánto tiempo hacía que estaba ahí, pero ella le respondió que nadie lo sabía; Murask estaba allí desde tiempos inmemoriales, y era bastante más antiguo que las Escuelas de Annar.

Más o menos la mitad de los túneles que atravesaban el Otero se utilizaban como almacenes. Cada año los clanes traían provisiones para el largo invierno —grano, aceite, nueces, ristras de cebollas, ramilletes de hierbas secas, frutas en conserva— que había obtenido comerciando en verano. Y si no eran comerciantes, dejaban allí unos duros quesos hechos con la leche de sus rebaños de ciervos lanudos, o mataban a los animales jóvenes en otoño y ahumaban los cadáveres en las enormes salas de ahumado del Otero. Cada clan aportaba todo lo que podía, y la comida se tenía en común.

—O engordamos juntos o morimos de hambre juntos —le había dicho Sirkana—. Y este es un año de escasez. Es por eso lo que supondrá un golpe si los Pilani que pasan el verano en Annar no pueden volver a casa en invierno; estábamos esperando que pudiesen reparar nuestro déficit. Por lo que cuentas, tendrán que dar la vuelta.

Maerad pensó en la carretera bloqueada en el paso de Gwalhain.

—No lo sé —admitió—. Tal vez alguien decidido pueda excavar el camino para pasar. Si fuesen mucha gente.

—A estas alturas del año es demasiado tarde para una excavación así —sentenció Sirkana, y suspiró—. Bueno, todavía pueden venir. No les cerraremos las puertas. Pero es mala señal para nosotros.

No fue hasta la tarde cuando Maerad tuvo la oportunidad de hablar de su viaje. Habían terminado en los aposentos privados de Sirkana, que no eran mucho más grandes que la alcoba que le habían proporcionado a Maerad, y Sirkana le preparó un té de hierbas dulce. Se quedaron sumidas en un cómodo silencio durante un tiempo, siguiendo reflexiones por separado, pues para entonces Maerad ya había retomado la confianza en sí misma. No se sentía tan intimidada por Sirkana como antes, y cuando se habían conocido Sirkana había hablado del saber ancestral Pilanel, acerca de un enigma que iluminaría el Canto del Árbol. Se inclinó hacia delante con el ceño fruncido.

—Sirkana, ¿tu gente cuenta una historia acerca de la Canción Partida? —preguntó.

—¿La Canción Partida? No, no me suena... —contestó Sirkana levantando la vista, sorprendida.

—¿O el Canto del Árbol?

—No que yo sepa —Sirkana negó con la cabeza—. Y sé mucho de tradición Pilani.

—Tiene algo que ver con los Elidhu —dijo Maerad.

—Los Elidhu ya no hablan con los mortales —repuso Sirkana—. Se marcharon del mundo humano cuando cayó la gran oscuridad.

—Algunos sí lo hacen —explicó Maerad, que comenzaba a sentirse ligeramente impaciente—. Yo he hablado con un Elidhu. Pero lo que debo hacer es encontrar el Canto del Árbol, que tiene algo que ver con ellos, y que también está relacionado, o por lo menos eso era lo que creíamos Cadvan y yo, con la tradición de la Canción Partida.

—Todo son enigmas —alegó Sirkana sonriendo—. Decimos que la Elegida es un enigma, tal vez el enigma más grande de todos. Pero por supuesto te ayudaré.

Maerad volvió a fruncir el ceño.

—Mirka me contó que la Estirpe Sabia resolvía todos los enigmas, y sabía lo que era una mitad y lo que era un todo, y aquello me pareció una pista. El corazón me dice que he de encontrar a la Estirpe Sabia. Tú parece saber quiénes son y dónde moran. Confíamelo.

—Viven lejos, muy lejos —continuó Sirkana—. En la tierra del hielo y el fuego, las islas Labarok. Donde la nieve nunca se funde, y donde el invierno es una larga noche y el verano un largo día.

—¿A qué distancia están?

—Ningún Pilani ha estado en las Islas Labarok, que se recuerde —aseguró Sirkana—. Pero cuentan que están tres veces más lejos de lo que está Murask del Idrom Uakin —Maerad se quedó desconcertada durante un instante, hasta que recordó que aquel era el nombre Pilanel para el Osidh Elednor—. Es un viaje peligroso, especialmente en invierno.

—Pero aun así, ¿se puede hacer? —preguntó Maread impaciente. Se le acababa de ocurrir que podría verse atrapada en Murask durante todo el invierno norteño y entonces, incluso si tenía éxito en su aventura, sería demasiado tarde.

—Sí, se puede hacer, si llevas contigo a alguien que tenga saber acerca del clima y sentido de la orientación, y si tienes suerte. Tenemos una historia acerca de cómo llegar, si es que la Estirpe Sabia todavía vive allí. No solamente se ha de temer el hielo, las tormentas y el cruel terreno, también están los Jusacos, que cazan a los viajeros. Necesitarás estar bien armada.

—Sé algo de esgrima —contestó Maerad. Y también tengo habilidades Bárdicas.

—¿Sabes cabalgar? —inquirió Sirkana. Maerad asintió—. Tan solo faltan dos lunas para el solsticio de invierno; es temprano para la nieve, y esta tormenta pasará —añadió Sirkana—. Lo mejor sería ir a caballo hasta Tlon, donde se reúnen los

clanes norteños. Desde allí tendrás que continuar con perros. No hay otra manera de viajar por la nieve.

—¿Perros? —exclamó Maerad con cierto temor. Sentía un profundo miedo a los perros. Sirkana comprendió su tono y le dirigió una mirada ligeramente burlona.

—Dharin a Lobvar, el hijo de mi hermana, es un experto adiestrador de perros y posee un equipo muy bueno. Cada invierno va a las rutas comerciales de los clanes norteños. Tal vez puedas hablar con él; es joven y ansia aventuras.

—¿Es el Dharin con el que hablé anoche? —preguntó Maerad.

—Estaba sentado con nosotros, sí. Su madre no está aquí; está en el sur, con los clanes de Annar.

—En ese caso, sería mi primo. —Maerad hablaba en voz baja. Aquello era muy diferente de no tener familia en absoluto.

—Sí, así es. Pero no le hablaré de ese parentesco, por miedo a que en su alegría pueda decírselo a otros. Lo que le digas después de salir de Murask es decisión tuya.

Se produjo un breve silencio. Maerad estudió el extraño mural que había en la habitación de Sirkana, valorando como podía ser que tuviese familiares tan cercanos en Murask y así se sintiese tan extraña. Cuando levantó la vista, Sirkana tenía la mirada desenfocada, como si estuviese mirando algo muy lejano. En aquel momento parpadeó y pareció volver en sí; sus ojos, observó Maerad con sorpresa, brillaban por las lágrimas.

—Sí, es tu primo —admitió—. Creo que está destinado a viajar en tu camino. Pero por un precio muy alto.

Sirkana no dijo nada más acerca de a qué se refería, aunque Maerad la presionó. Se limitó a afirmar que Maread iría equipada con todo lo que necesitase para su viaje al norte, y que le preguntaría a Dharin al día siguiente si quería realizar el viaje. Su silenciosa intimidad parecía haberse roto; Sirkana dejó claro, sin decir nada, que deseaba estar sola, y Maread se retiró a su alcoba, inunda por una súbita melancolía.

Maerad estaba ansiosa por partir. Tenía libertad para pasearse por donde le diera la gana de Murask, pero todo el mundo parecía estar ocupado con diversas tareas — ahumar carnes para el invierno venidero, o colocar comida y grano en los almacenes, o limpiar las residencias de invierno— y a menudo sentía que estorbaba. Había vuelto a comenzar a nevar, una ventisca que parecía que no fuese a terminar nunca, de modo que cuando quería salir de la casa de Sirkana, empleaba el túnel que la unía al laberinto subterráneo del Otero. Maerad se había pasado toda su infancia en tierras de montaña y estaba familiarizada con la nieve, pero se percataba de la extrañeza de aquella ventisca y no necesitaba que los Pilanel le dijese que no era propio de aquella época, dos meses antes del solsticio de invierno, que hiciera tan mal tiempo. Pensó en los perros de tormenta, y en los iriduguls del paso de Gwalhain, y el corazón se le hizo un puño. Una fría inteligencia sabía de ella y se obsesionaba con su

presencia en el norte; estaba cada vez más segura de ello. La sentía como una sombra en su mente, incipiente pero con presencia, que se intensificaba con el tiempo frío. Arkan, el Rey del Invierno, sabía que estaba allí.

Su único placer era el comienzo de una amistad con Dharin. Tal y como le había prometido, Sirkana había hablado con él en privado, y al día siguiente él se había acercado a ella durante la comida del mediodía y le había tomado las dos manos entre las suyas. Maerad había bajado la vista: tenía unas manos inmensas, la de ella apenas cubría la palma de la de él.

—Sirkana me ha dicho que estás en medio de una búsqueda y me ha pedido si podría llevarte al norte, donde está la Estirpe Sabia —anunció—. Seré tu guía; conozco el camino para llegar allí. Nadie de los clanes del sur ha ido en esa dirección desde que el padre de mi padre estaba vivo. ¡Será una gran aventura!

Sonrió y Maerad no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Me dijo que tendríamos que ir desde Tlon con perros —dijo Maerad—. No sabía que se pudiese montar a los perros.

Ante aquel comentario, Dharin rompió a reír a carcajadas.

—No se les monta, primita. —Maerad dio un respingo, ¿sabía su verdadera identidad? Pero él utilizaba su seudónimo Mara y Sirkana había insistido mucho en que su identidad real se mantuviese en secreto dentro de Murask—. Venga, te los enseñaré después de la comida. A lo mejor tendremos que llevar perros desde Murask, con la nieve que está cayendo, así que tendrás que ir conociéndolos.

Tal y como le había prometido, aquella tarde Dharin llevó a ver a sus perros. A causa de la ventisca, tuvieron que acercarse a través de los túneles subterráneos a una parte Murask que Maerad no había visto. Había dado por hecho que el Otero era completamente redondo, pero no era así; los establos de los perros, tal y como los llamaban, estaban en otra área al descubierto, que estaba separada de la comunitaria en la que estaba la casa de Sirkana. Estaba dividida en grandes corrales por altas paredes de piedra y se mantenía separada del resto de Murask para evitar que los perros en activo se comiesen las provisiones que se almacenaban en la parte principal del Otero. Allí había por lo menos cincuenta perros, encorralados en grupos que iban desde seis a más de una docena.

Estaba claro que los perros eran el orgullo de Dharin, y Maerad, que no podía acabar de superar el miedo que les tenía, hizo todo lo que pudo por ocultar su nerviosismo. Eran más grandes que cualquier otro perro que hubiera visto nunca, muchísimo más grandes que los sabuesos de Gilman —le llegaban más arriba del pecho— y resultaban inquietantes como lobos.

Para sorpresa de Maerad, pese al mal tiempo, todos los perros estaban acurrucados en el exterior, cubiertos por una fina capa de nieve, en vez de en los refugios que tenían para ellos. Incluso para su ojo sin entrenar, resultaba evidente que los perros de Dharin eran extraordinariamente buenos: tenían el pelo brillante y estaban bien musculados, con un pecho profundo y fuerte. Eran quince, de color gris

o negro con gruesos collares blancos que rodeaban sus caras de lobo, y sus ojos eran de un inquietante azul brillante y helado.

—Esta es Garra, mi líder —explicó Dharin cuando el más grande se sacudió la nieve que lo cubría y pegó un salto hacia él, moviendo la cola como un cachorrito. Maerad se había armado de valor para seguir a Dharin al interior del corral, ya que no deseaba parecer una cobarde, y se estremeció; así de cerca, aquella perra parecía salida de sus peores pesadillas. El rostro del animal quedaba casi a la misma altura que el de Maerad, pese a que estaba a cuatro patas ante ella. Sus dientes caninos eran tan largos como sus dedos. Sintió la vaharada del aliento cálido de Garra ante la cara mientras Dharin le acariciaba por un instante las orejas. La perra emitió un pequeño ladrido y Maerad pegó un salto—. ¿Les tienes miedo Mara? —preguntó Dharin, volviéndose rápidamente—. No debes mostrárselo; pueden olerlo y les asusta. Garra, abajo. —El perro se tumbó en seguida sobre la nieve, mirando a Dharin en estado de alerta, esperando su siguiente movimiento u orden—. Garra es la mejor perra de Zmarkan —dijo orgulloso—. He recibido muchas ofertas por ella, pero antes vendería mi propia alma. Y todos estos. —Hizo un gesto en dirección al resto del equipo— son sus cachorros. Siempre me he quedado con los mejores. Forman un buen equipo, en mis viajes no hay peleas. Bueno, no hay peleas serias.

Maerad asintió, con el corazón en un puño. ¿Cómo iba a evitar que los perros supiesen que les tenía miedo? Un mordisco de aquellas formidables mandíbulas le rompería el cuello. Tal vez pudiese utilizar el Habla, pero no se atrevió; era imposible mentir en el Habla, sería imposible ocultar que les temía.

Dharin desapareció en el interior de la caseta, dejando a Maerad con los perros. Estos la ignoraron, evidentemente ya habían decidido que era inofensiva. Todos se pusieron en pie con las orejas de punta mirando hacia la puerta. Pronto apareció Dharin cargando con un trozo de carne, que arrojó al suelo. Los perros se echaron sobre él, gruñéndose y ladrándose entre ellos, y Maerad reuló nerviosa. Podía oír como las mandíbulas hacían pedazos los huesos. La carne parecía muy roja sobre la blanca nieve.

—Tienen hambre —sentenció Dharin, que parecía totalmente despreocupado ante lo que Maerad observaba como un comportamiento terrorífico y amenazador—. Se les da de comer casa dos días; no necesitan comer con más frecuencia. Y están deseando hacer ejercicio. Son las únicas criaturas que existen que no disfrutan con el descanso. —Para alivio de Maerad, salieron del corral, pese a que Dharin señaló con indiferencia que sus perros podrían saltar la alta valla si realmente lo deseasen—. A veces los perros saltan al corral de otro equipo, y eso no es bueno. Mi equipo no lo hace, pero sí otros menos obedientes. La gente se enfada mucho por eso; se puede perder un buen ejemplar.

Maerad se estremeció. Los perros de Dharin daban más miedo que cualquier otro que hubiera visto antes. Y parecía ser que tendrían que viajar con ellos durante varias semanas.

—¿Son lobos? —preguntó, pensando que su silencio la había absorbido durante demasiado tiempo.

—No del todo. Son medio lobos, y todavía medio salvajes. Y como a todas las cosas salvajes, se les ha de tratar con respeto. —En aquel momento Dharin se percató del rostro blanco de Maerad—. Mara, son buenas criaturas —afirmó muy serio—. Incluso aunque les tengas miedo, saben que estás bajo mi protección, y no te harán daño. Yo soy el perro jefe.

—Una vez vi cómo unos perros mataban a un hombre, cuando era niña —dijo—. Antes tenía pesadillas sobre ello.

Dharin se la quedó mirando pensativamente.

—Eso es algo terrible. Pero no fueron los míos los que lo hicieron.

—No —admitió ella. No tenía sentido intentar explicar su miedo, no era algo racional—. Pero aunque no pueda dejar de sentir miedo, puedo ser un poco valiente, ¿verdad? Si me prometes que no me morderán.

—Cuando estés conmigo, no te tocarán —aseguró Dharin.

—Bueno, de todas maneras no me acercaré a ellos —declaró ella.

—Pues en ese caso estaremos bien —respondió. Miró al cielo, en el que todavía había remolinos de nieve—. Creo que no iremos hasta Tlon a caballo —dijo—. No parece que esta nieve vaya a parar.

—Es el Rey del Invierno —murmuró Maerad sin pensarlo.

—¿Tú crees? —Dharin le dirigió una mirada de sorpresa—. Bueno, tal vez tengas razón. Hoy en día circulan muchos rumores oscuros, y sin duda tú traes otras noticias.

Maerad se retorció un poco. A causa de su gran corpulencia y movimientos deliberadamente lentos, no había pensado que Dharin fuese demasiado espabilado, pero parecía tener una aguda perspicacia.

—Pero no se puede viajar si hay tormenta —objetó ella para cambiar de tema.

—Tengo un buen trineo. Y mis perros han corrido con peor tiempo que este —respondió—. He de admitir que por carreteras que conozco bien. Nunca me pierdo, ya ves; dicen de mí que soy como los gansos salvajes, que vuelan por el mismo lugar cada verano desde la otra punta del mundo. Pero es cierto que incluso el mejor conductor del mundo puede caer en un agujero si no es capaz de verlo ante él.

Pese a los alardes de Dharin sobre viajar con ventiscas, no comenzaron el viaje hasta que la tormenta de nieve amainó. Duró tres días, arrojando nieve al centro del Otero, hasta que esta alcanzó las ventanas más bajas. Cada día se abrían caminos a golpe de pala por la nieve, pero la mayor parte de la gente utilizaba los túneles.

Sirkana le explicó a Maerad que no se había oído hablar de un invierno tan temprano desde los días en que el Rey del Invierno dominaba Zmarkan.

—Su poder se incrementa —sentenció preocupada la jefa tribal—. No tengo ninguna duda de que es él. Le dije esto a Cadvan de Lirigon la última vez que estuvo

en Murask.

—Sí, creía que el Rey del Invierno se había alzado. Y decía que había viajado hasta poder ver su fortaleza —contestó Maerad, a quien le había dado un pequeño vuelco el corazón ante la mención del nombre de Cadvan—. Ahora todo parece cierto.

—No comprendo por completo tu búsqueda, hija de mi hermano. Pero si Cadvan de Lirigon estaba contigo, entonces no dudo de que sea algo bueno. Y sé que no buscas engañarme; es difícil mentirme. Aun así, estoy preocupada. En ti hay algo que no reconozco, no pertenece a los *Dhillarearen* es otra cosa. —Afirmó Sirkana mirándola con los ojos entornados.

—Es la sangre Elemental —respondió Maerad.

—No, es más que eso. —Sirkana frunció el ceño—. La sangre Elemental, según se dice, es algo común entre los Pilani. Aun así, me maravillo enormemente de que hayas hablado con tales seres.

—Oh, solo con una —murmuró Maerad, sintiéndose de pronto avergonzada—. La Elidhu llamada Ardina me habló una o dos veces.

—Hmmm. —El rostro de Sirkana resultaba ilegible y Maerad no estaba segura de si la creía o no—. Hay historias en ti que van más allá de tus años; por lo menos eso está claro. Bueno, veo que hay cuestiones de alta política ligadas a tu búsqueda y no haré más preguntas. Confío en ti, y no solo porque seas de los míos. Te proporcionaré tanta ayuda como pueda.

El calor que inundó el pecho de Maerad cuando Sirkana dijo que confiaba en ella la sorprendió. Parpadeó, sentía que los ojos le picaban. Parecía que fuese la primera vez que alguien le decía algo así, y desde el asesinato de la Bardo en las llanuras de Rilnik, y la muerte de Cadvan en el paso de Gwalhain, ni tan siquiera ella confiaba en sí misma. Se volvió para ocultar su emoción.

—Te lo agradezco, Sirkana —reconoció con la voz ronca.

—Ah, pequeña. —Sirkana le colocó la mano en el hombro y Maerad se sorprendió ante la intimidad del gesto—. Es duro soportar una carga como la que tú llevas, incluso para alguien mucho mayor que tú. Eres muy joven. Todos nos equivocamos a veces; hacemos cosas mal, cosas que tienen malas consecuencias. Pero eso no significa que seamos malvados, o que no se pueda confiar en nosotros nunca más.

Maerad no contestó; sentía que si decía algo estallaría en una tormenta de lágrimas. Sirkana había adivinado con perspicacia lo que la atormentaba.

—Amaba a mi hermano —continuó Sirkana en voz baja—, y conocerte ha supuesto una extraña conmoción, hija de mi hermano. Pero después de hablar contigo, veo su rostro en el tuyo; hay mucho en ti que procede de él. Y era el hombre más valiente que he conocido nunca, y el más honesto.

Ahora Maerad sí comenzó a llorar. Sirkana le dio palmaditas en el hombro hasta que terminó, secándose los ojos con las manos.

—No lo sé —murmuró con desesperación—. Yo no me siento valiente. Todo lleva mucho tiempo siendo duro. Me parece que lo ha sido toda mi vida. Ojalá pudiese recordar mejor a mi padre. Lo único que recuerdo es... —Se detuvo, mientras tragaba saliva—. El recuerdo más claro que tengo de él es de cuando lo asesinaban. No parece justo.

—El mundo no es justo —la calmó Sirkana—. Y no hay nada que pueda hacer que sus injusticias sean más fáciles de soportar.

Se quedaron en silencio durante un tiempo, y durante aquel momento Maerad se sintió más cercana a ella de lo que se había sentido de cualquier ser humano durante mucho tiempo: sentía que alguien la veía como quien era y sencillamente, la aceptaba, con todos sus aciertos y equivocaciones, como hueso de sus huesos. Había habido un tiempo, tal vez, en que su madre la había mirado así. Pero apenas podía recordarlo.

Sirkana la besó en la frente y se puso en pie. Su dulzura se desvaneció tras su astera expresión habitual.

—Bueno, tengo una disputa entre dos clanes que he de resolver y me están esperando en el Salón —explicó—. Ya llego tarde.

Maerad alzó la vista, con las pestañas todavía húmedas por las lágrimas, y sonrió.

—Gracias, Sirkana —dijo.

—No hay nada que debas agradecerme —le rectificó—. Tendrás lo que necesitas para tu viaje. Si tu búsqueda tiene éxito, tal vez sea yo quien tenga que darle las gracias.

—No es por eso. Es por...

—Lo sé. Recuerda que mi amor también irá contigo y podrá protegerte. Por tu bien, y por el de tu padre —contestó y el rostro de Sirkana volvió a suavizarse por un instante.

Dharin insistió en que Maerad le ayudase a reunir provisiones y a empaquetarlas en el trineo para su viaje. Dijo que ella debía saber qué se llevaban y dónde estaba guardado, y que necesitaba familiarizarse con el trineo antes de partir. Ella asintió contenta; así tendría algo que hacer.

Dharin había construido el trineo él mismo, y se lo conocía de cabo a rabo. Los patines largos estaban hechos con únicos trozos de fresno que Dharin había cortado y combado cuidadosamente hacia arriba en un extremo para que el trineo pudiera deslizarse más ligero sobre rocas y otros obstáculos. Cada uno de los patines tenía un grosor similar al de su dedo pulgar, y los había cubierto con una mezcla de barro, musgo y (esto se lo había contado a Maerad más tarde, cuando se conocían un poco mejor) orina, que se congelaba dejándolos fuertes y resbaladizos, y protegía la madera. De los patines subían seis montantes, también de fresno, cada uno más alto que el anterior, que estaban unidos por dos rieles paralelos. En la parte de atrás, por detrás del último montante, había una pequeña plataforma sobre la que Dharin se ponía en pie para conducir el trineo. Le dijo a Maerad que ella se sentaría delante de

él, y preparó cuidadosamente un cómodo asiento acolchado con pieles, dentro de las que podía meterse como un pie en un zapato.

La base del trineo estaba decorada con gruesos listones de madera. Delante había un arco curvado que protegía el trineo, hecho de madera robusta y cubierto con cuero crudo. Cuando sacó el trineo de su almacén de verano, Dharin lo desmontó por completo y lo volvió a unir de nuevo, asegurando la máxima resistencia y retocando los trozos del cuero que ratones habían mordisqueado. Este hacía que la estructura se mantuviese fuerte y flexible. Por encima del conjunto había colocado dos capas de pieles curadas.

Dharin le había explicado con mucha paciencia cada detalle del trineo, mientras repasaba cada parte de él acariciándolo con las manos, en busca de desperfectos o combaduras en la madera que pudiesen haber tenido lugar durante el verano. Maerad no era capaz de imaginarse a sí misma conduciéndolo, aunque, pensó, había un montón de cosas que había, hecho de las que no hubiera pensado que fuesen posibles. Muy lentamente, su aprensión ante el viaje venidero fue disminuyendo.

Juntos empaquetaron sobre el trineo lo que a Maerad le pareció una enorme cantidad de provisiones. Había pieles extra para mantenerlos calientes durante la noche y una especie de tienda hecha de cuero impregnado en aceite y madera de sauce elástico. Almacenaron un montón de galleta de miel dura, horneada especialmente para los largos viajes en el frío. También había bolsas de su comida de viaje habitual —nueces, frutos secos, carne curada— y varias bolsas de cuero grandes de agua para beber. Tomaron un suministro de turba y herramientas para hacer fuego, y un hornillo de viaje, de un tipo que Maerad no había visto nunca: estaba hecho de hierro, con una base de piedra para evitar que quemase la madera del trineo.

El hatillo de Maerad, que a menudo le había parecido tan pesado durante sus viajes, parecía insignificante en comparación con todo lo demás. Y aun así contenía todo lo que poseía —su equipo de lucha, sus tesoros, su lira. La mayor parte del espacio estaba tomada, y con diferencia, por la comida para los perros. Al principio Maerad se sorprendió ante lo mucho que llevaban, pero Dharin le explicó que mientras que los caballos, por lo general, eran capaces de alimentarse por sí mismos lo que comían los perros tenían que llevarlo con ellos.

—A no ser que salgan a cazar, pero podrían no atrapar nada, y los hace volverse salvajes —explicó—. Y comen mucho. Pueden pasarse todo el día corriendo. Eso añade un montón de carne. La colocaré delante: así se congelará y se conservará. —Dieron un paso atrás y los dos admiraron su obra—. Se ve bien, bien equilibrado —admitió Dharin con la cabeza hacia un lado—. Bueno, Mara, ahora ya estamos preparados para partir en cualquier momento. Solo tienes que decidir cuándo.

Maerad miró hacia el exterior por las puertas abiertas que daban al amplio patio. No podía ver el extremo más alejado, la vista estaba blanca por la nieve.

—¿Crees que deberíamos salir con este tiempo? —preguntó dudosa—. ¿Eres tan buen conductor como dices?

—Podemos esperar —afirmó Dharin mirándola—. Incluso el mejor de los conductores evita las ventiscas si puede.

—Esperemos un día —sentenció Maerad tras volvérselo a plantear—. No creo que tengamos mucho tiempo, así que si esta nevada no cesa, deberíamos pensar en partir igualmente. Si a ti te parece bien.

—Espero tus órdenes —dijo Dharin mientras le hacía una complicada reverencia. Maerad fingió no divertirse con sus tonterías y le hizo un gesto para que se marchase, como una reina arrogante. Él se dejó caer hacia atrás desde el trineo agitando el sombrero en las manos, y cayó sobre la nieve.

Maerad se echó a reír con fuertes carcajadas, y Dharin volvió al interior mientras se quitaba la nieve de encima.

—Lo siento, Reina Mara —se disculpó—. No soy buen esclavo.

Maerad volvió a reír y le revolvió el cabello para quitarle más nieve.

—Yo tampoco lo era —contestó.

Aquella noche, sola en su cuarto, a Maerad la asaltó una terrible melancolía. En los pocos días que había pasado en Murask había hallado a una parte de su familia de la que no sabía nada. Y pese a que sentía una cercanía con respecto a Sirkana que no podía negar —e incluso con respecto a Dharin—, también sabía que era diferente a ellos de una manera de la que estaba segura de que Hem no lo era. Hem hubiera encajado allí como en un molde, hasta el fondo, en aquellas comidas sin fin. Sonrió al pensar en el apetito insaciable de Hem. Era imposible estar en Murask y no pensar en Hem; su rostro se le vino vívidamente a la imaginación una y otra vez. Aquella tarde había visto a un muchacho cuyos rasgos oscuros y flacos eran demasiado similares a los de su hermano, y había estado a punto de gritar su nombre, pero el chico se había vuelto y ella se había dado cuenta de que era bastante diferente. Allí Hem se encontraría en su lugar, tal vez igual que ella sentía que su lugar estaba entre los Bardos. O lo había sentido, antes, en el pasado... Se estremeció ante el doloroso pensamiento de que sus acciones podrían haberla exiliado de las Escuelas para siempre.

Se quedó un tiempo tumbada en la cama, mirando hacia el techo sin verlo. Pronto —tal vez al día siguiente— comenzaría otra etapa de su odisea. No sabía nada del lugar al que se dirigía, y era posible que no volviese. Y si no lo hacía, Hem nunca sabría que tenía una familia en Murask... Recordó el terrible sueño premonitorio que había tenido sobre el saqueo de Turbansk y sintió una sofocante desesperación que le subía por el pecho. ¿Qué esperanzas tenían ella o Hem de sobrevivir a sus diferentes peligros?

¿Cómo podía saber que Hem no estaba ya muerto? Y aun así, por alguna inquebrantable sabiduría más profunda que sus dudas, Maerad estaba segura de que Hem todavía estaba vivo. Era como si los dos estuviesen conectados por un filamento invisible, inmesurablemente fino y delicado, que vibraba con su presencia en el mundo. Estaba segura de que si Hem estuviese muerto lo sabría. Hem estaba vivo, entonces; tenía que creer aquello. «Y mientras el corazón continúe latiendo, habrá esperanza», se dijo con firmeza. No podía permitir que su miedo o desesperación gobernasen sus actos, ahí yacía una derrota segura.

De pronto, Maerad tomó una decisión. Se levantó de la cama y rebuscó en su

hatillo, en busca de los materiales para escribir que guardaba allí, envueltos con mucho cuidado en un hule. Extendió el precioso papel sobre el baúl, sacó la pluma, la mojó en tinta negra y después se detuvo durante un momento, preguntándose cómo comenzar. Después empezó a escribir con una aplicación desesperada.

Mi querido hermano:

Te escribo esta carta desde Murask, un asentamiento Pilanel en Zmarkan. Espero que te halles bien, y que Saliman (¡saludos, Saliman!) te haya enseñado suficiente escritura para poder leer esto tú solo. Estoy cargada de malas noticias: Cadvan, nuestro estimado amigo, pereció en el paso de Gwalhain durante nuestro viaje hasta aquí, junto con Darsor e Imi. No hay palabras que puedan expresar mi tristeza.

Llegué a Murask sola y ahora estoy a punto de comenzar un viaje hacia el norte con un guía Pilanel, para encontrar a un grupo de personas llamados la Estirpe Sabia, que podrían decirme algo acerca del Canto del Árbol. Deseo estar en lo cierto y que esto no sea un error. Podría no volver, y hay algunas cosas que me gustaría que supieses, por si yo no pudiera contártelas en persona.

Aquí he hallado a la familia de nuestro padre. Mi guía se llama Dharin a Lobvar y es nuestro primo: el hijo de la hermana de nuestro padre. No he podido conocer a su madre, que no está ahora mismo en Murask, pero la jefa tribal de los clanes, Sirkana a Triberi, es otra de las hermanas de Dorn. Es Bardo como nosotros y es la hermana gemela de Dorn. Estoy bastante segura de que si vinieses a Murask, te sentirías como en casa; tú ya sabes que eres Pilanel de una forma en la que yo no lo soy, pese a que seamos parientes. Y los Bardos que hay entre los Pilanel tienen otras maneras de emplear sus Dones, diferentes a ser proclamados en una Escuela. Si no te sientes a gusto en la Escuela de Turbansk, tal vez podrías hallar tu lugar entre ellos. Descubras o no que eres un Bardo de Turbansk, creo que algún día deberías viajar hasta Murask y hablar con tus parientes de aquí.

Te escribo esto con una terrible tristeza. Te echo de menos más de lo que podría expresar y cada día deseo que estemos juntos, y no separados por muchas leguas. He oído hablar de que hay una guerra que marcha hacia Turbansk, y temo por ti. Hemos nacido en tiempos oscuros. Pero también escribo esto con esperanza y amor, hasta que algún día pueda volver a abrazarte, mi querido hermano.

Tu hermana,

MAERAD

Cuando terminó volvió a leerla entera. En realidad no expresaba todo lo que quería reflejar; no tenía palabras para tantas cosas, y escribir todavía le resultaba una labor difícil. Pero por lo menos le haría saber todo aquello a Hem, ya que ella no

podía decírselo —si es que alguna vez la carta llegaba a él atravesando la tierra desgarrada por la guerra. La selló con cera, presionando su broche de Pellinor sobre el sello y después le escribió una dirección: «*Hem (Cai de Pellinor), mediante la mano de Saliman de Turbansk, en la Escuela de Turbansk, en el Suderain*». Después, poseída por la sensación de urgencia, se dirigió al cuarto de Sirkana y llamó a la puerta.

Sirkana respondió con aspecto cansado. Maerad empujó la carta hacia ella, explicándole a toda prisa para quién era y preguntándole si podría enviarse cuanto antes. Sirkana alzó las cejas, y tomó la carta, mirando el rostro ansioso de Maerad.

—Tal vez haya alguna manera de enviarla antes del próximo verano —contestó sobriamente—. Hay otros pasos por las montañas diferentes al de Gwahlain, y a veces hay tráfico por Annar incluso en invierno. Si tu hermano está en Turbansk, está muy lejos de aquí, y ahora las carreteras son muy peligrosas, pero los nuestros tienen caminos secretos. Haré todo lo que pueda.

Sin decir nada, Maerad se arrojó sobre Sirkana rodeándole el cuello con los brazos. Después regresó a su cuarto sintiéndose un poco mejor.

Al día siguiente la tormenta había amainado. Ya era el cuarto día que Maerad pasaba en Murask, y estaba deseando marcharse; el tiempo claro parecía una señal. Por primera vez desde que había llegado al Otero fue capaz de abrir los postigos y dejar entrar un poco de aire fresco. Aunque no era temprano, fuera todavía había la oscuridad que precede al alba; los días ya se estaban acortando. Una extraña luz azul entró en el cuarto, reflejando la blancura de la nieve, y aspiró el aire helado. Con una sensación de ligereza que llevaba semanas sin sentir, comenzó a vestirse para el viaje.

Dharin se había encargado de las vestimentas de viaje de Maerad, una tarea que había abordado con suma seriedad el día anterior. Sirkana le había dado las llaves de los almacenes de ropa y había llevado a Maerad por una serie de salas que la habían impresionado —allí se guardaban las reservas de ropas de toda la comunidad, que se le proporcionaban a cualquiera que las necesitase. Había estanterías llenas de sombreros, botas, chalecos, mallas, vestidos y abrigos.

Dharin había elegido unas pesadas botas recubiertas de piel que le llegaban a Maerad hasta las rodillas y le había enseñado a vendarse los pies con tiras de tela antes de ponérselas: aquello la protegería mejor contra la congelación. Inspeccionó cada detalle de sus guantes de lana forrados de seda, frunciendo ligeramente el ceño, y después eligió unas manoplas forradas de piel, sugiriéndole que se pusiese los guantes de lana debajo de ellas.

—¿No puedo llevar solo los guantes? —preguntó Maerad. Se sentía muy torpe con las manos cubiertas por tantas capas—. No puedo coger nada.

—Tendrías más problemas para coger cosas si no tuvieras dedos —dijo Dharin con una ironía en la voz que ella no le había escuchado antes—. Créeme, Mara, tu peor enemigo ahí fuera es el frío. No se parece en nada al frío de Annar. Yo he visto congelaciones, no es algo a lo que desearías arriesgarte.

Maerad cedió, sintiéndose reprendida, y miró sumisamente la pila creciente de ropa. Pensó que todas parecían muy pesadas. Casi todo estaba forrado de piel. Después volvieron a su cuarto y Dharin inspeccionó sus prendas de viaje y le sugirió que se las pusiera encima, en diferentes capas. Los pantalones de cuero pasaron la inspección, pero le dijo que apartase la capa; no le sería de ninguna utilidad. Después le dio un grueso chaleco y unas mallas, todo ello tejido con la misma lana suave. Tenía que cubrirlo todo con un abrigo forrado de cuero que le llegaba hasta los tobillos, con una capucha que prácticamente le cubría todo el rostro.

Le hizo ponérselo todo encima y esperó fuera de la habitación mientras lo hacía. Después la inspeccionó con aire crítico. Le colocó la capucha más ajustada sobre la cara, de modo que le ensombrecía los ojos.

—Tendrás que mantenerla así —dijo—. Si no te quedarás ciega de mirar a la nieve. —Maerad, que ya sentía cómo el sudor le resbalaba por la cara en aquella cálida habitación, se limitó a asentir. No se había dado cuenta de que viajar hacia el norte fuese tan complicado, pero la seriedad con la que Dharin hablaba la impresionaba muchísimo—. Ya ves, Mara, unas ropas adecuadas pueden marcar la diferencia entre vivir o morir —sentenció cuando ella le suplicó poder quitárselo todo—. No hay prácticamente nada que sea más importante.

—Ahora el único problema real es que me voy a morir de calor —protestó ella—. ¡Todavía no estoy sobre el hielo!

Era evidente que Dharin pensaba que se tomaba el tema muy a la ligera, pero de mala gana le permitió que se quitase las pieles.

—Ya verás, estarás agradecida por tener todas estas cosas —le reprochó muy serio.

—Lo sé, Dharin —admitió Maerad, con la cara rosa, mientras lanzaba el abrigo sobre la cama, aliviada—. Pero ahora tan solo tengo calor.

Aquella mañana se lo puso encima todo excepto el abrigo, comprobó que todas sus posesiones estaban en el hatillo y fue en busca de Dharin. Estaba, tal y como había esperado, en los establos de los perros. El trineo ya estaba fuera y él inspeccionaba las patas de los animales, levantándolas una a una y mirándolas detenidamente. Levantó la vista cuando llegó Maerad y sonrió.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? —Dharin sonrió—. Tan solo tengo que ponerles los arneses a los perros, y después podemos partir.

Maerad estaba acostumbrada a las despedidas formales y se sintió desconcertada.

—No llevo el abrigo —contestó—. Y he dejado el hatillo en mi cuarto. Y debería despedirme de Sirkana, y darle las gracias.

Dharin le dio una palmadita al perro que estaba inspeccionando e hizo que se marchase con los demás.

—Yo ya he acabado aquí —dijo—. Iré contigo.

Volvieron a la casa de Sirkana. Maerad recogió sus cosas y después fue a los aposentos de Sirkana junto a Dharin. No estaba allí, ni tampoco en el Salón; después de preguntar, la encontraron en el interior del Otero, realizando una inspección de las provisiones de comida.

—Hemos venido a decir adiós —anunció Dharin sin más preámbulos—. Hace un día perfecto para viajar.

—Imaginaba que os iríais hoy. —Sirkana los repasó a los dos en silencio, como si estuviese juzgando si estaban preparados para el viaje—. Bueno, Dharin, hijo de mi hermana, ¿conoces la historia acerca de cómo llegar a las islas Labarok?

—Está todo aquí dentro —respondió Dharin sonriendo y dándose un golpecito en la frente—. No me perderé.

—Bien. —Le dirigió una larga y lenta mirada, que a Maerad le pareció cargada de tristeza, y después lo abrazó—. Que viajéis en paz, y no corráis riesgos. Ya habrá bastantes peligros. —Lo besó en las dos mejillas y se volvió hacia Maerad—. No hallarás mejor guía —afirmó—. Es joven, pero en sus huesos hay muchos conocimientos.

—Lo sé —aseguró Maerad—. Y me siento agradecida. Gracias por tu generosidad hacia mí, y tu bienvenida.

Sirkana le acarició la mejilla y después la besó.

—Id entonces. Y que halléis lo que necesitas. —Volvió a su labor interrumpida, con la espalda recta e inflexible. Con desazón, Maerad sintió que la severidad de Sirkana ocultaba una profunda pena.

Desde el almacén. Maerad y Dharin se fueron directos a los establos de los perros. Maerad se quedó mirando desde una distancia segura mientras Dharin les colocaba hábilmente los arneses a seis de los perros.

—Los otros pueden venir corriendo detrás hasta que salgamos de Murask —dijo, levantando la vista—. No cabrán en los túneles si les pongo los arneses a todos. Nosotros podemos caminar a su lado hasta entonces.

Salieron del Otero por otro túnel que había en los corrales de los perros. Era mucho más corto que el serpenteante pasillo por el que había entrado Maerad, ya que allí la pared era casi tan gruesa como la longitud de un hombre y evidentemente estaba diseñado para los trineos con perros. Estaba vigilada por un guardián que, en cómico contraste con el hombre que la había hecho entrar, era incluso más alto que Dharian y delgado como un palillo. De todas maneras, fue igual de silencioso mientras realizaba el complicado proceso de abrir y cerrar los candados de las tres puertas; Maerad se preguntó por qué Murask se había especializado en tener unos porteros así de hoscos.

Aparecieron en una zona llena que estaba sobre una pendiente cubierta de nieve: ante ellos el lateral de Otrero descendía como la ladera de una montaña, suavemente cubierto de nieve. «Sería imposible trepar», pensó Maerad mientras miraba pendiente abajo. Pero bajar era otra historia. Colocaron el trineo sobre un montón de nieve,

igual que un barco sobre el agua; a Maerad le recordó muchísimo el *Búho Blanco* subido a la cresta de una inmensa ola en medio de la tormenta, en el angustioso momento previo a ser arrojado al abismo.

Dharin le dijo a Maerad que se metiese en el trineo y después comenzó a colocarles los arneses al resto de los perros. Ahora lloriqueaban, ansiosos por partir, mientras meneaban la cola. En un tiempo sorprendentemente breve tuvo todos los arneses colocados y los quince perros se desplegaron como un abanico formando una fila, probando sus hombros contra el peso del trineo, pero todavía sin moverse. Maerad se sorprendió; por alguna razón esperaba que sus arneses los distribuyesen como los bueyes de un carro, uno detrás de otro.

—De esta manera cada perro ve lo que tiene delante —dijo Dharin cuando le preguntó el porqué—. Lo prefieren, aunque aun así todos siguen a Garra. —Se subió a su pescante detrás de Maerad, comprobó por última vez que todo estaba en su lugar, y gritó—: ¡Ot!

Los perros comenzaron a correr de inmediato y el trineo comenzó a moverse por el borde de la pendiente con un movimiento brusco. Después iniciaron la bajada por la colina, adquiriendo velocidad a un ritmo temerario, con los perros colocados en una línea ante ellos. Maerad se agarró con fuerza a los rieles laterales, hasta que los nudillos se le quedaron blancos y entonces cerró los ojos. Su estómago parecía haberse quedado en la cima del muro del Otero.

Justo cuando Maerad había decidido que se iban a estrellar o por lo menos a pasarles por encima a los perros, el trineo se enderezó con un ligero topetazo y redujo la marcha. Abrió los ojos y miró a su alrededor con precaución.

Al principio corrían al lado de la alta muralla de Murask y su sombra caía helada sobre ellos, pero en muy poco tiempo la habían sobrepasado y corrían por las llanuras de Arkiadera. Pero no eran las mismas llanuras por las que Maerad había caminado tan poco tiempo antes: ahora eran una brillante capa de blanco que se extendía en todas las direcciones, rota tan solo por la línea oscura que formaban los árboles que crecían en las orillas del río. Maerad se inclinó sobre el lateral del trineo para mirar hacia atrás, para dirigirle una última mirada a Murask. Cubierto de nieve, el Otero parecía incluso más extraño de lo que le había parecido antes, un inmenso y solitario montículo que se alzaba de las llanuras sin sombra. Ahora iba quedando tras ellos rápidamente.

El resplandor que desprendía de brillante luz del sol era deslumbrante y, al recordar las constricciones de Dharin acerca de la ceguera, Maerad se colocó la capucha sobre el rostro de forma que le dejase los ojos en la sombra. El viento helado le soplaba en la cara, pinchándole la piel, y le corazón se le aceleró en una repentina alegría. Se volvió hacia Dharin.

—¡Es maravilloso! —exclamó.

—Te lo había dicho —contestó con una enorme sonrisa—. No hay manera mejor de viajar. ¿Quién necesita carreteras?

Continuaron durante todo el día, en dirección al noroeste. De vez en cuando los perros se enredaban entre ellos y Dharin se detenía y los separaba. Para Maerad era la oportunidad de salir a estirar las piernas, antes de volver a meterse en su asiento.

Un rato después, el movimiento del trineo la acunó hasta dormirla. Soñó que estaba en un barco de hueso, navegando por un mar de hielo; parecía que iba en busca de otro sueño, pero no podía recordar qué era. Del cielo pendían, muy elevadas, unas brillantes cortinas de luz y estiró las manos para tocarlas. Estaban muy frías, hacían que un estremecimiento helado le recorriese todo el cuerpo, y después los dedos se le caían de las manos. Miraba sus manos sin dedos sin horror ni sorpresa, pensando para sí misma que no los necesitaba para tocar música, pero entonces alguien que estaba al mismo tiempo presente y ausente, alguien que tenía la voz de Cadvan, decía: «¡tonterías!» y se despertó de repente.

El sol se había movido por el cielo en su baja trayectoria por el horizonte, pero el paisaje no parecía diferente.

—Para algunos resulta fácil —dijo Dharin.

Maerad se incorporó, frotándose los ojos.

—Se está muy calentita y cómoda, con todas estas pieles que has puesto aquí —comentó. Miró a los perros, que ahora corrían tan rápido como cuando habían arrancado—. ¿Cómo pueden los perros continuar corriendo tan rápido?

—Son muy fuertes. Y ansiosos.

Cuando el sol estaba cerca del horizonte, se detuvieron para pasar la noche. Dharin desató a los perros y les dio de comer, mientras Maerad preparaba una cena con algunas provisiones. Entonces Dharin montó la tienda, un ingenioso artilugio hecho de flexibles cañas de madera de sauce y pieles bien lubricadas. Desdoblada, se abría milagrosamente creando una pequeña tienda en la que cabían dos personas, con un suelo firme e impermeable. Delante de la tienda había unas largas portezuelas de piel que podían ligar al propio trineo, en su parte descubierta, de modo que anclaba la tienda al suelo. Tenía dos cuartos separados: un espacio muy pequeño donde Maerad y Dharin podían sentarse para comer, calentándose al lado de la estufa, y el trineo, donde dormían. Maerad estaba encantada, e hizo a Dharin abrirla y cerrarla unas cuantas veces, tan solo para ver cómo se elevaba; y Dharin, que había hecho él mismo la tienda, estaba feliz de hacerle el favor. Para Maerad, que se había acostumbrado a dormir a la intemperie con todo tipo de tiempo, la tienda era un lujo, pero Dharin se echó a reír cuando le explicó aquello. Dharin le dijo que, en el norte, tener un refugio no era un lujo, sino una necesidad, si no quería convertirse uno en un bloque de hielo humano.

Los dos cenaron sentados en el exterior, delante de la tienda, mirando cómo el sol se hundía sobre las llanuras, un ardiente globo de fuego en un cielo naranja que proyectaba una luz dorada sobre la nieve.

—Es hermoso —murmuró Maerad, soñadora.

—Cierto —contestó Dharin—. Peligrosamente hermoso. Cuando pasemos Tlon, comenzaremos a estar en la auténtica tierra del invierno. Es más bello de lo que puedas describir, y mortal.

—¿Has estado allí antes? —preguntó Maerad.

—Una vez. Viajo a lugares lejanos; me fastidia pasarme encerrado todo el invierno, pues es la mejor época para viajar, aunque me gusta estar en Murask para el festival del solsticio de invierno. Fui por primera vez a Tlon cuando tenía diez años, con mi padre. Comerciaaba con pieles y otras cosas con los clanes norteños. Era un gran conductor.

—Entonces, ¿está muerto? —Maerad entornó los ojos en dirección a Dharin, mientras examinaba su rostro.

—Sí. No volvió. Ahora hace ya cinco años. Yo tenía dieciocho años y ya era un hombre. Supuso una gran pena para mi madre. Ella se unió a otro clan, y ahora va al sur cada año. Este año no ha podido volver. Esperaba verla antes de partir, pero no he podido.

—¿Y tienes hermanos o hermanas? —quiso saber Maerad.

—No. No hubo más hijos después de mí. Mi madre enfermó mucho cuando yo nací; era un bebé muy grande y casi muere durante el parto.

Los dos se quedaron en silencio, mientras acababan la comida. Maerad pensó en la vida de Dharin, que parecía tan dura como la suya pero de una manera diferente, y se preguntó si debía decirle quién era, y que eran primos. Algo la hacía contenerse, tal vez fuese sobre todo la idea de que hacer aquello implicaría decirle que en un principio lo había engañado.

Pese a viajar tan solo como pasajera, Maerad estaba extrañamente agotada, y en cuanto estuvo oscuro se preparó para dormir. Dharin ató a los perros al trineo, y estos se acurrucaron con el hocico pegado a la cola y se pusieron a dormir sobre la nieve.

—¿Deberíamos establecer turnos de vigilancia? —preguntó Maerad, preparada para hacer el primero. Pero Dharian se echó a reír.

—No podemos vigilar mejor de lo que lo harán estos perros —dijo—. Se levantarán si cualquier cosa se mueve en una legua a la redonda. Tienen mejor oído que cualquiera de nosotros.

«Seguramente no», pensó Maerad, con su oído Bárdico en mente, pero no puso ninguna objeción. Era un alivio pensar que podría dormir sin interrupciones, para variar.

Durmieron sobre el trineo el uno al lado del otro. En circunstancias normales Maerad se habría sentido cohibida ante aquel arreglo, pero Dharin, lo hizo con tanta naturalidad que ella no se sintió molesta en absoluto, y después de todo, él era de su familia. Se limitó a acomodarse entre las pieles y le deseó «que sueñes con la Luz», y en seguida se quedó dormida. A Maerad le llevó un poco más enganchar el sueño, pero no mucho.

En menos de dos días, Maerad se sentía como si siempre hubiera vivido así,

viajando en un trineo por la nieve. Le parecía que el paisaje nunca terminaba y nunca cambiaba; habían dejado atrás la línea del río y ahora se deslizaban por el corazón de las llanuras de Arkiadera. Vio muchos pájaros —pájaros extraños con las patas llenas de plumas, que podían correr por la nieve, y grandes cuervos, que se veían contrastados por la blancura del paisaje—. Más ocasionalmente divisaba águilas que cazaban, que volaban en círculo sobre corrientes de aire ascendente. También vio unos animalillos blancos que Dharin le dijo que eran una especie de comadreja llamadas zaninks, que los Pilanel del norte cazaban por sus cálidas pieles.

—La piel de tu chaqueta es de ese tipo —afirmó—. Es la mejor protección contra el frío que puedes encontrar.

De vez en cuando se encontraban con manadas de ciervos lanudos. Dharin le explicó que eran de una especie norteña que los Pilanel llamaban oribanik y que se criaban por su carne y leche. Eran muy grandes, a veces más altos que caballos, con pieles pintas y los machos tenían unas enormes cornamentas ramificadas.

Al tercer día el buen tiempo cambió. La temperatura descendió perceptiblemente mientras un desagradable viento comenzaba a soplar desde el noroeste. Dharin se envolvió el rostro con un trapo para evitar que se le congelase la nariz, de modo que solo quedaba visible el brillo de sus ojos. Maerad hizo lo mismo. Dharin tenía razón, aquel era un tipo de frío diferente. A medida que avanzaba el día, se levantaba cada vez más viento y comenzó a caer una fina nieve.

—Será una noche fría —advirtió Dharin aquella tarde—. Y creo que mañana habrá ventisca. Es un viento extraño. Un regalo del Rey del Invierno.

—¿Tú crees? —preguntó, ansiosa, alzando la vista con brusquedad.

—Oh, eso se dice mucho entre mi gente, cuando el viento sopla del noroeste. Sopla helado.

—Aun así, puede que tengas razón —repuso Maerad pensativamente—. Me ha estado persiguiendo desde Annar.

Dharin se quedó un rato en silencio, y después añadió:

—Tal vez, Mara, puedas decirme qué es lo que estás haciendo. Sirkana me contó que andabas en búsqueda de la Estirpe Sabia y que, si te llevaba hasta allí, quizás esto sería lo más importante que haría en toda mi vida. Pero no me dijo nada más. Supuse que se trataría de algo relacionado con el Rey del Invierno.

Maerad estudió el rostro de Dharin. Él miraba muy serio, sus dulces ojos preguntaban con una ligera timidez.

—Tienes razón —admitió Maerad—. No es justo pedirte que arriesgues tu vida por mí sin saber por qué. Bueno, es una larga historia.

Dharin se recostó.

—Me gustan las historias —dijo.

—Para empezar, Mara no es mi nombre real —explicó ella—. Mi verdadero nombre es Maerad de Pellinor, y soy una *Dhillarearen*, una Bardo.

—Eso no lo había adivinado —respondió Dharin alzando las cejas—. Pese a que

sabía que en ti había más de lo que parecía. Pero en ese caso me sorprende que les tengas miedo a los perros. Si eres *Dhillarearen*, puedes comunicarte con ellos.

Maerad asintió, y después valoró la verdad de lo que él estaba diciendo. No había empleado demasiado aquel aspecto del Habla, excepto con Imi, a quien todavía echaba dolorosamente de menos. Y por lo demás no sentía miedo de las criaturas salvajes.

—Los miedos no siempre son racionales —alegó Maerad—. Estaba demasiado asustada para hablar con ellos. Bueno, nunca había visto perros como los tuyos. Tal vez lo intente más tarde.

—Entonces tu nombre real es Maerad. —Dharin no pareció sorprendido y Maerad supuso que él ya había adivinado que Mara no era su verdadero nombre—. Y ¿cuál es tu historia?

—Bueno, la verdad es que soy tu prima. Mi padre era Dorn a Triberi, el hermano de Sirkana. Mi madre era Primer Bardo en la Escuela Pellinor. Pero apenas conocí a mi padre, murió cuando yo era muy pequeña.

Ahora Dharin sí que pareció sorprendido, pero sonrió.

—Debería haber sabido que éramos parientes —admitió—. Sentía como si ya te conociese. Bien, bien. Bueno, Mara, quiero decir Maerad, tienes que contármelo todo.

Incluso en aquella pequeña tienda y encogidos sobre la estufa, el aire frío. En el exterior el viento comenzaba a aullar y las delgadas pieles se agitaban. Maerad sintió un escalofrío y se acurrucó más dentro de sus pieles; estaba contenta de tener aquel refugio por pequeño que fuese. Inspiró y comenzó a contar la historia de su vida, ¿cuántas veces la había contado ya?

Dharin era un buen oyente, permaneció sumido en un atento silencio durante todo el relato. Cuando hubo terminado, Maerad lo miró. Él tenía los ojos bajos.

—Gracias, Maerad —exclamó—. Creo que la tuya es una historia muy triste. Bueno, ahora ya comprendo un poco más; y también por qué Sirkana me dijo lo que me dijo.

Maerad se sintió agradecida por su sencilla aceptación. Se había sentido culpable por haberlo engañado y temía que aquello hubiera dañado la confianza entre ellos.

—Me alegro de que seas mi primo —afirmó—. Querría habértelo dicho antes, pero sentía que no podía.

—No hay ninguna necesidad de buscar excusas para la precaución, y más en los tiempos que corren —respondió Dharin. A su pesar, Maerad bostezó, y él sonrió con dulzura—. Mañana será un día duro —repuso—. Debemos dormir. —Apagó la estufa, guardándola con cuidado en el lugar donde tendrían los pies cuando se tumbasen. Después besó a Maerad en las dos mejillas—. Que duermas bien, prima.

—Que duermas bien —repitió Maerad. Aquella noche se durmió casi en cuanto cerró los ojos.

El viaje durante los siguientes días no fue igual de placentero de lo que lo había sido antes.

No era exactamente una ventisca, tan solo una nevada sin fin y mucho aire frío. Dharin hizo que su paso fuese más lento, buscando ansioso señales de árboles u otros obstáculos. Maerad se cubrió la cara, y después intentó acurrucarse bajo las pieles y dormir. Sobre todo estaba aburrida; no había nada que mirar, y hacía mucho frío.

Convivir con los perros tan de cerca hizo mucho para disipar el miedo que tenía Maerad; eran fieras y medio salvajes, pero no le hacían ningún daño y la trataban, pensaba ella, con una especie de amistoso desprecio. Comenzó a diferenciar a los unos de los otros, y a ver sus diferentes personalidades. Podía reconocer a Garra, con su pelo negro y collar, en contraste, blanco. Era seria y responsable, y mantenía al equipo a raya. También había un joven perro gris llamado Ponto, el más joven del equipo, que a menudo molestaba a los perros mayores intentando mordisquearles la cola y con ganas de jugar mientras todos descansaban, y que le recordaba en algo a Hem. Y un gran perro gris y negro llamado Collar, por las extrañas manchas blancas que tenía alrededor de la garganta. Al resto más o menos aún los confundía, pero iba aprendiendo.

Desde el comienzo de su viaje, Dharin había insistido en que Maerad debía aprender a conducir el trineo, y una tarde por fin aceptó. Se colocó en el saliente que había en la parte trasera mientras Dharin se sentaba en el lugar que habitualmente ocupaba ella, y tomó los arneses.

—Ahora di «¡Ot!» —dijo Dharin, diciéndole así la palabra Pilanel para «en marcha». Ella la pronunció, pero no ocurrió nada—. Vuelve a intentarlo, pero con más firmeza —la animó Dharin.

Ella volvió a intentarlo, pero aun así los perros no se dieron por aludidos. Aquella vez Maerad se sintió un poco más molesta, y antes de que Dharin pudiese darle más instrucciones, utilizó la palabra en Habla.

—*¡Toil!*

Todos los perros se echaron hacia delante. Con una cierta satisfacción, Maerad sintió su sorpresa, y aguzó el oído; mientras corrían se quejaban el uno al otro. *¿Esta quién es? ¡Nunca me dijiste que tuviese lengua de lobo! Cierra la mandíbula, dientes de madera, y sigue corriendo.* Maerad rio en alto y Dharin la miró, impresionado.

—Eso ha hecho que se den cuenta —afirmó—. Bueno, tal vez no haga falta que te enseñe nada. Todas las órdenes se hacen mediante la voz: has de decir «derecha», «izquierda» o «parad», según desees.

—No conozco nada de esta tierra —contestó Maerad—. Ni hacia donde voy. No tiene sentido poder decirles que corran si no sé adónde me dirijo.

Pese a la repentina obediencia del equipo, Maerad encontró que conducir la ponía nerviosa, se sentía fuera de control. Cuando llegó el momento de volver a desenredar las correas, le tendió las riendas a Dharin.

—Si quieres descansar y me puedes decir el camino por el que seguir, entonces

estaré contenta de conducir —se ofreció—. Pero no quiero causar un accidente.

—Acepto la oferta —respondió Dharin—. Por Arkiadera es fácil; tan solo es terreno llano y no hay ríos en esta parte de las llanuras. Lo único que tienes que hacer es continuar conduciendo en línea recta.

Después de aquello, Maerad tomaba las riendas al menos una vez al día. Cuanto más conducía el trineo, sintiendo la respuesta del equipo ante su voz y sus manos, más remitía su miedo a los perros, pese a que siempre tenía cuidado con continuar siendo respetuosa. Pocos días después, ya ayudaba a darles de comer y podía mirar a los perros manteniendo la calma mientras se gruñían y mordían unos a otros y hacían pedazos los trozos de carne congelada.

El viaje hasta Tlon era de menos de ciento veinte leguas al noroeste, en línea recta. Su ruta era ligeramente más larga, ya que Dharin estaba bordeando el río que daba una curva al norte de Murask. Llegaron a Tlon en cinco días y solo entonces apreció Maerad lo rápido que viajaban.

Desde el exterior, Tlon se parecía mucho a Murask, una enorme colina cubierta de nieve en medio de la llanura, pero Maerad nunca tuvo la oportunidad de ver el interior. Dharin había empaquetado suficientes provisiones en el trineo para cuatro semanas de viaje, y allí se detuvieron tan solo para charlar con el guardián de la puerta y tener noticias de las condiciones meteorológicas más al norte. Cuando sonó el timbre, Maerad se colocó detrás de él, hundiendo las botas en la nieve mientras su aliento creaba una capita de hielo en el pelo de su capucha. Pensó que llevando tales ropas no tenía necesidad de disfrazarse; nadie podría haber dicho ni siquiera si era un hombre o una mujer.

El guardián de la puerta respondió rápidamente, saludando a Dharin por su nombre con entusiasmo. A diferencia de los de Murask, el guardián de puerta de Tlon se distraía de su aburrido trabajo hablando con cualquiera que pudiese, intercambiando pequeños cotilleos, conocimientos sobre el tiempo, rumores y noticias. Estaba claro que Dharin lo conocía bien, y charlaron durante un buen rato. Maerad no entendía lo que decían, ya que hablaban en Pilanel, y tenía cada vez más y más frío de estar esperando al viento, así que se puso a caminar en círculos, dando pataditas a la nieve.

A diferencia de la nieve que rodeaba Murask, que era una especie de polvo suave, aquella estaba muy compacta y era más dura que la tierra; allí llevaba mucho más tiempo nevando de lo que llevaba en el sur. Dharin le confirmó aquello cuando dejó de hablar con el guardián de la puerta y volvió al trineo, donde los perros estaban tumbados sobre sus huellas, pegándole mordiscos a la nieve a medida que les rodeaba las cabezas.

—Nok me decía que nunca habían tenido un invierno tan temprano. Casi diez clanes todavía no han llegado a casa y tienen muy pocas provisiones. Y aquellos que vienen del norte hablan de peligrosas condiciones y muchos más asaltos de Jusacos que otros años.

—¿Jusacos? —preguntó Maerad—. Mirka me habló de ellos.

—Los Oteros Pilani se construyeron hace mucho tiempo, muchos antes de que los Jusacos aparecieran en el norte. Pero nos han sido útiles —explicó Dharin—. Entonces había otros enemigos, que ahora ya se han perdido en la memoria. Los Pilani siempre hemos vuelto a los Oteros, para contar nuestras historias, compartir, cortejar y para los festivales del solsticio de invierno. Pero desde hace bastantes años, también volvemos en busca de seguridad.

—Pero Mirka dijo que los Jusacos atacaban a caballo —añadió Maerad—. No deben ser una gran amenaza en invierno.

—En verano utilizan caballos, que nos roban a nosotros. Ningún clan Pilani va desarmado en estos tiempos. Pero los asentamientos de invierno tienen abundantes almacenes y si los Jusacos los conquistasen, podrían hacer que de Zmarkan desaparecieran todos los pueblos Pilani. Ya lo han intentado más de una vez, pero los Oteros son fuertes. No descansarán hasta que los Pilani desaparezcan de la faz de la tierra.

»Antes, los Oteros tenían tan solo una puerta y siempre estaba abierta. Ya no es así. Los Jusacos utilizan trineos y son tan peligrosos en invierno como lo son en verano. Pero nosotros somos más fuertes de lo que ellos creen, y somos tercios. —Dharin sonrió, y sus dientes brillaron a través de la sombra de su capucha—. No nos vencerán.

Después de haber salido de Tlon su rumbo cambió, dirigiéndose directamente hacia el norte. Aquella noche, mientras se acurrucaban en el interior de la tienda, que temblaba bajo la presión del viento, Dharin le pidió a las Llanuras de Arkiadera, que se extendían por todo Zmarkan, tenían allí su frontera norte.

—De ahora en adelante, viajaremos por Hramask, y pronto llegaremos a lugares donde la nieve jamás se funde —contestó—. Pero en el centro no vive nadie, ya que resulta demasiado duro; todos los pueblos de Hramask viven en la costa.

—Entonces, ¿estamos acercándonos al reino del Rey del Invierno? —preguntó Maerad.

—No. Estamos apartándonos de él —dijo Dharin—. Él manda en el nordeste, según se dice. Bueno, también hay quien dice que la fortaleza del Rey del Invierno no existe, por mucho que una vez existiese. Pero si ahora es así o no, ningún Pilani viaja voluntariamente tan al nordeste.

—Entonces, ¿quién gobierna el noroeste? —preguntó Maerad valorando aquello.

—Nadie. O nadie de quien yo haya oído hablar —repuso Dharin—. La nieve y el hielo son sus señores.

Maerad intentó recordar lo que le habían contado acerca del Rey del Invierno. Su nombre, recordó, era Arkan, y al igual que Ardina era un poderoso Elidhu. Había sido al adversario de Ardina durante las Guerras Elementales, hacía largas eras, y se había aliado con el Sin Nombre para aplastar a la Luz, lo que había llevado al Gran Silencio. Las criaturas de hielo, los iriduguls, habían sido creaciones suyas, y también los perros de tormenta. Sus emisarios ya eran más temibles que prácticamente cualquier cosa que hubiera visto nunca.

—¿Qué sabes del Rey del Invierno, Dharin? —preguntó por fin.

—Oh, no es más que una leyenda de los pueblos Pilani —dijo él—. Aunque hay quien afirma que los Jusacos lo adoran, y que su persecución contra nosotros es su venganza. Ya que cuentan que nosotros ayudamos a desterrarlo después del Gran Frío, cuando el Rey de Hierro, a quien vosotros llamáis el Sin Nombre, cubrió todo este mundo de terror y oscuridad. Después se vio obligado a permanecer más allá del mar de Hielo, en el lejano norte, y no se le permitió morar en su fortaleza el Arkan-da, cerca del Idrom Unt, esas montañas a las que los annarienses llamáis Osidh Nak.

Maerad asintió.

—Entonces, ¿el Ardakan-da está al este? —preguntó, intentando ubicarse—. Bueno, me alegro si eso significa que nos estamos apartando del Rey del Invierno. Cuanto más lejos estoy de él, mejor me siento.

Aquello no era del todo cierto: Maerad todavía sentía una fría voluntad que ejercía presión en su mente. Automáticamente se escudó contra ella, en cuanto se despertaba, y mantenía una vigilancia secreta en busca de cualquier señal de las criaturas del Rey del Invierno. Pero aun así las palabras de Dharin la reconfortaron.

Durante los siguientes días el viento amainó, dejando tras él unos cielos azules y fríos, y Maerad pudo ver que el paisaje por fin comenzaba a cambiar. A su derecha, en la distancia, veía las líneas fantasmales de las montañas, y comenzaban a toparse con bosquecillos de abetos y de otros árboles, que resultaban extraordinariamente verdes sobre la nieve. Allí la tierra estaba llena de colinas más que de montañas, con más trampas para los conductores incautos: tocones de árboles muertos o rocas cubiertas de líquen que sobresalían en la nieve. Dharin conducía con gran precaución y Maerad tomaba las riendas solo cuando podía ver con claridad el camino que tenía delante.

Seis días después de Tlon llegaron a una enorme cadena, salpicada por escasos abetos, y vieron ante ellos una amplia extensión de hielo de más de una legua de largo que rellenaba los valles entre las blancas montañas. Dharin detuvo a su equipo y miró hacia allí, haciéndose sombra sobre los ojos.

—Este es el glaciar de Ippanuk —explicó—. Seguramente sea la cosa más peligrosa que tengamos que cruzar.

—¿Glaciar? —preguntó Maerad.

—Un río de hielo. Viene de Votul, las montañas que ves allí. —Ondeó la mano hacia la derecha, donde una cordillera fantasma se desvanecía en la nebulosa distancia—. Bueno, no habrá ningún momento mejor que el presente —dijo, cuadrándose de hombros—. Podemos ver bien, y desde aquí creo que podemos tomar un camino seguro. *Oil*.

Era la primera vez que Dharin se le escapaba mostrar algo parecido a la ansiedad y Maerad miró dudosa hacia el glaciar; si él había dicho que era peligroso, realmente debía de ser peligroso. Dharin condujo a los perros despacio bajando en dirección al glaciar, pegándose golpes contra las rocas y trozos de hielo sucio que le manchaban los bordes. El sonido que hacía el trineo cambió en cuanto dieron con el glaciar, y se convirtió en un ruido rasposo en vez del suave silbido que emitía sobre la nieve. A medida que se acercaban al centro, Maerad se dio cuenta de que el glaciar no estaba en silencio, sino que emitía unos extraños chirridos, como de roca contra roca, y siniestros crujidos, y a veces sonaba como el grito de algún tipo de extraña criatura. Se dio cuenta con un escalofrío de que era el débil eco de los gritos de los iriduguls cuando los habían atacado a ella y a Cadvan en el paso de Gwalhain.

El mismo hielo variaba. A veces era claro como una esmeralda y veía a través de

verdes profundidades hasta lo que estaba segura de que era el lecho rocoso del glaciar, muy alejado de ellos, pero lo más frecuente era que fuese opaco, lleno de manchas y grietas. Resultaba hipnóticamente hermoso. A veces veía cosas extrañas, como visiones, que emergían en las claridades: un árbol verde, con las ramas dobladas como si estuviese atrapado en una tormenta, pero quieto, o una nube de rocas suspendida como si estuviese volando. Una vez vio a una enorme bestia con los hombros muy llenos de pelo y unos colmillos blanco y largos. Dharin fruncía el ceño de concentración, así que no le preguntó si sabía qué era. No pasó mucho tiempo hasta que descubrió por qué se movían con dolorosa precaución por el glaciar; las garras de los perros, tan afiladas como eran, a menudo resbalaban sobre el hielo, y todo este de hallaba desgarrado por profundas grietas, que podían aparecer sin advertencia bajo sus pies. Pasaron demasiado cerca de una, y el grito de Dharin para que se detuviesen causó toda una serie de rayazos de garras al recular de un abismo que Dharin no había divisado antes. Sus amenazadores bordes «azulverdoso» se abrían a una oscuridad sin fin como una terrible boca. A los perros el glaciar les gustaba tan poco como a Dharin; mantenían la cola baja, y de vez en cuando alguno de ellos aullaba con ansiedad. El breve día se acercaba a su final cuando los perros, con las orejas echadas hacia delante de alivio, llegaron al límite del glaciar, y comenzaron a subir el trineo por el cerro que tenían en frente.

Después del glaciar no tuvieron que enfrentarse a nada peor que un profundo frío. Ahora su rumbo volvía a dirigirse al noroeste: Dharin se dirigía a un punto de la costa que estaba a unas cuarenta leguas del glaciar, a lo largo de uno de los muchos dedos de tierra que sobresalían en el mar congelado. Las islas Labarok estaban al oeste de allí.

—¿Navegaremos hasta las islas? —preguntó Maerad, pensando en sus experiencias previas de viajes por mar y preguntándose dónde podrían encontrar un barco en un terreno tan deshabitado.

—No, iremos en trineo sobre el mar —respondió él, Maerad pensó que estaba bromeando hasta que él le explicó que el mar estaba congelado, de modo que atravesarían una gruesa capa de hielo—. Tal vez muy gruesa, teniendo en cuenta ese invierno tan temprano —dijo—. Las Labarok son islas, seguro, pero en invierno bien podrían no serlo. El mar se congela y las une todas, excepto los alrededores de las islas de Fuego.

A medida que se apartaban de las montañas, comenzaron a viajar con más rapidez. En menos de dos semanas, pese a que los días cada vez se hacían más cortos, ya habían atravesado casi por completo la extensión de las congeladas tierras del norte, y los perros todavía corrían con tanta ansia como lo habían hecho el primer día fuera de Murask. El respeto de Maerad hacia su dureza y lealtad se había incrementado a medida que se desvanecían sus miedos; a veces incluso hablaba un poco con Garra, cuya dura e inquebrantable determinación le despertaba en el pecho una sensación de reconocimiento. Aquellos perros obedecían a las severas leyes de la

necesidad, que a Maerad no le resultaban tan ajenas como podría haber supuesto; había sufrido una dura infancia, y comprendía más íntimamente que la mayoría de los Bardos de las crudas políticas de la supervivencia. Garra hablaba de Dharin como el «Amo», y no se inclinaba ante nadie más, fuese humano o animal. Desde que había descubierto que Maerad poseía lo que los perros llamaban la «lengua de lobo», Garra la trataba con tolerancia y respeto, pero también dejaba claro que la autoridad de Maerad sobre ella era limitada. *Te obedeceré*, había dicho. *Pero tú no eres mi amo*.

Tres días después de haber cruzado el glaciar, por fin se encontraron en las orillas de Ipiilnik Igor, el mar de Fuego. Acamparon antes de introducirse en el hielo, y cuando el día todavía estaba oscuro y las estrellas destellaban congeladas sobre ellos en un cielo claro y helado, comenzaron el tramo final de su viaje. Viajar sobre el mar de Hielo era un poco como atravesar las llanuras de Arkiadera: el terreno es llano y podían alcanzar una buena velocidad.

Salió el sol, una bola de frías llamas, y Maerad miró a su alrededor maravillada. La llanura del mar estaba puntuada por unas altas torres de hielo, que resplandecían en blanco con sombras azules, esculpidas por el viento en una multitud de curiosas formas. Dharin le contó que eran icebergs, montañas de hielo que no se habían fundido durante el verano y ahora se habían quedado atrapadas por el mar helado. «Es», pensó Maerad, «algo absolutamente extraño y hermoso, como si saliesen de un sueño». Un par de horas después, vio en la distancia lo que parecía ser una gran fuente de vapor que arrojaba chorros al aire.

—Esta es la primera isla —dijo Dharin—. No iremos ahí.

—¿Qué es eso? —preguntó Maerad.

—Estas islas tienen muchas montañas de fuego —respondió—. Arrojan roca fundida procedente del corazón de la tierra, y después crean esas fuentes calientes. En esa isla no vive nada; cada dos horas el agua hirviendo la calienta. Lo llamamos Terun-Ol, la isla del Calor. Si esperas, verás como la fuente desaparece. Hay otra isla, más lejana, que también tiene montañas que hacen fuego, la Irik-Ol. Pero no hemos de pasar por allí, ya que está tan caliente que el mar no se congela a su alrededor, ni tan siquiera para el solsticio de invierno.

A medida que se acercaban a la isla y después de sobrepasarla, Maerad miró cómo el penacho de vapor disminuía y finalmente desaparecía. Después, tras un largo intervalo, de repente lanzó un chorro de nuevo con un ruido similar al de un trueno.

Maerad pensó que si alguien le hubiera hablado de una cosa así, no le hubiera dado crédito, considerándolo una imaginativa historieta de viaje, de tan estrambótico que le parecía que tales extremos de calor y frío pudiesen existir en un mismo lugar.

Al principio confundió la siguiente isla con otro iceberg: era una escarpada aguja de roca, que clavaba directamente en el cielo como una elevada torre. Dharin le dijo que la llamaban Nakti-Ol, la isla de los Pájaros, porque en verano enormes bandadas de pájaros anidaban allí.

—Cuentan que se elevan en el cielo como un gran enjambre, son tantos que

oscurecen el sol —explicó—. Qué pena que ya se hayan ido y no podamos verlos. — El sol ya comenzaba a hundirse en el horizonte cuando Dharin señaló en dirección a una pequeña y oscura elevación de terreno ante ellos—. Esa es Tolnek-Ol, la tierra de la Estirpe Sabia —anunció—. Maerad entornó los ojos para ver a través de la oscuridad creciente. El largo viaje hasta allí, con todas sus dificultades y maravillas, había hecho que el Canto del Árbol quedase arrinconado en su mente. Había resultado un alivio olvidarse por un tiempo de quién era, para vivir simplemente con Dharin y los perros. La búsqueda le vino a la mente, y la aprensión le tensó el pecho. Ahora tal vez hallaría algunas respuestas. El único problema era que no estaba segura en absoluto de saber las preguntas correctas.



Llegaron a la orilla de la isla bien pasado el atardecer. Dharin se negó a poner un pie sobre la tierra de la Estirpe Sabia después de oscurecer, de modo que aquella noche acamparon sobre el mar de Hielo. El tiempo era claro y tranquilo, y un número incontable de estrellas se abría sobre ellos, de modo que parecían brillantes frutos helados que Maerad podría coger del cielo. Dharin y Maerad les dieron de comer a los perros y después se sentaron en el exterior del trineo para charlar, ya que la tienda parecía demasiado cerrada en una noche así, a pesar del crudo frío. Todavía tendrían que pasar varias horas hasta que se sintiesen preparados para dormir.

Maerad oía en la distancia un extraño ladrido, que resonaba por el profundo silencio que los rodeaba. Los perros levantaron las orejas, pero dejaron de hacerlo cuando Dharin les dijo que se tranquilizasen.

—¿Qué es eso? —preguntó Maerad.

—Focas, espero —respondió Dharin—. No lejos de aquí debe de haber una colonia. Bueno, son buenas noticias; les preguntaré a la Estirpe Sabia si puedo cazar allí. Necesito más carne para los perros.

Las historias tradicionales Pilanel acerca de los viajes al norte incluían las cortesías esperadas de los extranjeros que visitaban a la Estirpe Sabia. Dharin instruyó a Maerad en las historias Pilanel acerca de los pueblos del norte, y ella escuchaba con atención.

—Has de comprender —empezó él seriamente— que aquellos a quienes llamamos la Estirpe Sabia son tan solo uno de los muchos pueblos que viven en el frío norte. Las historias Pilanel hablan de por lo menos veinte pueblos diferentes en la costa de Hramask, desde Oron a Lebinusk, y lo más probable es que haya más. Y no debes pensar que un grupo es igual que otro: tienen diferentes costumbres y hablan diferentes lenguas. Se tiene a la Estirpe Sabia como el más antiguo de todos ellos. El nombre que se dan a sí mismos, Inaruskosani, significa «los que caminaron sobre la tierra por primera vez».

Maerad asintió mientras reflexionaba humildemente, no por primera vez, acerca de lo poco que sabía de Edil-Amarandh y sus pueblos. Había más diversidad de la que nunca había supuesto; cada vez que pensaba que comenzaba a comprender el mundo, se le abría algún otro aspecto que le revelaba una nueva ignorancia.

Dharin hablaba con dulzura, enumerando los diferentes nombres de los pueblos del norte y lo que sabía de sus costumbres. Estos pueblos pocas veces luchaban entre ellos; Dharin decía que era porque sus vidas eran tan duras que no tenían tiempo para la guerra.

Según explicó, había una lengua común llamada Lirunik, empleada por los clanes Pilanel norteños y los diferentes pueblos del lejano norte cuando tenían que hablar entre ellos. Dharin hablaba aquella lengua desde que era niño, ya que su padre había sido un gran comerciante, y él le hacía de intérprete.

Un tiempo después, el silencio cayó sobre ellos, y se limitaron a quedarse allí sentados, escuchando los gruñidos dormidos de los perros y las distantes toses de las colonias de focas. La luna creciente dejaba caer su luz helada sobre el blanco mar infinito. Hacia el sur, Maerad veía un brillo rojo en el horizonte, en donde las feroces montañas de Irik-Ol expulsaban el corazón fundido de la tierra. «Aquí», pensó, «todo es agua, hielo, fuego, piedra y aire»; la angustia de los seres humanos parecía trivial al lado de tales inmensas fuerzas elementales. Sintió que una gran paz descendía sobre su corazón.

Llevaban un tiempo así sentados cuando Maerad sintió un cosquilleo en la piel, y al mismo tiempo fue consciente de un extraño ruido que no era capaz de localizar. Al principio sonaba como un silbido, muy distante, después como el tintineo de un número infinito de diminutas campanas de plata. El ruido le recordaba a la voz que le había dicho su Nombre Verdadero, Elednor, cuando había sido proclamada Bardo. Iba creciendo en intensidad, a veces sonaba como un repique, a veces como el silbido del agua o el viento, o como un débil crujido, y se volvió hacia Dharin con una pregunta en los labios. Pero Dharin se había dado la vuelta, mirando hacia el norte, y estaba observando el cielo. Maerad siguió su mirada y se quedó sin aliento.

El horizonte norte al completo, de este a oeste, estaba iluminado por unas cortinas de temblorosa luz verde. Mientras Maerad miraba, con la boca abierta, las cortinas titilaron y se abrieron, dejando al descubierto más velos luminosos, que también se desvanecieron y reaparecieron en una majestuosa danza. Los colores brillaban recorriendo todo el espectro del verde, desde el pálido amarillo primavera al profundo esmeralda salpicado por gloriosos púrpuras. Se quedaron sobrecogidos, y continuaron mirando durante un tiempo indeterminado, embelesados, hasta que por fin la danza comenzó a parpadear, y después se fue desvaneciendo lentamente y desapareció.

Maerad suspiró de pura felicidad.

—¿Qué eran? —preguntó, volviéndose hacia Dharin.

—Se les llama los bailarines celestes —explicó—. Hay quien dice que las luces vienen del reino de los muertos.

—¿De más allá de las Puertas? —Maerad alzó la vista hacia el cielo ahora en calma, donde el Lukemoi, el camino de los muertos, iluminaba su blanco sendero de horizonte a horizonte, apenas atenuado por la luna.

—Sí. Se supone que deben brillar cuando las Puertas se abren ligeramente, y la

frontera entre la vida y la muerte se vuelve más insegura. Es por esa razón que algunas personas temen ver las luces.

—Yo no he sentido miedo —reconoció Maerad—. Eran como las voces de las estrellas. —Se quedó en silencio durante un rato, absorta en por sus pensamientos. Tal vez se le acabase de otorgar el privilegio de echar un vistazo al puro corazón de la Luz, más allá de las profundidades de la Llama Blanca, hacia algo más extraño, más frío, infinitamente más misterioso.

—¿Qué crees que era el sonido? —preguntó por fin—. ¿Crees que era la luz cantando?

—¿Qué sonido? —quiso saber Dharin—. No he oído nada.

—Había una música. Una extraña música...

—Hay cosas que tú puedes oír, prima, que yo no.

—Bueno, se las haya de temer o no, estoy contenta de haberlas visto —sentenció Maerad—. Nunca las olvidaré.

—Que sean hermosas no significa que no sean peligrosas —replicó Dharin—. Pero yo también estoy contento.

Esperaron hasta que el sol salió al día siguiente, y bajo su pálida luz condujeron el trineo al interior de Tolnek-Ol. La isla era plana y rocosa, no había árboles por ningún lado y parecía muy sombría bajo aquella luz gris y llana. La primera señal de moradas humanas se veía en algo que parecían columnas de humo blanco, que Maerad tomó por señales de fuego para cocinar. Pero Dharin le dijo que aquello era el vapor de las fuentes calientes. Giraron hacia las columnas de vapor y pronto llegaron al pueblo principal de la isla, Imprutul.

Los primeros en recibirlos fueron los ladridos de los perros. Varios niños, que estaban tan pesadamente envueltos en pieles que parecían casi redondos, los divisaron y salieron corriendo hacia el pueblo, gritando. Dharin llevó el trineo hacia un claro rodeado por una diseminada colección de casas bajas y redondas hechas de piedra y niveladas con tierra, que en la parte de atrás daban a un bajo acantilado rocoso. Había unos cuantos ciervos en corrales junto a las casas, y tres o cuatro perros grandes se acercaron, ladrando y gruñendo agresivamente. Durante un momento Maerad temió que se produjese una pelea, pero los perros locales permanecieron a una cierta distancia.

Dharin miró a Maerad y ella percibió, con ligera sorpresa, que estaba nervioso.

—Espero que las historias de los Pilani todavía sean ciertas —dijo—. Han pasado muchos años desde que alguno de nuestro pueblo pasó por este camino, y las cosas cambian. Si son hostiles hacia nosotros, tendremos que irnos rápido. —Maerad asintió, con la boca repentinamente seca—. Si las cosas van bien, pronto vendrá alguien —continuó Dharin, se bajó del trineo y ordenó a su equipo, que estaba intercambiando insultos con los perros del pueblo, que se callasen—. Solo tenemos

que esperar. Que no parezca que tienes miedo.

Pronto llegó alguien. Dos personas salieron de una de las casas y se acercaron despacio hacia donde ellos estaban. Maerad no era capaz de decir de qué sexo eran; más tarde descubrió que eran dos ancianos, un hombre y una mujer.

Dharin extendió la mano a modo de saludo, hablando en Lirunik. Los ancianos asintieron y le estrecharon la mano primero uno y después el otro, sosteniéndosela con suavidad durante un instante y soltándola después. Dharin presentó a Maerad, y la saludaron del mismo modo, asintiendo con solemnidad. Maerad les devolvió la sonrisa, deseando no ser tan ignorante de su idioma. Se quedó allí de pie, esperando, mientras Dharin y los ancianos conversaban, intentando no parecer demasiado aburrida ni fría.

Dharin se volvió por fin hacia Maerad.

—Les he dicho quiénes somos y que hemos venido porque tú buscas su sabiduría acerca de una importante cuestión. También les he dicho que deseo hacer algún comercio. El hombre se llama Ibikluskarini y la mujer es Gunisinapli. Me han dicho que la sabiduría que poseen es nuestra y que tienen pieles con las que comerciar, y nos han invitado a entrar.

«Hasta aquí todo va bien», pensó Maerad, preguntándose cómo iba a explicarles a aquella gente por qué había venido tan al norte. Por un sueño, por unas pocas pistas recogidas aquí y allá, por una mujer Pilanel medio loca y un cabrero sabio de Thorold... ¿Qué sentido le iban a encontrar ellos a lo que les contase?

Dharin volvió al trineo y sacó un paquete envuelto en hule. Le dijo al equipo que permaneciese en silencio y los perros se sentaron en la nieve con las orejas de punta y golpeando el suelo con la cola, gimoteando. Los perros locales parecían haber aceptado que sus visitantes no suponían una amenaza, pero continuaban dando vueltas por allí, ahora con curiosidad. Uno de los ancianos les dio una brusca orden, y los perros dieron un salto atrás y se quedaron sentados ante las puertas de sus casas.

—No queremos una pelea de perros —murmuró Dharin mientras caminaban hacia la más cercana de las casas redondas—. Y estos perros lucharán hasta la muerte si se ven envueltos en una.

Después se inclinó para poder entrar por la baja puerta de la casa. Incluso Maerad tuvo que curvarse: las puertas eran lo más pequeñas posible para conservar el calor, y en el interior de las casas no había ventanas, sino que estaban iluminadas por unas humeantes lámparas en las que ardía algún tipo de aceite de pescado. Al principio el olor resultaba mareante: una mezcla de olor humano, grasa agria, pescado y humo. A Maerad le escocían los ojos, a su vista le llevó un rato acostumbrarse a la escasa luz. Hacía mucho calor: comenzó a sudar de inmediato. Tanto ella como Dharin se sacaron los abrigo de piel por primera vez en varios días.

Habían entrado en un cuarto que era mucho más grande de lo que esperaba. Se dio cuenta de que las casas continuaban dentro del mismo acantilado; había otra entrada en el extremo más alejado cubierta con un tejido hecho con algún tipo de

basta lana. Dentro había una docena de personas: un anciano que tallaba marfil y varios niños, el más pequeño de los cuales estaba completamente desnudo, que jugaban con unos grandes huesos de nudillo. Había dos mujeres y un hombre trabajando una piel, arrodillados y con los dedos colocados en diferentes extremos para hacerla suave y flexible, y otra mujer daba de comer a un bebé. Todos levantaron la vista y asintieron cuando entraron los desconocidos, y volvieron a lo que fuera que estuvieran haciendo.

En el centro de la sala había una alfombrilla blanca redonda, hecha con varias pieles cosidas juntas, y se invitó a Dharin y a Maerad a que se sentasen. Se les dio un claro licor para beber en unos vasitos redondos. Los ancianos asintieron con solemnidad y Dharin les respondió asintiendo a su vez (Maerad, que seguía de cerca el liderazgo de Dharin, hizo lo mismo) y después se bebieron el licor de un solo trago. Maerad hizo todo lo que pudo, pero la bebida era tan áspera que casi se atraganta; era tan fuerte como el vodka, un licor destilado a partir de nabos y otros tubérculos que fabricaban los hombres en el Castro de Gilman, y su sabor tenía la misma escasa delicadeza. Se recuperó lo más rápido que pudo, cerró los ojos y terminó el vaso. Le quemó por todo el camino hasta llegarle al estómago, dejando tras él una sensación de entumecimiento. Deseó fervientemente que la costumbre no dictase que se había de tomar un segundo vaso, y para su alivio nadie se lo volvió a llenar. Ahora tenía tanto calor que deseaba con desesperación quitarse alguna más de sus muchas capas de ropa, pero no sabía si aquello sería considerado de mala educación.

Dharin estaba desarrollando el paquete que había cogido del trineo. Para sorpresa de Maerad, dentro había dos hermosos ejemplos de talla de madera Pilanel, delicadamente diseñados y esmaltados en un negro brillante. Uno era un lobo y el otro era una perdiz nival. Se los dio a los ancianos, inclinando la cabeza mientras lo hacía. Ellos lo aceptaron con solemnidad, los admiraron desde cada ángulo y después inclinaron la cabeza en señal de agradecimiento.

Entonces pareció que las formalidades habían terminado, y Dharin y los ancianos, cuyos nombres de muchas sílabas Maerad no era capaz de recordar ni aunque su vida estuviese en juego, se sumergieron en una animada conversación. Maerad se secó el sudor de la frente e intentó concentrarse. Después Dharin le contó que simplemente estaban intercambiando noticias: sobre el tiempo, zonas de caza, especulaciones sobre aquel temprano invierno y condiciones generales en el norte y en las llanuras del sur.

Parecía que la Estirpe Sabia estaba sufriendo un mal año después de varios veranos pobres, y pese a que no se enfrentaban a una hambruna, temían que un año más así los llevase a vivir en pésimas condiciones. Maerad comprendió la palabra «Jusacos» una o dos veces; Dharin había preguntado si había noticias de saqueos de Jusacos en el lejano norte y habían hablado de lo que había escuchado en Tlon. Los ancianos le dijeron que habían escuchado rumores de otros pueblos más alejados en

la costa, pero no se habían visto Jusacos tan al norte.

Una vez hubieron intercambiado las noticias, Dharin comenzó a incluir a Maerad en la conversación. Resultaba laborioso traducir sus preguntas y después traducir las respuestas, pero por fortuna los ancianos parecían tener una paciencia infinita. Sí, tenían una historia sobre la Canción. A Maerad se le puso de punta el vello de la nuca. Sí, incluso tan al norte tenían recuerdos de la terrible oscuridad e invierno que casi había destruido a su pueblo, hacían muchas generaciones, y habían visto señales en el cielo, en la nieve y en las entrañas de los animales que les hacían temer que tales tiempos fuesen a volver. Recordaban tanto al Rey del Invierno como al Sin Nombre, aunque en las canciones de su pueblo tenían nombres diferentes. Pero no, aunque conservaban las historias, no podían decirle a Maerad qué era la Canción Partida. Y en lo que respectaba a los árboles, tan al norte no había árboles.

Ante aquella respuesta, Maerad se quedó cabizbaja. ¿Había llegado tan lejos tan solo para averiguar que la respuesta estaba en algún otro lugar? Pero la mujer continuaba hablando.

Dharin asintió y después se volvió hacia Maerad.

—Gunisinapli dice que, si deseas saber tales cosas, deberías hablar con su Cantante. Se llama Inka-Reb. Vive solo, con los lobos, a poca distancia de aquí. Nos advierte de que no habla con todo el mundo y de que podría negarse a verte. Pero de él se dice que camina entre los vivos y los muertos, y que sabe lo que saben los muertos.

—¿Podría entonces ser un *Dhillarearen*? —preguntó Maerad. Dharin le preguntó a Gunisinapli, y esta se limitó a levantar las manos en un gesto que parecía significar tal vez sí, tal vez no—. Bueno, si lo es, podré hablar con él —repuso—. Supongo que eso es lo que debo hacer. ¿Cómo debo visitarlo?

A aquello le siguió una lista de instrucciones que Dharin escuchó atentamente. Se volvió hacia Maerad:

—Primero tendrás que purificarte. Eso significa que deberás permanecer sola en una cabaña especial en el pueblo durante un día y una noche, ayunando y preparando tu mente, tu alma y tu cuerpo con canto. No debes dormir. Primero, antes de cantar, has de bañarte en la fuente. Después de haber cantado, debes lavarte de nuevo, y vestirte y, sin hablar con nadie más, caminar humildemente hasta su lugar con el corazón claro, o un claro deseo... la palabra no es muy traducible. Debes llevar una ofrenda; dice que en general le gusta que le den carne. Te dejarán la ofrenda en la puerta de la cabaña. Después él podrá decidir si habla contigo.

—¿Cómo encontraré el camino?

—Te lo dirán antes. Dicen que es fácil de encontrar.

Maerad asintió, pensando que si las fuentes estaban calientes, podría darse un verdadero baño, un lujo que llevaba tanto tiempo sin disfrutar que casi había olvidado cómo era.

—Y cuando dicen lo de «preparar tu cuerpo con canto», ¿se refieren a algunos

cantos en especial? ¿O puedo cantar yo los míos?

Dharin preguntó, y aquello llevó a un largo debate entre los ancianos. Finalmente dijo:

—Tienes sus propias canciones para su gente, pero piensan que será mejor que uses tú las tuyas.

—Entonces, ¿cuándo puedo comenzar? Debo prepararme lo antes posible.

—Puede ir a la cabaña mañana cuando salga el sol. Entonces podrás ver a Inka-Reb cuando salga el sol al día siguiente.

—Eso suena bien —dijo Maerad—. Pero ¿qué harás tú mientras yo esté allí?

—Yo tengo cosas que hacer —afirmó Dharin—. Necesitamos carne. Los ancianos me han dado permiso para visitar sus terrenos de caza.

Maerad tomó las instrucciones de prepararse con el canto como una oportunidad para tocar la lira. Aparte de sus ropas, era la única cosa que se llevó con ella a la cabaña. Esta era una versión reducida de las casas del pueblo, sin ventanas, con una puertecilla cerrada por dos capas de piel y una chimenea, que expulsaba humo y vapor. Dentro había una lámpara de aceite, un asiento de piedra y una tosca bañera de piedra dentro de la que burbujeaba el agua caliente. Maerad la probó, preguntándose cómo estaría de caliente y resultó estar deliciosamente templada. Con una sensación de lujo y se quitó todas sus ropas y se metió dentro, disolviendo por fin de la superficie de su cuerpo la mugre acumulada durante semanas de viaje. Cuando tuvo suficiente, salió, goteando sobre el suelo de piedra, y después se preguntó cómo secarse; no había nada similar a una toalla a mano. Al final, ya que la cabaña estaba tan caliente, se limitó a sentarse desnuda sobre el asiento hasta secarse por completo. Después se puso la ropa interior de seda limpia que había conservado desde Murask, y pensó en una canción.

Había pasado mucho tiempo desde que Maerad había tocado música durante un buen rato. Mucho tiempo, en realidad, desde que se había sentido Bardo. Alzó la lira y acarició suavemente las cuerdas, con lo que percibió que los callos de los dedos se le habían suavizado de no tocar. La lira era suya casi desde que tenía memoria; una vez había pertenecido a su madre, y aquella era la razón principal por la que la guardaba como un tesoro, pese a que ahora sabía que había otras razones por las que era preciosa.

«Bueno», pensó, «¿cómo comienzo?». Se quedó un buen rato en silencio, hurgando en la memoria de su cuerpo, donde todas las canciones que le habían enseñado y que había escuchado durante muchos años estaban acumuladas en sus manos y en su corazón, preguntándose cuál sería la mejor para comenzar. Finalmente se dio cuenta de que la respuesta era evidente: *El Canto de la Creación*, la primera canción de los Bardos, que hablaba de la creación de Edil-Amarandh. Pasó los dedos por las cuerdas creando los familiares acordes y comenzó cantando en Habla, mejor que en annariense.

*Al principio era oscuridad, y la oscuridad
era todo masa y dimensión, aunque sin tacto.
Y la oscuridad era todo colores y formas, aunque
sin vista.*

*Y la oscuridad era todo música y sonido, aunque
sin oído.
Y era todo perfumes y sabores, agrio y amargo y
dulce,
pero no sabía de sí misma.*

*Y la oscuridad pensó, y pensó sin mente;
y el pensamiento se hizo mente, y el pensamiento se despertó,
y el pensamiento era Luz.*

«Al principio era oscuridad...». Maerad reflexionó sobre las palabras. Nunca se había parado a pensar sobre aquello. ¿Era aquella la misma Oscuridad que la perseguía, u otra Oscuridad, tal vez, de la misma manera que las luces celestes que había visto la noche anterior habían sido Luz, pero no la misma Luz de la que hablaban los Bardos, la Llama Blanca de Norloch? Dejó que aquellos pensamientos corriesen por su cabeza como las ondas de un arroyo, permitiendo que cada uno de ellos fluyese dando lugar al siguiente, y sintiendo que la música se movía en su interior, calmando su mente y despertando alguna parte profunda de ella que no sabía que estuviese dormida.

Durante el resto del día y la larga noche, Maerad tocó hasta que le dolieron los dedos y se le quedó la voz ronca. No cantaba todo el tiempo, hacía pausas entre canciones, y pensaba, y todos los recuerdos que venían a ella se expandían en su interior: el adusto rostro de Mirlad, su primer profesor, inclinado sobre su arpa; o Cadvan cantando en el Salón en Innail. No había tocado durante tanto tiempo que se sentía como una persona que se muere de hambre y de repente le ofrecen un banquete, y las palabras de las canciones parecían nuevas en su mente, como si nunca las hubiera escuchado, o no hubiera conseguido comprenderlas hasta aquel momento.

El día y la noche pasaron más rápidamente de lo que esperaba. Cuando vio que las primeras luces brillaban por el resquicio de la puerta, volvió a bañarse y se vistió con mucho cuidado. Después metió la lira en su estuche, se lo colocó a la espalda, inspiró y salió al exterior. En la puerta, como estaba prometido, había un paquete de carne de foca para que se lo llevase a Inka-Reb. Lo cogió, era grande y pesado.

El mundo parecía muy brillante ante sus ojos descubiertos y se ensombreció la cara. Caminó, tal y como le habían indicado, por un sendero marcado con piedras blancas que se apartaban de las casas hacia otra parte de los manantiales. Pronto llegó a la entrada de una gran cueva. Vio, alarmada, que en la puerta de la cueva había un

magnífico lobo blanco. Este lo miró con sus ojos azul helado y desapareció en el interior. Maerad se quedó allí durante un momento, reuniendo valor, y después lo siguió.

La luz de la entrada de la cueva continuaba durante una buena distancia, y vio que sus paredes se estrechaban y parecía llegar a un callejón sin salida. No había ni rastro del lobo, y se dio cuenta de que más allá la cueva debía de dar a otra curva. Avanzando con cuidado, caminó y descubrió que daba una curva en ángulo recto y llevaba a un pasadizo bajo y oscuro. A unos cien pasos de distancia vio una tenue luz.

Poco a poco Maerad recorrió el pasadizo, preguntándose qué encontraría al final. ¿Una manada de lobos? Estaba aterrorizada, pero una profunda calma persistía del día y la noche pasados a solas, y dejó su miedo a un lado y continuó caminando. Pareció llevarle mucho tiempo, pero por fin salió al otro lado del pasadizo a lo que parecía una inmensa cámara redonda. Allí se detuvo en el umbral.

Ciertamente había una manada de lobos en la cueva, y lo primero que percibió fue el feroz olor de los depredadores. Había huesos esparcidos por el suelo; lo más probable era que fuesen huesos de ciervo, pero a Maerad le parecían muy humanos. Había entre veinte y treinta lobos, todos sentados en el suelo formando un semicírculo, con los ojos fijos en ella. Ninguno se movió.

En el centro del círculo estaba el hombre más grande que Maerad había visto nunca. Parecía medir por lo menos el doble que ella y estaba terriblemente gordo. Llevaba el cabello largo y negro peinado en por lo menos una docena de grasientas trenzas que le colgaban hasta la cintura, y estaba desnudo, con la piel cubierta por algo que parecía una mezcla de grasa y ceniza. Llevaba un brazalete hecho de hueso y tallado alrededor del antebrazo, y del cuello le pendía un colgante de piedra negra enganchado en una tira de cuero. Estaba en cuclillas al lado de una olla suspendida sobre un pequeño fuego, en la que cocinaba algún tipo de guiso. Volvió la cabeza, y se quedó mirando a Maerad y, muy despacio, se puso en pie.

Se produjo un largo silencio. Maerad se preguntó si debería ofrecer sus saludos o esperar a que él la saludase. Finalmente, cuando el silencio y la quietud le habían tensado los nervios hasta estar a punto de quebrarse, habló. Sin pensarlo, empleó el Habla.

—¿Hablarás conmigo, Inka-Reb?

Ante el sonido de su voz, los lobos echaron las orejas hacia delante. Maerad se dio cuenta de que no sabía qué les ocurría a aquellos con los que Inka-Reb no quería hablar. ¿Se los comían los lobos? Tal vez los huesos que había en el suelo fuesen de todos lo que habían sido lo bastante desafortunados para no pasar el examen, fuese cual fuese el este.

Pero Inka-Reb habló. Su voz era profunda y líquida, y resonaba por toda la cueva.

—¿Por qué debería hablar contigo, hija de la Voz? ¿Qué tienes que decirme que deba escuchar?

—No lo sé, Inka-Reb —admitió Raebad—. No sé qué es lo que te gusta escuchar.

Pero deseo que compartas tu sabiduría conmigo.

En aquel punto, Inka-Reb se echó a reír.

—Creo, hija de la Voz, que no tienes nada que contarme. Márchate, no les ordenaré a mis lobos que te coman.

—No —dijo Maerad con más temeridad de la que sentía—. No me marcharé. No sabes qué te preguntaré.

—¿No te marcharás? —Inka-Reb hizo un pequeño gesto, y la manada de lobos comenzó a levantarse lentamente, gruñendo y enseñando los dientes. Maerad les dirigió una mirada aterrorizada y tragó saliva.

—No. Pregunto algo que podría ayudar a tu pueblo tanto como al mío. He viajado desde muy lejos para verte. No me marcharé hasta que no me respondas.

El bajo gruñido de los lobos resonó fuerte por toda la caverna, y Maerad sintió que las piernas comenzaban a temblarle. Deseó que no resultase evidente.

—¿Y así me amenazas? —rebatía Inka-Reb mientras juntaba las cejas en un inmenso frunce.

—No, no te amenazo. —Maerad se humedeció los labios reseco—. Te suplico. No solo por mí. Mi vida es pequeña y no vale mucho. Pero soy Elednor, el Lirio de Fuego de Edil-Amarandh, a Quien el Destino ha elegido, y necesito saber qué es el Canto del Árbol, si pretendo que la Oscuridad no vuelva a dominar esta tierra y muchas otras.

Inka-Reb extendió la mano, y para inmenso alivio de Maerad los lobos se echaron atrás, se tumbaron en el suelo y colocaron la cabeza sobre las patas delanteras.

—¿Es eso así? —preguntó Inka-Reb—. Entonces fue de ti de quien los muertos me hablaron, en sueños. Bueno, tal vez hable contigo. Pero ¿qué me has traído?

—Te he traído esto —afirmó Maerad extendiendo la carne de foca. Inka-Reb miró unos instantes y asintió, pero no se echó hacia adelante para cogerla, dejándola con inseguridad de si la había aceptado o no—. Quería preguntar... preguntarte si sabías qué es el Canto del Árbol. Y dónde podría encontrarlo.

Se produjo un largo silencio, durante el que Inka-Reb la miró fijamente, sin ninguna expresión en su rostro. Después dio un paso hacia adelante, cogió la carne y volvió a donde estaba antes.

—Creo que eres una mentirosa —sentenció—. Y no veo la razón por la que debería hablar con una mentirosa.

Maerad se quedó tan desconcertada que se limitó a quedarse mirándolo con la boca abierta. Después, con un desprecio apabullante, Inka-Reb se puso de cuclillas como si ella no estuviera allí, y alimentó el fuego. Ya estaba despedida.

A Maerad le subió toda la sangre a la cabeza y perdió los nervios. Olvidándose por completo de los lobos que había a su alrededor, preparados para arrancarle los miembros, caminó hacia Inka-Reb. Aunque él estaba en cuclillas, ella no era más alta que él.

—He viajado durante infinitos días, atravesado grandes peligros, para hablar

contigo. Y me dices, sin saber en absoluto quién soy, que soy una mentirosa —la voz de Maerad temblaba de ira, y parecía tener una neblina roja ante los ojos—. He perdido a mi amigo más querido, que... que murió para que pudiera llegar a ti. He sufrido y llorado y trabajado duramente, y me he entregado por completo. Y lo único que me dices es «vete, no hablaré con una mentirosa». Cómo te atreves, egoísta, gordo...

Inka-Reb se volvió para mirarla, y aquella vez Maerad sintió su poder. Al tiempo que se daba cuenta de que allí había un *Dhillarearen* que poseía como mínimo los mismos poderes que ella, le tomó la mano en una de sus inmensas garras.

—En ese caso hablaré contigo —aseguró—. Ya que lo deseas más que a tu vida. Eso es digno de elogio. Pero continuó diciendo que eres una mentirosa.

Maerad se colocó ante él, con el pecho agitado, y lo miró a los ojos. Parecía estar riéndose de ella.

—¿Por qué dices que soy una mentirosa? —preguntó beligerante—. No miento.

—Hija de la Voz, cada ser humano en el mundo miente. Algunos saben que mienten y otros no. Creo que tú no sabes que eres una mentirosa. Pero aun así lo eres.

—Si no sé que soy una mentirosa, entonces ¿cómo puedo decir la verdad? —preguntó Maerad.

—Exactamente —dijo Inka-Reb.

Desconcertada, Maerad se detuvo y tragó saliva. Su ira desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido, y de repente volvió a ser incómodamente consciente de la presencia de los lobos. Estaban tumbados en la misma posición que antes, con la cabeza apoyada en las patas delanteras.

—Lo único que quiero saber es qué es el Canto del Árbol. Y dónde podré encontrarlo. Eso es todo.

—El Canto del Árbol. —Inka Reb le dirigió una larga mirada y después, tras dejarla en medio del semicírculo de lobos, salió hacia las paredes de la caverna. Unas lámparas de aceite parpadeaban dentro de pequeños nichos en las paredes, y también había docenas de objetos en ellos: tallas hechas en hueso y madera, y otras cosas que Maerad no reconoció. Volvió después, con un colmillo en la mano, y se lo tendió a Maerad.

—Esto es la mitad de la Canción Partida —explicó—. Creo que conoces la Canción Partida. —Maerad asintió, el corazón le martilleaba dentro del pecho—. Échale un vistazo —ordenó Inka-Reb y ella tomó el colmillo. Estaba claro que era muy antiguo, el marfil estaba amarillento y cuarteado. En la superficie había unos extraños caracteres tallados. Le resultaban inexplicablemente familiares. Maerad les pasó los dedos por encima. ¿Dónde los había visto antes?—. ¿Sabes lo que es esto? —preguntó.

—No —dijo Maerad.

Entonces Maerad casi deja caer el colmillo. Con un escalofrío de reconocimiento que le recorrió la espalda como una ducha de agua fría se dio cuenta de que conocía

las formas de lo que allí estaba tallado igual que la palma de su mano; las había acariciado una y otra vez durante toda su infancia, intentando imaginar qué podrían ser.

Eran las mismas diez runas que estaban talladas en su lira.

—Conozco bien estas runas —dijo mirando a Inka-Reb maravillada, olvidados su miedo y enfado.

—Cada una de estas marcas es un árbol —explicó Inka-Reb—. Y cada uno de esos árboles es un verso, y cada verso una marca del tiempo. Pero esto es solo la mitad de la Canción.

—¿Pero cómo puedo leerlo? —preguntó Maerad con desesperación—. No sé cómo leerlo. ¿Y dónde encontraré la otra mitad?

—Yo leo las estrellas, el viento y los huesos de los animales —afirmó Inka-Reb—. Puedo leer piedra sombra y nieve. Pero no puedo decirte cómo leer esta Canción. Es una blasfemia. —Escupió sobre el suelo—. Crees que la Luz hallará la Canción y hará que se complete, y entonces el mundo estará bien. Pero yo digo que si tanto la Oscuridad como la Luz consiguen unir las dos mitades de la Canción, aquel día terminará en una catástrofe.

—¿A qué te refieres? —Maerad lo miró— ¿Cómo será una catástrofe? Y ¿sabes quién me podría decir lo que significa?

—Haces demasiadas preguntas. —Inka-Reb miró por encima de la cabeza de Maerad. Ahora parecía aburrido—. He contestado a lo que me has preguntado —continuó—. No puedo decirte nada más. Ahora puedes coger tus mentiras e irte.

Maerad levantó la vista, con otra pregunta en los labios, pero el rostro de Inka-Reb le dio a entender que la entrevista había terminado. Extendió la mano pidiendo el colmillo y ella se lo devolvió, inclinando la cabeza.

—Te doy las gracias —dijo.

—Vete —ordenó él. Los lobos comenzaban a ponerse en pie y miraban a Maerad con cara de pocos amigos, mientras se le erizaba el pelo del lomo y comenzaban a retirar los labios de los dientes.

Se fue.

Maerad soñó. En su sueño estaba de pie sobre las ruinas de Pellinor, no tal y como las había visto por última vez, cuando era una niña aterrorizada que huía con su madre por calles en llamas, sino tal y como debían de ser ahora. Estaba entre muros de piedra caídos, cuyo contorno ennegrecido se había suavizado y en ocasiones estaba completamente oculto por enredaderas y otras plantas trepadoras, en lo que debía de haber sido el círculo central de la Escuela. Todavía existían restos del pavimento, quebrado por las malas hierbas e incluso algún arbusto por aquí y por allá, pero continuaba siendo principalmente un espacio abierto. En medio del círculo, en la distancia, vio una figura inclinada sobre el fuego, cubierta por una capa y una capucha negra. Al principio creyó que era un Gluma; después se dio cuenta de que era un Bardo. Le recordaba a Cadvan y casi grita su nombre, cuando recordó que estaba muerto y la figura desapareció.

Se despertó y el sueño se desvaneció de su mente por completo, dejando tras él una huella fantasma de dolor. Todavía faltaban unas cuantas horas para que saliese el sol. A su lado, Dharin roncaba suavemente y fuera de la tienda escuchaba a un perro gruñir en sueños. Se estaba caliente bajo las pieles, pero tenía la nariz muy fría. Pronto sería hora de levantarse y prepararse para su largo viaje de vuelta al sur. ¿Y después qué?

Se quedó tumbada de espaldas, con el corazón pesado como una piedra dentro del pecho, intentando recuperar su espíritu. Había terminado una parte de su búsqueda, pero al mismo tiempo sentía una aplastante sensación de fracaso. Lo único que había descubierto con su largo viaje al norte era que llevaba toda su vida cargando con el Canto del Árbol.

«Parece una broma pesada», pensó. Por mucho que conociese el Canto del Árbol tan bien como la palma de su mano, descifrar su enigma se encontraba tan lejos de ella como lo había estado siempre. Ni siquiera un Bardo tan erudito como Nelac había podido reconocer las runas, no digamos ya leerlas. El sueño de la destrucción de Turbansk volvió a su mente con una claridad agónica: todos aquellos que habían depositado su confianza en ella se habían equivocado. Cadvan y Dernhil, Darsor e Imi, todos habían muerto por nada.

No era de ninguna utilidad tener el Canto del Árbol si no sabía qué significaba.

Luchó contra su desesperación durante todo el día, mientras ella y Dharin hacían el equipaje para volver a partir sobre el mar de Hielo.

Se despidieron de la Estirpe Sabia, que insistieron en regalarles comida: poco atractivos paquetes de carne que parecían ser sobre todo grasa y dos colmillos de marfil amarillentos, en cada uno de los cuales había tallada la imagen de una foca y un pez. Maerad había hecho una reverencia, conmovida, y había aceptado los regalos con la sensación de ser un fraude.

Desde que Maerad había vuelto de la cueva de Inka-Reb y había dicho que este le había hablado, a Dharin y a ella los habían tratado con un respeto que rayaba el temor; parecía ser que él apenas se dignaba a hablar con nadie. Pero aquello tan solo acrecentaba su sensación de fracaso. Hubiera sido mejor si Inka-Reb no le hubiera dicho nada; lo que le había contado la hacía ser más responsable de lo que lo era antes, sin darle ninguna pista acerca de qué hacer al respecto.

Dharin se había limitado a preguntarle simplemente si había hallado lo que buscaba. Ella le contó, de forma resumida, lo que había dicho Inka-Reb y él se había encogido de hombros.

—Bueno, en ese caso tendremos que encontrar a alguien que sepa leer las runas —fue su respuesta.

—¿Dónde? —Maerad lo miró exasperada.

—No lo sé —contestó él, sonriendo—. Pero si están escritas, tienen que poderse leer.

«No si las únicas personas capaces de leerlas están muertas», pensó Maerad, pero no lo dijo en voz alta.

Dharin ya no preguntó nada más y no volvió a mencionar la búsqueda. Maerad estuvo muy contenta con su natural y poco exigente compañía durante los siguientes días. Volvieron a realizar su ruta sobre el mar y de vuelta atravesando la península de Ippan hacia el glaciar de Ippanuk, y volvieron a caer con facilidad en la rutina que se había establecido de camino allí. El tiempo continuaba siendo bueno y viajaron en días en los que el cielo estaba helado y despejado y noches de frío sereno. Llegaron al glaciar en cinco días y volvieron a cruzarlo sin incidentes. Dharin calculaba que estarían de vuelta en Murask en una semana si el buen tiempo continuaba. Maerad temía la vuelta; tenía el Canto del Árbol, o por lo menos la mitad de él, pero ¿qué podía hacer con él? ¿Qué tenía que hacer ahora?

El día después de cruzar el glaciar se detuvieron en una hondonada para desenredar, como cada hora, las riendas de los perros. Cada uno trabajaba desde un extremo del equipo y se encontraban en el medio, de modo que les llevaba muy poco tiempo. El miedo de Maerad a los perros ya se había desvanecido por completo y trabajaba de manera metódica y eficiente.

Acababan de terminar con la tarea y estaban decidiendo si comer antes de continuar, cuando el equipo comenzó a ladrar y aullar, tirando de las correas. Maerad nunca los había visto hacer aquello; como norma estaban en silencio cuando

trabajaban. Miró a Dharin y vio alarmada que este corría hacia el trineo, se colocaba sobre el saliente del conductor y le hacía un gesto para que se subiese. Miró a su alrededor extrañada, pero no vio ninguna señal de alteraciones. Continuó aguzando el oído y se dio cuenta de por qué ladraban los perros: unos trineos se acercaban a ellos desde cada lado. Entendió con repentino pánico que la hondonada en la que se habían detenido era el lugar perfecto para una emboscada. Y el aire estaba tan quieto que ni tan siquiera los perros habían percibido que había alguien cerca hasta que era demasiado tarde para evitarlos.

Maerad se tocó el costado instintivamente en busca de la espada y se dio cuenta, con desagrado, de que la había dejado en el trineo. Había abandonado la costumbre de llevarla encima, ya que se sentía muy torpe con todas aquellas ropas de invierno. Corrió hacia el trineo, se metió en su asiento habitual y sacó la espada del lugar en el que la guardaba. Dharin hizo que el equipo echase a correr tan rápido que casi la tira.

—¡Jusacos! —gritó Dharin—. Tendremos que sobrepasarlos. Por lo menos son dos trineos, seguramente más, y no podemos vencerlos luchando.

—Creo que son seis, no más —dijo Maerad. Miró hacia atrás y vio que sobre el cerro aparecían cuatro trineos. Estos eran mucho más ligeros que el de Dharin, y en cada uno había un hombre solo. Percibió con ansiedad que aunque sus perros no eran ni de lejos tan potentes como el equipo de Dharin, eran más rápidos.

Los Jusacos iban, igual que Maerad y Dharin, vestidos con pesadas ropas de invierno. Cada hombre llevaba en la mano un arma similar a un mazo, y guiaba el trineo con la otra. Tenían unas barbas claras, trenzadas en dos cuerdas que les partían de la barbilla, y en sus rostros había algo extraño, alguna deformidad que Maerad no podía acabar de ver en la distancia.

Los perros corrían a una velocidad vertiginosa. No había un camino claro y los riesgos de golpear un obstáculo crecían cuanto más rápido iban. Entonces vio dos trineos delante de ellos. No había escapatoria por ningún lado, bajaban corriendo un estrecho valle. Dharin apuró a los perros, con dura voz, y estos consiguieron realizar un último esfuerzo de rapidez. No había esperanza: no podían dar la vuelta y sobrepasar a los trineos de Jusacos que tenían delante era su única posibilidad.

Maerad se puso en pie, agarrándose a los rieles para sostenerse, y alzó un escudo que los protegiese. Después se preparó para dispararles de lado a los Jusacos, para permitir que su trineo pasase. Reunió el poder que había en su interior, sintiendo una repentina alegría mientras esperaba la fuente de infinita energía que recorría sus venas, y lanzó un disparo de luz hacia el trineo que estaba más cerca.

No ocurrió nada. Maerad se tambaleó y casi se cae. No era como lo que había sentido con el Gluma que tenía la piedra negra, que se había comido su poder y después lo había devuelto doblado; tampoco era como la impotencia que la había tomado en el paso de Gwalhain. Aquello era algo completamente diferente, se sentía poderosa y sabía que la magia brillaba en su interior, pero por alguna razón no podía utilizarla.

Dharin la miraba atemorizado y ella se dio cuenta de que él nunca la había visto emplear su poder. Se estiró y volvió a intentarlo, reforzando su voluntad. De nuevo, no ocurrió nada. Meneó la cabeza, desconcertada, pero en aquel momento ya casi estaban al mismo nivel que los trineos, que se habían girado para bloquearles el paso. El equipo de Dharin viró bruscamente para evitar una colisión. Estaba intentando llegar a un diminuto espacio que había entre el trineo de la derecha y la elevación que había detrás, y les gritaba a los perros para que se agrupasen. Si conseguían pasar, podrían tener alguna posibilidad.

Corrieron salvajemente en busca del hueco y en el último momento el Jusaco quitó del camino su trineo. Maerad pudo verle la cara al pasar, sus fríos ojos, su barba rubia bifurcada desde el mentón. Durante un instante pensó que no era humano en absoluto y después se dio cuenta de que tenía el rostro tatuado con unas extrañas marcas azules que se enrollaban alrededor de los pómulos y los ojos, haciéndolo parecer salvaje y extraterrestre.

Entonces vieron que ya habían sobrepasado al trineo y volaban por el valle. Podían conseguirlo. A Maerad le dio un vuelco el corazón, esperanzado.

Pero de repente Dharin se desplomó hacia delante con un gruñido. Las bridas se aflojaron y los perros, desconcertados, se enredaron y perdieron la dirección.

Maerad se volvió, boquiabierta, y vio que un rayo de aspecto maligno sobresalía justo por debajo de la clavícula de Dharin. Le había traspasado la espalda. Ella ni tan siquiera lo había oído. De modo que su escudo tampoco funcionaba. ¿Qué le estaba pasando? Pero no tenía tiempo para pensar: el trineo chocó contra un abeto, que emitió un crujido al astillarse, lo que hizo que Maerad se estremeciese hasta la médula y detuviese a los perros tan bruscamente que algunos tropezaron con las bridas. Dharin salió despedido sobre los rieles y aterrizó sobre Maerad.

Olvidando todo lo demás, lo levantó con una fuerza que ni tan siquiera era consciente de poseer y lo estiró a lo largo a su lado, sobre el trineo. El negro palo con plumas de la flecha le sobresalía por la espalda. Se inclinó sobre él, intentando sacarle la flecha por el pecho. Tenía los dedos resbaladizos por la sangre, pero él levantó la mano y le agarró los dedos. Abrió los ojos y miró directamente a Maerad a la cara. Tenía los ojos muy azules y claros, y el rostro muy pálido.

—No servirá de nada, Maerad —dijo jadeando—. La vida ya se me va.

Maerad se quedó mirándolo, todo el amor que sentía por aquel joven caballero se hinchaba en su corazón.

—¡No! —exclamó—. No puedes morir. Yo puedo curarte.

—Te matarán a ti también. Espero que tu muerte sea tan piadosa como la mía. Me han dicho... —Dharin hizo una mueca de dolor y de la boca le resbaló un hilillo de sangre—. Me han dicho que a menudo es mejor suicidarse que ser capturado por esta gente. Lo siento, primita. —Maerad no podía encontrar palabras para responder, y se inclinó sobre Dharin mientras le agarraba la mano y le acariciaba la cara. Él le apretó suavemente la mano, intentando decir algo. Ella colocó la oreja sobre su boca—. Si

no te matan, y alguna vez llegas a hablar con mi madre, despídete de ella por mí. La veré más allá de las Puertas.

—Lo haré. Haré cualquier cosa. Te quiero. —La sangre de Dharin parecía cubrir a Maerad por todas partes, tenía sangre en el cabello, la ropa, las manos; y de él continuaba saliendo más—. No tienes nada que sentir, es culpa mía. Todo es culpa mía. No puedes morir.

—No. —Dharin soltó un aliento tembloroso e intentó sonreír—. No, no es culpa tuya. Yo también te quiero, prima Me alegre de haberte conocido. —Ahora su aliento salía burbujeante de sangre e intentó decir algo más, pero Maerad no pudo escucharlo.

—¿Qué? —susurró, con la cara cercana a la de él.

—No duele. No tengas miedo. —Después se estremeció y se quedó quieto, con los ojos en blanco, y Maerad supo que estaba muerto. Le bajó los párpados con los dedos y lo besó en la frente, recordando cómo había hecho lo mismo con su madre, hacía tantos años. ¿Estaría maldita, sería ella la causa de la muerte de todos los que la amaban?

Estaba tan abstraída pendiente de Dharin que no se había dado cuenta de que su equipo estaba aullando. Los lastimeros gritos le resonaban de una manera insoportable por todo el cuerpo, como el sonido de su propio dolor. Se puso en pie y vio que los Jusacos ya habían llegado al trineo y caminaban por la nieve hacia ella. Eran dos, y había cuatro más tras ellos. Sacó la espada, gruñendo. Ya no tenía miedo. No le quedaba nada. Sus poderes la habían abandonado. Había fallado. Lo único que había ante ella era oscuridad.

Por el rabillo del ojo vio que Garra se mordía el arnés, intentando liberarse. Parecía dispuesta a hacer pedazos a cualquier Jusaco que se le acercase. Maerad se sintió como Garra: lucharía hasta la muerte, ya que la muerte era lo único que le quedaba. Con la espada liberó al gran perro de sus limitaciones, y después se tiró del trineo con un grito salvaje, alegre de repente por ir a morir.

Los Jusacos eran casi el doble de grandes que Maerad, pero no estaban preparados para la ferocidad de su ataque. Cuando uno se le acercó, le cortó el brazo con un golpe con las dos manos, mientras saltaba y giraba para atacar al siguiente. Pero este se echó hacia atrás, con lo que quedó fuera del alcance de la espada hasta que los demás trineos se acercaron y se le unieron otros Jusacos. El hombre al que había mutilado yacía retorciéndose sobre el suelo, chillando, mientras la sangre le brotaba del cuerpo y humeaba sobre la nieve. De repente, una gran forma se abalanzó sobre Maerad por detrás y saltó, gruñendo, sobre el hombre herido. Era Garra, las bridas cortadas todavía le colgaban del arnés. El hombre emitió un gran chillido y después se quedó quieto, y el segundo Jusaco corrió hacia Garra y la golpeó en la cabeza con el mazo mientras Maerad corría hacia él gritando. Garra se volvió, con un gesto amenazador y dispuesta a morder, pero entonces, con la lentitud de un sueño, resbaló y cayó sobre la nieve, y ya no se levantó. Maerad se tiró sobre el Jusaco que

había matado a Garra, de nuevo llena de ira, pero este se apartó del alcance de la espada, sin querer involucrarse en un combate con ella, y en aquel momento los otros Jusacos los alcanzaron.

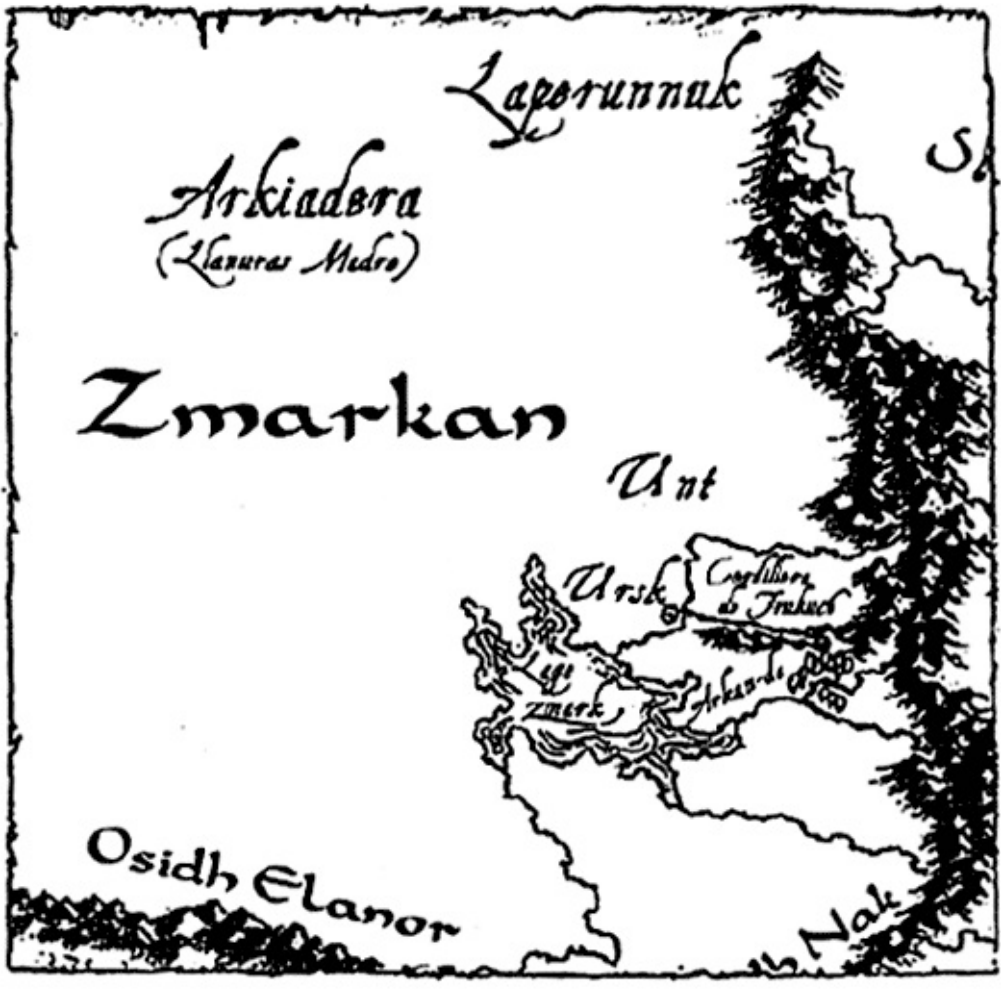
Maerad se dio cuenta inmediatamente de que uno de ellos era un hechicero, ejercía algún tipo de magia con la que Maerad nunca se había encontrado. Levantó las manos, diciendo unas palabras que ella no reconoció, y de repente la mente de Maerad se volvió vaga y se fue hundiendo en una oscuridad semejante al sueño. Se quedó parada, como aturdida, y su espada cayó al suelo tras soltarse de su mano sin nervios. «Era por esto por lo que me falló la magia», pensó con una especie de asombro. Un inmenso humo negro parecía llenarle la mente; luchó contra él, intentado inclinarse para recoger la espada, pero el cuerpo no le obedecía. «¿Será esto la muerte?» se preguntó. Dharin tenía razón, no hay dolor... Y entonces la oscuridad la aplastó y ya no percibió nada más.

ARKAN-DA



*Estaba allí arriba el Rey Lobo Nardo,
de entre los suyos el más valeroso,
salvaje cazador calzado de silencio,
cantante sin miedo a la luz de la luna,
tan alto se alza que todos lo escuchan
sobre los picos de Idrom Uakin,
y entonces, con voz de trueno, le habló
a la liebre de nieve y al águila,
al ciervo y al zanink de pies planos,
a las manadas de caballos tristemente menguantes,
a las manadas de alces que débiles mueren de hambre:
«Viajaré para aliviar nuestras penurias
hasta la fortaleza del Rey de Hielo,
hasta las montañas de Trukuch
donde gobierna en su oscuro palacio.
Buscaré el cambio de estación,
de oscuro invierno a primavera de plata,
de granizo martilleante a dulce verano.
Soy de entre todas las criaturas la más rápida,
de entre todos los luchadores el más mortal,
no temo a la muerte ni a lo que después venga.
Sobre mí tal misión recaerá».*

Extraído de *El Kilibrikim* (Tradición Pilanel), Biblioteca de Lirigon.





Maerad estaba perdida en un desierto de sueños. Unas extrañas dunas naranjas se alzaban ante ella, onda tras onda, como un océano de arena sin fin. Una serpiente dorada nadaba entre la arena delante de ella; se volvió y clavó en ella un ojo de rubí. Cayó hacia delante, dentro del ojo, que se hizo gigante, como una fosa de fuego, y sus llamas la lamían sin dolor. La piel se le curvaba, ennegrecía y se le caía en forma de escamas. Tenía los huesos sobre la arena, un infinito desierto de sed; gritó, y la boca se le llenó de agua, o sangre. No podía mover los brazos ni las piernas, y le quemaba por todas partes —no era capaz de asegurar si era frío o calor—. Se resistió débilmente, como si se estuviese hundido, y la negrura se alzó del suelo y la reclamó.

Maerad estaba sobre un trineo, atada de pies y manos. El cielo blanco pasaba sobre ella, sin fin. Escuchaba los jadeos de los perros que corrían, sus pisadas casi sin sonido sobre la nieve, el silbido del trineo, roncós gritos masculinos en una lengua que no reconoció. Miró a su derecha: a su lado corrían lobos blancos, fuertes y rápidos. Uno la miró y sonrió, con la roja lengua colgándole de la boca, y después, mientras ella miraba, se le hincharon los hombros y le salieron alas, y salió volando hacia el cielo. Se volvió, asustada, y un rostro rubio y barbudo la miró. Llena de un repentino odio, las razones del cual no conocía, intentó escupir, pero tenía la boca completamente seca. Unas manos la levantaron y le dieron agua. Tragó; le quemaba la boca como fuego, pero ahora sentía humedad. Escupió hacia los ojos azul claro. Estos parpadearon y desaparecieron, y la oscuridad cayó sobre ella.

La madre de Maerad, Milana de Pellinor, estaba de pie ante ella en una torre de cristal. Tenía el rostro marcado por una pena inconsolable. Agarraba a Hem entre sus brazos, no tal y como lo había visto Maerad por última vez, sino que era un bebé. Los dos se volvieron para mirar a Maerad, que estaba fuera de la torre. No había puerta. A Maerad la abrumaba un anhelo por unirse a ellos, por estar de nuevo entre los brazos de su madre. Golpeó el cristal con las manos hasta que le salió sangre, pero no fue capaz de romperlo; golpeó y golpeó, hasta que le asomaron los huesos de las manos

como ramitas blancas y rotas en un caos de sangre y carne.

Después de aquel sueño Maerad se despertó. El mundo que la rodeaba parecía ser real. «Hem está muerto», pensó; «el sueño me lo ha dicho. Está muerto, asesinado, como todos los demás a los que alguna vez he amado». La idea no hizo brotar las lágrimas. Ya había superado el llanto, la pena; estaba vacía de todo sentimiento, era una concha tan ligera como una pluma. Todo el cuerpo le ardía de dolor, excepto la mano izquierda. La mano izquierda la tenía completamente insensible.

Estaba atada, aquello no era un sueño. Parecía estar atada a un trineo. Poco a poco fue recordando lo que le había ocurrido; recordó la muerte de Dharin, y la pelea final con los Jusacos. Parpadeó, intentando averiguar donde se encontraba. Estaba en un trineo, conducida sobre las llanuras sin fin de Zmarkan. La habían capturado los Jusacos. Dharin había dicho que la matarían, pero no la habían matado. Ojalá lo hubieran hecho.

Lo único que Maerad deseaba era morir, e incluso aquello se le negaba. Una vez había pensado en suicidarse, después de la muerte de Cadvan, pero entonces la vida que había en ella había gritado, había suplicado su existencia. Ahora incluso aquella súplica visceral del cuerpo había desaparecido. La oscuridad era cálida y amigable; la esperaba una piscina oscura en la cual podría deslizar su cuerpo y descansar para siempre, libre de pena, de tormento: libre, sobre todo, de su fracaso.

Cuando el rostro rubio volvió a aparecer, ella se volvió y cerró los ojos y la boca, de modo que no le pudiesen dar ni comida ni bebida. Le levantaron la cabeza y le introdujeron agua de una botella de cuero a la fuerza entre los labios. Estaba demasiado débil para mantener la mandíbula cerrada con fuerza, y cuando el agua se coló en su boca tragó sin poder rechazarla. Intentó escupir el siguiente trago, pero no pudo. Agitó la cabeza hacia los lados, pero alguien se la sostenía con firmeza, de modo que incluso aquella protesta se vio frustrada. Le metieron en la boca a la fuerza una sopa caliente, y casi se ahoga antes de tragar. «Podría matarme ahogándome así», pensó, y tomó el siguiente trago de sopa con ansiedad, intentando llenarse tanto la boca que no pudiese respirar, así la sopa se le metería en los pulmones y la mataría, pero contra su voluntad se la tragó. Volvió a ocurrir lo mismo, hasta que terminó el cuenco.

Después la dejaron sola. Maerad yacía sobre el traqueteante trineo, y por fin las lágrimas se le derramaron de los ojos. Incluso su cuerpo la había traicionado.

El tiempo ya no existía. La vida era un tormento sin fin, avanzando hacia delante por una noche infinita, deslizándose entre sueños malvados y peores despertares. Los Jusacos no querían que muriese; se estaban tomando muchas molestias para asegurarse de que aquello no ocurriese. Le daban de comer e incluso la limpiaban, lo

cual no era una tarea fácil en tan duras condiciones. Apenas necesitaba que la atasen; estaba tan débil que ni tan siquiera era capaz de levantar los brazos. A veces el viento aullaba y la cara se le llenaba de copos de nieve, hasta que alguien se daba cuenta de que estaba cubierta, era incapaz de limpiárselos, era un tormento peor que prácticamente cualquier otra cosa.

Cuando fue capaz de sentir alguna emoción, sintió odio. Era como un veneno frío para su alma. Había aprendido a ignorar las heridas del cuerpo, excepto aquellas veces en las que el dolor era tan insoportable que llenaba su mente por completo, de modo que sentía que se volvería loca, si no lo estaba ya. Se sentía atormentada por la fiebre y los escalofríos, casi lo bastante convulsivos para romper sus ataduras. Pero a pesar de aquello, su cuerpo comenzaba a curarse. Un tiempo después las convulsiones cesaron y ya solo la atormentaba el frío. Los Jusacos le habían dado suficientes mantas para evitar que muriese, pero no suficientes para que estuviese caliente. Soñó que la mano izquierda se le había congelado y se le había caído, convertida en un trozo de hielo, y se despertó sorprendida al descubrir que todavía estaba allí.

Apestaba a sangre. La sangre de Dharin había empapado su abrigo de piel y pese a que le habían limpiado lo peor, todo el pelo del cuello estaba rígido y sentía los coágulos secos en su cabello. Era Dharin, la última cosa que le quedaba de él, y no se quejó. Y entonces le comenzó el período y sintió como si todo su cuerpo llorase sangre, sentía que se dormía y se despertaba con su olor agrio.

Había un hombre al que, según parecía, se le había asignado la tarea de mantenerla viva. Al principio Maerad le parecía igual a todos los demás Jusacos: todos tenían la piel pálida como Maerad, con el cabello largo y rubio, una larga barba trenzada y ojos azul claro bordeados de tatuajes azules. No buscaba diferenciar a uno de otro: para Maerad todos eran salvajes sin nombre.

Aquel Jusaco no era tan alto como los demás y, pese a los tatuajes, en otras circunstancias Maerad hubiera pensado que tenían un rostro agradable. Cuando tenía que limpiarla, lo hacía empleando un trapo empapado en una especie de grasa diluida o aceite, siempre era respetuoso, casi pidiendo disculpas. Y su manera de darle de comer no era, aunque práctica y brusca, carente de gentileza. Maerad se daba cuenta de aquellos detalles sin querer. Ahora ya no le escupía a la cara, pero no respondía a sus intentos de comunicarse, incluso cuando estaba claro que él intentaba decirle su nombre y le estaba preguntando el suyo, ella fingía no comprender.

Poco después de que los sueños y la realidad se desenredasen, la inspeccionó el hechicero, que era el líder de la pequeña compañía. La repasó como si se tratase de una mercancía que se ha de transportar intacta hasta su destino. Los trineos se habían detenido y, tal y como hacían con ella cada noche, transportaron a Maerad al interior de una de las tiendas de los Jusacos y la dejaron tumbada en el suelo. El hechicero entró, encorvándose en aquel diminuto espacio, y la inspeccionó. Maerad percibió su mirada y abrió los ojos. Era claramente un *Dhillarearen*, pero la bilis se le subió a la

garganta. Había algo incorrecto en su Don, de una manera que no había percibido en ningún otro Bardo sin Escolarizar que hubiera conocido —como Sirkana o Inka-Reb—. Pero no era un Gluma. «De alguna manera», pensó Maerad, «es incluso algo peor: la oscuridad se retuerce en él como un humo venenoso».

—¿Quién eres tú para mirarme? —inquirió ella en el Habla. Tenía la voz ronca de no utilizarla.

El hechicero la miró sin expresión, pese a que vio cómo los músculos que tenía alrededor de los ojos saltaban de disgusto.

—Yo soy quien soy —respondió—. Tú no eres nadie para preguntar eso.

—Asesinaste a mi amigo —sentenció Maerad—. ¿Por qué no me has matado?

—Mataste a un hombre —alegó el hechicero—. El castigo para algo así es la muerte. Pero tenemos otros planes para ti. No son de tu incumbencia.

—Todos sois asesinos de base —afirmó Maerad. Sentía la mente lenta y densa, y también estaba demasiado cansada para discutir—. Aquel hombre no hubiera muerto si no nos hubieseis atacado. Es culpa vuestra que haya muerto, no mía.

—Sea como sea —continuó—, ahora eres nuestra.

—Yo no pertenezco a nadie. —Una amortiguada ira se despertó en su interior—. No tienes derecho...

—Eres una mujer. Cállate —le ordenó mirándola con desprecio.

Si Maerad hubiera estado en posesión de sus poderes, lo habría hecho volar por los aires sin miramientos. Le devolvió la mirada con odio, negándose a bajar la vista. Algo flaqueó en la mirada de él, y en lugar de retarla, se volvió.

—¿Por qué me habéis capturado? —preguntó Maerad— ¿A dónde me lleváis? —Pero el hombre no le respondía.

La examinó como si fuese una cabeza de ganado, mirándole los dientes y el interior de la boca y comprobando la atrofia de los miembros. Furiosa ante aquella indignidad, Maerad le mordió la mano, y él la golpeó en la mandíbula con una violencia natural. Estaba claro que lo que vio no le complació, y le habló con brusquedad al Jusaco, que temblaba a su lado, con la cabeza inclinada de miedo y humildad. Le cogió la mano izquierda y se la apretó. Recuperó un poco la sensibilidad, sobre todo sintió dolor. Después le dio al otro Jusaco lo que sin duda era una larga lista de instrucciones y salió de la tienda.

Después de aquello, su situación mejoró ligeramente. A Maerad se le dieron más pieles y ya no sufrió tanto a causa del frío. También estaba desligada, de modo que tenía un poco de libertad de movimiento sobre el trineo. Pensó en arrojarse a la nieve, pero no había ninguna manera de que pudiera hacerlo sin ser vista, y enseguida la recogerían y la volverían a atar.

En aquel momento también se dio cuenta de que el trineo de Dharin viajaba con ellos. Lo conducía otro de los hombres. Se preguntó qué se habría hecho con los cuerpos de Garra y Dharin; sin duda los habían abandonado, sin honrar y sin enterrar, en la nieve. La idea resultaba agónica. ¿Y dónde estaba su hatillo? ¿Su lira? Debía de

estar en el trineo... Pero todavía estaba demasiado cansada para pensar con claridad y sus pensamientos se transformaron en una confusa maraña.

Estaba embrujada por algún tipo de encantamiento que no reconocía, de una manera que la paralizaba y la enfermaba. El encantamiento procedía del hechicero, y comenzó a protegerse de él. Sentía que su voluntad se resistía, y estaba segura de que ella era una *Dhillarearen* más fuerte, pero sin importar cuánto lo intentase, no podía deshacer el encantamiento. La tenía bien atada.

A veces Maerad pensaba que podía ver pálidas sombras que corrían en la distancia, en paralelo a los trineos. Parecían lobos, pero si intentaba mirar fijamente el movimiento, no veía nada más que nieve desnuda. Nadie más parecía percibirlos, así que al final las desestimó como alucinaciones.

Por la noche, soñó con lobos.

Los días pasaron, cada uno era idéntico al anterior. Maerad intentó, con escaso éxito, averiguar cuánto tiempo había estado inconsciente; el tiempo, por lo tanto, en el que había dejado de existir. Había hecho rayitas en el riel de madera del trineo. Si había estado siete días delirando, ya llevaba siendo completamente cautiva dos semanas.

Comenzó a ser capaz de diferenciar a sus cinco captores. El Jusaco que estaba a cargo de ella era el más joven y el que tenía un rango más bajo; parecía ser más o menos de la edad de Dharin. Los otros eran todos hombres adultos, que parecían tener entre treinta y cuarenta años. Maerad pensó que eran unos brutales matones; le recordaban a los hombres del Castro de Gilman, entre los que había crecido. Darse cuenta de aquello provocó un profundo desprecio en su interior, que alimentó su odio. El hechicero, que se llamaba Amusk, era el jefe de todos, y los demás lo trataban con diversos grados de miedo.

A su pesar, comenzó a sentir cierta simpatía por el hombre que se ocupaba de ella. Pese a que intentaba que no se le notase, Maerad pensaba que le desagradaba el hechicero Amusk tanto como a ella. El trineo de los jóvenes era normalmente el primero, y un tiempo después Maerad se dio cuenta de que él poseía un don similar al de Dharin, un infalible sentido que le decía dónde estaba. Aquello explicaba, pensó Maerad, por qué se habrían llevado a un hombre tan joven a una misión con los mayores.

Y comenzó a entender que aquellos hombres consideraban degradante cuidar de una mujer y que la tarea del Jusaco más joven era una humillación por la que a menudo los otros hombres se metían con él. Sus comentarios le hacían enfadarse y una vez lo había visto sacarle un cuchillo a uno de sus torturadores, que habían reculado negando con la cabeza y con los brazos bien abiertos, demostrando sus pocos deseos de pelea. Pese a aquello, el Jusaco la cuidaba diligentemente. Se dio cuenta de que él intentaba hablar con ella tan solo cuando nadie más podía oírles, y cuando los otros hombres estaban cerca, a veces le hablaba con brusquedad, como

para ocultar cualquier tipo de empatía que pudiese sentir.

Tras la visita del hechicero, Maerad no ignoró al joven la siguiente vez que intentó hacerle saber su nombre. Él se había puesto la mano en el pecho y había dicho:

—Nim —Después, preguntando directamente, señaló a Maerad.

—Maerad —contestó ella—. Soy Maerad.

Por primera vez lo había visto sonreír. Aquello transformaba su rostro, y ella se dio cuenta por primera vez de lo joven que era. «Incluso podría ser tan joven como yo», pensó.

—Nim. Maerad —pronunció, señalando del uno al otro. Maerad asintió.

Él salió de la tienda y volvió con un guiso de carne caliente. Maerad ya era capaz de comer sola, pese a que cuando no estaba en el trineo tenía los pies atados para evitar que atacase a alguien o escapase. Nim le tendió un cuenco humeante.

—*Hulcha* —dijo—. *Ij lakmi*. —Realizó con mímica el acto de comer.

—¿*Lakmi*? —preguntó Maerad—. ¿Comer? ¿Yo como? —señaló al cuenco—. *Hulcha* —repitió. Nim volvió a asentir y sonrió.

«Bueno, también podría aprender Jusaco», pensó Maerad mientras comenzaba a comerse el guiso. «No es que tenga nada más que hacer». Pero entonces se percató, con un terrible *shock*, de que comenzaba a pensar en uno de los asesinos de Dharin con amabilidad. De repente se sintió enferma, apartó el cuenco y no volvió a hablar con Nim. Al ver que no le respondía, él pareció decepcionado y herido, casi como un niño pequeño que ha sido rechazado, pero lo ocultó rápidamente y le dijo algo que sonaba como una maldición y rio de la misma manera que los hombres mayores, con una brutalidad cruda y consciente. Después cogió el cuenco y se comió él mismo el guiso, hambriento.

Después de aquello, entre Maerad y Nim comenzó a desarrollarse una tímida relación. Maerad aprendía con rapidez la lengua de los Jusacos, y durante las siguientes semanas comenzaron a tener conversaciones sencillas. Aunque durante sus charlas siempre había una subyacente cautela natural, algo crecía entre ellos que, en diferentes circunstancias, podría haber evolucionado hacia una amistad. Tal y como estaban las cosas, era una especie de tácita alianza.

Era el único consuelo de Maerad; si es que sus a menudo difíciles e incómodas conversaciones, podían llamarse consoladoras. Su soledad era casi insoportable, y sus charlas secretas con Nim eran el único contacto humano que tenía. Una terca voluntad la reafirmaba mientras su cuerpo ganaba fuerza lentamente, aunque siempre estaba cansada a causa de su batalla incesante contra la voluntad del hechicero. Sentía poco poder en su interior. Era una extraña sensación de vacío, como si le faltase un miembro, pero aun así resistía. Aunque ahora no tenía ninguna esperanza para sí misma, no se sentía del todo desanimada. Todavía había cosas que podía hacer, tal

vez, aunque se enfrentase a ciertos fracasos. Intentar escapar podía no ser en vano.

La primera cosa que quería recuperar era su hatillo. Cuando vio que los Jusacos llevaban con ellos el trineo y los perros de Dharin, se dio cuenta de que su hatillo también debería estar allí. Contenía todo lo que le importaba en el mundo, incluida su lira. Cuando Nim y ella hablaban, le hablaba del anhelo que sentía por su música, por su lira. Él que se la quedaba mirando con sus ojos azul claro.

—Podrías querer engañarme —repuso—. Sé que eres bruja, y podrías tener ahí algo para tus hechizos.

—No —respondió Maerad—. Hay una lira. Un arpa. Para tocar música —tarareó, deseando que Nim comprendiese su pobre hablar jusaco—. Pertenece a mi madre. Está muerta.

—Mi madre también está muerta —explicó Nim. Lo valoró en silencio durante un breve espacio de tiempo, y después se sacó un colgante circular de debajo del chaleco. Estaba hecho con una piedra negra y pulida—. Esto era de ella.

Maerad se sintió inesperadamente conmovida, y extendió la mano para acariciar el colgante con la punta de un dedo.

—Hermoso —definió.

Nim miró su colgante y después volvió a ponerlo entre sus ropas.

—Te traeré tus cosas —afirmó—. Pero si decides hacer magia o huir gracias a lo que yo haya hecho, me matarán.

Maerad lo miró tan fijamente como pudo.

—No puedo huir —reconoció—. Y no puedo hacer magia con mi lira. Me gustaría volver a tenerla entre las manos. —Era como si una especie de hambre le floreciese entre los dedos mientras hablaba.

—Soy un estúpido por hacer esto —añadió Nim—. Pero lo haré lo mejor que pueda. No sé por qué, pero no creo que me estés mintiendo. Tal vez seas una buena mentirosa.

Maerad sonrió, pensando en Inka-Reb.

—Un hombre sabio me dijo una vez que era una mentirosa —respondió—. Quizá tuviese razón. Pero no te estoy mintiendo.

—¿Cómo podría saberlo? —alegó Nim—. No soy más que un hombre sencillo. No sé por qué hemos tenido que viajar hasta tan lejos para encontrarte. Amusk buscó runas durante todo el camino hasta aquí para seguirte. Creo que te llevan de vuelta a Arkan-da. —Maerad levantó la vista, confundida: aquello era lo primero que escuchaba acerca de adónde iba—. Incluso yo puedo ver que aunque Amusk te haya hechizado, eres poderosa; nunca le había visto temer a nadie más que al Rey de Hielo. Si el Rey de Hielo te quiere, debes de ser poderosa.

—Si era poderosa, ya no lo soy —respondió Maerad. ¿Amusk la temía?—. Pero todavía puedo tocar música. Tal vez si me traes el hatillo, pueda tocarte una canción de mi pueblo.

—Si lo haces, te oirán y me castigarán —explicó Nim tras soltar un suspiro—.

Pero me gustaría. —Volvió a bajar la vista hacia sus manos y de repente pareció ser muy tímido. Y entonces Maerad lo vio simplemente como a un hombre, no como a un Jusaco ni como a un enemigo. Por primera vez en su vida aquello no la asustó. Se maravilló ante ello: ella tenía más razones para tener miedo que en cualquier otro momento desde que había salido del Castro de Gilman, pero tal vez hubiera pasado por tantas situaciones que una vez la habían asustado, que ahora aquello le parecía trivial. O tal vez fuese que confiaba en aquel joven.

Nim la había cuidado y lavado durante toda su enfermedad, incluso si tales tareas le resultaban degradantes. Pensar en aquellas intimidaciones hacía que se ruborizase. Él no tenía por qué haber sido amable, pero lo había sido. Y nunca había sido ninguna otra cosa con ella que respetuoso. Tal vez había sido por miedo al disgusto del Rey del Invierno en caso de que enfermase y muriese. Pero ahora Maerad pensaba que podría ser sencillamente bondad.

—¿De verdad me estáis llevando a Arkan-da? —preguntó—. ¿Te refieres al Rey del Invierno?

—Creo que es así como los Pilani llaman al Rey del Hielo, malditos sean.

—¿Por qué los maldices? Son buena gente —alegó tras quedarse callada durante unos instantes—. Mi padre era Pilani.

Nim se volvió rápido hacia ella.

—Siento ofenderte. Los Pilani se han apoderado de nuestra tierra. Queremos que nos la devuelvan.

—¿Y quién os ha contado eso? —preguntó Maerad, sorprendida—. Los Pilanel han estado en Zmarkan desde el principio de los tiempos. No pueden haber tomado vuestra tierra. ¿Y es que no hay suficiente espacio en Zmarkan para todos?

—Todo el mundo sabe que eso es cierto —afirmó Nim, con absoluta certitud—. Son un pueblo malvado.

Maerad quería volver a tener su hatillo y no quería hacerlo enfadar, así que no discutió. Pero la conversación de aquella noche le dio algo sobre lo que pensar durante el día siguiente, cuando la colocaron en el trineo para la siguiente etapa de su interminable viaje.

Aquella noche, pese a que Maerad había medio esperado que no lo haría, Nim le trajo la lira, dentro del estuche de cuero. No le trajo el hatillo. Con reverencia, mientras las manos le temblaban, sacó el instrumento y se lo enseñó, pasándole los dedos suavemente por encima para emitir un débil acorde. A Nim se le pusieron los ojos como platos, maravillado.

—Ojalá pudiese tocar —susurró ella.

—A mí también me gustaría —dijo él—. Nunca había escuchado nada tan hermoso.

—Gracias Nim —replicó Maerad—. Nunca lo olvidaré. —Levantó a vista y vio en los ojos de Nim un desesperado anhelo que la hizo compadecerse de él—. Quizás te gustaría ir algún día a Annar —dijo en voz baja—. La gente es buena. No son

cruelles, como Amusk. Y allí podrías escuchar música.

De repente Nim pareció avergonzado, como si ella lo hubiese visto desnudo, y se volvió. Aquella noche ya no habló más y al día siguiente fue brusco con ella al colocarla en el trineo. Pero Maerad no sentía ninguna animadversión hacia él para hacer aquello; sabía lo doloroso que eran los despertares. Una vez ella también se había protegido contra sus propios sentimientos igual que lo hacía Nim. Y nadie iba a rescatar a Nim y enseñarle un nuevo mundo, tal y como Cadvan la había rescatado a ella del Castro de Gilman. Tampoco era que nadie fuese a salvarla ahora a ella, reflexionó con tristeza. Pero volver a tener su lira la hacía sentirse ligeramente menos desamparada. Aunque no pudiera tocarla, por las noches la acariciaba, repasando las runas con los dedos hinchados, preguntándose si alguna vez conocería los secretos que contenían.

Nim le había dicho que Amusk era el más poderoso de todos los Jusacos. Maerad había pensado sobre aquello; significaba que su captura había sido cuidadosamente planeada, tal vez después del fracaso del perro de tormenta y los iriduguls. Su viaje con Dharin estaba condenado desde el principio. Recordó con tristeza de Sirkana al despedirse de ellos y estaba segura de que había tenido una premonición de su muerte. Entonces ¿por qué le había dejado ir con Maerad?

Pero se estremecía la pensar demasiado en Dharin, le despertaba demasiados recuerdos dolorosos. Dernhil, Cadvan, Dharin, Imi, Darsor y Garra; ¿cuántos habían muerto para protegerla? Los Pilanel le habían contado que los Jusacos veneraban al Rey del Invierno, y si se había enviado para capturarla a un hombre tan importante como Amusk, eso quería decir que el Rey del Invierno deseaba tenerla con todas sus fuerzas. «Soy un trofeo», pensó con amargura, «no solo para la Oscuridad y para la Luz, ahora también para los Elementales». Sin duda el Rey del Invierno la entregaría al mismo Sin Nombre.

La siguiente vez que el hechicero Amusk la examinó, no se sintió disgustado ante su condición, pero le echó un vistazo de cerca a su mano izquierda y apretó los labios. Tres de los dedos tenían un color extraño, un púrpura oscuro, y no los sentía en absoluto. Hizo algún tipo de magia curativa, pero no notó una gran diferencia.

Aquella vez Maerad pudo seguir un poco la conversación, aunque mantenía en secreto su conocimiento de la lengua, en parte por precaución natural y en parte para proteger a Nim. Captó que no estaban muy lejos, tal vez a una semana, de su destino. Se quedó sorprendida durante un instante; habían atravesado la vasta expansión de Arkiadera, de una punta hasta la otra. Tenía veinticinco marcas en el riel de madera. Incluso teniendo en cuenta que no sabía cuántos días había pasado inconsciente tras la captura, viajaban rápido.

Maerad examinó a Amusk de cerca. No se parecía en nada a Nim; ahora se preguntaba cómo podría haberlos confundido. Su rostro era cruel y delgado, y Maerad tenían la impresión de que parecía mucho más enjuto que la última vez que había venido a la tienda. «Bien», pensó; «lucha duramente para mantenerme bajo su

control». Alertada por el comentario de Nim, buscó señales de miedo mientras él la inspeccionaba, pero sus ojos eran fríos y no revelaban nada. Una arrogancia se despertó en su interior bajo sus fríos ojos, y no le esquivó la mirada, aunque percibió que él estaba acostumbrado a que la gente bajase la vista en su presencia. «Sobre todo las mujeres», pensó Maerad. Pero si la quería en buenas condiciones, no podía castigarla demasiado. Y de hecho no lo hizo.

Aquella vez ella no intentó hablarle y él no le habló a ella en ningún momento. Cuando se marchó, Nim le confirmó que pronto llegarían a Arkan-da.

—Supongo que después ya no volveré a verte —dijo.

—Me escaparé —contestó Maerad—. E iré a Annar. Tú también deberías hacerlo.

—Tengo que cuidar de mi abuela y mi hermana —repuso Nim—. Mi padre también está muerto y no hay nadie más para cuidar de ellas. No puedo abandonar a mi gente.

—Entonces tal vez no volvamos a vernos. A no ser que un día haya paz en nuestras tierras y tal vez podamos visitarnos en nuestras casas. —Era una fantasía infantil, pero Maerad lo dijo de todas maneras. Hablar de cualquier tipo de futuro no era más que soñar.

—Mi pueblo no es pacífico —replicó Nim entre risas.

—La paz es mejor que ir matando —alegó Maerad con pasión.

—Yo también lo creo —Nim se quedó en silencio; parecía estar recordando alguna cosa—. Antes solía ir a recoger flores con mi hermana; nos enviaban a buscar frutas del bosque y en lugar de aquello recogíamos flores. Mi madre se enfadaba mucho.

—Una anciana me contó que los Jusacos tienen a sus mujeres metidas en agujeros en el suelo —indagó Maerad mirándolo con curiosidad.

—Eso no es cierto. Mentiras Pilani —escupió Nim.

—Bueno, tal vez los Jusacos también cuentan mentiras acerca de los Pilani. El hombre al que matasteis, mi primo Dharin a Lobvar, también hubiera recogido flores en vez de frutas del bosque.

Después de aquello, Nim se quedó callado durante casi una hora. Maerad se acomodó para dormir, le pesaban los ojos. Todavía le resultaba difícil moverse, aunque no se sentía tan enferma como antes. Estaba bastante segura de que Amusk había estado a punto de matarla cuando la habían capturado. Ahora focalizaba todo su odio en él, y en el Rey del Invierno. Le daba vueltas a aquello, preguntándose qué se encontraría en Arkan-da.

—Yo no sé muchas cosas del mundo —dijo Nim, interrumpiendo sus pensamientos—. Tal vez tengas razón. Conoces varios pueblos y varias lenguas. Yo solamente conozco mi pueblo y mi lengua.

—Yo tampoco sé tanto —respondió Maerad, adormilada—. Hubo personas que me enseñaron unas cuantas cosas.

—Bueno, eres afortunada —alegó Nim—. Tal vez lo que se dice de los Pilani

sean mentiras. Pero ¿dejaríamos de hacerles la guerra si no las hubiera?

—Podría ser. —Maerad se apoyó sobre un codo y lo miró.

—O podría ser que no —contradijo Nim—. No lo sé.

—Tal vez tú llegues a ser un gran jefe y los detengas —añadió Maerad.

—Y entonces tal vez te visite en Annar.

Se sonrieron el uno al otro, sabedores de la imposibilidad de lo que estaban diciendo. Durante un instante fueron como niños jugando a esconderse de un cruel mundo adulto.

Al día siguiente Maerad vio una cordillera montañosa en la distancia, ante ellos, una forma baja y púrpura en el horizonte que bien podrían ser nubes. Nim le dijo que eran montañas, la cordillera que su pueblo llamaba el Trukuch. El suelo comenzó a elevarse, y las colinas y cerros bajos sustituyeron a la llanura. Maerad comenzó a ver avellanos enanos que se abrían paso bajo la corteza de nieve y después bosquesillos de diferentes tipos de abetos.

Se acercaron más y más, hasta que corrían bajo la sombra de las montañas hacia el este, en dirección a Arkan-da, a lo largo de una carretera marcada por mojones. Las montañas Trukuch se alzaban a su derecha, como afiladas cuchillas contra el cielo sombrío, sus escarpados laterales desnudos de nieve, sus coronas envueltas en un sudario de negras nubes, y el ánimo de Maerad volvió a caer hasta su nivel más bajo. Las paredes montañosas parecían las murallas exteriores de una inmensa fortaleza. Comenzó a darse cuenta de lo estúpida que había sido al creer que podría huir del fuerte del Rey del Invierno una vez estuviese encerrada dentro. La pequeña esperanza que su amistad con Nim había destilado se evaporó y se desvaneció.

Su continua batalla silenciosa con el hechicero se intensificó un poco. Se sentía maliciosamente satisfecha al ver cómo su rostro consumido se volvía cada vez más gris, con los ojos inyectados en sangre y su fina boca cada vez más delgada. Pero él todavía iba por delante de ella; Maerad podía luchar contra su encantamiento, pero no era capaz de romperlo. Tal vez, aun así, estuviese quebrándolo a él.

Odiaba a Amusk con una pasión que contenía todo su dolor y amor por todas las personas a las que había perdido. Le hubiera gustado crísparlo tanto que el corazón le reventase y cayese al suelo, con los ojos en blanco, y que la sangre le brotase de la boca manchando la nieve tal y como la habían manchado la de Dharin, humeando en el frío. La imagen le proporcionaba un enfermizo placer. Pero Amusk no se quebró.

Las conversaciones entre Nim y Maerad casi cesaron cuando se acercaron a las montañas. Nim también parecía consumido, por razones que Maerad no era capaz de adivinar, y era ácido con ella como lo había sido al principio de su captura. Pero a Maerad le daba igual; ya le daba igual el cuidado de sí misma. Sentía una alegría que surgía en su interior por que fuesen a llevarla cara a cara con su enemigo. El Rey del Invierno había enviado a un perro de tormenta contra ella en los estrechos de

Thorold, y había matado a Cadvan en el paso de Gwalhain y finalmente había matado a Dharin. Tal vez supiese de las marcas de su lira, tal y como Inka-Reb parecía saber, y la quisiese para él. Quisiera lo que quisiera, Maerad no iba a complacerle. Él se había tomado tantas molestias para asegurarse de que ella sobrevivía que estaba segura de que la mejor manera de defraudarlo sería provocar su propia muerte.

Ya había decidido que no podía hacer tal cosa mientras estuviese al cuidado de Nim, no podría soportar en su conciencia el peso de la inevitable muerte de este. Esperaría, mientras el trineo se deslizaba por las montañas, que se volvían cada vez más altas y severas a medida que avanzaban.

«Te percibo, enemigo mío», le murmuró a la noche. «Te percibo cada vez más y más cerca. Por fin te miraré a la cara». Algo en su interior rio, pero no era una risa alegre; era el desafío de alguien que se enfrentaba a una muerte segura, y ya no le importaba. «No moriré siendo esclava», se dijo a sí misma. «Eso es lo que he ganado».

El día antes de llegar a Arkan-da, una densa niebla bajó de las montañas, encerrando a los trineos en un extraño silencio blanco. Su paso disminuyó considerablemente, y se envió a Nim a la delantera para trazar el camino. Maerad continuaba sentada en el trineo ante él con indiferencia. La niebla parecía estar llena de aterradoras apariciones que se disolvían cuando se acercaban a ellas, y se escuchaban terroríficos ruidos que parecían proceder de las mismas piedras, que gemían y chillaban de dolor o ira. Maerad sentía el miedo de los hombres que estaban en los trineos tras ellos, pero las apariciones y los ruidos no tenían ningún efecto sobre ella; ya no había nada que pudiese asustarla. Luchó contra el conjuro del hechicero y sintió que Amusk se debilitaba. «Incluso él tiene miedo», pensó. «Él quiere seguir viviendo, quiere seguir teniendo poder en este mundo. Yo no, y por lo tanto no tengo miedo».

Aquella noche, Nim y Maerad hablaron por última vez. Maerad rebuscó entre sus ropas; deseaba con todas sus fuerzas regalarle algo. Se soltó el broche del lirio de plata, el símbolo que indicaba que era Bardo de Pellinor. Él podría esconderlo de los demás, y ella ya no lo necesitaría. Lo acarició, recordando a la dulce y seria mujer que se lo había dado: Oron, Primer Bardo de Innail.

Tal vez a Oron no le pareciese fuera de lugar regalar su recuerdo en honor a la tosca amabilidad que Nim le había mostrado. Había sido en Innail donde Maerad había comprendido por primera vez el valor de la amabilidad humana. Recordaba a Silvia diciéndoselo: «La ley dice que se ha de alimentar al hambriento, cobijar al que no tiene casa y curar al enfermo. Así se hacen las cosas en la Luz». Maerad sonrió ante el recuerdo, tan distante de su amargo presente, y repasó con los dedos el símbolo del lirio de Pellinor por última vez.

—Nim —dijo—, esto es para ti. —Le tendió el broche.

Él lo tomó con sorpresa, con los ojos muy abiertos.

—Es maravilloso —exclamó—. Algo precioso. No tengo nada que pueda darte a cambio.

—Me has dado mucho —admitió Maerad—. Esto tan solo es para darte las gracias. Has sido amable conmigo. No tenías por qué serlo.

Vio que un rubor le subía por el cuello y le cubría el rostro, tomó el broche con torpeza y se lo puso entre las ropas.

—No lo olvidaré —afirmó, y se volvió.

El sol ya no parecía existir. El día tan solo se distinguía de la noche porque las sombras eran ligeramente menos oscuras. La niebla envolvía a los trineos de modo que los hacía apenas visibles. No había estrellas: el suelo arrojaba un destello blanco, como si él mismo fuese una fuente de luz, y era la única cosa que evitaba que tuviesen que avanzar en una oscuridad absoluta.

Cuando habían partido aquella mañana, los equipos se habían dirigido al sur y habían comenzado a correr con rapidez por un estrecho paso de montaña. Los mojones surgían entre la niebla y desaparecían, y Maerad pensó en los que había visto por el paso de Gwalhain: aquella carretera debía de haberla construido el mismo pueblo, en tiempos muy lejanos. El aire era tranquilo y helado.

Maerad estaba en el trineo de Nim, delante de los demás, con la lira agarrada entre las rodillas. Se sentía mareada, incapaz de pensar; notaba la cercanía del Rey del Invierno en su mente, la sombra que la había estado presionando desde que había puesto el pie en Zmarkan. Unas olas de negrura rompían contra su cuerpo; se hundió en ellas, como lo había hecho cuando la habían capturado por primera vez, y revivió sin saber cuanto tiempo había estado inconsciente. Sentía que el conjuro de Amusk la presionaba con más fuerza, y cómo él tenía una sensación de triunfo al sentir que su resistencia se debilitaba. Un reflexivo desprecio se le despertó en el estómago. No era Amusk quien la hacía flaquear.

Sin duda era de noche cuando llegaron a un grandioso arco de piedra negra. La piedra angular se alzaba bien alta sobre la carretera y, a medida que se acercaban, Maerad sintió que el miedo le encogía el estómago. La carretera discurría a través de un patio natural vallado por altos contrafuertes de piedra. En el extremo más alejado se cernía el oscuro flanco de una montaña. El arco parecía estar hecho de una especie de basalto pulido cubierto de extraños relieves; las tallas parecían tan nítidas como si las hubieran terminado la noche anterior, y aun así el arco parecía antiguo. Estaba allí completamente solo, sin edificios de ningún tipo a su alrededor. Su poder hacía que Maerad se sintiese a punto de desmayarse.

Los perros no querían pasar bajo el arco, por mucho que los golpeasen con severidad, y al final, entre maldiciones, los Jusacos se bajaron de los trineos. A Maerad se le ordenó que caminase delante de ellos. El miedo de los hombres era palpable. Maerad agarró su lira apresuradamente, colocándola delante bajo el abrigo,

y puso los pies en el suelo. Enseguida le fallaron las rodillas. Alguien le dio una patada, y ella se acurrucó en forma de bola alrededor de la lira, sintiendo el frío suelo contra la cara, repentinamente indiferente. Podían darle tantas patadas como quisieran. Les dejaría que la matasen.

Hubo más juramentos, y entre Amusk y dos de los hombres estalló una discusión. Nim estaba callado. Al cabo de un rato la levantaron, y le colocaron los brazos sobre los hombros de Nim y Amusk, de modo que arañaba el suelo con la punta de los pies. Los otros tres Jusacos se quedaron detrás de los trineos.

Cuando pasaron por debajo del arco, un enorme frío cayó sobre su corazón, como si todo en su interior se volviese de hielo.



EL PALACIO
DE HIELO

Maerad creía estar soñando. Sentía un calor delirante —no había sentido tanto desde que había salido de Murask ocho semanas antes— y estaba acurrucada en una cama de una comodidad incomparable. Iba vestida con un largo camisón que le llegaba hasta los pies. Sentía la piel sedosa y limpia, y su cabello se desparramaba sobre las pieles que la cubrían, recién lavado y con olor a hierbas aromáticas.

Se incorporó y miró a su alrededor asombrada. Estaba en un cuarto que parecía estar hecho de algún tipo de piedra de luna: las paredes eran translúcidas y brillaban con una luz apagada. Extendió el brazo y tocó la pared: estaba fría, pero no tenía un tacto desagradable. Ante ella tenía una puerta cubierta por una tela celeste sin dibujos y sobre el suelo, que estaba hecho de la misma sustancia que las paredes, había una lujosa alfombra del mismo color.

Se apartó el cabello de los ojos, parpadeando, y entonces se detuvo y se miró la mano izquierda. No tenía la forma correcta. La dejó caer sobre el cobertor de piel, como si no le perteneciese a ella, y volvió a mirar. Había algo que estaba mal. Tenía un pulgar, un índice, la mitad del dedo corazón, hasta el primer nudillo, y después una cicatriz limpia y blanca. No sentía dolor.

Se estudió la mano con una especie de aturrido asombro, y después extendió la mano derecha a su lado, sobre la piel. En el tercer dedo llevaba el anillo de oro que Ardina le había dado. Durante un instante, como para tranquilizarse, Maerad se quedó mirando el delicado diseño de lirios entrelazados. Si no se miraba la mano izquierda, la sentía exactamente igual que antes, como si su mente hubiese creado unos dedos fantasmas para reemplazar a los que ya no estaban. Se la acarició, sintiendo su nueva forma, y después la escondió bajo el cobertor. «No es más que una fea garra», pensó. «¿Cómo voy a tocar?». Después miró a su alrededor. «¿Dónde estoy? ¿Estaré muerta, después de todo? Pero ¿me faltarían los dedos si estuviese muerta?».

Sacudió la cabeza, aturdida. Su último recuerdo era estar pasando bajo el arco negro que había en la carretera de las montañas. Ya sabía que era la entrada a Arkanda, la fortaleza de Arkan, el Rey del Invierno, y el pánico la había consumido. Pero allí tan solo sentía paz y luz.

Volvió a mirar a su alrededor: la habitación tenía que estar encantada, pero no percibía ningún tipo de magia a su alrededor. El cuarto era muy hermoso, tan

hermoso como algunas de las habitaciones que había visto en Annar, pero extraño: no había lámparas, pese a que estaba tenuemente iluminado, y ningún mueble además de la cama, que era poco más que un colchón sobre el suelo, y un taburete negro con extrañas tallas. Su hatillo yacía contra el taburete y también su lira dentro de la funda de cuero. Se los quedó mirando, sintiéndose más asombrada por su presencia que por ninguna otra cosa. ¿Qué estaban haciendo allí? Debía de haberlos dejado alguien, como si fuese una huésped en una Casa Bárdica.

Buscó en su interior, intentando encontrar su propia magia, pero allí no había nada. «Una vez fui la Bardo más poderosa de Edil-Amarandh» pensó, «y ahora no soy nada. ¿Qué me ha ocurrido? ¿A dónde ha ido mi Don?». Pero en aquellos pensamientos no había autocompasión ni desesperación, todo lo que sentía era una especie de sorpresa vacía.

«Debo de estar muerta», volvió a aclarar. «Pero no me siento muerta. A no ser que los muertos puedan sentirse agotados... ¿y por qué no iba a ser así?». Sacó la mano izquierda de debajo del cobertor y se la volvió a mirar. Tenía el aspecto de una herida ocurrida hacía años. En el lugar en el que antes estaban los dedos tan solo había piel blanca y suave. Sintió una repentina lástima por su mano mutilada y acarició la cicatriz; tenía una ligera sensibilidad, pero nada más. Después la volvió a esconder, se tumbó y cerró los ojos.

«Si no estoy muerta», pensó, «debo de estar viva. Pero si estoy viva, ¿dónde estoy?». Las preguntas daban vueltas en su cabeza como moscas sin objetivo, chocando entre ellas y sin llegar a ningún destino hasta que el cansancio volvió a arrastrarse sobre ella y se sumió de nuevo en el sueño.

Cuando Maerad volvió a abrir los ojos, todavía estaba en la misma cama cálida, y todavía le faltaban los dedos. Lo que la despertó fue la sed, tenía la boca reseca. Se incorporó, preguntándose dónde encontraría agua, y vio que ahora al lado de la cama había una mesa, del mismo estilo que el taburete, y sobre ella había un decantador de cristal y una copa. En una esquina del cuarto había ahora un arcón de madera sin tallar.

Se sirvió torpemente un poco de agua y se la bebió con ansiedad, peleándose para utilizar la mano mutilada.

Sacó las piernas de la cama y colocó los pies sobre la alfombra. Era gruesa y cálida, y la hizo mover los dedos de los pies sin tan siquiera pensarlo. Estar cómoda, caliente limpia, sentir que su cuerpo suspiraba de alivio; todas aquellas eran seducciones difíciles de resistir después de las durezas y contratiempos de su vida reciente. Pero su mente se sentía alerta y llena de sospechas. Aquello era un encantamiento, sin duda, del tipo más poderoso, y sentía que debía resistirse a él. Pero no ahora. No ahora.

Se acercó a su hatillo, sentía las piernas débiles y temblorosas, ya que llevaba

muchas semanas sin caminar, y lo cogió. El familiar olor del cuero gastado le resultaba reconfortante. Lo vació sobre la cama. Todo estaba allí, aparentemente intacto: sus mudas, su capa azul, el libro envuelto en hule de los poemas de Dernhil, su botella de medhyl casi vacía, la flauta de tubos que le había dado Ardina, el pez tallado en marfil que le había dado la Estirpe Sabia e incluso, para su sorpresa, la piedra negra. Faltaban su equipo de lucha, su espada Irigan y su yelmo, pero la cota de malla estaba doblada en el lugar en el que la había dejado dentro del hatillo. También faltaba la pequeña daga que llevaba consigo desde que había dejado el Castro de Gilman. Volvió a empaquetarlo todo lentamente, acariciando cada objeto y volvió a dejar el hatillo contra la banqueta. Cogió la lira, sosteniéndola sobre la curvatura del brazo, aunque no la sacó de la funda de cuero.

Habían pasado siglos desde la última vez que había mirado sus posesiones con detenimiento. Era como hacer un recuento de sí misma. Desde el asesinato de Dharin, había estado entrando y saliendo en un crepúsculo del alma, sin apenas recordar quién era, deseando morir. «Soy Elednor», se dijo a sí misma con fuerza. «Esto quiere decir algo. Pero ¿qué?» respondió otra voz burlona en su cabeza. «¿Qué significa?».

—Significa que he fracasado —se respondió en voz alta, y sintió que su desesperación volvía a levantarse en su interior en forma de una ola oscura y pesada. Pensó en la Bardo Ilar, a quien había matado en Annar, y en las muertes de Cadvan y los caballos. Se estremeció ante el recuerdo de la avalancha y acabó viendo una vívida imagen de Dharin, su rostro mientras moría. Ella había asesinado a la Bardo de Lirigon: «¿Es por eso por lo que han muerto Cadvan y Dharin? ¿Es una especie de pago?». No era capaz de pensar en qué podría significar aquello. Por lo menos no había visto morir a Dernhil. «Algunas misericordias», pensó amargamente, «son muy escasas».

Volvió a su cama, sosteniendo la lira entre los brazos. No quería tocarla; estaba demasiado asustada para intentarlo. Era bastante probable que nunca volviese a tocar ningún instrumento.

Maerad no había visto a nadie desde la primera vez que se había despertado, pero en algún momento, mientras estaba inconsciente, alguien la había lavado, vestido y metido en la cama. Y alguien había dejado el agua y la mesita al lado de su cama mientras estaba dormida. La idea resultaba inquietante.

Caminó hasta la puerta y apartó la cortina celeste. En el exterior del cuarto había un pasillo sin ventanas iluminado con la misma luz suave y sin origen visible que la alcoba. El techo era alto y abovedado, y se veían puertas que daban a otras alcobas. Miró hacia arriba y hacia abajo, pero no vio ninguna señal de vida. Durante un instante barajó la idea de ponerse a explorar, pero las rodillas le temblaban a causa del pequeño esfuerzo que había hecho al caminar hasta la puerta, y temía perderse. Volvió a la cama y cogió de nuevo la lira.

Ahora tenía hambre. Tal vez alguien le trajese comida, igual que alguien le había

traído agua. Podría preguntarle dónde estaba.

Se sentó en la cama y esperó. De momento no tenía nada más que hacer.

No sabía cuánto tiempo había pasado hasta que por fin apareció alguien. La luz de la habitación era invariable, no daba ninguna idea acerca del paso del tiempo. Luchó contra la irresistible tentación de volver a dormir: estaba decidida a estar consciente la siguiente vez que alguien entrase en el cuarto.

Pero después de un tiempo vino una persona, y parecía tranquilizadamente humana. Una mujer bajita, gorda y anciana que llevaba un pañuelo de punto cubriéndole la cabeza entró en el cuarto sin anunciarse, llevando una bandeja en la que había servido un cuenco lleno de algo humeante.

—Hola —saludó Maerad en jusaco, tras pensar que sería la mejor lengua para el primer intento.

La mujer sonrió y su rostro se plegó dando lugar a una telaraña de arrugas.

—Estás despierta. Avisaré al amo.

—¿El amo? —Maerad miró hacia el cuenco, que tenía un olor tentadoramente delicioso, pero no extendió las manos para cogerlo: más que comida, quería información— ¿Quién es el amo?

—Es nuestro amable señor y amo —contestó la anciana—. Te verá pronto.

—Pero ¿cómo se llama?

—No tiene nombre —dijo la mujer—. Es demasiado grande para un nombre. Es nuestro amo. Venga, tómate la sopa. —Al ver que Maerad no se la tomaba, la mujer dejó la bandeja sobre la mesita que estaba al lado de la cama y se volvió para marcharse.

—Entonces, ¿cuál es tu nombre? —preguntó rápidamente Maerad, ya que deseaba que se quedase—. ¿Y dónde estoy? ¿Y qué le ha ocurrido a mi mano?

—Estás aquí, en el palacio del amo. Mi nombre es Gima, pececillo. Oh, eras una niña enferma cuando entraste —chasqueó la lengua, tal y como lo hacía Mirka—. La helada te comió los dedos, niña tonta. Pero ahora te estás poniendo mejor, ¿verdad? Pronto estarás lo bastante bien para encontrarte con él.

—¿Te refieres al Rey del Invierno? —preguntó Maerad.

—No sé quién es ese —respondió alegre la mujer— Tal vez alguien le llame así. Aquí tan solo es el amo.

Maerad desistió; su estómago rugía, y parecía que Gima no tenía ninguna intención de contarle nada útil.

—¿Volverás? —preguntó cuando la mujer se iba.

—Pronto, pronto... —Levantó la cortina, y se fue.

Maerad devoró la comida vorazmente. Se estaba muriendo de hambre. Dejó el cuenco a un lado, sintiéndose más sustancial que antes. Tal vez pudiese plantearse caminar un poco. Se masajó las piernas, que tenían un aspecto delgado y consumido,

y después pensó que debía vestirse. Acababa de decidir sacar del hatillo su muda, mugrienta como estaba, cuando Gima volvió a entrar, portando una larga túnica revestida de piel blanca, un lujoso vestido carmesí y unas finas mallas de lana, y unos zapatos de fieltro delicadamente bordados.

—Te lavaré esto —dijo mientras recogía las ropas de Maerad y se las colgaba del brazo—. Esto es para ti, lo ha ordenado el amo.

—Pero ¿quién es? —preguntó Maerad, irritada—. Y ¿dónde estoy?

Gima se limitó a chasquear la lengua y darle una palmadita en la cabeza.

—No te preocupes por eso, pececillo. Vístete, y entonces tal vez te lleve a él, ¿sí? —Cogió la bandeja y desapareció.

Maerad se encogió de hombros. Sería mejor ponerse ropas limpias. Y si iba a ver al amo, fuese quien fuese, sería mejor ir bien vestida. Se puso el vestido y la túnica, se levantó e intentó caminar desde un extremo a otro de la habitación. No tenía tan mal las piernas, tal vez solo estuviese hambrienta.

Como si hubiera estado esperando, Gima entró en el cuarto casi de inmediato.

—Bien —dijo en tono alegre—. Estás vestida. Bueno, ven conmigo.

Maerad, cuyo único pensamiento había sido salir de la alcoba y ver dónde estaba, se sintió rebelde.

—¿A dónde? —le espetó—. ¿Por qué no respondes? ¿Eres tonta? —Utilizó una palabra en jusaco para decir «tonta» que sabía que era especialmente insultante, pero Gima ni siquiera parpadeó.

—Oh, estás tan llena de preguntas. Niña boba, boba. Van, ven. —Apuraba a Maerad como si fuese una niña lenta, y Maerad descubrió que estaba siguiendo a Gima por los blancos pasillos. Sospechaba de todo lo que había en aquel extraño lugar, y se sentía más inclinada a ser hostil que a no serlo, pero también se sentía consumida por la curiosidad.

El pasillo se introdujo en un pasadizo más ancho. Este era también abovedado, más alto que el anterior, y de vez en cuando pasaban bajo un arco de hierro blanco, con arquivadas hábilmente forjados con extrañas formas geométricas, ninguno de ellos igual que el siguiente. Eran curiosamente hermosos. Poco después, Maerad y Gima llegaron a una puerta de doble hoja.

Allí Gima hizo una pausa y su compostura desapareció; Maerad percibió con interés que su rostro se volvía de pronto pálido. Entonces inspiró profundamente y empujó la puerta. Esta se abrió silenciosa bajo su mano, y pasaron al interior.

A Maerad la sala le recordaba un poco al salón de Ardina en Rachida, solo que las paredes y el techo, en lugar de estar hechos de madera plateada, eran de hierro y piedra blanca y translúcida. El alto techo se sostenía sobre unas vigas de hierro negro forjadas con las mismas formas abstractas que Maerad había visto en los pasillos. Las paredes estaban cubiertas de tapices, ricos en formas y colores, pero sin figuras que Maerad pudiese distinguir; se parecían al sol deslumbrante sobre la nieve, rompiendo en todos sus colores, o a las extrañas y alucinantes formas que había visto en el

glaciar En el centro había un estanque rectangular excavado en piedra translúcida, y allí la luz era más brillante: una fría y hermosa luz que iluminaba uniformemente la sala, de modo que no había rincones oscuros. En el extremo más alejado había un estrado bajo, y sobre el estrado había un alto trono negro liso y dos banquetas bajas. En el trono había un hombre sentado. Observó a Maerad y a Gima durante su lento avance por el salón.

Por extraño que parezca, el miedo de Gima hacía que Maerad estuviese menos asustada. Se irguió mientras caminaba, para no parecer deferente, y cuando se aproximaba al trono le sostuvo la mirada al hombre.

Era un Elidhu: tenía los mismos inquietantes ojos de Ardina, con su pupila gatuna, pero mientras que los ojos de Ardina eran amarillos, los suyos eran de un azul muy pálido. Su cabello era negro y largo y lo llevaba peinado en dos trenzas que le caían sobre el pecho. Mostraba la cabeza descubierta e iba vestido con una túnica azul claro ricamente bordada en plata, con una larga capa azul oscuro que le partía de los hombros. En los brazos desnudos llevaba pulseras de plata y hierro, con complicadas tallas y gemas blancas engarzadas. Su piel era absolutamente blanca, pero su palidez no daba ninguna sensación de debilidad: parecía fuerte y musculoso, y cuando Maerad se le acercó, percibió, con un escalofrío, su aguda vitalidad. Igual que Ardina, parecía no tener edad, no ser joven ni viejo: su rostro no tenía líneas, como el de un joven rey en el primer florecer de su madurez, pero su mirada era anciana.

Cuando llegaron al pie del estrado, Gima se postró, tirando del brazo de Maerad para indicarle que debía hacer lo mismo. Maerad no tenía ninguna intención de hacer tal cosa y se sacudió de encima la mano de Gima. Se quedó en pie mirando al hombre, con rostro inexpresivo. «Así que por fin te conozco, mi enemigo», dijo para sí. «Y no me queda nada excepto mi orgullo, pero eso no me lo podrás quitar». Ya que estaba claro que aquel era Arkan, el Rey del Invierno, el autor de sus penas: asesino de Cadvan y Dharin, de Darsor e Imi, aliado del Sin Nombre, malvado tirano del norte. Él le devolvió la mirada sin parpadear. Entonces hizo un gesto con la mano.

—Fuera, Gima —ordenó en jusaco. Su voz era profunda y suave, y Maerad, que había esperado una dura orden, se sorprendió—. Déjanos.

Gima se escabulló hacia atrás sobre las manos y las rodillas antes de ponerse en pie y salir de la sala de espaldas, y casi se cae en el estanque. Maerad se volvió y la miró asombrada: ¿por qué no se volvía, y así podría ver por dónde iba? Finalmente, la anciana llegó a la puerta y salió.

Maerad se volvió para mirar al Rey del Invierno y descubrió que él la estaba mirando con algo parecido a la diversión. A su pesar, casi sonrío. Aquello hacía que su orgullo se resintiese, y decidió no mostrar ningún sentimiento. Le sostuvo la mirada con tanta frialdad como fue capaz y se preparó para esperar.

—Bienvenida, Elednor de Edil-Amarandh —exclamó el Rey del Invierno, que ahora hablaba en la lengua de los Elidhu. Maerad se quedó atónita, ¿cómo podía

saber su Nombre Verdadero?—. Por fin has llegado, y ya veo cual es la forma que tanto trastorna a las estrellas. —Hizo una pausa, tal vez esperando a que hablase Maerad. Ella no dijo nada—. Sería mejor que te sentases, en lugar de quedarte ahí de pie —añadió—. Ven, siéntate a mi lado —Maerad negó con la cabeza, y él suspiró, como si fuese un paciente rey tratando con uno de sus más quejumbrosos ministros—. Como deseas —dijo.

—Lo que deseo es marcharme de aquí —dijo Maerad volviendo a levantar la vista y sosteniéndole la mirada desafiante. Igual que la de Ardina, su mirada era inquietante, perturbaba profundidades oscuras ocultas en su interior—. ¿Me dirás «como deseas» a eso?

—¿Por qué deseas marcharte? ¿No te parece hermoso mi palacio? ¿Es que tu alcoba te desagrada? ¿Es que la comida no es la adecuada? Estoy de acuerdo en que Gima es un poco pesada, pero también es amable. Te puedo buscar otra criada. Mi deseo es complacerte.

—Asesinaste a mis amigos. A mi primo. —Una sensación cálida se extendió en la boca del estómago de Maerad, una profunda ira—. ¿Por qué iba a desear permanecer en la misma casa que mi enemigo?

Arkan dejó que su mirada reposase sobre el rostro de Maerad. Algo en el interior de ella dio un respingo, y apartó la vista.

—Siento los pecados de mis siervos. Puedo castigarlos si lo deseas —afirmó él—. No me sentí satisfecho con el estado en el que me fuiste entregada: puedo ver que te han tratado mal. ¿Pero de qué otra forma podía traerte hasta aquí?

—Podrías habérmelo pedido —reprochó Maerad acaloradamente—, en lugar de atacarme en medio de la nada, utilizando a una panda de... de matones.

—Los castigaré por ti —sentenció Arkan con indiferencia—. Si eso te hace sentirte mejor.

—A Nim no —se apresuró a advertir Maerad—. Fue amable conmigo. Si estoy viva, es gracias a él. —Las piernas comenzaban a temblarle de debilidad, y se tambaleó ligeramente—. Castiga a Amusk. Es un hombre malvado.

—No comprendo qué quieres decir con malvado —dijo Arkan—. Tengo la sensación de que cuando los humanos hacen la guerra dicen: esto es bueno, esto es malo. Pero lo bueno y lo malo a mí a menudo me parecen lo mismo.

—No lo son —comenzó a decir Maerad apasionadamente y después pensó en Enkir de Norloch y en cómo ella misma había asesinado a la Bardo de Lirigon, y se mordió el labio—. Quiero decir, la gente hace cosas buenas y cosas malas, pero... —tartamudeó hasta detenerse, confusa y consternada; aquello no se parecía en nada a cómo ella había imaginado que sería su encuentro con el Rey del Invierno.

—¿Estás segura de que eres capaz de diferenciarlo? —indagó Arkan.

Maerad lo miró, miró sus extraños ojos azules, que parecían iluminados por una fría risa, y estiró la espalda. Ahora las piernas le temblaban terriblemente.

—Sí —respondió—. Puedo diferenciarlo. La gente es tanto buena como mala.

Pero hay quienes eligen solo tener poder. Y son malos.

—Tu amigo Cadvan de Lirigon. Es un Bardo poderoso y ha trabajado toda su vida para ser un hombre de poder. ¿Es malo?

La inesperada mención de Cadvan pinchó a Maerad como un dardo, y jadeó.

—¡Cómo osas hablarme de Cadvan! —exclamó—. Cuando has... —Volvió a tambalearse; el dolor que sentía en las piernas era ahora casi insoportable—. Él nunca eligió tener poder. Sobre otra gente, vaya. Todo lo que hizo fue por la Luz. —Se apretó las manos, intentando imponer su voluntad sobre su cuerpo y volviendo a sentir con un *shock* la ausencia de sus dedos.

—Ah, la Luz —la voz de Arkan carecía de expresión—. Pero ¿qué es la Luz sin la Oscuridad? No puede existir. Y la Oscuridad fue primero.

—Aquella oscuridad era una oscuridad diferente —alegó Maerad—. Era la noche, era inocente —inspiró temblorosa, y se produjo un breve silencio.

—Acabas de salir de la cama —repuso Arkan—. Creo que deberías sentarte. —Volvió a señalar el taburete que había al lado de su trono. Maerad negó tercamente con la cabeza, y casi de inmediato se le doblaron las piernas y se tambaleó hacia delante. Se encontró arrodillada delante de Arkan, agarrándose al estrado. Humillada, se levantó—. Resultaría más orgulloso sentarse que arrodillarse —dijo Arkan con frialdad.

Maerad se sentó en el suelo en el lugar en el que estaba.

—Entonces, me sentaré aquí —afirmó.

—Como deseas. —De repente Arkan parecía aburrido—. Bueno, Elednor de Edil-Amarandh, no te he traído aquí para debatir acerca de las virtudes o los defectos de unas cosas y otras.

—Y entonces, ¿por qué lo has hecho? —Maerad levantó la vista, la ira volvió a despertarse en su interior—. Yo no elegí venir aquí. Y quiero irme.

—¿Irte a dónde, Elednor de Edil-Amarandh? ¿De vuelta a la nieve, para darle el resto de tus dedos? La nieve siempre está hambrienta.

—Tengo... tengo cosas que hacer —respondió Maerad. Una desolación insoportable la inundó. «Quiero irme a casa», pensó, «pero no tengo ninguna casa a donde ir». Se le vino a la mente una imagen de Hem, volviéndose hacia ella con su vívida y pícara sonrisa, y la punzante sensación de lo mucho que lo echaba de menos llenó su cuerpo por completo. No quería continuar sentada durante más tiempo en el suelo de su salón del trono, siendo un juguete del Rey del Invierno.

—¿Qué cosas? Supongo que tienes asuntos con mi viejo conocido Sharma. Para él serás un sencillo bocado, me temo. —Arkan se echó a reír, y Maerad sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Sharma, el Sin Nombre—. Hay muchas cosas que tú no comprendes. No, te he traído aquí porque deseo hablar contigo. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

—¿Ah, sí? —Maerad se puso en pie: le temblaban las piernas, pero podía sostenerse—. No lo creo, Rey del Invierno. ¿Qué es lo que tienes que decirme que

pueda interesarme? ¿Por qué no te limitas a matarme? Probablemente le resolvería un montón de problemas a tu viejo conocido Sharma —escupió las palabras y se volvió para marcharse.

—Mi viejo conocido, mi viejo enemigo —dijo Arkan en voz baja—. Sharma me arrojó a los perros de la Luz, me traicionó. Hubo un tiempo en el que no carecía de encanto, para ser humano. Engañó a muchos que ahora tan solo recuerdan que me engañó a mí y prefieren no recordar que ellos también fueron estúpidos. Traicionó a todos los Elidhu. —Maerad se detuvo, la médula le hormigueaba, pero no se volvió—. Nos robó algo precioso —añadió Arkan—. Pero solo pudo utilizar la mitad, y la otra mitad está en tu poder. —Maerad dio media vuelta involuntariamente y se quedó mirando al Rey del Invierno, sorprendida—. Quiero que se me devuelva mi Canción —sentenció.

Se produjo un largo silencio.

—¿Cómo puedo saber que es tu Canción? —preguntó Maerad con frialdad—. Podría ser igualmente la Canción de Ardina. Ardina, que es tu enemiga.

—Ardina no es mi enemiga. La Canción es de los dos.

—No creo nada de lo que dices. —Maerad se volvió y salió del salón del trono, sin mirar atrás, y sintió que la sala se oscurecía momentáneamente, como si por fin hubiese conseguido alterar la calma de Arkan. Pero él no la volvió a llamar.

En la puerta se encontró a Gima. Por una vez, la anciana no dijo nada; parecía sobrecogida y agitada. Llevó a Maerad a su alcoba en silencio. Una vez allí, Maerad se sumergió agradecida en la cama. Había conseguido permanecer en pie para hacer el camino de vuelta, pero para ello había necesitado toda la voluntad que poseía.

«Un punto para mí», le murmuró a su lira. «Veinte para él, pero uno para mí».

Maerad soñó con Cadvan. Él no iba vestido con sus ropas de viaje habituales, sino como para asistir a un festival, con una larga capa rematada con bordados de plata y el broche de Lirigon brillándole en el pecho, y en el sueño Maerad había olvidado que estaba muerto. Estaba de pie ante una larga mesa cargada de comida del tipo que Maerad llevaba meses sin ver, comida annariense. Había panes frescos de centeno, de trigo y de linaza, ensaladas de lechuga, rábanos, champiñones y hierbas, carnes delicadamente asadas y en conserva, cuencos de fresas, pacharanes y grosellas, tartas rellenas de manzana y pera —cristalinas, cubiertas de miel y especias— y platos de dulces, manzanas de caramelo y castañas cubiertas de azúcar. En medio del banquete había unos altos decantadores de cristal llenos de succulentos vinos, que parecían joyas relucientes. A Maerad se le hizo la boca agua, y dio un paso hacia delante, ansiosa, para acercarse a la mesa, pero Cadvan la cogió del brazo, echándola hacia atrás.

—Tengo mucha hambre —se quejó.

—Elednor —dijo Cadvan, empleando su Nombre Verdadero por primera vez desde su proclamación—. Todo esto es tuyo. Solo tienes que cogerlo.

—Pero me estás deteniendo —repuso Maerad volviéndose hacia él sorprendida.

—No —respondió él—. Eres tú quien te estás deteniendo. —Y cuando volvió a mirarse el brazo, se dio cuenta de que él no la estaba agarrando.

«Oh», pensó, «tan solo me lo estaba imaginando...» pero entonces el sueño se disolvió transformándose en otros sueños que ya no recordó.

Cuando se despertó, durante un instante fue como si los últimos meses no hubieran ocurrido: Cadvan, Dernhil y Dharin estaban todavía vivos, y ella no era perseguida ni prisionera. Volvía a estar en Innail, una jovencita recién liberada de la esclavitud que saboreaba la libertad por primera vez. Se dio la vuelta, relajada, y abrió los ojos, pero en lugar de la luminosa ventana de su alcoba de Innail vio la translúcida piedra de luna de las paredes de Arkan-da. Parpadeó y acabó de despertarse frotándose los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, no vio la extraña pero hermosa alcoba a la que ya se había acostumbrado. El aire que respiraba resultaba terriblemente frío, y ante ella había un muro de piedra negra y desnuda en el que parpadeaba una lámpara de

petróleo, una mecha que flotaba en petróleo dentro de un cuenco de piedra. Se incorporó sobre un fino palé, cubierto de pieles, que estaba sobre el suelo helado. Parpadeó y las paredes titilaron como si no fuesen demasiado sustanciales, pero no se desvanecieron. Le dolía la mano izquierda, y bajó la vista: todavía le faltaban los dedos, pero en lugar de una cicatriz bien curada vio una herida en proceso de curación. La acarició y se estremeció, y mientras lo hacía vio asombrada que la herida se curaba ante sus ojos, y que la extraña iluminación que no procedía de ninguna fuente volvía. Cuando levantó la vista, la alcoba volvía a estar hecha de piedra de luna.

Intentó determinar lo que estaba sintiendo cuando había cambiado el cuarto, y entonces recordó su sueño. «Cadvan», pensó, «tal vez me esté hablando desde más allá de las Puertas. Pero en lugar de un banquete, pretende enseñarme la hambruna... típico». Las comisuras de los labios se le curvaron con ironía, pero en su interior sintió un repentino calor, como si ya no estuviera tan sola. Inmediatamente las paredes de piedra lunar se volvieron transparentes, como si estuviese mirando a través de ellas otra realidad.

«Estoy en una mazmorra», pensó maravillada. «Pero es una mazmorra encantada...».

Esta vez intentó forzar la otra visión. Quería ver si su lira, que había dejado al lado del arcón, estaba presente cuando la habitación cambiaba, o si se desvanecía. Pero ahora la sensación de estar soñando había desaparecido, y no pudo ver la realidad de su celda. Suspiró y finalmente, salió de la cama, movió los dedos de los pies sobre la cálida alfombra, dio un paso hacia la lira y la cogió.

«Elednor», pensó mientras volvía a la cama. «¿Cómo puede el Rey del Invierno saber mi nombre? ¿Es así cómo me embruja? ¿Es por eso por lo que mi poder se ha desvanecido de repente?». Cuanto más pensaba en ello, más segura estaba. Tal vez había sido aquello lo que había ocurrido en el paso de Gwalhaim, cuando los iriduguls los habían atacado a ella y a Cadvan, y ella no había sido capaz de unirse a él para luchar contra ellos. El Rey del Invierno ya llevaba mucho tiempo trabajando contra ella, en todo momento desde que había abandonado Thorold. O tal vez desde antes. Sin duda la había visto en el estanque que había en su salón del trono: Ardina había empleado un estanque para ver acontecimientos que ocurrían en lugares lejanos, y Cadvan había dicho que el Landrost, el Elidhu del que huía cuando se encontraron, tenía un estanque que empleaba para ver lo que deseaba. Pero ¿cómo lo había averiguado el Rey del Invierno? Las únicas personas que conocían su Nombre Verdadero eran Cadvan, Saliman y Nelac, y ella sabía que ninguno la traicionaría.

«Mi nombre estaba predicho», recordó de repente. Cualquier tonto que lea correctamente las profecías lo sabría. Un miedo helado se despertó en su corazón: ¿cómo iba a huir de Arkan si él sabía su Nombre Verdadero, si ejercía tal poder sobre ella que podía engañar a sus manos, a sus ojos, a su propia piel? E incluso si conseguía escapar de su fortaleza, ¿cómo iba a permanecer libre, cómo iba a

recuperar su poder completo, si él podía volver a quitárselo?

«No», se dijo. «No, no puede ser». Pero en su corazón sabía que era cierto. Cualquiera Bardo cuyo enemigo conociese su Nombre Verdadero estaba mutilado.

Se quedó sentada, descorazonada, durante un instante, con su lira en la mano. Pero aquel día había algo en su interior que era más fuerte; tal vez todavía le quedase en la mente algo del calor del sueño. Finalmente se irguió y se meneó. «Bueno», pensó, «probaré la lira, a ver qué pasa. Una canción para el Rey del Invierno, quizá. Tal vez su embrujo pueda convertir mi música herida en una verdadera canción». Le dio vueltas al asunto durante un rato, intentando adaptar la forma de coger el instrumento a los dedos que le faltaban, y tras cerrar los ojos, pasó la mano derecha por las cuerdas.

Instantáneamente se dio cuenta de lo que había sido incapaz de admitir ante sí misma: nunca podría volver a tocar su lira. Ya no podía utilizar la mano izquierda para puntear o bloquear las cuerdas para tocar acordes. El dolor de su pérdida parecía ir desde los dedos que le faltaban directamente a su corazón, y apoyó la frente sobre el instrumento mientras las notas morían convirtiéndose en silencio, y respiró el fragante aroma del aceite de almendras con el que la limpiaba. Pero entonces inspiró profundamente. «Bueno, tan solo tengo un dedo y medio y un pulgar», pensó, «pero tengo otras partes de la mano. Tal vez todavía pueda tocar un poco».

Volvió a erguirse y aquella vez probó con un acorde sencillito, que solamente necesitase el dedo índice y el pulgar. Este resonó por todo el cuarto y, cuando lo hizo, la piedra de luna se desvaneció y volvió a estar en una mazmorra. Miró hacia la lámpara de petróleo que había en la pared ante ella, y se percató de cómo se atenuaba y desaparecía a medida que el acorde moría en el aire. Entonces apretó los labios y lo intentó con otro acorde, más difícil. Con aquel fue más torpe, no acabó de conseguirlo de verdad. Pero el cuarto encantado se desvaneció igualmente.

Dejó la lira y se quedó pensando. Aquella tenía que ser su lira; ninguna lira ilusoria podría tener suficiente magia para enfrentarse al Rey del Invierno. Pero entonces ¿por qué se la había dado? ¿Esperaría que ella averiguase que disolvía su encantamiento? Volvió a intentar el acorde, y esta vez le salió bien. Ocurrió lo mismo. Pero cuando el embrujo desaparecía, la mano le dolía, y después de tres acordes se había arrancado las costras y ya estaba sangrando. Dejó el instrumento y se quedó mirándolo como si nunca lo hubiese visto.

Incluso aunque sabía que el Canto del Árbol estaba inscrito en su lira, comenzó a pensar que estaba más encantada de lo que se había dado cuenta nunca, más encantada incluso de lo que sabía el Rey del Invierno, o si no, ¿por qué otra razón le habría permitido él quedársela?

El Rey del Invierno no quería que ella muriese; sin el encantamiento, la mazmorra era sencillamente fría e incómoda. Había pasado más frío en su palé del Castro de Gilman sin enfermar. Pensó en su debilidad del día anterior, cuando estaba delante del Rey del Invierno. Su cuerpo todavía no era lo bastante fuerte para confiar

en él. Debía curarse y ponerse fuerte antes de pensar en escapar. El Rey del Invierno quería el Canto del Árbol y por alguna razón ella también era importante para él. Debía averiguar por qué. Debía averiguar todo lo que pudiese y después podría huir de él y volver a Annar.

Acababa de llegar a aquella conclusión cuando Gima entró con comida: una carne grasienta ahumada y después frita y una especie de puré de verduras sazonado con eneldo y leche de cabra agria. Sonrió a Gima por primera vez, y la anciana le devolvió la sonrisa. Se comió el plato con ganas. No osaba pensar cómo sería realmente —tal vez fuese alguna otra cosa, algo menos llamativo— pero estaba caliente y la sensación de solidez que le aportaba era tranquilizadora.

—Hoy comes bien —se alegró Gima—. Serás un pececillo gordito si sigues así.

—Está muy bueno —respondió Maerad—. ¿Lo has hecho tú?

—Oh, por favor, no —exclamó Gima, riendo por lo bajo—. El amo tiene suficientes cocineros en sus cocinas para mantenerme alejada de las ollas. Yo solo lo traigo.

—¿Cuántos cocineros? —preguntó Maerad.

—Oh, por lo menos cuarenta o cincuenta. Y más gente que hace las camas y limpia el palacio, y nos mantiene a salvo de los lobos y similares.

—Debe de ser un buen amo.

—Un buen amo. Oh, sí, es un buen amo. Todos lo queremos.

Maerad continuó charlando mientras comía y Gima se acomodó sobre el arcón, contenta de poder hablar. Gima le contó que el Palacio de Hielo era muy grande, más grande de lo que pudiese describir, con un número infinito de habitaciones, y que allí vivía mucha gente. Maerad charlaba mecánicamente, tirándole de la lengua a la anciana, que parecía aliviada por que por fin fuese amigable. Gima respondía con entusiasmo, hablando de sus sabañones y de cómo había entrado al servicio del Rey de Invierno. Maerad recordó el mapa que había en la sala del Gahal en Ossin: el Osidh Nak se ramificaba hacia el nordeste desde el Osidh Annova, donde se encontraban con el Osidh Elednor. Y si lo situaba correctamente, el paso de Loden hacia Annar debería de estar a unas ochenta leguas al sur de Arkan-da. Había un día de camino en cualquier dirección para salir de las montañas.

—Oh, pero es una dura caminata —explicó Gima, estremeciéndose ante el recuerdo—. A un lado hay unos abismos que hacen que se te pare el corazón, ¡y qué precipicios! Pero todo mereció la pena cuando llegué aquí.

—¿Por qué mereció la pena? —preguntó Maerad con curiosidad.

—Oh, ya has visto al amo —replicó Gima tranquila—. Todos trabajamos duro para él. Aquí todos somos felices, en este hermoso palacio.

«Más bien una horrible mazmorra», pensó Maerad, pero se guardó el pensamiento para sí. Cuanto más hablaba con Gima, más lo sentía por ella. Pero tal vez tuviese razón al ser feliz, incluso si su vida actual no era más que una poderosa ilusión; en su antigua vida había sido esclava y la habían casado cuando era más joven que Maerad

con un hombre que le pegaba. Le había parido tres hijos muertos. Después del tercero, él la echó de casa, diciendo que lo había maldecido, y hubiera muerto sola y sin hogar, si no se la hubieran llevado al servicio de Arkan.

Parecía que Maerad iba a volver a ver al Rey del Invierno, y dejó que Gima alborotase un rato a su alrededor, poniéndole la elegante túnica de pieles y cepillándole el cabello. Se sentía más preparada que el día anterior. Tenía las piernas mucho más fuertes, y tan solo se sentía cansada mientras caminaban por los largos pasadizos en dirección al salón del trono.

Como antes, Arkan estaba sentado en el extremo más alejado de la sala, pero aquella vez Gima, que temblaba visiblemente, se quedó en la puerta en lugar de entrar con Maerad. Esta se preguntó qué querría decir con eso de que amaba al Rey del Invierno, pues si mostraba alguna emoción en su presencia, era puro terror. «Tal vez el embrujo también funcione sobre los sentimientos», pensó, «de modo que el terror aparente ser amor». Se preguntó brevemente por qué ella no sentía miedo; tal vez Arkan no quisiera que estuviese asustada. «O tal vez» pensó con un destello de esperanza, «será porque en realidad yo no tengo miedo. Después de todo, soy en parte Elidhu».

Cuando llegó al estrado, miró a los ojos helados del Rey del Invierno.

—Saludos, Elednor —dijo. Aquella vez le pareció detectar un toque de burla cuando decía su nombre—. ¿Has dormido bien?

—He dormido tan bien como se podía esperar —respondió fríamente—. ¿Y tú?

—¿Yo? —Arkan la miró sin expresividad—. Yo no duermo.

De repente Maerad se preguntó qué sería el tiempo para un ente que no moría. «No puede ser lo mismo que es para mí, una línea recta que lleva a la oscuridad. ¿O será igual?», musitó, distraída. Tal vez será un río que serpentea y se ramifica en deltas que se van haciendo cada vez más anchos antes de sumergirse en un mar inmenso y sin límites. De repente se dio cuenta de que el Rey del Invierno estaba hablando y no había escuchado lo que había dicho.

—Lo siento —se disculpó—. Estaba... estaba pensando en otra cosa.

Arkan la miró con escepticismo.

—He dicho que quizás hoy deberías sentarte. ¿O conseguirás mantenerte derecha durante toda nuestra conversación?

Maerad lo valoró durante un instante.

—Me sentaré, gracias. —Se levantó el dobladillo de la túnica y dio un paso hacia el estrado, pasando cerca del Rey del Invierno para alcanzar el taburete negro que estaba al lado del trono. Se le puso la piel de gallina, como si pasase por delante de un chorro helado, pero no lo miró y se sentó.

—Eso resulta más sabio —opinó Arkan—. Los humanos sois tan... frágiles. —No era exactamente una amenaza, pero tras haber decidido que no quería morir, que quería escapar, Maerad casi sintió que su máscara de compostura se le caía.

—Lo somos —concluyó Maerad—. Pero eso no quiere decir que seamos débiles.

—Hizo una pausa—. ¿Cuándo conociste mi Nombre Verdadero?

—Yo sé los nombres de todo —alegó Arkan.

—Eso no es cierto —replicó Maerad, sin rencor, y después añadió, debido a un oscuro impulso—: Te aseguro que no conoces el nombre de mi hermano.

—¿Tu hermano? Sé su nombre, igual que conozco los nombres de tu madre y tu padre y todo lo demás de ti, más de lo que tú sabes de ti misma, Maerad de Pellinor, Elednor de Edil-Amarnadh —un escalofrío recorrió la médula de Maerad, pero no era algo del todo desagradable.

—¿Y cuál es el nombre que utiliza? —preguntó educadamente.

—Cai de Pellinor, por supuesto —repuso él.

—No, no es así —aseguró Maerad. Lo miró con desdén, y durante un instante a él le falló la mirada.

—Mientes —replicó.

—No miento —respondió ella—. Aunque alguien me llamó mentirosa, pero no sé a qué se refería.

Arkan se echó a reír, una risa grave y prolongada.

—¿Fue el sabio por el que viajaste tan lejos para consultarle? —preguntó por fin — ¿Y te llamó mentirosa? Ah, qué divertido.

—Entonces, ¿sabes a qué se refería? —Desde allí, Maerad podía mirar a Arkan a los ojos. Se daba cuenta de que él no estaba acostumbrado a miradas tan directas, y lo sentía como una ofensa, de la misma manera que sabía que no diría nada al respecto.

—Mentir no es lo mismo que no decir la verdad —dijo Arkan—. Los Elidhu no mentimos. ¿Por qué íbamos a mentir? Tan solo los humanos mienten, porque piensan que ese lenguaje puede proporcionarles otra realidad. Y entonces construyen esa realidad a partir de sus mentiras. ¿Es que todavía no has comprendido eso? ¿Por qué crees que Sharma es tal y como es? Él es el Gran Mentiroso, y su mentira casi se convierte en el mundo entero.

—Pero aun así era una mentira. —Maerad encontraba aquellas conversaciones desconcertantes; nunca parecían ir en la dirección que ella imaginaba—. Quería destruir la verdad.

—La verdad que quería destruir era la verdad que debía morir. Pocas veces me he encontrado con un ser humano que realmente quisiese desaparecer. Sharma consideraba que la muerte era un gran insulto, y envidiaba a los Elidhu porque no morimos. ¿Por qué crees que robó nuestra Canción? Pero incluso él, uno de los más grandes magos de la edad de oro de los Bardos, no pudo hacer que la verdad fuese tal y como él quería.

—De modo que deseaba destruir todas las verdades —añadió Maerad.

—No —contestó Arkan—. Conocía una verdad: el poder. Y el poder es la única cosa que comprenden los humanos.

—No, no lo es —repuso Maerad con terquedad—. Hay otras verdades más certeras. —Se quedó mirando a Arkan, pensando que por sus venas, si tenía,

seguramente corriese agua helada. ¿Cómo iba a comprender las verdades del amor, de la familia, de la sangre, del dolor y el anhelo imposibles de mitigar?

—Sé lo que piensas —afirmó Arkan. Se volvió hacia ella y su mirada penetró profundamente en Maerad, como una lanza de hielo—. ¿Qué amor? ¿Qué pena?

—No creo que sepas lo que son esas cosas —sentenció Maerad con dureza.

—Tú no tienes ni idea de lo que yo sé. —Su desprecio estaba al desnudo, y ella se estremeció—. Ningún ser humano sabe nada de la verdad. ¿Podrías coger la piedra más pequeña de un río y decirme la verdad acerca de ella? ¿Podrías contarme su historia de largas eras de agua, viento, hielo y fuego? No, para ti no será más que una piedrecita sobre tu mano, que tan solo tiene importancia porque la has cogido. Pero esa no es su verdad.

—¿Me conviertes eso en una mentirosa?

—Tal vez.

—Yo no reivindico nada —alegó Maerad, y súbitamente se sintió desamparada. Era cierto: no reivindicaba, ni podía reivindicar, nada—. Eso no explica por qué Inka-Reb dijo que era una mentirosa. Se refería a otra cosa. Si tú lo sabes todo, tal vez puedas explicar eso.

—No sé por qué el Cantante dijo que eras una mentirosa —respondió Arkan con indiferencia—. Yo creo que eres una mentirosa porque piensas que sabes qué es verdad. Piensas que sientes lo que es verdad. Pero todavía no sabes lo que sientes y sabes. Tú deseas y no tomas, amas y tienes demasiado miedo para sentir tu amor, te ocultas tu vanidad y mezquindad a ti misma, tienes miedo de mirar dentro de tu alma y ver lo que eres. Es por eso por lo que eres una mentira.

Aquello pinchó inesperadamente a Maerad, y miró a Arkan.

—No tienes derecho a decir esas cosas —replicó.

Él se encogió de hombros.

—Tú me has preguntado. Sabes lo suficiente para saber que digo la verdad.

Maerad se quedó mirando al salón del trono, en dirección al estanque. «Arkan tiene razón», pensó. «Es lo que quiere decir la gente cuando comentan lo joven que soy».

—¿Y si aprendo verdades? —preguntó por fin.

—Entonces serás una miserable —sentenció Arkan—. Así que ya ves, es fácil comprender por qué los humanos son así de mentirosos. —Parecía estar riéndose, y Maerad lo miró con aire desafiante.

—¿Por qué no iba a elegir un humano lo que es cierto? —preguntó.

Arkan le sostuvo la mirada, y después apartó la vista. Cuando lo hizo, el salón del trono pareció temblar, como si estuviera hecho de agua en vez de piedra, y su rostro parecía un doble rostro, como si se le hubiera caído la máscara. Reveló algo oscuro, frío y peligroso que hizo que Maerad sintiese miedo de verdad por primera vez. Entonces la máscara volvió, pero la impresión continuó, como una imagen fantasma de una luz brillante. El corazón se le empezó a acelerar. Ahora él ya no parecía ser tan

dual; su rostro era atractivo como antes, pero ahora tenía dimensión, profundidad, peso, oscuridad. De repente Maerad se sintió íntimamente perturbada.

—Solo he conocido a un humano que eligiese la verdad —explicó Arkan—. ¿Por qué iban a hacerlo? No viven suficiente tiempo para descubrir nada: son como copos de nieve, que mueren en el aire y desaparecen.

—Para ti parece ser así —alegó Maerad—. Pero nosotros percibimos el tiempo de una manera diferente a como lo percibes tú.

Un silencio se impuso entre ellos. Maerad pensaba en su mazmorra, que las ilusiones de él habían convertido en una lujosa alcoba. Tal vez el Rey del Invierno pensase que aquello era realmente lo que ella prefería y estaba siendo amable, según sus criterios.

—¿Por qué me has capturado? —preguntó por fin—. No sé nada del Canto del Árbol. Se me ha dicho que debo buscarlo, para que el Sin Nombre no triunfe en su nuevo alzamiento. Y me han dicho que tú te alías con él, y que te liberó de tu destierro. ¿Es eso cierto? —Hizo una pausa—. Y todavía no me has contado cómo sabes mi Nombre Verdadero.

—¡Demasiadas preguntas! Eres una impaciente —exclamó el Rey del Invierno—. No era difícil conocer tu Nombre Verdadero. Si realmente eres la Predestinada, entonces no podías tener otro nombre. Un fallo en los planes, ¿a que sí? Ya que cualquiera que esté atento a las señales y conozca la tradición sabrá tu nombre. Tus profetas eran previsores, pero no muy sabios. —Le sonrió y Maerad se estremeció: el Sin Nombre también sabía su Nombre Verdadero.

—¿Y es el Sin Nombre tu aliado?

La boca de Arkan se volvió más fina.

—Yo no lo llamaría aliado. Sí, es cierto: rompió mi destierro. No puedes comprender el terrible castigo que supone estar exiliado de mis montañas, mis rocas, mi lugar... Es algo que ningún humano puede comprender. Es no tener cuerpo, ni mente, ni hogar, ni vida. —Miró directamente a Maerad y ella sintió como si una puerta se hubiese abierto de repente, una desolación que la hizo tambalearse. Ella sabía lo que era estar sin hogar, sola y abandonada, sin familia, pero Arkan hablaba de algo diferente: milenios de exilio, de no ser. Parpadeó.

—De modo que debes tu gratitud al Sin Nombre —añadió.

—Yo no le debo nada. —El salón del trono parpadeó con una ira helada—. No seas tan estúpida. No te favorece.

—Entonces ¿qué quieres de mí?

—Ya te he dicho lo que quiero.

—Pero no lo tengo. —Maerad estudió su rostro, en busca de cualquier señal que le hiciese saber que él no creía lo que le decía.

—Por supuesto que sí. O tienes la mitad que Sharma desea. ¿Crees que soy idiota? —Maerad sintió su descontento; la sala se oscureció, como si una sombra hubiese caído sobre el estanque, y durante un brevísimo segundo el salón del trono se

volvió frío como el hielo—. No comprendes que eso no significa nada.

Para alarma de Maerad, el Rey del Invierno se puso en pie. Era muy alto, mucho más alto que un hombre. Salió del estrado y caminó hacia el estanque, moviéndose con la gracia fluida y predatoria de un lince de las nieves. Cuando llegó al estanque, se quedó allí de pie dándole la espalda, recortado en oscuro contra el brillo, y un halo de luz helada rodeaba su contorno.

—Para mí no significa nada —respondió Maerad furiosa—. No me resulta de ninguna utilidad. No sé lo que es y no sé cómo leerlo.

—¿Sabes dónde está? —exclamó Arkan.

Maerad se mordió el labio. Arkan la estaba engañando, confundiéndola con su charla acerca del exilio y lo correcto e incorrecto; estaba siendo poco ingeniosa. Acababa de admitir que tenía el Canto del Árbol.

—¿A qué te refieres con «dónde está»? —preguntó, intentando ganar tiempo.

Arkan se volvió violentamente, con el rostro oscuro de ira, caminó hacia Maerad a grandes zancadas y se quedó de pie ante ella.

—No juegues a esos juegucitos infantiles conmigo —replicó—. No me interesan tus mentiras; estás aquí porque deseo hablar contigo, y hablar de cualquier otra cosa que no sea la verdad es una pérdida de tiempo. Sé perfectamente que la mitad de mi Canción está escrita en tu lira.

A Maerad le dio un vuelco el corazón.

—Entonces ¿por qué no la coges sin más, y se la das al Sin Nombre? —le reprochó Maerad con amargura—. Y eso sería el final del amor y la verdad, y de todas esas cosas que tú dices que no existen, y después podrías cubrir la tierra entera de nieve y hielo. ¿No es eso lo que quieres?

—¿Es que has escuchado algo de lo que he dicho?

—No me creo nada de lo que me digas.

—Deberías. —Arkan agarró a Maerad del hombro, y ella se sobresaltó e intentó apartarse, pero no pudo: el frío la agujereaba hasta los huesos con una extraña emoción—. Tú y yo tenemos intereses en común.

Los ojos de Arkan echaban chispas, por algún tipo de intensidad que ella no comprendía, y la asustaba. Se apartó de él.

—Déjame —ordenó—. Me duele. —Él la liberó—. No lo entiendo —dijo Maerad apasionadamente, con su miedo transformándose en ira—. Has asesinado a mis más queridos amigos. —Un dolor se le instaló en la garganta—. Enviaste perros de tormenta e iriduguls para matarnos. Ordenaste a esos matones Jusacos que me capturasen, y me arrastraron durante cientos de leguas, medio muerta, atravesando las tierras del invierno. Soy tu prisionera, retenida aquí contra mi voluntad. Y ahora me dices que tenemos cosas en común. No tenemos nada en común.

Arkan volvió a sentarse en su trono, sin mirar hacia donde estaba Maerad, y se produjo un silencio que duró un tiempo. Maerad se frotó el hombro, en el lugar en el que la había tocado, intentando hacer que le volviese el calor. Finalmente, él se movió

y habló.

—No estoy acostumbrado a hablar con los que son como tú. No quiero que tengas miedo, y no deseo tu ira. Me arrepiento de tus penas.

—Hasta ahora todo lo que has hecho me ha colmado de pena, miedo e ira —dijo Maerad—. ¿Es que he de perdonar ahora esas cosas?

—Tu pena no me incluye a mí —replicó Arkan—. Es orgullosa y está llena de ira contra la muerte. Todos los que tú dices que están muertos... simplemente están en otro lugar. Hay otra pena, la pena de los que no tenemos muerte, que los humanos no comprenden.

—Excepto el Sin Nombre —dijo Maerad.

—Excepto Sharma. Pero él no lo comprende a la manera de los Elidhu. Para él la vida infinita es un tormento sin fin. Para nosotros no es así.

Se produjo otra pausa mientras Maerad intentaba aclararse los pensamientos. Recordó su promesa de escapar, su necesidad de descubrir qué sabía Arkan.

—Quieres una Canción que yo no comprendo y no puedo leer. Sabes que está escrita en mi lira, pero dices que no tiene ninguna utilidad para ti. Dices que sabes más de mí que yo misma, pero no me dices qué es lo que sabes. Si no tiene sentido que yo esté aquí, y no me quieres matar, ¿por qué no me dejas marchar?

—Hay algo que no sé —dijo Arkan.

—¿Y yo sí lo sé? —Maerad lo miró interrogante—. ¿Qué es lo que sé? Yo no sé nada.

—Saber y ser no son cosas tan diferentes —Arkan clavó una penetrante mirada en Maerad—. ¿No comprendes que tú eres parte del enigma?

—¿Parte de qué enigma? —preguntó Maerad con exasperación—. Pensaba que el enigma era el Canto del Árbol.

—Sí —dijo el Rey del Invierno—. Y tú eres parte del Canto del Árbol. Yo no seré libre a no ser que sea de tus manos.

Maerad miró a Arkan con incredulidad.

—¿Qué quieres decir? ¿Yo tengo que tocar la Canción?

—Se ha de liberar para devolverla. Tú eres quien toca, igual que quien canta y quien busca. ¿No sabías eso?

Maerad levantó su mano mutilada y la empujó bruscamente hacia el rostro de Arkan.

—Ahora ya no puedo tocar nada —exclamó apasionadamente—. No digamos una Canción que no comprendo. Estoy lisiada, ¿lo entiendes? Y no puedo leer igual que lo hacen los Bardos. Fui esclava durante toda mi vida. Pero incluso si no lo hubiera sido, incluso si fuese la más sabia de los sabios, seguiría sin poder leerla. Ni siquiera el más erudito de los Bardos puede leer esa caligrafía. —Maerad se detuvo, respirando con dificultad, y se quedó mirando a Arkan con amargura—. He fallado. Le he fallado a todos los que amo, a todos los que me amaban. Le he fallado a mi nombre y les he fallado a las profecías. Y ahora incluso te he fallado a ti. ¿Por qué no

me dejas marchar?

—¿Por qué deseas partir de aquí? Se está cómodo, ¿a que sí? Pero tal vez no sea suficiente para ti. Dime qué deseas, y haré lo pueda para proporcionártelo.

Maerad se detuvo y pensó. Deseaba su libertad, pero estaba claro que aquello era una cosa que Arkan no le daría.

—No me gusta estar encerrada en mi habitación —admitió en voz baja—. Me gustaría ver el palacio. Me gustaría salir al exterior.

—No puedes marcharte de aquí, Elednor de Edil-Amarandh. Creo que harías bien en recordar eso, en lugar de perder el tiempo en vanos intentos de escapar. —Cuando Arkan dijo su nombre, Maerad sintió como si hubiese tirado de una apretada correa en su mente, recordándole su poder sobre ella, pero esta vez percibió algo, una debilidad. Tal vez su control no fuese tan completo como él pensaba.

—¿Y cuánto tiempo tienes planeado tenerme aquí?

—Te quedarás tanto tiempo como te necesite. Mientras tú estés aquí, Sharma no puede cogerte: no tiene poder para retarme en mis propios dominios. No sabes cuánto desea encontrarte, ni lo afortunada que eres de que yo te haya encontrado primero. No puedes huir de los espías y siervos de Sharma; están en todas partes, y todos buscan una única cosa: a ti. No creas que no te encontrarán. Lo harán. —Maerad se estremeció al recordar las pesadillas en las que los Glumas la buscaban, el sueño premonitorio en el que la oscuridad intentaba encontrarla—. El Sin Nombre es cruel, yo no —añadió Arkan—. No se te permitiría escapar de la muerte: abriría la parte más secreta de tu mente, en carne viva, para su odio y maldad. No podrías ocultarte en ningún lugar. Tu existencia sería un tormento sin fin. No habría resistencia; te quebraría, y harías todo lo que él desease.

Maerad valoró aquello. Pensaba que Arkan probablemente estaba diciendo la verdad. Y parecía estar claro que el Rey del Invierno buscaba cumplir con sus propios intereses; le resultaba difícil creer que alguien tan arrogante consintiese en servir a otro. Lo estudió con desconfianza.

—Creía que Ardina y tú erais enemigos —afirmó por fin—. Y tú ahora dices que no lo sois.

Arkan hizo un gesto de desprecio con las manos.

—En las profundidades del tiempo hicimos diferentes guerras —explicó—. Las cosas cambian.

A Maerad se le vino a la cabeza un terrible pensamiento: ¿la habría entregado Ardina al Rey del Invierno? ¿Habría traicionado a Maerad? Pensó en Ardina, la hermosa y amoral Elidhu con la que se había encontrado por primera vez en el Bosque Grávido, la sabia y justa Reina de Rachida, la llameante Niña de la Luna. Ardina era una criatura con muchos rostros: Maerad no tenía ninguna razón para creer que no la hubiera traicionado. La idea la hizo sentirse miserable y se dio cuenta de que estaba agotada. Se miró las manos: le temblaban.

—Quiero volver a mi habitación —solicitó.

—Como desees —dijo Arkan—. Hablaremos cuando te vuelvas a despertar. Tienes la libertad del palacio, puedes pasearte por donde quieras.

Maerad bajó del estrado y caminó hacia la puerta del salón del trono sin decir nada más. En la puerta, se volvió y miró. El trono del rey estaba vacío.

De vuelta a su cuarto, Maerad se lanzó sobre la cama y se cubrió la cara para apagar la visión de la alcoba. Sus conversaciones con el Rey del Invierno parecían darle la vuelta a todo. ¿Qué era real y qué era una ilusión? Se sentía como si ya no supiese nada. Se irguió y se colocó las manos delante de los ojos. ¿Era una ilusión que su mano estuviese mutilada? Pero no, cuando había tocado la lira, continuaban faltándole los dedos: solo que entonces estaban tan bien curados. ¿O tal vez la herida también fuese una ilusión? ¿Cómo podía decirlo? De repente, se rascó la mano derecha, rabiosa, con el índice izquierdo, lo suficiente para hacerse sangre. Se le abrió una herida: pero mientras la miraba la piel se unió y se curó, y parecía como si nunca se hubiera rascado.

Por lo menos aquello no podía ser real.

Cogió su lira y tocó un acorde lentamente. Mientras las notas resonaban, vio cómo el arañazo se abría en su mano y la sangre le corría por la palma. Le escocía, y se lamió la sangre pensativamente hasta que la música se desvaneció y su mano volvió a estar entera como antes, en su hermosa prisión de hielo.

Cuanto más pensaba en ello, más creía que Arkan estaba siendo honesto con ella. No confiaba en él, pero creía lo que decía acerca del Sin Nombre y su historia de traición. Tal vez fuese el propio Arkan quien había revelado el Canto del Árbol al Sin Nombre. Deseaba con todas sus fuerzas saber más acerca de la historia de los Dhyllin, de la legendaria ciudadela de Afinil, cuando Bardos y Elidhu habían cantado juntos, antes del Gran Silencio. Entonces estaría más capacitada para juzgar su relato: sabría si él buscaba desencaminarla, o si pervertía la verdad para sus propios fines.

Ardían le había dicho que ella no pertenecía ni a la Oscuridad ni a la Luz. Arkan había dicho más o menos lo mismo. Los dos eran muy diferentes de otros Elidhu como el Lamedon, por lo que le habían contado. Luchó por recordar lo que Cadvan le había enseñado. Nadie sabía cuántos eran, y cuando el Gran Silencio había caído sobre Annar, se habían retirado de los asuntos humanos y ya no habían vuelto a tomar formas humanas. «Excepto», pensó, «Arkan y Ardina, que tenían dominios sobre los que gobernaban como rey y reina. Ardina lo había hecho por amor, o esa era la leyenda. Pero Arkan... ¿por qué lo había hecho? ¿También había sido por el amor de un ser humano? Tal vez». Rechazó la idea por ridícula casi en cuanto se le ocurrió, pero volvió a ella y se puso a darle vueltas, preguntándose si no sería quizás algo tan exagerado. «Puede que Arkan hubiese amado a Sharma, y tal vez este lo hubiese traicionado». El amor explicaría por qué Arkan hablaba del Sin Nombre con tal amargura y también, tal vez, por qué le había dado el Canto del Árbol. Si es que lo

había hecho. Después de todo, había muchas historias de amor entre humanos y Elementales. Pero el Canto del Árbol, se le ocurrió de repente, no pertenecía tan solo a Arkan. ¿Lo querría solo para él?

Maerad se sentía mareada. Se tumbó de espaldas y cerró los ojos.

Bajo todos aquellos pensamientos estaba la necesidad huir.

Fuese lo que fuese lo que Arkan quería de ella, no tenía ningún derecho a retenerla contra su voluntad. No tenía ninguna duda acerca de que él no exageraba los peligros de la Oscuridad en Annar: incluso la Luz había sido reclutada contra ella. Mas un instinto profundo, que iba más allá de su deseo de libertad, le decía que debía volver a Annar.

Hem la necesitaba; quizás él fuese la única persona que realmente la necesitaba —no como la encarnación de una profecía, no como la esperanza final de la Luz contra el Sin Nombre, sino como su hermana. Y Saliman podría ayudarla en su búsqueda, era un Bardo casi tan poderoso como Cadvan. Pero ¿cómo le sería posible encontrarlos? En aquel momento el caos de la guerra debía de estar por todas partes: tal vez Turbansk ya hubiese caído y Annar estuviese desgarrado por la guerra civil.

Arkan tenía confianza en que ella no podía escapar de él... tanta confianza que ella tenía pocas esperanzas. No quería pensar que sabía que ella había agujereado la ilusión de su palacio de hielo. Pero era posible que él estuviese jugando con ella: después de todo, él sabía que el Canto del Árbol estaba escrito en su lira, y tal vez supiese de su poder para romper el embrujo. Pero Maerad pensaba que no lo sabía, y que era mucho mejor que no lo supiera.

«Tal vez me subestima», pensó Maerad esperanzada. «En ese caso, soy un poco más libre: no me vigilará con tanta atención. Y si soy lo bastante cuidadosa, si soy lo bastante lista, tal vez encuentre una forma de salir de aquí».

Valoró durante un instante si sería capaz de ser lo bastante cuidadosa y lista para burlar al Rey del Invierno. Se sentía de alguna manera dudosa. «Pero», pensó, «tengo poco que perder por intentarlo». Cuando vivía en el Castro de Gilman había jugado a juegos privados para escapar de las miserias de su vida. Ahora la vida no era tan miserable: era más una rehén de honor que una esclava. Sería un juego, un juego en el que se jugaba mucho, un juego por su libertad, por su verdad.

Una idea golpeó a Maerad como un martillo, y se incorporó. Tal vez Arkan pudiese leer las runas de su lira.

¿Podría arriesgarse a enseñarle la lira a Arkan y preguntarle? ¿Podría arriesgarse a no hacerlo? Si había sido Arkan quien le había dado la Canción al Sin Nombre, podría haber tomado parte en la confección de las runas. Tal vez comprendiese lo que significaban. Quizá fuera su única oportunidad de descifrarlas.

Maerad volvió a tumbarse. Estaba tan cansada... Intentó ponderar los riesgos de llevarle la lira a Arkan contra las posibles ganancias, pero el sueño borró su mente antes de que tomase cualquier decisión.

Se despertó sabiendo que había soñado, pero sin recuerdos de sus sueños. Volvía

a sentir su alma más calmada, como si dormir le hubiera aportado un respiro. Abrió los ojos y vio que las paredes eran las paredes de roca de una mazmorra. Se frotó los ojos y la mazmorra titiló y se desvaneció, y en poco tiempo su cómoda alcoba había vuelto.

Tal vez... tal vez hubiese una forma de salir.

Se le ocurrió que no tenía ni idea del tiempo que había pasado desde que estaba en Arkan-da. En su habitación no había ventanas, y la luz, por donde caminase, era siempre la misma iluminación suave. Siempre parecía ser de noche, y había perdido la percepción física del tiempo: comía cuando le daban de comer, se levantaba cuando se despertaba, dormía cuando estaba cansada, sin tener ni idea de si era por la mañana, tarde o noche. Era desconcertante. También se le ocurrió que aunque Gima había dicho que en Arkan-da vivían cientos de personas, Maerad no había visto a nadie excepto a Gima y al Rey del Invierno. Ni tan siquiera había guardas en las puertas de su salón del trono.

Su pregunta se respondió sola mientras dormía. La llevaría la lira al Rey del Invierno. Tendría que ser cautelosa, y tener cuidado de no revelar que veía a través de los encantamientos de su fortaleza. Pero parecía la mejor oportunidad que tenía de leer las runas. Era posible que, incluso si él podía leerlas, no le dijese lo que significaban; aunque si él deseaba que ella le tocara la Canción, seguramente él no podría ocultarle el significado.

Aquel día Gima la llevó a un cuarto de baño y pudo lavarse. El agua caliente, humeante, caía en una cascada constante desde un caño tallado en forma de boca de pez, y quedaba atrapada en una profunda y estrecha bañera de piedra. Para sentarse en su interior tenía que encoger las rodillas hasta el pecho; el agua le llegaba hasta los hombros. Se dio cuenta con pesar de que no había jabón ni aceite de lavanda, pero no había escasez de agua caliente. Mientras el agua espumeaba alrededor de su cuello, se preguntó si aquello sería real o no. Tal vez en realidad estuviese sentada en un estanque congelado, o tal vez ni siquiera hubiese agua. Maerad decidió que no quería saberlo. Si no, no disfrutaría del baño.

Tras un largo rato salió, con la piel rosa y humeante, y se puso las ropas limpias que Gima le había dado. Eran muy cálidas; tenía una ropa interior de lana finamente hilada y varias capas de vestimentas de lana antes de ponerse la túnica forrada en piel. «Si son lo que parecen», pensó, «no son para nada poco prácticas; no moriré de frío si huyo». Cuando volvió a su alcoba, tocó unos cuantos acordes en la lira y se quedó sorprendida al ver que sus ropas continuaban igual, pese a que los colores eran menos elegantes.

«Probablemente no quiera que me congele hasta morirme en mi mazmorra», pensó. Se sintió animada por su descubrimiento, y volvió a inspeccionar su hatillo. Su capa estaba doblada, y le habían lavado las mudas. No sabía dónde estaría el cálido abrigo que le había dado Dharin, lo necesitaría. Si tenía libertad para moverse por el palacio, quizá pudiese encontrarlo, o por lo menos un abrigo que fuese lo bastante

cálido para protegerla del clima.

Sacó el libro de poemas de Dernhil y lo desenvolvió con mucho cuidado del hule. Era un libro pequeño, no mucho más grande que su mano, con la cubierta de piel de becerro y cada página exquisitamente iluminada con tintas brillantes y pan de oro. El libro quedó abierto por un poema sin título. En la página frontal había un dibujo detallado de un paisaje, con un río de plata serpenteaba por unos campos verdes hacia unas montañas que parecían fantasmales en la distancia. En primer plano aparecía una mujer sentada tocando una flauta, con la cabeza inclinada de concentración. Se parecía mucho, y seguramente lo fuese, a algún lugar en el valle de Innail, y Maerad sintió un súbito pinchazo de melancolía por sus dulces paisajes verdes, tan diferentes de la ruda belleza del norte. En su imaginación vio a Silvia, solemne, alegre y hermosa al mismo tiempo, volviéndose hacia ella con su rostro lleno de luz, los labios abiertos por lo que estaba a punto de ofrecer: una canción, una broma, un beso.

Maerad comenzó a leer el poema en silencio, moviendo los labios mientras lo hacía, mientras leía escuchaba mentalmente la cadencia de la voz de Dernhil leyéndoselo, en otra época de su vida, en sus aposentos en Innail:

*El aliento del cielo se burla de mis labios
con un único pétalo caído del firmamento:
mi amor eres tú, ese único pétalo.*

*La gacela alza la vista desde el estanque
cegada por una chispa del resplandor de la Luz:
mi amor eres tú, esa única chispa.*

*El pavo real chilla en el jardín vacío
se alza eclipsando el recuerdo de una lágrima:
mi amor eres tú, esa única lágrima.*

*¡Oh, pétalo que es mi jardín del deleite!
¡Oh, chispa que es la conflagración de mi corazón!
¡Oh, lágrima que es mi crecido océano de pena!*

Una astilla helada pareció fundirse en el corazón de Maerad mientras leía y levantó la vista de las páginas con los ojos llenos de lágrimas, Dernhil nunca volvería a leerle aquel poema a nadie, nunca volvería a sentarse en su estudio con la capa arrojada con descuido sobre una silla cercana, rodeado de torres de libros tambaleándose, ajeno a todo excepto al roce de su pluma sobre el pergamino. «Sí, somos frágiles», pensó Maerad, «pero dentro de esa fragilidad hay tal fuerza y belleza, tal amor... Seguro que todo eso no es en vano. Seguro que significa algo, incluso aunque la oscuridad nos abrume por completo».

La pena la inundó por dentro, y se ocultó el rostro entre las manos. No era capaz de recordar la última vez que había llorado. No había sido capaz de llorar la muerte de Dharin. La desesperación le había marchitado el alma: se había sentido demasiado herida para una generosidad tal como las lágrimas. Por fin lo lloró, su dulzura, su coraje, su amistad, la herida que su ausencia le había dejado en su interior. Lloró por Dernhil y Cadvan, por Darsor, por Imi, por Hem y su infancia rota, por su madre y su padre, cruelmente asesinados, y por último lloró por sí misma. Y mientras lloraba sentía como si todos aquellos a los que había amado y echado de menos, los muertos y los vivos, estuviesen de alguna manera presentes, y en su pena había un doloroso consuelo.

Finalmente sus lágrimas cesaron. Parpadeó, frotándose los ojos, y vio que estaba en la mazmorra, no en la habitación encantada. Hacía frío, se envolvió bien en sus ropas y volvió a mirar el libro. Sus colores parecían aún más brillantes bajo la luz tenue y parpadeante de la lámpara de petróleo.

«Soy libre», pensó Maerad. «Estoy aquí, encarcelada, pero por fin soy libre».



Maerad decidió tomarle la palabra a Arkan y, ya que Gima no volvió a su alcoba aquel día, comenzó a explorar el Palacio de Hielo. Su alcoba de piedra de luna había vuelto, pero ahora tenía una sensación de irrealidad, como si fuese ligeramente menos estable de lo que era antes. Se preocupó por recordar el recorrido; no quería perderse. Decidió emplear un sistema métrico, como si estuviese recordando una compleja pieza musical, para poder encontrar el camino de vuelta. Nadie la detuvo, allí no había nadie para hacerlo. No vio a ninguna otra persona.

Arkan-da era un lugar extraño y desierto. Parecía ser un lugar muy activo, donde la gente vivía, hacía cosas y comía, pero caminase por donde caminase Maerad, parecía que los demás hubiesen abandonado sus tareas y se hubiesen marchado justo antes de que ella llegase. Había infinitos pasillos con muchísimas puertas y cuando levantó las cortinas que cubrían el hueco de las puertas, vio una desconcertante variedad de salas. Algunas parecían ser dormitorios, sencillos aunque hermosamente amueblados, con pertenencias personales esparcidas sobre la cama o el suelo, como si alguien acabase de salir en aquel momento. Vio un lugar que parecía ser una cocina, con instrumentos de hierro negro que colgaban del techo y una marmita del mismo material suspendida sobre un trípode encima del fuego, pero allí no había nadie.

Había muchos salones grandes con pilares de hierro y piedra, tan grandes que las columnas se extendían por una larga distancia, y despensas con estantes llenos de comida seca o ahumada, trozos de carne o largas salchichas o cebollas, y vio armerías en las que había hileras de picas, mazas y extraños yelmos de cuero.

En todo momento buscaba una salida o una ventana, pero no la encontró hasta que entró en un alto y ancho pasadizo sostenido por pilares de hierro. Estaba a punto de volverse para buscar el camino de vuelta a su cuarto cuando una diferencia en la luz al otro extremo la hizo volver a mirar. Aunque ya comenzaban a dolerle las piernas, se obligó a ir hasta allí, y cuando lo hizo, descubrió que había encontrado una puerta. Y la puerta estaba abierta.

El pasadizo estaba tan desierto como lo estaba el resto del palacio, así que nadie le impidió que pusiese el pie en el exterior. El aire estaba congelado, pero muy quieto. Y el alivio de saber qué momento del día era, el deleite de ver las estrellas, de caminar sobre la nieve, hizo que las lágrimas le escociesen en los ojos.

El cielo estaba despejado, las estrellas esparcidas en un gran contraste bailante sobre un campo azul oscuro. Entornó los ojos para ver en la oscuridad. Ante ella brillaba una larga pendiente cubierta de nieve, que discurría entre dos escarpadas paredes de roca que se encontraban más adelante formando el elevado arco negro. Estaba segura de que el arco era el que ella recordaba haber cruzado cuando había llegado a Arkan-da. Pero no recordaba haber visto ningún palacio tras él, ni nada en absoluto, aparte de más montañas. Miró tras ella, y vio que ningún palacio se alzaba a sus espaldas: estaba de pie ante la boca abierta de una gran cueva, y sobre ella se extendía el escarpado precipicio del lateral de una montaña. Bajo el arco había un sendero que continuaba un trozo antes de unirse a una carretera que se bifurcaba rodeando el lateral de la montaña. Un camino iba hacia el norte y otro hacia el sur, ¿pero cuál era cuál?

De repente el aullido de un lobo desgarró el silencio. Maerad se sobresaltó al recordar a los lobos de la cueva de Inka-Reb y a los lobos que pensaba haber visto cuando los Jusacos la transportaban por todo Zmarkan. En su imaginación vio de nuevo la belleza salvaje de Garra. Se dio cuenta de que ya no les tenía miedo a los perros, tal vez ni siquiera a los lobos. Y entonces, con una punzada, pensó: «son libres, y cantan su propia canción». Escuchó hasta que el extraño ulular murió en la quietud de la noche.

Maerad se quedó allí de pie durante tanto tiempo como pudo soportar el frío, respirando el aire fresco con sensación de regocijo. Ahora su huida del Palacio de Hielo parecía posible: había encontrado una manera. Suspiró de pura felicidad.

—Las montañas son muy hermosas, ¿verdad, Elednor de Edil-Amarandh? —exclamó el Rey del Invierno por encima de su hombro. Maerad pegó un respingo y se volvió. Arkan estaba de pie justo detrás de ella—. Estabas pensando, no hay duda, en lo fácil que sería salir de Arkan-da —continuó.

—¿Qué me detendría? —pregunto Maerad al comprender que no había ninguna razón para disimular—. La carretera está justo ahí.

—Podrías intentarlo —dijo Arkan tranquilamente—. Creo que te resultaría interesante. Si has mirado este arco durante el tiempo suficiente, habrás visto que ni tan siquiera los pájaros lo sobrevuelan.

—Recuerdo haber pasado bajo ese arco —contradijo Maerad—. Pero nada más. Y seguramente me congelaría hasta la muerte ahí fuera antes de que alguien me encontrase, si volviese a desvanecerme.

—No temas —añadió Arkan—. Yo siempre sé dónde estás.

Maerad se dio cuenta incómoda de que aquello era cierto, y de que Arkan había seguido su vagar por el palacio aquel día.

—Me gustaría volver a salir aquí fuera —pidió—. Me gusta ver las estrellas y respirar el viento. Me resulta difícil vivir sin ventanas. Echo de menos el cielo.

—No hay nada de malo en eso —respondió Arkan—. Y ¿qué te ha parecido mi palacio?

—Es muy hermoso —reconoció Maerad sinceramente—. Pero extraño. No he visto a ninguna persona en todo el día. Gima me dijo que aquí vivían cientos de personas, pero yo no he visto a nadie.

—¿Es que eso te desconcierta? Se les ha dicho que te eviten, por miedo a que te asustes. Pero estás temblando, tal vez debamos volver adentro. —Arkan se volvió, ofreciéndole cortésmente el brazo a Maerad, como si estuviesen en un salón de Annar, a punto de entrar a un banquete, más que en el lado sombrío de una montaña. Ella dudó y después lo tomó del brazo. Cuando lo hizo sintió un frío entumecedor en la mano, y caminaron al interior. Inmediatamente hizo más calor, y Maerad miró la longitud de las blancas paredes de hielo con sus hileras de pilares de hierro.

«Hermoso», pensó, «pero muy austero; aquí todo es de hielo y hierro. Tal vez el Rey del Invierno no sea capaz de imaginar nada más».

—Hoy he estado recordando Innail —empezó a entablar una conversación—. Fue la primera Escuela que vi... bueno, aparte de Pellinor, que no recuerdo muy bien. Es un lugar encantador.

—Nunca he estado allí, pese a que la he visto en mi imaginación —dijo Arkan—. Sí, tiene una cierta belleza.

—Echo de menos el verde. Campos verdes, árboles verdes, flores...

—Un verde así se marchita y muere —replicó Arkan. Soltó la mano de Maerad y señaló hacia una hornacina tallada en la piedra negra pulida—. Mira esto.

Maerad vio, conteniendo un grito de asombro, que la hornacina albergaba un gran diamante perfecto, casi de su estatura; era mucho más grande que el cristal de la Llama Blanca de Norloch, y era incomparablemente hermoso. La luz se quebraba sobre sus caras dando lugar a todos los colores, y mientras lo miraba se sintió casi hipnotizada, como si pudiese caer en su brillante laberinto y no volver a encontrar el camino de salida nunca más.

—Esto es mejor que tu verde —continuó Arkan—. No morirá.

—Solamente porque no está vivo —dijo Maerad, apartándose con dificultad de la fascinación que ejercía el diamante. Miró hacia el rostro de Arkan, sintiendo como el asombro crecía en su interior ante lo extraño de su conversación. Arkan le parecía diferente desde que había visto la sombra de su ser salvaje; cuando le había conocido le había parecido guapo, pero, frío y de alguna forma repugnante. Ahora percibía su vitalidad, una energía como una tormenta que hacía que le cosquillease la piel.

—Yo vivo —dijo Arkan con una peculiar arrogancia mientras caminaban—. Y no muero El viento vive, la nieve vive, el hielo vive, las montañas viven. La roca y el hielo tienen sus propias voces, sus propias vidas, su propio aliento, su propio pulso. ¿Les niegas eso?

—No —repuso Maerad, incapaz de ocultar la tristeza que había en su voz—. Pero me gustan las flores.

—Yo te haré flores si las deseas.

—Serán flores de hielo. Hermosas, pero frías. No sería lo mismo. Pero gracias.

Continuaron caminando en silencio durante un tiempo, atravesando los hermosos pasillos sin fin, y a su pesar Maerad descubrió que admiraba las bellezas de Arkan-da con una mirada diferente. Le pareció que el diseño de los pilares había cambiado sutilmente, vio flores en ellos, todas de seis pétalos, pero infinitamente variadas y complicadas. Era consciente en todo momento de la presencia del hombre que avanzaba tras ella, aunque no lo miró.

—¿Por qué deseas complacerme? —preguntó, y rompió con ello el silencio—. Podrías tranquilamente arrojarme a una oscura mazmorra. ¿Cuál sería la diferencia para ti?

—Es mejor si no me odias ni me temes —dijo Arkan—. La Canción no puede estar hecha de odio y miedo. Eso fue lo Sharma no consiguió comprender.

—Entonces, ¿qué se necesita para hacer la Canción?

—¿No lo sabes? —preguntó Arkan volviéndose y mirándola directamente a la cara. A Maered se le detuvo el corazón, bajó la vista hacia el suelo y se miró los pies. No quería responder.

—Amor —dijo Arkan por fin—. El amor es lo que se necesita para hacer la Canción. El amor es la razón por la que la oscuridad floreció en luz. El amor es la razón por la que la Tierra habló y se convirtió en Elidhu.

Maered se ruborizó y no se atrevió a encontrarse con la mirada del Rey de Invierno. Era la primera vez que se dirigía ella con tanta familiaridad, y la intimidad desataba una resonancia en las profundidades de su ser. Se sentía sacudida por un repentino deseo, como un árbol que se llena de una luz salvaje cuando lo toca una tormenta.

«¿Qué sabré yo del amor?» se preguntó. «Y ahora este hombre, este Elidhu, esta criatura de hielo, tormenta y piedra, ¿pretende enseñarme?». Y después, con miedo, se preguntó si estaría confundiendo sus sentimientos, manipulándola a ella igual que manipulaba las percepciones de Gima.

Esperó hasta que el latir salvaje de su corazón se hubo calmado, y después se volvió al Rey del Invierno, con cuidado de no descubrir nada de lo que sentía.

—¿Fue por amor por lo que se perdió la Canción? —preguntó descaradamente.

Arican evitó su mirada, con un rastro de amargura.

—Tal vez —dijo.

—¿Y es por eso por lo que la Canción se partió en dos?

—Tan solo puede cantarse con amor. Y el amor no puede ser robado ni fingido. —Le dirigió una rápida y penetrante mirada, y Maerad se sintió temblar—. Tan solo puede darse.

«Y aun así me mantiene prisionera», pensó Maerad evitando su mirada. «Hipócrita». Pero bajo su confusión sabía el vuelco que se había producido en su interior no había sido ordenado por el Rey del Invierno.

Maerad se quedó en silencio durante un buen rato después de aquello, mientras volvían a entrar en el corazón de la montaña a través del Palacio de Hielo. Se sentía

al mismo tiempo preocupada y confundida, y extrañamente jubilosa. Estaba bastante segura de que cuando Arkan hablaba de amor, se refería a algo diferente de lo que ella entendía que era amor humano, y ella tampoco sabía qué hacer con el deseo que de repente ardía en su interior, un deseo que nunca se había permitido sentir. Una parte de ella, la parte Elemental, le pareció, se agitaba en respuesta. «¿Por qué ahora?» se gritó a sí misma, exasperada. Y persistía, asintiendo mientras Arkan señalaba alguna nueva belleza de su palacio, consciente, agónica, de los momentos en los que le tocaba el brazo, se acercaba a ella, su ropa rozaba la suya.

Pensó en Cadvan, en Dernhil, en Dharin, en Hem. «No puedo quedarme aquí», pensó. «No debo...» inspiró profundamente.

—No puedo tocar una Canción que no sé leer —admitió—. Incluso aunque todavía tuviese los dedos. ¿Tú podrías leer las runas que hay en mi lira?

Arkan se volvió y la miró pensativo.

—¿Me las enseñarías?

Maerad reflexionó acerca de que sin duda Arkan podía mirar las runas, sin su permiso, en cualquier momento que quisiera.

—Mañana traeré mi lira. —«Sea cuando sea mañana», pensó, «en su tiempo sin días»—. Tal vez tú puedas ayudarme a comprenderlas.

—Tal vez —respondió Arkan—. Bueno, ya estamos en tu alcoba. Buenos días, Elednor de Edil-Amarandh. —Hizo una reverencia y entonces su contorno comenzó a brillar con una intensa luz, que se volvió tan brillante que Maerad parpadeó. Cuando volvió a mirar había desaparecido.

De vuelta en su alcoba, Maerad se puso a caminar sin descanso de un extremo a otro del cuarto. Las paredes de piedra de luna antes le habían parecido transparentes, menos sustanciales; ahora parecían más sólidas y reales. Maerad se quedó mirando las paredes brillantes con desesperación.

«¿Voy a traicionar a mi propio corazón?», pensó. Eso es lo que Arkan desea. Finalmente, se sentó en la cama y cogió la lira. Comenzó a rasguear una sencilla canción utilizando los dos o tres acordes que podía tocar sin dificultad. La luz cambió cuando levantó la vista; para su intenso alivio, vio que las paredes habían vuelto a desvanecerse, revelando su rocosa mazmorra.

Continuó tocando, en busca de consuelo en su música, aunque las costras de la mano izquierda se le levantaron y comenzaron a sangrar. Dejó la lira y rebuscó en su hatillo hasta que encontró el bálsamo curador. Quedaba poco, y se lo untó en la mano hasta que el escozor se le atenuó ligeramente, y entonces volvió a la lira. Tocó una balada que había cantado con Cadvan; los acordes eran fáciles, si no punteaba la melodía. Era la balada de Andomian y Beruldh, una canción corta que introducía una larga leyenda. Maerad cantó la vieja historia del encarcelamiento y muerte de Beruldh en la fortaleza del hechicero Karak, del amor que esta había sentido por sus hermanos, del amor que Andomian sentía hacia ella, con un nuevo sentimiento; era como si nunca la hubiese cantado correctamente, como si en realidad nunca hubiera

sabido qué significaba. Tal vez Cadvan hubiera adivinado que de alguna manera presagiaba su propio destino, aquella tarde hacia tanto tiempo, cuando la había cantado en un bosquecillo de abedules llamado Irihel, justo después de haber salido del Castro de Gilman. Vio su rostro serio y oscuro en su imaginación y se volvió a dar cuenta, con una angustia que no disminuía, de lo mucho que lo echaba de menos.

«He de marcharme de aquí pronto, o el Rey del Invierno me alterará por completo», pensó mientras volvía a dejar la lira cuidadosamente en su estuche. «Soy Elidhu, y Bardo, y también Pilanel —y cada parte de mí tira en una dirección diferente—. ¿Cómo voy a averiguar cuál soy yo? ¿Podré alguna vez ser completa y verdadera conmigo misma? Y de todas maneras, ¿cómo voy a marcharme? Arkan está muy seguro de que no puedo. Tal vez tenga razón».

Una parte de ella saltó de alegría ante la idea, pero se enfrentó severamente a sus sentimientos, examinándolos con tanta neutralidad como podía, sin juzgarlos ni rechazarlos. «Así que», se dijo a sí misma con firmeza, «he descubierto que deseo al Rey del Invierno. Eso no significa que vaya a permitirle que me encarcele. Si soy Elemental, yo también soy un ser salvaje, al que no se puede enjaular ni atar: soy como los lobos en las montañas, y he de cantar mi propia canción. Él debe saber eso. No puede mantenerme aquí a no ser que yo desee quedarme».

Vio el rostro delgado de Hem ante ella, sus ojos azul oscuro angustiados por profundas sombras. «Debo encontrar a Hem», pensó apasionadamente. «Él es todo lo que me queda. Y él me necesita, más que ninguna otra persona en el mundo». Un doloroso amor llenó su cuerpo, un dolor dulce e imposible de aliviar que se filtraba a través de ella desde la misma médula de los huesos. «Hem, mi hermano...».

Con un estremecimiento sintió que la magia comenzaba a correr por sus venas, una feroz iluminación que se le extendía desde el corazón hasta la planta de los pies, las puntas de los dedos y la coronilla del cráneo. Había olvidado cómo era sentir aquel poder: parecía que hacía tanto tiempo desde la última vez que había vivido en su interior, libre y sin atenuaciones. Ahora hacía semanas que se había resignado a su ausencia. Se miró las manos con asombro y alivio: brillaban con una luz mágica de plata. Vio que su mano izquierda tenía ahora cinco dedos de luz: en su poder estaba entera, sin mutilar.

Lentamente, de mala gana, dejó que la luz se atenuase. «Debo escudarme», pensó. «El Rey del Invierno no ha de saberlo. Pero ¿cómo no va a sentir él la fuente de su poder nativo?». Se preguntó si, al haber retornado su magia, podría ahora hacerse invisible. No podía ser un conjuro destellante: tendría que ser algo más profundo. Se retrajo en sí misma y se concentró.

Las paredes de piedra de luna se tambalearon y desaparecieron.

Maerad liberó el conjuro inmediatamente, y el cuarto encantado reapareció. Después se escudó, temiendo que Arkan supiese ya que su magia había vuelto. Necesitaba saber más, necesitaba saber los límites de la sabiduría y el poder del Rey del Invierno. Pues él no lo sabía todo, y en lo más profundo de su ser, estaba segura

de que su poder no era absoluto.

«Mañana», pensó, «caminaré hasta la puerta y volveré a ver el cielo».

Maerad se despertó de un alterado sueño y se quedó tumbada en la cama, aguzando el oído. El palacio estaba en silencio, como siempre. No escuchaba pasos resonando sobre la piedra en la distancia, ningún murmullo de una conversación, ningún ajeteo ni actividad. Al lado de su cama había un cuenco lleno de unas gachas calientes, que todavía humeaban. No había oído entrar a nadie, pero escuchó unos pasos que se retiraban, con una ligera cojera: los pasos de Gima.

«Aquí no hay nadie», pensó. «Nunca ha habido nadie, excepto Arkan, Gima y yo. Todo es una ilusión. El Rey del Invierno es la montaña, y la montaña es el Rey del Invierno. Estoy atrapada en su mente».

Salió de la cama, se vistió y se comió las gachas con ganas. Después retomó su camino atravesando pasillos sin fin, recordando el camino del día anterior, contándolo como si fuese una pieza de música. No cometió ningún error, y fue directamente a la puerta principal. Era de día. Un sol pálido y brillante la golpeó desde la nieve, cegándola durante unos instantes. Se hizo sombra con las manos sobre la frente, esperando a que sus ojos se adaptasen, y respiró el aire frío.

Ahora veía el paisaje de montaña, pendientes cubiertas de nieve que se alzaban hasta escarpados pináculos de roca gris, tan solo interrumpidos por pinos y abetos. Estudió el sol, orientándose; un momento después estaba segura de que la carretera del sur discurría a lo largo de la montaña del Rey del Invierno. La cordillera Trukuch no parecía tan dura como el Osidh Elednor. Tal vez pudiese recorrer la anchura de la cordillera en un día, si Gima tenía razón y Arkan-da estaba en el centro de las montañas.

Caminó por la nieve hasta el arco negro y lo examinó con cautela, con cuidado de no pisar bajo él. Emanaba un poder que hizo que se le pusieran los pelos de punta. Mientras mantenía su magia escudada con mucho cuidado, probó a medirlo mentalmente, intentando decidir si podría atravesarlo utilizando sus propios poderes. Se preguntó si la lira podría ayudar, ya que parecía disolver las ilusiones de Arkan, pero no pudo llegar a ninguna conclusión. «Y si lo intento y no lo consigo, no tendré una segunda oportunidad», pensó. «Así que parece que tendré que intentarlo a ciegas. Y después, ¿qué? Si consigo escapar, él enviará a las criaturas heladas en mi persecución. Podría venir él en persona. Y acabaré congelándome hasta la muerte en la ladera de la montaña. Si tuviese que hacer una apuesta, no me jugaría nada a mi favor».

Aquella idea la animó de un modo perverso, y se volvió con la intención de caminar de vuelta a la boca de la cueva, la puerta del Palacio de Hielo, medio temiendo, medio deseando, encontrarse al Rey del Invierno esperando tras ella. Allí no había nadie, pero un cosquilleo premonitorio la hizo volver a mirar atrás.

En lo alto de una pendiente más allá del arco había un enorme lobo blanco, que la miraba con sus ojos amarillos.

Maerad le devolvió la mirada. El lobo no parecía amenazador, pero daba la impresión de estar esperando algo. «¿A mí?», pensó, y casi se echa a reír.

Sí, dijo el lobo en el interior de su mente, *estoy esperándote*.

Maerad se quedó sin habla de la sorpresa, y se limitó a mirarlo fijamente.

No hables, advirtió el lobo. *Te oirían. Escucha. Recuerda. Tres lenguas son tres nombres*.

El lobo se marchó corriendo sin esperar una reacción, desvaneciéndose rápidamente sobre la pendiente, y Maerad negó con la cabeza. La nieve que había pisado estaba intacta, no había huellas. ¿Habría sido otra ilusión? ¿O algún tipo de semi-hombre? ¿O sería sencillamente que estaba perdiendo la cabeza?

«Es bastante posible que me esté volviendo loca» pensó Maerad.

«Tres lenguas son tres nombres».

Se detuvo en seco al darse cuenta de lo que quería decir el lobo.

Tres lenguas: Humana, Bardo, Elidhu. Tres nombres. Debía tener tres nombres. Maerad, Elednor... y otro, que ni tan siquiera conocía. Un Nombre Verdadero más profundo.

El Rey del Invierno no conocía su tercer nombre.

Volvió a su alcoba sin cruzarse con nadie. Se encontró a Gima esperando por ella, alterada.

—El amo te espera. Te espera —anunció entre dientes—. ¿Dónde estabas?

—Él sabe dónde estaba —respondió Maerad con tranquilidad. Pero no se sentía serena; al estar en el exterior, su intento de huir se había convertido en algo cierto, en algo que ya había decidido. Pero la idea de ver a Arkan hacía que se le abriese un vacío en la boca del estómago.

—Ven, ven, ven —repitió Gima, al borde del pánico—. Ven, no hay tiempo; está impaciente.

—No hay prisa —contradijo Maerad. Mientras Gima echaba humo de impotencia, Maerad cogió su lira y repasó la habitación lentamente con la vista para comprobar si había algo más que necesitase, aunque sabía que no era así—. Ya estoy lista.

A un deliberado paso lento siguió a Gima, que se apresuraba por los pasillos, volviéndose en cada esquina y silbándole a Maerad para que la alcanzase, para que se apurase. Pero Maerad se negó a ir más rápido. «Iré a mi tiempo», pensó. «No puede hacerme correr».

Los pasillos se oscurecieron a medida que se acercaban al salón del trono y Gima dudó, temblorosa. Maerad se apiadó de ella.

—Está bien —repuso—. Sé el camino.

—Debes ir allí —insistió Gima—. Está esperando. No debe esperar.

«Puede esperar», pensó Maerad.

—Iré allí directamente —prometió—. No temas.

Continuó caminando, dejando a Gima de pie donde estaba, apretándose y soltándose las manos, sin atreverse a caminar con ella ni a volver atrás. La luz que había en las paredes era como de tormenta, luminosa y enfadada, no la suave iluminación a la que se había acostumbrado. Llegó a las puertas dobles del salón del trono y se detuvo, tragando saliva con fuerza. Podía sentir la ira del Rey del Invierno; la puerta de hierro parecía latir con ella. La empujó para abrirla y entró despacio.

El salón parecía más grande, se estiraba con una perspectiva extrañamente distorsionada y del estanque brotaba una lívida iluminación que arrojaba extrañas luces al techo. El estrado estaba en la sombra: lo único que veía era una forma oscura y siniestra. A Maerad casi le falla el coraje, pero inspiró profundamente y se irguió. Caminó poco a poco hacia el centro de la sala.

—Elednor de Edil-Amarandh —la saludó el Rey del Invierno. Maerad se estremeció; cuando pronuncio su nombre, le dolió como un latigazo—. Por fin has llegado.

Maerad se quedó mirando a la sombra y la oscuridad se fue alzando del estrado de forma gradual. El Rey del Invierno estaba de pie ante su trono, vestido con unas ropas de un color azul tan oscuro que bien podrían haber sido negras. Sobre la frente tenía una corona de relámpagos azules parpadeantes y en sus ojos centelleaba un fuego verde.

Maerad se secó los labios resecos.

—¿Estás enfadado? —preguntó dócilmente—. Pensaba que el tiempo no contaba para ti.

—Has intentado engañarme —sentenció el Rey del Invierno—. Eres una insolente al abusar así de mi hospitalidad.

—No lo entiendo. —«Lo sabe», pensó con un repentino pánico, «sabe que mi magia ha vuelto»—. Pero ¿cómo voy a engañarte, en tu propio palacio? Me aseguraste que no podía.

—Te dije que no me tomases por tonto. —Arkan dio un paso hacia ella y las luces que había en su frente se volvieron más peligrosas—. Sé que has intentando esconderte de mí. No lo permito. —«Así que había percibido el escudo».

Maerad lo desafió con toda la arrogancia que fue capaz de reunir.

—No me había dado cuenta de que tu hospitalidad significaba que podías observar todas mis intimidades —advirtió.

—Aquí no has de tener intimidad —sentenció Arkan—. No te has ganado tal confianza.

—¿Y por qué debería confiar en ti? —preguntó Maerad acaloradamente—. ¿Cómo piensas que me siento, al ser observada todo el tiempo como un... animal capturado? ¿Qué derecho tienes a acusarme? No he hecho nada mal.

—No toleraré que te opongas a mi poder —dijo Arkan.

—¿Cómo voy a oponerme a tu poder? —afirmó Maerad amargamente—. Aquí ya me has dicho que yo no tengo.

—Si yo decidiese quitarte todo tu poder, serías incapaz de mover un solo dedo sin mi permiso. —El Rey del Invierno se la quedó mirando con un desprecio fulminante—. Te he dejado un poco, como una cortesía. No eres muy inteligente al utilizarlo contra mí. Incluso con tus poderes completos, no podrías retarme.

—Resulta extraño que tú me hables de cortesía —respondió ella enfadada.

—¡Silencio! —Aquella vez el Rey del Invierno ejerció sobre ella toda la fuerza de su poder. Maerad se sentía como si le hubiesen pegado un fuerte tirón con una cuerda; jadeó de dolor y cayó hacia delante, sobre las rodillas—. Elednor de Edil-Amarandh, he tenido paciencia contigo. He desplegado ante ti las riquezas de mi palacio. No te he negado nada. ¿Será que tal vez prefieres este trato? Puedo obligarte fácilmente.

Maerad dijo, con la cabeza inclinada:

—No lo entiendo, ¿qué he hecho?

El Rey del Invierno bajó del estrado y caminó hacia ella, y después se inclinó y le tomó el mentón en la mano. Esta estaba helada como el hielo y su fuerza era inexorable, pero el tacto era delicado. Maerad lo miró a los ojos, e instantáneamente lo olvidó todo en un arrebato de deseo. Parpadeó de humillación, al ver un destello de triunfo en los ojos de Arkan, e intentó esconder su rostro.

—Eres el Lirio de Fuego —pronunció en voz baja el Rey del Invierno—. Y yo soy el Rey de Hielo. ¿El fuego funde el hielo? ¿O el hielo apaga el fuego? ¿O podrían estar juntos, fuego y hielo, sin fundirse ni apagarse?

Maerad se ruborizó y apartó la mirada. Arkan le soltó el mentón y ella inclinó la cabeza, mirando al suelo. Temblaba por completo, aunque no era capaz de decir si de miedo o deseo.

—No lo sé —murmuró por fin.

—Pensaba que te estaba honrando como mi reina —continuó el Rey del Invierno. Ahora su voz era triste y llena de añoranza, la de un joven príncipe herido por su amante infiel—. Y creo que a cambio me has traicionado.

Maerad se tambaleó aturdida. Cerró los ojos durante un instante, reuniendo aliento y voluntad, escudando su mente cuidadosamente. Podía sentirse el pulso latiéndole con fuerza en el cuello. «Él no sabe que yo tengo algo de poder», pensó, no con seguridad. Muy lentamente, se puso en pie y miró a Arkan a los ojos, negándose a bajar la mirada.

—Tú has afirmado que el amor no se puede fingir ni se puede robar —respondió apasionadamente—. Y ahora me dices que seré tu reina. Y aun así me encarcelas y no me das ninguna libertad. Sabes lo que se siente al estar encerrada. Es una muerte. Me aseguras que no puedo ocultarme de ti, y también me castigas por hacerlo. Dices que no deseas que te tema, y me tratas como si fuese una esclava. Perdóname, Mi Señor.

—Y en aquel punto inclinó la cabeza con tristeza, contrita y sumisa—. No comprendo tu ira. No comprendo por qué me estás castigando por algo que afirmas que no puedo hacer. No comprendo tu amor, si este es el amor que me ofreces.

El Rey del Invierno se giró sobre sus talones y ella levantó la vista cuando él se apartó de ella. Podía sentir su duda, tan lentamente como se suavizó la luz del salón del trono, y las sombras se atenuaban. «No lo sabe», pensó. «Todavía piensa que su poder es suficiente».

—No deseo tener una esclava —respondió por fin.

—Yo no soy una esclava —sentenció Maerad.

—Perdóname si te he hecho temer —le pidió Arkan dirigiéndole una rápida mirada—. No estoy acostumbrado a tratar con mortales y tal vez sea impaciente. —Maerad asintió levemente—. Ven, siéntate conmigo. Olvidaremos que esto alguna vez ha ocurrido. —Se volvió y le ofreció el brazo, y Maerad sonrió lánguidamente, tomándolo dudosa. Se estremeció al tocarlo: ahora le quemaba como el hielo.

—Ya veo —empezó él— que has traído tu lira.

—Como te dije que haría —replicó Maerad—. Yo no sé leer las runas.

No volvieron a hablar hasta que se sentaron. Maerad ya sentía exhausta: sabía que debía engañar a Arkan si quería escapar, pero la única manera de engañarlo sería revelándole la verdad. «El problema que hay con la verdad», pensó con desesperación, «es que es cierta». Se quedó mirándole la boca, percibiendo su cruel sensualidad. «Besarlo», pensó, «debe de ser como besar un río; me desmayaría y me ahogaría». Se clavó las uñas en las palmas, intentando detener el mareo que su cercanía le provocaba, intentando mantener la mente despejada y alerta.

No servía de nada pensar así.

Le tendió la lira, extrañamente reacia; como si le estuviera entregando su corazón. «Pero es mía», gritó una voz en su interior; «no pertenece a nadie más». Él cerró los dedos sobre ella con codicia y ella sintió las manos de él sobre su posesión más preciada con un profundo dolor y cerró los ojos durante un momento.

«No debe saber que me siento así», pensó.

Abrió los ojos y sonrió.

—¿Entiendes las runas? —preguntó.

—Sí —respondió Arkan pasando los dedos suavemente sobre la talla. Maerad se estremeció—. Puedo leerlas. ¿Te digo lo que dicen? —Ella no tenía confianza en sí misma para hablar, así que solo asintió—. Recuerdo cuando se hicieron estas runas, hace muchas, muchas lunas de hielo menguantes. —De repente la voz de Arkan era tierna y Maerad lo miró sorprendida. Estaba muy lejos, sumido en algún recuerdo propio—. Nunca se deberían haber hecho —continuó—. Pero lo fueron. Aquel fue el primer mal.

—¿Las hizo el Sin Nombre? —conjeturó Maerad, mirando las extrañas formas talladas. Parecían demasiado hermosas para que las hubiera hecho él.

De repente los ojos de Arkan se volvieron opacos y privados.

—El mismo Nelsor hizo estas runas. Le dijeron la Canción, y su potencia y hermosura lo dejó asombrado. Y talló las runas en secreto, para poder tenerla para sí. Siempre fue el mayor de los Bardos; ningún otro tenía el poder para hacer una cosa así. Ni la audacia. Capturó la Canción de los Elidhu y ahora duerme en estas runas.

—¿Quién le dijo la Canción? —preguntó Maerad, pero Arkan no dio ninguna señal de haberla escuchado. Frotó la antigua madera con las dos manos, y después cerró los ojos y tocó la primera de las diez runas con el índice.

—Estas runas encarnan muchas cosas —explicó Arkan—. Esa era la genialidad de Nelsor: vio cómo los poderes de la Canción se podían capturar, igual que una flor en el hielo. Este es su trabajo más grande. Él no sabía que conduciría a tal desastre. —Maerad miró la lira y después de nuevo a Arkan. En el poco tiempo que había pasado en las Escuelas, había aprendido cómo las letras contenían significado y cómo podían ser mágicas, pero Arkan parecía estar hablando de algo más—. En cada runa hay tres dimensiones —continuó Arkan. «Tres lenguas», pensó Maerad, repentinamente atrapada por la emoción. El Rey del Invierno abrió los ojos y miró con atención a Maerad—. Esta primera runa es Arda, la primera de las lunas. Es la luna nueva, y es el abeto. También es este pentagrama: soy el rocío que hay en cada colina. —Maerad parpadeó confundida, y después asintió. Si no comprendía, por lo menos podía recordar—. Entonces —continuó Arkan—, primero las lunas. —Volvió a cerrar los ojos, y leyó cada runa con los dedos—. Esta es la runa Arda. Esta es la runa Onn. Esta es la runa Ura. Esta es la luna Iadh. Esta es la runa Eadha. La luna nueva, la luna creciente, la luna llena, la luna menguante y la luna oscura. —Maerad se quedó mirando las runas, y después levantó la vista para mirar a Arkan.

—No son una canción —dijo.

—Escucha. Así es cómo está hecha la canción. Abeto, tojo, manzano, álamo y rocío. —Arkan repasó a Maerad con la mirada y esta tragó saliva con nerviosismo. Ella señaló cada runa y dijo, como si estuviese aprendiendo una lección: Arda, abeto, la luna nueva. Onn, tojo, la luna creciente. Ura, manzano, la luna llena. Iadh, álamo, la luna menguante. Eadha, tejo, la luna oscura. Levantó la vista, al darse cuenta de pronto de algo—. ¡Son letras!

—Son el tiempo escrito —explicó Arkan con aire ausente. Fruncía el ceño de concentración—. Son los pentagramas de las lunas, que comienzan con cada luna nueva:

*Soy el rocío que hay en cada colina
soy el salto que hay en cada útero
soy el fruto de cada rama
soy el filo de cada cuchillo
soy la articulación de cada pregunta.*

Las palabras llegaron a lo más profundo del alma de Maerad, como si despertasen

recuerdos de antes de haber nacido. Se quedó en silencio, fijando las runas en su mente; recordó a Ardina tal y como la había visto por última vez, resplandeciente de luz de plata, hermosa y ambigua, la hija de la luna.

—¿Qué son las otras?

Arkan levantó la vista, su rostro era ilegible.

—Estas son las runas de la primavera y el verano —respondió con pesadez—. Son Forn, para mediados de primavera; Sal, para el final de la primavera; Hrar, para el comienzo del verano; Dir, para el día del Solsticio de Verano, y Tren, para la mitad del verano. El resto del año se perdió cuando Sharma robó las runas. Ese fue el segundo mal.

—¿Se llevó el invierno? —preguntó Maerad en voz baja.

—Sí.

—¿Cómo se perdieron esas runas? ¿Es que nadie las escribió en ningún sitio?

Arkan no se dignó a responderle. Estaba repasando de nuevo las runas, con los párpados cerrados. Maerad lo observó. Con aquella expresión, parecía más humano; cuando estaba tranquilo su rostro era muy hermoso. Sacudió la cabeza y se concentró.

—Torn, el aliso —continuó el Rey del Invierno—. Sal, el sauce; Hrar, el espino; Dir, el roble, y Tren, el acebo.

Entonces se quedó en silencio durante un tiempo, y Maerad esperó a que volviese a hablar. Al ver que no lo hacía, preguntó:

—¿Y hay pentagramas para estas runas?

—Las runas están vacías —respondió Arkan abriendo los ojos y mirándola directamente. Su expresión contenía una desolación que la dejó desconcertada—. Están muertas. Decirlas al aire es un horror. —Maerad no sabía qué decir, y bajó la vista, confundida. Arkan suspiró profundamente—. Las diré una vez. Has de recordarlas.

Maerad sintió que la luz del salón del trono se atenuaba. Esperó, sintiendo el latir de su corazón alto y pesado en la garganta. Por fin, después de lo que pareció un silencio sin fin, Arkan habló, y su profunda voz resonó por toda la sala:

*Soy las lágrimas que caen del sol
soy el águila que asciende a un acantilado
soy todas las direcciones sobre el rostro de las aguas
soy el roble en flor que transforma la tierra
soy la flecha brillante de la venganza.*

Cuando terminó de hablar, Arkan se cubrió el rostro con una mano y el salón del trono se llenó de una inhóspita quietud.

—No tiene música —comentó Maerad.

—La música no vive en las runas —explicó Arkan— Las runas están muertas.

—No puedo tocar la Canción sin música —replicó ella—. ¿Cómo voy a encontrar

la música? No puedo tocar esta Canción.

—¿Crees que alguna cosa puede estar viva, si está hendida en dos? —Arkan la miró, con una mirada dura y helada, y por un instante Maerad pensó que la partiría en dos con sus propias manos. Le lanzó la lira a los brazos, como si le quemase.

—Vete —ordenó a Maerad—. Déjame.

Los pasillos estaban fríos, y la luz parecía siniestramente hermosa; sentía como si las paredes estuviesen llenas de ojos, que la miraban mientras tropezaba. Se sentía asombrada de ser todavía capaz de caminar; sus piernas temblaban bajo ella como si fuesen a ceder en cualquier momento. Gima no estaba en ningún lugar a la vista.

Encontró su habitación y se derrumbó sobre la cama. Se tumbó de espaldas, mirando hacia el techo, demasiado exhausta para moverse.

Recordó con un estremecimiento el rostro del Rey del Invierno mientras le decía las runas, cómo sus pestañas negras descansaban sobre su piel de mármol, el fuego que saltaba en sus venas ante su tacto. Y ahora sabía que él era implacable y despiadado; Cadvan y Dharin habían muerto por culpa de sus órdenes. No tenía ninguna duda de que la mataría sin miramientos, si no le era de ninguna utilidad.

La idea pareció no cambiar nada.

«Tengo que encontrar a Hem», se dijo. «Tengo que encontrar a Hem». Pero en ella no había ninguna resolución que respondiese a aquello. Descubrió que no era capaz de dibujar el rostro de Hem; su recuerdo de él parecía abstracto y distante, y tenía que construir su imagen trabajosamente en vez de evocar un recuerdo vivido y preciso. Volvió sus pensamientos hacia Cadvan, y se dio cuenta de que no era capaz de recordar sus ojos. «Son azules», pensó con fuerza: «azules». Pero tan solo podía ver el azul helado de los ojos del Rey del Invierno, sus extrañas pupilas rajadas, y escuchar cómo había dicho: «pensaba que te estaba honrando como mi reina».

«Estoy tan cansada», pensó. «Tan, pero que tan cansada. No puedo deshacer sus embrujos. No puedo girarle la cara y fingir que no siento lo que siento». Estaba segura de que el Rey del Invierno la había hechizado y al mismo tiempo estaba bastante segura de que lo que sentía no era falso. No quería dejar al Rey del Invierno, ni tan solo por su propio bien, aunque sabía que debía hacerlo.

Gradualmente sus miembros dejaron de temblar, dejándola sombría y vacía. Cogió su lira, que yacía sobre la cama a su lado, y muy despacio pasó la mano derecha por las cuerdas, de modo que cada nota resonó por separado. La luz helada se volvió más trémula y se desvaneció, revelando las ásperas paredes de roca de su mazmorra, y comenzó a sentirse un poco menos débil. «Diez cuerdas, diez notas, diez runas», murmuró distraída. «Tres lenguas, tres nombres, tres significados. Eso hace nueve y deja uno fuera. La clave de la música, la respuesta al enigma. ¿Cuál será?».

Punteó de nuevo cada cuerda, preguntándose si cada nota no pertenecería también a una runa. No era capaz de ver cómo podía ser, y pensó que probablemente no

tendría sentido a menos que tuviese las runas que el Sin Nombre había robado. «Si la Canción fue partida en dos, debe haber veinte runas. ¿Tendrá también el Sin Nombre una lira con diez cuerdas?».

Se sentó erguida, enfadada consigo misma y, mientras lo hacía, cayó en la cuenta de que sí sabía cómo engañar al Rey del Invierno. Él sabía cuándo ella estaba ausente, cuándo se desvanecía de su vista. Así que debía crear una imagen suya, que fuese como ella en cada aspecto, para reemplazarla cuando emplease su propio poder y se desvaneciese. Nunca la habían molestado mientras dormía, así que debía aparentar estar durmiendo. Si funcionaba, entonces tendría una ventaja de unas cuantas horas hasta que se percatasen de su ausencia. El mejor momento sería ahora mismo; el Rey del Invierno estaba seguro de su poder sobre ella y estaría con la guardia baja. Y tal vez, después de haber leído la Canción él también se sintiese agotado, aunque ella no sabía si los Elidhu sentían cansancio. Tal vez su vigilancia hubiese decaído.

Valoró la idea, dándole vueltas pensativa, pinchándola en busca de fallos. Tenía muchos. Solo había creado imágenes suyas dos veces, cuando estudiaba con Nerili en Thorold y otra vez en las montañas para engañar a los iriduguls, y aunque sabía que podía hacerlo, y recordaba el conjuro, no es que tuviese mucha práctica. Nunca había hecho funcionar dos conjuros al mismo tiempo, y no sabía si sería posible. Si lo intentaba y fallaba, sería descubierta, y no quería pensar en lo que le podría pasar. Apartó aquel pensamiento de su mente. Colocó la lira cuidadosamente en su estuche y la empaquetó con todas sus demás posesiones y, sin sacarse ninguna de sus ropas, se metió en la cama y se echó las mantas por encima.

Primero tendría que hacer un escudo que ocultase su magia de Arkan, pero que no la ocultase a ella. Bajo aquel escudo podría crear la imagen, preparándola para el punto en el que tan solo necesitase ponerle el conjuro que la manifestase. Entonces tendría que desvanecerse, asegurándose de que los dos conjuros estuviesen tan finamente coordinados que entre su desvanecimiento y la manifestación de su imagen no hubiese ninguna brecha.

Todo parecía imposible y se sumergió en negros pensamientos durante unos instantes. Pero entonces recordó al lobo que le había hablado. A no ser que lo hubiese imaginado, lo cual no creía que hubiera ocurrido, había estado esperando por ella. Tal vez alguien, al saber de su captura, lo hubiese enviado para ayudarla. No podía haber sido un lobo ordinario. Tal vez no estuviese absolutamente abandonada. Era una oportunidad escasa, tal vez tan escasa que resultaba suicida, pero era la única esperanza que tenía.

Maered echó sus dudas a un lado y se centró en la primera cuestión: salir del palacio. Tendría que hacer todos los conjuros tumbada en la cama, haciendo como que dormía, lo que no era la postura ideal para hacer magia. Se tumbó de espaldas, tan estirada como fue capaz, y entonces, apretando los labios, comenzó a hacer el escudo.

Aquello le llevó algo de tiempo, ya que tenía que ser detallado. Se concentró en ocultar cualquier tipo de magia más allá de la poca que el Rey del Invierno creía que había recuperado, pero sin ocultarlo tanto que pudiese parecer que se había desvanecido. Era arriesgado, ya que su magia no estaría oculta hasta que lo hubiese completado, y tendría que hacerlo despacio, poco a poco, liberando con cautela su poder en incrementos de modo que no se pudiese percibir. Mantuvo los sentidos aguzados en busca de cualquier cambio en el palacio, cualquier oscilación de la luz que pudiese alertarla de que la habían detectado. Cerró los ojos, pronunció mentalmente las palabras que activaban el conjuro, y lo probó con precaución. Parecía, según podía decir, ser bueno y, por lo que veía, no lo habían percibido.

Después comenzó a trabajar en la imagen. Hacer la imagen le llevó un tiempo considerable; no podía ser una forma tosca, que pretendiese engañar en la distancia. No solo tenía que parecerse a Maerad, sino también dar la sensación de ser Maerad. Trabajó en capas. Primero visualizó su mente, los colores de sus emociones, la carga de su poder, y fue tejiendo cuidadosamente los contornos, probándolos a medida que avanzaba para asegurarse de que daban la sensación de ser ciertos. Cuando hubo terminado, su mente contenía una réplica de sí misma, un caparazón que, cuando lo puntease, pareciese resonar con su ser. Entonces comenzó con su cuerpo, tejiéndolo a través del espectro de su mente: huesos, sangre, venas, músculo y, por último, piel y cabello.

La imagen existía ahora en su mente, precisa en cada detalle, y tan solo esperaba la palabra de poder que la hiciese aparecer, que la hiciese respirar. Maerad inspiró profundamente y se preparó para la parte final y más difícil de su tarea: la creación de la imagen y su desvanecimiento simultáneo. Había vaciado su mente, reuniendo con paciencia todo su poder, cuando escuchó unos pasos que se acercaban a su alcoba. Era Gima.

Maerad maldijo en silencio y se detuvo, tambaleándose a punto de liberar su poder. Era como si se hubiese preparado para pegar un salto y después la hubiesen obligado a detenerse manteniendo toda la energía bajo control, sin caerse, sin perder el impulso del salto. Escuchó cómo se abría la cortina de la puerta y los pasos que se acercaban a la cama. Se detuvieron y pudo escuchar la pesada respiración de Gima. Después se dio la vuelta y abandonó el cuarto.

Maerad esperó hasta estar segura de que los pasos se habían retirado lo suficiente, y después volvió a inspirar profundamente. Le dolía la mente de tener en suspenso los dos conjuros y le temblaba el cuerpo. Entonces, con mucho cuidado, liberó a la imagen y, atrayendo profundos poderes desde su interior, se desvaneció.

No consiguió hacerlo lo bastante bien; hubo un pequeño instante en el que había dos Maerads, cada una a un lado de la cama, y se encontró mirándose a su propia cara desconcertada. Salió de la cama y escuchó, con todos los sentidos agónicamente alerta en busca de cualquier alteración en el palacio. Estaba envuelto en silencio, aparte de los pasos de Gima al retirarse.

Maerad se inclinó para coger su hatillo y se dio cuenta de que no había creado ninguna imagen para él; Gima podría darse cuenta de que faltaba. Aquel encantamiento era fácil tras el conjuro que acababa de hacer, y esta vez consiguió una sincronización perfecta, haciendo que uno se desvaneciese mientras aparecía el otro. Rebuscó a su alrededor el hatillo, Después se lo echó a la espalda y recorrió con la mirada la habitación que había sido su prisión durante los últimos días, reprimiendo un súbito arrepentimiento punzante. El Rey del Invierno la consideraría una traidora. Él no tenía derecho a pensar aquello, teniendo en cuenta que la había capturado y encarcelado, pero lo pensaría igualmente.

En un arrebato, Maerad sacó uno de sus preciosos papeles y su pluma y tinta del hatillo. Se sentó y lo estiró sobre el arcón, y entonces se detuvo. No sabía si el Rey del Invierno podría leer escritura Bárdica, pero de algún modo sentía que le debía un agradecimiento, por mucho que pensó que siendo justos ella no le debía nada en absoluto.

Se mordió el labio y después escribió cuidadosamente la runa Eadha, la runa del tejo, la runa de la oscuridad del mundo: «soy la articulación de cada pregunta». Apartó a su imagen dormida, que se removió y emitió un sonoro ronquido y ocultó la nota bajo su cuerpo. Entonces, sintiéndose aliviada, volvió a echarse el hatillo al hombro y salió al pasillo.

Con su poder, el encantamiento del Palacio de Hielo se disolvió. Se dio cuenta de repente de que no conocía el camino a través del palacio sin encantar. Lo conocía a través de pasillos ilusorios, pero ahora parecía totalmente diferente, caminaba por un pasillo negro como la boca del lobo. Se balanceó sobre los talones, desconcertada: no había pensado en aquello para nada. Podía haber otros pasillos que saliesen los salones que podrían confundirla. Podría estar todavía dando vueltas por el corazón de la montaña, perdida y apabullada, cuando el Rey del Invierno descubriese cómo lo había engañado. La idea la hizo quedarse helada.

«Podría volver», pensó, «podría deshacer todos los conjuros, y nadie lo sabría». La idea la tentaba dolorosamente, ya estaba muy cansada y tenía un largo camino hasta atravesar el palacio. Incluso si conseguía salir, no sabía cómo pasaría por el arco o qué podría pasar después. No tenía ningún plan más allá de escapar del palacio. Podría volver a intentarlo mañana y mientras tanto averiguar más cosas. Estuvo a punto de volver a su alcoba.

Una repentina tozudez parpadeó con desprecio ante su debilidad. Y algo más corrió bajo sus dudas, una profunda corriente de urgencia, de la que se dio cuenta que la había estado dirigiendo desde que había abandonado el salón del trono. El tiempo se acababa; no tenía el lujo del mañana. Inspiró profundamente para prepararse y comenzó a caminar por la oscuridad, acariciando las paredes. Tendría que recordar el camino por el tacto; no osaría encender luz mágica.

Avanzaba con cuidado, temerosa de cometer un error, deteniéndose a menudo para recorrer el camino mentalmente, enviando al oído ante ella. Podía escuchar un

ligero aliento, que podría ser el de Gima dormida, el goteo del agua en cuevas distantes, los movimientos de criaturas sin nombre en las profundidades de las montañas, pero no escuchaba nada más. El camino parecía mucho más largo en la oscuridad y un tiempo después comenzó a preguntarse si, pese a su atención, no habría tomado un desvío equivocado. Unas extrañas luces comenzaron a aparecerse ante los ojos, las piernas se le volvieron más y más pesadas y el hatillo le pesaba como el plomo en los hombros. La mano izquierda le dolía muchísimo.

Casi estaba convencida de que estaba completamente perdida cuando sintió que una ínfima corriente de aire frío le tocaba el rostro. Era fresco y limpio, a diferencia del aire ligeramente pesado del palacio: estaba yendo en la dirección correcta. Animada, continuó, y poco tiempo después vio la boca de la cueva surgir de la oscuridad, su contorno dibujado en plata por la luz de las estrellas.

Casi mareada por la sensación de alivio Maerad salió a la nieve y alzó la vista al cielo. En seguida se puso a buscar a Ilion, la estrella del crepúsculo de la mañana y de la noche, a la que consideraba suya, pero no fue capaz de verla. Seguramente fuese noche cerrada. Sentía el aire como cuchillas de hielo mientras le entraba en los pulmones, pero respiró profundamente, degustando el sabor de la libertad.

Unos instantes después estaba temblando de frío. Sacó la capa del hatillo, recordando cómo Dharin la había hecho a un lado por inadecuada, y deseando infructuosamente no haber perdido el abrigo de piel. Dharin estaba en lo cierto: la capa no le podía ofrecer el tipo de protección contra el frío que necesitaba.

Maerad miró hacia la pendiente cubierta de nieve que llevaba al arco de piedra que se alzaba sobre la carretera. Estaba segura de que aquella era la defensa más poderosa del Rey del Invierno; nadie podía entrar ni salir del palacio sin pasar bajo él y el Rey del Invierno le había dicho que ni tan siquiera los pájaros podían sobrevolarlo. Si no era capaz de hallar una manera de cruzarlo sin ser vista, toda su magia habría sido en vano. Y no sabía cómo. Todavía. E incluso si conseguía arreglárselas para cruzarlo, ¿después qué?

Se cuadró de hombros, intentado deshacerse de su cansancio con fuerza de voluntad, y caminó lentamente hacia el arco negro.



Maerad no se quedó del todo sorprendida al ver al lobo de pie sobre la cuesta que había al otro lado del arco, su contorno congelado por la luna menguante. Estaba muy quieto, mirándola directamente a ella a pesar del encantamiento. Una terrible duda surgió en su interior y le encogió la garganta: ¿no habrían salido con éxito los encantamientos? ¿Estaría ahora mismo el Rey del Invierno riéndose mientras ella caminaba hacia una elaborada trampa?

Se tragó las dudas y se detuvo a la distancia de un brazo del arco, mirando a través de él hacia la carretera que había al otro lado. Discurría durante unos veinte pasos antes de encontrarse con la carretera de montaña cubierta de nieve, que resplandecía ligeramente mientras rodeaba la pared de la montaña y después desaparecía. Apartó la vista del lobo a propósito. Sin querer arrastró los ojos de vuelta al arco y valoró cuál sería su próximo paso. Sentía el poder en el que estaba envuelta la piedra desde donde estaba: parecía venirle encima con una malevolente vigilancia. Su mensaje no habría estado más claro ni aunque lo hubiera escrito en letras de fuego: «No pasarás».

«Tengo que pasar», pensó Maerad. «Pero consumiré todo lo que me queda, y lo más seguro es que será en vano».

Mientras inspiraba profundamente, preparándose para un último esfuerzo, escuchó una voz en su mente:

No hables hasta que hayas pasado el Arco, dijo.

Maerad asintió.

No puedes pasar bajo el Arco, continuó. Te descubrirá. Tienes que convertirte en lobo.

Maerad miró al animal desconcertada y silenció las preguntas que despertaron en su mente. ¿Lobo?

El lobo se sentó sobre los cuartos traseros, todavía mirándola. La luz de las estrellas le hacía saltar chispas de los ojos.

Conviértete en lobo, volvió a decir. Se tumbó y colocó la cabeza sobre las patas, con lo que ofrecía al mundo un aspecto de un perro doméstico tumbado delante de un fuego. Maerad se lo quedó mirando exasperada, pensando que por lo menos podía haberle dado una pista. Unos momentos después, el lobo levantó las orejas y la miró.

No tienes mucho tiempo, dijo. Las estrellas pronto comenzarán a desvanecerse.

Maerad le dirigió una rápida mirada al cielo y vio que el lobo tenía razón. No pasaría mucho tiempo hasta que saliese el sol, y necesitaría estar bien lejos de Arkan para entonces, si quería tener alguna esperanza de huir.

Bajó el hatillo con cansancio, se sentó en una roca y hundió la cara entre las manos. El frío le agujereaba la ropa, y estaba temblando. En su interior una voz dijo: «no puedes hacerlo. Estás loca por intentarlo. Todavía puedes volver a tu alcoba, deshacer la imagen y hacer que todo vuelva a ser como era, y el Rey del Invierno nunca lo sabrá». Y bajo su voz había otra que susurraba: «y así mañana verás al Rey del Invierno».

Maerad dejó que las preguntas sobre las consecuencias de aquello despertasen en su mente: irse de allí significaría que nunca volvería a ver a Arkan, pese a todo — pese a los males que le había causado, pese a su tiranía, pese a su crueldad durante su último encuentro— algo en ella gritaba en señal de protesta. Tanto solo podía recordar su rostro en reposo, su boca cruel y sensual. «Mi enemigo», pensó con amargura, «mi propio corazón. Me reclama de vuelta a la prisión, incluso cuando la puerta se está abriendo. Pero ¿cómo voy a dejar mi corazón detrás de mí? Sería una mutilación más terrible que la pérdida de mis dedos. Entonces, incluso mi corazón se quedaría sin canto».

Maerad no sabía cuánto tiempo llevaba allí sentada, envuelta en su infelicidad, habiendo olvidado al lobo, habiendo olvidado que estaba sentada en la mismísima puerta de Arkan, insensible incluso ante el peligro. Se sentía como si la estuviesen rasgando en dos muy lentamente. Por fin, el lobo la hizo volver en sí misma.

Conviértete en lobo, repitió. O serás un perro domesticado para siempre. Maerad alzó la vista, sorprendida, y se dio cuenta de que el cielo comenzaba a iluminarse. Estaba casi congelada, tenía el cabello lleno de hielo y los pies entumecidos. El lobo volvía a estar de pie, y parecía estar mirándola con algo parecido al desdén.

Maerad cerró los ojos.

«Elijo marcharme», se dijo con firmeza. Sintió como si acabase de dar un paso hacia un abismo. Ahora no podía echarse atrás.

Mientras la decisión se formaba irrevocablemente en su interior, se dio cuenta de que no entendía qué quería decir el lobo. Por supuesto que ella podía transformarse en una bestia. No era la magia de los Bardos, que tan solo podía crear tal transformación en apariencia. Era parte del Saber de los Elidhu y con aquello podía vencer a los poderes del Rey del Invierno.

Se puso en pie lentamente, sintiendo los miembros fríos y entumecidos, y se colocó el hatillo al hombro, ya que tendría que transformarse con ella. Miró al lobo a los ojos y este le devolvió la mirada sin pestañear. Sin prisa, como si hubiera hecho aquello mil veces, se concentró profundamente en sí misma, hundiéndose en capas — esclava, Bardo, Pilanel, Maerad, Elednor, mujer— más y más profundamente, hasta que llegó a un lugar donde todas las pieles caían y no tenía ningún nombre, y su

mente estaba vacía y clara como el agua. Ahora buscó la calma del punto de transformación, el punto de apoyo sobre el que giraba todo; lo encontró y se equilibró, balanceándose con facilidad como un águila en el viento.

«Se lobo», pensó; «se mi corazón, mi hambre. Se mi libertad».

Durante un abrir y cerrar de ojos todo su cuerpo se vio atormentado por un dolor atroz, como si la hubieran arrojado al interior de un horno, pero aquello terminó casi tan pronto como llegó, sin darle tiempo de hacer nada más que jadear.

Lo siguiente que percibió fue lo abrumador de un nuevo sentido, el sentido del olfato; su lengua y su nariz se vieron repentinamente inundadas de olores, tan ricos y detallados que eran como imágenes de brillantes colores.

Podía oler el arco; olía a metal quemado, caliente y peligroso, el olor de la brujería. Se le erizó el pelo del lomo, y se echó hacia adelante y olfateó la piedra, vacilante.

No te quemará, dijo el lobo. Date prisa. Ya has perdido mucho tiempo.

Maerad no se detuvo para maravillarse por estar a cuatro patas. Se preparó y saltó atravesando el arco negro, y sintió cómo su poder se abría ante ella y se cerraba uniformemente tras su paso, como si fuese una elegante buceadora que no deja ni una onda en el agua tras su estela. Cuando aterrizó al otro lado, no quedó ninguna marca sobre la nieve, aunque veía las huellas humanas por todo el camino hasta la puerta de Arkan-da, que casi comenzaban a difuminarse bajo una fina capa de nieve.

Sin hablar, el lobo se volvió y comenzó a correr con gran rapidez por la carretera del sur. Maerad saltó hacia delante siguiendo la estela que dejaba tras él, de repente el corazón le volaba. Todo el cansancio parecía habersele caído de encima. Era una loba, esbelta, rápida y fuerte, y si quería podía pasarse todo el día y toda la noche corriendo. Sentía el placer de sus músculos deslizándose unos sobre los otros, el calor de la carrera, su energía inextinguible.

Era libre.

La oscuridad se desvaneció poco a poco del cielo a medida que el sol salía sobre las montañas, tiñendo de rojo las nubes estancadas. La nieve caía suavemente, dando vueltas sobre los lobos, y elevándose en forma de pequeños soplos de blanco en el lugar en el que sus patas golpeaban el suelo. Corrían a un ritmo constante y ya estaban lejos de Arkan-da, siguiendo el paso que atravesaba las montañas. Ahora Maerad podía percibir que la carretera serpenteaba hacia abajo y que pronto estarían fuera de las montañas y sobre las llanuras.

Comenzaba a cansarse, jadeaba mientras corría, y la pata delantera izquierda le dolía terriblemente, pero el otro lobo la guiaba sin pausa, sin tan siquiera volver para ver si todavía lo seguía. Maerad no protestó, el miedo iba más allá de su cansancio. Ahora quería llegar lo más lejos posible antes de que el Rey del Invierno descubriese que se había ido.

La imagen de Maerad duraría por lo menos medio día, pero pensaba que era probable que su ausencia se descubriese antes de aquello. Tal vez Gima la hubiera dejado sola por pena, pero era probable que se hubiese alarmado si había intentado levantarla y no hubiera podido, y su estratagema se habría descubierto. No tenía ni idea de qué ocurriría cuando el Rey del Invierno descubriese que su cautiva lo había engañado, pero sabía que la ira que había mostrado en el salón del trono no sería ni una decena parte de su furia cuando descubriese la huida. Y su brazo era largo: había enviado a sus perros de tormenta a Thorold y la había atacado en el Osidh Elednor; la había capturado y encarcelado cuando estaba en lado más alejado de Zmarkan. ¿Qué posibilidades reales tenía de escapar a la sombra de sus montañas?

Continuaba corriendo por todas aquellas razones, pero otra parte de ella corría por la pura felicidad de hacerlo. Ni siquiera el cansancio podía disminuir el placer que sentía ante la libertad. Sus sentidos vibraron ante el intenso olor de la savia de pino, el aroma y el rápido paso de una liebre saltando hacia su guarida, el repentino extraño mal olor de un zorro, el sabor limpio y vacío de la nieve disolviéndose sobre su lengua caliente. Sentía cómo el suelo se extendía a lo lejos bajo sus garras, entregando sus antiguos e invariables ritmos mientras los lobos patinaban sobre su superficie, sin dejar ni una marca en la nieve, fugaces y silenciosos como copos de nieve. Tan solo las vistas más agudizadas podían haberlos visto mientras corrían, fantasmas blancos deslizándose sobre cortinas de nieves cambiantes.

Cerca del mediodía abandonaron la carretera y subieron a la cima de un cerro cubierto de nieve. Maerad se encontró mirando hacia un bosque de abetos, que se extendía desde las laderas de las montañas hacia el sur. Allí, por fin, se detuvieron. Maerad se detuvo al lado del lobo y se quedó en pie, jadeando, demasiado cansada de momento para hablar.

Hemos viajado bien, admitió el lobo en la mente de Maerad cuando esta hubo recuperado el aliento. *Pero hubiera sido mejor llegar más lejos.*

Sí, respondió Maerad, y habló por primera vez desde que habían huido de Arkan-da. Se volvió y miró al lobo a los ojos, resistiéndose a la necesidad de olfatear, vencida por la curiosidad. *¿Quién eres?* Preguntó. *No eres un lobo común, está claro. ¿Por qué me has ayudado?*

Me conoces mejor de lo que piensas, respondió el lobo. *Tengo mis razones para ayudarte.*

Eres Ardina, sentenció Maerad de pronto convencida.

El lobo la miró y Maerad se dio cuenta de que se estaba riendo. *Podría ser Ardina, si no fuese un lobo*, afirmó. *Tienes un agudo ingenio. Ni tan siquiera el mismo Arkan me reconocería bajo esta apariencia.*

Las dos se quedaron allí en pie, acompañándose, mirando hacia abajo desde el cerro. Maerad no se sentía sorprendida, de alguna forma le parecía algo completamente natural.

Entonces Ardina levantó las orejas y olfateó el aire. Un momento después,

Maerad escuchó un ruido sordo tras ella y volvió la cabeza para mirar. Al principio no vio nada, pero entonces una nube negra se elevó sobre las redondeces de las montañas del norte. La miró mientras bullía avanzando por el cielo, más negra que cualquier otra nube que hubiese visto nunca, resplandeciendo a causa de un relámpago zigzagueante. Unas negras y retorcidas vorágines brotaban serpenteando de su vientre, golpeando la ladera de la montaña como látigos gigantes. Se iba extendiendo por el cielo a una velocidad aterradora. Aguzó el oído: ¿escuchaba el aullido de los perros de tormenta? Maerad se estremeció y se acercó a Ardina.

El Rey del Invierno viene cargado de ira, explicó Ardina. No mostraba miedo. Tenemos que movernos.

El gran lobo saltó sobre el cerro y salió corriendo, descendiendo por la larga pendiente hacia el bosque. Maerad corría a su lado, olvidando su cansancio en una nueva oleada de pánico. Veía el límite del bosque a media distancia, y los lobos podían avanzar muy rápido, pero Maerad sentía cómo la tormenta se aceleraba tras ellas, tragándose la débil luz del invierno. «Me encontrará», pensó, «y todo estará perdido...».

Alcanzaron el bosque justo cuando la avanzada de la tormenta golpeaba los árboles, un vendaval tan fuerte que arrancaba las ramas como si fuesen juncos. Al principio, al sumergirse en la oscuridad del bosque, Maerad agradeció el cobijo, pero una rama se quebró y se estrelló justo detrás de ella, muy cerca de donde tenía la cola, y se dio cuenta de que también tenía sus peligros. Pensó en los iriduguls con sus garrotes o en las garras de los perros de tormenta; fácilmente podían arrasar el bosque entero.

No tengas miedo, dijo Ardina, como si le hubiera adivinado el pensamiento. El Rey del Invierno no puede identificarnos, y tampoco sus siervos, mientras seamos criaturas.

«No hace falta que nos vean para que nos aplasten», pensó Maerad, mientras se abrían paso entre troncos pálidos, que brillaban entre las sombras del bosque. Unas enormes piedras de granizo comenzaron a repiquetear entre las hojas. Una golpeó a Maerad en el flanco y esta saltó de lado con un gemido; era como si la hubiese golpeado un martillo. Ahora estaba segura de escuchar los aullidos de los perros de tormenta, unos gritos desgarradores que se alzaban por encima del rugido del vendaval y le congelaban la sangre. Había más de uno, estaba segura. Por el rabillo del ojo vio a un ciervo solitario que salía disparado preso del pánico, chocaba contra los árboles, caía y volvía a ponerse en pie tambaleándose para volver a salir corriendo, guiado por nada más que su propio miedo.

De repente Ardina se volvió y desapareció, con tanta rapidez que Maerad casi se tropezaba con sus patas al intentar seguirla. Comenzó a arrastrarse por una estrecha zanja. En el fondo de esta había un hilillo de agua helada que discurría atravesando una fina capa de vieja nieve gris y a cada orilla había una maraña de espinos y hierbas muertas. En el suelo de la zanja tan solo había espacio suficiente para que un solo

lobo se abriese paso. De pronto se vieron resguardadas de lo peor de la tormenta, aunque continuaban lloviendo unas piedras de granizo grandes como pedruscos en el interior de la zanja. Una golpeó a Maerad sobre el ojo, y comenzó a sangrar.

Durante un momento los dos lobos se quedaron quietos, escuchando; se oía un enorme crujido no muy lejano, como si un árbol se hubiese partido en dos, y Maerad vio incómoda que el bosque que tenía sobre ellas comenzaba a brillar con una extraña luz verdosa. Recordó aquella luz de su encuentro con el perro de tormenta en los estrechos de Thorold. No sabía cuántos había, enfurecidos sobre los árboles, pero escuchaba aullidos procedentes de por lo menos tres direcciones. Se acurrucó en el suelo, apretando la barriga contra la nieve como si deseara fundirse con la tierra.

Ardina comenzó a abrirse paso a través de la zanja, con la nariz pegada al suelo, y Maerad la siguió tan de cerca como pudo. Aunque la loba estaba justo delante de ella, apenas podía ver su pálido contorno en la penumbra. Oscurecía más cada momento, como si estuviesen devorando la misma luz. Muy pronto la única iluminación que hubo fuera era el extraño brillo verdoso, que apenas alumbraba, y Maerad navegaba tan solo guiada por el olfato. «Está tan oscuro como el palacio del Rey del Invierno», pensó; «todavía no he huido de él». Se estremeció y se acercó más a la cola de Ardina.

En aquel momento la tormenta alcanzó su punto álgido. El aullido de los perros de tormenta subió hasta un crescendo que hizo que Maerad dejase de intentarlo y se cubriese las orejas con las patas. Sentía como una explosión en el interior de su cabeza, que hacía que su cráneo resonase con un dolor insoportable. Algo enorme daba grandes zancadas entre los árboles cercanos; podía escuchar cómo la tierra se estremecía bajo sus pesados pasos, y el estruendo y crujido de las ramas al romperse. Temblando de miedo, Maerad, saltó hacia delante, chocando con Ardina. Más que ninguna otra cosa en el mundo, deseaba esconderse de aquella negra furia destructiva, de aquel terrible caos. Si hubiera podido enterrarse en la tierra, lo habría hecho.

Y entonces, sobre toda aquella furia, con tanta claridad como si estuviesen hablando juntos en una sala en silencio, escuchó la voz del Rey del Invierno.

Su voz era dulce y triste. *Elednor*, dijo. *Elednor*, ¿por qué me has traicionado? *Vuelve a mí. Vuelve a donde perteneces. Solo yo te necesito...*

Maerad se encogió sobre el suelo, retorciéndose de terror, deseo y vergüenza. Tenía la boca llena de helechos muertos y tierra congelada. Vio en su mente, con una horrible claridad, el rostro del Rey del Invierno, su pálida belleza, su oscura furia; recordó cómo su tacto la había quemado de deseo. Al lado de aquellos recuerdos, todo lo demás —incluso su propia vida— parecía repentinamente trivial y vacío.

No quiero, gritó hacia el suelo sin oídos. *No quiero marcharme.*

No le respondas. Ardina le mordió el hombro, y Maerad la miró a los ojos, aturdida. Lo ojos de Ardina ardían con un fuego rojo. *No le respondas*, volvió a decir, con los dientes descubiertos en un gruñido. *Ahora sabrá dónde estás.*

Maerad se puso en pie tambaleándose y se colocó tristemente ante Ardina, con la

cabeza inclinada de vergüenza. *Creo que lo he hecho*, contestó.

Ardina volvió a morderla, apurándola por la zanja. *Reza para que tu voz no le haya llegado. ¿Has dicho su nombre?*

No, repuso Maerad.

Bueno, entonces puede que no te haya escuchado. No hemos de ir lejos. Date prisa, date prisa...

Maerad salió dando tumbos tras ella, atravesando el caos de la tormenta, ciega de aflicción. «Cualquier cosa que hago está mal», pensó. «El Rey del Invierno tiene razón; soy una traidora. No le he traicionado a él, me he traicionado a mí misma. Pero ¿cómo puedo ser sincera conmigo misma si todos mis “yo” tienen diferentes verdades?». ».

No era capaz de entender cómo iban a poder escapar. Aquello sonaba como si estuviesen desgarrando el bosque por completo a su alrededor; si no hubieran encontrado aquella zanja, el viento las habría despellejado; los monstruos del Rey del Invierno las habrían aplastado, borrado de la faz de la tierra. Solo era cuestión de tiempo que su precario escondite quedase al descubierto y la arrastrasen, temblando, ante la ira del Rey del Invierno. El placer que había sentido ante su condición de loba se había extinguido por completo: tropezaba de cansancio y la pata delantera le quemaba como si estuviese ardiendo.

Date prisa.

Ardina la mordió y Maerad se obligó a continuar, sintiendo que las piernas le temblaban. No podría llegar mucho más lejos, incluso aunque su vida dependiese de ello. Escuchó un estrépito muy cerca, tras ellas, como si un árbol gigante, violentamente arrancado, hubiese caído atravesando la estrecha zanja. Se las arregló para encontrar otra reserva de energía. Cojeaba detrás de Ardina, congelada y temblorosa, sin ser consciente de nada más aparte de la voluntad de acero que necesitaba para ir poniendo una pata delante de la otra.

De repente, Ardina desapareció. Maerad parpadeó como una tonta y miró a su alrededor, pero no veía ni olía ni rastro de ella. Se sentó sobre las patas traseras, demasiado cansada para pensar en qué hacer después, demasiado cansada para moverse, incluso demasiado cansada para sentir desesperación. Ardina la había abandonado. Ahora ya no podía hacer nada más que esperar.

Para entonces Ardina reapareció, gruñendo, con los ojos centelleantes. *¿Qué estás haciendo?*, le espetó. *Entra aquí.*

Maerad levantó la vista y vio que Ardina se había subido a un agujero que había sobre ellas en un lateral de la zanja. Con la sensación de que aquella sería la última cosa que haría, Maerad consiguió subir a duras penas hasta la entrada del agujero y siguió a Ardina al interior. Olía a tierra y hojas podridas, y de él salía un fuerte olor a animal. Ardina ya iba muy por delante de ella.

Maerad continuó arrastrándose, cada vez a más profundidad en el interior de la tierra, con las orejas pegadas a la cabeza, pensando que el túnel nunca se acabaría.

Daba la sensación de ser una tumba: fría como la muerte, completamente negra. Al final ya no sería capaz de arrastrarse para llegar más lejos, moriría allí sin más y sus huesos se reducirían a polvo durante eras mientras las estaciones parpadeaban y cambiaban en un lugar muy lejano, en el mundo de la luz del día. Pero, inesperadamente, las paredes desaparecieron y, incapaz de detenerse, Maerad cayó hacia delante, en la nada. Reaccionó echando las patas hacia delante para parar la caída y aterrizó con un pesado topetazo sobre la piedra.

Se quedó tumbada donde cayó, con los ojos cerrados y los flancos temblorosos.

La voz de Ardina le llegó a través de la oscuridad como desde una gran distancia. *Hemos escapado de la tormenta, dijo. Ahora el Rey del Invierno ya no nos encontrará.*

La respiración de Maerad volvió poco a poco a la normalidad y abrió los ojos. No veía nada en la oscuridad absoluta, pero no le hacía falta. Podía oír el sonido de las bestias a su alrededor; podía oler lobos. Se puso en pie con rigidez, olfateando el aire. Se encontraba en un gran espacio, supuso que una caverna, y las ráfagas de aire que viajaban por ella le decían que tenía tres salidas. Atrapó seis aromas individuales de lobo además del de Ardina, y olor a carne, tanto fresca como pasada. Cerca había una res muerta; podía oler la piel sangrienta, la médula de los huesos partidos, el olor a orina del miedo de la criatura mientras la mataban. La boca se le llenó de agua y se dio cuenta de que estaba muy hambrienta. Pero a aquel descubrimiento se le unió otro más urgente: tenía sed. Levantó la cabeza, tragando: había agua no muy lejos, la podía saborear en el aire. «Un río subterráneo», pensó. Podía oír su suave murmullo entre las rocas.

Bebe si lo deseas, dijo Ardina.

Maerad caminó rápida en dirección al agua, consciente de la presencia de los demás lobos, cuya atención estaba centrada en ella. Cerca había un pequeño arroyo, frío como el hielo; la boca se le quedó entumecida al beber, pero dio lengüetazos sedienta hasta que se la llenó. Después volvió a su lugar y se sentó al lado de Ardina, preguntándose qué pasaría después.

Se produjo un denso silencio, parecía que los lobos también estaban esperando. Ninguno movió un bigote y solo el murmullo bajo de su aliento resonaba por la caverna.

Muy lentamente, con la lentitud suficiente para permitir que sus ojos se fuesen adaptando a medida que parecía, algo comenzó a brillar en la cueva. Pronto era casi tan brillante como una suave luz del día, y Maerad miró a su alrededor. Había seis lobos sentados sobre sus cuartos traseros en forma de semicírculo, mirando a Ardina y a Maerad.

Mirad bien, amigos, les indicó esta a los lobos. Este es el premio que el Brujo de Hielo deseaba tanto y es para encontrarla por lo que hemos viajado hasta tan lejos.

Los lobos miraron a Maerad atentamente, aunque apartaron la vista cuando ella los miró a los ojos. Intentó no moverse incómoda bajo su mirada.

¿La guiaréis?, preguntó Ardina.

El lobo más grande, un enorme macho con un collar de pelo blanco, se acercó delicadamente a Maerad, la olfateó por completo y volvió al lugar en el que estaba.

Puede compartir nuestras matanzas y beber de nuestra agua, afirmó. *Le daremos la protección de la manada.*

Maerad se quedó mirando al macho mientras la cabeza le daba vueltas. Si aquel no era el lobo que la había saludado a la entrada de la cueva de Inka-Reb, era su hermano gemelo. Pero ¿qué iban a estar haciendo los lobos de Inka-Reb tan lejos de casa? No tuvo tiempo para pensar más, ya que todos los demás lobos se acercaron a ella y comenzaron a lamerle la cara y la boca, y a darle golpecitos con la cabeza bajo el mentón. Un par de los lobos más jóvenes se agacharon ante ella y la miraron agradablemente, con ojos cálidos y de adoración. Su repentino cariño casi la tira un par de veces, pero se sentía eufórica de una forma extraña y se puso en pie tan recta como pudo, con los ojos brillantes. El lobo macho se quedó a un lado impasible, observando los saludos.

Cuando la manada hubo terminado, volvieron a sus sitios y se quedaron mirando al macho expectantes. Parecía que las formalidades todavía no habían acabado. El lobo bostezó, mostrando sus largos colmillos. Después fijó su mirada en Maerad.

Soy Ka, dijo. *A nadie llamo amo, pero sirvo al gran Dhillarearen.*

¿Inka-Reb? Preguntó Maerad. Una mirada de afrenta cruzó el rostro del lobo y ella casi se muerde la lengua de enfado consigo misma; estaba claro que Ka no era un lobo al que se pudiese interrumpir. Pero continuó hablando gentilmente.

No sé como lo llaman los hombres, explicó. *Él es el espíritu lobo que vive entre las estrellas y el hielo, entre los vivos y los muertos. Cuando la luna se hinchó hasta su última plenitud, él camino hacia las estrellas y vio lo que nadie más ve. A menudo camina así. Cuando volvió, nos pidió que hiciésemos una gran matanza. Le trajimos un ciervo macho y le leyó las entrañas. Me dijo que quería un gran favor. Me dijo que la Dhillarearen que había venido a su cueva para hacerle una gran pregunta necesitaría guía. Nos pidió que te buscásemos y te siguiésemos, y nos dio su bendición sobre la frente. Ka hizo una pausa, esta vez se puso a rascarse laboriosamente, y Maerad asintió, deseando que aquello fuese lo educado. No quería volver a interrumpirle. *Salimos con la siguiente luz para seguir tu rastro. El día de la luna llena hallamos muerto a tu compañero y a un gran perro, casi tan grande como un lobo libre.* Maerad se estremeció y miró al suelo para ocultar su angustia ante la idea del cadáver de Dharin, abandonado como si fuese basura, con Garra a su lado. Le parecía algo terrible. *Tratamos su cuerpo con honor*, añadió Ka, y su mirada se suavizó. *Comprendemos esa pena que quema para siempre, cuando el compañero de tu vida ha muerto. Pero así es el mundo. Allí había otro más, pero no lo honramos.**

«Bien», pensó Maerad, con el deseo de venganza ardiente en su interior. Pero

entonces se quedó horrorizada consigo misma; tal vez incluso aquel Jusaco no mereciese ser deshonrado en la muerte. Sospechó que se lo habían comido. Más tarde se preguntó si los lobos querrían decir que habían honrado a Dharin comiéndoselo, y deshonrado al Jusaco tal vez orinando sobre su cuerpo, pero nunca se atrevió a preguntarlo.

Seguimos a sus perros domesticados, continuó Ka. La luna se hundió y se desvaneció y volvió a salir, y nos alejamos mucho de nuestras tierras, llegamos más lejos de lo que ha estado nunca ninguno de los nuestros. Pero llevamos la bendición del Dhillarearen sobre nuestra frente y ningún otro lobo osó retarnos al paso, ni siquiera si cruzábamos sus grandes carreteras y campos de caza. Finalmente llegamos a los altos y seguimos la carretera de los hombres, aunque apestaba, hasta el arco que quemaba el aire. Sabíamos que te habían pasado por él y no podíamos seguirte. En cambio seguimos a los hombres que te habían llevado con ellos, y ejercimos sobre ellos la venganza de nuestro Dhillarearen.

Maerad no fue capaz de permanecer en silencio. *¿Sobre todos ellos?*

Aquella vez Ka no pareció tan insultado. Entre ellos había un hombre de poder, continuó, pero no podía hacer nada contra la bendición de nuestros Dhillarearen, y le rasgamos la garganta. Había otros tres hombres que intentaron salir corriendo, y los cazamos a todos.

Había un hombre joven, intervino Maerad. No mucho mayor que un muchacho.

Había uno más. Estaba claro que Ka no iba a apresurarse con su historia. Era el que más olía a ti, pero tu olor en él no era el olor del miedo. Nuestro Dhillarearen nos advirtió de que no matásemos sin necesidad, para ser justos en nuestra venganza, por miedo a que la bendición se desvaneciese. Lo dejamos en libertad.

Maerad respiró repentinamente aliviada. Por lo menos la muerte de Nim no pesaría sobre su conciencia. Pensó en Amusk con la garganta desgarrada y no sintió ninguna pena.

Después de aquello vimos a la Hija de la Luna, tal y como se nos había dicho que ocurriría. En aquel punto Ka inclinó la cabeza cortésmente hacia Ardina, que había permanecido en silencio durante su narración y ella inclinó la cabeza muy seria en agradecimiento. Ella nos trajo hasta aquí y nos dijo que te esperásemos. Y así hicimos, y ahora llegamos al momento presente.

Os vi, exclamó Maerad. Os vi desde el trineo. Pero nadie más os vio.

Era la bendición de nuestro Dhillarearen, repuso Ka.

Te doy las gracias de todo corazón, dijo Maerad, preguntándose si aquello sería lo que se les decía a los lobos. Ka pareció satisfecho con sus palabras, y la atmósfera en la cueva se relajó perceptiblemente; un par de lobos comenzaron a rascarse, y una pareja comenzó a lamerse el uno al otro cariñosamente. Las formalidades, según parecía, habían terminado.

¿Tienes hambre?, preguntó Ka. Puedes comer. Puedes beber. No podemos partir hasta que la tormenta se haya consumido. Eso necesitará una luz y una oscuridad.

Aquí tenemos todo lo que necesitamos. Después te guiaremos hasta las montañas tan rápido como podamos. En seis luces nuestro viaje estará completo.

Maerad volvió a salivar ante la idea de la comida. Caminó hasta el cuarto trasero del ciervo, que ya estaba medio comido. Había otros dos tirados tras él. Comenzó a desgarrarlo con los dientes, arrancando trozos de carne que después se tragaba sin apenas masticarlos. Cuando su hambre se vio saciada, volvió a un lugar cercano a la pared de la cueva, donde había un ligero hundimiento en la roca y se enroscó sobre su protuberante barriga, tocándose la cola con la nariz, absolutamente satisfecha. No fue hasta entonces que recordó que en circunstancias normales una comida así le hubiera producido arcadas de asco.

Ardina la acarició con la nariz y Maerad se incorporó, parpadeando.

Ahora te dejaré, dijo. Debo volver a mis dominios.

Te doy las gracias, Ardina, dijo Maerad, e instintivamente se inclinó hacia adelante y la tocó con el hocico bajo el mentón. Ardina estiró el cuello con placer y Maerad reflexionó asombrada que en circunstancias normales nunca hubiera osado hacer un gesto así con la Elidhu. Ahora ya no había ninguna impertinencia en el gesto y parecía no haber necesidad de otras palabras.

Después Ardina se inclinó y lamió la pata izquierda de Maerad. Esta pegó un respingo; ahora le dolía muchísimo. En lugar de su mano mutilada tenía una pata tullida, a la que le faltaban dos dedos y la piel apenas curada se había desgarrado durante su larga carrera a través de las montañas. Cuando Ardina lamió la herida el dolor cesó. Durante un extraño momento Maerad pensó que su pata volvía a estar entera, pero bajó la vista y vio que todavía le faltaban los dedos. En el lugar en el que deberían estar, la piel estaba negra y suave.

Recuerda tu corazón de lobo, le advirtió Ardina. *El Rey del Invierno no tiene poder sobre eso. Y donde no tiene poder, no puede ver.*

Pero ¿puede verme como Bardo?, preguntó Maerad con una vocecilla. *¿Tendría que continuar siendo un lobo para siempre?*

Conoce tu Nombre Bárdico, explicó Ardina. *Tal es la elección de tu corazón. Y recuerda, hija, ninguna otra persona ha de decir si lo que hacer es correcto o incorrecto. Yo no te hubiera ayudado a huir de su fortaleza si tú no lo hubieras deseado, aunque tu presencia allí no era algo que yo deseara. Ni siquiera yo puedo ver todos los finales, pero llevo suficiente tiempo en este mundo para saber que una elección forzada no es una elección y que alimenta lentos males, incluso si ha sido tomada por la más noble de las razones.*

Maerad escuchó en silencio, y la pesadez de su corazón se vio aliviada ante las palabras de Ardina.

Ve en paz, la bendijo, y los dos lobos se tocaron los hocicos. Después Ardina se volvió y salió rápidamente, y cuando se marchó, la luz de la caverna se atenuó y desapareció.

Maerad durmió el sueño del cansancio absoluto, sin apenas moverse durante mucho tiempo. La despertó Ka.

Debes comer, le recordó. Ahora correremos.

Junto al resto de la manada, Maerad comió lo que quedaba de los cadáveres de la cueva, incluso rompió y se tragó los huesos. Entonces Ka guio a la manada para salir de la caverna por una estrecha cueva que se dirigía al sur. Maerad sabía el camino que tenía que seguir por algún tipo de nuevo sentido, como si ahora su cerebro contuviese una brújula. Atravesaron la cueva en fila, caminando tranquilamente, y algunos de los lobos jugaban juntos mientras avanzaban, mordisqueándose el uno al otro o rodando en peleas de broma. En las cuevas había otros animales que sin duda se habían refugiado allí de la tormenta, pero los lobos no les prestaron atención, ni siquiera a las liebres, que se acurrucaban junto a las paredes cuando estos se acercaban; tenían la barriga llena y no sentían ninguna necesidad de cazar. De vez en cuando pasaban bajo colonias dormidas de murciélagos, que colgaban boca abajo como extrañas uvas correosas. El olor de sus boñigas hizo que Maerad arrugase los labios sobre los dientes de disgusto.

Salieron a la parte inferior de una superficie rocosa que sobresalía de los árboles. A juzgar por el ángulo del sol, era casi mediodía.

Todavía estaban en el bosque, comprendió Maerad, pero este estaba lleno de marcas de una terrible devastación. Parecía que casi cada tronco de árbol estuviese cortado y por todos lados había un embrollo de ramas rasgadas y hojas, y a veces el cadáver de algún animal desafortunado. También había marcas de fuego: Maerad contempló árboles que debían de haber ardido como enormes antorchas, que ahora eran esqueletos tristemente ennegrecidos, aunque el fuego no se había extendido mucho a causa del frío. Parecían las secuelas de una guerra y había tensión con un extraño silencio. Se mantuvo detrás del resto de la manada, con las orejas alerta, intentando percibir la presencia del Rey del Invierno, podía sentirlo débilmente, muy lejos, rumiando, preocupado.

Los lobos se abrieron paso a través del bosque en ruinas, siempre en dirección al sur. Avanzaban sin ningún orden en particular, parecía que Ka era el lobo que tenía más autoridad, pero no era el líder absoluto. Sobre todo los guiaba una loba llamada Neka, que era, según parecía, más hábil a la hora de encontrar el camino por aquel caótico terreno en ruinas. Pese a los escombros avanzaban con rapidez.

Hacia última hora de la tarde alcanzaron los límites del bosque y entraron en un paisaje parecido a las llanuras de Arkiadera, una tundra llana y sin árboles. Entonces los lobos estiraron sus cuerpos delgados y musculosos y comenzaron a correr sobre la nieve. La manada entró en un galope rítmico y lleno de gracia, que podía mantenerse durante horas. Se alejaron corriendo en la noche, mientras la media luna se alzaba en un cielo despejado y derramaba su luz de plata sobre la nieve.

Tal y como Ka había predicho, había seis días de viaje hasta el Osidh Elednor. Maerad estaba estupefacta ante el aguante de los lobos, su paso incesante. El mal tiempo no suponía ninguna diferencia; si nevaba, la manada corría muy junta, para no perderse, pero no menos rápido. Los lobos tenían prisa y solamente cazaron dos veces, el tercer día y el sexto, aunque en varias ocasiones durante su carrera cazaron una liebre o un ratón que habían tenido la mala suerte o habían sido lo bastante incautos para cruzarse en su camino.

Pese a su paso, estar con la manada de lobos era, según descubrió Maerad, terriblemente divertido. Los lobos parecían ser adictos al juego. Había una loba joven llamada Skira a la que le gustaba especialmente brincar sobre los otros cuando la manada se detenía; se quedaba acechando detrás de algún lobo con la guardia baja y de repente le saltaba sobre la cadera, pegándole un buen mordisco antes de apartarse. A veces aquello daba como resultado una persecución salvaje en la que el lobo ofendido finalmente la acababa atrapando, los dos caían rodando por el suelo formando una alborotada maraña de dientes, garras y pelo, mientras el resto de la manada ladraba ante sus payasadas, un sonido que Maerad enseguida reconoció como la risa de los lobos. Una noche toda la manada, incluso Ka, se vio envuelta en un loco corre que te pillo, deslizándose sobre la nieve como una panda de niños retozones. Maerad no sabía de dónde sacaban la energía; ella al final del día estaba por lo general demasiado cansada para hacer nada más que emitir un aullido de protesta si alguien saltaba sobre ella.

A Maerad se la trataba como a una huésped de honor, pero a pesar de su simpatía se sentía un poco fuera de las relaciones estrechamente tejidas de la manada. Comprendió después de un par de días que habían dejado a los lobos más jóvenes y a los más ancianos con Inka-Reb, Ka tan solo había tomado a los más fuertes de su manada. Una noche, los lobos cantaron por aquellos a los que echaban de menos, colocados en círculo y cantando largos ululares de una extraña belleza que hicieron estremecerse a Maerad.

A diferencia de los perros de Dharin, había muy pocas peleas; a veces Skira iba lo bastante lejos para ofender la dignidad de Ka y entonces se llevaba un gruñido y un mordisco. Maerad comenzó a comprender que, para ser salvajes, los lobos eran unas bestias muy tiernas. Por la noche dormían muy cerca unos de otros para mantener el calor, y a menudo se despertaba con la pata delantera de un lobo sobre su espalda, en una muestra de afecto espontánea.

Ka y Neka eran compañeros y los líderes de la manada, cada uno de ellos se hacía cargo de ella según la necesidad. Neka era normalmente la líder cuando viajaban, ya que era la más hábil en hallar rutas y tenía la nariz más sensible; podía oler a un ciervo desde más de una legua de distancia. Ka era mejor cazador, aunque los dos eran muy hábiles, tal y como descubrió Maerad cuando realizaron su primera gran

matanza.

La manada se vio atenuada al tercer día, sin piques ni juegos, ya que el hambre comenzaba a roerlos. Maerad se moría de hambre; la gran comilona que había devorado antes de partir ya estaba digerida y en lo único que podía pensar era en que necesitaba comida. La manada estaba nerviosa mientras corría, en busca de algún olor reciente. Hacia el mediodía, Neka descubrió un rastro fresco, un pequeño rebaño de ciervos, y la manada giró hacia el este para seguirla, viajando en contra del viento. Cuando se acercaron al rebaño se detuvieron.

Tan solo tres lobos cazaron: Ka, Neka y otro macho joven, Oraka, que era casi el retrato de Ka. El resto de la manada se limitó a tumbarse y esperar, felices de descansar, moviendo las orejas y lamiéndose. Maerad sentía curiosidad por ver la cacería, pero estaba claro que los otros lobos tenían que mantenerse fuera del camino: aquella matanza era demasiado importante para verse interrumpida por cazadores inexpertos. Aguzó el oído; podía oler a los lobos, pero no escuchaba ni un sonido mientras acechaban al ciervo inconsciente. Poco después se produjo una explosión de actividad: escuchó la rapidez repentina de los tres lobos saltando sobre el ciervo, la estampida de sorpresa y miedo del rebaño, sus gritos de alarma, el gruñido aterrorizado de un animal moribundo. Tenía tanta hambre que no sintió pena; en vez de aquello comenzó a salivar, y esperó impaciente la señal para acercarse y comer.

Poco después Ka volvió corriendo y la manada se levantó ansiosa y lo siguió. Los cazadores habían matado a dos ciervos, unas diminutas y esqueléticas bestias que apenas conseguirían superar un duro invierno, pero aun así servían para comer. Comenzaron a desgarrar los cadáveres calientes, comiendo con un hambre feroz. En medio de aquel festín dos grandes cuervos se posaron a una respetuosa distancia y esperaron su oportunidad de acercarse a los cadáveres.

Los lobos descansaron tras la comida, dormitando o jugueteando ociosos, hasta que Ka se sacudió y se puso en pie. Entonces volvieron a partir.

Maerad olió las montañas antes de verlas: era el olor del pino, acre en el aire frío, que descendía desde los bosques a sus pies. Entraron en el bosque el quinto día, siguiendo un rastro dejado por humanos, aunque no utilizaron el camino sino que corrieron a su lado. Llegaron a las montañas al día siguiente, justo después de haber vuelto a matar.

El paso comenzaba, igual que el de Gwalhain, con dos piedras erguidas. Desde allí Maerad podía ver la carretera que serpenteaba alrededor de la base de la primera montaña. Los lobos se arrastraron cautelosamente hasta la entrada, alerta ante cualquier olor humano, pero no olfatearon nada. Ningún humano había pasado por allí en semanas.

Mirando más allá de Ka, en dirección a las piedras erguidas, Maerad abrió su mente con brusquedad a los recuerdos humanos, que en sus días de lobo había hundido en la parte posterior de la mente. Sabía que aquel era el paso de Loden, que llevaba a la esquina nordeste de Annar.

Intentó recordar qué había dicho de él Gahal en Ossin, pero no le vino nada a la cabeza.

¿Dónde tenía que ir ahora? Lo único que le vino a la cabeza fue que tenía que encontrar a Hem.

Por fin hemos llegado a la separación, dijo Ka. Que tengas un buen viaje y que las bendiciones te acompañen.

Maerad se quedó mirándolo, momentáneamente desconcertada. Se dio cuenta de que ya no necesitaba a la manada para guiarla y que sería peligroso para los lobos recorrer el interior de Annar, pero sintió una aguda punzada ante la idea de abandonarlos, un disgusto lobuno ante la idea de estar sola. Se recompuso y añadió con la dignidad que había aprendido que correspondía a un lobo.

Me apena dejaros. De aquí en adelante mi corazón estará oscuro. Os agradezco vuestra guía y protección.

Hemos hecho lo que se nos pidió, replicó Ka. Ahora volvemos a casa.

Que tengáis un viaje seguro, dijo Maerad. Entonces se vio rodeada de hocicos y colas, cuando la manada se agrupó a su alrededor para despedirse de ella. Tocó a cada lobo en el hocico, acabando por Ka y Neka. Entonces, sin mirar atrás, la manada se volvió y salió corriendo.

Desolada, Maerad los contempló hasta que desaparecieron entre los árboles. Se quedó sentada durante un tiempo después de que se hubieran ido, levantando el hocico para atrapar sus olores que iban desapareciendo, y después se volvió y se metió en el paso.

El paso de Loden no era ni tan elevado ni tan largo como el de Gwalhain. A Maerad le llevó dos días llegar al otro lado. Iba tan rápido como podía, un lobo solo se mueve más rápido que una manada. Temía tener hambre antes de llegar a Annar; ya sabía que no era muy hábil como cazadora, y no le atraía la idea de cazar en las montañas. Evitó la carretera, que empleaba tan solo cuando no tenía otra elección, ya que prefería correr a su lado sobre las pendientes nevadas de las montañas.

Fue un viaje melancólico. Echaba de menos la compañía de la manada, especialmente por la noche, cuando el frío la agujereaba por primera vez desde que era loba, y se sentía vulnerable sin ellos. No vio a ningún humano y a muy pocos animales aparte de los pájaros, aunque podía oler la presencia de otras bestias. Sin duda se estaban manteniendo fuera de su camino.

El sol ya estaba alto cuando pasó entre las piedras erguidas del lado annariense del paso. Los elevados altiplanos del norte de Annar, cubiertos por una fina capa de nieve, se extendían ante ella a modo de suaves ondulaciones, con árboles invernales desnudos que destacaban negros contra el blanco, y sintió un momentáneo vuelco de gozo. Aquel no era el lugar de extensos cielos y llanuras planas sin fin que había dejado, sino un paisaje que le resultaba familiar y querido. Pero no se detuvo a saborear al momento; se sentía poco triunfante por haber llegado tan lejos, contra todo pronóstico. En lugar de aquello continuó hacia el sur, preguntándose qué haría después.

Mantuvo su forma de loba, tenía siempre presente la advertencia de Ardina acerca de que el Rey del Invierno podría percibirla si volvía a ser Bardo. Todavía no estaba lo bastante segura de sus sentimientos hacia el Rey del Invierno para arriesgarse a realizar el cambio. Podría ser que su deseo de verlo fuese mayor que su anhelo de libertad y la traicionase. Y era más fácil viajar siendo loba, pese a su falta de habilidades en la caza, que era algo mucho más difícil de lo que aparentaban otros lobos. Tras unos cuantos intentos infructuosos de perseguir conejos y un ridículo momento en que saltó sobre una sorprendida ardilla, tan solo para acabar viéndola salir disparada con un chillido de pánico de debajo de sus patas delanteras, rascándose la nariz, y cómo desaparecía posteriormente en un abrir y cerrar de ojos en un árbol, comenzaba a tener mucha hambre.

Al día siguiente se encontró con una aldea aislada. Esperó en las afueras hasta que cayó la noche, escondida en una cuneta, con la nariz avivada por el olor de las ovejas, el ganado y los pollos, y los retortijones de hambre desgarrándole el estómago.

El aire se volvía denso con el olor más inquietante de los humanos y sintió un cosquilleo al saber que tenía que tener cautela a medida que se arrastraba hacia las casas. Solo había tres, agrupadas y con las contraventanas fuertemente cerradas. Descubrió que los animales estaban encerrados en grandes establos anexados a los laterales de las casas, sin duda para mantenerlos a salvo de los merodeadores como ella.

Maerad eligió el establo que estaba más cerca de la cuneta y se quedó un buen rato en la puerta, olfateando hasta estar segura de que no había humanos dentro. Después, con mucho cuidado, soltó el pestillo con los dientes y se coló en el interior. Justamente al lado de la puerta había varias aves de corral que dormían. Consiguió matar a una, rompiéndole el cuello con un golpe rápido, antes de que el resto se despertasen y comenzasen a chillar presas del pánico, despertando a los demás animales. En el exterior un perro comenzó a ladrar. Maerad agarró el cadáver, salió del establo y huyó. Apareció un hombre, gritando y blandiendo una horquilla, pero para aquel entonces Maerad ya estaba bien lejos.

Se sintió mejor después de haberse comido el pollo, que era gordo y jugoso, aunque cuando se lo acabó deseó haber tenido tiempo para matar a otro más; aquel le había quitado el límite del hambre, pero no la sustancia. Después se acurrucó en el hueco hecho por las raíces de un anciano sauce y se quedó profundamente dormida.

Al día siguiente se despertó temprano y continuó con su viaje al sur bajo un cielo encapotado. No tenía un idea clara acerca de qué hacer; su único pensamiento era viajar tan rápido como pudiese, para encontrar el camino hasta Turbansk, para localizar a Hem. No vio más aldeas; aquella parte de Annar estaba muy poco habitada, aunque a veces veía casas abandonadas, con las puertas colgando como borrachos de sus bisagras rotas, y las contraventanas aleteando en el viento.

La fina y helada lluvia que llevaba toda la mañana cayendo había convertido la nieve en una masa fangosa y se había añadido al aire de melancolía que llenaba el campo. Maerad recibió la lluvia de buen grado; se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde que había escuchado sus suave murmullo, cuánto tiempo desde que viajaba atravesando tierras heladas. Le parecía que había sido siempre.

Comenzó a tener la extraña sensación de que sabía dónde estaba, como si ya hubiese visitado aquella tierra en un sueño. Fue entonces cuando se dio cuenta de que debía de estar cerca de Pellinor, la Escuela en la que había nacido. «Esta debe de ser la Franja de Pellinor». Una vez había sido una región densamente poblada, pero ahora estaba vacía y abandonada, la única señal de lo que había sido eran los tristes restos de las casas junto a los que pasaba cada vez con más frecuencia.

Maerad no había estado en Pellinor desde que era pequeña, desde el terrible día en el que la habían saqueado y quemado hasta los cimientos y su madre y ella habían

sido tomadas para ser esclavas. De repente se vio consumida por un abrumador deseo de ver su lugar de nacimiento, por arruinado y lúgubre que pudiese ser. Tal vez, en el lugar en el que su madre había sido Primer Bardo, en el hogar en el que su madre y su padre se habían amado y habían tenido a sus hijos, podría llegarle alguna inspiración y sabría qué hacer después.

Sabía que la Escuela estaba anidada entre las montañas, de modo que, manteniendo el Osidh Annova a su izquierda, corrió atravesando el desolado paisaje invernal. Resultaba un alivio tener algún objetivo concreto y aceleró el paso, manteniéndose alerta en busca de alguna señal de la Escuela. La lluvia cesó, dejando un banco de nubes negras que prometían más.

Halló las ruinas justo antes del mediodía. Llegó a una pendiente densamente poblada por hayas y alerces sin hojas, y vio un muro de piedra quebrada a menos de media legua ante ella. Tras el muro se alzaban los restos de lo que había sido una alta torre y otros edificios.

Maerad se detuvo, repentinamente dudosa. Parecía incluso más miserable de lo que había esperado. Pero su deseo de ver Pellinor superaba a sus dudas, y por fin subió la colina hacia el arco quebrado que había sido la puerta de la Escuela.

Casi en cuanto pasó al otro lado del muro, Maerad lamentó haber venido, pero tampoco podía marcharse, como si hacerlo tan pronto, sin mirar como debía, indicase una falta de respeto o de coraje. Los muros se alzaban a su alrededor, la mayoría de ellos inclinados y rotos, cubiertos por plantas trepadoras marrones y sin hojas que el viento zarandeaba ruidosamente contra la piedra. En muchos lugares esta estaba todavía ennegrecida por el fuego, y entre los escombros caídos, ahora cubiertos por un detritus invernal de hojas muertas, podía ver vigas carbonizadas, puertas rotas y trozos de vidrio de vivos colores. Las calles de piedra estaban quebradas y obstruidas por hierbas muertas, pero a no ser que un muro se hubiese derrumbado sobre ellas, todavía se podía circular. Un viento frío emitía un fino silbido mientras soplaba entre los agujeros de las paredes.

A veces pasaba al lado de una casa que estaba prácticamente intacta, excepto el techo, que hacía mucho tiempo que se había derrumbado. De vez en cuando encontraba algún vidrio en una ventana que, por algún milagro, continuaba sin romperse o podía reconstruir los restos de lo que una vez había sido un mosaico de colorido empedrado, dentro del que había un dibujo intacto en una esquina: el contorno de unos lirios entrelazados, o un pájaro en vuelo. Sobre el suelo vio restos de estatuas, con los rostros hechos añicos, y los restos de lo que había sido un dintel tallado con flores, y una sartén de hierro, ahora abollada y roja de óxido. En una ocasión, serpenteando entre los caminos en ruinas de Pellinor, fue a parar a un diminuto patio en que había una fuente de mármol que estaba prácticamente intacta. Tenía la imagen de una hermosa mujer sosteniendo un aguamanil, del que una vez había salido el agua que caía en un pequeño pilón. El mármol estaba cubierto de rayas de limo verde y el pilón vacío estaba atascado por las hojas muertas.

Nada se despertó en la memoria de Maerad mientras caminaba entre las ruinas de Pellinor. Aquel lugar triste y desierto no encajaba en sus escasos recuerdos, que estaban llenos de color, luz y canciones; no revelaba nada más que su propia desolación. Lo único que quedaba era una ausencia sombría e invernal. La llenaba de una inmensa tristeza y sus pensamientos se volvieron hacia el sueño premonitorio de Turbansk, que hacía tanto tiempo en Ossin. ¿Sería aquel el sino de Turbansk? ¿Estaría aquella escuela también condenada a convertirse en unas inquietantes y lastimosas ruinas? Tal vez la ciudad ya hubiese caído, y su luz y belleza se hubieran extinguido para siempre.

Apartó sus pensamientos de Hem. Ya estaba suficientemente triste.

Maerad paseó apenada entre las ruinas, arrastrando la cola tras ella, hasta que llegó a un espacio abierto que resultaba evidente que había sido el círculo central de la Escuela. En cuanto penetró en el círculo, Maerad se quedó paralizada.

Parecía que la Escuela de Pellinor no estaba completamente desierta: entre las ruinas todavía moraba un hombre. Primero se fijó en él y después en un fuerte olor a humo de madera y a carne, que la hizo salivar. Vio que había un caballo pastando en el lugar más alejado del círculo. No había olido el humo ni al hombre antes, preocupada como lo había estado con sus sombríos pensamientos, y el viento había apartado el olor de ella. Ahora maldijo su falta de atención.

Por razones que no acababa de comprender, Maerad no se escabulló para esconderse entre las paredes de piedra caídas. Tal vez el hombre le diese algo de su comida, o si no se la daba, tal vez pudiese cogérsela. Se mantuvo en tensión al límite del círculo y observó al hombre de cerca.

Parecía ser un viajero. Estaba inclinado sobre el fuego, avivándolo con un palo. Tras un breve período de tiempo, pareció percatarse de la presencia de Maerad. Volvió la cabeza y la miró directamente. Más que cómo se fijaba en ella, sintió su mirada.

El hombre se puso en pie, pero aun así ella no huyó. Dudosa, preparada para volverse y salir corriendo en un instante, dio unos cuantos pasos hacia el espacio abierto y allí se detuvo, con el corazón martilleándole en el pecho. La carne tenía un olor delicioso y alzó el hocico hacia el aire, saboreándola. El hombre no parecía peligroso. Si se acercaba a él muy lentamente, mostrándole que no pretendía hacerle daño, tal vez le diese algo de comer.

El hombre la observó de cerca mientras caminaba hacia él, pero no se movió. No podía verle la cara, ya que iba encapuchado con una capa negra. Maerad no podía percibir que tuviese miedo y aquello la asustaba un poco, pero tampoco estaba enfadado. No hacía nada: simplemente estaba allí de pie y esperaba.

Ella tenía mucha hambre. Cortando el contacto visual para indicarle que no pretendía hacerle daño, se fue acercando más y más, deteniéndose cada pocos pasos, hasta que tan solo les separó una pequeña distancia.

Samandalamë, ursi, dijo el hombre en el Habla. Su voz era amable y cálida.

—Bienvenida, loba. Pareces hambrienta.

Maerad lo miró a la cara, y por fin lo reconoció.

No fue capaz de reaccionar. Se quedó mirándolo, con la mente completamente en blanco.

Era Cadvan, y allí, acercándose con cautela a él, mirándola, estaba Darsor. Era el rostro de Cadvan, su capa, su espada. Parecía cansado y consumido, y sus ropas estaban más harapientas que la última vez que lo había visto, pero estaba tan vivo como ella.

El corazón de Maerad se encendió con una alegría salvaje y saltó hacia él, deseando abrazarlo, decirle que lo sentía, llorar, sacudirlo por haberla hecho sufrir durante tanto tiempo, todas aquellas lágrimas, todo aquel dolor y pena, cuando en realidad no había muerto. Él se echó hacia atrás con un agudo grito, sacando su espada, y Maerad, a punto de clavarse en la hoja, tuvo que echarse bruscamente a un lado, y cayó sobre las piedras del pavimento.

No deseo hacerte daño, advirtió Cadvan. Su voz todavía era dulce. *No hace falta que me mates por comida*.

Maerad se recompuso, sorprendida por la reacción, y después recordó que era un lobo. A Cadvan le había parecido que lo estaban atacando.

Se sentó sobre los cuartos traseros e inspiró profundamente. Esta vez resultaba más fácil. Se concentró en lo más profundo de su ser, hundiéndose capa tras capa hasta que halló el punto de transformación. «Sé Maerad», pensó. «Sé yo».

Después llegó el momento de terrible dolor, la sensación de ser arrojada a un fuego, y entonces Maerad se encontró sentada en el suelo delante de Cadvan, mirando su rostro atónito, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Supongo —dijo Cadvan después de un largo silencio— que todavía querrás un poco de guiso.

Maerad se echó a reír. Arrojó su hatillo al suelo, se puso en pie tambaleándose, y lo rodeó con sus brazos. Él se balanceó hacia atrás sobre los talones mientras se abrazaban durante un largo momento y aquel abrazo curó muchas cosas: largas semanas de soledad y pena, aguante y sufrimiento. Maerad nunca había sido tan puramente feliz.

Tras un rato se separaron y estudiaron el rostro del otro.

—Creía que estabas muerto —dijo Maerad—. ¿Por qué no estás muerto?

—Te lo diré después de que hayamos comido —respondió Cadvan—. Estás casi tan delgada como cuando nos conocimos.

—¿Y qué estás haciendo aquí?

—Te estaba esperando, por supuesto. No tenía ni idea de que fueses a aparecer convertida en lobo. Debería haber adivinado que Maerad la Impredecible no elegiría algo convencional. Espero que perdones mi descortesía. No fue más que un mal entendido.

Maerad retorció la boca y se inclinó.

—Te perdonaré si tu guiso sabe tan bien como huele. Y si tus explicaciones son lo bastante entretenidas.

—Dudo que estén a la altura de las tuyas. —Entonces Cadvan le vio la mano izquierda, y pareció afligido—. ¡Maerad! Tu mano...

Maerad se sintió avergonzada y la escondió torpemente bajo la capa.

—Lo más probable es que no vuelva a tocar —murmuró—. No importa... —Pero Cadvan le tomó la mano mutilada entre las suyas, y dibujó con dulzura las terribles cicatrices que tenía en el lugar donde le habían cortado los dedos, sin decir nada. Su rostro parecía preso de una inmensa tristeza.

—Maerad —empezó por fin—, en las últimas semanas he tenido mucho tiempo para pensar. Siento haber sido desagradable antes de que nos perdiésemos el uno al otro. Lo he lamentado muy a menudo y muchas veces he deseado poder decírtelo, y temía no poder hacerlo nunca.

—Yo también me he arrepentido de muchas cosas —admitió Maerad en voz baja—. Pero mira, ¡estamos vivos!

Cadvan sonrió y su severo rostro se iluminó con una súbita alegría.

—Lo estamos —afirmó—. Que tú estés aquí me parece un milagro que va más allá de la esperanza.

—Cadvan, y he encontrado el Canto del Árbol. O la mitad de él. Había estado en mi lira todo el tiempo.

Cadvan le dirigió una prolongada mirada, con los ojos oscurecidos.

—Esa es una gran noticia —pronunció sobriamente—. Pero debería estar igual de contento de verte si no lo hubieras encontrado. —Al principio Maerad se preguntó por qué Cadvan no se mostraba más jovial ante sus noticias, pero después recordó cómo lo había acusado de utilizarla como una herramienta de la Luz. El recuerdo le dolía y no podía pensar en ninguna palabra para superarlo—. Has pagado un precio muy alto por saberlo —continuó Cadvan dulcemente. Le acarició la mano mutilada una vez más y se la soltó—. Tenemos mucho que contarnos, pero incluso las mejores historias se vuelven aún más grandes después de comer.

—Sí —le dio la razón Maerad—. Pero primero he de hablar con Darsor. —Se acercó al gran caballo negro y le rodeó el cuello con los brazos. Él le tocó el hombro con el hocico.

Bienvenida, Maerad, saludó. Era la primera vez que Darsor había dicho su nombre. *Siempre dije que eras una gran maga*.

Maerad lo besó en la nariz. *Encontrar amigos a los que creía muertos es mejor que cualquier grandeza*, replicó.

Muchos magos discreparían contigo, respondió él.

Tal vez sea por eso por lo que no son tan grandes, respondió Maerad volviéndole a besar la nariz.

Darsor relinchó con una risa equina y volvió a comer.

Cadvan y Maerad dieron cuenta juntos del guiso de conejo, volviendo a

sumergirse con facilidad en su viejo compañerismo. Y después hablaron durante horas, acurrucados al lado del fuego mientras el cielo se despejaba sobre ellos y las sombras se alargaban hacia la tarde. Las blancas estrellas salieron una a una en el negro manto invernal, y todavía estaban hablando.

La primera cosa que Maerad quería saber era cómo había sobrevivido Cadvan a la avalancha.

—Fuimos afortunados —explicó él—. La carretera se metía en un túnel que atravesaba la ladera de la montaña. Darsor entró corriendo mientras la montaña se derrumbaba, pero fue por poco.

Maerad se quedó en silencio durante un tiempo, reviviendo el terrible momento en el que pensó haber visto morir a Cadvan y Darsor.

—¿Por qué no pude verlo? —Preguntó por fin—. Si lo hubiera sabido... si tan solo hubiera tenido una pequeña esperanza... —pensó en lo diferentes que podrían haber sido las cosas y después valoró si, si lo hubieran sido, habría sabido lo que ahora sabía.

—Estaba oscuro —añadió Cadvan—. Darsor lo vio después de que tú cayeses; era por eso por lo que corría. Yo ni tan siquiera sabía que estaba allí hasta que estuvimos dentro.

Habían esperado hasta que la avalancha había remitido y los iriduguls se habían desvanecido y después habían cabalgado hasta el otro extremo del túnel. Tras dejar a Darsor esperando al otro lado, Cadvan había subido a la montaña para volver a la carretera donde habían luchado contra los iriduguls, lo que le llevó hasta el alba del siguiente día. Había encontrado la carretera completamente bloqueada por la avalancha y ningún rastro de Maerad.

—Pensaba que estarías aplastada bajo las rocas, o que se te habrían llevado los iriduguls —continuó—. Nunca había sentido tanta negrura. Todo me parecía en vano. Recorrí de vuelta por el paso más o menos una legua, y me encontré con varias caravanas de Pilanel, que se dirigían al norte, hacia Murask. Llevaban a Imi con ellos; había salido corriendo por la carretera presa del pánico y había chocado con ellos, literalmente.

—¿Dónde está? —chilló Maerad de alegría.

—Se había mallugado, pero nada más. No sé cómo no salió disparada por la ladera de la montaña aquella noche, pero parece ser que la suerte también estaba con ella. Y después de todo es de una estirpe de montaña. Todavía está con los Pilanel; con gente amable y cuidarán de ella. Tenía el corazón destrozado porque te habías perdido y no quiso venir conmigo.

»Los Pilanel no te habían visto y yo no pensaba que hubieses vuelto por aquel camino, aunque podrías haberte cruzado fácilmente con ellos oculta por un conjuro destellante. No sabía si buscar o si sería inútil, y si iba a buscar, ¿por dónde comenzar? Les hablé a los Pilanel de la carretera bloqueada y decidieron limpiarla. Tenían hombres fuertes y herramientas, pero a no ser que tuvieran más manos,

pensaban que les llevaría dos semanas excavar aquella roca.

—¿Y qué hiciste entonces? —preguntó Maerad.

—No podía permitirme esperar tanto tiempo y al final Darsor me obligó a decidirme. No podía abandonarlo y estaba al otro lado del túnel. Volví a subir la montaña y hablamos durante mucho tiempo. Darsor es un animal sabio: dijo que no creía que tú estuvieras muerta, aunque no podía explicarme por qué lo pensaba, y que si estabas viva, se te habría llevado el Rey del Invierno o seguirías la búsqueda. Así que continuamos por el paso hasta Zmarkan, siempre en busca de señales de ti. Pero no hallamos nada.

—Entonces ¿por qué no te vi en Murask? —preguntó Maerad—. Llegué allí... oh... cuatro semanas después. Estoy segura de que me lo habrían dicho.

—Porque parecías haberte desvanecido en el aire y pensé que lo más probable era que si estabas viva, hubieras sido capturada —admitió Cadvan—. Decidí ir primero a Arkan-da. —Cadvan había cabalgado duramente por las llanuras de Arkiadera y había alcanzado el lago Zmark en menos de una semana. Se había disfrazado de Jusaco y viajado por los asentamientos Jusacos esparcidos alrededor del lago hasta llegar a Ursk, la mayor ciudad jusaca, que estaba anidada al pie de la cordillera Trukuch, a cuarenta leguas al este de Arkan-da—. Los Jusacos llevaban veinte años bajo el dominio de un hechicero negro, un siervo del Rey del Invierno —siguió. Maerad pensó en Amusk y se estremeció.

—Creo que ahora está muerto —dijo. Cadvan le dirigió una mirada de sorpresa—. Lo mataron los lobos —explicó ella—. Te lo contaré dentro de un momento. — Cadvan asintió y continuó con su historia.

—Ursk era un lugar maligno; unos Jusacos intentaron robarme en el salón de su jefe. Sufrieron buenos dolores; después de aquello me tenían miedo, pero aun así no me pudieron o quisieron decir nada acerca de una muchacha llamada Maerad de Pellinor.

»Fui a Arkan-da y consumí muchos infructuosos días intentando encontrar la manera de entrar en su fortaleza. Pero en mi búsqueda no escuché ningún rumor acerca de ti. Estaba seguro de que si estuvieses allí lo sabría, incluso a través de la protección del Rey del Invierno sobre su fortaleza, y por fin pensé que debía de haber hecho una suposición errónea, y que tal vez hallaría noticias de ti en Murask. La nieve había comenzado temprano y me llevó un poco más de tiempo volver sobre mis pasos atravesando Arkiadera, si no hubiera sido por eso tal vez no nos habríamos encontrado. Llegué a Murask tres días después de que te hubieras marchado con Dharin. Tenía planeado seguirlos, pero Sirkana me advirtió que no había equipo de perros más rápido que el de Dharin, así que decidí esperar tu regreso.

Se esperaba que Maerad y Dharin volvieran cuatro semanas después, y al cabo de cinco Cadvan había comenzado a ponerse ansioso. Tras seis semanas, frenético de preocupación, fue a visitar a Sirkana para suplicarle un trineo con el que trazar el camino hacia el norte, pero no se lo permitió.

—Dijo: «Ya he pagado el precio de vuestra búsqueda, dos veces» —reprodujo Cadvan—. «No sacrificaré nada más». El corazón me dio un vuelco, porque entonces supe que algo debía de haber salido terriblemente mal. Me contó que había tenido la premonición de que Dharian moriría en aquel viaje al norte. No sabía nada de lo que te ocurriría a ti.

»Me dieron ganas de sacudirla hasta que se le saliesen los ojos por haber permitido que te marchases de Murask cuando ya sabía que vuestro viaje estaba maldito. Pero me respondió: “Tomé la decisión correcta, pese a que me rompió el corazón. Amaba a Dharian como a mi propio hijo, con tanto cariño como a mi hermano, que también murió por la Luz. No había otro camino para que la Elegida pudiese saber lo que necesitaba saber”. Y, después de aquello, no pude reprocharle nada.

Maerad pensó en el rostro hermoso y severo de Sirkana. Estaba asombrada ante su fuerza; no podría imaginarse tomando la misma decisión. Y volvió a pensar con tristeza en Dharian, su primo, en su sangre derramada sobre la nieve.

—Continuaba sin saber qué te había pasado, o donde estabas, y Sirkana me dijo que ella no sabía nada más que lo que me había contado —prosiguió Cadvan—. No tenía ni idea de por dónde, en aquella tierra ancha y vacía, podía comenzar a buscarte. Estaba sumido en una gran desesperación. Pero aquella noche soñé con Ardina.

—¿Ardina? —preguntó Maerad incorporándose, atenta—. La he visto mucho.

—No me sorprende. Creo que para Ardina hay mucho en juego en todo este tema del Canto del Árbol —explicó Cadvan, dirigiéndole a Maerad una penetrante mirada—. Se me apareció como la Hija de la Luma y me dijo: «Si todo sale bien, busca al Lirio en su lugar de nacimiento el Día del Solsticio de Invierno». —Estiró las piernas y suspiró—. No me gustó mucho esa frase, «si todo sale bien» —repuso irónicamente—. Pero no tenía ningún plan mejor. Tan solo podía referirse a Pellinor. Así que viajé con Darsor de vuelta a la carretera de Murask y a través del paso de Gwalhain, que era largo y frío, y difícil a causa de la nieve, pero aquella vez no especialmente peligroso, aparte del peligro de congelarme hasta morir. Y después cabalgué sin descanso a través de Lirhan en dirección a Pellinor, temiendo no llegar para el Día del Solsticio. Llegué aquí ayer y esta mañana cacé un conejo y pensé que haría un guiso. Y así me has encontrado.

Se quedaron sentados cavilando durante un tiempo, mirando hacia el otro lado del arruinado Círculo de Pellinor. Entonces Cadvan se movió:

—Bueno. Tú ya has escuchado mi historia. Pero estoy seguro de que la tuya es más interesante.

Maerad le relató todo lo que había ocurrido desde su separación en el Gwalhain. Cadvan escuchaba con atención, cabizbajo, y no la interrumpió ni una vez. Cuando Maerad terminó de hablar, la luna creciente estaba muy alta en el cielo y comenzaba a caer un pesado rocío. Hacía mucho frío: aquella noche habría helada. Añadió más leña al fuego y este se avivó formando una columna de chispas y llamas en la noche

tranquila.

—Tal vez lo más asombroso sea lo de tu tercer nombre —observó Cadvan por fin. Estudió a Maerad como si la estuviese mirando por primera vez—. Tres lenguas, tres nombres... es una gran fuerza, Maerad. Todavía reside algún poder en saber tu Nombre Bárdico, está claro, ya que el hechicero Jusaco y el Rey del Invierno pudieron emplearlo con tanta negrura contra ti, pero sospecho que si conocieses tu Nombre Elemental, tu nombre Bárdico dejaría de contener ese poder.

—Resulta un poco confuso —admitió Maerad—. Parece haber muchos «yo».

—Todos somos muchos —explicó Cadvan sonriendo—. Pero la mayoría de nosotros no tenemos el privilegio de comprenderlos con tanta claridad como tú. Es duro conocerse a uno mismo, pero hasta que ocurre, no podemos saber por qué actuamos como lo hacemos. Es una búsqueda que dura toda la vida, y nunca termina. —Maerad se quedó mirando a Cadvan, que volvía a avivar el fuego con melancolía. No parecía estar hablando de ella, sino de sí mismo—. Y el Canto del Árbol estaba en tu lira —continuó Cadvan—. Me sorprende que nunca pensásemos en esa posibilidad.

—¿Cómo íbamos a saberlo? —preguntó Maerad—. Ni siquiera Nelac pudo leer las runas.

—Es cierto. —Cadvan se quedó mirando el fuego—. Pensaba que lo más probable sería que las runas fuesen la historia del artesano Dhyllico que la había hecho. Pero ahora parece probable que tu lira la hiciese Nelsor en persona. El más grande de todos los Bardos. Y por lo que dices, parece ser que Nelsor y el Rey del Invierno eran amantes.

Maerad se apartó de Cadvan, ocultando su rostro. Le resultaba difícil pensar en Arkan y la idea de que él había amado a un Bardo golpeó un lugar profundo en el interior de su pecho.

—No sabía qué pensar del Rey del Invierno —admitió por fin—. No es ni bueno ni malvado. No siente un gran amor por la Luz, pero no creo que le ofrezca su lealtad a la Oscuridad; hablaba del Sin Nombre con asco y dijo que lo había traicionado.

—Es un poderoso Elidhu —dijo Cadvan pensativamente—. Creo que tienes razón; no consentiría ser esclavizado, como el Landrost. Me pregunto qué papel juega Ardina en todo esto.

—No lo sé —reconoció Maerad. Se quedó mirándolo hacia la noche; había muchas fuerzas en juego, y ella no era capaz de seguirlos. Se impuso un silencio, y para romperlo, Maerad se acercó a su hatillo y sacó la lira.

—Te leeré el Canto del Árbol —anunció—. Arkan dijo que estaba muerto, que las runas no tenían música. No acabo de comprender qué quería decir con aquello, pero me contó estos significados. —Los repasó uno a uno, acariciando cada runa mientras la nombraba. Mientras lo hacía, recordó el rostro del Rey del Invierno cuando le enseñaba las runas y un agudo dolor la recorrió. No se arrepentía de haberse ido del Palacio de Hielo, pero se preguntaba si alguna vez se liberaría del recuerdo de Arkan.

—Es hermoso —repuso Cadvan cuando ella terminó—. Bueno, Maerad, hemos recorrido un largo camino. Aunque no dudo que en la Canción hay mucho más que estas runas. Y también sabemos que el Sin Nombre te busca, no solo porque teme que tu voluntad lo acabe derrocando, sino porque te necesita. Tanto como necesita la otra mitad de la Canción.

—Arkan dijo que yo era quien debía tocarla —explicó Maerad en voz baja—. Pero no sé cómo tocar una música que no he escuchado nunca.

—No. Bueno, aquí hay cosas que comienzan a tener sentido, pero tan solo hacen surgir más preguntas —intervino Cadvan—. Si el Sin Nombre tiene las otras runas, dudo que vaya a ser fácil conseguirlas. Y Annar se está volviendo cada vez más peligroso: la guerra se acerca, y no solo desde el sur.

—¿Una guerra civil? —preguntó Maerad.

—No tengo ninguna duda acerca de ello. Pero no solo eso. Si Turbansk cae, las cosas se pondrán mal en Annar. —Cadvan se estiró, haciendo una mueca de dolor—. Aunque podría ser que el caos de la guerra pueda ponernos a nosotros las cosas fáciles a la hora de escurrirnos de las redes tanto de la Luz como de la Oscuridad.

—Supongo que ahora irrumpimos en la Torre de Hierro o algo así —dijo Maerad—. Pero podremos pensar en eso mañana.

—Bueno, si conseguiste huir del Palacio de Hielo, ¿por qué no de la Torre de Hierro? —respondió Cadvan sonriendo.

—Estuve a punto de no escapar —replicó Maerad—. Casi... casi no quise hacerlo. —Dudó, sintiéndose tímida, y después dijo muy rápido—: Creo que me enamoré del Rey del Invierno. —Estaba contenta de que estuviese oscuro, porque sabía que se había puesto completamente roja.

—El amor es uno de los misterios verdaderos —admitió Cadvan tras mirarla durante un largo instante—. El más verdadero y el más profundo de todos. Una cosa, Maerad: amar nunca está mal. Puede ser desastroso, puede que nunca sea posible, puede suponer la mayor agonía, pero nunca está mal.

—Él es cruel y despiadado, y desea poder —susurró Maerad—. Pero según su modo de ver fue amable conmigo. A veces incluso sentía que le comprendía. Aun así me siento... avergonzada.

—Dudo que el Rey del Invierno te hubiese proporcionado el significado de las runas si no hubiese sabido que lo amabas —sentenció Cadvan lentamente.

—Sí —repuso Maerad, bajando la vista. Las lágrimas le escocían en los ojos—. Pero creo que tenía razón. El Canto del Árbol pertenece a los Elidhu, no a la Luz ni a la Oscuridad, y tenemos que devolvérselo a ellos. No es algo que la Luz deba tener. Pero después, ya ves, le traicioné. Aunque si me hubiera quedado habría traicionado a alguien más. —Se fue deteniendo hasta quedarse en silencio.

—Mírame, Maerad —pidió Cadvan inclinándose hacia delante y apartándole a Maerad el cabello de los ojos. Involuntariamente ella levantó la mirada para encontrarse con la de él—. Ya he comenzado a pensar que esto se trata de deshacer lo

que la Luz o la Oscuridad nunca deberían haber hecho —explicó—. Si es así, entonces es lo que debemos hacer. Y no podrías haber completado esta búsqueda mientras estabas ligada al Palacio de Hielo. Tal vez no hayas traicionado al Rey del Invierno, después de todo. Tal vez le hayas ayudado a no traicionarse a sí mismo. —Maerad asintió. Cadvan la miraba con una ternura que nunca antes le había mostrado—. Nunca te avergüences de tu amor —continuó dulcemente—. La única cosa de la que te debes de avergonzar es de negarlo. Eso es lo que hace que la sombra crezca en tu corazón; eso es el oscurecimiento de la luz. Y todos tenemos muchos amores.

—Recuerdo a las demás personas que amo —admitió Maerad, con la voz ronca—. Sobre todo recuerdo a Hem. Y he soñado contigo, a pesar de que pensaba que estabas muerto. Me dio esperanza. Pero aun así, abandonar al Rey del Invierno ha sido casi el peor dolor que he sentido en mi vida.

Comenzó a sollozar y se apoyó sobre el hombro de Cadvan. Él le acarició el cabello sin decir nada, hasta que ella acabó de llorar y se incorporó, secándose los ojos con la manga.

—Quiero encontrar a Hem —pidió.

—Comenzaremos mañana —respondió Cadvan, sonriendo con ternura—. Mi corazón también me dice que debemos encontrarlo. Pero ahora mismo me siento más cansado de lo que me he sentido en toda mi vida.

—Mañana, entonces —sentenció Maerad dirigiéndole una sonrisa temblorosa.

Aquella noche, Maerad soñó que atravesaba caminando una pradera verde llena de flores salvajes, con la hierba tan elevada que casi le llegaba a las rodillas. Alcanzaba a una cerca muy alta, abría el pestillo de una puerta y pasaba a un huerto de manzanos. Era el comienzo de la primavera, y todos tenían una pesada carga de flores rosas y blancas.

Las flores manchaban el suelo como si fuesen nieve y entre las hierbas coronadas de blando se balanceaban narcisos, jacintos y azafranes de muchos colores.

Se paseó por el huerto hasta llegar a un jardín que comenzaba a verdear después de su sueño invernal y continuaba sobre un camino de gravilla blanca rastrillada en dirección a una hermosa casa. Maerad sabía que era su hogar, aunque nunca había visto aquel lugar. Era un largo edificio de dos pisos hecho de piedra amarilla, con unas ventanas blancas que resplandecían bajo la luz del sol.

Cuando llegó a la puerta principal, esta se abrió sola y ella pasó al interior. Entró en cada habitación, en busca de algo, pero todas estaban vacías. Subió las escaleras corriendo, sin aliento, comenzando a sentirse angustiada, abriendo cada puerta de golpe en una búsqueda cada vez más desesperada, pero allí no había nadie. El pánico la asaltó, bajó las escaleras corriendo y salió de la casa hacia el jardín, con las lágrimas cayéndole por las mejillas.

Y entonces vio a Hem entre los manzanos, sosteniendo una manzana a medio

comer. Él le hizo un gesto con la mano y comenzó a correr hacia ella, con el rostro radiante de felicidad.

Venía a casa.



APÉNDICES

Estas notas pretenden ser suplementarias y en algunos casos actualizar los Apéndices de *El Don*, primer volumen de Pellinor, en los que esboqué una introducción a la historia y sociedad de los Bardos de Annar y comentaba brevemente la importancia central que el Habla tenía en el poder Bárdico. *El Don* comprende los dos primeros libros de *Naraudh Lar-Chane*, el *Enigma del Canto del Árbol*, la gran epopeya annariense que es una crónica del Segundo Alzamiento de Oscuridad en Edil-Amarandh. *El Enigma* es la traducción de los Libros III, IV y V del *Naraudh Lar-Chane*.

El complejo y fascinante mundo del Edil-Amarandh es una de las áreas de erudición contemporánea que crece a un ritmo más rápido, con ramas en las disciplinas de la sociología, literatura, historia, antropología, arqueología, lingüística, estudios de la mujer e incluso en las ciencias; y resulta en consecuencia imposible mantenerse al día en todas las investigaciones que se están llevando a cabo al respecto. Estas notas no pretenden ser nada más que una brevísima introducción a este campo, pero he hecho todo lo que he podido para asegurarme de que concuerden con los más recientes avances en la materia disponibles.



APUNTES SOBRE LA PRONUNCIACIÓN



La mayor parte de los nombres propios annarienses derivan del Habla, y por lo general comparten la pronunciación. En las palabras de tres o más sílabas, el acento recae normalmente sobre la segunda sílaba; en palabras de dos sílabas tales como *Lemuel* (invisible) el acento recae siempre sobre la primera. Existen algunas excepciones de nombres propios, los nombres *Pellinor* y *Annar*, por ejemplo, se pronuncian con acento en la primera sílaba.

La escritura es principalmente fonética.

a—como en *llano*, *ar* rima con *bar*.

ae—suenan *ai*, como en *caiga*. *Maerad* se pronuncia *Mai-rad*.

ae—dos sílabas que se pronuncian por separado, suenan *hay-yy*. *Maninae* se pronunciaría *man-IN-hay-yy*.

ai—se pronuncia *ei*. *Innail* se pronuncia *Inneil*.

au—ou. *Raur* se pronuncia *rour*.

e—como en *té*. Al final de palabra siempre se pronuncia: por ejemplo, *remane*, caminar, tiene tres sílabas. A veces esto se indica con *e*, que también indica que el acento de la palabra recae sobre la *e* (por ejemplo, en *ile*, nosotros, a veces el sonido *i* se pierde).

ea—los dos sonidos vocálicos se pronuncian por separado, creando el sonido *ei-a*. *Inasfrea*, caminar, suena por lo tanto: *in-ASS-frei-a*.

eu—suenan *oi*, como en *hoy*.

i—como en *pico*.

ia—se pronuncian tres fonemas, como en *vayan*.

y—suenan *a*, como en *más*.

i—siempre con sonido *k*, como en *casa*, no como en circo.

ch—un sonido aspirado, como en alemán *ach* o *loch*, no como en *muchacho*.

dh—un sonido consonántico entre a *d* y la *th* inglesa de *the*. *Medhyl* podría pronunciarse *MED'I*.

s—siempre sorda.

Nota: *Dén Raven* no deriva del Habla, sino de lenguas sureñas. Se pronuncia *don RAH-ven*.



Annar y los Siete Reinos^[1]

Edil-Amarandh es el término general para el continente que se extiende desde el profundo norte hasta más allá del Suderain, desde el Mar Occidental hasta los terrenos salvajes situados más allá del lado oriental del Osidh Annova. Es un término extraído del Habla, que puede ser traducido de diferentes formas, tales como El Trono de la Tierra o El Ombligo de la Tierra, y hacía referencia a la totalidad del mundo conocido. El Nombre Bárdico Verdadero de Maerad, *Elednor Edil-Amarandh na*, resultaba algo parecido a decir, en nuestra lengua, «Maerad del Mundo^[2]».

Los Bardos empleaban dos calendarios, a los que se nombra como el cálculo de los años de Afinil y el de Norloch (A y N). La historia de Edil-Amarandh estaba dividida en tres Edades principales. La Edad de los Elementales terminó aproximadamente 5000 años antes del tiempo de la presente historia y abarca principalmente las Guerras de los Elementales, sobre todo la Guerra de Arkan, el Rey del Invierno, contra los Elidhu de Annar, liderados por Ardina. Las leyendas y canciones tales como las muchas leyendas acerca de Ardina, se conservaron en las tradiciones desde aquellos tiempos y fueron escritas más tarde.

La segunda fue la Edad del Alba, cuando la cultura de los Dhyllin floreció por todo Annar, centrándose en la legendaria ciudadela de Afinil. El recuento de los años de Afinil comenzó con su fundación. Se calcula que los Bardos, o *Dhillarearen*, aparecieron en Edil-Amarandh poco antes de la Edad del Alba, en un período conocido como pre-Alba o Inela. El recuento de los años de Afinil comienza en la Edad del Alba y continúa hasta A2041, cuando Sharma, el Sin Nombre, derrocó a las fuerzas de Imbral y Lirion en la Batalla de las llanuras de Firman y comenzó la tiranía de la Oscuridad, que más tarde se conocería como el Gran Silencio.

Lanorgil^[3] llamó a la tercera Edad la Restauración; data de la fundación de Norloch, e inicia el recuento de los años de Norloch. En aquel momento Maninae fundó las Escuelas y la Monarquía de Annar.

El Gran Silencio, que duró más de un milenio, desde A2041 hasta A3234, no se contaba como Edad.

El mayor reino del continente era Annar, pero había una gran diversidad entre las diferentes regiones dentro de Annar; había enormes diferencias entre, digamos, Innail e Il-Arunedh, pese a que hablaban una lengua común. La diversidad de Edil-Amarandh quedaba todavía más patente en los Siete Reinos, que se diferenciaban tanto de Annar como entre ellos en sus culturas y lenguas. El poder compartido entre Bardos y lo que se podría llamar, para entendernos, «autoridades civiles» variaba en cada uno de los Siete Reinos. Pero tal vez porque eran bastante pequeños, y también porque no eran (pese a ser llamados reinos) monarquías estrictamente hablando, el conflicto entre las autoridades duales era algo extravagante y nunca llegó, como sí lo hizo en Annar, hasta el punto de la guerra civil. En dos de los reinos —Amdridh y el Suderain—, la sucesión en la autoridad civil era hereditaria, aunque los gobernantes podían ser desposeídos de forma legal por las demás autoridades si la población consideraba que estaban cometiendo excesos o abusando de sus poderes. De hecho aquello ocurrió tan solo una vez, en Turbansk en A1333, cuando Aleksil el Tirano, por quien se sentía un extremado rencor a causa de los abrumadores impuestos que había instituido para financiar a su opulenta corte, fue derrocado en un golpe de estado no sangriento tras una revuelta popular apoyada por la Escuela de Turbansk. Los diferentes grados de democracia eran algo más común que la sucesión hereditaria y abarcaban desde la emancipación total (Lanorial, Culain, Lirhan), donde se suponía que cada ciudadano adulto tenía que votar, a la representación parcial, como ocurría en Thorold e Ileadh, donde los Alcaldes del pueblo o los Caballeros representaban a los intereses populares y votaban por la Cámara en Thorold, o el Parlamento en Ileadh.

Las relaciones entre las diferentes autoridades eran extremadamente complejas y variaban de un reino a otro, pero funcionaban con eficacia para equilibrar los posibles extremos de cada una. La autoridad Bárdica era complementaria a la civil de los no-Bardos y cada una tomaba la autoridad suprema en diferentes áreas. Los Bardos eran muy respetados en los Siete Reinos. Proporcionaban educación, habilidades y adiestramiento en diferentes artes y artesanías; los rituales del año tales como el Festival del Solsticio de Verano descrito en Thorold en *El Enigma*; autoridad espiritual y (lo que no era menos importante) una gran variedad de entrenamientos, en particular la música. Las autoridades civiles se ocupaban de la mayor parte de las áreas de justicia, administración y defensa, aunque había muchos cruces. Por ejemplo, un demandante podía apelar a un tribunal Bárdico si se sentía perjudicado por la justicia civil y los Bardos, tanto como soldados como magos, eran importantes contribuidores al poder militar de la región.

Por su naturaleza, las autoridades civiles tendían a ser provinciales en sus asuntos, mientras que la visión de los Bardos era más amplia. En la práctica, aquello llevó a culturas de negociación a diplomacia y mitigaba cualquier tendencia al poder absoluto. También originaba frustraciones: el Bardo Liric no estaba solo cuando se quejó malhumorado, durante una disputa sobre el emplazamiento de un puente en

N356, de que los Concejales de Lirhan eran «estirados e ignorantes» y de que la ciudadanía de Lirhan tenía «cabeza de barril» por haberlos elegido. Muchos Bardos se quejaron a lo largo de los siglos del conservadurismo y la resistencia al cambio de las autoridades civiles. Con frecuencia se producían discusiones acerca del comercio y otros intereses entre los diferentes reinos: la mayoría de aquel tipo de disputas se resolvían a través de la mediación de los Bardos. De todas maneras, pese a estos pequeños contratiempos, nada perturbaba el modelo de autoridad dual de los Siete Reinos y en presencia de una amenaza externa resultaba proverbial que todas las pequeñas disputas se olvidasen para proteger el interés común. Los Siete Reinos estaban orgullosos de haber sido los centros de la resistencia al Sin Nombre durante el Gran Silencio y tanto las autoridades civiles como los Bardos alimentaban esta tradición, representada por un código común de vasallaje a la Luz y al Equilibrio que, en el mejor de los casos, equilibraba los intereses locales y generales.

Pese a ser con diferencia el mayor en extensión y población de los reinos de Edil-Amarandh, el poder de Annar sobre los territorios que los rodeaban era inexistente: se trataba de una relación de cooperación, promulgada en gran parte por la unidad práctica de los Bardos. Cualquier intento por parte de Annar de hacerse con el poder central recibía una feroz resistencia por parte de los Siete Reinos.

La crisis más seria previa a los acontecimientos relatados en este libro tuvo lugar durante las Largas Guerras (N710-N751), cuando Dhuran el Rojo (llamado así por su cabello rojo y su mal carácter) proclamó el Imperio de Annar y se proclamó a sí mismo Emperador tras un golpe de estado en el que asesinó a su hermano, Ilbaran III, en N710. Su reivindicación de gobernar los Siete Reinos por el Derecho del Triple Cetro llevó a una guerra abierta entre los Siete Reinos y Annar. Empezó invasiones contra Lanorial e Ileadh después de que estos rechazaran su autoridad, por ser tanto ilegítima como una corrupción del Equilibrio y de la Luz. Las invasiones reales fueron repelidas, ya que Dhuran estaba envuelto en una ruinoso guerra civil contra los hijos de Ilbaran, Baran y Ebaran, y no tenía recursos para componer una ofensiva eficaz. Durante la mayor parte de las cuatro décadas de conflicto que siguieron, los Siete Reinos, tras cortar sus alianzas con Norloch y Annar y reforzar sus defensas, permanecieron cautelosamente apartados de aquellas guerras civiles, esperando a ver quién ganaría. Ninguno de los pretendientes al trono resultaba una perspectiva atractiva: los dos hijos de Ilbaran eran igual de despiadados en su persecución del poder que Dhuran y el cuarto candidato posible, la hija de Dhuran, Ilseticine la Hermosa, había sido asesinada por Baran al inicio de las Largas Guerras. Cuando Dhuran fue despojado del trono por Baran en N749, lo primero que hizo el nuevo Rey fue tomar el título de la Llama Blanca (el prefijo *Nor*), un acto de asombrosa vanidad que significaba que se estaba apropiando de la autoridad tradicional de los Bardos. El nuevo Nor-Baran inició una tiranía aún más cruel que la de su predecesor: ejerció una venganza implacable sobre cualquiera que supiese o sospechase que se oponía a él y encarceló y ejecutó a su hermano, Ebaran, por

traición. También anunció que a partir de aquel momento las Escuelas tan solo existirían por favor real, y que cualquier Escuela que no reconociese aquello sería destruida por la fuerza de las armas. Ni tan siquiera Dhuran el Rojo había osado alinear a los Bardos.

En aquel punto los Siete Reinos se alarmaron profundamente, ya que adivinaron que una invasión armada de sus territorios no quedaba lejos, y sellaron una alianza abierta con los Bardos de Annar. La derrota de Nor-Baran y su muerte en la batalla ocurrió dos años más tarde.

Las Largas Guerras llevaron a la derrota final de la monarquía, al final de la estirpe de Maninae, y al posterior gobierno de Annar por parte de los Bardos. Este resultado fue a menudo considerado, especialmente en los Siete Reinos, como calamitoso, ya que alteraba el equilibrio entre la autoridad Bárdica y la civil, pese a que le siguieron dos siglos de sabio y justo gobierno por parte de Noldor (Primer Bardo desde N745-N866) y Nardil (N866-N939). Aun así, la soberanía de Enkir como Primer Bardo desde N939 corroboró sus premoniciones con creces.

La historia de la relación entre los Siete Reinos y Annar no estaba, por lo tanto, de ninguna manera carente de problemas. Este escenario contribuyó al desasosiego con el que los Primeros Bardos de los Siete Reinos observaban el desarrollo de Norloch tras el saqueo de la Escuela de Pellinor en N935, diez años antes de los acontecimientos recogidos en el *Naraudh Lar-Chane*. Aunque Enkir era un político experimentado, y se cuidaba de destacar su vasallaje a la Luz, su inflexible insistencia acerca de la necesidad de una autoridad central y sus cada vez mayores campañas contra las mujeres Bardo aseguraron que su rápido ascenso al poder y su nombramiento en el Primer Círculo de Norloch durante las primeras décadas de los N900 se observase con alarma desde los Siete Reinos. Los Primeros Bardos y gobernadores civiles estaban lo suficientemente preocupados como para reforzar lo que siempre había sido una alianza extraoficial diseñada para proteger a los Siete Reinos contra las maquinaciones de Annar.

Todos sus miedos ser vieron confirmados con el extraordinario Edicto de Lealtad emitido por Enkir tras la Quema de Norloch, en el que se les exigía su lealtad en unos términos que reescribían por completo las viejas alianzas. Los Reinos comenzaron a armarse contra Norloch. El mismo Annar, donde había Escuelas y Franjas que diferían en sus respuestas al Edicto de Enkir, parecía estar peligrosamente al borde del estallido de una guerra civil. Unas inmensas fuerzas procedentes de Dén Raven marchaban contra las ciudades fortificadas del Suderain con el objetivo de tomar Baladh, Turbansk y Car Amdridh, y hacerse con bases desde las que atacar a Annar. Sharma, el Sin Nombre, dirigía a sus ejércitos a la guerra contra Annar y los Siete Reinos en un momento en el que las fuerzas de la Luz estaban tan divididas como no lo habían estado nunca.

Los Pilanel

Los Pilanel^[4] (o Pilani, tal y como se denominaban a sí mismos) eran un pueblo nómada que habitaba en las norteñas tierras de Zmarkan, una extensa tundra que se extendía hacia el norte del Osidh Elednor. No existen registros sobre cuándo se asentaron en Arkiadera, o las Llanuras Madre, por primera vez, pero lo más probable es que fuese antes de la época de la fundación de Afinil, tras el fin de las Guerras Elementales.

Los Pilanel, al tener una cultura casi completamente oral, no mantenían registros escritos como sí hacían los Bardos, y por lo tanto su cultura está mucho menos documentada que la annariense. Inventaron un sistema de runas, que los Bardos adaptaron y extendieron a las runas de Ladhen. Por desgracia, todo lo que sabemos de la escritura Pilanel es lo que queda en las runas de Ladhen, ya que hasta el momento no se ha encontrado ningún ejemplo; parece probable que las runas Pilanel fuesen trazadas ante la necesidad sobre árboles y piedras, para que otros viajeros las leyesen. El conocimiento que tenemos de los pueblos Pilanel procede principalmente de aquellos *Dhillarearen* Pilanel que se convirtieron en Bardos annarienses y escribieron acerca de su pueblo en caligrafía annariense. Aun así, incluso estos registros están llenos de omisiones, ya que para los Pilanel estaba prohibido revelar muchas de sus costumbres y creencias a los no-Pilanel^[5].

Los extensos registros retratan a un pueblo extremadamente adaptable y lleno de recursos, que poseía una rica y ancestral cultura propia visual y oral, cuyas raíces se remontaban, sin romperse, hasta antes del Gran Silencio. Tenían su parte de *Dhillarearen*, algunos de los cuales, como el padre de Maerad, Dorn a Triberi, iban a las Escuelas al sur para ser adiestrados en la tradición annariense. Aquellos que iban a las Escuelas parecían ser la excepción, más que la regla, y los Pilanel con la Voz (tal y como denominaban a quienes nacían con el Don) tenían puestos de honor en la cultura Pilanel. Estos roles eran de alguna manera similares a los que los Bardos tenían en Annar y los Sietes Reinos. De todas maneras, los Pilanel no tenían el sistema de autoridad dual que imperaba en el sur, y no era algo poco frecuente que los jefes tribales fuesen *Dhillarearen*. Los linajes de los líderes del Otero registrados por Anarkin de Lirigon, que era Bardo Pilanel, remarcan que más o menos la mitad de los gobernadores Pilanel eran *Dhillarearen*^[6].

Los Pilanel se dividían aproximadamente en dos poblaciones principales, los clanes norteños y los sureños, que se identificaban por el Otero —Murask en el sur y Tlon en el norte— al que viajaban para pasar cada invierno. No había ninguna división clara entre los clanes norteños y los sureños, ya que los matrimonios entre miembros de ambos clanes eran algo común, y algunos cambiaban regularmente de uno a otro Otero. Un clan era un grupo suelto que por lo general, aunque no siempre,

tenía relación sanguínea, cuyos miembros viajaban juntos durante los meses de verano; variaba de tamaño, tal vez entre media docena de personas y varias docenas. El movimiento entre clanes, ya fuese por matrimonio, necesidad o inclinaciones, también era algo frecuente.

Los Pilanel sureños eran famosos criadores y domadores de caballos (la mayoría de los caballos de los Bardos eran criados y domados por Pilanel), pero también llevaban a cabo una apabullante variedad de trabajos artesanales y de otro tipo durante los meses de verano. Algunos eran comerciantes, vendían bienes hechos durante los largos meses de invierno en el Otero, y también viajaban a lugares tan lejanos como el Suderain para comprar productos en los mercados, que después vendían en Annar; algunos eran vendedores ambulantes o manitas que arreglaban objetos de casa; otros se convirtieron en jornaleros itinerantes y trabajaban en las granjas annarienses durante el verano. Los Pilanel norteños comerciaban con pieles, textiles y objetos tallados, y también criaban y domesticaban al ciervo oribanik, que utilizaban para obtener leche, pieles y carne.

Los Oteros, unas fortalezas gigantes de tierra y piedra capaces de albergar a varios miles de personas, eran unas de las estructuras más antiguas de Edil-Amarandh. Igual que Turbansk, la gran ciudad del Suderain en el sur, estos databan del Inela, el tiempo posterior a la Edad de los Elementales y previo a la Edad del Alba. Hay una descripción detalladísima del sistema de calefacción y agua del Otero de Murask hecha por Belgar de Gent durante la Restauración^[7], y hay muchas razones para creer que las Escuelas tomaron prestado y adaptaron los sistemas de los Oteros para sí. El Otero de Murask está descrito con todo lujo de detalles en el *Naraudh Lar-Chane*, igual que el estilo de vida comunitario de los Pilanel.

Los Jusacos

Los Jusacos aparecieron en Zmarkan a mediados de los años N800. Se cree que su llegada coincidió con el retorno de Arkan a la Cordillera de Trukuch —el hogar originario de este, de donde había sido desterrado tras el Gran Silencio— y que eran originarios de las costas del Ipiilnik Darsk (Mar de Hielo), en la zona conocida como Norsk. Los Elidhu prohibieron a Arkan aventurarse más al sur de Norsk, y este se creó una fortaleza en algún lugar en el lado oeste del Ipiilnik Darsk. La relación entre Arkan y los Jusacos es objeto de algún debate, pero parece generalmente acordado entre las autoridades Bárdicas que el Rey del Invierno ejercía su autoridad sobre los Jusacos y los empleaba para sus propios propósitos, incluyendo la venganza: muchos creían que el odio que los Jusacos sentían hacia los Pilanel había sido promovido y alentado por Arkan, como castigo a la resistencia Pilanel a su poder

durante el Gran Silencio.

Los Jusacos, un pueblo de cabello y piel clara a quien tanto los Pilanel como los Bardos veían como bárbaros, realizaron un agresivo avance hacia el sur hasta Unt, donde colonizaron las zonas orientales del Arkiadera y asesinaron sin piedad a cualquier clan Pilanel con el que se topasen. Hacia el N900, los Jusacos habían establecido un cierto número de asentamientos alrededor del Lago Zmark y la Cordillera de Trukuch, cuyo centro principal era Ursk. Desde allí organizaban ataques regulares contra los clanes Pilanel en el Arkiadera, y también ofensivas contra los Oteros.

No se sabe nada de los pueblos de Norsk de los que se cree que descienden los Jusacos, de modo que es imposible saber si sus costumbres guerreras eran anteriores a la influencia de Arkan. La sociedad jusaca en el N945 estaba casi totalmente militarizada: los muchachos eran entrenados como guerreros desde el momento en el que aprendían a caminar, y se les temía por ser luchadores crueles y despiadados que asesinaban sin piedad o esclavizaban a cualquiera que derrotasen.

Las mujeres tenían poca autoridad en la sociedad jusaca y se las veía como poco más que esclavas. En los meses de verano los Jusacos recorrían Arkiadera a caballo en pequeñas bandas, dormían en tiendas y saqueaban y asesinaban a cualquier clan Pilanel con que se encontrasen. No hay pruebas de que llegasen a desarrollar nada más que la más rudimentaria agricultura y dependían en su mayor parte de las provisiones obtenidas cazando o por la fuerza de las armas.

En aquel tiempo, las defensas de ambos Oteros se reforzaron, aunque Murask, al estar mucho más cercana al Lago Zmark, era atacada con más regularidad que Tlon. La resistencia Pilanel a los Jusacos era feroz, pero durante décadas sus tradicionales pastos de verano fueron progresivamente desplazados hacia el oeste y el sur. Hacia el N900, los clanes sureños Pilanel ya no viajaban al nordeste hacia las orillas del Lago Zmark en verano, y tras negociaciones con Lirigon comenzaron a llevar a la mayoría de sus rebaños a pastar en las llanuras de Rilnik, realizando el duro viaje a través del paso de Gwalhain, en lugar de arriesgarse a llevarlos a sus pastos tradicionales en Arkiadera.

Los pueblos del Norte

De los pueblos que vivían en el profundo norte se sabe incluso menos que de los Pilanel, que después de todo tenían tratos frecuentes con los pueblos de Annar y los Siete Reinos. En el *Naraudh Lar-Chane*, Dharin a Lobvar habla de por lo menos veinte pueblos diferentes que hablaban diferentes lenguas y vivían a lo largo del litoral del continente norteño. «Las historias Pilanel hablan de por lo menos veinte

pueblos diferentes en la costa de Hramask, desde Oron a Lebinusk», le dice a Maerad, «y probablemente haya más. Y no debes pensar que un grupo en el mismo que otro: tienen diferentes costumbres y hablan diferentes lenguas. Se tiene a la Estirpe Sabia como el más antiguo de todos ellos. El nombre que se dan a sí mismos, Inaruskosani, significa “los que caminaron sobre la tierra por primera vez^[8]”».

Por desgracia, esta mención en el *Naraudh Lar-Chane* y la descripción de la Estirpe Sabia son las referencias más completas a los pueblos del Norte que se han descubierto. Aquel tiempo queda probado en los detallados mapas del norte que los Bardos dejaron entre los Pergaminos annarienses. Tal vez tales intrigantes insinuaciones se vean desarrolladas del todo a medida que salgan a la luz más documentos, ya que un gran porcentaje de los pergaminos annarienses continúan sin ser descifrados y esta es todavía un área de estudio muy reciente.



LOS ELIDHU



Los Elidhu, también llamados Elementales, son las entidades más misteriosas y escurridizas de Edil-Amarandh. Entre los pergaminos existentes hay literalmente miles de referencias a los Elidhu, pero aparte de un par de notables excepciones es difícil llegar a ninguna conclusión concreta como quiénes eran o incluso qué representaban para los pueblos de Edil-Amarandh. Los Bardos que escribieron sobre ellos después de la Restauración de Maninae hablan de ellos principalmente con desconfianza —como fuerzas peligrosas e impredecibles que tenían que ser o bien controladas o bien evitadas— y a menudo argumentaban que su cercana relación con los Elidhu había provocado la caída de Afinil. Allí, por única vez en la historia de Edil-Amarandh, se decía que los Elidhu se habían mezclado con los Bardos de la Luz en forma humana.

Uno de los aspectos más fascinantes del *Naraudh Lar-Chane* es el poco habitual retrato detallado que presenta de los Elidhu. Si aceptamos, como muchos eruditos, que el *Naraudh Lar-Chane* fue realmente escrito por Cadvan de Lirigon y Maerad de Pellinor en vez de por cronistas más tardíos, hemos de aceptar también que registra de primera mano encuentros Bárdicos con los Elidhu por primera vez desde la civilización Dhyllica de la Edad del Alba. La mayor parte de las referencias a los Elidhu en pergaminos de la post-Restauración son rumores o leyendas, y muchos Bardos en los últimos años dudaban de su existencia. Hemos de recordar que era algo muy poco habitual entre los Elidhu ser arquitectos de intervenciones decisivas en asuntos humanos, ya que tanto Ardina, Reina de Rachida, como Arkan, el Rey del Invierno, aparecen en el *Naraudh Lar-Chane*, y que estos Elidhu estaban en consecuencia lejos de ser típicos. En esta historia, el sino de los Elidhu y su relación con los asuntos humanos tiene un papel principal.

Todos los documentos retratan a los Elidhu como representaciones o personificaciones de las fuerzas del mundo natural (como se refleja en su nombre annariense. *Iltaranaeren*, que he traducido como Elementales). Cada Elidhu está relacionado con algún fenómeno natural —Ardina, por ejemplo, es una manifestación de la luna— o con algún accidente del paisaje o lugar (el Landrost, el Elidhu que captura a Cadvan al principio de la historia es, por ejemplo, sinónimo de la montaña que habita; otro aspecto de Ardina es una Elidhu del bosque). También está

generalmente aceptado que tenían poderes sobrenaturales y eran inmortales, que sus ojos tenían el iris como el de un gato y que eran capaces de manifestarse en diferentes formas, tanto animales como inanimadas. Tras el comienzo del Gran Silencio, la mayoría de los Elidhu se retiraron del mundo humano, una retirada que continuó después de la Restauración, aunque si fue por propia elección o porque tras la alianza de Arkan con el Sin Nombre se habían convertido en objeto de desconfianza entre los Bardos, es algo que permanece sin aclarar. Parece más probable que la ruptura fuese resultado de las dos cosas.

Hasta este punto todos los documentos coinciden. Pero más allá es muy difícil extraer interpretaciones conclusivas acerca de quién o qué eran los Elidhu. Es difícil caracterizar con precisión cómo veían los pueblos de Edil-Amarandh a los Elidhu — resulta tentador verlos como una personificación, por ejemplo, de un sentido religioso animista, similar al panteón de los dioses griegos, pero a mí esto no me parece lo bastante acertado. Los Elidhu estaban ligados a supersticiones y costumbres locales por todo Edil-Amarandh y a menudo se les apelaba como dioses votativos en circunstancias específicas— encontrar una propiedad perdida, por ejemplo, o bendecir una aventura. De todas maneras, las gentes de Annar y los Siete Reinos estaban acostumbradas a pedirles a los Bardos bendiciones o encantamientos similares, y a los Bardos, debido a su estatus espiritual, no se les veía de ninguna manera como a dioses. Pese a su inmortalidad y poderes sobrenaturales, no hay registros en Annar ni en los Siete Reinos que hablen de que se adorase a los Elidhu como a dioses, ni de santuarios o ritos en relación a ellos que pudiesen reconocerse en algún sentido como una religión organizada^[9], y el incremento en la importancia de un Elidhu en concreto no es relacionable en ningún lugar con la llegada al poder de algunas familias o regiones en particular (como aumentó la importancia de Atenea, por ejemplo, junto a la importancia de Atenas).

El asalto del Rey del Invierno a Edil-Amarandh en la Edad de los Elementales puede interpretarse como una parábola de la Edad de Hielo y una explicación de ciertos fenómenos naturales, como el Osidh Annova, pero de nuevo esto no parece lo bastante satisfactorio en el contexto de escritos posteriores acerca de los mismos Elidhu. Las referencias casuales en los documentos de Afinil a conversaciones con los Elidhu, el retrato de Ardina y Arkan como entidades reales en el *Naraudh Lar-Chane* y trazas de otras referencias tan solo pueden llevarnos a concluir que para la gente de Edil-Amarandh, los Elidhu eran reales y estaban presentes de maneras que nosotros podríamos encontrar difíciles de aceptar^[10].

Existen muchas especulaciones en el *Naraudh Lar-Chane* acerca de la magia Elemental: a diferencia de la magia de los Bardos, que dependía del Habla de manera crucial, este parece no estar relacionada con el lenguaje. La magia Elemental dependía más bien de ejercer influencia sobre la naturaleza material de las cosas, un tipo de magia que entre los Bardos se consideraba el principal de los misterios, y la más difícil y peligrosa de practicar. También es claramente una magia más emocional

que intelectual, pese a que los Bardos considerarían esta división extraña y falsa. Estas diferencias, que continúan siendo misteriosas, explican de alguna manera el asombro que los poderes de Maerad producían entre los Bardos, pues estos operaban fuera de los escenarios de la mayoría de las habilidades y dones Bárdicos, tanto como la desconfianza que sentían hacia ellos.

Ardina

Ardina era con diferencia la más célebre de los Elementales entre los Bardos de la Restauración. Su amor hacia Ardhor, el primer rey de Lirion, con quien forjó la alianza decisiva que ayudó a derrotar a Arkan el Brujo de Hielo, el Rey del Invierno, al final de las Guerras Elementales, era uno de los temas favoritos de las canciones Bárdicas^[11]. En estas historias también se la asocia con la primavera y es un símbolo de fertilidad. A menudo se la representa, como a la diosa Isis, coronada con la luna llena, y las mujeres annarienses apelaban a ella para que las ayudase a dar a luz o cuando tenían problemas con la menstruación. Se la veía como una de las más poderosas de Elidhu; parece ser que su estatus como encarnación terrestre de la luna significaba que no estaba restringida a un lugar de la manera en que sí parecía estarlo Arkan, el Rey del Invierno, y según parece ser era capaz de aparecerse en variadas formas físicas o ensoñadas en cualquier lugar de Edil-Amarandh.

Durante el Gran Silencio Ardina desaparece de la historia Bárdica hasta el Naraudh Lar-Chane, con el descubrimiento de las gentes de Rachida, los únicos descendientes del pueblo Dhyllin que persistían en Annar^[12]. Ella es, de diversas maneras, una figura desconcertante, presentada al mismo tiempo como figura de una ancestral leyenda de la Edad de los Elementales y la Edad del Alba; como la sabia grandiosa Reina de Rachida, el reino secreto oculto en medio del Gran Bosque descrito en el Libro II del *Naraudh Lar-Chane*; y como una Elidhu «duende y salvaje», separada de los triviales asuntos humanos y burlándose de ellos de alguna manera.

El Bardo Menellin describe a Ardina en Afinil de la manera siguiente: «La Hija de la Luna, Ardin Ilya Na, acude a menudo a nuestros salones para cantar y hablar con nosotros, y su radiancia eclipsa nuestras humildes luces igual que la Luna eclipsa a las Estrellas. Pero a mi parecer está su belleza infinitamente avivada por su tristeza, pues aunque hacer tal observación podría ser una impertinencia, cuando mira la belleza de los salones y la flor de la Hombría que allí se reúne, recuerda así a su amor perdido, el Rey Ardhor, y su alegría se ve en ese momento reducida. A veces camina entre nosotros como una gran Reina, cubierta de ropajes de perlas y plata; y otras veces como una esbelta joven vestida con la más sencilla túnica blanca, que cae

ondeante sobre su figura, y parece estar tejida de Luz. Pero en todas ocasiones su belleza es tal que llega al corazón. Se dice entre los Bardos que se unirá a su amor en los claros inmortales más allá de las Puertas y, aunque aquel sería un día feliz para ella, cuyo amor es tan inmortal como su carne, será un día de gran pérdida para nosotros, que tan ennoblecidos y deleitados nos vemos por su presencia^[13]».

Arkan

Arkan, también conocido como el Brujo de Hielo, o el Rey del Invierno, tiene mala prensa desde los Bardos de la Restauración. «Cuando tomó forma humana, era el mal encarnado», escribió Piron de Il-Arunedh en N562, una descripción no atípica. «Era traidor y escurridizo como una fría serpiente. Su piel era blanca y sin sangre como la nieve, las uñas largas como garras, y la malicia y crueldad de su semblante no despertaba más que terror en el corazón humano. En su frente aparecían unas aterradoras luces que hacían que su helado rostro fuese aún más terrible.»^[14]

Arkan estaba considerando como la segunda amenaza a la Luz, tan solo después del Sin Nombre: había cubierto todo Edil-Amarandh de hielo durante las Guerras Elementales, con lo que causó una destrucción sin precedentes y forzó a los Elidhu a alzar el Osidh Annova y el Osidh Elednor a modo de defensa contra él. Antes del Gran Silencio se había aliado con el Sin Nombre, y tras su victoria conjunta había extendido su influencia por todo el Norte y las tierras norteñas de Annar. Tan solo se retiró cuando Maninae derrotó finalmente a las fuerzas de la Oscuridad en la Batalla de Malinau en A3234. Después de aquello, Arkan fue forzado a abandonar Arkan-da, en las cordilleras de Trukuch, y fue desterrado al norte más profundo, un destierro hecho efectivo por un consejo o reunión de Elidhu y Bardos de la Luz aparentemente convocado por la Luz. No existe ninguna descripción de este misterioso encuentro en ningún registro y tras su breve mención en la Historia de Lanorgil de Pellinor, los Elidhu desaparecieron de los asuntos humanos durante nueve siglos.

Hay pocas dudas acerca de que los Bardos annarienses tuviesen buenas razones para resistirse a Arkan. Su traición fue el golpe más doloroso contra la Luz en Lirion e Imbral, y fue probablemente su decisiva influencia la que llevó a la caída de estos. Pero a su manera, Arkan era una figura tan misteriosa y ambigua como Ardina. Hay documentos que datan de la Edad del Alba en los que a menudo se retrata una figura muy diferente a la descrita anteriormente por Piron: un ser con un carisma y una belleza personal que resultaban de alguna manera peligrosos. «El Elidhu Arkan es como un espíritu del invierno, en forma humana, y su belleza es al mismo tiempo tormentosa y calma», escribe un Elagil de Afinil claramente prendado. «Posee una piel que brilla como la nieve blanca y sin mácula, y sus ojos son la mirada azul de un

cielo despejado de invierno. Por frío que pueda ser, no es impasible a los sentimientos: tiene tanto la pasión como la sutileza de un lobo, y a menudo habla con adorable delicadeza de muchas maravillas y extrañas cosas que existen en el mundo. Es un ser de belleza y encanto sin igual; de entre todos los Elidhu tan solo Ardina puede rivalizar con su presencia en nuestros salones. Si es un ser de escarcha y hielo, entonces es seguro que tales pasiones son las que manifiesta deberían derretirlo: pero sus feroces miradas tan solo sirven para intensificar su deslumbrante encanto.»^[15]

Otros hacen referencia a su generosidad al compartir su saber con los Dhyllin, y en particular hay tentadoras insinuaciones de un amor surgido entre el más grande de los Bardos de Afinil, Nelsor, inventor de las runas del Canto del Árbol, y Arkan. Aunque hasta la fecha no hay documentos que hablen directamente de esto, varias atribuciones y dedicatorias hechas por el propio Nelsor para Arkan confirman por lo menos la existencia de una profunda amistad. Las fuentes sugieren que habría sido Arkan quien habría revelado el Canto del Árbol a los Bardos, y que este podría haber tenido una participación activa en la creación de las runas. Resulta fascinante que las únicas referencias contemporáneas que hablan de la relación entre Ardina y Arkan no muestren ninguna señal de enemistad entre ellos, pese a su amarga oposición durante las Guerras Elementales y su posterior destierro, sino que más bien sugieren por lo menos respeto mutuo, o incluso amistad.



EL CANTO DEL ÁRBOL



Poseemos mucha información acerca del Canto del Árbol, principalmente procedente del *Naraudh Lar-Chane* y del extensivo estudio hecho por Cadvan de Lirigon en su crucial pergamino *El Alfabeto del Canto del Árbol*, un documento que se ha conservado casi completo. No obstante, qué era el Canto del Árbol, cómo había sido creado y qué significaba continúa siendo esencialmente algo tan inescrutable como el Habla.

Está, por lo general, aceptado entre las fuentes Bárdicas que las runas fueron creadas por Nelsor de Afinil, que también inventó la caligrafía de Nelsor, la más empleada por los Bardos, y que Sharma las robó. Este pretendía emplearlas para crear el conjuro vinculante de inmortalidad y proporcionarse a sí mismo los poderes de los Elidhu. Como sabemos, tan solo triunfó a medias en su objetivo y después de aquello el Canto del Árbol se ocultó o perdió. Algunas fuentes han especulado que fue el mismo Nelsor quien creó la lira de Maerad, aunque no hay ninguna prueba; lo que sugiere la presencia de las runas en la lira es que estas no estaban completas sin música, que eran crucialmente representativas en su creación.

La lira de Maerad contenía la mitad de las veinte runas del Canto del Árbol: aquellas con los valores fonéticos A, O, U, I, E, F, S, H, D y T. En un monográfico inédito^[16], el profesor Patrick Insole del Departamento de Lenguas Antiguas de la Universidad de Leeds ha realizado un riguroso estudio de las fuentes existentes del Canto del Árbol y del simbolismo de las runas. Me he basado en muchos aspectos de su monografía para este libro, y el Profesor Insole, considerado generalmente como la principal autoridad en los escritos de Edil-Amarandh, me ha permitido amablemente incluir citas extensas de su monografía en estas notas.

Se sabe casi con seguridad que las formas de las letras, pese a tener valores fonéticos y nominales de letra, no se empleaban para la escritura cotidiana. Esto resulta evidente a partir de la relativa complejidad de los símbolos individuales y la diversidad del alfabeto en su conjunto, comparado con otros sistemas de escritura antiguos. Se puede ver que las propias foras son de naturaleza compuesta, es decir, que han sido «montadas» a partir de dos o más formas más sencillas, y pretendían personificar y expresar temas particulares, muchos de los cuales sin duda se han perdido. El único propósito para el que sabemos que servía el alfabeto era la

expresión del Canto del Árbol, en el que cada letra significaba una estrofa en concreto. De todas maneras, resulta razonable asumir que el alfabeto podría haberse empleado con otros propósitos rituales/mágicos y posiblemente, dada su estructura estacional/lunar, podrían haber servido para registrar la medición del tiempo.

La dificultad existente en la interpretación de los signos procede del hecho de que su uso es muy poco frecuente, incluso en fuentes contemporáneas. De todos modos, puede intentar hacerse una interpretación de los componentes de sus signos, aunque no de su significado subyacente.

El alfabeto está dividido en cinco grupos, que pueden identificarse como Vocales (o signos lunares) y Consonantes (o signos Estacionales), es decir, Invierno, Primavera, Verano y Otoño. Cada grupo, exceptuando las vocales, está indicando por un fuerte símbolo central, aparejado con uno o más símbolos más que hacen referencia a árboles individuales y/o su estrofa. Obsérvese que estas interpretaciones son conjeturas, en el mejor de los casos, y en muchos otros casos la señal se ha vuelto tan codificada y simplificada que su origen continúa sin estar claro.

Las runas de la lira de Maerad y las estrofas y valores que les pertenecen.

- A → Soy el rocío que hay en cada colina,
- O → Soy el salto que hay en cada útero,
- U → Soy el fruto de cada rama,
- I → Soy el filo de cada cuchillo,
- E → Soy la articulación de cada pregunta.
- F → Soy las lágrimas que caen del sol,
- S → Soy el águila que asciende a un acantilado,
- H → Soy todas las direcciones sobre el rostro de las aguas,
- D → Soy el roble en flor que transforma la tierra,
- T → Soy la flecha brillante de la venganza.

Vocales / signos lunares

- A → Arda → Luna Nueva → Abeto
- O → Onn → Luna Creciente → Tojo
- U → Ura → Luna Llena → Manzano

I → Iadh → Luna Menguante → Álamo
E → Eadha → Luna Oscura → Tejo

Consonantes / signos estacionales

F → Forn → Medios de Primavera → Aliso
S → Sal → Final de la Primavera → Sauce
H → Hrar → Comienzo del Verano → Espino
D → Dir → Solsticio de Verano → Roble
T → Tren → Medios de Verano → Acebo

Algunas conjeturas acerca de la interpretación de los diseños de las runas.

La primavera está indicada con un motivo de un sol naciente, tal vez representando el crecimiento o la llegada de la luz.

S es similar a un águila alzando el vuelo.



F muestra la forma de una flecha que se eleva, que podría, de una manera estilizada, representar los rayos de luz.



El verano está indicado con un círculo, que representa al sol.

T representa tanto la puntiaguda hoja de acebo como la «flecha de la venganza».



H muestra en esencia, una rosa de los vientos, que indica «todas las direcciones».



D representa al solsticio de verano, que está indicado por el círculo dentro de un círculo. La línea curva es menos clara, pero podría hacer referencia a una hoja de roble o, de modo más abstracto, podría implicar crecimiento y transformación.



Las vocales están representadas por signos que hacen referencia a las fases de la luna.

A representa la luna nueva gracias a un punto sobre una línea vertical. Una forma arqueada podría indicar una colina.



E representa la luna oscura; un círculo dentro de un círculo lo posiblemente indique un eclipse lunar. El resto del signo no está claro, pero podría representar inseguridad.



I muestra la familiar forma de una media luna que hace referencia a la luna menguante. La línea horizontal sostenida por dos líneas verticales probablemente represente un cuchillo.



O emplea de nueva una media luna, que esta vez sugiere la luna creciente. El arco superior con forma de T podría indicar un salto (comparar con la forma de s, un águila alzando el vuelo) o podría representar un útero.



U representa la luna llena. Obsérvese que el círculo está completamente rodeado por la forma de una hoja, lo que lo diferencia de los símbolos de verano en los que el círculo envuelve a los demás elementos. La forma exterior podría ser un símbolo generalizado de una fruta.





ALISON CROGGON (Sudáfrica, 1962). Ha vivido en Australia toda su vida, país en el que se le considera una de las mejores autoras de poesía dentro de la generación que emergió en la década de los 90, pero ha cultivado todos los géneros, incluyendo la crítica, el teatro y la prosa.

Su incursión en el mundo del Fantasy con la serie de «*Los libros de Pellinor*» la ha convertido en una de las autoras con más éxito internacional en su género, como lo demuestran las listas de más vendidos en USA, Gran Bretaña y Alemania entre otros muchos países y los innumerables galardones que ha merecido por la saga, como el Top 10 de Amazon.com en el 2005 y el premio al mejor libro de Fantasy de la prestigiosa revista «Kirkus Reviews».

Notas

[1] El monumental y pionero estudio de Jacqueline Allison sobre la historia de Edil-Amarandh, *Los escritos de Annar: la historia reescrita*, Querétaro University Press, México, 1998, continúa siendo la principal obra de referencia, y he extraído de ella una parte considerable de estas notas. <<

[2] En el contexto de los hombres annarienses, El Nombre Verdadero de Maerad podría haber sido considerado grandioso. Los sistemas de nomenclatura annarienses generalmente se basaban en nombre de lugar (p. ej., Dringold de Fort) o en profesiones (Dirrik Dhurinam se traduce del annariense como Manorrápida Criador de Caballos). Los apellidos tal y como los conocemos nosotros eran algo desconocido. En los Siete Reinos, los sistemas más comunes eran patronímicos o matronímicos («hijo de» o «hija de»), aunque no había reglas estrictas ni cerradas. Los nombres comunes de los Bardos estaban mucho más formalizados: los Bardos siempre llevaban el nombre de la Escuela en la que habían sido proclamados o (en el caso de los Primeros Bardos) el de la Escuela que presidían. Los Nombres Verdaderos de los Bardos se mantenían en secreto, y por lo tanto se tiene constancia de muy pocos en los registros: lo poco que sabemos sugiere que eran por lo general nombres de una palabra, sin calificativos. Maerad era única en aquello, por su particular identidad triple, su Nombre Verdadero era por lo general conocido pero no podía ser empleado contra ella (*Sistemas de nomenclatura en Edil-Amarandh*, monografía inédita de Cyril Atlee, 2002). <<

[3] Larnorgil de Pellinor (N307). Lanorgil fue el primer gran historiador de los Bardos. <<

[4] En lo que se refiere a la mayor parte de la información sobre los Pilanel, estoy en deuda con el ensayo de Joan Corbett «Sociedad Pilanel», en CASAGRANDE, Alannah (ed.), *Genealogías de la luz: El poder en el Edil-Amarandh*, Sorensen Academic Publishers, Chicago, 2000, y también al *Los Escritos de Annar: La historia reescrita* de Jacqueline Allison, previamente mencionado. <<

[5] Ver «Sociedad Pilanel», de Joan Corbett, previamente mencionado. <<

[6] *Gobernadores Dhillarearen entre los Pilanel*, Anarkin de Lirigon (N345). <<

[7] *En los Oteros de los Pilanel*, Belgan Degent (N17). <<

[8] Libro V: *Narauth Lar-Chane*, Maerad de Pellinor y Cadvan de Lirigon, Biblioteca de Busk (N1012). <<

[9] La única excepción posible está en el Suderain, cuya civilización es anterior en varios milenios a la Restauración. Allí, tal y como argumenta Camilla Johnson en su artículo «Ídolos de la luz: Aspectos del culto religioso en el Suderain de Edil-Amarandh» presentado en la Conferencia inaugural sobre Estudios de Edil-Amarandh en la Universidad de Querétaro, México en noviembre de 2003, los Elidhu y la luz se fusionaban a menudo como objetos de devoción o respeto y se ha demostrado que en Turbansk existía en un Culto a la Luz, con sus propios santuarios, rituales e incluso dioses. Esta tendencia llevó, en los últimos años de la Restauración, a una cierta desconfianza entre el Sur y Annar. <<

[10] Por todo Annar, el vasallaje a la Luz y el Equilibrio sirvió como lo que podemos reconocer como una religión organizada, y resulta tentador, pero creo que un poco desencaminado, ver a los Bardos como el equivalente a sacerdotes, con el concepto de la Luz sirviendo del sustituto de Dios. Era, más correctamente, un complejo sistema ético en evolución, desarrollado durante milenios desde los días de Afinil y conservado durante el Gran Silencio, que sería vuelto a proclamar durante la Restauración. Para una mirada contemporánea, muchos de los documentos de los Bardos resultan inquietamente modernos. Los Bardos podrían haber tratado como ridícula la idea de los textos canónicos recibidos directamente de Dios, puesto que estos eran pragmáticamente históricos en muchos de sus estudios. Su creencia en la profecía, por ejemplo, no estaba relacionada con una creencia en un Dios que lo predecía todo, sino con un cierto conjunto de teorías sobre el tiempo: los Bardos creían que el tiempo lineal era ilusorio, que el presente coexistía con todo lo demás tiempos, y los Clarividentes eran aquellos Bardos capaces de agujerear el velo del presente y percibir sus múltiples realidades. Ver JAMES, Charles A. (ed), *Conocer la Luz: estudios comparativos de las prácticas espirituales annarienses*, Cipher Press, Oxford, 2001, y ATKINS, Jennifer, *La Ética del Equilibrio: Ecología y Moralidad en Annar*, Sorensen Academic Publishers, Chicago, 2003. <<

[11] Tulkan de Lirion, un Bardo de Afinil, escribió una de las leyendas más populares, pero era tan solo una de las infinitas variantes sobre esta temática. La de Tulkan es particularmente atractiva, ya que está escrita en el complejo sistema métrico conocido en lirones antiguo como *inelfardhalen*. Resulta considerablemente difícil de traducir, ya que el lirones antiguo tenía muchas más palabras con rima que el annariense. El lirones antiguo empleaba poco en Lirigon tras la Restauración, ya que la mayor parte de la gente habla annariense, pero Cadvan de Lirigon fue un famoso erudito y traductor de esa lengua arcaica y realizó la traducción más ampliamente citada. La canción merece ser citada en su totalidad, por su profundidad en el análisis de la naturaleza de Ardina tanto como por sus propias virtudes, y aquí se haya mi propia traducción del annariense:

*Cuando Arkan estimo sin fin el hielo
e inhóspitos los bosques se tornaron
sobre el mundo lloró la luna en el cielo,
herida al ver su belleza mermada:
cayó a la tierra una única lágrima
y de ella surgió una niña brillante
cual luz de la luna que del alabastro
brota, encendida y pálida.*

*Ante tal gracia se veía el resto atenuado
Y gritó la piedra muda un homenaje:
era su piel como el más blanco brocado
o la espuma del mar que tenuemente brilla,
la noche iluminada por solo una estrella
surgida de los bosques del invierno,
una perla que brilla en el crepúsculo,
un rayo de luna que fugaz destella.*

Una aflicción salvaje se encadenó

*al corazón de la Hija de la Luna
Por los valles de Lirion esta huyó
su voz cual campana resonaba
volviendo las ramas floridas
y en bosques de acero lánguidas hojas
la primavera despertó y cantó
dando al dulce Verano la bienvenida.*

*Entró a la fortaleza de las montañas
abruptos muros que perros de tormenta custodian,
y un rayo de luna punza aciagas entrañas
en brusco descenso por las sierras dentadas:
hasta que halló una catarata vidriada,
un río que se congelaba en su salto
y en lo más profundo un salón de mármol
de grandiosos chapiteles retemblaba.*

*Sumida en silencio se quedó extasiada
de pie ante aquel muro acristalado
la ciudadela la dejó embriagada.
Parecían sus maineles de fulgor eterno
lirios atrapados por la helada imprevista,
que ya no crecerán, mas son aún hermosos,
torres de hielo que funestas proyectan
su perfección fría, inerte, sin vida.*

*No se percató de que el tiempo pasaba,
ni percibió la caída de la oscuridad
y pensó finalmente, mientras miraba,
que de congoja el corazón se le quebraría.
Lloró, aunque el por qué no sabría señalar;*

*el amor no nato, la hermosura perdida,
todas las vidas, alientos, anhelos
que gélidos se vuelven y dejan de amar.*

*Y un día un rey de su sueño hechizado
se despertó en este trono de hielo y vio
la primavera que le habían negado,
tan bella, luminosa y esplendida
que en sus ojos congelados la escarcha
se quebró y de ellos descendió una lagrima
que fundió las cadenas del invierno,
la esclavitud y los años de ruina.*

*Ardina se encontró con su mirada
y un rayo cayó en sus venas de luz de la luna
cual si su piel un salvaje roció besara
y su palidez marmórea corrigiese:
una cadena creyó ver en el humano
de cuyos negros ojos tal pasión brotaba,
una pena acumulada a lo largo del estío
desde la dicha al invierno apresurado.*

*Entre ellos dos se erguía un muro helado
rodeado de yermas tierras invernales
mas clara vieron en la faz del amado
la luz que aun persistía del verano:
entonces como un rayo quebró el hielo,
doncella inmortal y hombre se abrazaron,
sin mañana, caído el muro helado,
y sus luces y sombras se fusionaron.*

*Y de este modo Ardina y Ardhor juraban
que nunca más del otro se alejarían
pesado era el sino que soportaban
peligroso en la guerra y el clamor;
sobrevivieron a la pena y la muerte
para reunirse en las inmortales orillas
y aún en los claros estrellados su amor
libre de penas brilla siempre más fuerte.<<*

[12] Libro II: *Naraudh Lar-Chane*, Maerad de Pellinor y Cadvan de Lirigon, Biblioteca de Busk (N1012). <<

[13] *Los Elidhu en Afinil*, Bardo Menellin, Biblioteca de Norloch (A1505). <<

[14] *Los Enemigos de la Luz*, Piron de Il-Arunedh, Biblioteca de Thorold (N562). <<

[15] Fragmento: *Arkan del Norte*, Elagil de Afinil, Biblioteca de Thorold (N554). <<

[16] *El Simbolismo en las Runas del Canto del Árbol*, Profesor Patrick Insole, Departamento de Lenguas Antiguas, Universidad de Leeds. Monografía inédita, 2003. <<